

- Habitar en el Centro Histórico, detrás de los monumentos *Reyna Sánchez Estévez*
- Vecindad, condominio y modernidad: etnografía de un proceso *Anja Clara Novell / Hugo Sánchez Arteaga*
- Pequeñas iluminaciones sobre la ciudad: el parque Los Coyotes *Abilio Vergara Figueroa*
- La Alameda y la plaza de la Solidaridad. Exploraciones desde el margen *Sara Makowski*
- La Ciudadela: de la tragedia histórica al disfrute de la ciudad *Amparo Sevilla*
- La plaza de las Vizcaínas: socialidad y conflicto *Isaura C. García López*
- *El zapatista* *Lucio Ernesto Maldonado Ojeda*
- Razón y proporción del Gan Teatro Nacional de Santa Anna *Hugo Arciniega*
- Etnografía de urgencia: el hospital Xoco *Alí Ruíz Coronel*
- La pulquería como lugar de encuentro: el caso de *La Pirata* *Ernesto Licono Valencia*
- Para una mañana fría o una noche lluviosa, una taza de chocolate en El Moro *Judith Katia Perdigón Castañeda*
- La línea tres del metro de la Ciudad de México: espacios y usuarios *Olivia Domínguez Prieto*
- El Sistema de Transporte Colectivo metro de la Ciudad de México: un espacio diverso *Melissa García Meraz*
- La Ciudad de México como supermercado para transeúntes *Mauricio García*
- Etnografía de la manifestación pública: la megamarcha por la Soberanía Nacional *Xóchitl Cruz-Guzmán / Sergio Tamayo*
- De la marcha por la Dignidad a la marcha de la Paz *Aída Analco Martínez*
- La órbita de la capital mexicana y la crisis de la nación en 1848 *Esteban Sánchez de Tagle*



Espacios de la Ciudad de México

- Los lugares de una megaciudad, una introducción *Abilio Vergara Figueroa*
- Etnografía de un barrio obrero: La Fama, Tlalpan *María Ana Portal*
- Entre la tradición y el anonimato. Etnografía de la identidad urbana en un barrio de la colonia Roma *Daniel Hernández Rosete*

75-76

ISSN 0188-462X

75-76

JULIO-DICIEMBRE DE 2004

Director General

Luciano Cedillo Álvarez

Secretario Técnico

César Moheno

Secretario Administrativo

Luis A. Haza Remus

Coordinador Nacional de Difusión

Edgardo García Carrillo

Director de Publicaciones

Héctor Toledano

Editor

Benigno Casas

Editor invitado

Abilio Vergara F.

Asistente editorial

Gustavo F. Guzmán

Diseño

Efraín Herrera

Correspondencia:

Benigno Casas / Edgardo García Carrillo,
Coordinación Nacional de Difusión,
Liverpool 123, segundo piso, col. Juárez,
06600, México, D. F., tel. 5207 4599 /
5207 4628, fax 5207 4633.

Correo electrónico:

bcasas.cnd@inah.gob.mx

El *Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Antropología* es una publicación trimestral. Editor responsable: el titular de la Dirección de Publicaciones del INAH. Número de certificado de reserva otorgado por Derechos de autor: 04-2001-011517322000-106. Número de certificado de licitud de título y contenido, en trámite. Impreso en los talleres gráficos del INAH, av. Tláhuac 3428, col. Culhuacán, 09840 México, D. F. Distribuido por la Coordinación Nacional de Control y Promoción de Bienes y Servicios del INAH, Nautla 131-B, col. San Nicolás Tolentino, 09850, México, D. F.

Colaboradores

Marcelo Abramo Lauff

José Íñigo Aguilar Medina

Solange Alberro

Paulina Alcocer

Beatriz Braniff

Fernando Cámara Barbachano

María Gracia Castillo Ramírez

Beatriz Cervantes

Eduardo Corona Sánchez

Jaime Cortés

Fernando Cortés de Brasdefer

Roberto Escalante

Marisela Gallegos Deveze

Roberto García Moll

Carlos García Mora

Leticia González Arratia

Jorge René González M.

Eva Grosser Lerner

Paul Hersch Martínez

Jesús Jáuregui

Irene Jiménez

Fernando López Aguilar

Gilberto López y Rivas

Laura Magriñá

Rubén Manzanilla López

Alejandro Martínez Muriel

Eduardo Matos Moctezuma

Jesús Monjarás-Ruiz

J. Arturo Motta

Enrique Nalda

Johannes Neurath

Margarita Nolasco

Eberto Novelo Maldonado

Julio César Olivé Negrete

Benjamín Pérez González

Gilberto Ramírez Acevedo

José Abel Ramos Soriano

Catalina Rodríguez Lazcano

Salvador Rueda Smithers

Antonio Saborit

Cristina Sánchez Bueno

Mari Carmen Serra Puche

Jorge Arturo Talavera González

Rafael Tena

Pablo Torres Soria

Julia Tuñón

Víctor Hugo Valencia Valera

Françoise Vatan

Samuel Villela

Marcus Winter

Ilustraciones de interiores y cubierta: Angie Varguez y Eugene Walsh.

Los lugares de una megaciudad, una introducción

Abilio Vergara Figueroa

3

Etnografía de un barrio obrero: La Fama, Tlalpan

María Ana Portal

18

Entre la tradición y el anonimato. Etnografía de la
identidad urbana en un barrio de la colonia Roma

Daniel Hernández Rosete

26

Habitar en el Centro Histórico,
detrás de los monumentos

Reyna Sánchez Estévez

36

Vecindad, condominio y modernidad:
etnografía de un proceso

Anja Clara Novell / Hugo Sánchez Arteaga

43

Pequeñas iluminaciones sobre la ciudad:
el parque Los Coyotes

Abilio Vergara Figueroa

54

La Alameda y la plaza de la Solidaridad.

Exploraciones desde el margen

Sara Makowski

65

La Ciudadela:
de la tragedia histórica al disfrute de la ciudad

Amparo Sevilla

70

La plaza de las Vizcaínas: socialidad y conflicto

Isaura C. García López

76

El zapatista

Lucio Ernesto Maldonado Ojeda

83

Razón y proporción del
Gran Teatro Nacional de Santa Anna

Hugo Arciniega

95

Etnografía de urgencia: el hospital Xoco

Alí Ruiz Coronel

109

La pulquería como lugar de encuentro:
el caso de *La Pirata*

Ernesto Licona Valencia

126

Para una mañana fría o una noche lluviosa,
una taza de chocolate en El Moro

Judith Katia Perdigón Castañeda

131

La línea tres del metro de la Ciudad de México:
espacios y usuarios

Olivia Domínguez Prieto

141

El Sistema de Transporte Colectivo metro
de la Ciudad de México: un espacio diverso

Melissa García Meraz

151

La Ciudad de México como supermercado
para transeúntes

Mauricio García

161

Etnografía de la manifestación pública:
la megamarcha por la Soberanía Nacional

Xóchitl Cruz-Guzmán / Sergio Tamayo

176

De la marcha por la Dignidad a la marcha de la Paz

Aída Analco Martínez

193

La órbita de la capital mexicana
y la crisis de la nación en 1848

Esteban Sánchez de Tagle

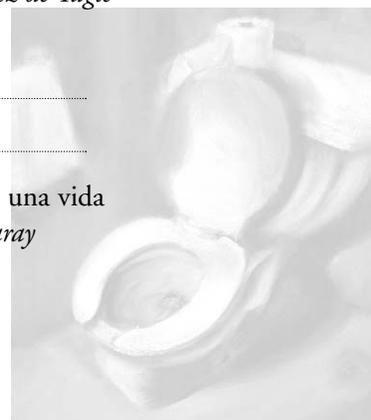
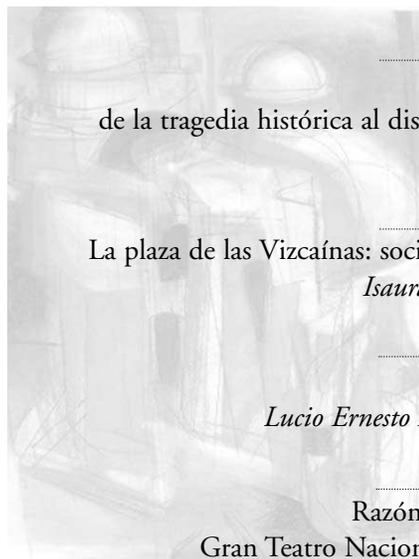
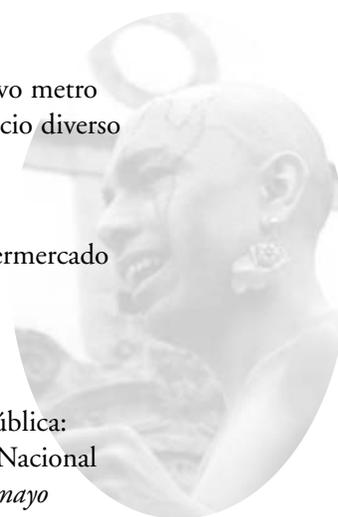
200

NOTAS

El "esto es" de una vida

Graciela de Garay

209





Los lugares de una megaciudad, una introducción

Los trabajos incluidos en este número doble del *Boletín Antropología* abordan diversos lugares y territorios de la Ciudad de México y muestran también diferentes perspectivas y profundidad: unos más coyunturales, otros con densidad histórica, unos observan más las relaciones instrumentales, otros entran a las texturas *emosignificativas* (simbólicas), unos priorizan el interior del lugar, otros dialogan desde él con el exterior, estableciendo diversas escalas que son trabajadas de manera alternada. De esta forma, se presentan valiosas etnografías; otras —pocas— son crónicas; hay también un relato, y se ensayan lenguajes para visibilizar voces —inclusive las propias— y relaciones. Así, en conjunto, muestran la diversidad compleja de una gran urbe.¹ A veces, los mismos espacios —casa, vecindario, metro, marcha— son auscultados desde dos o tres perspectivas; los conjuntamos porque le permiten al lector ponerse en varios puntos de vista y trabajar una versión nueva que enriquece nuestra relación con nuestra ciudad.

La *escala* —como elemento estructurador de la extensión— nos sirve para agrupar los artículos. La escala —además de su valor metodológico— reproduce las maneras de estar y hacer ciudad: de la casa se sale al barrio, de allí hacia microespacios del encuentro como la pulquería y la chocolatería —o al café, al bar o la plaza—; utilizamos el metro para desplegar nuevos espacios que colonizamos —con alegría u orgullo— o sufrimos —por ejemplo cuando la salud se deteriora—, o, por el contrario, recorremos calles, plazas o parques; volvemos a casa, o nos enclaustramos en ella. En todos los casos los recorridos y estancias realizan la *extensión* y nunca permanecen indiferentes; lo “caminado” se apelmaza en nuestras varias pieles que esas atmósferas sedimentan y estratifican.

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ El antecedente más inmediato de este tipo de trabajos lo podemos ver en el libro que coordinamos con Amparo Sevilla y Miguel Ángel Aguilar, *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*, México, UAM-I/Porrúa/Culturas Populares, 2001.



El territorio como memoria

Los dos trabajos que abordan las significaciones asociadas a diferentes prácticas territoriales en su *forma barrio* —La Fama y Romita, de María Ana Portal y Daniel Hernández, respectivamente—, parten de la *imagen de pérdida* —que paradójicamente proyectan no sólo utopías, sino símbolos de identidad—, y muestran que no sólo se han hecho difusas las fronteras físicas de ambos barrios, sino que las redes fundamentales que los hacían vigentes —mediante prácticas, símbolos y sentimientos— han mutado, desaparecido y/o reducido: en la propia memoria colectiva esas demarcaciones que emplazaban la vida son motivo de incertidumbre, pugna y causal de discriminación: los de afuera, los que llegaron después, los ignoran o menosprecian y los que nacieron después no militan ya en sus políticas de identidad, no obstante que resurge como deseo y en algunas prácticas de recuperación, como en La Fama.

Esos cambios en la configuración del entorno próximo se desarrollan por presiones de la urbe cuya energía penetra a través de los propios vecinos. Éstos se vinculan con ella bajo la dialéctica del deseo, la necesidad y el recelo y hacen que lo distante sea próximo y propio, si no es en la generación de quienes asistieron a los inicios de la confrontación, en los hijos, quienes cada vez más ocupan mayor espacio —metropolitano— y menor *territorio*, es decir *hacen más ciudad* y menos barrio, hasta llegar a la condición actual en la que, como dice María Ana Portal, “en muchos sentidos, [...] hoy el barrio es una suerte de *‘ficción’*, sólo visible y significativa para los que en él habitan” —entre quienes tampoco parece haber claridad—, y muchos de éstos —como he podido constatar en Xochimilco, en la relación de sus habitantes con las festividades religiosas y barriales— sólo ocupan sus barrios como dormitorios, desde donde diariamente incursionan en la ciudad, aún cuando vivan junto a quienes mantienen con esfuerzo y entusiasmo dichas fiestas, en las que se trabaja la identidad.



Ambos trabajos recurren a la *historia* para explicar la situación actual; pero no es una historia abstracta con fechas y lugares uniformes; es más bien una imbricación de *biografía* con historia, en la que cada hecho es una síntesis de lo individual y lo colectivo, y habla de prácticas instrumentales y simbólicas que marcan el territorio. Lo que han llegado a ser ambos barrios parece sintetizar el proceso que afecta a todos los espacios *emosignificados* de la gran urbe: en unos “se gestan importantes procesos locales de distinción anclados a la historia y a la memoria”, y en otros la colonia reemplaza al barrio,² fundamentalmente por el relevo de la población que vive en ellas; en el caso de Romita, por las tres etapas de éxodo que culminó luego del sismo de 1985.

La ciudad no se introduce al barrio solamente a través de vías de comunicación y edificaciones, lo hace también a través del emplazamiento laboral de sus pobladores; la búsqueda de trabajo afuera del barrio tiene consecuencias depredadoras en las relaciones sociales y en las redes territorializadas, y como su consecuencia: “la vida social que antes se desarrollaba en el espacio público entra a la casa, supliendo la carencia de espacios seguros y agradables en donde desarrollar las diversas formas de interacción social”, proyectando la imagen de que a mayor ciudad menos barrio. En este sentido, inclusive los procesos de exclusión social procesados en la historia de la Romita, que proveían los referentes territoriales y sociales para producir una mayor cohesión social, se transforma radicalmente cuando las estructuras arquitectónicas, sociales y culturales barriales —edificaciones horizontales,³ redes más allá de la familia, conocimiento detallado de los pobladores, rituales cíclicos

² Al respecto, María Ana Portal dice: “Tal vez podríamos afirmar que la diferencia entre un barrio y una colonia urbana está justamente en este reconocimiento de la historia local y su resignificación actual, es decir en los procesos de construcción de memoria colectiva, proceso ausente generalmente en las colonias de la ciudad.”

³ Consigno esto —así como la verticalidad de la colonia— como tendencia y no como regla general rígida.

concéntricos— devienen en los de la colonia, que se caracterizan por edificaciones verticales, relaciones fundamentalmente de familia nuclear, orientación hacia fuera —del barrio— y ausencia de rituales colectivos que los visibilicen al ponerlos en escena.

Habitar la casa-vecindad

Dos estudios sobre vecindades emplazadas en la zona central y vieja del Centro Histórico de la ciudad nos muestran una faceta de su complejidad. Lo que exponen estas etnografías cuestiona una tendencia observada en la modernidad urbana: la separación de los *dominios*⁴ de la vida, y la convivencia de elementos provenientes de diferentes temporalidades en las actividades de los habitantes de estas vecindades. En primer término, el contexto es diverso: “En estas zonas los espacios cumplen diversas funciones, entre las principales se encuentran las de casa habitación, comercio establecido, oficinas, sobre todo gubernamentales, centros culturales y de recreación y comercio informal”, —dota las condiciones de diversidad— produciendo áreas multiusos y familias urbícolas polifacéticas. Reyna Sánchez —así como Anja Clara Novell y Hugo Cristian Sánchez— encuentra que en un “día normal prácticamente son indisolubles las condiciones de trabajo de los vendedores ambulantes con las condiciones de habitación [...] y constituye una de las características esenciales de las formas de habitar”, mezclando la residencia con el trabajo, haciendo de los miembros de la familia la fuerza laboral, emplazando la biografía en un territorio que conjunta casa y calle como espacio vital cotidiano indisoluble, en lo que llaman simbiosis del espacio, como bien lo ilustra una antigua habitante:

Le he tomado cariño a la vecindad o al edificio, no quiero irme de aquí, no sé, me ha dado todo, ora sí que salud, cariño, y me ha dado *inteligencia de trabajar y de vender*

⁴ En el sentido de Ulf Hannerz (*Exploración de la ciudad*, México, FCE, 1986), es decir de la residencia, del *aprovisionamiento*, e inclusive, posiblemente del *entretenimiento*. Asimismo, esta cercanía influye en el del *desplazamiento* y el *parentesco*.



cualquier cosa,⁵ y aquí lo tengo seguro, las manos, no gasto en pasaje para ir a traer mis cosas que venda, este, pues me queda cerca, la Merced, y me quedó siempre cerca la escuela para mis hijos; no pago pasaje, para transportarlos, para llevarlos sino que a la hora de la salida siempre estaba ahí, por eso fue que me gustó, y estoy aquí a gusto, me he ido a otro lado, o sea de visita o así; no, no me hallo, ya me acostumbré aquí.

La forma urbana peculiar de la Ciudad de México. La reproducción de un ideal de barrio o de una aldea, todo cerca, con la ventaja de que la diversidad urbana te da el trabajo y el espectáculo, donde los *personajes* son precisamente también el *público*, situación característica de la ciudad. Debe señalarse que esta forma de usar el espacio es también una forma de supervivencia en una urbe que los excede; así la proximidad de los servicios y del trabajo deviene en menores costos, y posibilita encontrar un orden en el caos.

Al realizar un seguimiento detenido a las rutinas, a las interacciones y a sus modificaciones; a la contradictoria situación entre las “relaciones de evitamiento” que

⁵ La cursiva es mía. Nótese que la señora narra una condición esencial de lo urbano: la posibilidad de inventarse una ocupación, de mirar hacia el futuro, de encontrar en él la fuente de inspiración; nótese que estamos hablando con un sector que la antropología calificaría de tradicional, pues vive en una *vecindad*.

despliegan como política vecinal, y a la nutrida información que poseen los unos de los otros, Anja Clara Novell y Hugo Cristian Sánchez muestran una suerte de paradoja: casi todos saben

...cuántas personas viven en cada unidad doméstica, desde cuándo están allí, cómo adquirieron la vivienda, si tenían familiares ahora fallecidos viviendo en la vecindad. Se sabe también a qué se dedican los vecinos, dónde trabajan o estudian, a qué horas salen y a qué horas llegan. Se sabe qué tipo de muebles tiene el vecino, qué tipo de artículos costosos tiene y si adquirieron uno nuevo.

Así, emplazados en una vecindad pobre, vemos cómo el entorno adquiere una contradictoria significación para constituir las interacciones: evitamiento afectivo y compenetración cognitiva que posiblemente tiene en la ciudad, en los medios de comunicación masiva —predominantemente la televisión— y en las limitaciones del espacio, los factores que lo caracterizan: no es fácil conciliar con un balonazo en la puerta que resguarda el descanso, como tampoco es fácil competir frente a la “distracción” que ofrece la tele, pues inclusive las pláticas, tanto en sus temas como en sus estilos se amoldan o son amoldados por ella. Esta situación crea las condiciones para que los relatos del pasado sean nostálgicos —por ejemplo al borrar los conflictos ocurridos cuando se comparan con los presentes—, y que se los emplace como deseo, es decir, como posibilidad, como futuro.

Parques, plazas, calles: espacios de urbanidad, espacios disputados

El espacio público representado por plazas y parques ha resentido en cuanto a afluencia e imagen: son menos quienes van a ellos por la imagen de inseguridad que proyecta la ciudad en su conjunto. Para configurarlo, existe un diálogo creciente, imperativo —en el sentido de inevitable— entre nuestros imaginarios urbanos y los que promueve la televisión y la prensa escrita: aquello que encontramos —o creemos encontrar, por eso de la mirada que sospecha—⁶ en la calle y en

⁶ Podría hacer aquí una analogía con la construcción del lector de novela y cuento policial señalada por Jorge Luis Borges: “el lec-

las plazas es lo que ya hemos visto cuando hemos sido interpelados por ellos; no es una proyección en ese gran público como un horizonte externo: la característica central de esta imbricación es que sentimos en el cuerpo aquello que pensamos que miramos; de esta forma se [con]funden explosión e implosión: lo que vemos está allí, pero sale —como me decía un entrevistado— “de adentro”.

En mi artículo sobre Los Coyotes destaco la función urbanizante como la primordial del parque, que se asocia entre otras cosas a

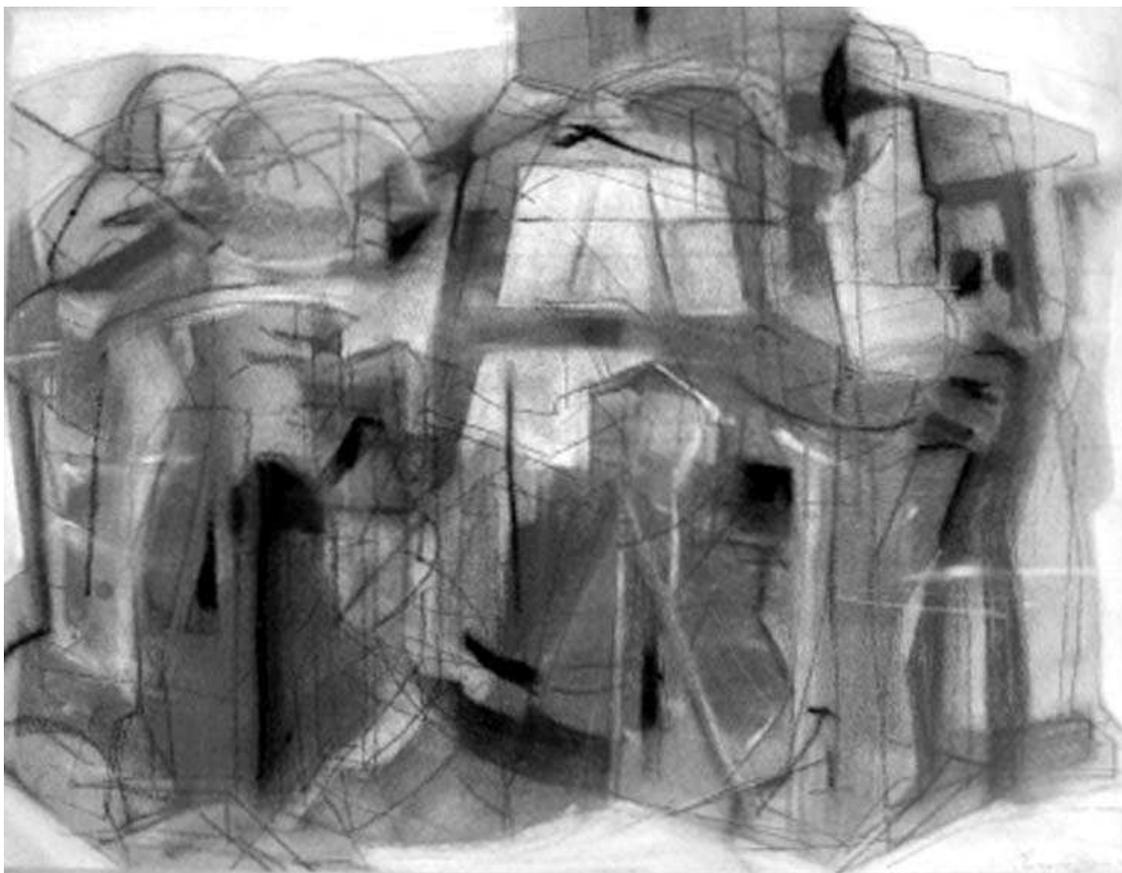
...un *lenguaje* y a unas imágenes que la elaboran: desde su aspecto físico hasta las figuraciones subjetivo-expresivas, el parque produce —y es producido por, e irradia— un campo semántico-estético con el que *habla* y es narrado, traduce y sintetiza las contradicciones entre sociedad y naturaleza y las utopías que dicha interrelación produce. En segundo lugar, esas imágenes y ese lenguaje se *realizan* en la atmósfera que genera, así como en las sensaciones que des-ata en los parquefilos. De alguna manera, en este sentido, el parque funciona como un espacio *emosignificativo* opuesto a la calle y al espacio público defeños: calle y estrés se oponen a parque y relajación, constituyéndose en un oasis en la megaciudad.

En este sentido, es importante distinguir entre *parque* y *plaza*, como puede observarse en la *diferenciada disposición* y ejercicio del poder entre ambos: las plazas son terrenos de mayor disputa y conflicto; los parques casi nunca han sido “tomados” por quienes protestan, por ejemplo.

Las *plazas* también son espacios-crucero físico y significativo que deviene en emocional: no soportan la indiferencia porque son lugares donde se está⁷ y el

tor de novelas policiales es un lector que lee con incredulidad, con suspicacias, una suspicacia especial”, es decir es un lector creado por el *género policial*, es un lector que sospecha, inquiera, se muestra atento a las señales. La televisión crea al *tele-vidente*, aunque aquí el proceso parece ser un tanto diferente y haya necesidad de matizar al sujeto *tele-dirigido* de Giovanni Sartori y el *tele-idiota* de Fito Paez con las astucias que re-crean de Michel de Certeau.

⁷ Esta posición surge a partir de diferenciar el devenir, privilegia el emplazamiento, aunque sea momentáneo, frente al desplazamiento, lo que a su vez, como lo muestro en mi artículo sobre Los Coyotes, permite y estimula mirar.



tiempo marca nuestra estancia —a diferencia de la calle que impele a seguir el camino—. Allí se posicionan diferentes actores con sus expresividades y signos; así, por ejemplo,

...en el espacio abierto de la Alameda olores, sabores, músicas, personajes y atmósferas tan diversas que la vuelven un espacio híbrido y multicultural. Es al mismo tiempo un nodo urbano que contiene en sus extremos dos líneas del metro, una zona de tránsito, un área patrimonial, una zona cercada por centros de abastecimiento (mercados, zonas comerciales, venta ambulante), ruta turística y cultural, usina de imágenes e imaginarios (postales, pinturas, músicas y películas). Se trata, sin dudas, de un objeto geo-social y cultural denso cuya aprehensión requiere desentrañar sus ritmos, temporalidades y texturas diversas.

Este espacio diverso es —o busca ser— sometido por el poder, son territorios en disputa permanente,

muchas plazas han sido “tomadas” por actores y usos que ese poder reprime, así, como un ejemplo de una forma de “recuperación” expropiatoria, narra Sara Markovski lo ocurrido en la plaza Solidaridad, donde la autoridad vacía la plaza por cuestiones de “higiene social” y “estética”.

Por otra parte, como un gesto colectivo, por iniciativa de personas de la tercera edad e interpelando a la autoridad, La Ciudadela se viene constituyendo en un centro muy importante de la práctica del baile: un movimiento convergente expande esa exigencia inicialmente etaria y hace del lugar un sitio de peregrinación semanal, cuyo impacto puede verse muy expresivamente en el testimonio recogido por un exdelegado a quien una anciana de 80 años le enrostró:

Usted quizá no tenga idea de la importancia que esto tiene para nosotros, porque la gente lo ve como algo sin

importancia el que estemos aquí bailando viejitos, pero yo le voy a decir lo que pensamos muchos de los que aquí estamos. El único día que salimos de nuestras casas es los sábados, es la única diversión que tenemos en la vida, no tenemos más. A veces los hijos y los nietos no nos pueden atender, y venir aquí nos permite sentirnos parte de este mundo, porque aquí hemos hecho amistades y venimos a platicar. Desde el viernes nos ponemos a arreglar la ropa que vamos a llevar al otro día y nos venimos a bailar porque es lo único disfrutable que tenemos en la vida, entonces por favor señor delegado, no vayan a quitar esta plaza.

Estamos pues ante la expresión dramática de la desigual distribución de los equipamientos culturales, ante la inequidad del acceso a los espacios de entretenimiento y la discriminación social y etaria; pero también frente a una exigencia ciudadana que trasciende el reclamo económico. Es posible que la recuperación sea limitada, pero la significación para los sectores que lo usan es invaluable.

El artículo de Isaura García, sobre las Vizcaínas, es un claro ejemplo de las interacciones entre actores, espacio urbano y políticas institucionales: el uso de las edificaciones, el entorno, cómo un escenario en transformación que afecta ese uso y es afectado por él, expresa las complejas relaciones que establecen entre ellos y no tienen una determinación unidireccional como postularon, entre otros, Castells y Simmel: una mirada diacrónica y sincrónica, interrelacionándolas, posibilita descubrir cómo sus poderes —de actor y espacio— no son inmutables, y que la acción recíproca fortalece o debilita al otro, que al cambiar de escala permite también encontrar más de una relación. Las Vizcaínas muestra cómo, en un espacio específico, los actores luchan y se esfuerzan por mantener y/o cambiar un tipo de relaciones y cómo la memoria instituye una densidad a dichas interacciones, como lo señala un urbícola implicado, entrevistado por la autora del artículo:



...aquí había muchas familias mexicanas, todo eso que está tapiado, aquí se encontraba de todo lo que usted quería, todo a su alrededor de la manzana del colegio: había carpintería, ebanistería, cartonería, los tamales, el señor de las talachas de las ruedas de autógena, imprentas, baños tortillería, tapicería, bueno ahí había de todo, en frente tenía yo, mi puesto de castañas.

Varias vocaciones le fueron adjudicadas a la zona, una de las más exitosas fue la de “zona roja”, territorio de prostíbulos y cabarets, cuyos nombres tatuaron el espacio: Linterna Verde o Club Verde, La Rata Muerta, también llamada El 1, Las Sirenas y *Le Rat Mort*, el centro nocturno La Oficina, famoso porque allí concurría Agustín Lara; el bar elegante La

Perla de Regina, el Mata Hari —con la oferta de “baile, juventud y alegría” para las clases altas—; “además del Smirna —según relata Isaura García—, pista de baile para el pueblo, que según vecinos se encontraba en el patio principal de lo que fue una gran vecindad, restaurada en los años setenta, hoy es la Universidad del Claustro de Sor Juana, en la calle de San Jerónimo”, mostrando la proximidad permanente, conflictiva, pero cercana de diversas clases que en su interacción construyen una atmósfera para ese pequeño territorio. Nombres famosos también lo ilustran, así la memoria encuadra la presencia de José Medel, *Cantinflas*, *Clavillazo*, Adalberto Martínez *Resortes* y José Martínez *Pallillo*, constituyéndose en un capital simbólico que se comunica y exhibe, pero que también refuerza la imagen permisiva que la signa, porque allí floreció el teatro, las carpas populares y los espectáculos con “alto erotismo”. Así, la imaginación despliega situaciones y hechos: “Se dice que en su núcleo entre Aldaco, Jiménez y Echeveste, se conjuga un barrio bravo, asaltos, venta de droga, almacén de fayuca y de equipo para la piratería, esto no está probado y nadie se compromete a denunciar. Incluso los vecinos consideran que son cuidados por... ellos mismos.” Un territorio asoma a la gran urbe, es también, de varias formas, su hechura.

El zapatista, artículo de Lucio Ernesto Maldonado, constituye una forma en que el testimonio de un hombre, en este caso un librero, permite ingresar a una perspectiva de la vida de una ciudad convulsionada por un evento histórico como la revolución iniciada en 1911. La perspectiva en la que se emplaza el testimonio reproduce una de las vertientes antagonistas de índole política, moral y fundamentalmente estética, fundida en la impregnación que las emociones producen. Maldonado, no obstante, no inicia su artículo sin contextualizar el periodo en el que este librero desarrolla su trabajo en la Ciudad de México, al contrario, introduce las modificaciones culturales, sociales, económicas, mediante la enumeración detallada de las nominaciones de lugares, el establecimiento de negocios, el surgimiento de personajes, géneros musicales, compositores, intérpretes, cine, entre otras expresiones de una ciudad que se diversifica.

Microespacios del (des)encuentro

Microespacios y microinteracciones constituyen, en un trabajo paciente y cotidiano, una parte fundamental de lo social. Es en esos lugares donde se moldean los actores —en los actos mismos de hacer, precisamente esos lugares—. En este sentido, es necesario que la antropología otee su entorno, y allí encontrará las esquinas, los rincones, las banquetas y las bancas, los pasillos y un sin fin de lugares colonizados por usos, afectos y significaciones. En esta perspectiva se ubican los textos de esta sección: auscultan un teatro, un hospital, una pulquería y una chocolatería. A estos lugares asisten personas de diversa condición social, más sus lenguajes, estados de ánimo, significaciones e intereses no son muy diferentes: el lugar los moldea y a su vez dialoga con el entorno.

El trabajo de Hugo Arciniega, sobre el Gran Teatro Nacional de Santa Anna, articula diversas escalas para correlacionar una arquitectura singular al contexto urbano, y la construcción de dicho teatro es un pretexto para desarrollar una metodología⁸ que enfoca el

⁸ Es destacable observar que el autor inicia su artículo con una escena relatada por Federico Gamboa en su libro *Reconquista*:



despliegue hacia el exterior urbano, así como los cuidados interiores que realizan los constructores para dotarle de “coherencia”. Como una muestra el autor señala:

Dicha iniciativa, más que al concepto de remate visual, respondía a una nueva concepción sobre el uso de los espacios públicos, ya que la iluminación nocturna a base de gas hidrógeno permitía robar horas al sueño y a la oración y dedicarlas a admirar las imágenes que las luces parpadeantes asignaban a las fachadas y a los monumentos

“Conforme adelantaban en la ancha vía solitaria, a su fondo divisaban, destrozada, la enorme mole del pobre Teatro Nacional, que echaban abajo para prolongar la avenida. Y visto a distancia lo que del imponente inmueble se conservaba en pie aunque a punto de caer, unas columnas por los suelos, en pedazos; gruesos cilindros de piedra junto a montículos de escombros y de tierra, en cuyas cimas titilaban las flamas diminutas de las linternas de aviso de los veladores; otras columnas en su sitio todavía, pero truncas, no sustentaban nada, ociosas y condenadas a rodar mañana y morder el polvo; vistos a los andamiajes destructores y a la luz de luna que más allá de pórticos y vestíbulos daba de lleno en lo que había sido sala y escenario, desolados también y también sembrados de escombros, de tierras, de vigias enormes que asomaban sus extremidades amenazantes y erectas, como bestias fantásticas que salieran calladamente de los removidos cimientos a disputar la inviolabilidad de sus viejos nidos” (Federico Gamboa, *Reconquista*, 2ª ed., México, Botas, 1937, pp. 276–277), para señalar al final la necesidad de estos abordamientos.



públicos erigidos para destacar los valores laicos, sobre los que se proyectaban.

Este emplazamiento urbano se complementaba con los principios de unidad y armonía, es decir, la composición debía hablar con elocuencia de las actividades que se ofrecían dotándole de esta forma de “carácter” al edificio. El detalle de las descripciones de la edificación como de sus proyecciones funcionales y simbólicas, así como el uso de fuentes diversas, muestra una búsqueda metodológica proyectada concientemente.

El artículo de Alí Ruiz es un expresivo trabajo de toma de conciencia sobre la implicación de la antropología urbana, cuando es realizada por una urbícola nativa de su ciudad. Ella *vive* una situación límite al exponerse a un proceso de interacciones en un hospital, debido a la intervención quirúrgica realizada a su novio, y, desde aquello que Simmel llamó *reserva*, como ese “de-

recho de desconfiar propio de los hombres [...] de la vida metropolitana”, la autora se emplaza matizando su adhesión: “yo soy una urbícola muy *reservada*, así que me sorprendió mucho mi propia actitud, y estuve ensimismada intentando darme una explicación racional”, para luego, con Wilhelm Dilthey, asentir que “las ciencias del espíritu comprenden, no explican”, produciendo un espacio para la proximidad, que en ese momento es vital y en la escritura aparece con ese “agregado” de la implicación, desplegando lo que el mismo Dilthey señalaba: “significado, sentimiento y voluntad y logra encontrar las relaciones efectivas entre éste y su visión del mundo”, como ella misma expresa:

Entonces me asediaron de nuevo los viejos problemas epistemológico-existenciales [...] El dato cualitativo que produce la antropología se logra en las relaciones cara a cara, esto implica el diálogo de subjetividades, el choque

de emociones, pero ¿cómo dar cariz científico a la empatía, al agrado o al desagrado y a todas las emociones que tamizan nuestro trato con la alteridad? No lo sé, pero científico o no, mi sensibilidad hiperestésica y el paralelismo entre la situación de esa mujer y la mía me llevó de súbito a la *verstehen*. La comprendí, me sentí identificada además de que en efecto pertenecíamos en el hospital a un mismo subgrupo.⁹

donde sentimos los ecos de Renato Rosaldo, en su *Cultura y verdad*, con las iras de sus cazadores de cabezas y la pérdida de su esposa.

Esta etnografía muestra, de manera ejemplar, el ejercicio del poder en una situación límite; también expone cómo las formas sociales poscoloniales penetran en las instituciones a través de las personas, más allá de las argumentaciones racionales y sus políticas. Antropología del dolor, de la incertidumbre, de la furia, de la empatía, de la urgencia singular que sintetiza aquello que pasa en los hospitales, pero también en las cárceles, en

⁹ “Mientras observaba a la gente, encontré rostros conocidos, aunque el día anterior no puse mucha atención a mi entorno, recordé haber visto algunas de las personas que estaban ahí, la señora que tejía, por ejemplo, ya me era conocida, el día anterior estaba con una mujer muy parecida físicamente a ella, de facciones toscas, estatura baja y sobrepeso, cuando nuestras miradas se encontraron, me saludó con una sonrisa y me preguntó: —¿y el güero? —lo están operando, contesté, —no me diga, pues ¿qué tiene?, le platiqué a grandes rasgos y ella me contó también su historia: tenía un hijo internado porque en un asalto lo habían apuñalado: —le atravesaron el intestino y le fracturaron a patadas ocho costillas, una de las cuales le había perforado el pulmón, llevaba nueve días hospitalizado y ella y su hija se alternaban para cuidarlo, ahora su hija estaba arriba con él porque la gravedad del estado de su hijo les daba la posibilidad de un pase de 24 horas. La señora vive en la colonia Bondonjo, ahí tiene una fonda que atiende con su hija y que todos estos días ha permanecido cerrada, su hijo es chofer de un microbús de alguna ruta que tiene paradero en Huipulco, su esposo murió atropellado hace más de ocho años. —¿Ya desayunó?, —ya señora, muchas gracias, —¿apoco sí?, si llegó desde bien temprano y no la he visto que coma, ándele güerita, cómase esta torta, traigo varias, si no comemos no rendimos y aquí hay que estar al pie del cañón; comí la torta de huevo con frijoles refritos y queso blanco y ella aceptó una manzana que le di, seguimos conversando hasta que bajó su hija y ella subió para sucederle. —Qué salga bien su güerito, me dijo amablemente, —gracias señora, yo también espero que se mejore su hijo, le dije, expresando un deseo profundo y sincero, no necesitaba saber más, sabía que fuere quien fuere el muchacho internado, su madre estaba sufriendo enormemente y hubiera querido detener su sufrimiento”.

los pasillos de la justicia,¹⁰ en las escuelas y universidades, en los campos académicos, en las instituciones del Estado.

Por otro lado, en un campo opuesto, y quizá por ser un lugar al que se va “voluntariamente” y porque el entorno genera una atmósfera, el lenguaje es uno de los protagonistas de las pulquerías; el lenguaje también, no obstante, es el más importante generador de dicha atmósfera: causa y efecto sin secuencia lineal, pulqueros atrapados por la telaraña que tejen y tejen sin cesar. Así, según un testimonio recogido en el artículo de Ernesto Licona,

...en las pulquerías hay mucha risa, demasiada, ahí se hacen las bromas o sea la clientela participa más de las pláticas que no es el caso en una cantina, te sientas y pláticas con quien vas y en la pulquería las pláticas son más generales. Hablas y un cabrón que está en el fondo te contesta y agarra y te dice; hasta en los albuces es más comunitario el ambiente aunque no te conozcan. La gente es más común. El ambiente es menos privado, el *jicarero* se mete con los clientes, no podría llamarle familiar sino más general. Se ven ahí, se gritan cualquier cosa, es muy raro que de ahí salgan compadres yo creo que no, los clientes entablan una relación de amistad momentánea.

Estamos pues, ante una situación social que despliega una actividad más lúdica que funcional donde, al decir de Simmel, la socialización cede a la sociabilidad como un

...proceso [que] se realiza también en la separación de lo que llamé el contenido y la forma de la existencia social. Lo que en ésta es propiamente la “sociedad” consiste en *el estar uno con otro, uno para otro y uno contra otro*¹¹ por medio de los cuales los contenidos e intereses individuales experimentan una formación o fomentación *a través del impulso o la finalidad*. Estas formas adquieren ahora una vida propia, se convierten en ejercicio libre de todas las raíces materiales, que *se efectúa puramente por sí mismo y por el atractivo que irradia esta libertad*; este fenómeno es el de la sociabilidad (Simmel, 2002: 82).

¹⁰ El antropólogo peruano Efraín Morote Best decía que en esos pasillos “se empozaba el odio”.

¹¹ Las cursivas son mías.

Los pulqueros no van a las pulquerías solamente a tomar, es una atmósfera, que ellos mismos crean lo que los atrae, y estar con otros no significa impulsar un mismo proyecto de mediano o largo alcance, sino estar juntos, porque sí. La pulquería, como la cantina o el billar, entre otros, es un nodo urbano circunscripto, y no obstante organiza el espacio desde su acceso libremente obligatorio: así, de alguna forma, la pulquería es un oxímoron urbano.

Ese juego se expresa también en las nominaciones:¹² *Detente hermano*, es un imperativo laxo por su dosis de humor; *Cómo te va de ahí, Aquí se está mejor que enfrente*, habla de interpelaciones interiores y al entorno; *Los Erutes de Sansón*, expresa la sinécdoque de la satisfacción y una estética comunitaria que demarca, remitiendo así a la fisiología y a una filosofía de la vida; *BB y BT*, juega con una sonoridad (in)significante; *Al Pasito pero Llego, La Conquista de Roma por los Aztecas*, circunstancia e historia como deseo; *La Línea de Fuego, El Purgatorio, La Gloria, El Infierno, El Sube y Baja, Los Hombres sin Miedo*, marcan a los actores y promueven una atmósfera masculina-heroica; *La Toma de Ciudad Juárez, La Gran Batalla de Otumba, El Huapango de Veracruz, El Jarabe Tapatío*, delimitan un espacio escrito con historia, cultura musical y —por tanto— despliegan un territorio, fijan lugares de la memoria y una red que emplaza, a quien nombra, en la nostalgia, dotando de densidad al presente y al lugar; *Los Fifis, La Elegancia*,

¹² Refiriéndome al *lenguaje del lugar*, señalé en otro texto: “Entonces refiere a una nomenclatura específica que la nombra y delimita: un nombre lo distingue y jerarquiza y muchos otros hablan de sus cualidades, reparticiones, funciones, usos, sentidos, actores. Ese nombre se asocia a un campo semántico que lo articula y establece los componentes de la identidad de la comunidad que la crea y se apropia, distinguiéndola y relacionándola. Es aquello también por el que se define lo serio o lo cómico, lo solemne o lo risible: la palabra soez indispensable funda el lugar marginal-lumpen, el género invalida, matiza o azuza su emergencia, y su realización adecuada también caracteriza el género y el carácter de los (las) interlocutores (as) en las jerarquías internas. El lugar tiene un discurso propio” (Abilio Vergara, “El lugar antropológico. Una introducción”, en Miguel Ángel Aguilar, Amparo Sevilla, Abilio Vergara (coords.), *op. cit.*, 2001, p. 10).



El Buen Gusto, pretenden y quieren ser a través del gusto o del estilo, enmarcan la elección, aunque su ejercicio depende de poderes diversos; *Conozco a los Dos, ¿No que No?, Te lo Dije*, insinúan diálogos inquisitivos, son la exploración del entorno inmediato y un llamado también al emplazamiento clasificatorio; *El Gran Atorón, Me siento Aviador, La Gran Mona*, no sólo hablan de los efectos, sino de una gran condición, es la expresión pública de la pertenencia; *La del Estribo y Sobre la Marcha*, hablan del deseo de quedarse —“el que mucho se despide...”— y de las prisas urbanas, y, en conjunto, a pesar de sus contradictorias significaciones y extensiones, remite al trabajo incesante

de las producciones identitarias: produce los signos de los que nos asimos para ser y/o devenir.

Ese carácter viene, en primer lugar, de su extraordinaria posibilidad para reorganizar¹³ adentro las distinciones sociales que vienen de afuera; según Ernesto Licona: “todos tienen nominaciones como: *los paisanos, los tíos, los empleadillos, las putitas, los fierros, los judas, los rateros, los media cuchara o los macuarros*, designaciones que muestran una biografía social pero también el sitio que ocupan dentro de la pulquería”; y, en segundo lugar es también un espacio de urbanidad en su sentido sociable, como dice el dueño de la pulquería: “siempre hay algo, es un lugar que te divierte mucho. Ahí llega el que sabe de fútbol, de política, historia y muchas veces dice muchas barrabasadas”.

El artículo de Katia Perdigón sobre la chocolatería relata una experiencia urbana circunscrita: ciertas prácticas que conjuntan, bajo un mismo techo, las rutinas o costumbres que desarrollan ciertos urbícolas —en un estar momentáneo y placentero— y, por otro lado, el azar, la posibilidad de encontrar un ambiente que se anhela, se busca y que al fin se encuentra, en esos senderos de la exploración que la ciudad posibilita y

¹³ Este trabajo se realiza generalmente en un ambiente festivo y de relajación, lo que posibilita jugar con las distinciones de manera irreverente, reubicar las jerarquías casi en un ambiente carnavalesco y acudir al lenguaje obscuro para corroerlas.

promueve. El Moro así se constituye en un mojón urbano, al que, como en muchos casos, también contribuye la escritura de quienes abordamos la cultura en las ciudades, y de esta manera desplegamos nuestros mapas hacia lugares que se —y nos— iluminan.

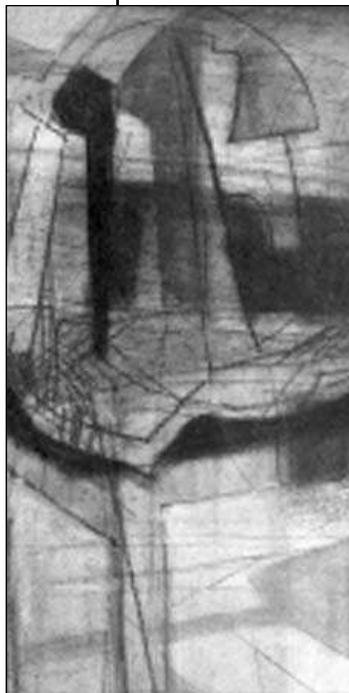
El lugar conquista al movimiento

El metro es la puesta en escena más fiel de la condición de las macrociudades: descarnadamente muestra el despliegue de la multitud, que es la forma más expresiva en que podemos vernos *demográficos*, muchos y solos a la vez, anónimos e indiferentes, vernos allí sí casi como un número; ante sus imágenes las estadísticas palidecen, pues “verdaderos ejércitos humanos caminan codo contra codo para entrar o salir de los vagones [...] que lograr ascender a los vagones a las llamadas horas ‘pico’ puede significar un verdadero triunfo entre miles de oponentes”. Es este espacio, que colonizan diferentes tipos de urbícolas que etnografían Olivia Domínguez, Melissa García y Mauricio García, quienes despliegan una observación sistemática hacia los espacios del metro y de la urbe desde perspectivas relativamente diferentes.

Mas, no obstante que es fundamentalmente un espacio de desplazamiento y de lo efímero, determinadas prácticas detienen el movimiento y otorgan a sus componentes significados y articulaciones con experiencias de vida que la trascienden¹⁴ y arraigan; pero, también, son impensables fuera de él en las megaciudades, como lo señala Olivia Domínguez:

...con todo, los andenes también sirven como espacios de contacto e interacción social entre los usuarios, son ante todo un punto de reunión. Las citas bajo el “reloj” son

¹⁴ Por ejemplo en las *impresiones* que nos llevamos a casa, como relatos, si tenemos a quien contarlos, o como meras imágenes si no hay con quien compartir, por ejemplo los casos que narra Melissa García: “Así, una mujer de 38 años comentó que la estación Hospital General le recordaba cuando una muchacha se había aventado a las vías del metro, mientras que la estación la Raza, cuando terminó la relación sentimental con su novio. Un hombre de 25 años reportó que el metro le recordaba una etapa de su niñez, ya que a los seis años se había perdido en el metro Taxqueña”.



frecuentes [...] se encuentran compañeros de escuela y de trabajo, parientes, amigos, novios, esposos o amantes. Bajo el reloj se conocen aquellos que se citaron por teléfono, carta o Internet y que nunca antes se habían visto. Bajo el reloj se dan los encuentros, pero también las rupturas. Bajo el reloj se espera a los impuntuales y a aquellos que no han de llegar.

Son pues, cronotopos emblemáticos de encuentros sobre la marcha, en el vértigo del viaje que lo detienen, pero también afincan y a veces anidan: de allí surgen proyectos, de allí también bodas y desencuentros.

Son, entonces, escenarios con los que se cuenta para ser y estar con los otros y de alguna forma colonizar un espacio que inclusive los otros reconocen en las cartografías de la ciudad:

...en los andenes se refuerzan los lazos de identidad grupal, son los lugares de reunión de grupos específicos cuya presencia salta a la vista. En la estación de Etiopía se congrega un grupo de niños indígenas que tocan el acordeón; en los andenes de la estación Niños Héroes se pueden distinguir los grupos de vendedores ambulantes haciendo cuentas entre broma y broma; los andenes de la estación Hidalgo y específicamente el área del reloj se han convertido en el punto de reunión de los miembros de la comunidad *gay*, y los de Potrero sirven para que los músicos afinen sus instrumentos y practiquen sus canciones.

También el metro es explorado en las interacciones que propicia al interior de los vagones, los sentidos que se estimulan, las formas en que la mirada trabaja el entorno, etcétera.

Los ojos de las antropólogas y el antropólogo priorizan de diferente manera: una emplaza en el entorno, centros comerciales, salas de cine, oficinas de gobierno, edificios de empresas, centros de estudio de diferentes niveles; la otra ausculta subjetividades y ensaya engarces categoriales, el otro emplaza estrategias de autoempleo. Ninguno puede prescindir de subrayar, con asombro de confirmación, la presencia de la *diversidad* y de la *institución*: promoviendo prácticas que se oponen, ambos en constante asedio mutuo, en cuyo centro sensibilizado se ubica el *metronauta*, con la paradójica situación que ese centro viaja con cada uno y es, por tanto, ubicuo.

Al recurrir a la observación detenida de lo fugaz, los artículos nos dicen que el metro configura una paradójica conjunción entre *indiferencia* y *sensibilidad*. Auscultando actividades culturales promovidas por la autoridad y por iniciativa de quienes hacen de ese sistema de transporte un lugar de trabajo cultural, se vislumbran diferentes proyecciones y producen efectos en los usuarios, no obstante que la escala de intervención es obviamente diferente y refieren a la construcción de imágenes del metro y de la ciudad: la artista callejera puede no ser integrante de una red, pero para el imaginario urbícola, la función de los que trabajan en los trayectos y estaciones es probablemente más o menos homogéneo: provienen de sectores pobres, luchan por supervivir; a veces molestan, a veces divierten, a veces infunden temor, a veces compasión: no hay lugar para la indiferencia *cuando esto sucede*, y hay marcas que llevamos a casa, en la plática, en la evocación silenciosa, alimenta la construcción de la monstruopolis, que precisamente no cesa de parir esos personajes. Su ubicuidad también habla de esa su cualidad para generar la diversidad, pero también de las contradicciones y conflictos que dicho proceso des-pliega.

La cultura en el metro y la cultura del metro.

Como espacio para supervivir autoempleándose, desarrollar el arte en el desplazamiento, mostrar miserias individuales —piernas gangrenadas— o colectivas

—campesinos de la Sierra Norte de Puebla— hiperbolizándolas para sensibilizar, creando personajes y mapas de la injusticia, la indignación, el rencor social o del desagrado: el metro cada día radiografía la economía del país, muestra en microinteracciones las estéticas de la repulsión o la adhesión solidaria, pero también la compasión cristiana, que puede envilecer aquello que quiere amar.

Mauricio García parte de una experiencia personal para situar su estudio y constata cómo los llamados trabajadores precarios utilizan estrategias de asedio para “franquear la barrera” de la indiferencia, *simmeliana*, que los urbícolas ponen frente a los otros, como “interpelar directamente —a quienes aparentemente no los escuchan o hacen caso—, jalar la ropa, insistir por mucho tiempo, perseguir al transeúnte, etcétera”. García subraya: “sin embargo, aun después de estas experiencias¹⁵ no dejó de inquietarme la naturalidad con que los destinatarios los ignoran y los enunciatarios insisten, aun valiéndose del fingimiento (escenificación) y la denigración propia”. El autor propone una clasificación de las formas de abordamiento y las estrategias que realizan los precarios, y la imagen que se van formulando los urbícolas, donde al parecer la atmósfera que se crea es de mayor sospecha y desconfianza, puesto que se caracteriza a ese mundo como de “engaño”. Quisiera, en este contexto, destacar una de las conclusiones que me parece importante: “En todo momento hacen uso de un sentido muy desarrollado de ‘oportunidad’ sobre los flujos, dinámicas y problemas de ciertos espacios públicos de la ciudad”, lo que nos va diciendo acerca de las potencias de la ciudad para generar la diversidad; también muestran las formas en que demarcan la ciudad, y cómo se apropian configurando mapas personalizados, de grupo, de función, etcétera.

Asimismo, explora las diferencias en el mismo seno de los trabajadores precarios y ensaya perfilar sus posibilidades de respuesta frente a las normas dictadas por las autoridades —como la *Ley de Cultura Cívica*—, para impedir su trabajo: “las manifestaciones públicas de los precarios tendrán que ser dirigidas por aquellos trabajadores mejor organizados, con mayores ganancias o

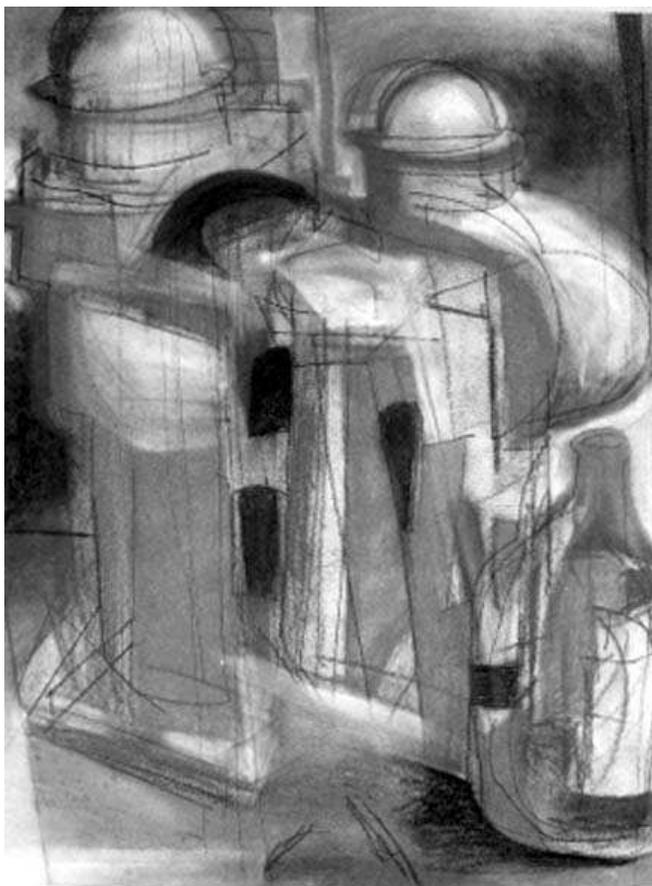
¹⁵ Debo señalar que él mismo vivió la experiencia de *precario*.

que su actividad no presente una desviación a lo legal demasiado evidente”. De igual forma, señala en su análisis contrastivo de la aplicación de la mencionada ley y los usos que de la legislación realizan los policías y autoridades, que posiblemente generará mayor “corrupción y multiplicación de líderes de informales con nichos importantes de poder y de ingresos”.

La esfera pública: tatuando la ciudad

Los artículos que forman parte de esta sección —de Aída Analco, Sergio Tamayo, Xóchitl Cruz-Guzmán y Esteban Sánchez— contribuyen a reelaborar nuestra mirada a las expresiones públicas del descontento social en los dos primeros, y a las políticas de la ciudad en el último. El movimiento popular y su forma más visible, la *marcha* en la ciudad, son eventos que ponen en escena las relaciones de poder: una marcha es una forma expresivo-significativa de la sociedad, mediante la cual ésta dialoga consigo misma y se reta. Hay una tendencia a esquematizar la explicación de su realización: 1) unos ven en esos actos el voluntarismo manipulador de sus dirigentes; 2) otros creen que eso ocurre porque están en juego los intereses de las clases sociales en conflicto. Por mi parte, creo que ambos extremos para abreviar: no hay claridad —o conciencia— de la carencia del poder que se necesita para cambiar el mundo, por lo que no todos los participantes tienen que saber todo de todo,¹⁶ pero tampoco hay tanto poder para engatusar y ponerlos en *la calle para tomarla*, sólo con la seducción de la palabra de los dirigentes. La marcha atrae porque en ella se habla a la sociedad y a uno mismo, también porque tiene la fascinación de la fiesta y de lo lúdico, así como del desafío de expresar con mayor libertad sobre los problemas que aquejan. La marcha congrega también porque conjunta dramatismo —en sus dos senti-

¹⁶ Como al parecer “quisiera”, siempre, la derecha y los medios que confirman sus pronósticos autocumplidos al entrevistar a los sectores menos informados de dichas movilizaciones.

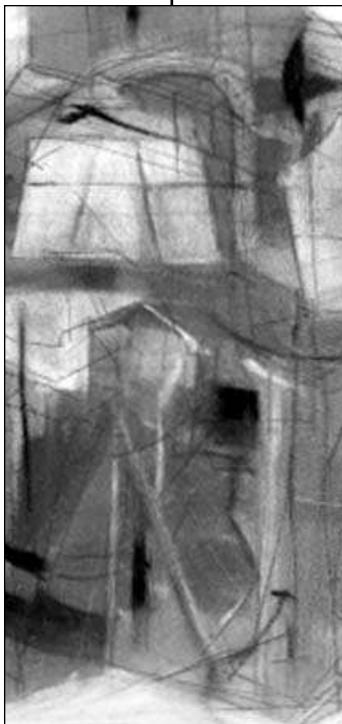


dos, de límite entre lo cotidiano y lo trágico, y de puesta en escena—, como espectáculo que se ofrecen a sí mismos los marchistas, sabiendo que irruptiva y sorpresivamente, y de verdad, el reto los espera en el lugar y el momento inesperados, probando sus fortalezas¹⁷ o mostrando sus debilidades. La marcha es la energía social convertida en vehículo que arremete por las calles

¹⁷ Alguien debía estudiar esta faceta de las marchas y ver cómo, entre esas posibilidades de pruebas a venir —paradójicamente inminentes e inesperados al mismo tiempo—, también se producen porque la marcha debilita las fronteras entre lo público y lo privado, principalmente cuando las marchas son largas, duran mucho, y dan la posibilidad de que sus integrantes muestren “lo que son” frente a los otros que comparten sus rutinas: si alguien muestra coraje, valor o “se raja” ante el desafío de la represión, hace uno indivisible su personaje y se convierte en sujeto, poniendo todo su ser en cuestión. Paradójicamente también, es en el espacio público por excelencia donde esas cualidades personales, a veces íntimas, se ponen en escena, se convierten también en social.

frente al enemigo social; fluye por causas y cauces y abreva de sí misma y de los otros —en juego, en diálogo o enfrentamiento— para potenciarse. En este *juego-pugna*, calles y medios de comunicación ponen los escenarios.

En este sentido, la visibilidad es también la meta —a su vez que recurso—; para muchos movimientos de ahora, la aspiración es llegar a la televisión y a la prensa escrita y radial, pues como expresivamente lo muestra Aída Analco, la marcha se impregna del espectáculo de la pospolítica para atraer el ojo de las cámaras. Así, el sábado 26 de junio del 2004, en la marcha del “Orgullo Lésbico, Gay, Bisexual y Transgénero”, todo parece orientarse por allí:



...curiosidad, morbo, sorpresa, escándalo, ellos y ellas se han vestido, desvestido, disfrazado para ser fotografiados o captados por una cámara de video, todo se vale, la imaginación desbordada, si las cámaras no aparecen hay desilusión, disminuir el paso y posar para la toma, hacer que no se dan cuenta, espontaneidad artificial, hoy aquí están, las cámaras los hacen visibles y eternos.

No obstante, sería conveniente hacer una distinción, pues entre los diferentes movimientos sociales, creo que uno de los que trabaja —como búsqueda— los signos de su identidad con mayor militancia —e inclusive agresividad— es el representado en esta marcha; así, si bien “la diversidad es la meta”, ella se asocia al imperativo de la participación: “¡¡Banquetera, únete!!”.

La otra marcha, denominada “Marcha por la paz”, convoca a una población diversa, pero mayoritariamente clasemediera, donde ellos, en una ciudad que desconocen, exploran sin darle mayor importancia al territorio de los otros: “una señora hablaba por su celular *¿en dónde estamos?, ah sí en una calle que se llama Juárez, me dicen...*”. Es la ciudad que probablemente vieron, en la tele, caotizarse, y ahora les tocaba, por primera vez estar en esa escena. En ésta también reproducen sus prácticas cotidianas; sus redes y reconocimientos

debilitan el influjo de ese territorio marcado por el descontento y la protesta más sentida de las víctimas y de los más pobres: “otra señora con una pañoleta blanca en el cuello, celular en mano y gafas para el Sol, le comenta a su acompañante *‘mira, ahí está Monse del club, ¡qué bueno que vino!, ¿no?’*, entonces, la marcha derivó en desfile, en una pasarela, donde lo que importaba era ser visto por los demás, pero no por los otros, a diferencia del día anterior, sino para exhibir la ‘conciencia social’ entre pares, entre los conocidos, los demás no importaban. Hasta en la tele vamos a salir, ¡qué loco! ¿no?” Así, la marcha se extraña de sus actuales protagonistas y del espacio que transitan, de las consignas y

protestas —pocas, pues significativamente, en reconocimiento de una posible concurrencia diversa, se había explicitado como silenciosa— no pueden confluir ni siquiera cuando se cantó el himno nacional —muchos lo ignoraban— y sólo encontrar un eco masivo con: ¡México, México, México!

El trabajo de Xóchitl Cruz-Guzmán y Sergio Tamayo propone, de manera muy expresiva, la configuración concéntrica de una geografía de la protesta social: “De norte a sur, de este a oeste, ganaremos esta lucha, cueste lo que cueste”. Es una geografía que forma sintagmas diacrónicos y sincrónicos, en movimientos convergentes que recorren el territorio nacional,¹⁸ tatuándolo para realizar los rituales centrales en la capital, reeditando en ella los trayectos que con el tiempo

¹⁸ Ellos lo consignan: “Fueron ocho caravanas las que se darían cita en la gran urbe, atravesando la República de norte a sur y de este a oeste. La caravana 1 se denominó ‘Ricardo Flores Magón’ que salió de Tijuana, Baja California; la número 2, ‘General Francisco Villa’, se originó en Ciudad Juárez, Chihuahua; la marcha 3, ‘Mineros de Nueva Rosita’ emprendió el camino de Nuevo Laredo, Tamaulipas; la 4, ‘Expropiación Petrolera’, de Reynosa, Tamaulipas; la número 5, salió de Zihuatanejo, Guerrero; la caravana 6, llamada ‘Ejército Libertador del Sur’, de Tapachula, Chiapas; la trayectoria 7, ‘Jacinto Canek’ de Mérida, Yucatán; y la marcha 8, ‘José Ma. Morelos’ desde Lázaro Cárdenas, Tabasco. Ocho caravanas que se desplazaron por cien ciudades”.

inscribieron el simbolismo de la protesta en el espacio urbano:

Ya en la ciudad de México, los cien mil manifestantes partieron de cuatro lugares distintos, significativos simbólicamente para el movimiento social y político: el Monumento del Ángel de la Independencia contingente encabezado por la Unión Nacional de Trabajadores (UNT); el Monumento a la Revolución, liderado por el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME); el Congreso de la Unión, desplegado por el Frente Sindical Mexicano (FSM) y el monumento al prócer Lázaro Cárdenas, iniciado por el Movimiento El Campo no aguanta más.

Una constante de estas movilizaciones es que convocan a sectores heterogéneos. Ni siquiera la marcha *gay* —como comúnmente se conoce, en un trabajo de economía comunicativa— se muestra compacta y única: allí se muestran, muy expresivamente las diferencias, y más aún, las políticas concientes destinadas a decir —o, mejor, a exhibir— la pluralidad interna que converge y disiente constantemente. Así, en la Marcha por la Soberanía Nacional se puede encontrar las múltiples formas en que se concibe ese concepto y ese sentimiento, mismos que se engarzan no solamente a los sectores representados por las organizaciones participantes, sino en la gente que va allí sin pertenecer, pero con simpatía.

El trabajo de Esteban Sánchez observa un momento de la historia de la Ciudad de México. En 1847, los estadounidenses se apoderaron de ella, y constata que “lo sucedido con esta ciudad durante aquellos meses de la ocupación militar ha sido escasamente estudiado” y que los hechos que se desencadenan “nos muestra que el pretendido Estado-nación que ahora conocemos como República Mexicana presentaba avances sólo rudimentarios en su proceso de consolidación, veinticinco años después de su independencia”. El artículo pretende reflexionar sobre un problema: “el de la capitalidad de la Ciudad de México”.

Sánchez otorga densidad histórica —a la mirada de los otros artículos—, aunque interpretada desde una perspectiva de una ciudad que pretende consolidar un liderazgo propio regional,¹⁹ y opuesta a la versión ofi-

cial de una ciudad traidora, mostrando cómo la ciudad se concibe en relación a su entorno y pugna por dotarse de un territorio que lo sustente y dé una autonomía como ciudad en pugna con los poderes de la Federación y del territorio nacional —representado por los estados—. De esta forma, señala Esteban Sánchez, “la ciudad abandona con ello los hábitos metropolitanos para adquirir las características de capital regional”. El trabajo presenta un análisis de coyuntura que, no obstante, abre una ventana para observar la función capital de la ciudad capital en el proyecto de un Estado-nación.

Un elemento importante que viene asistiendo a los trabajos de antropólogos y sociólogos es la diversificación de fuentes, y los artículos aquí reunidos lo explicitan de manera ejemplar: las interacciones cara-a-cara se contextúan y conforman en diálogo con los medios de comunicación y no existe fuente ilegítima como posibilidad de acceso a lo social. En este sentido, los trabajos de esta sección son ejemplares. Otro elemento destacable es la progresiva inclusión de las formas en que el espacio se va construyendo en territorio, demarcándose, y cómo ese proceso muta, reelaborando sus certezas.

En este *dossier* participan muchas miradas enfocadas a la gran ciudad, unos la fijan en lugares, otros participan del movimiento que los comunica, pero todos contribuyen —reitero— a una misma finalidad: que el lector se posicione desde más de una perspectiva, que se ubique en un *punto de vista* y recorra hacia otro, que relativice su mirada y, así no sea antropólogo, entre en su juego de traductor y concentrador de los significados que cada objeto, lugar, personaje, fenómeno o situación social convocan. Estas páginas son *nuevos-viejos* pliegues de la ciudad, y los dedos que los hojean, dejan en sus páginas —que colonizan también como su territorio—, invisiblemente al principio, apelmazados después, sus huellas; así cuando vuelva a hojearlas, también ellos se encontrarán allí, cuando, además, la memoria y su imaginación les evoque aquella visita que quizás estas mismas páginas estimularon realizar.

se como cabeza de una región y empezar a resistir las fuerzas centrífugas que trabajarán al interior del territorio del que pretende adueñarse”.

¹⁹ El autor dice: “La ciudad considera que tiene que consolidar-

Etnografía de un barrio obrero: La Fama, Tlalpan**

Tal vez hablar de la etnografía de un barrio obrero sea un tanto impreciso. La Fama fue un barrio obrero, ahora ya no lo es. A escasas dos cuadras de Insurgentes Sur, pasando el Bosque de Tlalpan y la avenida San Fernando, se encuentra éste, uno de los once barrios que conforman a la sureña Delegación de Tlalpan.

Articulado al nacimiento de la fábrica de hilados y tejidos La Fama Montañesa en 1831, compartió las vicisitudes de la empresa por más de un siglo, hasta su cierre en 1998. La fábrica se constituyó durante todo ese tiempo en el eje de la vida barrial y en su referente fundamental, de tal suerte que aún hoy, cuando ya no hay fábrica, la memoria se ancla en ella y en su historia.¹

El cierre significó la transformación radical del espacio y de la vida barriales, pero siendo justos, este cambio se inició varias décadas antes, cuando la industrial textil del país cayó en franca decadencia ante las nuevas formas de competencia internacional, la aparición de fibras sintéticas y el retraso tecnológico y productivo del ramo. Asimismo el paso de la urbanización, que tardíamente se inicia en el sur de la ciudad —hacia la década de los cuarenta—, trajo modificaciones importantes en el paisaje urbano barrial, incorporándolo a la dinámica de la ciudad de manera intensa, pero provocando el desdibujamiento de sus fronteras originales.

En muchos sentidos, para un observador externo, hoy el barrio es una suerte de “ficción”, sólo visible y significativa para los que en él habitan. Frecuentemente en la Delegación se escucha hablar de él, aparece en los mapas, muchos conocen su historia, pero cuando se adentran en él, no se puede distinguir de cualquier colonia circundante. Atravesado por grandes avenidas como Insurgentes y Ayuntamiento, densamente poblado, con un tráfico intenso y la aparición continua de nuevas ofertas comercia-

* Departamento de Antropología, UAM-Iztapalapa.

** Este artículo forma parte de una investigación más amplia financiada por el Conacyt.

¹ Esto es entendible si pensamos que tan sólo han pasado ocho años desde su cierre, frente a más de siglo y medio de vida en torno a ella.





Fábrica La Fama Montañesa en 1916 (Colectivo Fuentes Brotantes; proporcionada por Mario Camarena Ocampo).

les, habitacionales y de servicios, sus habitantes parecen ser lo únicos en ubicar sus fronteras. Y hasta en eso encontramos discrepancias: mientras que para los habitantes el barrio llega “hasta donde llegaban las casas de los trabajadores” —lo cual implica que incluye el espacio conocido como las Camisetas—, para la Delegación es el pequeño espacio, casi triangular, comprendido entre la avenida Ayuntamiento, Insurgentes y la colindancia con la barranca que limita el Parque Nacional de Fuentes Brotantes. Las Camisetas se reconoce, en este esquema, como un barrio diferente. ¿Por qué esta confusión en sus límites territoriales? Porque para comprender los límites de este pequeño barrio y la dinámica de su vida es necesario adentrarse en la compleja relación fabril desarrollada durante el siglo XIX y el conjunto de transformaciones sufridas durante el siglo XX.

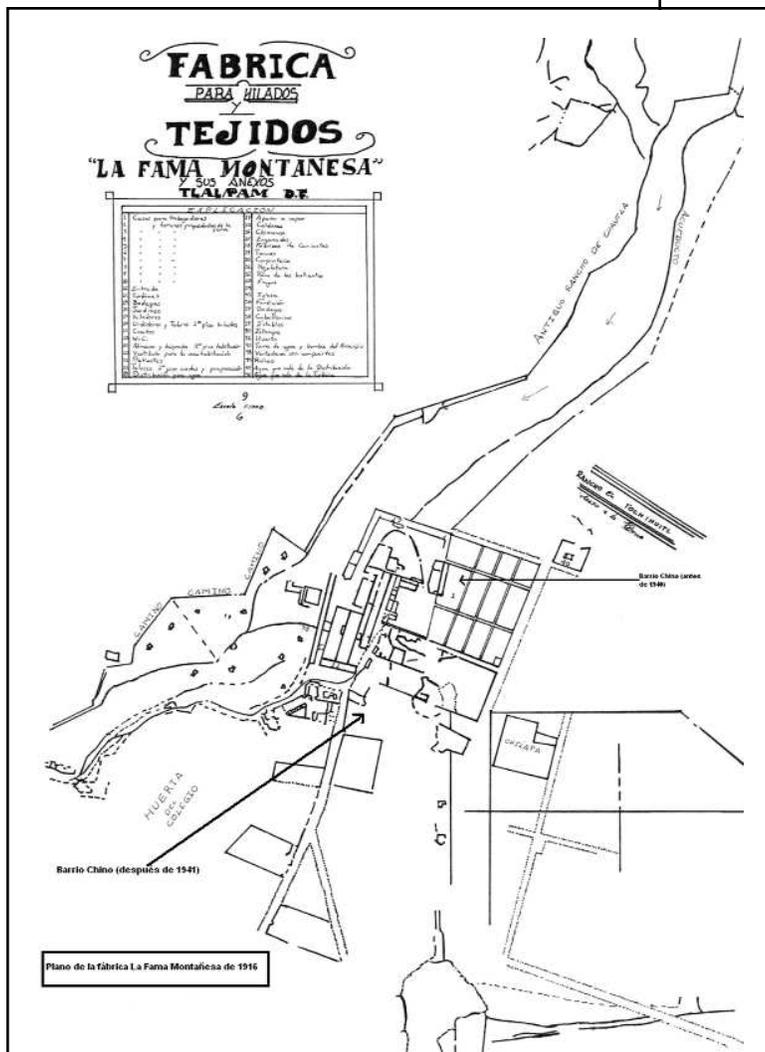
La fábrica y su plazuela continúan siendo el centro del la vida barrial. La plazuela, ubicada al frente de lo que era la fábrica de hilados y tejidos La Fama Montañesa, hoy ya no tiene prácticamente ningún marcaje que así lo indique: es una calle pavimentada, llamada la Fama, que perpendicular al Ayuntamiento se ensancha al pasar al frente del casco de la fábrica y a la nueva iglesia barrial, construida en los años sesentas, que conme-

mora a la Virgen de la Concepción, patrona del barrio y de la fábrica.

Sin un quiosco —pues el que antes existía es ahora una cocina económica— ni una fuente, ni árboles o mojoneras que denoten su importancia, la plazuela es centro sólo para los que la conocieron antaño, pues el paso continuo de automóviles y camiones la hace un lugar poco atractivo para ser usado como se utilizaban este tipo de plazas: para conversar, jugar, bailar, encontrarse, escuchar música, etcétera. Sin embargo, la carencia de señalamientos no le impiden continuar siendo un



La plazuela en la actualidad (foto: María Ana Portal).



Plano de la fábrica La Fama Montañesa (1916), que comprende la unidad de producción, casas, iglesia y tienda del Colectivo Fuentes Brotantes (proporcionado por Mario Camarena Ocampo).

referente fundamental para sus habitantes, ya que todos sus recuerdos —personales y colectivos— se entrelazan desde allí: las bodas y bautizos, los bailes y el basquetbol, la música y la infancia, las huelgas y los conflictos, todo transcurre en ese lugar, y junto con el Parque Fuentes Brotantes se constituyen en ejes fundamentales de la vida cotidiana.

El proceso de desdibujamiento de las fronteras y la pérdida de los referentes básicos parecen constituirse en una consecuencia general de desarrollo de la Ciudad de México, siendo que la mayoría de los barrios en el D.F. están en condiciones similares.² ¿Es posible enton-

² Desde luego, los barrios de Tlalpam no escapan de esta dinámica urbana y sufren continuamente transformaciones en este sentido.

ces seguir hablando de barrios o estamos frente a la disolución de una antigua forma territorial y social que ha desaparecido como tal y que tiende a homogenizarse a partir del concepto de colonia urbana? Aparentemente esta hipótesis podría parecer acertada, sin embargo, se requiere de una observación más detenida para encontrar que si bien la tendencia general nos hace suponer un proceso de “colonización” de los antiguos barrios urbanos, a su interior se gestan importantes procesos locales de distinción anclados a la historia y a la memoria.

Tal vez podríamos afirmar que la diferencia entre un barrio y una colonia urbana está justamente en este reconocimiento de la historia local y su resignificación actual, es decir, en los procesos de construcción de memoria colectiva, proceso ausente generalmente en las colonias de la ciudad.

En esta construcción de memoria encuentro tres ámbitos fundamentales: el territorio, el parentesco y las relaciones de poder en los que ambos se encuentran insertos. También los aspectos religiosos tienen un papel relevante en la construcción identitaria barrial; sin embargo, a diferencia de los pueblos urbanos, en donde el santo juega un papel central, en los barrios la organización social no está anclada necesariamente a lo religioso.

De los elementos antes señalados desarrollaré dos de ellos: el territorio y el parentesco, por considerar que son los que otorgan al barrio sus rasgos distintivos, su particularidad como espacio urbano frente a las colonias y a los pueblos urbanos.

El territorio³ aparece como uno de los ámbitos centrales del arraigo identitario; no es sólo una determi-

³ Una de las definiciones más claras sobre este tópico es la propuesta por Gilberto Giménez, cuando nos plantea que el territorio es “el espacio apropiado y valorizado —simbólica e instrumentalmente— por los grupos humanos [...] El espacio —entendido aquí como una combinación de dimensiones [...] incluidos los contenidos que las generan y organizan a partir de un punto imaginario”. Para él, el espacio sería la materia prima del territorio, la realidad material preexistente a toda práctica y a todo conocimiento; una suerte de “prisión originaria”. El territorio es “el resultado

nante geográfica para los habitantes del barrio, es fundamentalmente una construcción histórica y una práctica cultural significativa,⁴ que se arraiga a la memoria a partir de sucesos articulados a afectos y experiencias individuales. Esto nos permite pensar que el espacio — visto desde la antropología— se refiere fundamentalmente al contenido simbólico que los grupos sociales le asignan, pero también a las prácticas que sobre él y en él desarrollan. El espacio se debe recuperar no sólo en la dimensión física, sino también en la dimensión simbólica de su historia. Una sin la otra no tiene sentido.

Un segundo ámbito fundamental está en las relaciones sociales y de parentesco que se establecen en los barrios. Un barrio no puede comprenderse sin profundizar en las redes de relaciones que en él se establecen y cuyo punto de partida es el parentesco.

El territorio barrial

Parto de la idea de que para analizar el territorio es necesario:

- Entenderlo como un espacio significado.
- Analizarlo a partir de sus especificaciones socio-culturales, lo cual permitirá comprender los elementos identitarios que entran en juego en cada caso particular.
- Determinar las transformaciones que sufre en el tiempo, lo cual favorece comprenderlo más como un proceso en movimiento que como algo estático, e inamovible.
- Ubicarlo dentro de relaciones de poder específicas.
- Ubicarlo no como un coto cerrado, sino en relación a contextos más amplios.

de la apropiación y valorización del espacio mediante la representación y el trabajo”, una “producción” a partir del espacio inscrita en el campo del poder por las relaciones que pone en juego; y en cuanto tal se caracterizaría por su “valor de cambio” (Giménez, 2000: 22).

⁴ Cuando hablo de práctica cultural no estoy hablando en el sentido metafórico del término, sino en el sentido de la construcción de una territorialidad que se efectúa a partir de la apropiación simbólica y física de un territorio, constituyéndolo en un espacio cultural.

El territorio del barrio de La Fama se construyó a lo largo de más de un siglo. Lo cual implica que más que algo dado de una vez y para siempre, involucró un proceso, en donde debido a las condiciones políticas y económicas locales, nacionales e internacionales, fue adquiriendo un carácter particular en los distintos momentos históricos por los que ha atravesado su historia.

Como marca original, el espacio barrial se constituyó articulado a la fábrica que fue la primera que se fundó en el valle de México en el casco de un molino de trigo que pertenecía a la hacienda del Arenal. Esta fábrica era entonces parte de la hacienda y se encontraba rodeada por pueblos campesinos, y a menos de un kilómetro de distancia del pueblo de Tlalpam⁵ que estaba formado por distintos barrios, siendo los más cercanos el del Calvario y el de Chilapa.

El entonces municipio de Tlalpam, por su ubicación geográfica y por los recursos naturales con los que contaba —principalmente el agua— representó, muy tempranamente, un ámbito de desarrollo industrial, en donde se instalaron, además de dos fábricas de hilados, una de pólvora y una importante factoría de papel —Peña Pobre—, que luego se fusionó con Loreto. La mano de obra que requería, la encontraban entre los campesinos locales, que pronto aprendieron a ser “obreros” sin dejar del todo sus actividades agrarias.

Frente a la fábrica, estaba la plazuela que representó el lugar de reunión por excelencia y el acceso único a la fábrica. En ella se albergaban unos portales que servían para bailes y para escuchar música los domingos; la primera escuela —la Rey Cuauhtémoc— a la que asistían todos los niños del barrio, y un terraplén que se usaba para diversas actividades, sobre todo deportivas y sindicales. Narran los viejos obreros que había también una fuente, con una cabeza de león, cercana al muro principal de la fachada.

Evidentemente por esta plaza sólo transitaban peatones y, ya entrado el siglo XX, los camiones que cargaban y descargaban materiales y productos. No había transporte colectivo, ni luz eléctrica, ni agua potable en

⁵ Hasta 1963, todavía oficialmente era conocido como Tlalpam, vocablo que después se modificó a Tlalpan, como lo conocemos en la actualidad.



las casas. Las ofertas comerciales locales eran escasas y se acudía a los mercados cercanos y en algunos casos se tenían que ir hasta el antiguo mercado de la Merced, lo cual les llevaba varias horas.

La ciudad era vista como algo ajeno y frecuentemente todavía queda la costumbre de decir “voy a la ciudad”.

Con el tiempo, la plazuela se consolidó como un espacio fundamental en donde se forjaban relaciones sociales y afectivas y donde se dirimían los conflictos laborales. Al respecto Tranquilino Sandoval recuerda:

...el señor este era un español y le pegó a un trabajador. Estábamos inconformes. Allí mismo en la plazuela ya habíamos hablado de las reglas para los trabajadores, pero ese señor era un señor grande. Ya estábamos listos para entrar; la plazuela estaba así llena de obreros. Éramos 500 trabajadores en la mañana. Silbaba la fábrica para entrar pero no entramos, rápido se corrió la voz de que no íbamos a entrar porque íbamos a defender al compañero.⁶

El espacio como lugar practicado e históricamente definido se constituye en un ámbito donde es posible leer las dinámicas sociales, sus conflictos y sus transformaciones. Así, en las primeras décadas del siglo XX se observa un interesante proceso de “debilitamiento” de la empresa —por motivos políticos, tecnológicos, económicos, etcétera— que se manifiesta espacialmente con la salida del ámbito fabril de aquellos elementos vitales para el barrio en su conjunto que, durante el siglo XIX y parte del XX, permanecían en su interior: por ejemplo, al interior de los muros de la fábrica se encontraba la capilla a la Virgen de la Concepción, las huertas y un conjunto de viviendas de trabajadores conocido como el barrio Chino, en donde habitaban los más pobres. Paulatinamente el barrio Chino fue ubicado afuera de los muros de la fábrica;⁷ las huertas se eliminaron y se construyó una nueva iglesia en la plazuela, financiada ahora por el sindicato.

⁶ Fragmento de entrevista realizada por María Ana Portal, en junio del 2002, a Tranquilino Sandoval, ex obrero textil de 76 años.

⁷ Este barrio todavía existe en la actualidad, en el área que va de la fábrica hacia Insurgentes, por la calle de Trabajo.

Este proceso coincide con el fortalecimiento, a nivel nacional, de las centrales obreras. En el caso de la industria textil, fue la CROM la que mantuvo su hegemonía frente a la CTM. Asuntos como la salud, la seguridad en el trabajo, la contratación de obreros y su capacitación, la educación de sus hijos, la distribución de viviendas y servicios básicos, entre otros, también pasaron de ser responsabilidad de los dueños de la fábrica, a los representantes sindicales.



La parroquia de La Fama (foto: María Ana Portal).

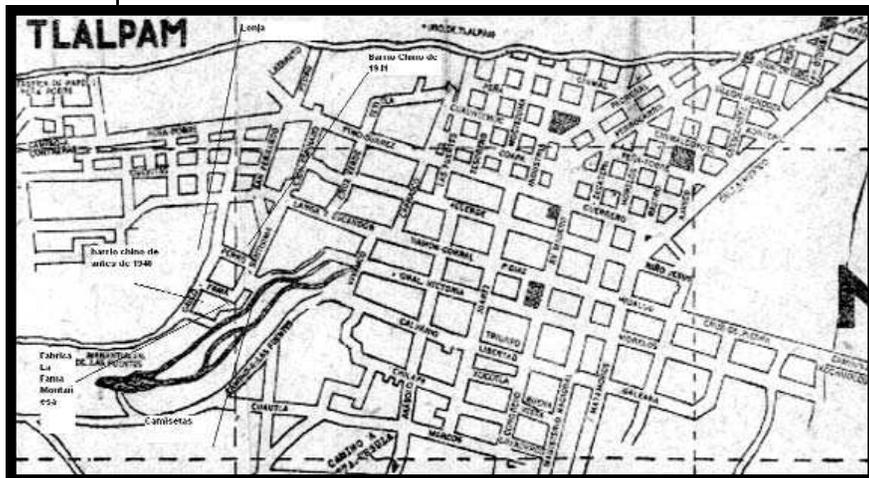
La plaza adquirió entonces una nueva fisonomía y un nuevo significado. En ella estaba —además de la fábrica y la nueva iglesia— el local sindical. Se mantuvieron los portales como lugar de reunión de los trabajadores y sus familias para escuchar música y bailar; lo mismo sucedió con las porterías móviles para jugar fútbol, los aros para el basquetbol y dos tomas de agua que antaño suplían la carencia del servicio en los domicilios. En esta transformación el espacio empieza a adquirir la denominación de público en la medida en que la empresa perdía hegemonía sobre de él,⁸ y el sindicato comenzaba a ganar presencia y poder al interior del barrio, no sólo en el ámbito laboral sino en la vida misma de los trabajadores. Por ejemplo, resulta significativo que la iglesia nueva fuera construida por el sindicato y no por la fábrica, como la capilla anterior. Lo mismo

⁸ Cabe señalar que anteriormente no tenía el carácter de “público”, pues era parte de la fábrica y en ese sentido se consideraba un espacio colectivo para el uso de los trabajadores.

sucedió con la escuela: la Rey Cuauhtémoc estaba a cargo de la empresa, y cuando su deterioro puso en riesgo a los niños, el sindicato propuso la creación de una nueva escuela. Ésta se construyó en terrenos del Parque Nacional Fuentes Brotantes, con un nuevo nombre —José Azueta— y a cargo de la Secretaría de Educación Pública, adquiriendo un carácter totalmente nuevo.

Poco a poco la vida barrial, determinada por una lógica fabril todavía yuxtapuesta con formas hacendarias de producción, fue cediendo el paso a una vida barrial determinada por las estructuras corporativas sindicales. En ese momento ya no era suficiente ser obrero para pertenecer al barrio; se tenía que ser obrero sindicalizado y afiliado a la CROM. El uso del espacio estaba determinado por ello. Ejemplo de esta determinación fue la huelga de 1939, en la cual, después de tres años de conflicto, el barrio como colectividad quedó dividido y fragmentado. Parte del conflicto⁹ se relacionó con la titularidad del contrato colectivo, originalmente en manos de la CROM, pero que la CTM buscaba obtener. Los que apoyaron a la CROM fueron llamados “leales”, mientras que los que apuntalaban a la CTM se conocieron como “chaqueteros”. Al final del conflicto los leales triunfaron sobre los chaqueteros, en un proceso de desgaste, de exilio para algunos, de marginación y hasta de muerte. Esta escisión tuvo consecuencias directas en el territorio, ya que por ejemplo, las viviendas que se ganaron a la empresa, fue el sindicato el que las repartió, dejando fuera de este reparto a los perdedores cetemistas. Desde luego, hubo despidos “políticos” y muchos tuvieron que trabajar en otras fábricas de otros ramos, porque el poder cromista no se limitaba a una fábrica particular. En la actualidad, tres generaciones después, cuando ya no hay fábrica, ni sindicato, ni obreros,

⁹ Ello representó sólo una parte del conflicto, ya que éste tenía aristas diversas: el cierre y liquidación ilegales de la empresa por los usufructuarios de la misma (ya que en 1925, al morir la dueña intestada, la empresa fue concesionada a otros empresarios, en lo que el conflicto legal se resolvía), aumentos salariales, prestaciones, y algunos otros motivos que permanecen oscuros hasta ahora y que se relacionan con las cuotas de poder de la clase gobernante de esa época.



Originalmente los obreros vivían en el llamado Barrio Chino, a un costado de la fábrica, en terrenos propiedad de ésta, en los que actualmente se localiza la Comercial Mexicana. El espacio que ocuparon después los trabajadores mantuvo el nombre de Barrio Chino (proporcionado por Mario Camarena Ocampo).

mantienen esa denominación: las familias siguen definidas por ese evento, a pesar de que ya ninguno de sus miembros jóvenes haya sido obrero.

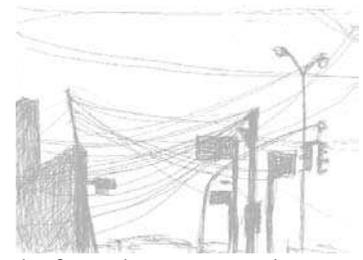
Asimismo, ante el despido de los chaqueteros, llegaron obreros de otros lugares para suplirlos, generándose una suerte de “apertura forzada” de las fronteras barriales

Articulado a la plazuela, estaba —como se mencionó antes— el Parque Fuentes Brotantes, que hasta 1936 —fecha en que fue expropiado y declarado Parque Nacional— pertenecía a la fábrica.

La vinculación no estaba dada sólo por la proximidad física del lugar, ya que tanto la fábrica como el barrio ocupan una de las laderas de la cañada que constituye al parque, sino porque era parte de la vida cotidiana del barrio. Allí las mujeres lavaban la ropa en los ríos que emanaban del manantial, los niños salían a jugar, los novios se cobijaban en sus rincones, se celebraban fiestas y se paseaba los domingos. Sofía Rojas recuerda nostálgica:

...¡cómo disfrutábamos de lavar eh! Venía el agua con tanta fuerza, que echábamos las sábanas o lo que laváramos así ¡jjj, y como que el agua se la llevaba y ya nomás las jalábamos, como mi papá nos traía piedras de cantera, pues nuestros lavaderos eran bien grandotes; no, ¡disfrutábamos mucho de estar viviendo ahí junto al agua!¹⁰

¹⁰ Habitante del barrio, nativa de 71 años. Entrevista realizada por Mario Camarena.



Las transformaciones espaciales que se observan en el barrio las podemos sintetizar en los siguientes puntos:

- Se pasó de un espacio privado —propiedad de la fábrica— a uno público de tipo corporativo porque el sindicato pasó a controlar el territorio (calles, casas y espacio público). Con el cierre de la fábrica y la desaparición del sindicato en el barrio, el espacio corporativo adquirió un carácter de espacio cívico, a cargo de la Delegación, hacia fines del siglo XX.

- El uso del espacio se modificó: pasó de un espacio de tránsito peatonal a un prioritariamente vehicular. Esto debido al modelo de desarrollo urbano por el cual se optó a nivel nacional. Evidentemente este modelo impactó al barrio y sus alrededores de manera significativa, tanto en el paisaje como en la vida cotidiana y en los usos y significaciones del espacio. Por ejemplo, el cederle la prioridad a los automóviles hizo que la vida social —que antaño se desarrollaba en la calle— se metiera a las casas. Los niños no pueden fácilmente jugar en las calles por el peligro que corren, los bailes se dejaron de hacer en la plazuela, la llegada de nuevos habitantes generó desconfianza y las puertas y ventanas se cerraron, levantándose las bardas y muros, etcétera.

- Espacios públicos como la iglesia y la escuela salieron del ámbito de la fábrica y las asumió el sindicato, para luego cederse a instituciones no relacionadas con el sindicato en donde el Estado y la Iglesia mantuvieron su hegemonía rectora.

- El barrio creció a partir de tres movimientos: su expansión hacia la colonia Miguel Hidalgo, la invasión a Fuentes Brotantes y la ampliación de la vivienda “hacia arriba”.

Esta transformación territorial ha provocado una rápida y profunda modificación del paisaje urbano, en donde el pavimento y el concreto moldean no sólo las calles sino las vidas de las personas.

El parentesco

Las relaciones de parentesco han constituido la forma organizativa más importante de la vida barrial. El acceso al trabajo, a la vivienda y a los servicios estuvo mediado por ello. Durante toda la vida de la fábrica, para obtener un empleo, era necesario contar con algún pariente o

amigo que le enseñara el oficio al aspirante y lo recomendara. Nadie se convertía en obrero textil por sí solo.

La organización fabril, que ya para mediados de los años cincuenta incorporaba a un significativo número de mujeres, se montó sobre las tradicionales formas de familia extensa tan común en el medio rural. De tal suerte que para que una mujer pudiese incorporarse al mundo laboral, se requería de un apoyo familiar amplio para el cuidado de la casa y los niños. Era frecuente —y todavía lo es— encontrar que en un mismo predio o en una misma casa vivieran varias familias nucleares emparentadas, en donde siempre había una mujer cuyo papel era el de cuidar al resto de los miembros.

Las alianzas entre familias fueron y son en la actualidad redes operativas que garantizan a los sujetos un lugar en su colectividad.

Estas redes tienen un anclaje en el territorio: cada familia ocupa un lugar específico en él. Ese lugar tiene que ver con su posición frente a la fábrica y al sindicato: los leales que recibieron terrenos y casas, los chaqueteros que en muchos casos no fueron tomados en cuenta para el reparto, salvo algunas excepciones que se enfrentaron a complejas negociaciones con las autoridades sindicales y donde los compadrazgos y recomendaciones fueron mediaciones que evitaron despojos y desalojos. Pero también hay avecindados. Con frecuencia hay invasiones de predios en las laderas de la barranca de Fuentes Brotantes. La permisividad en torno a esas invasiones tiene que ver con la relación del invasor con los habitantes del barrio. Si una persona desconocida ocupa un predio de manera ilegal, pronto es denunciado o desalojado por los propios habitantes; sin embargo, si esa persona es pariente de alguien del barrio, se hacen de la “vista gorda” y permiten la ocupación. De allí se explica que de las 122 ha originales del Parque Fuentes Brotantes, sólo se conservan veintidós.

En ese sentido, los sujetos del barrio son en tanto sus familias. Desde allí se construyen las redes de compadrazgo, solidaridad y las alianzas matrimoniales, y se dirimen los conflictos.

Llama la atención que continuamente los entrevistados cuentan que el barrio era un espacio muy cerrado; cuando entraban muchachos de otros barrios a cortejar a las muchachas de allí, siempre salían golpeados,

porque “las mujeres del barrio son para los del barrio”. Pero en la medida en que las fronteras se disuelven, las condiciones laborales obligan a muchos a salir cotidianamente a trabajos fuera de la zona y a diversificar los tipos de empleos, difícilmente se puede mantener esta relación aparentemente endogámica a la que aducen los entrevistados.

Al parecer estamos frente a un proceso paradójico: por un lado, el barrio se abre ante la ciudad en la medida en que el sustento y la actividad laboral ya no se circunscriben a sus límites; sin embargo, al igual que en el resto de la ciudad, esta apertura tiene un efecto de cierre hacia el ámbito del hogar. La vida social que antes se desarrollaba en el espacio público entra a la casa, supliendo la carencia de espacios seguros y agradables en donde desarrollar las diversas formas de interacción social. Ello genera un proceso de “familia- rización” de las relaciones. Es decir, las redes parecen centrarse en los parientes biológicos y se empobrecen las relaciones más amplias.

En este contexto se comienzan a observar cambios interesantes. Por ejemplo, la vida social, al irse encerrando al interior de las casas, ha provocado que instituciones como el compadrazgo se vaya perdiendo o se quede dentro del ámbito de la familia. La señora Marta Espinosa, originaria de La Fama, nos comentaba que ahora es difícil elegir a los compadres porque una ya no conoce a todos los del barrio y no se sabe si las personas son buenas o no (es decir si toman alcohol, si son irresponsables, si son violentas, etcétera). Este conocimiento del “otro” generalmente se lograba en los espacios públicos y desde allí se generaban las imágenes de lo “bueno” y lo “malo” en un grupo social. Los compadres ahora se empiezan a elegir al interior del núcleo familiar básico, perdiéndose con ello la valiosa red familiar ampliada.

Finalmente, el cierre de la fábrica y las transformaciones gestadas por la urbanización implicaron



modificaciones en el ámbito de las relaciones de poder. Al desaparecer la fábrica y el sindicato como ejes rectores concretos, se perdieron importantes anclajes sociales, generándose una suerte de atomización de la actividad laboral y de las normativas aceptadas y consensuadas.

En este momento el barrio se juega en una suerte de tensión entre el gobierno delegacional, las necesidades de las nuevas colonias y unidades habitacionales circunvecinas, las fraccionadoras urbanas, y los poderosos intereses de empresas como la Comercial

Mexicana, que marcan un complejo juego político por la apropiación y el uso del espacio público de la zona, en donde el casco de la antigua fábrica, el uso y mantenimiento del Parque Fuentes Brotantes, así como el derecho de tránsito por las calles del barrio generan continuos conflictos sociales.

En este sentido, la conservación de la memoria local se constituye en uno de los espacios privilegiados de la conservación de lo barrial.

BIBLIOGRAFÍA

- García Canclini, Néstor, “Público-privado: la ciudad desdibujada”, en *Revista Alteridades*, núm. 11, México, Departamento de Antropología, UAM-I, 1996, pp. 5-10.
- Giménez, Gilberto, “Territorio, cultura e identidades”, en Rocío Rosales Ortega (coord.), *Globalización y regiones en México*, México, Programa Universitario de Estudios sobre la ciudad, UNAM/ Porrúa, 2000.
- Gobierno de la Ciudad de México, *Tlalpan, monografía*, México, DDF, 1996.
- Halbwach, Maurice, “Fragmentos de la memoria colectiva”, selecc. y trad. de Miguel Ángel Aguilar, *Revista de Cultura Psicológica*, vol I, núm. 1, México, Facultad de Psicología de la UNAM, 1992.
- Radkua, Verena, *La Fama y la vida. Una fábrica y sus obreras*, México, CIESAS/SEP, 1984.
- Silva, Armando, *Imaginario urbanos. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*, Colombia, Tercer Mundo Editores, 1992.

Daniel Hernández Rosete*

ANTROPOLOGÍA

Entre la tradición y el anonimato. Etnografía de la identidad urbana en un barrio de la colonia Roma

El crecimiento del área urbana de la Ciudad de México ha sido analizado con enfoques cuantitativos (García, 1999; García, Muñoz y Oliveira, 1982; Garza, 1985; Icazuriaga, 1992, Unikel, 1974) que explican el fenómeno en función del modelo de sustitución de importaciones. Aunque han dado cuenta del vínculo que existe entre el equipamiento industrial de la ciudad, sus mercados de trabajo, la urbanización y su crecimiento demográfico, estas investigaciones no consiguen explicar el impacto de la urbanización en el ámbito de la vida cotidiana. Es ahí donde se puede observar la necesidad de producir investigación etnográfica sobre la ciudad.

La urbanización alcanzada entre los años cuarenta y principios de los ochenta dio paso a problemáticas sociales inéditas, ligadas a los nuevos estilos de vida que de ella surgieron. En los años cincuenta, por ejemplo, la Ciudad de México experimentaba un proceso de urbanización, cuyas implicaciones darían lugar a transformaciones de interés antropológico. Es el caso de los cambios que operaron en la forma de traslado colectivo a partir de la aparición de arterias viales, como avenida de los Insurgentes, San Juan de Letrán y el viaducto Miguel Alemán. Además, la edificación de conjuntos habitacionales, como la Unidad Independencia, propició transformaciones culturales en las maneras de habitar y de vivir la condición vecinal.

Sin embargo, los problemas de pobreza en el campo y en las periferias urbanas sugerían que México se hallaba lejos de ser un país con estándares aceptables de equipamiento urbano (Brambila, 1992 [fuente no incluida en la bibliografía]). Lo cierto es que se inauguraba una era de interacción vecinal que fluctuaba entre la modernidad y la tradición.¹ Surge entonces una multiplicidad de identidades que, si bien expresaban una

* Instituto Nacional de Salud Pública.

¹ Por modernidad entiendo la relación vecinal que se distingue por la ausencia de memoria colectiva, donde pondera lo privado ante lo público, lo individual ante lo social y las relaciones son impersonales y transitorias (Simmel, 1988), de modo que el vecindario moderno experimenta una suerte de recogimiento hacia ámbitos de vida privada. El



fuerte carga de tradición rural, no dejaban de ser urbanas.²

Las identidades urbanas de la ciudad actual, lejos de contraponer formas de tradición con esquemas de modernidad, han propiciado mecanismos de hibridación cultural poco estudiadas hasta ahora.³ El barrio de Romita, quizá el asentamiento más antiguo de la colonia Roma, expresa esta condición. El propósito de este trabajo es analizar las modificaciones ocurridas en la vida social del barrio de Romita a partir de dos contextos: los terremotos de 1985 y las modificaciones en la estructura de fiestas religiosas atribuidas al cambio del santo patrono en la parroquia del vecindario.

Delimitación, método y técnicas de investigación

Elegí la Romita porque es un vecindario que presenta cambios importantes en sus formas de habitar y vivir como resultado del urbanismo⁴ y de los cambios en la estructura de fiestas patronales.

Me aproximé al estudio antropológico de este vecindario con base en la noción de urbanismo planteada por la escuela de Chicago (Wirth, 1988) y por la escuela

término modernidad es, por tanto, una noción tipológica usada para referir estilos de vida basados en interacciones individuales, que anuncian la hegemonía de la vida privada con relaciones anónimas y transitorias (Hervieu-Léger, 1996). La tradición es entendida como el contexto de identidad vecinal donde la vida pública es depositaria y a la vez dadora de solidaridades. Lo tradicional se recrea en la estructura de fiestas religiosas locales (Giménez, 1983; Leeds, 1973); es ahí donde se reproduce el tejido social que sostiene la noción de identidad colectiva en términos de prácticas religiosas y de construcciones de pertenencia vecinal que transmiten a las nuevas generaciones el sentido colectivo del pasado. La tradición vecinal implica principios de encuentro en espacios públicos como elementos articuladores de identidad comunitaria, dando lugar a formas de tradición oral que mantienen vivos los esquemas de memoria colectiva.

² Robert Redfield (1941) dio cuenta de este fenómeno con el nombre de *continuum folk* urbano.

³ La ciudad, al expandirse, iba anexando localidades portadoras de identidades vecinales (Safa, 1998) e incluso formas de propiedad territorial y uso de suelo con tradición rural (Durand, 1983).

⁴ Categoría sociológica que permite comprender la forma como el individuo se relaciona socialmente a través del anonimato, la transitoriedad y la superficialidad (Simmel, 1988 y Wirth, 1988).



la alemana de sociología (Weber, 1999). Como escenario fenomenológico, el análisis cotidiano de la vida vecinal reclamaba un método compatible con el interés etnográfico que impulsa el marco conceptual. Opté por la propuesta sociológica que mira al vecindario como un espacio polisémico (Safa, 1998) y multicéntrico (Portal, 1999), que es construido socialmente. De modo que lo vecinal aparece ante la mirada del etnógrafo como un territorio representado simbólicamente, cuya multiplicidad de significados son susceptibles de ser conocidos e interpretados a través del lenguaje.

Se emplearon técnicas etnográficas, como entrevistas a profundidad, historias de vida y observación participante. Me aproximé además al estudio de la vida vecinal de la Romita, tomando en cuenta documentos históricos y estudios antropológicos previos. Procuré rescatar el vínculo entre territorio y cultura a través de la oralidad de los propios habitantes, por ello debo insistir en la importancia que tuvieron en este estudio las entrevistas y la observación participante.

Se analizó la dinámica de la reproducción cotidiana de unidades domésticas con base en datos recabados por medio de cédulas de identificación familiar, con las que se obtuvieron referencias sobre ingreso, ocupación, escolaridad, edades y sexo. Se hizo especial énfasis en el estudio del tipo y ciclos vitales de las familias estudiadas.

La información arrojada por las primeras entrevistas dio la pauta para replantear los objetivos de la investigación, nutriendo el contenido y sentido etnográfico de las interrogantes de trabajo. Así, se llegó a detectar



que la Romita no sólo expresa un problema de exclusión social, creador de patrones singulares de identidad vecinal,⁵ sino que los cambios sociales que manifiesta sugieren formas de habitar basadas en el anonimato y en la indiferencia. Fenómenos que habían sido ajenos a la tradición de un barrio, caracterizado por su cohesión social y su intensa organización vecinal.

El encuentro etnográfico con lo cotidiano

El trabajo de campo tuvo una duración de trece meses.⁶ Inició en marzo del 2000 y se concluyó en abril del año 2001. Originalmente abarcaría ocho meses (de marzo a octubre del año 2000), sin embargo, los primeros contactos con la comunidad revelaron la necesidad de ampliar el marco de observación, pues se detectaron cambios en las estructuras de fiestas patronales que no habían sido contemplados originalmente en el protocolo de investigación.

Comencé el trabajo de campo cuando recorrí a pie las zonas circunvecinas de Romita. Esto me permitió platicar con personas que viven en la colonia Roma y cuya mirada, creí, podría estar más cercana al reconocimiento de la importancia histórica de Romita y de sus transformaciones sociales. Sin embargo, escuché re-

⁵ Sobre todo porque se asienta en la colonia Roma, uno de los vecindarios con mayor tradición histórica de clase media en la Ciudad de México.

⁶ El trabajo de campo abarca un ciclo anual, lo que permitió referir aspectos de la vida cotidiana, donde lo cívico y lo religioso arrojaron datos reveladores sobre el tejido social del vecindario.

latos que permitieron comprender cómo mira la clase media a un lugar como Romita. Así, inicialmente conocí la Romita a través de las vivencias de habitantes de la colonia Roma. En especial recuerdo haber platicado con una señora de unos setenta años, que me dijo haber nacido en la Roma y ser vecina de la plaza Río de Janeiro. Sentado en una de las bancas del parque, una mañana de lunes, la Romita me fue descrita como un barrio bravo, miserable y lleno de desesperanza. Recuerdo bien que me instó a no entrar solo.

Decidí conocer el barrio un sábado por la mañana. Salí del metro Cuauhtémoc y doblé hacia la derecha, con rumbo a la avenida Cuauhtémoc. Hasta ese momento desconocía la ubicación del vecindario. Sabía que estaba muy cerca, pero no sabía hacía dónde caminar. Tomé con rumbo al sur, hasta donde cruzan la calle de Puebla y avenida Cuauhtémoc, donde me encontré con un puesto de periódicos. Me acerqué con el dueño y le pregunté por la Romita. La respuesta fue la última advertencia que escuché para no entrar solo. Minutos después hablaba ya con un grupo de vecinos, reunidos en el zaguán de una de las dos unidades habitacionales. Platicamos cerca de una hora y media sobre la historia del lugar. La conversación giró en torno a las historias coyunturales del vecindario, los sismos de 1985 y el movimiento estudiantil de 1968. Se habló además de la presencia de Luis Buñuel. Me contaron que el Callejón Real de Romita había sido elegido por el cineasta para filmar *Los Olvidados*.⁷ Así empecé esta experiencia de encuentro con lo cotidiano, hasta que mi presencia en el lugar llegó a ser un tanto familiar para las personas que me dieron su hospitalidad y me dijeron la historia local al contarme su historia como habitantes de la Romita.

Universo explorado

Estudié el vecindario y su estructura cotidiana a través de los testimonios de dos generaciones de habitantes.

⁷ Edgar Tavarez (1998) también menciona que el Callejón Real de Romita fue el escenario donde Buñuel filmó *Los Olvidados*.

En la conformación del universo de estudio se tomó en consideración la experiencia de vida vecinal, de donde se detectó la necesidad de incluir tanto a los informantes que han vivido en el lugar desde que estaba conformado por vecindades, como a los que han experimentado el vecindario a partir de los conjuntos habitacionales que ahora se erigen. Se rescató, por lo tanto, la visión y experiencias de los nuevos habitantes, particularmente de aquellos que llegaron atraídos por la oferta de vivienda (García, 1994), proceso que tuvo lugar con la construcción de las unidades habitacionales a raíz de los sismos de 1985.

El universo está compuesto por tres grupos de informantes. El primer grupo se compone por nueve informantes nacidos en la vecindad y que siempre han residido en Romita. De donde se obtuvo un perfil generacional de identidad territorial, pues se trata de actores que tienen como pasado común los sismos de 1985, fenómeno histórico que ha condicionado la percepción del vecindario en términos de antes y después.

El segundo grupo está compuesto por cinco informantes de grupos domésticos inmigrantes. Tomé en cuenta que el informante provenga de familias cuya residencia en el vecindario fuera posterior a los sismos de 1985. Este grupo está constituido por hogares cuyos miembros nunca habían vivido en Romita, por lo que su experiencia vecinal está basada en la vida de la unidad habitacional, insertándose en el mundo cotidiano del lugar por medio de la vida condominal.

Al tercer grupo lo constituyen diez informantes que, independientemente de que residan en el vecindario, se les consideró parte de éste porque son definidos por los habitantes del lugar como personajes que pertenecen a él, en tanto que constituyen su ordinario cotidiano (Hannerz, 1986). Es el caso de artesanos, comerciantes, sacerdotes, voceadores y, en general, vendedores en vía pública. Para definir a este grupo se impuso la condición de que fueran identificados, por los residentes, como actores del imaginario local de Romita, al formar parte esencial de la toponimia del vecindario.



Estos informantes generalmente conocen la historia vecinal, las redes de parentesco y las formas de liderazgo que existen en el lugar.

El origen histórico de Romita como vecindario marginal

La Romita se convirtió en un territorio marginal con el proyecto civilizatorio español. La capital de la Nueva España se fundó con base en el plano de distribución urbana, que dio lugar a

la producción de un lugar étnicamente discriminado:

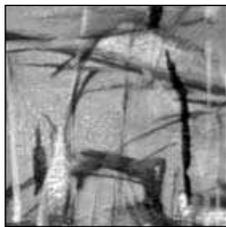
...los españoles se reservaron la porción central para habitar con exclusión de los vecinos indígenas. La población indígena se asentó sin orden urbano en torno a la traza y quedó distribuida en cuatro barrios principales: San Juan Moyotla, Santa María Tlaquechiucan, San Sebastián Atzacualco y San Pablo Teopan (Cervantes de Salazar, 1991: 34).

El diseño de esta distribución espacial es atribuible al sistema de significados del pensamiento renacentista,⁸ que oponía la idea de barbarie a la de civilización, al punto en que los asentamientos considerados marginales eran representados como territorios de idolatría, donde la evangelización difícilmente había logrado su objetivo. Romita nace, entonces, como un territorio de exclusión y pobreza, asentado al sureste del casco urbano de la recién fundada Noble y Leal Ciudad de México:

El barrio estaba habitado por indios pobres y humildes, que vivían en casas de adobe o en jacales techados con tejamaniles o zacate, casas y jacales formaban callejas y callejones estrechos y sin orden (González Obregón, 1997: 201).

Los poblados ubicados en la periferia, como la Romita, estaban representados con el imaginario de la delincuencia. Especialmente era el caso de la noción de

⁸ O'Gorman (1988) sugiere que los urbanistas de la Colonia creían que la civilización se expandía con la ciudad, cuyo crecimiento era concéntrico y hacia el exterior de la traza. De modo que, en el imaginario de la colonización, el crecimiento de la traza significaba el triunfo de la civilización sobre la barbarie.



criminalidad, fenómeno asociado a las formas de vida indígena y que era atribuido a los estratos más bajos de una sociedad regida por el código de castas (Lozano, 1987).

Los modelos de exclusión social, latentes en la urbanización novohispana, obedecían además a esquemas de tipo religioso. El proyecto parroquial de la ciudad, por ejemplo, indicaba que en la traza sólo podía haber parroquias de españoles, de modo que en la periferia estaban aquellas consagradas a las doctrinas de indios (Moreno, 1982). En este sentido, la evangelización de Romita, plasmada en su historia parroquial, refiere un contexto simbólico importante para la identidad histórica del vecindario. Sobre todo porque la capilla se fundó en el siglo XVI con los primeros franciscanos,⁹ quienes desde su llegada al nuevo mundo se mostraron preocupados por la desigualdad social manifiesta en la traza de la ciudad y en la encomienda (Rubial, 1996: 90).

La capilla de Romita fue construida con mano de obra indígena bajo la tutela de Pedro de Gante hacia 1530. Edificada originalmente a cielo abierto, De Gante eligió a la Romita por su condición de marginalidad, lo que otorgó a la capilla un sentido político más que religioso, pues se convirtió en emblema cultural de un asentamiento cuya evangelización encarnó el espíritu de sedición franciscana ante la desigualdad y el maltrato implícito en la encomienda.

Entre exclusión y modernidad. La Romita en el Porfiriato

La condición de marginalidad que la Romita adquirió durante el Virreinato se vio reforzada en el momento en que nació la colonia Roma como un proyecto habitacional para la clase media del Porfiriato. En ese momento, Romita era tenida como un potrero con uso de suelo agrícola, que formaba parte de la municipalidad de México, una de las ocho entidades que integraban al Distrito Federal:¹⁰

⁹ En 1523 desembarcaron en México los primeros franciscanos: Pierre de Gand (Pedro de Gante), Johan van der Auwera (Juan de Ahora) y Johan Deker (Juan de Tecto). Los dos últimos murieron en una misión, mientras que Pedro de Gante se dedicó a la evangelización masiva en Texcoco y parcialmente en la Ciudad de México (Moreno, 1981).

¹⁰ Fundado por decreto del Congreso de la Unión el 18 de noviembre de 1824, el Distrito Federal experimentó algunos cambios

El 28 de marzo de 1902 don Eduardo W. Orrin pidió al Ayuntamiento que aprobara el proyecto que presentó para el fraccionamiento de sus terrenos ubicados en el ángulo situado por las calzadas de Chapultepec y de la Piedad, advirtiendo que el fraccionamiento no comprendería el barrio de Romita así como que esta colonia llevaría el nombre de Roma (Lorenzo, 1988: 108).

Con la aprobación del proyecto de Eduardo Orrin¹¹ por parte del ayuntamiento municipal, la Romita experimentó una nueva forma de exclusión. Esta vez, el fraccionamiento en lotes daría lugar a una modernización que no beneficiaría al antiguo pueblo, pues la compañía dejó a la Romita sin el suministro de agua potable, pavimentación, banquetas, guarniciones, forestación y servicios de desagüe, tal y como lo había estipulado Orrin en su solicitud al presidente del ayuntamiento, en calidad de gerente de la compañía de Terrenos de la Calzada de Chapultepec, S.A. (Lorenzo, 1937: 27). La colonia Roma nació como una de las primeras zonas residenciales con este tipo de servicios, compartiendo en algunas de sus colindancias un área históricamente excluida del desarrollo urbano.

Identidad, religiosidad y cambio social

La Compañía de Jesús consagró la capilla de Romita a San Francisco Javier.¹² Esto resultó fundamental para la construcción de identidad local y para la definición de sentimientos sociales de pertenencia territorial, pues

jurídicos y territoriales de importancia (Álvarez, 1998: 88). En su origen, llegó a estar dividido en las municipalidades de México, Guadalupe Hidalgo, Tacubaya, Azcapotzalco, Tacuba, Ixtacalco, Mixcoac, Iztapalapa, Popotla, Ladrillera, Nativitas y Mexicalcingo (Almonte, citado en De Gortari y Hernández, 1988: 272).

¹¹ Eduardo Orrin no era el único propietario de los terrenos donde se fraccionó la colonia Roma. Según Lorenzo (1937), Orrin era accionista junto con Echeagaray y Calero y Sierra.

¹² Es importante notar el simbolismo que guarda la deidad de San Francisco Javier, cuyos antecedentes evocan la pobreza como voto de santificación. Francisco Javier fue un misionero de la Compañía de Jesús, quien murió en las costas de China el 3 de diciembre de 1552. Fue uno de los siete misioneros con los que Ignacio de Loyola fundó la Comunidad de Padres Jesuitas (San Francisco Javier. Sacerdote misionero Jesuita, en http://www.corazon.org/santos/francisco_javier.htm).



las fiestas de San Francisco constituían¹³ uno de los ejes articuladores del sentimiento de pertenencia vecinal y de delimitación territorial. Y no sólo porque el santo patrono marca el origen primigenio de la identidad de una comunidad (Giménez, 1983), sino porque conferían al habitante de Romita la certeza de saberse dentro de un universo de significados y actos de construcción simbólica que propiciaban la distinción de lo propio frente a lo ajeno.

Quizá el cambio histórico y cultural más importante del vecindario fue la modificación de la estructura de fiestas patronales. A principios de los años setenta murió el último párroco de la Compañía de Jesús, y vino a la capilla a un sacerdote español que modificó la consagración de la parroquia, promoviendo el cambio de santo patrono para dar inicio a una nueva religiosidad, basada en San Judas Tadeo. La fiesta del nuevo santo sería celebrada los días 28 de cada mes, y además

¹³ La festividad del antiguo patrono de Romita se celebraba el tres de diciembre. Los habitantes del vecindario se veían inmersos en un proceso festivo que terminaba el seis de enero y cuya organización involucraba a todo el vecindario.

quedaría prohibida toda práctica religiosa que no estuviera autorizada por el nuevo párroco:

Cuando nosotros queríamos hacer nuestra fiesta el tres de diciembre, por ejemplo, las mañanitas a San Francisco, pues ya no se nos permitió. El padre ya no nos abría la Iglesia para celebrar a San Francisco, él decía que ahora ya era de San Judas Tadeo. Yo no traigo nada en contra de San Juditas pero es que nosotros siempre habíamos visto a San Francisco, desde que nací estaba ya San Francisco, por eso para mí la iglesia de la Romita es de San Francisco Javier (02GDN).

A raíz de los cambios en la estructura de vida religiosa, los residentes de Romita han estado envueltos en un conflicto que ha dividido al vecindario en dos grupos: uno, el de los habitantes que, conscientes del devenir religioso y apegados a prácticas del antiguo santo, han renunciado a la capilla de Romita y, paulatinamente, a las prácticas de vida religiosa asociadas a misas cotidianas y festivas; y dos, quienes llegaron al lugar después de los sismos de 1985, y para quienes el santo patrono de la capilla es San Judas Tadeo. De alguna manera,



esto se refleja en la construcción simbólica del territorio, pues los habitantes originarios, al saberse portadores de un saber histórico local, recurren a los antecedentes históricos de la capilla para legitimar su presencia como verdaderos vecinos de Romita:

Romano es el que celebra el tres de diciembre. Aunque sea en su casa, lo celebra, es el que le da a San Francisco algún lugarcito en la casa... El romano es como una forma para reconocernos los que hemos vivido aquí desde niños, hay incluso quienes dicen que nacieron aquí. Aunque ya no es como antes, los romanos siempre sabemos que seguimos estando unidos (07GDN).

Este fenómeno ha propiciado el surgimiento de formas de distinción social que, cruzadas por la noción de prestigio, han dado lugar a imaginarios sociales cargados de valor simbólico, al punto en que con el término de Romano se designa al genuino vecino de Romita. El término tiene implicaciones que rebasan su naturaleza religiosa, pues expresa la necesidad identitaria ante un contexto en el que tiende a desaparecer la vida vecinal comunitaria.

La secularización no sólo es atribuible a los cambios operados en la esfera de la vida religiosa. En el vecindario ocurrieron transformaciones demográficas y urbanísticas que condicionan nuevas formas de relación vecinal, creando contextos de identidad basada en el anonimato.

La vida religiosa es uno de los aspectos centrales en la construcción de identidades vecinales. Sin embargo,

en la Romita destaca el impacto de los terremotos de 1985 que, como se verá a continuación, propiciaron transformaciones de carácter demográfico y urbanístico (Ortega, 1994).

Los sismos y su impacto en la identidad vecinal

Los factores de cambio social más recientes de la Romita están ligados a la desaparición de las vecindades y al crecimiento de la densidad urbano-demográfica. Con los sismos de 1985 surgieron nuevos patrones de vida vecinal derivados de los estilos de vida de las unidades habitacionales.

Si bien la Romita no experimentó el colapso de estructuras de concreto, los sismos propiciaron coyunturas idóneas para que las vecindades fueran demolidas con la promesa de que, sobre sus predios, se construirían viviendas de interés social que se entregarían a los moradores de las vecindades a través de la asignación y firma de préstamos blandos. Pero algunos de los residentes se opusieron a la demolición, pues habitaban en condiciones de renta congelada, por lo que la demolición inicialmente fue vista como una estrategia para despojarles de sus viviendas:

Todos creíamos que era una jugada para desalojarnos, porque el dueño ya casi ni venía a cobrar las rentas. Por eso no queríamos salirnos y menos cuando veíamos que andaba gente del PRI en esto de la construcción de vivienda nueva. Por eso no les creíamos, pero luego expropiaron los terrenos y vinieron los de la Cruz Roja como avales y empezaron a tomar nombres para dar vivienda a los que ya vivíamos desde antes. Casi todos los que vivíamos en la vecindad conseguimos vivienda, los que no la tuvieron es porque se fueron a vivir a provincia o a otra parte de la ciudad (03GDN).

La demolición de vecindades favoreció el reciclaje del suelo urbano, al liberar el espacio necesario para construir unidades habitacionales. Con el incremento de la densidad urbano-demográfica aparecieron formas de vida multitudinaria, propia de la vida condominal. Surgió entonces el anonimato como forma de relación vecinal, lo que generó una recomposición social de las

redes vecinales. Se trata de un fenómeno que proporciona cierta protección al individuo,¹⁴ por lo que la vida cotidiana se perfila como un escenario donde la indiferencia no sólo es un indicador de muerte social,¹⁵ sino una estrategia de sobrevivencia.

Este proceso se agudizó con los flujos migratorios (Partida, 1994) asociados a los terremotos de 1985. Por un lado, el vecindario experimentó uno de sus éxodos más significativos después de septiembre de 1985. Por el otro, la edificación masiva de vivienda desencadenó el arribo de familias ajenas a la dinámica de identidad local que existía antes de los sismos:

...las vecindades eran inmensas, pero pues la gente se ha ido poco a poco, por eso Romita empezó a perder esa personalidad que tenía de pueblito. Se fue desintegrando a medida que la gente fue emigrando. Pero esto ha sido como en tres o cuatro lapsos, no fue de un sólo golpe. La última vez que sucedió una emigración fuerte fue con el temblor del 85, entonces sí se fue mucha gente pero también llegaron nuevas familias con costumbres distintas, a ellos ya no les gusta ver a Romita como un pueblo sino como parte de la ciudad.

Los cambios arquitectónicos afectaron los procesos simbólicos del vecindario, las formas de parentesco y las dinámicas de apropiación territorial basadas en el sistema de redes sociales. El compadrazgo, por ejemplo, dejó de ser el eje de solidaridad¹⁶ e identidad veci-

¹⁴ Para Simmel (1988) y Wirth (1988) la indiferencia es un fenómeno propio de la vida social urbana y expresa los códigos que surgen en contextos donde lo multitudinario obliga al individuo a crear mecanismos de defensa. Son éstos los principios de una socialización donde el sujeto aprehende a convivir sobre la base de relaciones superficiales, anónimas y transitorias.

¹⁵ Para Lipovetsky, el anonimato anuncia el nacimiento de una era narcisista, en la que el individualismo se erige como el centro de nuevas formas de culto social (Lipovetsky, 1998: 42).

¹⁶ Los estudios sobre compadrazgo (Castro, 1986; Cerón, 1995, entre otros) refieren el fenómeno como un vínculo de parentesco que refuerza las redes sociales y multiplica las capacidades de respuesta de los grupos domésticos involucrados. El impacto de este fenómeno en contextos urbanos (Nutini y Bell, 1984) sugiere la construcción de identidades comunitarias de fundamental importancia en el tejido social.



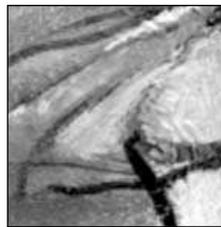
nales. La desaparición de bautismos entre los miembros del vecindario sugiere que las alianzas por compadrazgo dejaron de ser la forma de vinculación preponderante: “Cuando esto era vecindad era común la reunión entre compadres. Ahora ya casi no. Ahora como que ya nadie quiere tener ese compromiso con nadie” (04GDN).

Además eran frecuentes las uniones conyugales entre los habitantes de la vecindad. Con la unidad habitacional han aparecido nuevos patrones caracterizados por la búsqueda de parejas fuera del ámbito vecinal: “Antes los matrimonios resultaban de la misma gente que vivía aquí. Ahora ya no pasa así, las muchachas como que ahora quieren buscarse novio de otra parte” (07GDN).

En cuanto a la condición laboral, la Romita dejó de ser un vecindario de clase obrera industrial para definirse en función de una nueva clase asalariada, ligada a labores comerciales y de servicios:

Los más jóvenes ahora trabajan en bancos, algunos son cajeros, secretarías, hay quienes trabajan en tiendas como mostradoras. Casi nadie de los antiguos romanos pudimos heredar oficio a nuestros hijos, por eso ahora ya no ves ebanistas, hojalateros. Creo que está bien, porque ahora los hijos quieren superarse y pues uno tiene que apoyarlos (07GDN).

La noción de prestigio es otro indicador de cambio. Las unidades habitacionales traen prácticas de consumo cruzadas por la necesidad de distinción social. Se



trata de estilos de vida basados en la interiorización de reglas sociales, en las que se busca el reconocimiento social a través del consumo de bienes y servicios. Estas prácticas están presentes especialmente entre las familias inmigrantes que, provenientes de vecindades en las colonias Guerrero y Doctores, con frecuencia adquieren bienes a través de sistemas de crédito con pagos mensuales.¹⁷

Con las unidades habitacionales se incrementó la calidad de vida. Sin embargo, la densidad demográfica y urbana generó problemas de hacinamiento, pues las unidades habitacionales aglutinan hasta 120 viviendas. Cada vivienda cuenta con dos recamaras de cinco metros cuadrados cada una, con un baño, cocina y estancia. El espacio de estas viviendas define un área máxima de cuarenta metros cuadrados. La vecindad albergaba a veinticinco familias. Ahora, en la unidad habitacional, viven 96 grupos domésticos.¹⁸

Conclusiones

El cambio estructural más importante asociado a la transformación de la identidad de la capilla tiene que ver con el proceso de secularización de la vida religiosa y su impacto en la vida cotidiana. Esto se puede observar a través del proceso mismo de organización de la fiesta patronal, pues los preparativos quedaron supeditados a las órdenes del nuevo párroco, lo que ha fragmentado notablemente la identidad vecinal, pues la vida social en la Romita muestra una fuerte preponderancia de lo privado frente a la vida pública vecinal. Ello está ligado a la pérdida de interés por la vida religiosa y por el encuentro festivo en espacios públicos. Se trata, entonces, del surgimiento de una forma de religiosidad compatible con la cultura del anonimato, donde la

¹⁷ En el interior de las viviendas se observan televisores cuyo excesivo tamaño expresa una ruptura con la escala del espacio habitacional, se pueden observar también refrigeradores cuyas dimensiones atrofian la funcionalidad de la cocina, por lo que suelen ser colocados como parte de mobiliario de la sala. La contratación de televisión por cable es una de las prácticas más comunes entre estos grupos domésticos.

¹⁸ Según el INEGI, en 1970 había 25 familias en el predio donde ahora se edifica un sistema de viviendas de interés social y cuya suma de viviendas arrojó un total de 96 domicilios en el Censo del 2000.

racionalidad instrumental da paso a un orden de convivencia basado en la indiferencia y la primacía del individuo ante la colectividad (Simmel, 1988).

Desde el punto de vista sociológico, la desaparición de prácticas religiosas e institucionales entre los vecinos de la Romita no necesariamente implica una pérdida de sentido religioso (Hervieu-Léger, 1996), sino de un proceso de ruptura en la dinámica de identificación colectiva. Así, la secularización que viene experimentando el vecindario parece estar ligada a un proceso de amnesia social, toda vez que el origen histórico del patrono original no parece existir más que en el precario recuerdo de una generación de habitantes nacidos en la Romita, cuya devoción por San Francisco Javier parece practicarse en el marco de la vida privada.

El derrumbe de las vecindades de la Romita afectó el paisaje urbano local; sin embargo, la transformación más importante operó en el tejido social, ya que los conjuntos habitacionales ahora erigidos han dado lugar a formas de vida basadas en la indiferencia y el prestigio. En este sentido, la Romita no sólo ha experimentado transformaciones urbanas, sino modificaciones culturales como resultado de ellas, observables en la aparición del anonimato como vínculo social.

Cabe señalar, además, que los cambios en la estructura de fiestas religiosas de esta comunidad han propiciado un orden de secularización que favorece la segmentación de la vida social del vecindario. Se trata de un fenómeno que da lugar a nuevas formas de identidad religiosa que, ligadas a los estilos de vida condominal, han condicionado cambios notables en la forma de vivir y experimentar la vida pública y privada del barrio de la Romita. Lo que representa, sin duda, uno de los cambios antropológicos más importantes pues los mecanismos de solidaridad vecinal parecen haberse transformado en función de las nuevas pautas de consumo y vida social urbana.

BIBLIOGRAFÍA

Almonte, Juan, "El número de habitantes en las municipalidades del D.F.", en Hira de Gortari y Regina Hernández, *La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, México, Instituto Mora/DDF, 1988, pp. 272-275.



- Álvarez, Lucía, *Distrito Federal*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM, 1998, pp. 34-67.
- Castro, Carlo, *Enero y febrero: abijadero. El banquete de los compadres en la Sierra Norte de Puebla*, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1986, pp. 12-25.
- Cerón, Enriqueta, *Redes sociales y compadrazgo: indicadores de vitalidad etnolingüística en una comunidad indígena de Puebla*, México, INAH, 1995, pp. 34-56.
- Cervantes de Salazar, Francisco, *México en 1554*, México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 25), 1991, pp. 56-72.
- Durand, Jorge, *La ciudad invade el ejido*, México, CIESAS (Ed. de la Casa Chata), 1983, pp. 35-47.
- García, Brígida, "Población, trabajo y desarrollo. La necesaria generación de empleos", en *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, núm. 12, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1999, pp. 30-31.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1982, pp. 56-72.
- García, Hugo, "El barrio de Romita, algunas apreciaciones", en José Luis Lee y Celso Valdez (comps.), *La ciudad y sus barrios*, México, UAM-Xochimilco, 1994, pp. 227-232.
- Garza, Gustavo, *El proceso de industrialización en la ciudad de México (1821-1970)*, México, El Colegio de México, 1985, pp. 120-174.
- Giménez, Gilberto, *Religiosidad popular en el Anáhuac*, México, Centro de Estudios Euménicos, 1983, pp. 12-34.
- González, Luis, "Los ahorcados de Romita", en *Las calles de México. Leyendas y sucesidos. Vida y costumbres de otros tiempos*, México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 568), 1997, pp. 201-203.
- Hannerz, Ulf, *Exploración de la ciudad*, México, FCE, 1986, pp. 82-143.
- Hervieu-Léger, Danièle, "Por una sociología de las nuevas formas de religiosidad: algunas cuestiones teóricas previas", en Gilberto Giménez (coord.), *Identidades religiosas y sociales en México*, México, Instituto Francés de América Latina/Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1996, pp. 23-46.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 39), 1991.
- Icazuriaga, Carmen, *La metropolización de la ciudad de México a través de la instalación industrial*, México, CIESAS, 1992.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, XII *Censo General de Población y Vivienda*, México, INEGI, 2000.
- , *IX Censo General de Población*, México, INEGI, 1970.
- Javier, San Francisco, sacerdote misionero jesuita, información recabada en internet: http://www.corazones.org/santos/francisco_javier.htm
- Leeds, Anthony, "Locality power in relation to supralocal power institutions", en Aidan Southall (ed.), *Urban anthropology. Cross-cultural studies of urbanization*, New York, Oxford University Press, 1973, pp. 15-42.
- Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 1998.
- Lorenzo, José, *Algunas noticias sobre las colonias de la capital*, México, Cosmos, 1937, pp. 27-29.
- Lozano, Teresa, *La criminalidad en la Ciudad de México*, México, UNAM, 1987, pp. 12-27.
- Moreno, Roberto, "Los territorios parroquiales de la ciudad arzobispal: 1524-1974", en *Gaceta Oficial del Arzobispado de México*, 7ª época, v. XXII, septiembre-octubre de 1982.
- Nieto, Raúl, *Ciudad, cultura y clase obrera. Una aproximación antropológica*, México, Conaculta, 1997.
- Nutini, Hugo y Betty Bell, *Ritual kinship*, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 72-125.
- O'Gorman, Edmundo, "Reflexiones sobre la distribución urbana en la época colonial", en Hira de Gortari y Regina Hernández, *La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, Instituto Mora/DDF, México, 1988, pp. 5-8.
- Ortega, Alejandro, "El barrio de Romita", en José Luis Lee y Celso Valdez (comps.), *La ciudad y sus barrios*, México, UAM-Xochimilco, 1994, pp. 233-238.
- Partida, Virgilio, "La ciudad de México", en *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, núm. 7, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1994.
- Portal, María Ana, "Las fronteras simbólicas y las redes de intercambio entre los pueblos urbanos del sur del Distrito Federal", en Miguel Ángel Aguilar, César Cisneros y Eduardo Nivón (coords.), *Diversidad, territorio y cultura en la Ciudad de México*, t. 2, México, UAM-Iztapalapa, 1999, pp. 19-32.
- Redfield, Robert, *Tépoztlán, a mexican village. A study of folk life*, Illinois, University Press of Chicago, 1941, pp. 12-34.
- Rubial, Antonio, *La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana*, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 1996, pp. 45-76.
- Safa, Patricia, *Vecinos y vecindarios en la Ciudad de México*, México, CIESAS/UAM-Iztapalapa, 1998, pp. 18-47.
- Simmel, Georg, "La metrópolis y la vida mental", en Mario Bassols (comp.), *Antología de sociología urbana*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1988, pp. 47-61.
- Tavarez, Edgar, *Colonia Roma*, México, Clío, 1998, pp. 142-143.
- Unikel, Luis, "La dinámica de crecimiento de la Ciudad de México", en *Ensayos sobre el desarrollo urbano en México* (varios autores), México, SEP (Sepsetentas, 143), 1974, pp. 175-206.
- Wirth, Louis, "El urbanismo como modo de vida", en Mario Bassols (comp.) *Antología de sociología urbana*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1988, pp. 162-182.
- Weber, Max, *Concepto y categorías de ciudad en Economía y Sociedad*, México, FCE, 1999, pp. 938-954.



Habitar en el Centro Histórico, detrás de los monumentos

*Y los zaguanes huelen a humedad
puertas desvencijadas
miran al patio en ruinas.*

JOSÉ EMILIO PACHECO

Las impresiones, recuerdos, imaginarios, representaciones, es lo que nos encontramos detrás de una fachada, al abrir la puerta de una vecindad, al penetrar sus muros, al dirigir la mirada a sus interiores, al mirar a la profundidad, como dice Baudrillard:

Lo que constituye la profundidad de las casas de la infancia, la impresión que dejan en el recuerdo es evidentemente esta estructura compleja de interioridad, en la que los objetos pintan ante nuestros ojos los límites de una configuración simbólica llamada morada (1960: 14).

No es sencillo observar y analizar qué significado tiene para los habitantes su casa, cuál es la configuración simbólica de la morada. Este trabajo intenta describir cómo es una vecindad ruinoso ubicada en el Centro Histórico de la Ciudad de México, para mostrar algo del significado que adquiere para sus habitantes.

Desde la entrada puede observarse una fachada en ruinas, lo que se encuentra en el espacio exterior a la vecindad, depende drásticamente del día de la semana en que se visite, puesto que las actividades, los ocupantes, los objetos que ahí se ubican no son los mismos de lunes a sábado que los domingos.

La vecindad de Academia número nueve se ubica en el Centro Histórico de la Ciudad de México, exactamente junto al Museo José Luis Cuevas. En estas zonas los espacios cumplen diversas funciones, entre las principales se encuentran las de casa habitación, comercio establecido, oficinas, sobre todo gubernamentales, centros culturales y de recreación, así como de comercio informal.

* Profesora-Investigadora de la UAM-Xochimilco.



Esta conformación urbanística de la zona centro de la Ciudad de México data desde la época porfiriana, cuando en una política deliberada se modificó la vieja traza de la ciudad, ampliándose el centro para dar la imagen del “orden y progreso” prevalecientes en ese régimen, imprimiéndole “un sello arquitectónico moderno que reflejara en los diseños y formas la riqueza y la opulencia de la cual disfrutaban los beneficiarios del crecimiento económico” (De Gortari y Hernández, 1988: 69). Con ello, la parte céntrica quedó destinada al comercio, los hoteles y los edificios públicos.

Paulatinamente, los antiguos palacios fueron abandonados por sus moradores originales, trasformándose en vecindades que con el paso del tiempo y bajo las condiciones del régimen de renta congelada se volvieron ruinosas.

En un día normal prácticamente resultan indisociables las condiciones de trabajo de los vendedores ambulantes con las condiciones de habitación, y en el caso de la vecindad visitada, constituye una característica esencial de las formas de habitar. A la entrada del inmueble, lo primero que se observa es una aglomeración de vendedores ambulantes que ofrecen retazos de telas de diversos tipos. Ocupan toda la acera y parte del arroyo vehicular en ambos lados de la calle de Guatemala. Al abigarrado grupo vendedor de géneros se le suman aquellos que ofertan diversos tipos de alimentos: frutas y jugos, quesadillas, refrescos y comida chatarra.

Este tipo de urbanización —donde se combinan los sitios de comercio establecido o ambulante, con otros destinados a la habitación, sobre todo de grupos sociales de bajos recursos— tiene un punto neurálgico a partir de los sismos de 1985, cuando las paupérrimas condiciones de vida quedaron al descubierto con los derrumbes en el Centro Histórico de la ciudad y cuando la organización social desbordó la estructura gubernamental (Sánchez, 2000, en prensa). Los habitantes de gran parte de estas vecindades se han organizado para obtener vivienda digna, lograr créditos gubernamentales y han protagonizado procesos de lucha durante varios años.

Una característica fundamental de estos espacios es la combinación en un mismo sitio de habitación y empleo, lo cual resulta básico para entender la lógica que



Fachada principal de la vecindad, que aún conserva sus rasgos arquitectónicos coloniales (fotos: Reyna Sánchez Estévez).

mantiene a ciertos sectores sociales arraigados en el centro de la ciudad, aun a costa de la obtención de otro tipo de beneficios. Esta actitud es contraria a una lógica racional, que empuja a separar los espacios de la morada con los del trabajo. Como dice Lindón (1999: 46), existe una

Creciente separación entre los lugares de trabajo y los lugares de residencia, racionalidad que localiza a cada una de estas funciones en espacios diferentes y separados. [...] Así se combinan el valor de la tierra, las rentas, la accesibilidad, el prestigio, la consideración estética, la falta de molestias como por ejemplo el humo y el ruido, para valorizar algunas zonas de la ciudad como residencia de ciertos sectores sociales.

Los sectores medios y las clases acomodadas buscan una clara diferenciación entre el sitio que habitan y el lugar donde trabajan, se trata de obtener una mejor ubicación espacial, así como una plusvalía económica.



Incluso es notoria la separación y el crecimiento de la ciudad en zonas geográficamente bien diferenciadas, dependiendo de la clase social que en ellas se asienta.

Los sectores sociales que habitan en el Centro Histórico obtienen otro tipo de beneficios a causa de la simbiosis de los espacios, como pueden ser la optimización de recursos, la proximidad a muy diversos bienes y servicios o el acceso a experiencias estéticas no frecuentes en otras zonas.

En cuanto a los aspectos económicos, se puede observar de que a pesar de la desaparición del régimen de rentas congeladas durante las modificaciones que sufrió la ley de vivienda en el sexenio de Carlos Salinas, existen aún muy bajos precios en el alquiler del alojamiento. El deterioro de las casas impide a los dueños incrementar demasiado los precios del arrendamiento, mientras que otras se encuentran en proceso de compra o de expropiación por parte de las instituciones gubernamentales, con lo cual los habitantes destinan un mínimo de recursos para su renta.

Un segundo aspecto fundamental es la cercanía hacia los lugares de empleo, pues la mayoría de los habitantes de estas ruinosas vecindades se ocupan en actividades del comercio informal o ambulante. En el caso de los vecinos de Academia número nueve, todos se dedican a esta actividad. La mayoría vende retazos de tela en locales habilitados dentro de la misma vecindad, ya sea en los cuartos o pasillos de la planta baja, otros en el patio de la misma y otros más en el exterior, sobre las banquetas alledañas. Quienes no venden tela expenden diversos tipos de alimentos para los mismos comerciantes y para los clientes que se acercan a comprar.

La tercera razón para el arraigo en estos sitios es la cercanía a los centros escolares, sobre todo cuando los hijos son menores de edad, puesto que en las inmediaciones de estas vecindades se cuenta con primarias, secundarias y preparatorias en ubicaciones próximas, por lo que prácticamente no es necesario utilizar algún medio de transporte. Esta característica es compartida con los sitios de abasto, ya sea de los materiales para los negocios, como para el consumo de las familias. La cercanía con mercados de muy diversa índole, así como con bodegas y expendios de todo tipo de mercancías

resulta un beneficio en cuanto al tiempo de los desplazamientos, como en cuanto al desembolso de dinero para transporte. El testimonio de una de las habitantes de Academia nueve, Cristina, lo patentiza:

Le he tomado cariño a la vecindad o al edificio, no quiero irme de aquí, no sé, me ha dado todo, ora sí que salud, cariño, y me ha dado inteligencia de trabajar y de vender cualquier cosa, y aquí lo tengo seguro, las manos, no gasto en pasaje para ir a traer mis cosas que venda, este, pues me queda cerca, la Merced, y me, y me quedó siempre cerca la escuela para mis hijos; no pago pasaje para, para transportarlos, para llevarlos sino que a la hora de la salida siempre estaba ahí, por eso fue que me gustó, y, y estoy aquí a gusto, me he ido a otro lado, o sea de visita o así; no, no me hallo, ya me acostumbré aquí.

También se tiene acceso —lo que no sucede en otras zonas alejadas del Centro Histórico— a un conjunto de recursos difícilmente asequibles, como por ejemplo una gran oferta de centros recreativos, culturales y de salud, transporte eficiente y económico, principalmente el metro, y un conjunto de elementos estéticos y artísticos a los que se tiene acceso prácticamente sin costo alguno. Desde los arquitectónicos hasta las opciones de entretenimiento en las plazas públicas.



*En el dieciocho fue
un palacio esta casa
Hoy aposenta
a unas veinte familias pobres,
una tienda de ropa,
una imprentita,
un taller que restaura santos.
Baja un olor a sopa de pasta.*
JOSÉ EMILIO PACHECO

La mayoría de las fachadas de los sitios habitados en el Centro Histórico de la ciudad están clasificadas como históricas.

El INAH reúne, ordena y produce información para relacionar una edificación con un hecho de relevancia para la historia de la nación: da cuenta del origen, el destino de la finca construida entre los siglos XVI al XIX inclusive y caracteriza la importancia arquitectónica del inmueble.

Este proceso permite identificar el significado del edificio dentro de la memoria histórica del país [...] De acuerdo con su contexto institucional los edificios adquieren diferentes valores funcionales: determinados por ley, declarados, catalogados y registrados (Paz, 1997: 22).

Esta característica permite su mantenimiento y preservación, pero también impide una rápida negociación con las instituciones encargadas de la vivienda para la construcción de nuevos edificios, en mejores condiciones de habitabilidad para sus moradores.

Habitar en este tipo de sitios históricos trae consigo ventajas y desventajas. A pesar de su deterioro, las antiguas mansiones o palacios porfirianos mantienen características arquitectónicas y estéticas que les proporcionan elementos de mayor belleza y funcionalidad que otro tipo de lugares, como los departamentos del llamado “interés social”, construidos por instituciones gubernamentales como el INFONAVIT o el FOVISSSTE. Poseen por ejemplo techos altos, pisos de madera, habitaciones grandes, escaleras bien diseñadas e iluminadas por luz natural, espacios internos amplios y hasta lugares que son acondicionados como centros de reunión. Estas características se mantienen incluso cuando las vecindades son ruinosas.

Al entrar en las habitaciones de Academia nueve, es posible observar que los cuartos, aun cuando son habitaciones multifuncionales, que muestran graves problemas estructurales, son lugares bien iluminados y sus grandes espacios permiten la colocación de tapancos para acomodar muebles, enseres y objetos diversos. Sus escaleras, a pesar de sufrir graves daños por el uso, el tiempo y los desastres naturales, poseen un diseño adecuado y funcional. Los muros son anchos y permiten la intimidad de sus moradores, que se ve disminuida no por las características de la habitación, sino por la promiscuidad en la que están obligados a habitar. Los espacios comunes son extensos y permiten la interacción, el juego, e incluso —como en este caso— el desempeño de otro tipo de labores como el comercio.



Patio interior de la vecindad, que permite ver sus diferentes usos.

*Los peldaños de cantera
se yerguen,
gastados a tal punto,
que un paso más
podría ser el derrumbe.*
JOSÉ EMILIO PACHECO

Estas ventajas están por encima de las que podrían tener en departamentos que se diseñan en función de criterios económicos, que no consideran las necesidades culturales y sociales de sus usuarios.

Las vecindades del Centro Histórico fueron adaptadas en construcciones diversas:

Añejas edificaciones que alguna vez fueron parte de un convento, vetustos palacios, antiguas casas señoriales, casas unifamiliares de comerciantes y mineros [...] sus propietarios combinaron diferentes usos en un mismo edificio, los subdividieron y los convirtieron en espacios para vivienda barata, locales comerciales y talleres [...] fueron convertidos en vecindades con quince, veinte o cincuenta viviendas, comercios y talleres (Paz, 1997: 28)

Así, la fachada de esta vecindad conserva muchos de los rasgos arquitectónicos de lo que fue una antigua mansión o casona colonial. La entrada, los ventanales, el diseño de los balcones, las escaleras, los barandales, incluso gran parte de los pisos y las vigas de los techos —de madera original—, conservan rasgos del antiguo



esplendor, aunque ya se encuentran parcialmente destruidas.

Al traspasar la entrada, una parte de la cual ha sido habilitada como bodega, se encuentra un patio interior también al estilo de las casonas coloniales. Aunque la mayoría de las añejas construcciones contaban con escaleras al centro, en este caso se localizan en los espacios laterales, dividiendo en dos partes iguales la construcción. La vecindad tiene forma de herradura, de un tamaño aproximado de 80 m de profundidad. Alrededor del patio central están situadas las viviendas. Cuenta con planta baja y dos pisos más.

Las habitaciones son aún de techos altos de más de tres metros, la mayoría de ellas tienen un tapanco. Como esas casas antiguas se han dividido y a su vez subdividido, las viviendas para cada familia cuentan con tan sólo dos cuartos de aproximadamente 16 m cuadrados.

Así, cada vivienda utiliza un cuarto como cocina y comedor, y el otro tiene la función de dormitorio para todos los miembros de la familia. No se cuenta con servicio de agua corriente en ninguna de las habitaciones.

Los baños son comunitarios, situados dos en cada piso y constan de un cuarto en donde se ubica al fondo, pegado a la pared, el sanitario; a un lado una tina, y casi en la entrada, montado sobre algunos tabiques o piedras de manera provisional, un lavadero.

Tampoco en esos cuartos existe el agua corriente, por lo que el líquido debe ser acarreado en cubetas o a través de mangueras y almacenado en tambos y botes, ya sea dentro o afuera de las diversas habitaciones. Esto también es un problema para los servicios sanitarios, puesto que para la limpieza del baño es necesario que cada persona que lo ocupe lleve su propia cubeta de agua; lo mismo sucede con las actividades de aseo personal, para bañarse cada familia calienta el agua en su cocina y después acarrea el líquido hasta el cuarto de baño. Para lavar la ropa hay que llevar cubetas al lavadero.

La limitación de los servicios sanitarios, de agua potable y drenaje causa también problemas para el lavado



Interior del baño comunitario, que incluye un lavadero, también de uso común.

de los trastos, puesto que los utensilios de la cocina deben lavarse en tinas y cubetas y salir a tirar el agua sucia a los drenajes de los patios o de los baños con la consecuente insalubridad e incomodidad.

Para un ciudadano común, resulta inverosímil no contar con agua corriente por lo menos a la entrada de la casa, sin embargo esta situación —a todas luces insostenible— es cotidiana en este tipo de vecindades; ni agua ni drenaje están a la disposición en las habitaciones, solamente la energía eléctrica, gracias a que puede ser fácilmente conectada por un cableado artesanal, instalado de manera provisional, que sin embargo funciona durante años. En muchas ocasiones, el no pagar ninguno de estos servicios de infraestructura urbana contribuye al sostenimiento de las familias.

Dentro de las habitaciones de la casa lo primero que resalta es la falta de espacio, es decir, hay hacinamiento. Son habitadas por grupos compuestos de un mínimo de cuatro personas y un máximo de nueve; se trata de familias extensas, aunque no en términos clásicos, ya que por lo común son incompletas, la mayoría por ausencia del padre. En varios casos los que habitan son la madre, los hijos menores y la nueva parentela de alguno de los vástagos mayores. En otras ocasiones es algún pariente que se ha anexado, ya sea porque es un nuevo emigrante, que no posee los medios para acceder a una vivienda propia, o por la precariedad de las condiciones económicas por las que atraviesan los habitantes, lo que los obliga a aceptar a nuevos miembros para compartir los gastos.

Lo privado, lo público y lo íntimo adquieren aquí otros significados. La mirada, la escucha, las apreciaciones de los sentidos, no siguen los códigos establecidos por la modernidad occidental. Padres e hijos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, conviven en los mismos espacios, comparten experiencias, cohabitan.

Así, en las habitaciones pueden verse literas o colchones encimados que sirven durante la noche para poder acomodar a quienes ahí duermen; por la mañana,

una de las primeras tareas a realizar es la de levantar y ordenar los diversos muebles utilizados para dormir y así dejar espacio libre para transitar por las habitaciones y llevar a cabo otras actividades.

Las limitaciones de espacio, así como los bajos recursos económicos, obligan a una austeridad en cuanto al mobiliario y a la decoración, son pocos los muebles que pueden verse en estas habitaciones, pero sin la ausencia de aparatos electrónicos como televisores, videograbadoras, reproductores *DVD* y aparatos de sonido, que son imprescindibles. Pueden encontrarse en todas las habitaciones y a veces en más de una unidad. Los otros muebles como comedores, salas, libreros pueden o no existir, con lo que se marca una clara distinción entre lo necesario y aquello de lo que se puede prescindir. Según Baudrillard:

Al mismo tiempo que cambian las relaciones del individuo con la familia y con la sociedad, cambia el estilo de los objetos mobiliarios [...] Las cosas se repliegan y se despliegan, desaparecen, entran en escena en el momento deseado. No cabe duda que estas innovaciones no constituyen de ninguna manera una improvisación libre: las más de las veces, esta mayor movilidad, conmutabilidad y oportunidad no es sino el resultado de una adaptación forzosa a la falta de espacio (1979: 15).

La cocina es también prodigio de improvisación, los objetos se apilan por doquier, proliferan las cajas de cartón o los huacales, que sirven de estantes para acomodar todos aquellos utensilios que se requieren para las tareas más cotidianas. Una más de las características de estos lugares es la movilidad como señala Baudrillard. Los enseres de la cocina se desplazan a voluntad: la mesa, las sillas, son arrinconadas para poder realizar desde las labores de la limpieza, hasta el trajín con los productos para la comercialización. Cuando llega la hora de comer, vuelven a su sitio para la preparación de los alimentos, que no necesariamente se consumen en la habitación; por lo general son preparados para bajarlos a los locales o a los puestos e ingerirlos en los mismos lugares de trabajo. Sólo en el desayuno, la cena o cuando se prepara una comida formal, ya sea para visitas o por alguna celebración, se conforma un entorno que cumple la función real de un comedor.



El exterior de las viviendas es un abigarrado conjunto de enseres, ya que las limitaciones del espacio no permiten que dentro de la casa se puedan guardar todas las propiedades de sus habitantes. Las paredes exteriores de los cuartos, las escaleras, las azoteas y los patios sirven para acomodar y colgar todos aquellos objetos que no tienen un gran valor: tinas y cubetas, amontonados los tanques de gas o los juguetes de los niños, arrinconadas bicicletas y enredadas en los barandales las mangueras. El exterior de las viviendas muestra un sinnúmero de utensilios. Otra de sus características es la existencia de los tendederos de ropa, ya que la vecindad no cuenta con ningún lugar habilitado ex profeso para lavar y tender; es necesario lavar en los baños y tender con lazos y garrochas afuera de los cuartos. Así, el centro del patio, de pasillo a pasillo, se convierte en una telaraña de cordeles de donde penden cobijas, manteles, calzones, camisas o pantalones, a todas horas del día; en la noche son retirados, puesto que es frecuente el robo de las pertenencias entre los mismos vecinos.

Los baños, como ya se dijo antes, constan de la taza del sanitario, sin tanque de agua, una tina que no posee ningún tipo de conexión al drenaje y el lavadero. Tienen una puerta desvencijada que es necesario atrancar por dentro con algún objeto, para que no sea abierta mientras el baño está en uso. Para separar de algún modo los servicios internos, se cuelga un trapo sobre un mecate, que hace las veces de cortina de baño, así pueden entrar dos miembros de la familia y mientras uno se baña, el otro puede ocuparse de lavar algo de ropa.

Al no pertenecer a ninguno de los vecinos en particular, nadie se hace cargo de la limpieza de los baños, así que se encuentran en un estado deplorable, insalubre, no hay ningún lugar para recolectar la basura, por lo que ésta se encuentra tirada en todas partes. La falta de ventilación y de iluminación adecuada —puesto que originalmente no eran habitaciones destinadas para estos servicios— produce la formación de manchas y los olores a humedad y a suciedad. En los adultos ya no produce repugnancia, pero a los niños pequeños se le impide usar el baño, por lo que ellos evacuan en bacinicas dentro de sus casas y los mayores se encargan de tirar los desechos al sanitario. Como señala Soto:

La orientación del movimiento civilizatorio en el sentido de una privatización más intensa de las funciones corporales, y el confinamiento y reclusión de éstas tras la “puerta cerrada de la sociedad”, se muestra claramente en el proceso civilizatorio del baño y la satisfacción de las necesidades físicas naturales, [...] una faceta que puede ser pública, que puede ser visible al trato de los seres humanos y otra que no puede serlo, y que ha de mantenerse en la intimidad o en lo secreto (1992: 22).

En estas vecindades, los pudores y las vergüenzas adquieren otro significado; las condiciones de vida hacen más laxos los límites de lo privado, lo secreto y la vida pública. La exposición a la mirada externa es admitida en la medida en que no pueden ser modificadas las formas de habitar, en que sólo se buscan paliativos que traten de guardar las apariencias, las formas sociales, las normas de urbanidad que se adoptaron a partir del advenimiento de la modernidad occidental.



*Las ruinas no son ruinas
El deterioro
es sólo de la piedra
inconsolable.
La gente llega,
vive, sufre, se muere.
Pero otros llegan a ocupar
su sitio*

*Y la casa arruinada
sigue viviendo.*
JOSÉ EMILIO PACHECO



A pesar de todas estas condiciones, de la precariedad, del sufrimiento, de las molestias, de la dureza en las formas de vida, los habitantes de estas vecindades no están dispuestos a abandonarlas; mantienen fuertes sentimientos de arraigo; muchos han nacido ahí; otros llegaron siendo pequeños. En esos muros, en estos sitios, han atesorado recuerdos, han acumulado experiencias de vida, han atravesado por un proceso de defensa de los lugares en los que habitan y trabajan, todos ellos elementos que dan forma al significado que le otorgan a los espacios.

Aquí nacieron mis hijos, aquí he sufrido, ora si que, muchas cosas que, que se va agarrando cariño, ¿no?, porque yo, yo aquí llegué de niña y de niña empecé a ser, este, comerciante, o sea, siempre, este, siempre, a lo mejor al principio no valoré este mismo lugar donde uno está, pero ya con el tiempo reaccionas, ¿no?, dices, bueno, gracias a este lugar yo no me convertí en una, por ejemplo, en una drogadicta, una prostituta, sino que, en el lugar donde yo estoy, me ayudó a, me ayudó, a ser gente (Cristina, habitante de la vecindad de Academia número nueve).

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, Jean, *El sistema de los objetos*, México, Siglo XXI, 1979.
 Gortari Rabiela, Hira de y Regina Hernández Franyuti, *La Ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*, México, Instituto Mora/DDF, 1988.
 Lindón Villoria, Alicia, *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El valle de Chalco*, México, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense, 1999.
 Paz Arellano, Pedro, “Entre edificios y monumentos históricos”, tesis de Maestría, ENAH, 1997.
 Sánchez Estévez, Reyna, *Los símbolos y los movimientos sociales. El caso de Superbarrio*, México, TICOM/UAM-X (en prensa).
 Soto Walls, Luis, *El diseño de lo privado. El baño*, México, UAM-A, 1992.

Anja Clara Novell*
Hugo Sánchez Arteaga*

A N T R O P O L O G A



Vecindad, condominio y modernidad: etnografía de un proceso¹

El proyecto de modernidad del siglo XX viene a modificar la interacción de muchas redes sociales en la Ciudad de México. Su propuesta se interioriza e internaliza hasta cierto grado en cuanto a la individualización y a la no necesidad del otro. Paredes invisibles se empiezan a interponer entre las personas, creando grandes muros que encierran a los sujetos en micro cuartos que los acompañan a todos lados.

Espacios urbanos que anteriormente se caracterizaban por crear fuertes redes sociales, donde se daban altos niveles de intercambio, reciprocidad e interacción cotidiana —asociados incluso con un modo de vida rural—, ahora se caracterizan por el deseo del anonimato, la individualidad y el evitar la relación social con el otro.

Los datos en que se basa la presente etnografía han sido tomados de un trabajo de campo realizado del febrero del 2003 a junio del 2004, en el marco de un proyecto mayor por estudiar: “Los cambios en los intercambios entre unidades domésticas en una vecindad del barrio de la Lagunilla posterior al temblor de 1985 al año 2004.”

Posterior al temblor de 1985, se expropió la vecindad de la calle de Chile número 62 y las viviendas fueron vendidas a los inquilinos, quienes así se convirtieron en propietarios de un condominio. Dejaron de ser vecinderos para pasar a ser propietarios. Con esto se buscaba desaparecer la estigmatizada categoría social de “vecindad” —asociada con la ruralidad y el atraso—, para dar paso al condómino, parte de la modernidad y de la ciudad, reconocido jurídicamente. Se eliminó el antiguo cargo de la portera y el gobierno instituyó entre los mismos vecinos una mesa directiva. La venta de la ilusión de una mejor vida y de un estatus elevado acaparó toda a la atención de los vecinderos, con la mira puesta en la propiedad de una vivienda en nuevo condominio.

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ Este trabajo se realizó en el contexto de un curso que dictaron el doctor Abilio Vergara Figueroa y la maestra Aída Analco Martínez en la ENAH.





Aquí pretendemos dar una descripción etnográfica de la vecindad, en su nueva calidad de supuesto condómino. Se resaltarán la implicación de éste símbolo de la modernidad, en las relaciones sociales cotidianas y en el intercambio de unidades domésticas en la actualidad. Al hablar de la modernidad, se tomará como referente la discusión de Balandier al respecto:

Porque están abiertas a un movimiento, las sociedades de la modernidad actual sólo disponen de cartas cambiantes, se internan en la historia inmediata avanzando de tientas.² El pensamiento moderno es el que realiza las rupturas, el que vacía la tradición portadora de permanencia y capta todas las cosas bajo el aspecto de movimiento; es, de éste, instrumento y expresión a la vez.³

Primero se dará una breve explicación histórica de la vecindad, para posteriormente describir su estructura física, dinámica, apropiación y actores de sus espacios comunes. A continuación se hablará de la interacción, anonimato y flujo de información, para después tocar los conflictos cotidianos. Se explicará la percepción de los vecinos sobre la vecindad antes del temblor, entendido como un imaginario. Luego se describirá la mesa directiva como un nivel de organización en la vecindad, para por último pasar a las conclusiones.

Una breve introducción histórica

Durante la época prehispánica, el actual barrio de la Lagunilla aún no existía porque sólo era una parte del gran lago de la cuenca de México. Con el transcurrir del periodo colonial, se fue secando la zona lacustre y se comenzó a poblar esa parte de la Ciudad de México. La Lagunilla es más reconocida a través de su historia como un conjunto de mercados, lugar comercial de gran afluencia citadina, que como un barrio. Su mercado fue construido para beneficiar a los residentes de las colonias Santa María la Ribera y Guerrero.

La construcción de la vecindad de la calle de Chile data de 1836, según refieren los vecinos, de acuerdo

² Balandier, George, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa, p. 143.

³ *Ibidem*, p. 145.

con una placa encontrada durante los arreglos del proyecto de renovación en 1986. En sus primeros años, el inmueble funcionó como un colegio para monjas. Desde 1917, la fundación Rafael Dondé fue propietaria de la vecindad y desde que adquirió el edificio lo comenzó a rentar.

Como en otras partes de la Ciudad de México, la vecindad se comenzó a poblar por migrantes de diferentes partes del país. Personas que —cuentan sus actuales descendientes— buscaban progresar y una mejor vida en la capital. Entre esos vecinos se empezó a tejer una red social basada en el intercambio, la reciprocidad, la interacción cotidiana y ritual, los compadrazgos y también el conflicto. Como lo recuerda un vecino:

...sí, antes la gente era más sencilla y amistosa, daban ganas de platicar con ellos... mi mujer se llevaba bien con las demás y andaba de chismosa en las casas, ahí metidota todo el día o al revés, ellas metidas en la casa... ahora ya no se da mucho lo de tener compadres, la gente de ahora no sabe qué significa eso, luego se andan hasta mentando la madre y cosas así, ya no hay valores, pero yo sí tengo compadres, el esposo de la señora de debajo de la esquina es el padrino de pastel de mi hija cuando cumplió xv años, después él me dio a bautizar a su hija.

Con los movimientos telúricos de 1985, salió a la luz pública el decreto donde se expropiaba la vecindad y el gobierno ponía a la venta las viviendas a los inquilinos, convirtiéndolos en propietarios. A su vez, entró en vigor el programa oficial de renovación para reparar los supuestos daños causados por el temblor. Muchos de los habitantes lo consideraron un saqueo, ya que varios inquilinos comentan que de su bolsa había salido el dinero de los materiales del interior de sus viviendas, que fueron quitados y llevados del lugar. Como lo afirmó otra vecina en relación a los arreglos



hechos a la vecindad: "...qué arreglos van a hacer si se llevaron todo y nos dejaron peor que como estaba"; con el dedo índice nos señala las manchas causadas por el agua que se transmite por la azotea, "...si no hubiera sido porque me di una vuelta por la vecindad me ganan con los barandales que tengo en el tapanco..."

En 1986 se entregaron las casas y el gobierno implementó una mesa directiva entre vecinos, para que desde ese momento los inquilinos quedaran al cargo de la manutención de las áreas comunes y de la resolución de posibles problemas o conflictos entre ellos. La autoridad también proporcionó a cada familia una explicación oral y escrita sobre las normas jurídicas referidas a la convivencia entre vecinos del ahora condominio, que había dejado de ser vecindad. No hubo alteraciones físicas significativas de las áreas comunes de la vecindad, como los patios. Así, su estructura arquitectónica quedó igual, como estaba antes del temblor. No obstante, los cambios resultaron visibles en las relaciones sociales que tuvieron lugar en esas áreas comunes de la vecindad-condominio.

Descripción de la estructura física del inmueble (Véanse planos)

Su fachada es de concreto, pintada de un color durazno con balcones de tipo francés, que dan hacia las calles de República de Perú y Chile. Los ubicados en la segunda calle no son visibles desde el exterior, a causa de las lonas de los comercios, y la entrada a la vecindad-condominio que ahí se encuentra muestra los mismos estragos provocados por el comercio. El acceso al inmueble se torna complicado por el poco espacio que queda; cuenta con un zaguán rojo de metal, en el que están grabados o pintados muchos nombres, frases y dibujos. El zaguán es un anfitrión ejemplar, mantiene una constante invitación a pasar hacia el interior, y siempre se haya abierto las 24 horas.

En su fachada hay comercios establecidos con cortinas de metal. Predominan las tiendas de vestidos para bodas y XV años, aunque también hay de otros giros como un salón de belleza, una fonda donde se vende



pancita, una bonetería, una zapatería y una tienda con artículos de latón. Ninguno de los negocios tiene puertas cerradas, todas están abiertas para que puedan pasar los clientes en cualquier momento. En las mismas aparecen empleados que gritan frases como "pásele, ¿qué le mostramos?" o "¿qué estaba buscando?" Los negocios tienen clientes regulares, a quienes reconocen, pero la mayoría que ahí acuden son de primera vez.

Las calles mencionadas, pertenecientes al barrio de la Lagunilla, siempre están llenas de puestos fijos y ambulantes, en los que se venden todos los elementos rituales para bodas, XV años, presentaciones y bautizos, y para el cansancio causado por el andar se encuentran los puestos de quesadillas, de aguas y de nieves, sin faltar los de animación para fiestas, en los que se expenden discos piratas. Aunque estas calles, aledañas a la vecindad-condominio, siempre están transitadas en su mayor parte por consumidores y visitantes de otras partes de la ciudad o del país, la mayor confluencia humana se da durante los sábados.

Entrando a la vecindad-condominio se encuentra un pequeño pasillo de piso de concreto, al igual que en todas las áreas comunes. A la derecha están los medidores de luz, y a la izquierda una imagen de la Virgen de Guadalupe que por lo regular tiene flores frescas. Al terminar el pasillo hay otra imagen de la guadalupana, a una altura de tres metros sobre el suelo. En la reja de los medidores eléctricos está pegada una hoja bond con el rol de aseo de las áreas comunes,



escrita a mano, y debajo se localiza el buzón donde llega toda la correspondencia de los residentes (luz, agua y predial).

La vecindad-condominio tiene forma rectangular y cuenta con dos pisos. En la parte de abajo, hacia las orillas, las viviendas forman una letra "u", que es el único espacio de la estructura física que muestra una pequeña ruptura con el orden geométrico. De ahí en fuera todo se mantiene, las viviendas de arriba como las del centro cierran bien sus líneas geométricas, que son resaltadas por sus pasillos que se conectan entre sí, permitiendo una comunicación fluida entre los dos pisos.

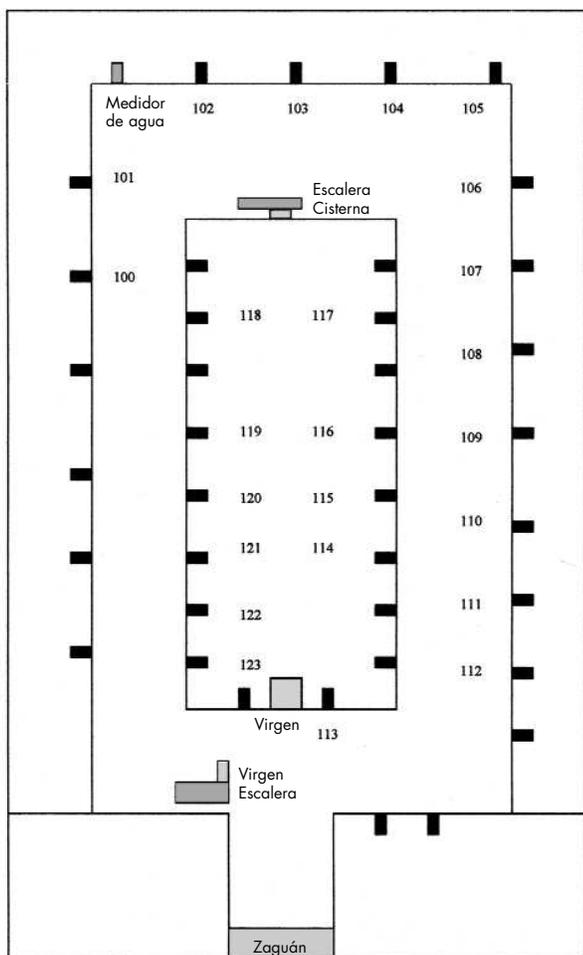
En cada contraesquina de los tres pasillos de la parte de abajo hay un letrero que explica las reglas del condominio, como la prohibición de jugar con pelotas o tener mascotas. Debajo de las dos escaleras que llevan

al primer piso se localizan dos cisternas que reparten el agua a los diferentes tinacos, de los que a su vez se distribuye a las viviendas.

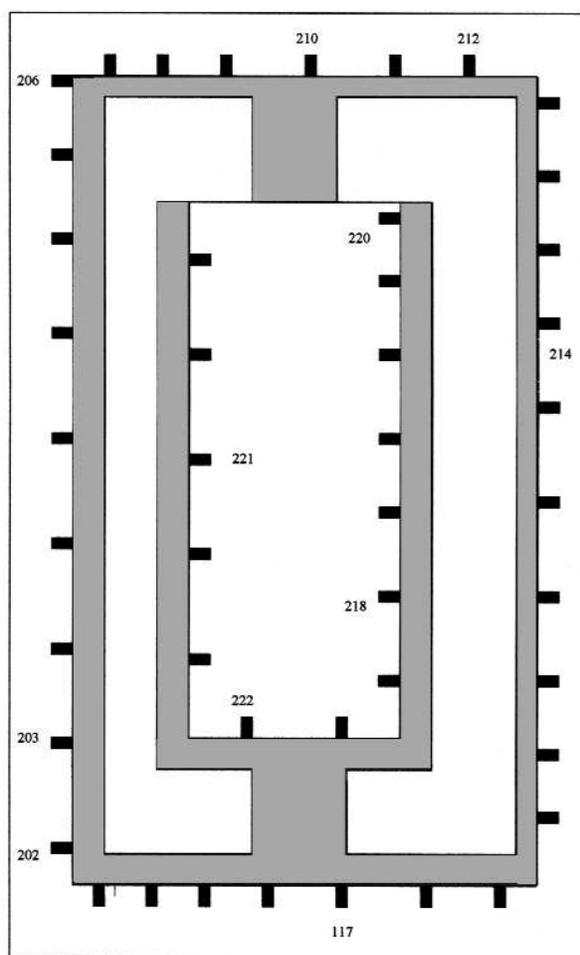
La escalera del lado de la Virgen, de la entrada, muestra en sus paredes varias huellas de apropiación en forma de graffiti, en su mayoría nombres de parejas encerradas en un corazón.

Al igual que en la fachada, el interior de la vecindad-condominio está pintado de color durazno en su mayor parte, aunque de manera irregular. Afuera de algunas viviendas la pintura es más reciente, mientras en otras pálida y manchada; sólo en una vivienda se observan otros colores, como el blanco y el gris.

Muchas de las viviendas tienen rejas afuera de sus puertas, no obstante que algunas de éstas permanecen entreabiertas durante el día. De igual manera, muchas



Vecindad de Chile, planta baja.



Vecindad de Chile, planta alta.

ventanas se encuentran abiertas, permitiendo cierta visibilidad hacia el interior de los hogares, cuyas dimensiones varían ampliamente. Hay viviendas de uno y hasta cuatro cuartos, la mitad de las cuales tiene tapancos y vigas de madera. Todas tienen zotehuela, algunas techadas con lámina y otras convertidas en cuartos para algún uso específico. La mayoría de las viviendas tienen piso de tipo loseta de diferentes estilos, y algunas sólo de cemento. La mayoría de ellas está deteriorada por la humedad en su pintura o por algunas cuarteaduras que exhiben sus paredes. Las regularidades que encontramos en el mobiliario y la decoración son: comedor, sala de tres piezas, televisión, estéreo y vitrina en el comedor. La mayoría de las viviendas exhiben fotos familiares de bodas u otros eventos en las paredes. Son comunes las figuras de porcelana como decoración en las salas.

Los pasillos —llamados patios por los habitantes— son ocupados por diferentes artículos como tanques de gas, cajas, plantas y armazones para puestos ambulantes. En cada vivienda hay palos de madera unidos con mecate para tender ropa. De igual forma las azoteas del primer piso están llenas de basura, juguetes tirados y “familias” enteras de gatos. Allí también se encuentran los tinacos pertenecientes a las viviendas del primer piso.

En total hay treinta viviendas habitadas y seis vacías, de las cuales cinco son utilizadas exclusivamente para el comercio, mientras en la fachada que da a la calle hay nueve locales de comercio establecido.

Dinámica, apropiación y actores de los espacios comunes

A partir de las 06:00 horas se comienza a ver personas en los pasillos de la vecindad: madres que llevan a sus hijos a la escuela y algunos hombres y mujeres que parten rumbo al trabajo. Al encontrarse afuera de sus viviendas, los vecinos intercambian un rápido “buenos días” y siguen su camino.

A las 10:00 horas empiezan a sacar los armazones para los puestos a instalar en la calle. Le siguen las mer-



cancías, en cajas o sueltas en las manos. Comienza a haber “tráfico” en los pasillos, cuando coinciden las personas que sacan las cosas para su puesto, con personas que entran a la vecindad, al mismo tiempo que se van llenando de cajas y obstruyen todo el día el paso. Entran y salen los comerciantes durante todo el día dejando y trayendo mercancías.

Entre las 10:30 y 11:00 horas comienzan las amas de casa a sacar su ropa lavada a tender. Algunas se saludan brevemente al verse. Surgen actitudes ríspidas entre ellas y los comerciantes, porque el espacio de los pasillos no alcanza para guardar mercancías y tender ropa. Este tipo de conflictos forman parte de su vida diaria, como discusión ya rutinaria. Si no se diera el ambiente, se tornaría obsoleta.

A esta misma hora inicia la salida a jugar de los niños más pequeños, por supuesto en los pasillos. Algunos juegan solos, con bicicletas o patinetas, mientras otros lo hacen en grupo, principalmente al fútbol o a correr en “bola”. Entre las 12:00 y 14:00 horas regresan los educandos de sus diferentes escuelas. Unos(as) llegan con sus madres, pero otros en grupo, por ir a las mismas escuelas, y algunos retornan solos. También regresan los adultos de sus trabajos para comer y posteriormente se vuelven a laborar.

Después de comer —algunos al concluir sus tareas— los niños salen a jugar hasta las 19:00-20:00 horas. Hay reclamos de varias señoras de la tercera edad, a causa del ruido que producen los infantes y los azotones de pelota que provocan en las puertas.

Entre las 17:00 y 20:00 horas regresan los vecinos que trabajan, algunos saludan con un “buenas tardes” y se meten a sus viviendas; no desean saber más de problemas, sino “desconectarse de la rutina” y mirar el televisor, colgar los zapatos en espera de un día más trabajo; hay quienes tal vez tengan las fuerzas para jugar con sus hijos.

A las 19:00 horas, aproximadamente, comienzan los ambulantes a levantar sus negocios y a meter los armazones de sus puestos y mercancías. Nuevamente obstruyen los pasillos, dificultando el paso a quienes regresan de su trabajo o a los niños que se mantienen jugando.

Como a esa hora también se juntan grupitos de tres a seis jóvenes, de entre 15 y 25 años de edad, a la entrada del zaguán o en las esquinas del segundo piso, para platicar, escuchar música o fumar cigarros o marihuana. Son espacios que la demás gente sabe que a determinada hora los van a encontrar ahí, y que en ese momento son de ellos. Cuando alguien pasa por ahí, los chavos lo saludan con un cordial “buenas noches”.

Aunque son grupos que no agradan por su presencia, hay quien los ve como una protección para la vecindad y para ellos mismos, como una vecina que afirma: “...sí los chavos se juntan en la tarde-noche ahí en el zaguán o en la escalera, ahí están platicando, fumando o tomando, pero son tranquilos nada más se emborrachan y se meten a sus casas o en el mejor de los

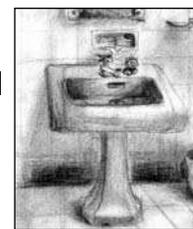


casos se van a los famosos antros”. Otra vecina opina: “Creo que se juntan en el zaguán, como ya no salgo en las noches, no sabría decirles muy bien, pero son tranquilos, creo que se ponen a fumar, también de la otra, creo que utilizan los recibos para esa cosa, la otra vez no encuentre mis recibo de la luz...”

Como a las 22:00-23:00 horas, entre semana, y 01:00-03:00 horas, los fines de semana, los jóvenes se meten a sus viviendas y los espacios comunes vecinales se encuentran vacíos hasta la mañana siguiente.

Interacción, anonimato y flujo informativo

A primera vista se podría afirmar que hay una nula interacción entre los habitantes de la vecindad de Chile número 62. Todos los vecinos afirman que cada quien está en lo suyo, sin el menor deseo de entablar una



relación con el otro. Pero a pesar de ésta afirmación, al observar las dinámicas de la vecindad, se hacen visibles determinadas relaciones sociales entre algunos actores de ese espacio vecinal. Éstas son las que pudimos visualizar:

Los niños

Interactúan de una manera cotidiana a través del juego, en grupos establecidos por ellos mismos, que se definen por la edad o el género. Aunque puede variar el número de niños participantes, se tienen determinados los diferentes grupos de infantes que suelen juntarse para jugar. Así, las redes infantiles de la vecindad son las que presentan la mayor interacción frecuente y sólida en el ámbito cotidiano.

Todos los niños se conocen por sus respectivos nombres y por los de los padres de sus amigos. Lo mismo sucede para con los amigos de sus hermanos mayores o menores.

Por lo regular los niños juegan en los pasillos, principalmente en el del lado izquierdo inferior, porque ahí nada más hay dos viviendas habitadas y pueden divertirse sin que nadie les reclame por el ruido que hagan.

Pero también se dan casos en que los niños van a alguna de las viviendas de uno de sus amigos para jugar. Cuando esto sucede, se suele tratar de dos o máximo tres niños. Las reglas de los padres marcan que el juego debe llevarse afuera de la vivienda, cuando hay conflicto entre ellos. Pero cuando se presenta la oportunidad, los menores transgreden la norma llevando su juego a los espacios privados del hogar.

Un grupo de cinco niñas, de entre nueve y once años de edad, hacen regularmente “piyamas” los fines de semana, es decir, reuniones donde la participación del género masculino es nula. Establecen acuerdos sobre qué comida o bebida debe llevar cada quien, y se quedan a dormir en la casa de una de ellas.

Otro grupo de niños participan en un equipo de fútbol del barrio de la Lagunilla, y se frecuentan varias veces a la semana para practicar o “cascarear”. De esta forma podemos ver el *continuum* de la constante división de género, que permanece en la sociedad “tradicional” y “moderna”.

Jóvenes

Se trata de personas de entre 15 y 25 años de edad, aproximadamente. Como se mencionó, los jóvenes suelen juntarse en grupitos a la entrada del zaguán o en las esquinas del segundo piso para platicar, escuchar música o fumar cigarros o marihuana.

En los fines de semana son comunes sus reuniones para ir a algún “antro”. Pero aunque suelen salir en grupos de cinco o seis, regresan juntos sólo dos o tres, y los demás regresan solos, o acompañados de otra persona que no vive en la vecindad.

Algunos jóvenes se juntan en grupos de dos o tres en casa de alguno de ellos para platicar, ver televisión, jugar videojuegos o escuchar música.

Mujeres, amas de casa

Hay mujeres, amas de casa de la vecindad, que tienen una relación principalmente de intercambio con otras vecinas. Por lo regular se trata del préstamo de algún utensilio de cocina como licuadora, rayador, plato, etcétera; la probada de un “taco” de algún platillo preferido, o de un permiso para utilizar el teléfono.

También importa mencionar el intercambio de información o “chisme”, que tiene un flujo constante entre las unidades domésticas por medio de las “mujeres”, los muros, los pasillos y el viento que hace volar y colarse la información a todos los intersticios de los hogares. La comunicación es un elemento que resalta en la vecindad y que en la mayoría de los casos se le adjudica a las mujeres cuando al parecer todos son partícipes de esa constante.

También a veces las mujeres encargan el cuidado de un niño a otra vecina, mientras tengan que salir un “ratito”. Se trata de periodos cortos y ocasionales. Para el cuidado regular y de todo el día de los niños se acude a menudo a la abuela del niño en cuestión, antes que a la vecina.

Parentesco

Hay tres redes de parentesco en la vecindad que enlazan varias unidades domésticas, separadas a través de esas mismas relaciones parentales. Éstas se mantienen principalmente por las visitas de los niños a las diferentes unidades domésticas. También reproducen su





relación social, en ocasiones ritualizada a través de fiestas familiares o religiosas.

Al entrevistar a los diferentes vecinos, todos exclaman que prefieren permanecer en su casa, sin entablar una relación con otro vecino; no quieren tener problemas y no les interesa la vida de los demás. Ponen énfasis en el hecho que su único contacto con los vecinos es el momento de los “buenos días/tardes” y de allí no pasa la relación.

Sin embargo hay un eficiente flujo de información en la vecindad. Sus habitantes en realidad tienen una cantidad importante de información sobre sus vecinos. Se sabe cuántas personas viven en cada unidad doméstica, desde cuándo están allí, cómo adquirieron la

vivienda, si tenían familiares ahora fallecidos viviendo en la vecindad. Se sabe también a qué se dedican los vecinos, dónde trabajan o estudian, a qué horas salen y a qué horas llegan. Qué tipo de muebles tiene el vecino, o artículos costosos, además de algún posible bien nuevo que haya adquirido. Se conoce los problemas entre ciertos vecinos, quiénes no se hablan, quiénes se llevan bien y quienes no. También se sabe cuando hay problemas dentro de una unidad doméstica, entre quienes hay conflicto y si se ha llegado a una negociación o resolución del conflicto. Igualmente se conoce cuando alguien está enfermo o ha sido expuesto a alguna situación desagradable, como un accidente, asalto, etcétera. Por último, mencionaría que se sabe cuándo habrá un evento social importante, como una boda o XV años, en qué fecha será, aunque se sabe que no será invitado.

Vemos que la afirmación asegurada del habitante de la vecindad, sobre su total aislamiento y anonimato en relación a sus vecinos, se contradice con las relaciones sociales cotidianas reales entre algunos vecinos, y con el flujo constante de información entre ellos.

Conflictos cotidianos

Surgen principalmente a partir del uso colectivo y público de los espacios comunes de la vecindad. En este sentido, los conflictos más mencionados y observados en el trabajo de campo tratan sobre:

Los niños

El juego de éstos es causa de conflicto entre vecinos debido a cuestiones como el ruido que provocan, los gritos, los azotones de pelotas a las puertas, la basura que dejan en las áreas comunes, el rompimiento de cristales, etcétera. Otro reclamo frecuente es a consecuencia de las tocadas del timbre de las puertas por los infantes, quienes después de hacerlo se echan a correr.

Algunos de los vecinos molestos por las cuestiones mencionadas le llaman directamente la atención al

niño “infractor”, mientras que los adultos mayores piensan que los infantes de ahora no respetan a sus mayores y hacen caso omiso de las llamadas de atención. Muchos consideran también que los papás no hacen los regaños debidos para que el niño se corrija, al no ejercer suficiente disciplina sobre sus hijos.

Pero la mayoría de los padres afectados no hablan directamente con el niño, sino que buscan a sus padres para explicar el “mal” realizado y exigen que se les llame la atención. Ello provoca que muchos se molestan y consideren que los vecinos no tienen porque reclamar o hacer exigencias sobre el comportamiento de sus hijos. Así, en muchas ocasiones éstas situaciones terminan en conflictos de larga duración entre adultos, más que entre adultos y niños.

Perros

Aunque las reglas jurídicas del condominio prohíben las mascotas, muchas unidades domésticas tienen perros, que algunos vecinos sacan a los pasillos de la vecindad para que “hagan sus necesidades”. La mayoría sin embargo considera esto como una contribución a la “suciedad” de las áreas comunes, y un foco de infección importante. Refieren a la ley de condominios que prohíbe tener mascotas.

Limpieza

Desde el temblor de 1985, los mismos vecinos se encargan de la limpieza de las áreas comunes. Hay un rol de aseo donde se indica a quién toca la limpieza y qué día del mes. Sin embargo muchos vecinos no cumplen con esa responsabilidad y por lo regular hay basura y heces de perro en las áreas comunes de la vecindad. La mayoría hace énfasis en el constante desorden y suciedad de los pasillos, y se indica claramente quién no cumple con el aseo y quiénes están causando y fomentando este problema.

Antiguos vs. nuevos

Los vecinos de mayor antigüedad en la vecindad-condominio se refieren a las personas que llegaron después del temblor como “los nuevos”. Muchos de “los



antiguos” atribuyen todos los problemas de la vecindad a aquéllos, ya que consideran que no les tocó observar lo bien que estaba el inmueble antes del temblor, y por lo tanto no les importa respetar las reglas y dejan que se deteriore.

Juzgan que son los que más descuidan a sus hijos, dejan salir a sus perros y reniegan de asear las áreas comunes. Además piensan que se trata de personas maleducadas, irrespetuosas y egoístas que no les interesa una buena relación vecinal. Anteriormente, cuando había conflictos entre vecinos, se tenía la opción de consultar a la portera, quien jugaba el papel de intermediario en situaciones de negociación, ya que ella contaba con cierto poder que le delegaba la fundación.

Posterior al temblor, con la expropiación, desapareció esa posibilidad de negociación. Los ahora propietarios de sus viviendas, tienen que enfrentar personalmente los problemas, cara a cara, empleando estrategias políticas para la negociación entre unidades domésticas. La mesa directiva se supone que cumple con ese papel, el cual por cuestiones de represalias que se tomen hacia los integrantes, no toma partido en los conflictos entre vecinos.

Muchos consideran que para acabar con los problemas tendría que estar presente una figura de la autoridad, como la Delegación, porque sólo a través de amenazas concretas se pueden “alineal” las personas para que respeten las reglas jurídicas de condominio. Piensan que los vecinos por iniciativa propia no van a



cambiar, y necesitan una figura de poder que los vigile y castigue en caso de romper las normas. La imagen a la que se remontan es la de la fundación Rafael Donde, que ejercía la mejor aplicación de ellas.

El pasado como imaginario de mejores tiempos

Cuando los vecinos hablan sobre la vecindad antes del temblor de 1985, la mayoría refieren a un imaginario de un pasado en que “todo era mejor”. Consideran que antes del fenómeno había más unidad entre vecinos, se convivía más y se ayudaban mutuamente. Recuerdan las fiestas de diciembre, las posadas, cuando todos coo-

peraban y disfrutaban unas lindas veladas que terminaban con bailes hasta altas horas de la noche.

Entonces no había conflictos como los de ahora, y después de varias pláticas pudieron reconocer ciertos roces cotidianos, que de manera respetuosa y educada podían resolverse. Recuerdan que los vecinos reconocían sus errores y procuraban no repetirlos.

Era una vecindad muy bonita y limpia donde la portera del diario hacía la limpieza, y los vecinos cooperaban con mantener limpias las áreas comunes que correspondían a sus viviendas, lo que contribuía al no deterioro de la imagen estética, como sí sucede en la actualidad al no observar dichas normas.

Se piensa que antes del temblor había reglas claras sobre el comportamiento permitido en las áreas comunes. No se permitía jugar pelota, hacer ruido en la noche, ensuciar los pasillos, etcétera. Estaba prohibida además la entrada de personas desconocidas a la vecindad, y la portera se hacía cargo de controlar el acceso al zaguán, permitiendo pasar únicamente a inquilinos o visitas autorizadas. En la actualidad se vive una sensación de inseguridad, al estar abierto las 24 horas el zaguán, ya que no sabe realmente quién entra a la vecindad y con qué intenciones.

Sin embargo esta imagen no corresponde con la memoria de los vecinos de otras vecindades aledañas, quienes la recuerdan como una vecindad “fea” y con varias personas “peleoneras”. Pero los habitantes de Chile recurren a ese imaginario del pasado, en una búsqueda del recuerdo anclado en su deseo de un pasado mejor que el presente, desde el que se remontan hacia una utopía ubicada en aquel “pasado más bonito”.

La mesa directiva: niveles de organización

Posterior al temblor de 1985, con la expropiación y renovación de la vecindad de Chile número 62, la Delegación política informó a los vecinos de que tendrían que formar una mesa directiva, como encargada de los asuntos de mantenimiento y organización de la vecindad. La misma debía tener un presidente, una tesorera y un secretario.

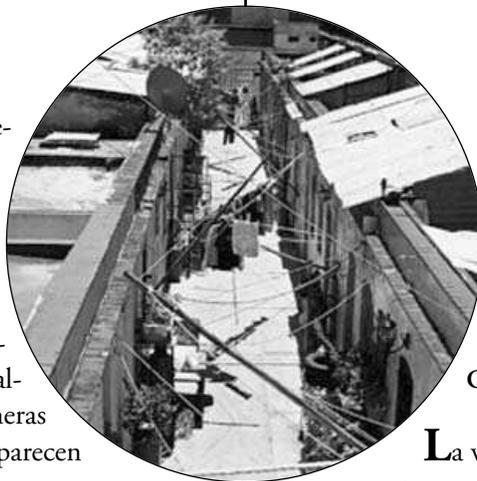
Las primeras mesas directivas, formadas por votación de los vecinos, registraban formalmente el orden

del día y los acuerdos tomados. Al revisar el libro de actas, se puede apreciar que en los primeros años las juntas de la mesa directiva se hacían con una periodicidad de dos veces al mes, mientras en los últimos años se realizan cada dos o tres años. También está registrada la presencia de alrededor de 30 vecinos en las primeras juntas, en tanto en las últimas sólo aparecen unas cinco personas.

En la actualidad no se hacen votaciones para elegir a los miembros de la mesa directiva, sino que el vecino que quiera desempeñar ese papel se autopropone y toma el cargo. Los vecinos consideran que siempre ha habido apatía cuando se trata del compromiso con la mesa directiva. Muchas personas no bajan a las juntas, y cuando lo hacen es únicamente para pelear. Se tarda mucho para llegar a los acuerdos y finalmente no se respetan. La ausencia de organización queda evidente en la falta de mantenimiento y limpieza de la vecindad.

Hay una cuota mensual de mantenimiento, pero muchos no la pagan, al considerar que los miembros de la mesa directiva generalmente son corruptos y utilizan el dinero para intereses personales. Por su parte, los directivos se quejan de que no alcanza el dinero para cubrir los gastos de la vecindad, por lo que se está deteriorando. Muchos vecinos consideran que los miembros de la mesa directiva deben de asegurar el pago de la cuota mensual por medio de amenazas de cortar el agua u otro servicio común. Pero dicen que nadie se atreve a hacerlo por miedo de meterse en problemas con sus vecinos y prefieren completar con su dinero para cubrir los gastos elementales de la vecindad.

En las reuniones de la mesa directiva se hace visible el conflicto entre “antiguos” y “nuevos” vecinos. Los segundos nunca participan en la mesa directiva, porque afirman que los “antiguos” no los dejan. También sienten que sus decisiones no son tomadas en cuenta, y por eso ya no asisten a las reuniones. Los “antiguos” consideran que los “nuevos” tienen una falta de compromiso con la vecindad, y no les importa cumplir con los acuerdos de las reuniones.



La mayoría coincide en que como ahora todos son propietarios de sus viviendas, nadie tiene interés en tomar acuerdos en torno a las áreas comunes o en relación a una convivencia “pacífica”.

Conclusiones

La vecindad se ha transformado jurídicamente en un condominio, considerado por sus habitantes como símbolo de modernidad y progreso. Con el cambio de inquilinos de una vecindad a propietarios de un condominio, los vecinos desean eliminar la interacción y la necesidad del otro. Buscan la individualización y el reducir la relación con el vecino a la cordialidad de los cotidianos “buenos días/tardes/noche”.

Sin embargo, el conocimiento del habitante de la vecindad sobre sus derechos como propietario elimina el temor de ser desalojado de su vivienda por una situación de conflicto con sus vecinos. Por lo tanto, la confrontación entre vecinos toma otras dimensiones al no existir un intermediario, representante del poder que intervenga en la negociación de los conflictos. La red social de la vecindad-condominio se une por el intercambio, la comunicación y el conflicto.

También podemos ver que aunque se interiorizan e internalizan hasta cierto punto las propuestas del proyecto de modernidad, existe también una continuidad en las relaciones sociales cotidianas entre ciertos actores de la vecindad-condominio. En realidad no se ha eliminado por completo la interacción y la necesidad del otro.

Por último, es fundamental destacar el hecho de que los cambios en las relaciones sociales no son consecuencia directa de la variación del régimen de la vivienda, provocado por el temblor de 1985, y no se pretende entender ésta como detonante de dichos cambios. Más bien son las transformaciones sociales, políticas, económicas y generacionales, en un contexto regional, nacional y global, las que hay que tomar en cuenta para entender los cambios en las relaciones sociales de la vecindad de Chile número 62.

Pequeñas iluminaciones sobre la ciudad: el parque Los Coyotes



Y, sí, hay armonía, porque el ambiente se presta aquí.

USUARIO DE LOS COYOTES

Esta etnografía explora un cierto tipo de nodos urbanos desde donde dialogan los urbícolas con su ciudad. Este diálogo involucra conocimientos, emociones, proyecciones imaginales y representaciones. En ella intentamos, brevemente, descubrir las implicaciones *emosignificativas* entre cuerpo, espacio público y urbanidad.

Las dos sensaciones —que se vive, como sentimiento casi ontológico— que caracterizan a la residencia en la ciudad de los urbícolas, son las de miedo y placer. Ambas se colocan en dos polos que son habitados de manera diferencial; no obstante, y paradójicamente, muchos pueden poseer ambos, intermitentemente, o ser poseídos por alguno con mayor frecuencia, siendo, según la prensa y ciertos imaginarios, la inseguridad y el miedo los sentimientos mayoritarios e intensos. Sin embargo, pienso que entre ambos polos, la mayoría de los urbícolas recorre sus zonas intermedias y pasa, en diferente grado, de unas a otras, a veces, quizá más frecuentemente, puede quedarse en esa zona neutra de la indiferencia *simmeliana*.¹ Dentro de este contexto, el parque puede constituirse en uno de los pocos lugares de *urbanización*, relajamiento² y placer.

“¿Por qué se acentúa en nuestros días la preocupación por lo que significa vivir en común, y por qué identificamos la ciudad como lugar estratégico donde esta comunidad acontece o está en riesgo? ¿Qué hace que las ciudades, especialmente las megalópolis, sean la sede de los peligros, incluso del pánico?”, se interrogaba —en septiembre de 2001, en el marco del

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ Es posible afirmar, más allá de Simmel (2002), que esa indiferencia se convierte en elemento favorable a la corrupción política, para que ésta pueda operar con impunidad y contribuya así a hiperbolizar su poder.

² Como una expresión intensa de su carácter, muchos asisten a él como terapia, por prescripción médica.

Simposio Reabrir espacios públicos— Néstor García Canclini. Hoy, este cuestionamiento se vuelve más dramático por el asedio extendido de la sospecha y el recelo; no obstante que el proceso puede revertirse por la participación ciudadana.³

La ciudad da placer porque se abre a la diversidad, la novedad y la sorpresa;⁴ no obstante, por ello mismo puede causar temor e incertidumbre. Para unos es invitación a realizar sus búsquedas —cognitivas, emotivas, identitarias—, mientras que para otros su dimensión crece incontrolable, uniformemente opresivo y obliga a la rutina y a la reclusión. Esa posibilidad del encuentro y la diversidad requiere de espacios públicos para realizarse. No obstante, en las actuales grandes ciudades dichos espacios son los que más se han deteriorado en términos de uso y mantenimiento, contribuyendo a ello la inseguridad —“real” o “imaginaria”, distinción que aquí no interesa ser discutida—,⁵ así como la intensificación y masificación del uso de la televisión, el



Iluminaciones interiores.

³ Un indicador importante en este sentido lo constituye la multitudinaria manifestación de la sociedad civil contra el secuestro, la inseguridad, la violencia y la injusticia social, realizada el 27 de junio de 2004, en la que los manifestantes expresaron problemas que excedieron a las formuladas por sus convocantes iniciales, enfocándose a problemas estructurales como el de que “mientras haya pobres, no habrá tranquilidad para los ricos”.

⁴ Como uno de sus componentes, lo que no niega que el reconocimiento, el encuentro con lo esperado y conocido, con lo que permanece, sea también causal de agrado. Asimismo, la indiferencia que dificulta el compromiso puede convertir la vida pública urbana en espectáculo.

⁵ Esta (in)distinción puede expresarse, por ejemplo, en la polémica que desató en el contexto de la marcha indicada, el valor de la información estadística. El gobierno del Distrito Federal acude a ella para informar que han disminuido los delitos —mostrando cifras, cuadros comparativos con años anteriores—, y que el miedo actual es manipulado por los medios de comunicación masiva —que paradójicamente endiosa el *rating*—, algunas organizaciones civiles y muchos intelectuales, dicen que una vida no es un número, que ella “no puede habitar en la estadística” (Monsiváis). Lo complejo del asunto se ve porque ambas posiciones tienen la razón: no se puede planificar sin ver proporciones y tendencias; pero un muerto trae un inmenso dolor que se resiste a esconderse en unos cuadros estadísticos; y menos aún en la complacencia con dichos avances, que aparecen grotescos ante el dolor singularizado.

video, el Internet y las computadoras, privilegiando el urbícola la oferta cultural a domicilio.

Si toda relación social se establece en *cronotopos*,⁶ caracterizados por una cultura trabajada en la historia, ahora asistimos a su radical transformación. Un componente fundamental de la reconstrucción del tiempo y del espacio en el mundo actual lo constituye nuestra relación con los medios modernos de comunicación. La separación entre los medios de transporte y los medios de comunicación (Giddens, 1995 [1984]) —que tuvo como una de sus consecuencias que la información “ya no pesará”, como una carta o un documento hecho en papiro o en cerámica— pareciera haber repercutido en lo que Paul Virilio (1997 [1995]) ha denominado “retornar sin partir”, relativizando las distancias, afectando los sentidos de la duración; pero más aún recolocando —y aún destruyendo— las *redes sociales* en presencia, para construir redes virtuales que pueden postergar la interacción cara-a-cara y práctica-

⁶ La bella alusión de Simmel a la “cita” como una expresión ejemplar del cronotopo —la cita requiere de un lugar y un tiempo fijos—, puede servir para ir más allá y ejemplificar esta implicación; por ejemplo, en México es posible citarse de varias formas: a hora fija para una reunión considerada importante; de manera más o menos incierta, cuando un grupo de estudiantes dice: “nos vemos en la tarde”, haciendo que el cronotopo crezca, se vuelva elástico; y, en tercer lugar de manera manifiestamente ambigua, sin tener la posibilidad de definir sus límites, cuando dicen: “nos vemos luego”.



mente arrancar al individuo de su entorno comunitario⁷ y aun familiar.

En el "mundo de mundos" o la "sociedad-mundo" en que vivimos, la sobre-valoración de los circuitos informáticos pareciera retener el presente en detrimento del futuro —y de la memoria— y de las rutinas en la prioridad de los problemas de las ciencias sociales. Sin embargo, para un sector importante, mayoritario, creo que aún son las trayectorias e itinerarios de los habitantes de la ciudad los que articulan los lugares pertenecientes a diferentes circuitos y campos, siendo esos recorridos los que actualizan una manera de ver, representar, habitar, imaginar y recorrer la ciudad (Vergara, 2003); las biografías de las personas siguen construyéndose entre el trabajo, la casa, las celebraciones familiares, el trámite administrativo en una dependencia gubernamental, la misa dominical o conmemorativa, la asistencia al cine o a los salones de baile, el "vitrineo" en las tiendas o en los grandes centros comerciales, así como en las visitas a las cantinas, cafés, tianguis, en el estar en los parques y plazas, etcétera, prácticas que contribuyen aún a construir o mantener el tejido social, quizá ya laxo, quizá fugaz, pero que son importantes para la conservación de nuestras identidades e identificaciones urbanas, y más aún para elevar la calidad de vida. No obstante, es pertinente también reconocer que un campo de actividades crece en detrimento del otro: quien prefiere el video en casa disminuye su asistencia al cine, y por lo tanto *hace* menos ciudad.

En este sentido, el parque se constituye en un *lugar privilegiado* de *estar* en —y *hacer*— la ciudad, así como se constituye en un *punto de enfoque*⁸ de la vida ur-

⁷ Lo que no implica que su nueva comunidad, virtual, no amplíe sus horizontes, ni, al contrario, lo lance hacia una infinidad de posibilidades.

⁸ Se puede realizar una analogía con Claude Zilberberg cuando cita a Rousseau: "El gusto por la vista del panorama y la lejanía procede de la inclinación que la mayoría de los hombres tienen de complacerse en el sitio en que no se hallan", para luego concluir que "para Rousseau el punto de vista constituye una huida fuera del *templum*" (1999: 179). Diría también, por mi parte, que posicionarse en un punto de enfoque es como poner la ciudad a distancia y detener el tiempo lineal del trabajo, el de la responsabilidad y del proyecto, conjugándolos para debilitarlos en la ensoñación que propicia la atmósfera del parque.

bana: permite reposar de las prisas ciudadinas, mirar el entorno y en nuestro interior, reflexionar acerca de lo posible y de las limitaciones de la experiencia de vivir la ciudad. A este carácter, digamos positivo, de la experiencia conjunta en un lugar público diferente de la calle o la plaza, se le opone la inseguridad que atenta contra su realización como *entidades urbanizantes*, pues el asedio de la violencia delincuenciales y la corrupción consecuente generan un clima inapropiado para la construcción de una ciudadanía participativa y reflexiva, al limitar el acceso a los lugares donde se puede estar con los *otros*. No obstante, esta misma carencia puede ser un punto importante de la agenda ciudadana y gubernamental. Por ello, aun con las limitaciones que le impone su entorno, el parque es aún un territorio de urbanidad.

El parque

Para abordar el parque como un *lugar*, retomo las características señaladas en otro trabajo, pues considero que el lugar se define por: "un lenguaje peculiar; una ritualización específica; un sistema o red imaginal-conceptual en el que se inserta y de él participa para tener sentido; una jerarquización interna,⁹ una demarcación; la afectividad, y, finalmente, condensan una biografía e historia" (Vergara, 2001): es decir son producto de actores que los usan, significan y simbolizan en un despliegue constante de prácticas, de memoria y proyección imaginal. Por lo que se puede decir que la red que transitan sus usuarios inserta física y significativamente al lugar en su dominio, y el itinerario del día se produce por varias "oraciones" o "frases"; y si seguimos con la analogía con la lengua, los sustantivos designan los lugares, los verbos las acciones desplegadas en —y entre— ellos y los artículos y conjunciones las calles que los unen a través del desplazamiento —en cuya duración puede introducir "pies de página", "citas",

⁹ Situación que tiene que ver con una especialización del espacio y otorga a los actores las posibilidades y limitaciones de acceso y uso, pues, por ejemplo, el feligrés no puede estar sentado en la silla del confesionario, lo mismo que un invitado reciente —en determinados sectores sociales— no puede pasar a la cocina sin invitación de los dueños de casa.

glosas, por ejemplo cuando mecido por el viaje “visita” con la memoria o la imaginación otros ambientes—¹⁰ del urbícola.

Entonces, en primer término, si bien no lo agota —ni pretende, obviamente—, el parque se asocia a un *lenguaje* y a unas imágenes que lo elaboran: desde su aspecto físico hasta las figuraciones subjetivo-expresivas, el parque produce —y es producido por— e irradia un campo semántico-estético con el que *habla* y es narrado, traduce y sintetiza las contradicciones entre sociedad y naturaleza¹¹ y las utopías que dicha interrelación produce. En segundo lugar, esas imágenes y ese lenguaje *se realizan* en la atmósfera especial que generan,¹² así como en las sensaciones que des-atan en los parquíferos. De alguna manera, en este sentido, el parque funciona como un espacio *emosignificativo* opuesto a la calle y al espacio público defechos: calle y estrés se oponen a parque y relajación, constituyéndose en un oasis de la megaciudad. Aún las propias irrupciones de la ciudad en el parque, se asumen como argumento de su oposición; así un usuario decía:

Ayer pasó un policía armado... con la metralleta, por ahí atravesó, pero yo me imagino que custodia valores, o no sé, alguna cosa, por hay parecida, y tiene que entrar; pero

¹⁰ Un caso muy expresivo es el que narra Julio Cortázar en su cuento *El perseguidor*, donde el protagonista, en el transcurso del viaje de una estación a otra en el metro —en menos de un minuto y medio— imagina lo que narrado puede ocupar fácilmente más de una hora y media.

¹¹ El poeta peruano José Santos Chocano expresaba bellamente la relación entre la alameda y el río Rímac: “Tu Alameda —anacrónica y solemne alameda— / que luce su follaje de encarrujada seda / como una dama antigua su acuchillado traje / a lo largo del río con su espuma de encaje” (en Porras, 1987: 82).

¹² Aquí podemos establecer una analogía entre la propuesta de Edmund Leach sobre el funcionamiento simbólico o el que propone Jean Baudrillard para el “sistema de los objetos”: en el parque nada habla por sí solo: el canto de la aves y el murmullo de las hojas dialoga sordamente con el jadeo de quienes corren; así como habla, en los viajes interiores, autorreflexivos —o como una deambulación interior, perdidos sin meta— de quienes caminan sin poder correr, o se sientan a contemplar. El piso humedecido por la lluvia se empaña más si en el cielo asoman nubarrones o, por el contrario, brillan alegres cuando el Sol sonríe con él y con las hierbas y flores que se muestran radiantes a quienes los ven.



Naturaleza, reposo.

a veces es necesario porque, si en otros lados hay atracos y todo eso, al menos aquí hay más seguridad, tranquilidad. Las señoras vienen a practicar su ejercicio, imagínese que se espongan, si luego cuando uno sale en la madrugada, las señoras las asaltan ahí cerca de la lechería. Yo vivo a dos tres edificios de la lechería, y nos han platicado las señoras, ¿no?

Asimismo, el parque es opuesto al centro comercial, al museo, a la iglesia, al metro, porque permite usar el espacio, leerlo, por cualquier vía, en cualquier dirección. No hay un libreto que oriente ni los desplazamientos ni el estar, no existe una secuencia obligatoria que ordene el tiempo, el ritmo o la extensión a usar: cada quien puede llegar y quedarse quieto, contemplando y salir cuando se aburra;¹³ no obstante, algunos se imponen metas —tres vueltas al perímetro, corriendo o caminando o intercalando velocidades que leen las energías y los años, las urgencias, el esfuerzo o el placer—, pero siempre a voluntad; alguien se detiene no en lo que ofrece el parque institucional, sino en la ocurrencia de un niño, en la presencia de alguna avechilla o el rocío en los pequeños pinos o mirando la “actuación” de un grupo que irrumpe inesperado, precisa-

¹³ El aburrimiento extiende el tiempo, así como “pasarla bien” lo contrae, pues la vivencia del tiempo tiene que ver mucho con la afectividad.



Cuerpo y mirada.

mente por aquello que posibilita el parque por ser tal; aunque, en los senderos casi todos se desplazan, unos caminan, otros corren, tomando la dirección izquierda de las entradas, de modo que son muy pocos que van a “contra corriente” —corriente que hicieron, espontáneamente, como masa que se desplaza—; lo que, a su vez, permite que los rostros casi no se miren, que los individuos o grupos, al marchar en la misma dirección, muestren la espalda, y así puedan ser mirados sin que nadie se percate —aunque todos saben que son mirados—, así tampoco los ojos pueden “encontrarse”. Las secciones del *parque* esperan, quienes asisten llegan, las usan o las ignoran, por ahora, pues mañana puede ser otra la historia, o puede ser la misma, quizá.

Defino al *parque* como un espacio urbano amplio —como la plaza—, usado en un tiempo que interrumpe las actividades ciudadinas ordinarias —del desplazamiento instrumental—, con una delimitación espacial interna distinguible que especializa las áreas —aunque en su conjunto realiza el ideal de proximidad con la naturaleza—; está dentro de la ciudad, pero quiere ser *otro*,¹⁴ enfatiza la convivencia, los valores de acceso igualitario y la expresividad estética —redondo para

¹⁴ Quizá sea el tiempo el que puede ejemplificar mejor esta disposición: en el parque, el tiempo se detiene, se despoja de sus pre-

subrayar—, de actividad cultural intensa centrada en el cuerpo y la *sociabilidad*: incide decisivamente en la calidad de las interacciones que mutuamente se posibilitan los urbícolas que convoca. Su condición abierta y extensa¹⁵ lo opone físicamente a la calle, y por extensión su ritmo, su velocidad o quietud, su falta de imperativos físicos signan su especificidad. Cabe agregar que, para enfatizar su especificidad y autonomía, Emilio García Montiel (1998: 95) lo señala como “un espacio en una zona urbanizada y no un coto alrededor de los templos o santuarios”.

Por otro lado, y de manera paradójica, en el parque ocurre una interesante trasmutación de la relación público-privado. En este sentido, si consideramos que la imaginación de la ciudad tiene como un ordenador importante dicha

división,¹⁶ veremos que el parque posibilita que el cuerpo expuesto en público sea más parecido al del ámbito privado: se le descuida un poco en su presentación, se le expone en sus malestares o alegrías, se camina con dificultad sin mayor vergüenza, se reza, se come, se cumplen años y conmemora, se enamora y acaricia, etcétera. En esa dirección, la funcionalidad del tiempo del desplazamiento al trabajo se opone al descanso dominical, así como al *dejarse estar* en un parque o en una caminata sin rumbo, porque en estas prácticas gratuitas y “sin sentido”, los límites —del tiempo y del espacio— requieren menor definición, como tiempo a invertir y como ruta a recorrer. Así, las actividades definidas por la política o la economía, como actividades

siones de la coordinación y la sincronía funcional del trabajo o el estudio; asimismo, permite también considerarse a uno mismo quizá sin una suma utilitaria, y se abre a placeres cotidianos potenciados por su atmósfera: como un brinco junto al hijo que ríe o la mirada perdida que la ensoñación propicia.

¹⁵ Giannini (1999: 63) señala también esta característica para las plazas —de armas o zócalo— de manera muy expresiva: “En otras palabras: significa ‘hacer espacio’ a una presencia. Lo que sólo puede ocurrir en lo abierto: en la apertura física de un espacio y en la apertura espiritual de cierta disponibilidad para lo Otro (no estar ocupado)”.

¹⁶ En cuya ocupación y tránsito el cuerpo se pone en escena y cuestión, expresándose en tranquilidad, seguridad, bienestar o miedo, inseguridad, prisa y ansiedad.

encaminadas a un objetivo específico y controlado por una cronometración que permite la coordinación, también se oponen a un *estar* en el parque —que asemeja más al ámbito doméstico—, aunque posiblemente —de manera “invisible”, internamente imperativa— esas presiones actúen más de lo que los cuerpos muestren; y allí también está esa cualidad positiva del parque.

Una hipótesis de la que partimos es que el parque se constituye en un lugar desde el cual *se piensa a la ciudad de otra manera*, porque pone en suspenso a la ciudad cotidiana: es un mirador desde donde podemos evaluar la calidad de la vida urbana y pensar en el ejercicio de una ciudadanía menos aprensiva; entre otras causas porque la vegetación y la naturaleza refuerzan nuestra (des)atención espontánea, posibilitan que nuestro sistema sensorial se relaje y nos infunda nuevas energías, nos permita mirar la contaminación, la inseguridad, las presiones, el estrés y “nuestras responsabilidades”, desde otra perspectiva y otra temporalidad. No obstante, el parque también es un lugar donde solamente se está, y puede ser depositario de soledades, o del fortalecimiento de relaciones ya adquiridas, sin mostrarse abierto a la novedad ni a la otredad: la mayoría de los entrevistados me comentaron no haber hecho amigos en el parque, mientras que algunos sí; a “punta de verse frecuentemente” pueden “saludarse, y no más”. No obstante, en términos “objetivos” esa potencialidad del parque no se traduce en la ampliación de las redes personales o familiares, pues la mayoría manifiesta que le gusta *mirar* a la gente, observar cómo “inclusive los que están malitos se alegran”, como otros “festejan juntos”, o como cada quien —individualmente o en grupo— puede estar sin ser molestado, situaciones fundamentales de la convivencia urbana, extrañados en la ciudad.

Así, el parque es uno de los pocos lugares donde la alteridad puede ser observada con mayor detención: al estar en disposición de sus tiempos, los sujetos permanecen expuestos más tiempo y con menor resguardo de sus *fachadas personales* (Goffman, 1989 [1959]); por lo tanto, el parque se constituye en el espacio de



Palapas, de espaldas al parque.

construcción de la convivencia, donde se entiende al cuerpo que sufre y va a curarse, como también al cuerpo que va a perfeccionarse, lo que se traduce en la *coexistencia* o *copresencia* de las diferentes velocidades y ritmos con que ellos circulan, están, miran e incluso ignoran. Desde esta perspectiva, es un espacio de educación ciudadana y uno de los pocos en los que se hace ciudad —aunque quizá, paradójicamente, negándola—.¹⁷ Asimismo, el parque posibilita el aprendizaje a través de la experiencia directa —el cuerpo como dispositivo cognitivo (Kauffman, 1995)— y no sólo a partir de lo que hacen los medios o la abstracción.

Esa posibilidad de obnubilar las fronteras de lo público y lo privado, de poner a la ciudad a distancia para ser mirada —que no necesariamente deviene en opinión—, así como esa facultad para hacer del cuerpo un instrumento de cognición especial, hacen que el

¹⁷ Como dice un usuario que viene por prescripción médica: “Más que nada la tranquilidad, la alegría con que se viene a practicar algún deporte, en ocasiones hay música, no hay obstáculos como bicicletas, aunque en ocasiones hay mucho chamaco... Los sábados y domingos es más pesado... están las versiones de las bicicletas múltiples, ya son por familia y se llena más, o sea no se puede practicar tanto el ejercicio. De lunes a viernes está bien, está tranquilo, la gente se concreta a lo que es del ejercicio...”

parque desarrolle un cierto sentimiento de territorio, es decir de identidad. Es posible pensar, que por lo menos entre los usuarios frecuentes, se construyan lazos de identidad hacia este espacio que va siendo su *lugar*, casi como en el sentido que Vicente Guzmán (2001) descubre para las calles y plazas tlacotalpeñas, donde *mi calle* y *mi plaza* son formulaciones identitarias.

El entorno: las redes del lugar

Para entender el lugar, en primer término, hay que emplazarlo en el espacio físico social en el que se encuentra ubicado y, al mismo tiempo, en la red conceptual e imaginario en el que se inserta, y que no necesariamente tiene que ver sólo con proximidades físicas. A este nivel, el parque se ubica en el *dominio* de los espacios del tiempo libre y del entretenimiento, es decir, opuesto a las actividades y movimientos instrumentales.¹⁸

El parque-zoológico Los Coyotes se encuentra en la Delegación Coyoacán, en la zona de Los Culhuacanes, entre las calles: calzada de la Virgen, Escuela Naval, el Eje 3 y Tepetlapa. Frente al parque está la Secretaría de Marina y a un costado (hacia el Eje 3) la Escuela Superior de Estudios Marítimos. Cada mañana, a las seis, se escucha la diana y los gritos de los marinos y de vez en cuando el ruido de disparos.¹⁹ Al frente también está una tienda Wal-Mart, que viene “secando” a la tienda del ISSSTE, ubicada a un costado del parque. A dos cuerdas del parque está el plantel 4 del Colegio Bachilleres, a donde asisten mayoritariamente jóvenes de sectores populares. Frente a la segunda puerta del parque está la dirección zonal Los Culhuacanes.

La población que habita en la zona es diversa, pero puede ser caracterizada entre popular y media baja, diferenciándose levemente de los que viven en casitas y

¹⁸ Es posible matizar esta afirmación: quien va bajo la recomendación del especialista a recuperar su salud o quien va a hacer ejercicio para perfeccionar o trabajar su “físico”, son propósitos distintos de quienes van a ensoñarse o “pasar el rato”.

¹⁹ Una mañana, a eso de las 10:00 horas., cuando entrevistaba a una señora, se escucharon fuertes detonaciones del lado de la Secretaría de la Marina; la niña que estaba con ella preguntó con fingida angustia a su madre: “¿comenzó la guerra?”.

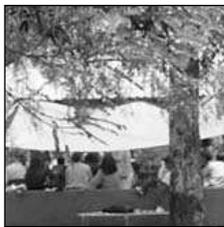


Lo sagrado.

en edificios de cinco y hasta más de diez pisos. Destacan las colonias CTM Culhuacán y de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, más conocida como Fovissste. Cerca también están las colonias Avante, Presidentes ejidales y Carmen Serdán, esta última muy conocida como zona residencial de delinquentes, quienes —a decir de los vecinos— incursionan en las colonias antes señaladas; de hecho algunas tiendas han cerrado bajo su presión (y la de Wal-Mart).

Por otro lado, Los Coyotes es uno de los tres zoológicos que hay en la Ciudad de México,²⁰ por lo que su condición de parque tiene una singularidad que la distingue de los Viveros o la Alameda del Sur, para señalar los otros dos que también convocan gente que va a entretenerse, estar juntos y/o hacer deporte: por ser un zoológico está cercado y se accede a él por dos puertas vigiladas, también por ello se prohíbe el acceso con

²⁰ Los otros dos son Chapultepec y Aragón.



perros.²¹ Su administración y cuidado dependen de la Delegación de Coyoacán, lo cual lo inserta en una red administrativa y burocrática.

Espacios y conexiones interiores

Quizá sea el parque uno de los lugares en los que la jerarquización interna propuesta por la planificación no se realice completamente, pues cada usuario o grupos de usuarios traza sus propios itinerarios y sus estancias, incluso en determinadas horas, fundamentalmente en los momentos de mayor afluencia; cada sección del parque funciona más de acuerdo a la planificación: palapas festivas, gimnasios deportivos y senderos.

El territorio del parque Los Coyotes se puede dividir en *estancias* y *conexiones*; unos permiten mayores intercambios, mientras los otros posibilitan ensimismarse y reafirmar, más que explorar. Podemos encontrar una clara diferencia entre las “palapas” y los senderos: aquellas promueven la sociabilidad y el afecto entre la microcomunidad convocada por algún festejo, reafirmando o actualizando sus lazos, mientras que los senderos permiten mirar y acompañar a los otros en su desplazamiento, aunque no se platiquen entre sí, prestando cierta *atención reservada* y prudentemente disimulada²² a quienes son compañeros efímeros de ruta.²³ El campamento que convoca fundamentalmente a escolares puede desplegar características semejantes a ambos: es una comunidad que comparte, pero sus miembros se exponen más íntimamente que de costumbre —en la escuela los niños pueden resguardar mejor algunos aspectos de su personalidad—, pues al descansar, dormir o compartir los alimentos, relajan algunos de sus controles y su presentación ante los otros

²¹ Siendo esta característica destacada por los usuarios, quienes la comparan con las pequeñas plazas que tienen cerca de sus casas, en las que los perros pasean, dejan sus excrementos y allí mismo juegan niños, junto a hermanos y madres, que parecen haberse insensibilizado al olor y sus riesgos.

²² Aunque algunos, muy pocos usuarios, saludan con mucha expresividad a gentes que no conocen, y continúan su carrera, al parecer más satisfechos luego del saludo.

²³ Inclusive la velocidad de unos frente a la lentitud de otros oficia como un mecanismo que incrementa las posibilidades de mayor exposición frente a los otros.

los des-cubre más. Los espacios de la cafetería y el puesto de venta de jugos y frutas —el primero más formal, concesionado, el segundo ubicado cerca de la puerta principal, bajo un techo de lona desmontable— son también lugares donde la gente intenta una comunicación más detenida, aunque prudentemente controlada. No obstante, el sudor, la agitación y el vestuario posibilitan una comunicación y exposición mutua diferente.

En el siguiente cuadro se sintetiza el uso de los diferentes espacios y sus valores en cuanto a la convivencia y significación social:

Secciones	Sentido de uso
Campamento	Educativo, social
Palapas	Social, familiar
Bosquecillos. Áreas verdes	La soledad, el silencio, la intimidad
Gimnasios	Donde el cuerpo y <i>el yo</i> se trabajan
Zoológico	De conservación. Familiar. Educativo
Senderos	Soledad, acompañamiento
Dirección	Administración
Tienda-Café. Puestos de jugos y otras ventas	Comercial. Convivio
Jardines temáticos	De conservación. Educativo
Sendas para trotar y la bicicleta	Masivo, el <i>otro</i> cercano
Árbol de Jesucristo y Gruta de la Virgen	Íntimo, sagrado

Remarco que los usos de los espacios no son únicos y tampoco se agotan en los que se planificaron; es posible distinguir la distribución de los espacios oficiales de los usos informales, innovadores o disidentes incorporados por los usuarios, los que no sólo se realizan por la intención por infringir, sino por la *disposición del espacio* a ser ocupado indistintamente, de la falta de rigidez en sus estructuras y fronteras, y están condicionados por los horarios de uso, la presencia/ausencia de los otros, los acompañamientos propios, etcétera. Por ejemplo hay



Semejantes, pero diversos.

parejas en las palapas entre semana, personas que juegan fútbol o practican la bicicleta en el “lago seco”; el bosque se convierte en sendero para algunos, y un sendero se transforma en gimnasio para otros.

Las secciones y usos específicos del parque son: el zoológico —donde frecuentemente se ven niños con sus padres, parejas de jóvenes, personas solas—, dividido en varios ambientes de diferente dimensión y población: el aviario, las dos zonas de los venados, la zona de los coyotes, la de los teporinos; las palapas, estructura circular, techada, con una diámetro de aproximadamente seis metros, que se adorna con globos inflados de colores llamativos y piñatas, donde se festejan cumpleaños principalmente de niños,²⁴ a los que concurren entre 20 y 60 personas;²⁵ los cuatro gimnasios —uno

²⁴ Se solicita este espacio con una anticipación de dos meses en promedio, previo a un pago de 208 pesos. El arreglo se realiza desde muy temprano. Es usual ver al papá y algún hijo y/o hija que lo acompañan. Si no han podido lograr el acceso a las palapas, algunas familias cercan un espacio con una delgada sogá que atan entre los árboles y arbustos, y amarran globos para dar visibilidad y prestancia a dicho cerco y allí festejan. Demarcan así un espacio propio para el día.

²⁵ Quisiera destacar lo siguiente: las reuniones que convocan las palapas, decía, son confirmatorias, refuerzan lazos microcomunitarios y familiares. Esto puede verse también en la forma física de la palapa y la disposición que asumen los cuerpos: por la ubicación circular de su delimitación, a través de un muro bajo —esta frontera se logra también por la proyección de éste con el techo, am-

de ellos techado, al que se accede previo pago, mientras que los otros son abiertos y de entrada libre—, los dos espacios de juegos infantiles, las áreas de bosque y jardines temáticos;²⁶ las de los viveros y dos espacios sagrados: una gruta pequeña, ubicada al extremo que da hacia la calzada de la Virgen, alejada del sendero por donde la gente corre, trota o camina, atravesada por un aviso que prohíbe la entrada a los visitantes²⁷ y otro, ubicado junto a un espacio de juegos infantiles, visible desde el sendero, situado en un árbol que tiene dos troncos ligeramente separados, lo que permite sostener —en esa su abertura— una especie de altar donde la figura predominante es un Cristo crucificado. Éste tiene a su lado pequeñas es-

culturas de santos y vírgenes, como la Virgen de Guadalupe, San Judas Tadeo, estampas grandes o cuadros de la Última cena, Saint Chabrel, además de numerosas estampitas. Por la parte de atrás están colgados cuatro o cinco envases grandes de refrescos con agua cristalina. Dos ramos de flores artificiales penden del árbol y al pie crecen flores y hierba.

Podemos también, entonces, ubicar dos lugares que se contraponen y complementan: el *lugar sagrado* y el *gimnasio*. En ambos se trabajan diferentes sectores del yo; no obstante esta distinción, no siempre aflora a la conciencia: para unos constituyen dos ámbitos completamente separados, mientras para otros son uno mismo o complementarios: quien va a rezar ante las figuras de Cristo y otras sagradas —localizadas en el árbol y depositadas por las mismas personas, que hacen más singular su vinculación con el ritual—, encomienda su salud a ese ser sagrado, mientras que los usuarios regulares del gimnasio trabajan su cuerpo no para buscar salud, sino belleza. Hay quienes hacen las dos cosas, mientras muchos ignoran ambos espacios.

bos producen la sensación de un afuera y un adentro— que se hizo también para servir de asiento a los asistentes, la gente da la espalda al parque: se miran entre ellos, pueden olvidar el entorno.

²⁶ Destacan las dos áreas destinadas a las hierbas silvestres del valle y la de las hierbas utilizadas para hacer el té cotidiano.

²⁷ Aviso justificado por la presencia, en la ruta, de un vivero y un pequeño espacio donde cultivan maíz.



Sujetos, prácticas y relaciones sociales: el lenguaje y el ritual

La variedad de personas que acuden al parque es grande, aunque puede clasificarse entre “sector popular” y clase media, ambos, por cierto, muy diversos. La clase media se distingue por no estar donde hay demasiada aglomeración, se emplaza en zonas de poco tránsito humano —como en recodos—, conforma grupos pequeños, constituidos por la pareja y uno o dos hijos, no más. Los de sectores populares son —casi siempre, los fines de semana— numerosos y bulliciosos, llevan mucha comida y parece que se abstraen del lugar para convivir entre ellos; a los de clase media los he visto callados más tiempo. Sin embargo, en algunos espacios —principalmente en los senderos— se mezclan.

No obstante la afluencia, ya no es el rito de “dejarse encontrar”²⁸ en la plaza del pueblo o de la pequeña ciudad, sino más bien un proceso de tipo exploratorio, distinto al de confirmación, de quien asiste a dichos ritos: aquí el otro es más indiferente, aunque físicamente se asome muy cerca de nosotros.

Me encuentro sentado entre tres familias —separado de cada una como un metro y medio de distancia—, cuando sorpresivamente se aparece un niño a punto de caer al “barranco” —de un metro, cuyo riesgo no viene de su altura sino del fondo de cemento de una lagunilla seca— y un padre clasemediero lo atrapa al filo; más antes este mismo padre había auxiliado a su otro hijo quien cayó de su bicicleta en un pequeño charco de la misma lagunilla —no hubo regaño ni comentario con la esposa que luego apareció para ayudarlo—. Delante, una docena de adolescentes disputan arduamente una partida de fútbol; una porra de siete chicas —sentada en una banca que da precisamente hacia la improvisada cancha— grita y grita para apoyar a los suyos, pero el héroe de la tarde es el “¡portero!, ¡portero!”. Al

²⁸ Humberto Giannini (1985: 64) dice al respecto: “En otros tiempos, este espacio festivo, gratuito, al que las cosas vienen a mostrarse, en los días de fiesta empezaba a animarse lentamente de movimiento humano: de vidas que se daban cita para redescubrir el goce de entrar, también ellas, en este espectáculo circular: de mostrarse en las miradas, en el saludo, en las palabras. El goce de dejarse encontrar”.

lado de las jovencitas, un padre juguetea y persigue a un bebé de unos dos años, mientras la madre sigue la escena, dando despreocupadamente la espalda a los futbolistas. A nuestro lado, una pareja espera a otra, sin perder detalle de cada una de las escenas; al parecer comentan a sus amigos recién llegados sobre el niño que ahora se ha mojado. Del lado derecho de donde estamos sentados, unas ocho mujeres, tres niños y un varón adulto descansan tranquilamente, echados, luego de haber terminado con abundante comida, delatada por los restos ahí expuestos; los que descansan, miran unos al suelo y otros al cielo, sosteniendo cabezas en barrigas o espaldas, compenetrados los cuerpos. Conversan y ríen a carcajadas, mientras un niño de aproximadamente cuatro años cabalga en las espaldas de tres señoras que se distinguen por su sobrepeso; la primera de ellas se luce separando alternativamente su abdomen unos diez centímetros del suelo, para simular el “¡putukum, putukum!” de los caballos, mientras las otras dos intentan imitarla sin poder lograrlo; las tres son festejadas. Todos miramos a todos: los cuerpos parecen dispuestos, y se exhiben de manera despreocupada, aunque en círculos pequeños: en nuestro caso de tres grupos cercanos y uno que otro que se asoma por alguna circunstancia y se va. No obstante, este llegar e irse es también una forma de hacer ciudad.

Por otro lado, en el parque habría que explorar más el papel de los niños: para muchos posibilita “regresar” a esa etapa, regresar a la —hoy coactada— espontaneidad, cambio permitido sin mayor censura que una prudente discrecionalidad que se olvida muy pronto, por lo que, por ejemplo, es posible invadir con la mirada el territorio del otro, sin mayor riesgo. Aquí es fundamental el papel de los niños, ellos invaden a los otros con mayor facilidad —la torpeza en el desplazamiento de los más pequeños, que caen literalmente en el terreno de los otros, es un recurso social que hace que los adultos se hablen—, son propiciatorios de *ligeros toques comunicativos* entre extraños de una macrourbe, promueven sonrisas que iluminan el entorno, y el extraño se proyecta hacia el otro y esa iluminación se traduce en —cierta, aunque limitada— confianza. La comunicación fácil entre los pequeños también conjunta a los mayores: por ejemplo la pequeña hija de Claudia, una



joven señora, dice contenta que allí conoció a Lalo, un niño que ahora es su amigo y de quien habla con entusiasmo afecto. Pero la función de los niños no queda allí: ellos transforman también, aunque sea momentáneamente, a los mayores: “Una vez vine con una hermana, y nos pusimos a jugar como niñas, en uno de los juegos que dan vueltas... y a mí me causó gracia, porque pues, ¡oye, ya, parecemos niñas!”.

La socialidad, en el sentido presentista simmeliano, es aquella relación que no quiere la duración ni el lazo, al minar lo comunitario. No obstante promueve lo urbano, al ser un recurso para vivir la multiculturalidad creciente de nuestras urbes. En los parques se redefine asimismo la relación público-privado, al mostrar espacios del ser que esas fronteras obligaban a controlar mediante el acceso de los otros, lo que genera la posibilidad de verse en el otro y establecer una relación distinta entre ciudadanía y cultura. Ello involucra también las relaciones de género, al redefinir los imaginarios expresados en símbolos y estéticas urbanas que peculiarizan la relación global-local y, por ende, del cuerpo y la identidad. Este trabajo quiso mostrar, a través del uso del tiempo libre en un espacio público, la construcción de la urbanidad y las funciones de la imaginación en la ampliación de la vida, lo que permite reconocer los diferentes espesores, densidades y estratos de lo real y la relación con la otredad. Quiere también mostrar que la antropología puede servir para hacer mejor y más bella la convivencia ciudadina.

En este sentido, si consideramos que la voluntad de percibir puede *deformar* aquello que percibimos, en el parque encontramos el espacio como para que dicha voluntad se relaje y predomine la percepción más inocente. De esta manera, aquello que percibimos adquiere las formas que la atmósfera relajada del parque posibilita: es este un momento y una situación fundamentales para trabajar la empatía, puesto que las “categorías invasoras” (Giannini, 1999) que construyen las demarcaciones también se debilitan, aunque sea momentáneamente.

Es también importante señalar que se va al parque con expectativas diversas. Ésta es una característica que lo diferencia de otros espacios públicos como las plazas o los museos, o hasta el centro comercial. Al parque se

llega con disposiciones más que con finalidades; se llega un poco como buscando algo, paradójicamente conocido, más que tratando de encontrar lo sorprendente. Esta disposición es también un recurso social que se orienta hacia la interlocución. En el parque, aún en la quietud, todo transcurre, más que ocurre.

BIBLIOGRAFÍA

- García Montiel, Emilio, *Muerte y resurrección de Tokio. Arquitectura y urbanismo, 1868-1930*, México, El Colegio de México, 1998.
- Giannini, Humberto, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1999.
- Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrotu, 1995 [1984].
- Goffman, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrotu, 1959.
- Guzmán Ríos, Vicente, *Perímetros del encuentro. Plazas y calles tlacotalpeñas*, México, UAM, 2001.
- Kauffman, Jean-Claude, *Corps de femmes, regards d'hommes. Sociologie des seins nus*, París, Nathan, 1995.
- Lynch, Kevin, *La imagen de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili, 1998.
- Porrás Barrenechea, Raúl, *El río, el puente y la alameda*, Lima, Municipalidad de Lima, 1987.
- Rabotnikof, Nora, “Público-privado”, en *Debate Feminista*, año 9, vol. 18, México, 1998.
- Sidorova, Ksenia, “El parque de Santiago: usos y significados de un espacio público en el centro histórico de Mérida, Yucatán”, en Fernández y Fuentes (nombre del autor y título?), 2003, pp. 117-133.
- Signorelli, Amalia, “Redefinir lo público desde la ciudad”, ponencia presentada en el Simposio Internacional “Reabrir espacios públicos”, México, UAM-I, 2001.
- Simmel, Georg, “La socialidad”, en *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa, 2002 [1917], pp. 77-101.
- Vázquez, Carlos, “Chapultepec: paseos y recreación, entre la historia y el mito”, en Miguel Ángel Aguilar, Amparo Sevilla y Abilio Vergara (coords.), *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una ciudad*, México, UAM-I / Porrúa / Culturas Populares, 2001, pp. 385-422.
- Vergara E., César Abilio, “Chava Flores y Goffman. Dramatizaciones y etnografías”, en *Diverciudades*, Puebla, Centro de Estudios de la ciudad, BUAP, 2000.
- , “El lugar antropológico. Una introducción”, en Miguel Ángel Aguilar, Amparo Sevilla, Abilio Vergara, (coords.), *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una ciudad*, México, UAM-I / Porrúa / Culturas Populares, 2001, pp. 5-33.
- , *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano: Québec La Capitale*, Québec, Institut international d'études Québécoises, Comisión de la Capitale Nationale de Québec, ENAH, UNSCH, 2003.
- Virilio, Paul, *La velocidad de liberación*, Buenos Aires, Manantial, 1997 [1995].
- Zilberberg, Claude, *Semiótica tensiva y formas de vida*, Puebla, BUAP, 1999, p. 179.

La Alameda y la plaza de la Solidaridad.

Exploraciones desde el margen



La Alameda, el legendario jardín de la Ciudad de México, nació en 1592; fue proyectada y realizada por Luis de Velasco, octavo virrey de la Nueva España, y ha sido escenario de acontecimientos de la ciudad y del país: sitio de la Inquisición, lugar de la Acordada, prisión de criminales, paseo de Maximiliano y Carlota, puerta de entrada de Benito Juárez a la ciudad, espacio público recreativo de la sociedad mexicana, tema de un mural pintado en 1947 por Diego Rivera (*Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*), y “Patrimonio Cultural de la Humanidad” declarado por la UNESCO.

La Alameda es sedimento de la memoria histórica de la Colonia, del México independiente, de la Reforma, de la Revolución mexicana y de la época contemporánea. Ha soportado estoica cambios políticos, transformaciones sociales y poblacionales, renovaciones urbanas y sismos.

Pero junto a la permanencia, a la monumentalidad y a la historia oficial la Alameda cobija, también, la marginalidad, la exclusión y las memorias olvidadas de sujetos y grupos socialmente borrados. Entre sus bancas, parquitos interiores y sus rincones, encuentran refugio los niños, niñas y jóvenes, que dejaron sus hogares y sus familias por causas de maltrato, abuso sexual y abandono.

Errantes, vagabundos, sin domicilio, los niños y jóvenes de la calle deambulan en los márgenes de las topografías de la memoria. Son excluidos de la historia y se han vuelto parte del paisaje urbano, son fantasmas que transitan sin ser vistos. ¿Quién repara en esos cuerpos arrinconados por la droga y la indiferencia?

Del vasto territorio físico y simbólico de la Alameda, los niños y jóvenes de la calle se apropian de espacios menores en donde arman precarios campamentos para dormir y protegerse de las inclemencias del tiempo. Son espacios que tienen una existencia más allá de la funcionalidad; en esos lugares recortados por el uso y los recorridos cristalizan los sentidos y

* Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-México.



las socialidades que hacen de la errancia urbana una experiencia de recomposición y amalgamamiento grupal.

Por encima, por debajo o por detrás de la trama de la Alameda se van consolidando esos territorios refugio donde los desamparados reescriben otra historia y otra memoria.

En la Alameda convergen casi todos los afluentes de la cultura mexicana: la socialidad, la medicina y la comida tradicional; los rostros del México profundo; el teatro de Bellas Artes, las esculturas, las fuentes y otros vestigios de las ilusiones europeizantes; los ambulantes y puesteros que venden estampas de la globalización: música y películas piratas; prostitutas, desempleados, sindicalistas y personajes de la política que a veces realizan mítines en sus inmediaciones.

Como si fuera una especie de museo al aire libre, la Alameda alberga algunas esculturas: *Desespoir* (de Agustín Ocampo, cuyo original se encuentra en el Museo Nacional de Arte), y *Malgré Tout* (de Jesús F. Contreras); además de varias fuentes: de las Caritas (una en cada esquina de la Alameda), de Mercurio, de la Primavera, de Neptuno y los Tritones, de las Américas y de Venus. También están el monumento a Beethoven y el Hemiciclo a Juárez construido en mármol blanco y de estilo neoclásico. Al interior, se haya un quiosco de forma octogonal, con una escalera y techumbre de lámina.

Se entrecruzan por el espacio de la Alameda olores, sabores, música, personajes y atmósferas tan diversas que la vuelven un espacio híbrido y multicultural. Es al mismo tiempo un nodo urbano que contiene en sus extremos dos líneas del metro, una zona de tránsito, un área patrimonial, una zona cercada por centros de abastecimiento (mercados, zonas comerciales, venta ambulante), ruta turística y cultural, usina de imágenes e imaginarios (postales, pinturas, música y películas). Se trata, sin duda, de un objeto geo-social y cultural denso cuya aprehensión requiere desentrañar sus ritmos, temporalidades y texturas diversas.

En los días hábiles y en horarios matutinos, la Alameda es transitada por pasos apresurados que tienen un destino definido, y rodeada por autos, transporte público y patrullas que la llenan de humo, de claxonazos y de frenadas estridentes. Desde muy temprana hora, comienza el despliegue del personal de limpieza que tiene asignada áreas específicas de cuidado: intendencia de fuentes, intendencia de limpieza y cuidado de áreas verdes, encargadas de barrier, asear y levantar la basura. Pocos son, a estas horas, los que se permiten tender en las bancas o en el pasto, escuchar el canto de los pájaros, contemplar sus fuentes; algunos turistas aprovechan este espacio para reorganizar sus recorridos con las guías de turismo en la mano, tomar fotos o descansar.

Hacia la tarde y la noche, los ritmos y las texturas cambian. La Alameda adquiere la fisonomía de tantos otros lugares de esta ciudad: se vuelve insegura, oscura, sospechosa. Hay una suerte de desplazamiento de la actividad hacia las zonas más periféricas de este espacio: hacia las jardineras menos iluminadas y las esquinas más despobladas. Hay mayor presencia de hombres solos. La prostitución se hace más visible, los robos y asaltos se incrementan, el tráfico de drogas comienza. Los niños y jóvenes de la calle lo controlan todo: saben qué mirar, a quién y dónde. Están muy atentos a las sirenas de las patrullas. Conocen bien la fracción de segundo necesaria para arrebatar una cartera o un celular. Los borrachos y trasnochados llegan más tarde.

Sábados y domingos en la Alameda

Repertorio vastamente incorporado al imaginario y a las prácticas del tiempo libre de esta ciudad para un amplio sector de la población. A media mañana las dos estaciones del metro —Hidalgo y Bellas Artes— “escupen” jóvenes, adultos, ancianos y niños. Los puesteros llegan un poco antes para montar sus productos: refrescos y jugos, sopes y quesadillas, hamburguesas y *hot dogs*, tamales, elotes y esquites, helados y dulces, globos, platería de Taxco, artesanías, música ensordecedora que brota de altoparlantes: José José se mezcla con Maná y más adelante Silvio Rodríguez le disputa algunas estrofas a los Tigres del Norte. “La Alameda ya no es como antes”, se quejan los ambulantes. “La inseguridad hace mella, y ya no viene tanta gente”.

Familias enteras comparten el espacio con parejas que depositan en la Alameda la efervescencia contenida de toda una semana. Obreros de la construcción, empleadas domésticas, migrantes internos, policías sin uniforme, todos intercambian miradas y a veces algo más. Hay muchos personajes: mariachis, boleadores, voceadores, merolicos, nostálgicos jubilados.

También hay una gran cantidad de jóvenes, que se desplazan en pequeños grupos, van y vienen, se sientan en los bordes de las fuentes, se avientan agua, y algunos hasta arman un partido de fútbol. La Alameda explota. Retiene en sus bancas, fuentes y jardineras el peso de una ciudad que quiere recrearse y pasear.

El fin de semana se dan cita en la Alameda muy buenos etnógrafos que conocen a los foráneos, a los que van distraídos, a los que traen dinero en la mochila, a los turistas que despliegan sus cámaras de foto y video, a los que llevan celulares y carteras en los bolsillos. Son etnógrafos *amateurs* y amigos de lo ajeno que saben, incluso, burlar a la gran cantidad de policías que *flanean* por la Alameda.

La numerosa afluencia de gente durante los fines de semana se vuelve propicia para “pedir plata” y mendigar. Los niños y jóvenes de la calle tienen mucha experiencia para actuar frente a las personas: son



portadores de expresiones, rostros y cuerpos que destilan lástima y compasión. En menos tiempo que en un día hábil, logran juntar dinero para comer, para la droga o para comprar otras cosas. Lo fundamental es saber combinar la gran cantidad de gente con un lugar estratégico, volviéndose al mismo tiempo poco visible para la policía.

La presencia de la policía se ha incrementado en la Alameda, antes había agentes preventivos que caminaban por la zona o vigilaban desde las patrullas; ahora actúa la policía montada, cuyos integrantes se desplazan por parejas, montados en altos caballos, lo que les permite llegar más rápido a cualquier punto de la Alameda ingresar en la zona de las jardineras. Es más difícil intentar entrevistarlos, la grabadora no tiene el efecto *zoom*. Los perros que acompañan a los niños y jóvenes de la calle son sus peores enemigos: espantan a los caballos, los persiguen amenazantes y les impiden el acceso a la zona ocupada por ellos.

Los fines de semana destacan los bicitaxis que transitan por los costados de la Alameda, y también los recorridos del “tranvía turístico”, un autobús así disfrazado, que toca los mojones más destacados de la monumentalidad del Centro Histórico.

También lo excepcional ocurre en la Alameda. Una vez al año se vuelve una especie de parque temático con santaclosets y reyes magos, cuyos montajes escénicos



jaquean la capacidad de asombro: “si algún escritor bíblico viera esta Alameda, no pensaría en el portal de Belén, sino en Sodoma y Gomorra”.¹ Seguramente muchos álbumes familiares cuentan con una fotografía de los reyes magos en la Alameda. Para los niños y jóvenes de la calle, la navidad y los reyes magos de la Alameda no pasan desapercibidos. Al contrario, les retumba en la memoria lo que nunca tuvieron. Si corren con suerte, algunas instituciones se harán presentes en estas fechas para llevarles comida y juguetes; en los últimos dos años han tenido algunas posadas y representaciones navideñas.

La Alameda es pródiga en experiencias y sensaciones, es un lugar común del encuentro pero también un espacio del anonimato.

Frente a la Alameda, en uno de sus extremos, se encuentra la plaza de la Solidaridad. Se trata de un espacio con una historia más reciente, y que carece de una tradición tan vasta y cristalizada.

La plaza de la Solidaridad fue erigida sobre las ruinas del famoso Hotel Regis, que sucumbió a los sismos del 1985, junto con el edificio de Salinas y Rocha y otros terrenos aledaños. En 1986 se plantó el primer árbol en lo que se llamó en ese año el Jardín de

la Solidaridad, nombre que evocaba la solidaridad de la ciudad y del país ante la tragedia del terremoto.

Pocos días después de que se dinamitaron los restos del Hotel Regis, el Departamento del Distrito Federal (DDF) anunció que los predios en los que fueron demolidos edificios dañados por los sismos serían expropiados o permutados con el fin de evitar que se construyeran en ellos nuevas construcciones. En enero de 1986 el DDF, por acuerdo del presidente Miguel de la Madrid, lanzó una convocatoria pública para el diseño de la plaza de la Solidaridad. Dos meses después de la apertura del concurso, se dio a conocer el nombre del arquitecto ganador. El proyecto seleccionado fue de “carácter modernista”, y tenía previsto

en el diseño un conjunto de columnas en círculo, de las cuales saldrían destellos luminosos que podrían ser rayos láser, con una escultura en el centro y una grieta atravesando diagonalmente el suelo.²

Un aluvión de críticas y oposiciones públicas recibió el proyecto ganador por parte de organizaciones sociales e instituciones vinculadas con la problemática del Centro Histórico. El DDF se vio obligado a posponer la edificación de la plaza de la Solidaridad. Posteriormente se anunciaron trabajos de jardinería y forestación. La idea de la plaza se desechó junto con el fallido proyecto, y en su lugar devino el nombre de Jardín de la Solidaridad, y se mencionó como antecedente histórico que en ese predio estuvo localizado el huerto del antiguo convento de San Diego, actualmente la Pinacoteca Virreinal.³

Finalmente, se consolidó como una plaza que tiene cuatro fuentes, bancas, algunos árboles y una escultura en el centro que representa la unión de dos manos que simbolizan la solidaridad. La plaza está delimitada por las calles Balderas, Juárez, Dr. Mora y la calle cerrada de Colón en donde se localiza el Museo Mural Diego Rivera, que alberga la obra *Sueño de una tarde dominical en la Alameda*.

¹ Cfr. Texto de Juan Carlos García, en *Alameda. Una visión histórica y estética de la Alameda de la Ciudad de México*, Milán, INBA/Landucci Editores/Américo Arte Editores.

² *La Jornada*, 19 de marzo de 1986.

³ *El Universal*, 16 de julio de 1986.

La plaza de la Solidaridad estuvo ocupada durante muchos años (hasta 1995) por campamentos de organizaciones sociales y políticas que se emplazaban en este espacio para protestar y demandar públicamente por causas consideradas sociales y políticas. Filiaciones de protesta, de descontento social y de desigualdad surcaron el espacio de la plaza de la Solidaridad.

Entre los escombros de un terremoto y las ruinas imaginarias de una tragedia que cimbró a la Ciudad de México, los niños y jóvenes de la calle montaron sus casitas con palos y hules en las bancas de la plaza de la Solidaridad, una vez que un fuerte operativo policial los desalojó de la Alameda.

Junto a la precariedad del hábitat de los callejeros se erigían en el espacio de la Plaza cuatro carpas de ajedrecistas que a diario se convocaban para jugar al ajedrez. En esas carpas se vendían bebidas y comida rápida, y de forma permanente se escuchaba música de la radio o de un equipo de sonido. Los ajedrecistas decían contar con un permiso de la delegación para ocupar el espacio público de la plaza; cada una de las carpas tenía un dueño, quien amparado bajo la figura de una asociación civil, externaba su objetivo de difundir el juego de ajedrez cuando en la realidad obtenía beneficios económicos privados (al cobrar una cantidad por la renta del juego, y por la venta de bebidas y alimentos) en un espacio público. Se trataba sin duda de una situación contradictoria, reveladora de las irregularidades en el otorgamiento de permisos y usos del espacio público por parte de la delegación.

Hace pocos años, la delegación Cuauhtémoc instaló en esta plaza baños públicos que son utilizados por los paseantes, los ajedrecistas, los niños y jóvenes de la calle. La tarifa de acceso que se cobra es de dos pesos, y en algunos periodos la delegación permitía el acceso de los callejeros por sólo un peso.

Por otra parte, y hacia el final de la gestión de la delegada Dolores Padierna (2001), se promovió una cere-



monia cívica de izamiento de la bandera, en un mástil localizado en la escultura de la plaza. Esta ceremonia ocurría cada miércoles a las 10:00 horas, con la presencia de la banda de la policía, y en ella participaban los ajedrecistas, los transeúntes de la plaza, los niños y jóvenes de la calle que estaban allí emplazados y que junto a sus perros lograban despertarse con los sonidos del Himno Nacional.

A la plaza de la Solidaridad acuden numerosos obreros de la construcción que se reúnen allí para socializar recomendaciones y *tips* sobre posibles trabajos; acuden también personas de edad madura que visitan a los ajedrecistas; algunos turistas que van hacia el Museo; y mucha gente que está de paso hacia la Alameda o el metro. La cercanía con las avenidas Juárez y Balderas hace de esta plaza un lugar de intenso tránsito de per-

sonas y de vehículos.

Desde que se instalaron los niños y jóvenes de la calle en la plaza, se incrementó y diversificó la presencia policial tanto de la Secretaría de Seguridad Pública como de la Secretaría de Gobernación: policía auxiliar, policía preventiva, granaderos y los llamados “grises”. Básicamente apostados en la calle Dr. Mora, los policías se pasean por la plaza, permanecen dentro de sus patrullas y camiones, y algunos hasta se dedican a jugar unos partidos de ajedrez. Hay que mencionar también que a escasos metros, sobre la avenida Juárez, se encuentra una agencia del Ministerio Público de la Procuraduría General de Justicia del DDF, en cuya entrada hay estacionadas muchas patrullas de día y de noche.

La noche del 24 de julio de 2002, los granaderos desalojaron violentamente a los niños y jóvenes de la calle apostados en la plaza de la Solidaridad. En dicho espacio público debía evitarse la presencia de grupos y personas que, al decir de las autoridades delegacionales, “afeaban y desprestigiaban” la imagen pública de la Plaza y del Centro Histórico. Los ajedrecistas fueron desalojados un tiempo después. En la actualidad la plaza de la Solidaridad está vacía.

La Ciudadela: de la tragedia histórica al disfrute de la ciudad

El texto describe y analiza cómo es que La Ciudadela se transformó en la Plaza del Danzón. Se trata de una plaza pública con importantes antecedentes históricos que, gracias a la iniciativa de un grupo de ciudadanos, una parte de ésta se transformó en un significativo lugar de encuentro para la recreación y la convivencia de una amplia comunidad de aficionados a la práctica del baile con mayor tradición en la cultura popular urbana: el danzón.

La recuperación del espacio público

El galopante proceso de privatización urbana que padece la Ciudad de México ha propiciado un debate, que esperamos sea cada vez más amplio, sobre la urgente necesidad de crear espacios verdaderamente públicos que permitan reestablecer el tejido social y la calidad de vida que puede ofrecer la ciudad. En forma paralela a este fenómeno, se observa la emergencia del concepto de ciudadanía como un referente común para el abordaje de una amplia gama de problemas crónicos de nuestra cultura política. Ante la tendencia oficial de intentar “ciudadanizar” por decreto todo lo que sea factible, está el reclamo de la sociedad civil por hacer valer los derechos que, como ciudadanos, nos otorga la Constitución. Tenemos entonces, que el ejercicio del derecho público en general y de la ciudadanía en particular, se ha puesto sobre la mesa de discusión y son múltiples los derroteros que ésta ha tomado. En esta diversidad se observa, sin embargo, que se ha dado un margen muy estrecho al derecho que tenemos todos los ciudadanos para el disfrute de la ciudad y dentro de este marco se encuentran los diversos usos sociales que tienen los espacios públicos reconocidos como parte del patrimonio.

El derecho a la ciudad

Se supone que todo ciudadano tiene el derecho de acceder a los servicios públicos y urbanos que ofrece la ciudad, no obstante, este derecho se ve

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.



trastocado por la impunidad, la extorsión, la negligencia, el abuso, la corrupción, la arbitrariedad, la ineficiencia e insensibilidad de la mayor parte de los llamados “servidores públicos” que operan en nuestro país. Estas formas de ejercer el poder público derivan de la incoherencia social entre autoridades y ciudadanos, en el contexto de una política despótica y excluyente de los gobernantes, afirma atinadamente Alejandro Ordorica (1997: 44). Esta situación ha originado que diversas organizaciones enarboleden, entre otras consignas, “el derecho a la ciudad”. Éste significa no sólo el derecho a elegir entre los candidatos que gobernarán dicho espacio, sino también la participación ciudadana en el proceso permanente de “hacer ciudad”, lo cual supone una inclusión activa en el diseño y aplicación de los planes de desarrollo urbano, las leyes para el funcionamiento de los espacios públicos y otros programas de interés público.

Pero, “hacer ciudad” no sólo se remite a la aplicación de los planes citados, sino también a los procesos en los que los usuarios transforman cotidianamente ese espacio a través de una amplia gama de prácticas que permiten una identificación o apropiación del mismo. Habitar un espacio implica una apropiación simbólica que incide en su transformación; habitar una ciudad supone el uso y la apropiación del lugar de residencia, pero también de otros espacios relacionados con el trabajo, el consumo de bienes para la subsistencia y el esparcimiento. En esos ámbitos se observa la configuración de identidades colectivas que tienen como marco de referencia la vida urbana y que se vinculan con las distintas redes de interacción que se entretajan en la ciudad. Aparecen identidades emergentes, no sólo de quienes luchan por un lugar donde vivir, sino también de los que pugnan por el reconocimiento de su pertenencia a la ciudad, lo cual está íntimamente relacionado con el derecho a la ciudadanía.

En esa construcción de redes de relaciones sociales basadas en la convivencia recreativa, los espacios públicos juegan un papel sustancial. Sin embargo, los espacios públicos que en la actualidad ofrece la Ciudad de



México, ¿verdaderamente lo son?, ¿a ellos puede ingresar todo aquel que lo desee independientemente de su origen étnico, género, edad y clase social?

Hablemos tan sólo de la gama de servicios que otorga la ciudad para el esparcimiento y la convivencia: restaurantes, bares, discotecas, cafeterías, auditorios, etcétera. Todos éstos funcionan como medio para el establecimiento de distinciones sociales a través de varios mecanismos de exclusión. Los servicios públicos para comer, beber, bailar, conversar, escuchar música y entablar nuevas relaciones están en su mayoría “cooptados” por el mercado y funcionan bajo una lógica que poco tiene que ver con la interacción social entre “diferentes” y la recreación que escape del lucro.

La recuperación del espacio público como espacio de socialidad, esto es, para el desarrollo de las formas lúdicas de la sociabilidad fuera de la lógica de la ganancia, pareciera estar lejos de nuestro alcance. El lema enarbolado por el gobierno de la Ciudad de México: “la calle es de todos”, pareciera ser un primer paso en este sentido, pero, ¿por qué ningún partido político ha



impulsado el derecho al disfrute de la ciudad?, ¿se trata acaso de una demanda que puede poner en riesgo a los convocantes, pues además de provocativa suena sospechosa?

Una de las posibles causas de dicho silencio es que, al parecer, el disfrute también ha sido “coptado” por una expansiva industria abocada al mercado del cuerpo referente a la sexualidad y la recreación. Se trata de un mercado controlado por grandes corporaciones transnacionales que operan a la par de otras agrupaciones (no menos poderosas) que manejan el llamado “mercado negro”, esto es, el tráfico de drogas, armas, prostitución, etcétera. La vida nocturna, pero también la diurna, aparecen así como campo, privilegiado de acción de varias mafias que se disputan el control de dicho mercado en la ciudad.

El baile, dentro de este panorama, resulta ser una actividad en manos de las empresas privadas (de diversa índole), pero además, esta práctica ha sido severamente controlada por el gobierno de la ciudad, ya que él es quien otorga el permiso legal a través de una licencia, que en la reglamentación vigente se da mediante la exigencia de varios requisitos. Si los clientes deciden bailar en un establecimiento que carece de permiso para ello, el empresario corre el riesgo de perder definitivamente su licencia. Bajo esta lógica legislativa, el baile corre el mismo tratamiento reglamentario que la ingestión de bebidas alcohólicas, siendo que es una actividad que va en sentido contrario, esto es que el baile, a diferencia del alcohol, es una fuente de salud, su gran efecto terapéutico opera, incluso, como antídoto contra el alcoholismo.

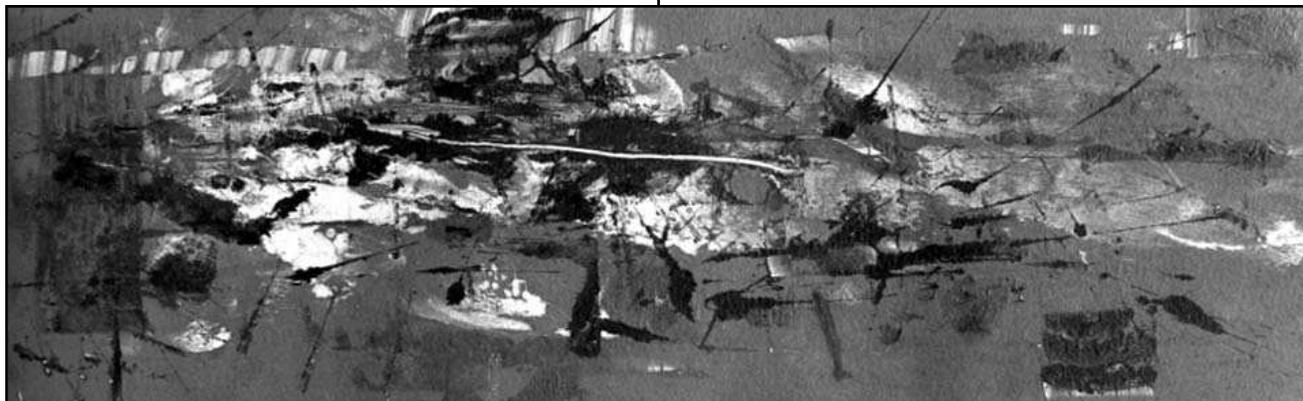
Para concluir este apartado, tenemos entonces que la Ciudad de México cuenta con muy pocos lugares de recreación que sean gratuitos o con precios accesibles

para las grandes mayorías. Ello se debe a que la lógica de la ganancia ha determinado las políticas urbanas y culturales llevadas a cabo por los diversos gobiernos de esta ciudad capital. En este sentido, lo que se ha venido dando en La Ciudadela representa un caso excepcional, ya que de alguna manera se trata de una plaza tomada por un grupo de entusiastas bailadores que han recuperado el sentido original de las plazas públicas, esto es, ser espacios para el fomento de la comunicación, la creación artística y la libre convivencia de los ciudadanos.

De la Plaza de Armas a la Plaza del Danzón

Las plazas públicas representan, en el diseño original de toda ciudad, espacios emblemáticos de la ciudad misma, son los espacios públicos por excelencia; su diseño tiene como propósito el permitir el encuentro visual y comunicativo entre los habitantes de la urbe. Sin embargo, se observa que a través del tiempo varias plazas han cambiado su carácter y, en la Ciudad de México, muchas de ellas se han convertido en basureros, lugares de contratación de desempleados y espacios donde se muestra una dramática mendicidad.

La Ciudadela no ha escapado de las vicisitudes generadas por el devenir histórico y vemos que ha sido escenario de varios acontecimientos importantes. La primera edificación del lugar fue la Real Fábrica de Tabaco (ahora convertida en la Biblioteca México). La construcción de este bello edificio neoclásico tardó alrededor de 30 años (de 1776 a 1807) y al parecer, fue el primer diseño arquitectónico que se hizo en la Nueva España para alojar en su interior a una fábrica. Está funcionó sólo ocho años, pues debido a la guerra de Independencia se transformó en fortaleza militar y esa



función tuvo durante un siglo. La plaza de La Ciudadela tiene en su centro un monumento dedicado a José María Morelos debido a que ahí estuvo preso antes de partir para el cadalso.

A principios del siglo XX, en la época de la Revolución, La Ciudadela fue ocupada por un grupo de militares que previamente habían intentado tomar el Palacio Nacional para derrocar a Madero. A pesar de que Victoriano Huerta no era muy afín a los ideales de Madero, éste le cedió el mando para combatir a los militares sublevados. El enfrentamiento armado duró sólo diez días (del 9 al 18 de febrero de 1913) pero en él se fraguó la traición de Huerta a Madero y es por ello que a este pasaje de la historia se le conoce como la “Decena Trágica”.

Otra escena trágica que duró menos tiempo (una tarde) pero que tuvo una enorme repercusión en la historia de México, fue el enfrentamiento pseudoestudiantil que se dio, también en La Ciudadela, el 23 de julio de 1968. Según el reporte oficial, en esa plaza se registró una pelea entre un grupo del Politécnico y estudiantes de una preparatoria. En realidad se trató de una riña prefabricada por el propio gobierno para intentar revivir la rivalidad que había entre esos dos centros de estudio con el propósito de evitar que cristalizara el vínculo que se estaba iniciando entre los estudiantes de ambos centros. Un día después, una vocacional fue tomada por grupos vandálicos enviados por el gobierno conocidos como “los ciudadelos” y “las arañas”, quienes con la complicidad de la policía golpearon a varios estudiantes; ambos sucesos prendieron la mecha de aquello que el gobierno quería evitar: la organización y la protesta de un importante sector de la población.

La Ciudadela parecía estar destinada a fungir como escenario de hechos violentos. Tanta sangre ahí derra-

mada se confrontaba con la especie de oasis que fue la Biblioteca México para los miles de estudiantes que acudían cotidianamente a consultar libros para sus tareas escolares. Durante décadas, esta plaza ha sido ocupada, eventualmente, para pequeños actos oficiales y uno de sus extremos (donde ahora está la Plaza del Danzón) era, prácticamente, un basurero.

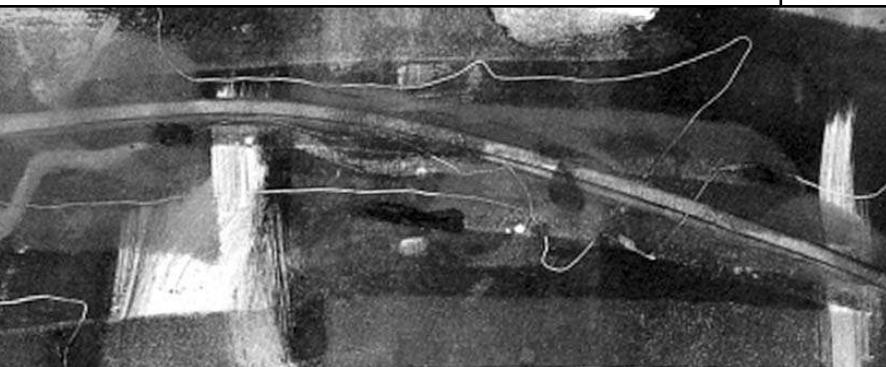
Las plazas públicas: ¿nuevos escenarios para el baile?

Si apelamos a la historia de lo que fue la Ciudad de México en la época prehispánica, la pregunta resulta ingenua. Evidentemente las plazas públicas eran los principales escenarios para las prácticas dancísticas masivas. De mil a dos mil personas participaban en las danzas realizadas en las fiestas religiosas. Retomando el concepto de la danza como uno de los principales ejes del acto ceremonial entre los mexicas, el movimiento de la mexicanidad a través de la danza de los Concheros se viene reuniendo desde el año de 1985¹ en la explanada lateral del Templo Mayor y posteriormente en otras plazas importantes de la ciudad como lo es la del centro de Coyoacán.

Por otro lado, a partir de los años setenta del siglo pasado, la Alameda se convirtió en un importante centro de diversión para las clases populares que cada domingo asistían para hacerse de nuevas amistades, al mismo tiempo que disfrutaban de un espectáculo musical ofrecido por Socicultur (hoy Secretaría de Cultura del gobierno del D.F.).

Hasta el mes de enero 1996 (27 de enero) fue que La Ciudadela transformó su ambiente más o menos sombrío dando lugar a una actividad diametralmente

¹ Información verbal proporcionada por Yólotl González.



opuesta a la violencia. De pronto, gracias a la iniciativa de un grupo de la tercera edad que solicitó un espacio para bailar a la Subdirección de Servicios Educativos de la Delegación Cuauhtémoc (Juan Sabines), es que se pudieron reunir cada sábado, en uno de los extremos de la plaza de La Ciudadela, un pequeño grupo de parejas para bailar danzón, acompañadas con música reproducida en una grabadora. Meses más tarde, este programa de asistencia fue turnado a la Subdirección de Desarrollo Social y en la actualidad está a cargo de la Subdirección de Servicios Culturales.

Después de algunos meses empezaron a llegar algunas parejas conocidas en el medio del danzón para convivir con quienes ahí se reunían, a pesar de que en ese entonces los clientes de los salones de baile consideraban que La Ciudadela no era un lugar adecuado para bailar pues el piso no se prestaba para ello, además de que no había en la Ciudad de México (como si sucede en el Puerto de Veracruz) la costumbre de interpretar bailes de salón al aire libre. Para muchas personas distinguidas en el medio, bailar en una plaza pública como La Ciudadela significaba bajar de categoría.

En enero de 1997, se celebró el primer aniversario de reunión sabatina en torno al danzón. Para ese entonces un periódico de circulación nacional² registró la asistencia de alrededor de 300 personas provenientes de las más diversas delegaciones de la Ciudad de México.

El ingreso en diciembre de 1997 del arquitecto Jorge Legorreta como delegado de la Cuauhtémoc, trajo consigo cambios importantes a la plaza. Legorreta³ comenta que en su oficina se hicieron varias reuniones con organizaciones de bailadores (alrededor de seis) para acordar diversos puntos tendientes a mejorar el fun-

cionamiento de la plaza. La principal solicitud era garantizar la continuidad del baile, pues cada sábado tenían que reunir dinero (haciendo rifas y pidiendo cooperación voluntaria entre los asistentes) para la contratación de la música, el sonido, el templete, las mantas y las sillas, dado que estos elementos no siempre eran cubiertos por la Delegación.

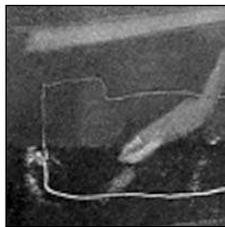
En coordinación con el Instituto de Cultura de la Ciudad de México (ICCM) Legorreta respondió positivamente a los requerimientos de los bailadores y después recibió la solicitud de que se hicieran algunas adecuaciones al lugar como el aplanado del piso (antes estaba adoquinado) y la instalación de un templete fijo de cemento para la orquesta. Todo ello significó un importante avance en el mejoramiento del lugar, pero quedaron pendientes otras dos necesidades: un techo y los baños. En 1999 la obra de remodelación de esta parte de la plaza de la Ciudadela se celebró con la colocación de una placa (que por cierto ya se robaron), develada por María Rojo, quien en ese entonces era diputada por el PRD. La plaza recibió el nombre de Ne-reidas, pero en la actualidad se le conoce como la Plaza del Danzón.

Otro de los requerimientos que le hicieron llegar al delegado fue la construcción de un pequeño altar para la colocación de una virgen, petición a la cual accedió debido a que tenía el antecedente de que la colocación de vírgenes en lugares que se acumula basura, hace que la gente deje de tirar ahí sus desperdicios. No obstante, esa decisión suscitó la protesta de una parte de los bailadores, quienes argumentaron diversos motivos en contra, como por ejemplo, que ahí no tenía nada que hacer una virgen (para los ateos), que era falta de respeto (para los muy católicos), que esa virgen estaba muy grande o muy chica (para los adversarios del grupo que hizo la propuesta). Cabe destacar que además de esa virgen, está en otro altar la Virgen del Cobre. Asimismo, durante el segundo sábado del mes de diciembre se realiza una peregrinación con la Virgen a la Villa de Guadalupe.

Y es que toda adecuación del espacio público genera conflictos, afirma Legorreta a partir de su experiencia como funcionario. "Cada quien posee un criterio

² *La Jornada*, 29 de enero de 1997.

³ Entrevista con Jorge Legorreta, 18 de octubre del 2001.



patrimonial sobre el territorio que de una manera u otra utiliza, como es el caso del parque México, en el que las organizaciones de vecinos se sienten propietarias del mismo". En La Ciudadela, por ejemplo, empezaron a surgir muchos maestros de baile que cobran por dar clases y paulatinamente se han ido adueñando de algunos puntos de la plaza. Pero los asiduos asistentes, por su lado hacen lo mismo, pues cada uno de ellos va ocupando un lugar fijo a través de un proceso de apropiación del espacio muy similar al que se observa en los viejos salones de baile. Un caso interesante al respecto es la zona arco iris en la cual durante un tiempo colocaban una manta que decía: "aquí nos reunimos: bailadores, vagos, viejos, ciegos, gachos y uno que otro tonto. Ellas bellas, ellos guapos, pero todos jóvenes del corazón".

Finalmente, los conflictos que han surgido entre los asiduos asistentes a La Ciudadela han sido tenues y no han tenido mayor trascendencia. De hecho hay una especie de mutua tolerancia en función del disfrute común del espacio compartido.

El ex delegado recuerda y confiesa que le causó mucho impacto el encuentro que tuvo con una señora de 80 años de edad quien lo abordó un día que fue a observar el evento a La Ciudadela y le dijo:

Usted quizá no tenga idea de la importancia que esto tiene para nosotros, porque la gente lo ve como algo sin importancia el que estemos aquí bailando viejitos, pero yo le voy a decir lo que pensamos muchos de los que aquí estamos. El único día que salimos de nuestras casas es los sábados, es la única diversión que tenemos en la vida, no tenemos más. A veces los hijos y los nietos no nos pueden atender y venir aquí nos permite sentirnos parte de este mundo, porque aquí hemos hecho amistades y venimos a platicar. Desde el viernes nos ponemos a arreglar la ropa que vamos a llevar al otro día y nos venimos a bailar porque es lo único disfrutable que tenemos en la vida, entonces por favor señor delegado, no vayan a quitar esta plaza.

En La Ciudadela se reúnen actualmente alrededor de 500 amantes del danzón, provenientes de todas las Delegaciones de la ciudad. Las señoras son, en su mayoría amas de casa y los señores se dedican a una

amplia gama de oficios: empleados, taxistas, boxeadores, etcétera. La mayor parte de ellos tiene más de 50 años, no obstante que también asisten familias completas. También hay varios niños y jóvenes que ahí han encontrado una magnífica escuela al observar la variedad de parejas que con todos los estilos (desde el más académico hasta el más improvisado) hacen de un medio día sabatino al aire libre, un espacio de libre encuentro.

Es muy importante subrayar la intensa socialidad que durante esas horas (de 11:00 a 14:00 horas) se da en la plaza. La conductora del evento desde hace varios años ha sido la socióloga Rosalinda Aceituno, quien con un amplio conocimiento del medio, genera un ambiente de suma cordialidad entre los presentes, además de que da información de actos culturales, consejos, recados, lectura de poesía y otros. La mayor parte de los asistentes se reconocen entre sí y varios de ellos han hecho amistades cercanas que comparten otras actividades al término de las tres horas que dura el evento.

También es importante advertir que la Plaza del Danzón se ha vuelto también un espacio para la creación poética, ya que a Rosalinda constantemente le hacen llegar poemas escritos por los bailadores dedicados a ella, al danzón o a La Ciudadela. Como muestra el siguiente texto escrito por la señora Celia Sánchez, cuyo seudónimo es *Una dulce gitana*:

*Acércate a la plaza de la ciudadela
Enciende en tu vida una vela
Que saboreando en dulce de canela
Declara tu amor a Marcela y
Bailando un danzón con candela
Serás recordada en la Ciudadela*

BIBLIOGRAFÍA

- La Jornada*, 29 de enero de 1997.
Lomnitz, Claudio, "La construcción de la ciudadanía en México", en *Metapolítica*, núm. 15, México, Centro de Estudios de Política Comparada (CEPCOM), 2000.
Monsiváis, Carlos, "La noche popular: paseos, riesgos, júbilos, necesidades orgánicas, tensiones, especies antiguas y recientes, descargas anímicas en forma de coreografías", en *Debate Feminista*, vol. 18, núm. 9, México, 1998.
Ordorica, Alejandro, "Formas de participación ciudadana", en Cuauhtémoc Cárdenas, (coord.), *Voces del Distrito Federal*, México, Océano, 1997.

La plaza de las Vizcaínas: socialidad y conflicto



Este trabajo se pretende como un acercamiento etnográfico a la plaza de las Vizcaínas, y su fin es comprender el lugar como un espacio cuyo orden cotidiano gira en torno a la socialidad y el conflicto.

La plaza de las Vizcaínas es una de las más de 60 plazas y plazuelas que existen en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Se localiza a la salida de la estación del metro Salto del Agua, frente al cine Teresa,¹ en la esquina sur-poniente del perímetro “A”, entre el Eje Central Lázaro Cárdenas (antes San Juan de Letrán) y la calle Bolívar.² Se ubica justo atrás del colegio de San Ignacio de Loyola (más conocido como Vizcaínas), y el callejón de San Ignacio desemboca hacia ella, lo que permite el contacto entre los habitantes del barrio, hacia el norte con la calle de Vizcaínas. En el costado sur de la plaza se localiza la calle de San Jerónimo,³ a espaldas también de la zona comercial de la avenida Izazaga. En ella se sitúan el cabaret Casa Blanca, la plaza comercial “fracasada” de las Vizcaínas, algunos edificios de departamentos, una vecindad y un estacionamiento público. El Teatro de las Vizcaínas⁴ mira hacia la plaza desde el oriente, y se suman a sus accesos el callejón de la Esperanza, la calle de Echeveste, el callejón de Jiménez y la calle de Aldaco, costado este del colegio. En este lugar se observa en la contraesquina un depósito de carros para la recolección de basura que pertenecen a la unidad de limpia de la delegación Cuauhtémoc,

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ Muy conocido por la exhibición de películas pornográficas y la prostitución que en sus pasillos se ejercía hasta hace muy poco.

² Con esta localización me refiero sólo a la plaza de las Vizcaínas, no al barrio del mismo nombre que se ubica entre las calles de Pino Suárez, José María Izazaga y Venustiano Carranza, antes también llamado barrio de San Miguel.

³ La calle de San Jerónimo llega al Eje Central, pero su salida para uso vehicular está cerrada, también es necesario señalar que las calles de Vizcaínas son continuación de la de Mesones, la de Echeveste es continuación de la de Regina y el callejón de Jiménez es paralelo a la calle de Bolívar.

⁴ El Teatro de las Vizcaínas, antes Apolo, es propiedad del Departamento del Distrito Federal desde septiembre del 2000.

además de varios edificios de departamentos y vecindades, es el corazón del barrio.

La plaza tomó su nombre del Real Colegio de San Ignacio de Loyola, más conocido como de las Vizcaínas, el más antiguo de México, construido en el siglo XVIII en lo que fuera un potrero y bañadero para caballos, además de basurero del mercado. El colegio, la plaza y las calles de sus alrededores recuerdan en sus nombres, los de aquellos vascos que se congregaron para dar un lugar a las niñas y mujeres desamparadas de origen español: don Francisco Echeveste, don Manuel Aldaco, don Ambrosio Meave.

La plaza cuenta con una superficie aproximada de 6 500 m²; en su derredor, la encierran enormes jardineras de piedra y barandal de fierro, una calzada transversal —hoy ocupada por algunas esculturas que dan muestra del arte contemporáneo, de poco interés para sus habitantes—, además de jardineras móviles, por lo que se puede clasificar como una enorme plaza-jardín, tan importante en amplitud como la de Santo Domingo. En sus entrañas se construyó un estacionamiento público que ocupa toda el área de la plaza, cuenta con entrada vehicular por el Eje Central, con la respectiva salida por la calle de Aldaco y la de Jiménez; también tiene salida peatonal en la explanada de la plaza.

La plaza de las Vizcachas,⁵ como la denominan algunos de sus moradores y transeúntes, ha vivido una historia de conflicto y socialidad. Nació junto con la plaza de la Cal y el Real Colegio San Ignacio de Loyola en el siglo XVIII, compartiendo espacios con la comunidad a través de sus 60 accesorias de taza y plato —es decir, espacios diseñados para la vivienda en la parte superior y comercio en la inferior de 50 m²—. Éste nexó generó interacción social entre comerciantes —en su mayoría artesanos— y los vecinos del barrio. Hasta el siglo XX destacó por las actividades que ahí se desarrollaban, como la carpintería ebanistería, talabartería, peletería, vulcanizadora, etcétera. No obstante, la relación entre las accesorias y la escuela se basaba sólo en el arrendamiento del espacio.

⁵ Nombre utilizado por los viejos moradores, en recuerdo de “las muchachas” que por ahí andaban, cuando era “zona roja” de la ciudad.



Fachada del cine Teresa, inaugurado en 1942 y que aún se mantiene funcionando.

Aquí había muchas familias mexicanas, todo eso que está tapiado, aquí se encontraba de todo lo que usted quería, todo a su alrededor de la manzana del colegio: había carpintería, ebanistería, cartonería, los tamales, el señor de las talachas de las ruedas de autógena, imprentas, baños, tortillería, tapicería, bueno ahí había de todo, enfrente tenía yo mi puesto de castañas.⁶

Las accesorias se fueron cerrando paulatinamente en la segunda mitad del siglo XX, por el mal uso que se les dio; algunas permanecieron abiertas hasta finales de los años setenta, cuando en la plaza se inició la construcción de un gran estacionamiento público subterráneo.⁷ Actualmente se reabrieron algunas en el costado sur, justo en medio de la plaza, entre los que están: un café, un taller de restauración de pinturas, una papelería, además de utilizar una para los ensayos de un coro; una puerta más se abre en la mañana y a mediodía es la entrada del jardín de niños y de la primaria del colegio.

⁶ Entrevista Adolfo Paz Rueda (dic.: 2000).

⁷ Cabe mencionar que antes de los años ochenta, esta plaza era un enorme estacionamiento, que no había jardineras y era un espacio de conflicto cotidiano, aunque los vecinos mencionan que “antes se podía caminar y no asaltaban ni en la noche”.



Hotel Señorial, en una de las esquinas de la Plaza de las Vizcaínas.

Para comprender por qué Vizcaínas es un espacio de socialidad y conflicto, es necesario recrear un poco del ambiente de los años treinta a los setenta del siglo pasado. Se trata de una temporalidad que dejó su huella en la identidad de sus moradores, cuando esta zona se tornó en la “zona roja” de la ciudad, arrabal visitado ocasionalmente por bohemios, artistas de cine y de radio o personas de la clase media alta, que querían “convivir con el pueblo”; iban una sola vez y no regresaban. Con el objetivo de dar cuenta del ambiente, Armando Jiménez recrea el itinerario de un albañil, en sábado:

Cierta vez mi maestro albañil, [...] me hizo una lista de las actividades que había efectuado él con varios compañeros suyos el sábado anterior, a partir de las dos de la tarde, luego de cobrar su raya: Darse un duchazo en unos baños públicos (solamente ese día de la semana se bañaba); comer en una fonda (los sábados no llevaba itacate al trabajo); ir a una pulcata (dos litros del pulque espumante, para hacer digestión); zambullirse en el cine “Teresa”, en San Juan de Letrán, casi en frente de la plaza de las Vizcaínas (un rato para ver la película y otro para siestecita); ir al teatro “Apolo” (a fin de entrar en calor); seguir al “Club Verde” (para aumentar la presión de la caldera) y finalmente, enredarse con una de tantas del enjambre de muchachas que pululaban en los alrededores del cabaret (para echar fuera todo aquel calor) [...]⁸

⁸ Armando Jiménez, *Cabarets de antes y de ahora en la Ciudad de México*, México, Plaza y Valdés, 1991, pp. 94-96.

Vizcaínas se caracterizó por mucho tiempo como zona permisible de prostíbulos, cabarets, como por ejemplo: el Linterna Verde o Club Verde, ubicado en la esquina de Aldaco y el callejón de la Esperanza a un costado del colegio, además de La Rata Muerta —también tuvo otros nombre: El 1, Las Sirenas y *Le Rat Mort*—⁹ que duró hasta 1968, ubicado en la esquina de la calle de Echeveste y el callejón de Jiménez. Cercanos estuvieron: el centro nocturno La Oficina, en la esquina de Echeveste y Bolívar, donde concurría por las tarde el músico poeta Agustín Lara; enfrente, en la esquina junto al templo de Regina Coelli, se situó el bar elegante La Perla de Regina, el Mata Hari, en Bolívar 22, con la oferta de “baile, juventud y alegría” para las clases altas; además del Smirna, pista de baile para el pueblo, que según vecinos se encontraba en el patio principal de lo que fue una gran vecindad, restaurada en los años setenta, hoy conocida como la Universidad del Claustro de Sor Juana, en la calle de San Jerónimo.

En la actualidad no se puede asistir más al Linterna Verde, pero sí recrear algunas de sus imágenes, en la crónica de Jiménez:

Entraron al cabaret, que se encontraba lleno de gente, de humo y malos olores, ninguno de los cuatro jóvenes había pisado antes un recinto como ese. Principiaban a acostumbrarse a la semioscuridad del local, iluminado débilmente por lámparas de color verde, cuando se desocupó cerca de ellos una mesa, es decir las sillas que rodeaban una mesa, pues ésta quedó llena de botellas vacías y colillas de cigarros. Se apresuraron a sentarse y, mientras un empleado escombraba la cubierta —que por supuesto no tenía mantel, servilletas ni ceniceros— pidieron una cerveza cada uno [...] De pronto un borrachín empezó a armar fenomenal escándalo.

Este ambiente era una constante cotidiana entre los parroquianos. No obstante, en estos lugares se marcaban reglas de moralidad, por ejemplo:

⁹ Este cabaret contrasta con otro del mismo nombre que según Jiménez: “Más bien era salón de baile con venta de licores, donde podía uno llevar pareja o bien ir a bailar con mujeres del oficio. Estas no vestían con desacato o en forma escandalosa no observaban conducta licenciosa por lo que la novicita santa que alguien llevaba allí no se sentía a disgusto”, *op. cit.*, p. 98.

Las muchachas usaban vestido muy entallado al cuerpo, parecía que tenían una segunda piel, pero eso sí con la falda abajo de la rodilla, a diferencia de las *coimas que pululaban en los alrededores del cabaret*, cuyas faldas, también entalladas, les llegaban solamente a medio muslo.¹⁰

Las coimas y “las muchachas” de la vida alegre habitaron en las accesorias del Colegio, sobre la calle de Aldaco.

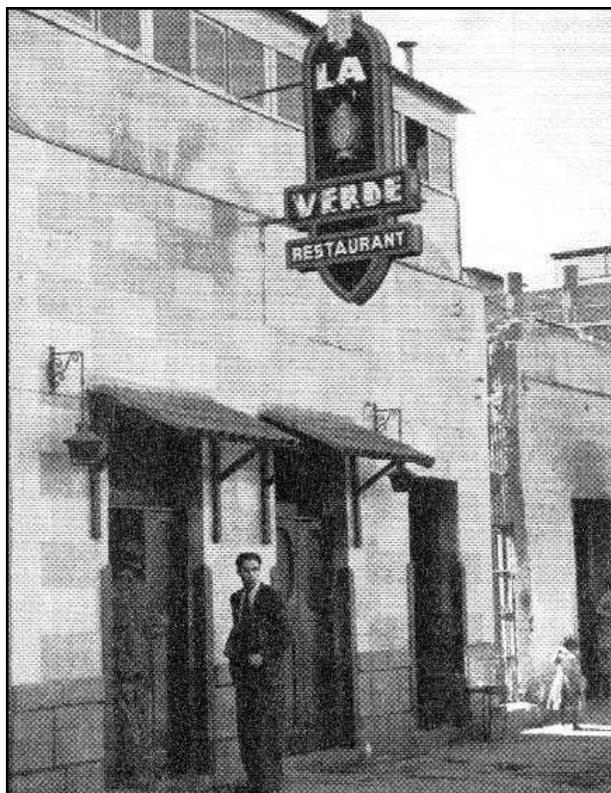
En estos lugares se ubicaron también los teatros de espectáculos pornográficos como el Apolo (Vizcaínas) o el Politeama (posteriormente fue cine);¹¹ las carpas de Las Maravillas y Las Procopio. Estos centros también representaron para el barrio de las Vizcaínas un espacio de sociabilidad y de identidad, a pesar de haberse cerrado y después reabierto como el teatro Apolo, al reabrirse se llamó Vizcaínas donde se presentaban espectáculos de baile, satíricos y cómicos se con personajes como: José Medel, *Cantinflas*, *Clavillazo*, Adalberto Martínez, *Resortes*, y José Martínez, *Palillo*, quién llenaba todos los días aunque fueran lunes, según dicen los vecinos del lugar, con su ya clásica sátira política y su disfraz de barrendero con sombrero de paja. La gente asistía al teatro sin temer a la inseguridad, la violencia o al robo. Durante la década de los noventa cerró nuevamente el teatro hasta que fue comprado por el Gobierno del Distrito Federal en el año 2000. Posteriormente reabriendo sus puertas con espectáculos para la comunidad: música electrónica, de *rock*, títeres, danzón y otros; no obstante los intentos, en la actualidad el lugar se encuentra cerrado.

Existían además numerosos hoteles de paso alrededor, como el Señorial, en Izazaga, el Torreón, el Meave, en la calle y plaza del mismo nombre y el Virreyes, en la esquina del Eje e Izazaga, zona también de cantinas y pulquerías hasta la actualidad.

El comercio era y es la actividad principal de la zona —con más de 250 años ejerciéndose—, además de la diversión y disfrute del cuerpo: teatro, cine, salones de baile y carpas fueron parte de la vida cotidiana de la plaza. El cierre de las accesorias dio fin a Vizcaínas, co-

¹⁰ *Ibidem*, p. 94. El subrayado es propio.

¹¹ Estuvo ubicado según los vecinos del barrio, cerca del hotel Virreyes, entre Izazaga y la plaza de las Vizcaínas. Sería el espacio que ocupa la plaza comercial “fracasada” de las Vizcaínas.



Fachada del cabaret Linterna Verde o Club Verde.

mo espacio de socialidad de los habitantes en su entorno. Muchos de ellos viven de la evocación de aquellos tiempos, cuando el “Ídolo de las Vizcaínas”, Adalberto Martínez *Resortes* *Resortín de la Resortera*, tenía su estudio de baile en una accesoria al final del callejón de San Ignacio, donde compartía con los vecinos del barrio, no sólo sus películas sino, hasta las posadas:

Yo anduve por la zona de Vizcaínas más de 30 años, tuve mi estudio en una de las accesorias del Colegio, ahí ensayaba para ser el luchador fenómeno, ahí mandé hacer ¡ora sí que un costal! [...] se juntaban varios chamacos en el estudio, les ponía guantes y los echaba a pelear con cronómetro [...] en Vizcaínas yo hacía las nueve posadas... ¡aaahhh sí!..., lo recuerdo como si fuera ayer, pues antes la vida era más barata. Yo les daba sus piñatas, dulces a los niños y también daba a los que no alcanzaban la piñata, y cantaban el Ave María, y hacíamos un nacimiento muy grande. Un amigo mío que era pintor, a ese yo le daba el dinero para que pusiera el nacimiento, ¡muy bonito, muy bonito, muy bonito!...¹²

¹² “En busca del ‘Ídolo de las Vizcaínas’”, en Ma. (Pía) Herrasti Aguirre y F. Imelda Zamudio Castro, *Una mirada por el barrio de las Vizcaínas*, México, CENVI/UAM-X, 1999.



La bailarina *Tongolele*, en opinión de Armando Jiménez, llegó a presentarse en el Club Verde a la edad de 16 años.

La plaza junto con las accesorias, y el callejón de San Ignacio, funcionaban como lugares articuladores de la socialidad entre los vecinos, a más de los conflictos cotidianos: la prostitución, el robo y la pobreza, al ritmo de los cabarets, teatros y carpas. La carencia de vivienda o el hacinamiento, junto con la falta de empleo, salud y educación, fueron el modo de vida de este sector popular, compuesto de numerosas familias que ocupaban vecindades, la parte alta de las accesorias, además de edificios viejos, e incluso las calles donde todavía se podían observar cartones y plásticos, utilizados por niños-jóvenes, como habitación, además del grupo de vagabundos y teporochos que se refugian, a manera de vivienda, en la plaza.

Así como el Centro Histórico en su conjunto ha envejecido, el barrio también. Se clausuraron muchos de los cabarets, las accesorias se tapiaron, junto con ello se desplazó a “las muchachas”. El espacio de la plaza —antes ocupado por carpas y circos—, se transformó en plaza-jardín, con estacionamiento subterráneo, custodiada por el imponente edificio del Colegio de las Vizcaínas, y el teatro Apolo, transcurría el último lustro de la década de los setenta.

El sector como parte del centro fue denominado por la UNESCO “Patrimonio de la Humanidad”, en 1987.

La modernización llegó a la Ciudad de México, se construyeron ejes viales, se limpió el centro y muchos predios fueron recuperados, clausurados unos más, otros tan deteriorados se cayeron, Vizcaínas se transformó de “zona roja” en espacio comercial y mixto: vivienda con comercio. Los cabarets emigraron hacia la Zona Rosa, a la avenida Insurgentes, otros más continuaron en el Eje Central, dejaron en su lugar bodegas, comercios, lotes baldíos y estacionamientos.

Los usuarios de las accesorias no tuvieron protección frente a la transformación del espacio; los locales se cerraron, las entradas se tapiaron; según dice don Adolfo, no hubo defensa: “una desgracia, no hubo amparo, nosotros nunca tenemos y mire nomás están tapiadas todas las accesorias.”¹³

Las actividades del Colegio se mantuvieron en el interior del edificio, es decir, las niñas llegaban por el lado norte, por la calle de las Vizcaínas en automóvil y salían por el mismo lugar. A una joven egresada del Colegio pregunté por el significado de este sitio y respondió:

Por las mañanas, significaba nerviosismo, por la posibilidad de no alcanzar a llegar a la primera clase; tráfico ocasionado por los

padres que como los míos, querían dejar a sus hijos justo en la entrada del Colegio, a lo que se unía el “obstáculo” de los vendedores ambulantes que, ya desde esa hora— poco antes de las ocho— comenzaban a instalarse en las calles cercanas. El olor “a frío” se mezclaba por momentos con el aroma a café o a huevos fritos, que provenían de las fondas y loncherías, en donde algunos alumnos y papás desayunaban antes de entrar a clase. Generalmente las banquetas estaban aún mojadas por el agua jabonosa, con la que lavan los dependientes de los pequeños comercios existentes a lo largo de la calle (farmacia, tienditas y las fondas). Pero, pese a que existe el olor a jabón, para mí las banquetas seguían sucias; me parecía que los zapatos se me ensuciaban sólo con caminar por ahí, por eso prefería esperar —con nervios y todo— a que el carro de mi papá pudiera acercarse más al portón de la escuela. Luego por la tarde, cuando salía de clases —sólo recuerdo el horario de la preparatoria, de ocho de la mañana a dos de la tarde [es el mismo para primaria y desde las siete para secundaria y de nueve a una para el Jardín]— *enfrentar otra vez el “horror” de las calles* [en el principio dijo que eran sucias, caóticas, desordenadas y malolientes], pero ahora con el “plus” del calor, insufrible a esa hora. La banqueta del Colegio no me resultaba tan molesta; el problema era tener que caminar sobre Eje Central, o rumbo a Bolívar, ese pequeño trayecto de la calle de Vizcaínas, se me hacía insoportable. Gente por todas partes, los mismos alumnos de Vizcaínas, deambulando por ahí para comprar dulces, jugar en la “maquinita” de la farmacia de la esquina, tomar un licuado o comer una torta[...].¹⁴

¹⁴ Entrevista realizada el 4 de noviembre de 2002. Estudió en el Colegio de las Vizcaínas desde la primaria hasta la preparatoria.

¹³ Entrevista a Adolfo Paz Rueda, residente (dic.: 2001).



Mientras tanto atrás, la plaza-jardín se hallaba tomada por vagabundos, teporochos, y drogadictos (según vecinos la mayoría de ellos ex boxeadores) acrecentándose la delincuencia después del sismo de 1985. La que fuera “zona roja” de la ciudad, sinónimo de música, baile, luces y diversión, entre cabarets, bares y “las muchachas” en Echeveste y Jiménez, se tornó en un lugar abandonado, desolado, asociado al robo y según algunos (taxistas y transeúntes), coligado a la venta de drogas. En los alrededores, en San Juan de Letrán, también reconocido por sus cines, cabarets y bares, decían algunos al respecto de su vida nocturna: “refugio de aventureros”; transformó su apariencia: el bar Social, el café Súper Leche y otros tantos edificios se derrumbaron, el metro invadió sus entrañas con la construcción de la línea 8; el comercio de zapatos, trajes y camisas se amplió a la venta de material electrónico y de computación.

La crisis económica obligó al Colegio a incorporar a niños en sus tres niveles de enseñanza. El jardín de niños abrió la parte sur del Colegio a la interacción con el barrio y con la plaza. Los niños trajeron consigo vendedores, amas de casa, es decir: movimiento. Se organizaron eventos culturales, celebraciones como las fiestas patrias, el día de las madres, además de las tradicionales posadas, con la finalidad de atraer a la gente del barrio para que volvieran a usar su plaza.

Después del sismo de 1985, la historia del Centro Histórico y de la Ciudad de México, es otra. Se iniciaron programas de renovación y de remodelación de inmuebles. No obstante, el deterioro de la zona continúa y enfrenta la disminución de sus habitantes (en 1998 se calculaba, una salida de aproximadamente diez habitantes por día); las calles se apreciaban descuidadas y sucias, las vecindades a punto de desmoronarse y un aumento constante de vagabundos, entre alcohólicos y drogadictos. Como ejemplo de ello, el callejón llegó a utilizarse como depósito de basura de la compañía de Luz y Fuerza del Centro. La convergencia de diferentes

"CLUB VERDE"
Plaza Vizcainas.

Anuncia la presentación de

ALMA COSTELLO
en su atrevido número

"LA DANZA NEGRA"
de **LUCHO BERMUDEZ**

y a los

Hnos. FUENTES

Anuncio periodístico del Club Verde.

instituciones como el Instituto de Cultura de la Ciudad de México (hoy Secretaría de Cultura), el CENVI, A.C., junto con el Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México y la Delegación Cuauhtémoc iniciaron cambios sobresalientes en cuestiones de limpieza, recorte y cambio de los jardines, alumbrado y aumento de seguridad policiaca, entre otros, además de lograr la apertura de algunas accesorias en el lado sur del Colegio, y la remodelación de todas las ubicadas en el callejón de San Ignacio, la instauración de un museo de sitio. Sin embargo, la plaza-jardín parece todavía vacía, casi en desuso después de las 15:00 horas, en contraste con la dinámica del Eje Central Lázaro Cárdenas, donde se desplazan alrededor de millón y medio de personas al día.

El ambiente en esta zona es tenso, no se puede andar por las calles sin preocuparse de que lo puedan asaltar, aún cuando viva uno aquí. La gente que antes vivía en esta zona se ha ido porque se incrementó la violencia y gracias a los muchos comercios existentes en la zona, este lugar ya no es propicio para vivir.¹⁵

La socialidad y el conflicto que rodean a la plaza, se desarrolla entre varios tipos de actores: los que viven en sus costados norte y este, los que llegan a comprar a las plazas comerciales ubicadas sobre el Eje Central: Plaza 2000, Meave y de la Computación; los comerciantes fijos y semifijos, establecidos y ambulantes, también ubicados sobre el Eje y la calle de San Jerónimo. Los trabajadores de limpia son visitantes cotidianos, y junto con sus carritos, —en las mañanas y al mediodía—, son quienes más disfrutan de la plaza en su hora de almuerzo. Lo mismo sucede con los empleados y alumnos

¹⁵ Testimonio de un habitante de la calle de Mesones que refleja el de muchos de los residentes de la zona. Aunque existe otros que afirman lo contrario, que por ser del barrio no los asaltan y hasta los cuidan (habitante de San Jerónimo, vendedora, entrevista 200).



del Colegio, oficinistas y vecinos del barrio, más los asiduos nocturnos de los antros aledaños como: El Casa Blanca, El Azteca y El Mirog.

El uso del espacio caracteriza a esta plaza como un lugar de conflicto entre el dentro y el afuera: *a)* los vecinos y escolares caminan, juegan y disfrutan del jardín en el día, se lo apropian simbólicamente como su territorio; *b)* para los vecinos representa su centro de residencia, su lugar de pertenencia y apego, su calle, su jardín, incluso el lugar para sus hijos, nietos y también para sus perros. La mayor parte de los vecinos de Vizcaínas tienen más de 15 años de residencia, los hay quienes fueron migrantes, en los años cuarenta, cuando llegaron a vivir a los departamentos de la zona. Sobre la plaza hay una vecindad y tres edificios para vivienda de clase media. En esta zona, como en muchas del centro, abundan los adultos mayores, jubilados, que gustan de salir a tomar el Sol, caminar o simplemente sentarse en las jardineras para disfrutar el olor de las plantas o el cantar de los pájaros; opinan que la gente no debería tirar basura y sí cuidar sus espacios.

Los otros, los que vienen de fuera por las noches, visitan los centros nocturnos; quitan las jardineras y estacionan los vehículos dentro del jardín y también tiran basura. La referencia es al cabaret Casa Blanca, localizado justo a la entrada de la plaza, entre el Eje Central y la calle de San Jerónimo. En esta esquina se resguarda el espacio con jardineras móviles y fijas; durante el día también es el lugar de doña Genoveva, establecida con su puesto de periódicos y revistas. El cabaret es una casa literalmente blanca con puertas doradas, que marca la frontera entre el dentro y el afuera.¹⁶

Otros más, los teporochos —aunque disminuidos en número—, se han apropiado literalmente del jardín y lo usan como su casa: duermen y viven ahí; como sucedió hasta el pasado 2003, cuando varios niños-jóvenes, ocupaban el lado este del Colegio, justo en Echeveste y Jiménez. Ahora se observa tan sólo un conjunto de graffitis que marcan el lugar de su residencia.

Barrio rodeado de callejones, donde cada uno cuenta su propia historia, encierran a Vizcaínas entre varios planos: los recuerdos de un barrio bohemio, popular;

¹⁶ El mundo en su interior, sería otro aspecto a indagar, pero es materia de otra investigación.



Vista exterior del cabaret Casa Blanca.

“zona roja” hasta la década de los setenta. Gran parte de los inmuebles dañados por el terremoto de 1985 siendo remodelados por el Fideicomiso para el Centro Histórico, junto con San Jerónimo y Regina como un corredor artístico para la creación y la cultura. Más aún, sus habitantes viven en otro plano: el de la sobrevivencia cotidiana. Vizcaínas se está convirtiendo poco a poco en la bodega de las plazas comerciales, desplazando el uso habitacional por el comercial. Se dice que en su núcleo, entre Aldaco, Jiménez y Echeveste, se conjuga un barrio bravo, asaltos, venta de droga, almacén de fayuca y de equipo para la piratería, lo cual no está probado y nadie se compromete a denunciar. Incluso los vecinos consideran que son cuidados por... ellos mismos.

BIBLIOGRAFÍA

- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, nva. ed., presentada por Luce Giard, trad. de Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- Giménez, Gilberto, “Territorio, cultura e identidades”, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, mecanoscrito, 1996.
- Herrasti Aguirre, Ma. (Pía) y F. Imelda Zamudio Castro, *Una mirada por el barrio de las Vizcaínas*, México, CENVI/UAM-Xochimilco, 1999.
- Jiménez, Armando, *Cabarets de antes y de ahora en la Ciudad de México*, México, Plaza y Valdés, 1991.
- Joseph, Isaac, *El transeúnte y el espacio urbano*, Argentina, Gedisa, 1998.
- Lombardo de Ruiz, Sonia, *Plaza de las Vizcaínas*, México, INAH, Departamento de Monumentos Coloniales, 1970.
- Rivera Cambas, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, México, Valle de México, 1972.

Lucio Ernesto
Maldonado Ojeda*

H I S T O R I A

El zapatista¹

A la Dra. Cristina Gómez Álvarez
Al Dr. Miguel Soto Estrada



Érrese la Ciudad de México en el año de 1944, entonces una ciudad de uno y medio millón de habitantes poco más o menos. Apetecible aún, optimista y satisfecha de sí, la ciudad había adquirido un marcado aire cosmopolita debido a las oleadas de refugiados, principalmente europeos, que huían de la devastación del mundo en guerra; a pesar de que al común de sus habitantes les pareciera una urbe populosa, absorbente, agobiada bajo el trajín incansable de sus calles y sitios públicos. Contenida aún dentro del territorio originalmente asignado al Distrito Federal, empezaba, sin embargo, a dejar atrás velozmente su hálito de ciudad colonial —pese a los afeites de la *Belle Époque* porfirista para mudar su fisonomía tradicional, y trocirla a imagen y semejanza de alguna capital europea—, para adquirir otro tono, otra fachada, merced a la multiplicación de las industrias instaladas y a una anárquica y desbocada urbanización que empezaba a devorar los antiguos paisajes bucólicos de la periferia. Este proceso expansivo, irrevocable, era interpretado con una amplia aquiescencia entre sus promotores y beneficiarios —fundamentalmente empresarios y políticos—, bajo el signo promisorio y a nombre del *progreso*, y con la confianza característica de la época.

Eran los tiempos de la “Unidad Nacional”, proclamada desde el gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho frente al estrépito bélico más o menos distante de la Segunda Guerra Mundial. Las cuestiones económicas marchaban bien —en términos generales— en buena medida gracias a la coyuntura abierta para el país por la propia guerra: se comenzó a fabricar aquí lo que antes se importaba, sobre todo bienes de consumo. En el exterior, particularmente en Estados Unidos, requerían más que nunca de materias primas y de mano de obra mexicanas, lo que permitió

* Estudiante del doctorado en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

¹ Trabajo presentado en el Primer Concurso de Crónica Urbana “Salvador Novo”, organizado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del D.F. y la SOGEM, en agosto de 2002, que recibió mención honorífica.



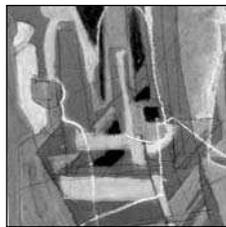
mantener por algunos años la paridad del peso respecto del dólar (equivalente a 4.85 pesos), en tanto que la deuda externa no era motivo de especial preocupación.

El país parecía haber dejado en el pasado, en forma definitiva, la violencia propia de la etapa armada de la Revolución. Se vivía una relativa paz social entre los principales actores sociales, después de las agitadas movilizaciones del periodo presidencial del general Lázaro Cárdenas. La *pax ávilacamachista* sólo era ensombrecida por circunstanciales protestas populares ocasionadas por la carestía de la vida, que se propagarían precisamente ese año de 1944. Empero, el clima anímico y espiritual entre la gente de la ciudad, en sus creencias más profundas, era exultante. Se tenían esperanzas en el futuro del país y en especial en el de esta ciudad, pese de la inflación y los parciales racionamientos en algunos comestibles y la masa. Había trabajo para la mayoría de la población citadina, aún para las numerosas familias provincianas recién establecidas en la ciudad, que atraídas por las reales posibilidades de empleo, comenzaban a afluir masivamente hacia la capital.

En sus tiempos de ocio, las huestes proletarias de la época solían reunirse en las prolíficas y concurridas cantinas y pulquerías de la ciudad, bautizadas por el ingenio popular: El haz por venir, Los sabios sin estudio, El abrevadero de los dinosaurios, Los chupamirtos, El recreo de las zorras, El farol de los naufragos, El Chin Chun Chan, Veéme bien, Tumbaburros y otros nombres del mismo tenor. Y al igual que sus congéneres de nuestros días, enfrascábanse en apasionadas y sapientes deliberaciones acerca de las hazañas y fracasos de sus ídolos en turno: *Los Once Hermanos* del Neca-xa; *Los gachupines* del Asturias; *El Equipo del Pueblo*, el Atlante de Juan Carreño, *El Chaquetas Rosas* y de *Mi General* Núñez. Si de box se trataba, no podía pasarse por alto, desde luego, el *oper* izquierdo contundente del *Kid Azteca*, que le permitió mantenerse ¡por once años consecutivos! como campeón de los pesos *welter*.

La radio y el cine hechos en México —como gustan repetir quienes siguen puntualmente aquello de “todo tiempo pasado fue mejor”— tenían por esos años del ávilacamachismo, momentos de vitalidad y creatividad nunca antes vistos. Las radiodifusoras XEW y XEB —cada una con su grupo de artistas en exclusiva—, disputábanse el *rating* y el favor de la audiencia. El género ranchero todavía era del gusto de los cosmopolitas capitalinos; aunque, naturalmente, gozaba de mayor raigambre entre las familias de origen provinciano. La malograda y grande Lucha Reyes, quien se suicidaría en 1944, tenía un lugar preeminente entre los intérpretes de ese género musical. Además de ella, el público aficionado seguía en presentaciones personales o en acetatos, cuya industria cobraba impulso, a cantantes como Los hermanos Huesca, a Los Tariácuri, Pepe Guízar, Jorge Negrete y al trío Los Calaveras, entre tantos otros.

Al lado del género vernáculo, alcanzaba momentos culminantes no superados hasta ahora, la canción romántica, de carácter y sabor más urbanos, que dejaba atrás las resonancias bélicas de la música de la generación anterior —la que hizo o padeció directamente la



Revolución—, para entregarse plenamente sólo a la violencia de las pasiones. Destacándose la inspirada y fecunda María Greever, los compositores Agustín Lara (a quien, según versiones de la época, la Secretaría de Educación Pública le tenía prohibido la difusión de algunas de sus composiciones en las escuelas, por considerarlas obscenas), Gonzalo Curiel, Lorenzo Barcelata, Mario Talavera, Alfonso Ortiz Tirado, Jorge del Moral, Alfonso Esparza Oteo, Alberto Domínguez, Chucho Monge, el tingüindense Miguel Prado, el maestro Juan S. Garrido, y los exponentes de la trova yucateca: Ricardo Palmerín, Emilio Padrón, el vate López Méndez y Guty Cárdenas (asesinado años atrás en el bar Salón Bach). Todos ellos conformaron un movimiento dentro de la música popular mexicana, a través del cual lograron recrear, con fineza y sentido poético, las formas de la relación amorosa vigentes en su tiempo, y configurar de esta manera la sensibilidad y educación sentimental del mexicano de la época.

Los trovadores de ese movimiento sustentaban un sello personal característico, pues la industria del *star system* autóctono conservaba aún perfiles artesanales (antes de entrar a las formas contemporáneas de producción en serie y productos uniformes y desechables), que les permitía —y más aún, se les exigía— a los artistas de la época desarrollar, en la decantación de su estilo, su individualidad y creatividad personales. Entre esos intérpretes se contaba, en los años cuarenta del siglo pasado, para desvelos, obsesiones, ansiedades e imposibilidades de aquellas jovencitas pre-rocanroleras, y por tanto discretamente excitables, al galán Emilio Tuero, Fernando Fernández, *La voz de seda* de Juan Arvizu, Genaro Salinas, Pedro Vargas, Antonio Badú, Nicolás Urcelay, Néstor Mesta Chaires, Vuelo Rivas y varios más. De manera paralela, y por el lado femenino, se encontraban las cantantes también de moda: la jarocho Toña la *Negra* (la intérprete cuasi oficial de la obra agustínlarista), Ana María González, la guapa Lupita Palomera, Las hermanas Landín y la enigmática Elvira Ríos.

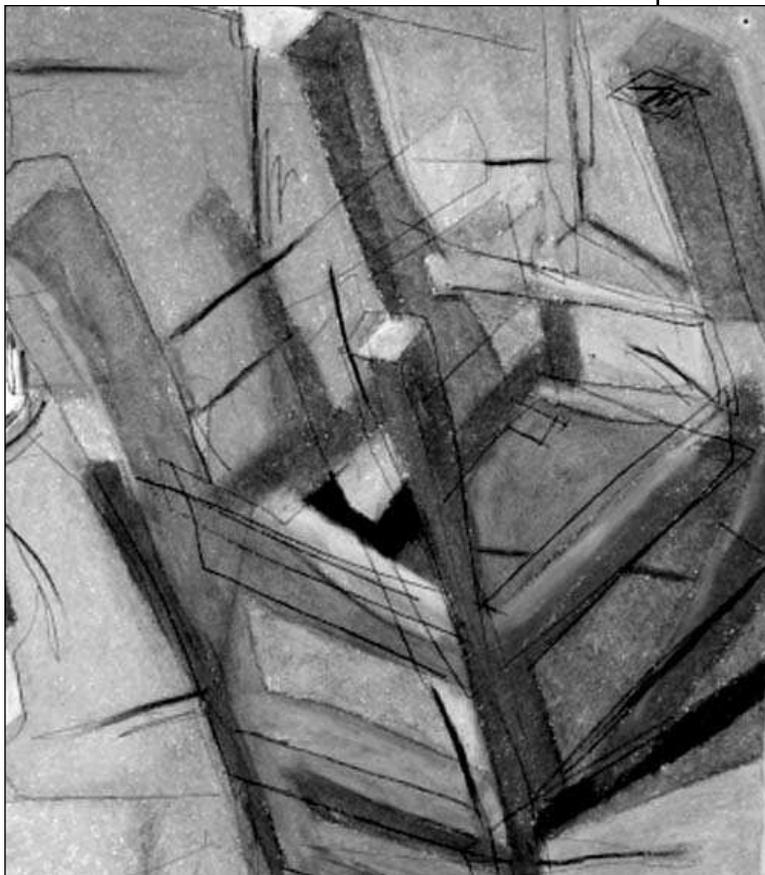
Al mismo tiempo, y para combatir la melancolía y conjurar las malas noticias provenientes del mundo en guerra, hicieron su aparición en México, ¡cual debía de ser!, las grandes orquestas a lo Glenn Miller y de música

afroantillana, que hacían concurridísimos los salones de baile donde se presentaban, como Los Ángeles, El Brasil, El Colonia, El Smyrno-Club y El Simar. Orquestas como las de Luis Alcaraz, Larry Son, Maya, las cubanas de Absalón Pérez y de Consejo Valiente, mejor conocido por Acerina, gozaban de gran popularidad.

En lo que se refiere al cine nacional, éste pasaba igualmente por buen momento, con gran aceptación aún entre las clases medias y altas, usualmente consumidoras del cine de importación. En 1944 tenían especial reputación Emilio *El Indio* Fernández, quien con sus películas *La Perla*, *Río Escondido*, *Maclovía*, pero fundamentalmente con *María Candelaria*, logró reconocimiento en el ámbito internacional. Julio Bracho con *Distinto amanecer*, demostró la compatibilidad entre la corrección cinematográfica y una temática política-social interesante: la lucha de un grupo de trabajadores de un poderoso sindicato nacional, en contra de la corrupción y los malos manejos de su dirigencia; ambientada en el contexto urbano —el barrio y el imprescindible cabaret— del México de esos días.

Germán Valdez, *Tin Tan*, comenzaba a figurar en su versión estilizada del pachuco: el traje guango y estrecho en los tobillos, la camisa floreada y su sombrerito con pluma en los costados, reclamando estatus en el barrio por “parlar en espanglés” y bailar *swing* y *cha cha chá*. Él, junto con el peladito de *Abi esta el detalle* del *Cantinflas* inicial, constituían las dos propuestas más significativas en el gusto popular que ofrecía el cine nacional, en la recreación de algunos de los tipos, que según él, poblaban nuestros barrios y colonias proletarias.

Los prototipos sociales, las imágenes deseables, provenían, sin embargo, predominantemente de la clase media, que con la expansión de la burocracia pública y privada y los servicios, posibilitaron su crecimiento y una buena base material en que sustentar sus ambiciones de ascenso social, y de aspirar a su manera y alcances, es decir, en su versión subdesarrollada, al *American way of life*, desde entonces su espejo y obsesión. Los holgados trajes de casimir de medio pelo y de tufo oficioso habían reemplazado, en la iconografía de la época, al overol ferrocarrilero y a los sombreros de palma del cardenismo. En la moda femenina, por otro



lado, se generalizó el uso de los sacos con hombreras estilo “Mc Arthur”, los zapatos con tacones altos y las medias hechas de *nylon*.

Las formas curvas prevalectan en el diseño de objetos y edificaciones, y para desasosiego del *Flaco de Oro*, Agustín Lara, seguíanse reproduciendo, de manera natural, en el cuerpo de su mujer “alabastrina”, “pervertida” y “aventurera”.

Si el cabaret era por excelencia el principal centro de reunión social y erótica de los noctámbulos capitalinos, para su imagen diurna y “decente” —la versión chilanga de *Mr. Hyde and Mr. Jekyll*—, disponían de los numerosos cafés que se establecieron en la ciudad, principalmente en el Centro Histórico. Al lado del clásico café de chinos aparecieron, en los cuarenta, los de los españoles inmigrantes: Do Brasil, La Habana, Kikos, Campoamor, Fornos, Chufas y el desaparecido de la calle de Bolívar El Tupinampa (hoy transformado en sucursal bancaria), entre otros.

En los periódicos de la época, en lo que a noticias nacionales se refiere, se reportaba la muerte del compositor Ricardo Palmerín y la fundación de varias institu-

ciones públicas y empresas, entre ellas el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec, el Instituto Nacional de Cardiología y por la iniciativa privada Altos Hornos de México. Se publicó en el *Diario Oficial* el decreto que autorizaba el régimen del Seguro Social obligatorio, que produjo olas de protestas entre los trabajadores por el descuento de cuotas y los mediocres servicios, que llegaron hasta la toma de fábricas. En compensación, para los hombres del campo se creaba un Fondo Nacional de Garantías Nacionales.

En el México de esos días conocí y frecuentaba a un viejo librero, de origen provinciano, procedente de su natal Michoacán haría treinta años atrás. Dedicado a la venta de libros y revistas de segunda mano en el antiguo mercado de El Volador, era conocido por los demás puesteros con el apodo de *El zapatista*, debido a “sus ideas extravagantes y espíritu de agitación”,² y por su papel como protagonista y testigo de los acontecimientos vividos por los

habitantes de la capital durante la Revolución Mexicana; y de quien no se supo más después de la desaparición de ese mercado, a principios de los años cuarenta del siglo pasado, para construir en su lugar el edificio de la Suprema Corte de Justicia. Reaparecería, persistiendo en su oficio, en una pequeña librería de la calle de San Salvador casi esquina con Aldaco. Se trataba de don Francisco Ramírez Plancarte.

En la confusión casi interminable de establecimientos de todo tipo y de cantinas, se hallaba de manera casi recóndita su nuevo local. Consistía éste en una doble accesoria apenas iluminada por una luz amarillenta. En el primero de los cuartos, ocupando una gran parte del estrecho espacio se encontraba, en el centro, una mesa de patas bajas tapizada de los libros y revistas que es de suponerse serían los de mayor circulación y venta. En sus costados —conteniendo polvorientos volúmenes de pastas gruesas— estaban colocados estantes de madera. Obstruían la entrada dos grandes mamparas que

² Miguel Ángel Peral, *Diccionario biográfico mexicano*, México, PAC [1945], p. 670.

exhibían las novedades del negocio. Finalmente, al fondo, estaba situado el mostradorcito detrás del cual Ramírez Plancarte despachaba. La segunda pieza, más amplia, era utilizada como bodega. Trasmirando humedad y más sombría que la anterior, estaba dispuesta en forma laberíntica, atestada de libros en ordenada anarquía, y para cuya localización el propietario utilizaba croquis especiales, que tenían por mojoneras los platitos de colores llenos de veneno para las ratas, que, seguramente tan luego como don Francisco abandonaba el local por las noches, hacían de las suyas, en festín y orgías interminables, en aquella selva de papel apergaminado.

La modestia del negocio y del traje desmentía el hecho de que Ramírez Plancarte era autor de por lo menos dos libros publicados y colaborador ocasional de los periódicos de la capital.³ Había nacido el 29 de enero de 1886, en la criolla, pro conservadora y beata ciudad de Morelia, Michoacán.⁴ De piel apiñonada y mediana estatura, la vehemencia de su carácter contradecía la sobriedad inicial de su persona, pues tan pronto como tomaba la palabra, gustaba explayarse en sus opiniones —llevado de su ser extrovertido y apasionado—, principalmente cuando se trataba de hablar de la Revolución, y en general de materias políticas, transformando la plática en un intenso monólogo que no dejaba decir ni “mú” a su interlocutor en turno. Por su carácter fuerte y expansivo —en contrataste con el usual trato afable e indulgente de sus coterráneos— y el color de la piel, pensaba siempre al verle que se trataba de “un moreliano atípico”.

Según algunos de sus biógrafos, cuando joven, don Francisco participó en la fundación de la Casa del Obrero Mundial, y durante la Revolución constitucio-



nalista militó en las “falanges obreras”, que esa organización dispuso en apoyo de la facción y gobierno carrancista.⁵ Una tarde del otoño de 1944, que resultaría a la postre la vez última que hablaría con don Francisco, pues sin sospechar lo que el destino dispone, ocurrió su deceso, fue la oportunidad de aclarar de viva voz ésta y otras cuestiones importantes de su vida. Invitándome a sentar en una silla tan desvencijada como el resto del escaso mobiliario, comenzamos a charlar. Le pregunté inicialmente sobre la marcha del negocio.

—Mal, como siempre. Ya sabe que con la excepción de unos cuantos vivir de la cultura en este país es condenarse a la perpetua penuria. Casi ni me dedico a vender libros, más bien me la paso departiendo con la clientela y amigos que, como usted, me visitan de tanto en tanto. Mejor me hubiera dedicado a cantinero, psicólogo, peluquero, ¡qué sé yo! Ganan más, tienen más clientela y no descuidan la brega al mismo tiempo que hablan con la gente. Pero qué le vamos a hacer, éste es el oficio que el destino dispuso para mí. Bueno, ya tenía una

³ Uno de los libros es *La Ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista*, 2ª ed., México, Botas, 1941, p. 598. Las citas contenidas en este trabajo fueron tomadas de dicha publicación.

⁴ Miguel Ángel Peral, *loc. cit.* y Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*, Edición facsimilar de la de 1935, México, INEHRM, 1985, p. 175.

⁵ *Loc. cit.*



temporada más o menos larga de no verlo, como a tantos otros desde que me cambié para acá. ¡Cómo se pasa el tiempo de veras, cuatro o cinco años de eso! Pero dígame, ¿qué le interesa saber en esta ocasión acerca de la capital en aquellos días de la Revolución, si está en mí contarle algo, verdad?

—Hum... primero quisiera que me contara algo de su persona y familia, pues se dicen muchas cosas de usted, que quizás convendría aclarar.

—Pues, de mí no tengo gran cosa que decir —me dijo sin mucha convicción— pero si usted quiere... Ya sabe que soy michoacano, de Morelia. Muy joven me trasladé con mi mujer para acá, la capital. Mi primer vástago nació allá por 1915 en plena Revolución constitucionalista. Desde mi llegada a México siempre me he dedicado a lo mismo, a la venta de libros viejos. Primero en locales de Donceles, la avenida Hidalgo... después ya me instalé permanentemente en El Volador, hasta que lo quitaron. Durante la Revolución, por mis ideas políticas participé activamente en la fundación de la Casa del Obrero Mundial, y siempre —hasta la suspensión de sus actividades en 1916, debido a la fuerte

represión del gobierno de Carranza en contra de los trabajadores, no importando el valioso apoyo que nuestra organización le ofreció en momentos cruciales para su causa—, defendí y propalé a mi modo las ideas libertarias de la Casa, ya en alguna comisión o como simple militante, entre mis amigos, conocidos o aquí mismo en mi trabajo. Como ve usted algo modesto, pero sin claudicaciones ni oportunismos.

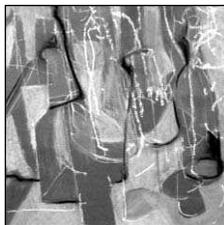
—Pero dígame don Francisco, ¿participó usted en aquellas columnas obreras que como dice apoyaron a Carranza en contra de las fuerzas de la Convención?

La conversación la había sentido fluida, animada, hasta aquí, pero ante esta pregunta don Francisco guardó un momento de silencio, pensativo, como reticente a responderme.

—Pues... sí, efectivamente, me inscribí en las brigadas que mi organización acordó en apoyo del constitucionalismo, pero más bien por acatar la voluntad mayoritaria de mis compañeros que por convicción propia. Fue un asunto muy

discutido en nuestra organización. Inclusive hubo compañeros que se pasaron al bando contrario del carrancismo, como Soto y Gama, quien jugaría un papel destacado en los trabajos de la Convención reunida en la ciudad de Aguascalientes, como portavoz del zapatismo. Otros, igualmente minoritarios, se negarían rotundamente a cualquier componenda con ninguno de los grupos revolucionarios. En lo que se refiere a mí, pues... no me tocó ir a Celaya a combatir las tropas villistas, ni tampoco a Veracruz, donde se hallaba establecido el gobierno encabezado por Carranza. Me quede aquí, en la guarnición de la ciudad. Eso fue bueno para mi familia, pues como le dije, había nacido nuestro primogénito en 1915. Aunque muy poco pudimos darle ante el hambre generalizada y los padecimientos sin cuento que se abatieron sobre la población de la ciudad ese terrible año. Pero al menos no dejé totalmente desamparados y en el arroyo a los míos.

—Según me han dicho a usted le dicen *El zapatista*. ¿Cómo hizo compatible el apodo con su pertenencia a una organización que no se caracterizó mucho que



digamos, con la excepción de contados líderes como usted acaba de mencionar, por sus buenas migas con las fuerzas revolucionarias campesinas, a quienes incluso combatió en determinado momento?

—La verdad es que eso del *zapatista* me lo puso la gente mucho después, gente conservadora, por no decir reaccionaria, que en todos lados anda viendo moros con trinchetes. Lo cierto es que en aquellos días de la Revolución constitucionalista, las ideas que tenía del zapatismo no eran muy favorables que digamos, y esto se lo digo con toda franqueza, conforme a lo que verdaderamente pensaba entonces, y no como se hace ahora, sobre todo en los corrillos académicos u oficiales, que cubren con incienso la imagen del general Emiliano Zapata y a su movimiento, por aquello de que “el mejor indio es el indio muerto”, o “a toro pasado...”.

—Pero don Francisco, vamos, cuénteme su parecer al respecto.

—Pues ya que me obliga usted, se lo digo sin tapujos: “...mal trajeados y peor compenetrados de los anhelos manumisores, representaban a la Revolución fétida del huarache, agobiada por la miseria y embrutecidos por la ignorancia, el alcohol y las supersticiones, ya que el término medio o sea el mestizaje exquisitamente culto, iconoclasta y con fuerte espiritualidad renovadora que había, era muy insignificante quedando neutralizada su acción revolucionaria, política, legislativa y militar, por la inercia de aquella mesnada atiborrada de prejuicios que aún no había logrado incorporarse ni siquiera a la retaguardia de la civilización”.

—¡Caramba don Francisco, sí que usted pensaba negativamente de los zapatistas!

—No sólo yo, “toda la población de la Ciudad de México en las ocupaciones de las fuerzas zapatistas de ella, fue testigo de los numerosos grupos de zapatistas formando corro, se sentaban o semiacostaban en la banqueta de las avenidas entregados a jugar albuces y a embriagarse. Muchos de ellos con sus barraganas, también borrachas, abrazados y a quienes con gran escándalo de los transeúntes obscenamente manoseaban y acariciaban. Más no todo era eso, ¡qué va! Cuando les venía la necesidad de orinar o exonerar, lo hacían desvergonzadamente, públicamente. Para esto último escogieron el atrio y el costado poniente de la Catedral.

¡Ah cómo estaban aquellos sitios! ¡Horror! Solo el recordar siento náuseas. La moral y las costumbres se rebajaban y la civilización se avergonzaba”.

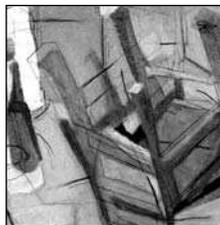
—¡Vaya don Francisco!, parece que usted si les tenía inquina a las pobres huestes zapatistas, da la impresión que quisiera desvirtuar a toda costa esas bellas imágenes de las columnas armadas de nuestros campesinos seguidos de sus fieles y solidarias soldaderas, y que a las generaciones que ya no nos toco vivir esos acontecimientos, nos proporciona el cine de estos años, ¿nos quiere echar a perder el cuadro, verdad?

—¿Pus no que quería saber lo que realmente pienso de esos asuntos? ¡Y lo que me tocó ver a propósito de las soldaderas, especialmente de las zapatistas!: “la corrupción de costumbres que observaban cuando ocuparon el patio del Palacio Nacional y del Ayuntamiento, incluso el portal del mismo, en forma peor que como lo hicieron las soldaderas carrancistas, pues los emplearon para defecar, sirviendo de mingitorios las columnas del Portal del Ayuntamiento, así como las pilastras de ambos palacios. No dudando que éstas soldaderas excedieron toda ponderación de inmoralidad y porquería, porque además que traían sus ropas tan desgarradas de puro pringosas, dejando entrever algunas de ellas sus partes pudendas, el feo y repugnante aspecto que presentaban corría parejo con sus costumbres licencias o inmorales, convirtiendo aquellos sitios en hervidero de piojos, chinches y otras sabandijas, dedos les faltaban para quitarse los indecentes parásitos. Cuando llegaba la noche en el Zócalo, en los que fueron sus jardines, se llenaban de innumerables parejas de zapatistas y sus soldaderas, las que sin ninguna preocupación se entregaban a actos libinidosos con tan impúdico cinismo... como si estuvieran en los prostíbulos de su bucólica ciudad de Cuautla”.

—¡Ah que zapatista me salió usted don Francisco!, tan escatológico y mocho como sus paisanos (pensaba entre mí que en esto sí le salió lo típicamente moreliano).

—¿Qué quiere usted que le diga entonces?, me dijo endureciendo el tono y la mirada.

—Tranquílcese don Francisco, sólo lo digo porque no deja de sorprenderme la originalidad de sus observaciones (le dije tratando de distender su actitud, que de pronto parecía tornarse áspera, y con ello a echar a



perder la conversación, absteniéndome entonces de expresar toda opinión). Pasando a otra cosa, según tengo entendido, ya ha publicado dos libros: *La Ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista* y *La Revolución y el actual Ejército*. Tratándose del primero, que es el que me interesa, ¿qué le motivó a escribirlo?

—(Don Francisco con estas últimas palabras pareció recobrar un poco su inicial buena disposición para continuar la plática): “...[pues] de que se conozcan desde un punto de vista ‘independiente’, es decir, exento de prejuicios y animosidades [aunque usted no lo crea, por lo que veo], tanto los acontecimientos históricos que durante la Revolución constitucionalista conmovieron intensamente a la capital, como a los principales actores que en ellos participaron..., para evitar que la opinión popular de aquel tiempo infausto quede ignorada o deje de figurar en las páginas de nuestra historia, ocupando en ella el lugar que justamente le corresponde”.

—¿Piensa usted que en lo publicado hasta ahora no se han cubierto esos dos objetivos que menciona?, insistí.

—“...[Así es] no han sido relatados los que se refieren a los sucesos en la opulenta, aristocrática, bulliciosa y grandemente heroica y mártir Ciudad de México durante los turbulentos y sombríos días en que las facciones constitucionalista y convencionista, en pugna por el poder, se la disputaban como magnífico botín de guerra y aprovechamiento..., que interprete la impresión que causaron en el ánimo de la clase social más humilde y sea la exacta expresión, el real y positivo reflejo de ellos, de este buen y noble pueblo”.

—Antes de que pase a narrar algunos de esos hechos, quisiera preguntarle algo de la etapa previa, que desencadenó precisamente la Revolución llamada constitucionalista, esto es, El Cuartelazo y posterior gobierno del general Victoriano Huerta. ¿Es cierto, como he oído decir, que éste contó con una buena base social de respaldo, a despecho de la versión oficial sobre aquellos acontecimientos?

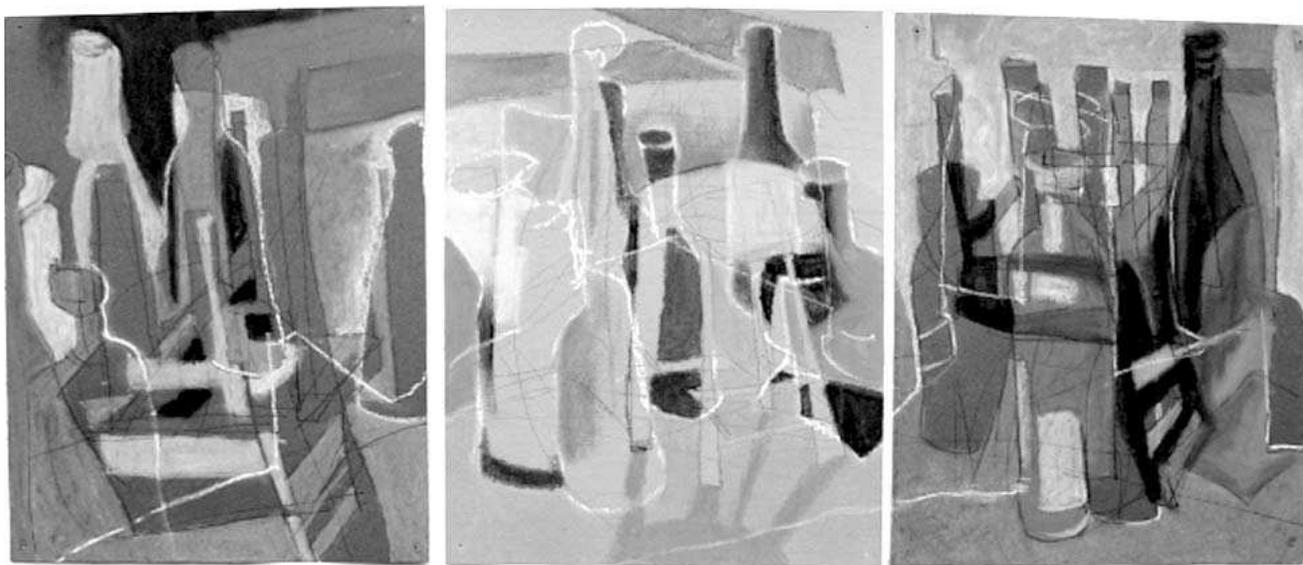
—“[Sí con] la complicidad cínica del clero, de la burguesía y de la burocracia, y el servilismo de la prensa, con Salvador Díaz Mirón y Alfonso del Toro a la cabeza. [En cambio, para el pueblo significó] la muerte,

la prisión y la consignación a las filas. La cólera popular exasperada por la leva y la actitud agresiva de los huertistas, pero sobre todo los fusilamientos de simpatizadores de la Revolución se desbordó incontenible”.

(Ante el avance imparable de los ejércitos revolucionarios, Huerta dejaría el poder, al salir del país el 15 de julio de 1914 para refugiarse en Estados Unidos. Al mes siguiente, el 15 de agosto, el Ejército Federal desocuparía la plaza de la capital).

—Supongo que con la victoria del constitucionalismo y su entrada triunfal en la Ciudad de México, al día siguiente de la salida de las tropas federales, se modificó sustancialmente esta situación anómala para la población de la ciudad, ¿o no?

—¡Ah cómo es usted de ingenuo!... pues era de suponerse que cambiaran las cosas, pero “si en los primeros días del arribo de las tropas revolucionarias los jefes, los oficiales y tropa comportáronse con cierta mesura y corrección con los civiles, poco tiempo después, empezaban a menudear en las calles, cantinas y demás centros de vicio, escándalos y zafarranchos en que saliendo a relucir pistolas y marrazos, sacaban las más de las veces la peor parte los civiles muy especialmente aquellos que en nada se metían. Por tal motivo, exacerbaron la vieja pugna de supremacía entre militares y policías, llegando a ser la pesadilla diaria, pues entonces por cualquier insignificancia se armaba la de ‘Dios es Cristo’ entre unos y otros. Y si a lo expuesto, se agrega que las garantías individuales ya muy quebrantadas o mejor dicho nulificadas por el anterior gobierno, estaban completamente abolidas con la supresión de los tribunales y juzgados, y sobre todo por encontrarse sometida la ciudad a un régimen estrictamente militar puesto que la ley marcial seguía aplicándose con todo rigor, emanándose del cuartel general todas las disposiciones, aun aquellas que por su carácter administrativo pertenecía su observancia a las autoridades del orden civil, se comprenderá entonces la triste situación a que había llegado la población. Tal cosa trajo como consecuencia una fuerte depresión en el ámbito público, tanto más si se añade que en las pocas oficinas gubernamentales que entonces funcionaban, tenían preferencia los militares y sus familiares, quienes a cada momento proferían las peores injurias contra los civiles a los que



calificaban despectivamente de *maletas* y cobardes, por no haber tenido los tamaños suficientes para haber empuñado una arma y haberse lanzado a la *bola*".

—Bueno, y esta actitud de la tropa con los civiles, ¿era avalada por los altos jefes revolucionarios?

—¡Claro!, seguían lo expresado por el propio Carranza en su crítica a los habitantes de la ciudad cuando dijo: "no tienen excusa los hombres que pudieron cargar un fusil y que se abstuvieron de hacerlo por temor de abandonar sus hogares. Yo abandoné a mis hijos huérfanos y como sé admirar el valor, cedo mi pistola a la señorita Arias que es la única digna de llevarla".

—¡Vaya si estuvieron duras las palabras del Primer Jefe para los habitantes de la ciudad!, ¿justas?... Pero don Francisco cuénteme, ¿ya en ese momento de la primera ocupación de la ciudad por las fuerzas revolucionarias empieza a manifestarse la hambruna a la que aludió usted al inicio de esta plática, y que junto con la opresión político-militar de la vida civil, constituyeron los mayores padecimientos de la población?

—No, todavía ese fenómeno tan terrible no hacía su aparición, pero sí algunas de sus condicionantes, ya que "el malestar popular intensificado, precisamente por la escasez y la carestía, al ver que no se procuraba resolverlo, empezó a manifestar un sentimiento de escepticismo: más aún cuando ya también la moneda metálica la ocultaban rápidamente y los billetes y cartones, estaban siendo despreciados, no obstante que pocos días antes con el alborozo y la novedad, todos

disputábanse su posesión y asimismo muy a pesar del carácter de circulación forzosa que tenían".

—Ante esta situación, en que rápidamente iba socavándose el nivel de vida la población, ¿no hubo reacciones en la gente, digamos, entre los grupos de trabajadores organizados?

—Sí, como no, estallaron varias huelgas entre los obreros, la más señalada fue la llevada a cabo por los tranviarios el 8 de octubre de 1914, "secundada por los cocheros de carruajes de alquiler, paralizando todo el tráfico y ejecutando los huelguistas actos de sabotaje en los carros y coches abandonados, atacando a los esquiroleros y teniendo en los encuentros con la policía, algunas víctimas, resultando asimismo que el comercio cerrara sus puertas y la población se alarmara".

—¿Y cuál fue la respuesta del gobierno revolucionario?

—El gobierno carrancista fue muy hábil. Aplicó la requisa de la empresa de tranvías. Una vez que estuvo frente a los trabajadores en huelga como su patrón temporal, se mostró flexible en la respuesta a sus demandas. Esta flexibilidad se entiende por la situación particular en que se encontraba el gobierno constitucionalista en ese momento, a punto de romperse las hostilidades entre las fuerzas revolucionarias, a raíz del fracaso de la Convención que se llevaba a cabo por esos días en la ciudad de Aguascalientes. El gobierno de Carranza no iba a abrir otro campo de batalla más. En este caso con la clase trabajadora urbana, del que ya tenía inminente con los ejércitos campesinos, verdá.



—Bien don Francisco, no pretendo cansarlo con una relación puntual de los principales hechos ocurridos entonces. Mejor sería que me hiciese el favor de relatarme sus impresiones más vivas de lo que significaron éstos en los habitantes de la ciudad, por ejemplo...

—¿La hambruna del año 1915?

—Sí, si usted quiere. Pero antes de que me diga algo al respecto, ¿a qué cree que se debió su aparición?

—Pues Roque González Garza, quien sucedería a Eulalio Gutiérrez en la presidencia de la Convención, la atribuyó “a la carestía de los víveres [debida] a la inflación del peso o papel moneda, deficiencias en la distribución y transporte, y las confiscaciones [que] los jefes revolucionarios hacían a los introductores de tales artículos”. A lo que habría que añadir —y esto se le olvidó mencionar al general González Garza, tal vez por su actitud blanda frente a ellos— “la especulación y ambición de enriquecimiento a costa del sufrimiento del pueblo por parte de comerciantes y almacenistas de las cosas de primera necesidad. No en balde serán el blanco del resentimiento y la ira popular, del todo justificables, por tales procederés”.

—¿Cuáles son sus recuerdos de aquellos aciagos días? Así como vengan a su memoria...

—Pues... “Allá en los suburbios, donde vive, o mejor dicho vegeta, la gente pobre, donde en los tiempos tan cacareados ‘normales’, y con más razón en los que no lo son, se carece de todo servicio de higiene, de alumbrado, de agua, de policía y de toda consideración social; barrios en lo que no se puede decir que son a semejanza de bacterias o colonias de bacilos, en que por verdadero milagro se respira y vive, sino que en efecto lo son, la gente formando grandes ‘colas’, aguardaba resignadamente, con el cuerpo desfallecido, la mirada triste y opaca y el hambre retrasada en sus terrosos semblantes, a las puertas de los molinos de nixtamal... para hacer unas ‘gordas’ que embarradas con chile, serían el único alimento por todo el día.

“El hambre del pueblo, se extremó de una manera tan intensa, que en las barriadas, no pocos eran las personas que caían desfallecidas, viéndose cómo multitud de individuos indigentes levantaban del suelo las cáscaras de fruta, que, no obstante estar impregnadas de

tierra, se llevaban ansiosa y vorazmente a la boca; otros, provistos de un palo, escarbaban afanosamente los grandes montones de basura que rodeaban los mercados, con la esperanza de encontrar algunas de aves, frutas, legumbres, vísceras, aunque fuera en estado de putrefacción, con tal de aplacar el hambre devoradora que sentían.

“Los gatos fueron el ‘chivo expiatorio’, ya que condimentados en barbacoa, todo mundo se los comía, no quedando uno en la ciudad. En algunos corrales de apartadas barriadas, sacrificábanse perros, burros, mulas y escaúlidos machos y jamelgos cuya carne era rápidamente vendida, sin que nadie pretendiera averiguar a qué animal pertenecía, o si éste había estado sano. Tal era el hambre que devoraba a la población. De los hospitales lanzaron al arroyo a los enfermos; de la Castañeda los dementes y de los asilos y orfanatorios a los infelices que en ellos había, por carecerse de elementos con que mantenerlos. Los asaltos lleváronse a cabo a la luz de día, multiplicándose por todas partes. Muchas jóvenes púberes, casi niñas; mujeres agraciadas; semijamonas otoñaes; jamonas invernales y hasta viejas infernales, cínicamente sin ningunos circunloquios ni escrúpulos, ofrecían sus favores con tal de satisfacer el hambre.

“La desesperación por adquirir víveres extremase hasta el grado de que en pleno día y en las calles más céntricas se asaltara a las personas que llevaban ayates, costales, canastas, en que se suponía transportaban cereales. Las colas en las puertas de las panaderías y molinos de nixtamal tomaron un carácter tumultuoso, registrándose, por disputarse el lugar, riñas sangrientas entre los que las forzaban.

“El número de muertes ocasionadas por el hambre y de los que se suicidaban por no poder resistir tan terrible situación elevóse casi igual, al de los que a resultas de agudas crisis histéricas y nerviosas o de padecimientos del aparato digestivo, sucumbían o enloquecían. Contraídos los primeros: a causa del intenso desasosiego en que estaban viviendo, y agravadas por las fatales nuevas de próximos combates que se suponía íbanse a desarrollar en el interior de la ciudad; y las segundas, como consecuencia de las mil adulteraciones aplicadas al pan, la leche y sobre todo la carne descompuesta y de animales impropios para la alimentación.

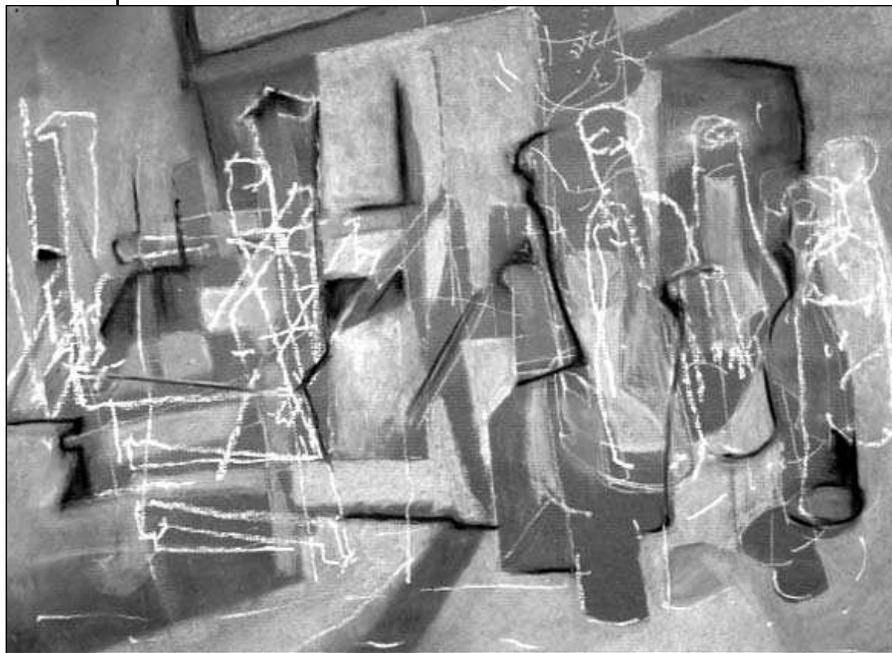
“Las beneméritas Cruces eran insuficientes para atender, no obstante tanta persona desmayada que había en las calles, sino, lo que era más grave (por el peligro que se desarrollara una epidemia) para recoger de las barriadas los innumerables cadáveres de las víctimas del hambre, que desde hacía tres días yacían abandonados, mucho de ellos en descomposición e infestando aún más el ya viciado ambiente con sus corruptos hedores.”

Finalmente, viene a mi recuerdo la “irrupción del pueblo en la asamblea de la Convención diciendo ‘tenemos hambre, queremos maíz, maíz’”. A lo que respondió el gobierno de la coalición villista-zapatista con algunas disposiciones que no llevaron a cabo por la misma situación inestable en el control político-militar del país, y en particular, el de esta ciudad.

Cabe decir que a ese gobierno de la Convención le cupo el triste papel de represor del pueblo hambriento de la Ciudad de México: el día 21 de mayo de 1915, “se desató una feroz [acometida] de la guardia zapatista en el Palacio de Minería [contra unas diez mil personas congregadas aproximadamente en el lugar], en donde se suponía iba a empezar la venta al pueblo de maíz con saldo de quinientos lesionados entre muertos y heridos”.

—Sí deplorable desde todos los puntos de vista fue la respuesta de un gobierno que decía representar y actuar en nombre del pueblo. Pero, aparte de esta acción censurable de los gobiernos revolucionarios, ¿qué otras medidas se intentaron implementar para atenuar el hambre de la población?

—Las respuestas fueron varias. Todas destinadas al fracaso, por la causa que ya le mencioné: desde las enérgicas disposiciones del general Obregón contra los comerciantes y acaparadores, exigiéndoles el 10 por ciento de sus existencias, para establecer expendios de artículos de primera necesidad en los barrios populares a precios bajos, y mandando la formación de una “Junta Revolucionaria de Auxilios al Pueblo” para hacer efectiva la medida, hasta las apelaciones al altruismo de los comerciantes, por parte del presidente de la Convención, el general González Garza.



—¿Qué medidas aprobó su organización, la Casa del Obrero Mundial, para mitigar la hambruna de la población?

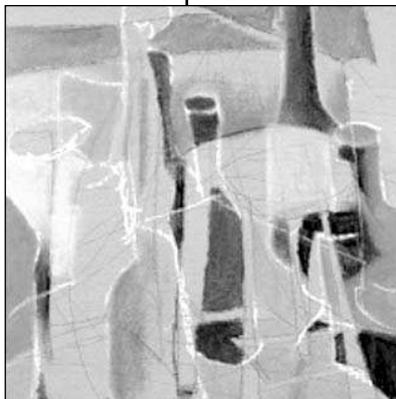
—Algunos edificios “que estaban en poder de los miembros de la Casa del Obrero Mundial, [como] el Colegio Josefino que tantas riquezas encerraba, y el templo de Santa Brígida, pero sobre todo el primero, algunos de los líderes de esta agrupación al ver la tremenda angustia en que se debatían las clases menesterosas, así como contemplar en el interior del citado colegio la enorme variedad de objetos y telas, invitaron y excitaron al populacho a saquear tales edificios lo que fue entusiastamente aceptado por éste, no dejando nada en pie, convirtiendo en leña todos aquellos muebles construidos con maderas finas que por en volumen era imposible cargar con ellos”.

—Aquí usted ha tocado un punto interesante, en que le confieso mi total ignorancia: el de los saqueos y motines populares en la ciudad. Don Francisco, ¿qué eran las llamadas “bolas”?

—Las “bolas” eran grupos de gente hambrienta en actitud amenazante de saqueos de comercio.

—Supongo que no quedó ahí la cosa, en amenaza solamente, sin que al parecer efectivamente se llevaran a cabo, ¿no es cierto?

—Pues “la miseria y el hambre habían llegado a tal grado en la capital que una mañana exasperado el vecindario porque las casas expendedoras de artículos de



consumo, a pesar de que se sabía positivamente que estaban especulando con ellos vendiéndolos ocultamente a personas de su íntima confianza a precios bastante elevados, decían no quedarles ya ninguna existencia, y también porque hasta los puesteros de los mercados estaban siguiendo semejante proceder que orillaba a la población a perecer de hambre, excitadísimo como llevo dicho por tan inaudito desenfreno de criminal ambición y egoísmo, empezaron a aglomerarse en los alrededores de la plaza de la Lagunilla, grandes grupos de personas comentando airada y acaloradamente la situación, apostrofando tan enérgicamente tanto a las autoridades como a los comerciantes, que la gente enardecida no pudiendo ya contenerse, en un momento, como impulsada por una fuerza incontrastable se precipitó en masa arrolladora al interior de dicho mercado así como a muchas tiendas de los alrededores que permanecían abiertas, las que saquearon a su sabor. Esta noticia propagada velozmente por la ciudad, fue el toque de atención, mejor dicho, de bota fuego para todos aquellas personas que enloquecida y desesperadamente andaban por las calles buscando comestibles, se apresuraron a ir a paso de carga a los mercados de San Cosme, la Merced, San Juan y Martínez de la Torre y los saquearon, lo mismo que todos los comercios y tiendas de los alrededores, siendo infructuosos los esfuerzos de los zapatistas para contenerlos”.

En otra ocasión, hacia el 25 de junio de 1915, “debido a la confusión e inseguridad pues, el poco comercio que aún permanecía con las puertas abiertas determinó cerrarlas, ocasionado con tal resolución el que los comestibles escasearan hasta el extremo de que mucha gente exasperada por el hambre, rompiera puertas de algunas tiendas y las saqueara, no obstante la granizada de balas que sobre ella enviaban desde las azoteas los propietarios españoles, secundados por sus dependientes de igual pelo y alzada”.

Se llegó a un punto en que se “agudizó sobremanera el hambre del pueblo de la capital y su exasperación de tal manera que se reprodujeron los actos de saqueo, ya con características de motín, ante la ausencia de

toda fuerza policial. Empezáronse a formar grandes grupos de gente que armada con piedras, garrotes y varillas de hierro, se dirigieron resueltamente, lanzando toda clase de improperios y denuestos contra el comercio y las autoridades, a los mercados y tiendas que encontró abiertas, los que tumultuosamente, golpeando a sus propietarios, saqueó, convirtiendo los almacenes en leña, la que se disputaron y repartieron”.

Y así, esa tarde del otoño de 1944, *El zapatista* continuó, encandilado, contándome los sucesos de la Ciudad de México en tiempos de la Revolución constitucionalista: la situación de la clase media y de las mujeres, de la inseguridad absoluta que por momentos padecieron sus habitantes, y muchas cosas más. Después de agradecerle la charla y el reencuentro, salí a la calle ya echada la oscuridad sobre la ciudad. Las aceras otrora bulliciosas en ese momento se encontraban desiertas, bajadas las cortinas de los comercios. Un ligero viente-cito frío golpeaba el cuerpo. Caminaba recordando algunas de las frases que me acababa de decir don Francisco, especialmente la última: “ante esta situación general de privaciones, de inseguridad personal y de padecimientos, la población del Distrito Federal, ya ni se acordaba por qué había sido ‘La bola’”. Me preguntaba cuántas generaciones de mexicanos, cuántos de connacionales no se habrían preguntado lo mismo desde entonces.

BIBLIOGRAFÍA

- Excelsior*, edición especial de su LXX aniversario, “1938-1947, edición coleccionable”, mayo de 1987.
- Garrido, Juan S., “Historia Musical de México”, programa radiofónico que se transmitía en la estación XEB, Radio México, 1220 kilohertz A. M. De las 17:30 a 18:00 horas con repetición de las 23:30 a 24:00 horas.
- Monsiváis, Carlos, “Agustín Lara. El harem ilusorio (notas a partir de la memorización de la letra de *Farolito*)”, en *Amor perdido*, 5ª ed., México, Era, 1978, pp. 61-86.
- Naranjo, Francisco, *Diccionario biográfico revolucionario*, ed. facs. de la de 1935, México, INEHRM, 1985.
- Peral, Miguel Ángel, *Diccionario biográfico mexicano*, México, PAC [1945].
- Ramírez Plancarte, Francisco, *La Ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista*, 2ª ed., México, Botas, 1941, p. 598.

Razón y proporción del Gran Teatro Nacional de Santa Anna

Sería en nosotros una temeridad, el pretender juzgar y decidir en una materia que nos es absolutamente extraña. Este juicio solamente corresponde a las personas que sean inteligentes.
L. E., 1844.¹

Obertura

En la segunda parte de su novela *Reconquista*,² Federico Gamboa sitúa a los personajes principales, Salvador y Carolina, en las calles de la Ciudad de México, durante un paseo nocturno: desde la plaza de armas siguieron por las calles del 5 de mayo,³ hasta encontrarse con las obras de demolición del edificio que en algún momento de sus 57 años de operaciones, llevó el nombre de Gran Teatro Nacional de Santa Anna:

Conforme adelantaban en la ancha vía solitaria, a su fondo divisaban, destrozada, la enorme mole del pobre Teatro Nacional, que echaban abajo para prolongar la avenida. Y visto a distancia lo que del imponente inmueble se conservaba en pie aunque a punto de caer, unas columnas por los suelos, en pedazos; gruesos cilindros de piedra junto a montículos de escombros y de tierra, en cuyas cimas titilaban las flamas diminutas de las linternas de aviso de los veladores; otras columnas en su sitio todavía, pero truncas, no sustentaban nada, ociosas y condenadas a rodar mañana y morder el polvo; vistos a los andamiajes destructores y a la luz de luna que más allá de pórticos y vestíbulos daba de lleno en lo que había sido sala y escenario, desolados también y también sembrados de escombros, de tierras, de vigías enormes que asomaban sus extremidades amenazantes y erectas, como bestias fantásticas que salieran

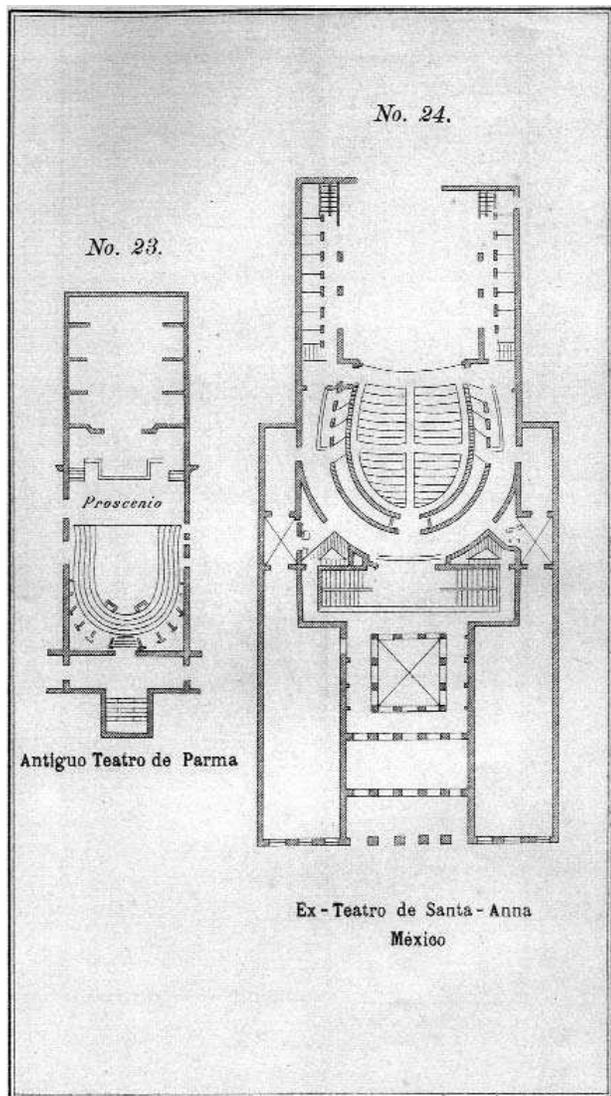
* Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, ENCyRM-INAH.

¹ L. E., "Gran Teatro de Santa Anna", en *El Museo Mexicano* (Ciudad de México), t. I, 1843-1844. Texto reproducido en Elisa García Barragán, "Lorenzo de la Hidalga", en *Del Arte Homenaje a Justino Fernández*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1977, pp. 203-226.

² Federico Gamboa, *Reconquista*, 2ª ed., México, Botas, 1937, pp. 276-277. Agradezco esta referencia bibliográfica al maestro Fausto Ramírez.

³ El acceso principal al teatro era por la calle de Simón Bolívar, entre las de Francisco I. y Madero y Tacuba; la fachada posterior daba hacia Filomeno Mata, entonces *Callejón de los Betlemitas*. El inmueble fue demolido a principios del siglo XX, para prolongar la Avenida del 5 de mayo hasta el Eje Central Lázaro Cárdenas, la antigua vía de Santa Isabel.





Adamo Boari, *Ex Teatro de Santa Anna, México, Antiguo Teatro de Parma, Planta baja del Teatro Nacional de Santa Anna, ca. 1902, Litografía, col. particular.*

calladamente de los removidos cimientos a disputar la inviolabilidad de sus viejos nidos; visto el conjunto todo de despiadada ruina que obligaba a pensar en las catástrofes y los siniestros que de tiempo en tiempo se descuelgan sobre las fábricas resistentes, y las arrasan: los terremotos, los incendios, las guerras; viendo aquello, según al término de la calle aproximábanse [...] Salvador se detuvo, y extendiendo su brazo libre, exclamó: —¡Esos somos nosotros, mira! ... Ruinas de nosotros mismos, pedazos de un edificio echado abajo por los golpes brutales de albañiles ignaros que pegan donde se les manda que peguen, y destruyen ciegamente, habituados a su labor impía, sin saber lo que hacen, sin oír los lamentos de lo que rom-

pen, sin curarse de las bellezas que aniquilan, de las tradiciones que destrozan, de los sueños que interrumpen... Si todas esas piedras y esas vigas y ese polvo pudieran hablar, oíríamos sus quejas, sus protestas, sus lamentaciones [...] Es que al polvo, y a las vigas, y a las piedras los hemos declarado insensibles, porque sí, por lo que declaramos tantas cosas, arbitrariamente, presuntuosamente, cuando nos conviene declararlo... Da tristeza ¿verdad?...⁴

En voz de Salvador Ortega, en la trama, profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes, el autor expresó su propio sentir y el de muchos otros capitalinos cuando, en el transcurso de 1901,⁵ vieron desaparecer un inmueble que en varios sentidos se había consolidado como un hito urbano.

La aproximación a buena parte del urbanismo y la arquitectura producidos en México durante el siglo XIX, en este caso en la primera dictadura del general Antonio López de Santa Anna (1841–1844), es posible únicamente a partir del análisis de las descripciones, los relatos, los dibujos, las litografías y las fotografías, ya que los vestíbulos, las escaleras monumentales, los salones y demás dependencias dejaron su lugar a otras formas de habitar, una constante de la vida en la ciudad. Soy de la opinión de que a pesar de no contar hoy con las envolventes, ni poder visitar los recintos para

⁴ Considero oportuno reproducir la totalidad del parlamento: "... ¿No te entristece a ti contemplar este esqueleto disforme que se resiste a que acaben con él?... ¿No te entristece que los hombres seamos tan implacables?... A mí, sí, y mucho, porque palpo que nuestra implacabilidad es mal sin remedio, que lo mismo la ejercitamos en las personas que en las cosas... Y desde que le dieron a este infeliz el primer barretazo, seguido luego de ciento, y de mil, y de millones que le han descargado y descargándole siguen, tonalmente si quieres, yo me afligí con él, y a los principios de la demolición propúseme estar viniendo a ayudarlo a bien morir, de lejos siquiera, como nos detenemos a ver una riña a mano armada, hasta que uno de los reñidores cae y el otro huye [...] Te decía, que estuve viniendo a presenciar el derrumbe, muy puntual; y los ingenieros, mis conocidos, simpatizaron con mi chifladura, colocábase en buenos lugares para que sin riesgos contemplara cómo podemos derribar y demoler lo que es mucho más grande que nosotros..." Federico Gamboa, *op. cit.*, pp. 277-278.

⁵ Para ampliar la información acerca de la polémica que suscitó la demolición del Teatro Nacional de Santa Anna, es conveniente consultar a Clementina Díaz y de Ovando, "El Gran Teatro Nacional baja el telón (1901)", en *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, México, D.F., XLIV, núm. 462, 1989, pp. 9–15.



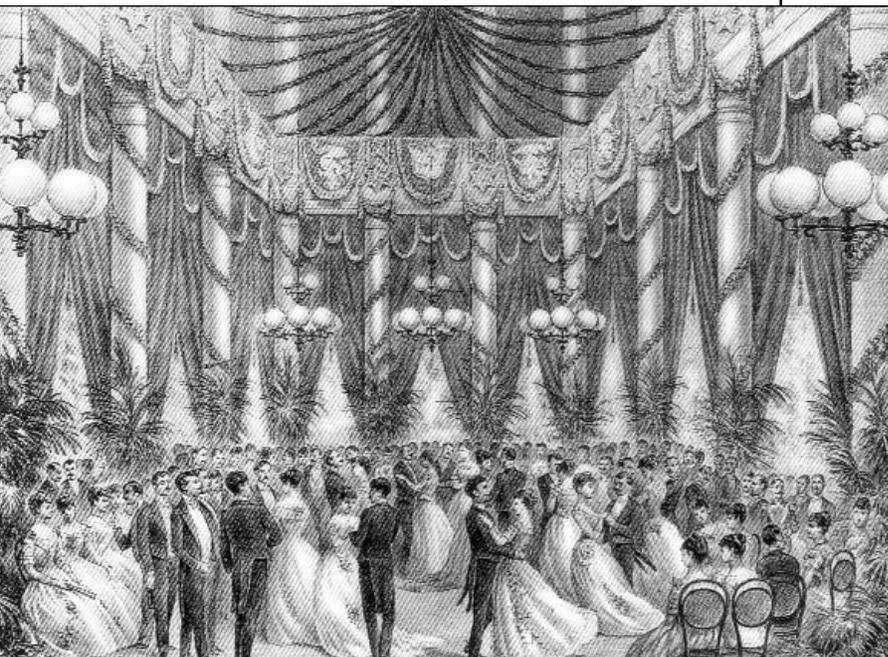
Pedro Gualdi, *Gran Teatro de Santa Anna* (Proyecto inicial de Lorenzo de la Hidalga), ca. 1841, Litografía, Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos-INAH.

establecer sus diferentes etapas constructivas, las fuentes documentales permiten reconstruir mucho de los propósitos que persiguieron tanto los hombres de negocios decimonónicos como los arquitectos académicos que contrataron. Más que limitarme a la mera enunciación de rasgos, pretendo acceder a la ideología de los actores sociales. Bajo este enfoque, me propongo emprender un recorrido por una obra arquitectónica que en palabras de Manuel G. Revilla fue: “el único edificio del México independiente, que por su magnitud e importancia y por la rara perfección con que llegó a ejecutarse, pudo competir con los admirables templos y palacios debidos a la Conquista”.⁶ Aunque esta comparación carece de sentido, dada la naturaleza innovadora que supuso la solución de un espacio teatral moderno, es destacable la temprana inclusión del Nacional de Santa Anna en la historia de la arquitectura mexicana.

⁶ Manuel G. Revilla, “Lorenzo Hidalga”, en *Obras. Biografías (Artistas)*, t. I, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1908, p. 31.

Primer Acto. Un empresario, un arquitecto...

Nuestro relato inicia en 1841, cuando el empresario español Francisco Arbeu y un arquitecto de apellido Moró, concibieron la idea de construir un edificio poli-funcional en la capital de una República centralista que sumaba apenas veinte años de existencia como Estado independiente de la corona española. El futuro inmueble daría cabida a un teatro y a un hotel; y además de dotar con un escenario propio a la compañía dedicada a presentar espectáculos extranjeros, tales como óperas y zarzuelas, se cubrirían dos notables carencias en el equipamiento urbano de la Ciudad de México, que en razón de la organización política vigente tenía que alcanzar y demostrar una superioridad absoluta respecto a las capitales de los antiguos estados, entonces departamentos. Un poderoso argumento en favor de la obra fue que varios teatros del interior poseían mejores instalaciones que los de la metrópoli. Por otra parte, después de la irremediable pérdida de la extensa provincia de Texas y de la separación de la península de



Anónimo, *Patio cubierto en el Teatro Nacional, 1891*, Taller litográfico de C. Montauriol y Compañía, 0.25 x 0.30, tomada de Gabriel Villanueva, *Las fiestas en honor del Señor General Porfirio Díaz*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1981.

Yucatán,⁷ resultaba impostergable demostrar hacia el interior —a las clases sociales que sí contaban— y hacia el exterior —básicamente a Francia y al Reino Unido—, que lo que quedaba de la nación —destinada, según Humboldt, a ser una gran potencia americana—, se enfilaba por el camino de la civilización, estadio que de acuerdo con el evolucionismo inglés se ubicaba en el extremo opuesto al que ocupaban las sociedades primitivas. Después de todo, y como argumento final, las representaciones dramáticas ejercían una influencia benéfica para la ilustración y las costumbres de los ciudadanos.⁸

Marcadas diferencias de opinión comenzaron a resquebrajar a la recién fundada sociedad mercantil: primero fueron asuntos de carácter financiero, y le siguió la función que debería resultar privilegiada, el escenario o las dependencias del hotel. La disolución llegó cuando Francisco Arbeu pidió a Lorenzo de la Hidalga

⁷ Yucatán se mantuvo separada de la Unión de 1837 a 1843.

⁸ "...cuál es la influencia que las representaciones dramáticas ejercen en la ilustración y en las costumbres". L. E., *op. cit.*, p. 212.

revisara el presupuesto elaborado por Moró. El académico —formado en San Fernando, de Madrid—lo encontró alto y aprovechó la coyuntura para elaborar un proyecto personal, con miras a erigir una sala de espectáculos al nivel de las que se estaban construyendo en Europa,⁹ distante en función y forma a los coliseos heredados del Virreinato. En resumen, fue su propuesta la que comenzó a edificarse el 18 de febrero de 1842, día en que se verificó la ceremonia de colocación de la primera piedra.¹⁰

La identidad cultural pudo haber sido el primer elemento de afinidad que surgió entre promotor y arquitecto, ya que de la Hidalga había nacido en la provincia de Álava, país Vasco. Gracias al matrimonio con Ana García Icazbalceta, hermana del destacado historiador Joaquín García Icazbalceta, logró integrarse a la elite intelectual mexicana en relativamente poco tiempo. De la Hidalga desembarcó en Veracruz el 21 de mayo de 1838, cuando su-

maba 27 años de edad y contaba con la enriquecedora experiencia de haber pasado una temporada en París, en donde matuvo contactos con Henri Labrouste,¹¹

⁹ Cabe aclarar que en la Ciudad de México ya existían otros espacios teatrales con características de modernidad, como el *Teatro de Nuevo México*.

¹⁰ Manuel Francisco Álvarez, *El Dr. Cavallari y la carrera de ingeniero civil en México*, México, A. Carranza y Compañía Impresores, 1906, pp. 86-87.

¹¹ "Henri Labrouste (1801-1875). Discípulo de Vaudoyer y Le Bas, ganó el Grand Prix en 1824 y vivió en Roma (1824-1830). A su regreso, abrió una escuela que se convirtió en el centro de enseñanza racionalista de Francia. Su racionalismo aparece, en su forma más atrevida, en el interior de su única obra famosa la Biblioteca de Santa Genoveva, junto al Panteón de París (1843-1850). Aquí el hierro se muestra abiertamente en columnas y bóveda y lo dotó de toda la ductilidad de que, en contraste con la piedra, puede alcanzar. Es el primer edificio público monumental en el que la estructura de hierro es así aceptada. La fachada es de un estilo del *Cinquecento*, notablemente moderado, con anchas ventanas de medio punto y de nuevo, en comparación con el tipo italianizante degradado o con el neobarroco de la Academia de las Bellas Artes que por entonces comenzaba a estar vigente, Labrouste se situó al lado de la razón [...] En la década de 1860, Labrouste construyó la sala de lectura y los salones de descanso de la Biblioteca Nacional de París, que de nuevo exhiben orgullosamente su estructura de



Pedro Gualdi, *Interior del Teatro de Santa Anna*. Siglo XIX, óleo sobre tela, 0.70 x 0.97, col. Banco Nacional de México, S.A.

Edmundo Blanc y Eugène-Emanuel Viollet-le-Duc.¹² Un antecedente personal al que concedió gran importancia, una vez que estos arquitectos obtuvieron reconocimiento y consolidaron un sólido prestigio internacional.

hierro". Nikolaus Pevsner *et al.*, *Diccionario de arquitectura*, Madrid, Alianza (Alianza Diccionarios), 1980, pp. 385-386.

¹² "Eugène-Emanuel Viollet-le-Duc (1814-1879). Nació en el seno de una familia adinerada, culta y progresista. Su oposición al régimen vigente surgió pronto: ayudó a construir barricadas en 1830 y se negó a ir a la Escuela de Bellas Artes para su formación. En 1836-1837 estuvo en Italia estudiando edificios con laboriosidad e inteligencia. Su futuro lo determinó su encuentro con Prosper Mérimé (1830-1870), autor de *Carmen* e Inspector del nuevo cuerpo de la *Commission des Monuments Historiques*. Viollet-le-Duc, alentado por el entusiasmo de Víctor Hugo por un lado, y la erudición de Arcisse de Caumont por otro, se dedicó resueltamente a la Edad Media francesa y pronto se consagró a la erudición y a la restauración. Su primer trabajo fue *Vézelay* (1840). Después intervino la *Sainte Chapelle* de París junto con Duban y en *Notre Dame* con Lasus [...] Como erudito desarrolló ideas nuevas y de gran repercusión sobre el estilo gótico, que para él es socialmente el resultado de una civilización laica que siguió a

El Teatro Nacional no fue la primera gran obra que bajo la firma de don Lorenzo se inauguró en la capital de la República. Gracias a la intermediación de José Rafael Oropeza, tío de su esposa, obtuvo el encargo de

la infeliz dominación religiosa de comienzos de la Edad Media. Para Viollet-le-Duc, el estilo gótico es también un estilo de construcción racional basado en el sistema de bóvedas nervadas, arbotantes y botareles. Los nervios forman un armazón al igual que los armazones de hierro del siglo XIX; la plementería no es más que un relleno ligero. Todas las presiones están dirigidas desde los nervios a los arbotantes y a los botareles; de esta manera los muros pueden reemplazarse por grandes vanos. Estos conceptos fueron formulados y dados a conocer universalmente en el *Dictionnaire raisonné de l'architecture française* de Viollet-le-Duc (publicado en 1854-1868); en los *Entretiens* (2 vols., publicados en 1863 y 1872) y particularmente en el segundo volumen, Viollet-le-Duc dibujó, o mejor dicho sugirió, una comparación entre la estructura gótica y la de hierro del siglo XIX. Aquí aparece como un apasionado defensor de su propia época, de la ingeniería, así como de los nuevos materiales y técnicas, especialmente del hierro para soportes, armazones y nervaduras." *Ibidem*, p. 632.

erigir un mercado en la Plaza del Volador.¹³ Inmueble que quedaría en vecindad con el Palacio Nacional y sustituiría al renombrado Parián, cuya demolición resultaba inevitable para variar la extensión y el aspecto sucio y descuidado que ofrecía la plaza mayor, área en donde se planeaba erigir el monumento a la Independencia. En la invitación a la ceremonia de colocación de la primera piedra del mercado del Volador,¹⁴ se subraya que la futura construcción quedaba bajo los auspicios del “Excelentísimo Sr. Presidente de la República, Benemérito de la patria, general de División Don Antonio López de Santa Anna”.¹⁵ Resulta difícil precisar si este reconocimiento obedeció a la inclusión de una columna rematada por la efigie del controvertido militar veracruzano, a erigir justo en el núcleo del conjunto arquitectónico, o sucedió a la inversa. Por todos los medios había que resarcir un prestigio destruido después de la emboscada en San Jacinto.

¹³ Manuel Francisco Álvarez, *op. cit.*, p. 82.

¹⁴ El general Santa Anna colocó la primera piedra del mercado el 31 de diciembre de 1841.

¹⁵ Los datos biográficos sobre el arquitecto Lorenzo de la Hidalga fueron tomados de Manuel G. Revilla. *op. cit.*, pp. 23–45. Agradezco esta referencia bibliográfica al maestro Fausto Ramírez. Para ampliar la información sobre las obras dirigidas por este arquitecto también puede consultarse: Elisa García Barragán *op. cit.*, 1977, pp. 203–226; y Elisa García Barragán, “El arquitecto Lorenzo de la Hidalga”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, XXIV, núm. 80, 2002, pp. 101–128.

Desafortunadamente aún no se dispone de un estudio biográfico dedicado a Francisco Arbeu; en las publicaciones de la época repetidamente se le adjudican los adjetivos de “ilustrado y emprendedor”. Para dar a conocer el papel que jugó en el desarrollo de la arquitectura y la ingeniería en México, reproduzco íntegra la esquila que fue publicada en *El Siglo Diez y Nueve*, con motivo de sus honras fúnebres:

NECROLOGÍA. Víctima de una pulmonía fulminante ha muerto ayer y ha sido sepultado esta mañana en el panteón de San Fernando, el Sr. Don Francisco Arbeu, tan conocido y estimado en esta capital. Amante como el que más de las mejoras materiales y dotado de una inteligencia, de una constancia y de un genio poco comunes. El Sr. Arbeu concibió y realizó grandes empresas y a él se deben los magníficos teatros Nacional e Iturbide y por su iniciativa y esfuerzo tenemos la vía férrea a Tlalpan.¹⁶ El Sr. Arbeu deja en sus obras colosales, monumentos de merecida gloria y una memoria gratísima que será eterna en México. Como bueno y como honrado, ha muerto pobre, a los 74 años de edad, él que manejó en su vida tantos intereses.¹⁷

Pese a los justos deseos del anónimo redactor, la memoria no fue eterna, tal vez porque las obras colosales que emprendió no sobrevivieron mucho más allá del siglo en que le tocó vivir.

En un segundo momento, Arbeu se propuso asignar al Teatro Nacional de Santa Anna, una dimensión urbana. Una vez que obtuviera el apoyo de figuras clave en el gobierno, se procedería a expropiar el huerto perteneciente al convento de

¹⁶ El Teatro Iturbide se levantó en el predio que ocupaba el mercado del Factor. La primera piedra fue colocada el 16 de diciembre de 1851, y los trabajos de equipamiento finalizaron el 3 de febrero de 1856. El proyecto y la dirección de las obras fueron encomendados al ingeniero mexicano Santiago Méndez. Este inmueble también fue demolido a principios del siglo XX, para dar paso a la Cámara de Diputados, sede actual de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, ubicada en la esquina que forman las calles de Ignacio Allende y Los Donceles. A.M.C., “La primera piedra del Teatro Iturbide, 1851”, en *Divulgación Histórica*, México, II, núm. 4, 1941.

¹⁷ Anónimo, “NECROLOGÍA”, *El Siglo Diez y Nueve*, México, D.F., 17 de febrero de 1870, p. 3.



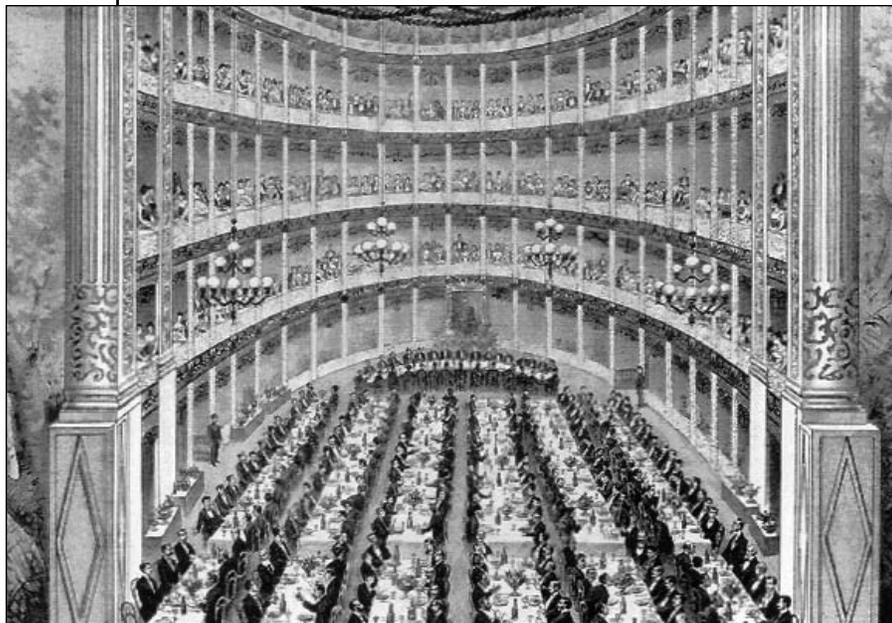
Anónimo, *Interior del Teatro Nacional (detalle) 1850*, litografía, tomada de Manuel Rivera Cambas, *Álbum Pintoresco de la República Mexicana*, t. I, México, Editorial del Valle de México (Universidad Iberoamericana), 2000.

las monjas franciscanas de Santa Clara y parte de la Casa de Ejercicios de La Profesa, para prolongar el Callejón de la Alcaicería, desde la plazuela del Empedradillo, ubicada en el costado poniente de la Catedral Metropolitana, hasta la calle de Vergara, es decir, hasta el pórtico mismo de su sala de espectáculos. Dicha iniciativa, más que al concepto de remate visual, respondía a una nueva concepción sobre el uso de los espacios públicos, ya que la iluminación nocturna a base de gas hidrógeno permitía robar horas al sueño y a la oración, para dedicarlas a admirar las imágenes que las luces parpadeantes asignaban a las fachadas y a los monumentos erigidos para estimular la práctica de los valores laicos.

En las construcciones, a uno y otro lado de esta nueva vialidad—antecedente de la Avenida del 5 de mayo—, se harían cambios radicales: las plantas bajas se destinarían a tiendas de ropa, modas y perfumerías, todos estos artículos de importación, y las altas se reservarían para viviendas. Entre los paramentos sur y norte se armaría una estructura de hierro y cristal, lo que significaba una visualización empresarial, las primeras galerías para la Ciudad de México: en esencia, una calle cubierta que durante el día se utilizaría por una nueva generación de consumidores, y al caer el ocaso protegería al público asistente a sus espectáculos antes de ingresar al vestíbulo y después, al finalizar la función, cuando la amplia concurrencia se repartía, de acuerdo con las posibilidades de su bolsillo, entre el restaurante y las fondas que comenzaron a establecerse en los bajos del ex hospital de Betlemitas.

La definición de un eje comercial que rematará en una sala de espectáculos, expresaba la relación que existía de hecho entre la socialización, la indumentaria y el teatro. En este sentido, resulta oportuno referir una crónica del diplomático estadounidense Albert M. William, escrita en aquellos años, después de asistir a una función en el Teatro de Nuevo México:

Esa noche asistiría lo más granado de la ciudad, así como los diplomáticos con sus respectivas familias [...] me



Anónimo, *Aspecto del banquete ofrecido al Sr. General Porfirio Díaz, Presidente de la República, por la Junta Central Porfirista, la noche del 21 de septiembre de 1891, en el Teatro Nacional y al cual concurrieron los Presidentes de los Ayuntamientos de la República, 1891*, Taller litográfico de C. Montauriol y Compañía, 0.25 x 0.30, tomada de Gabriel Villanueva, *op. cit.*

dirigí al teatro [...] está a punto de terminarse un nuevo teatro que llevará el distinguido nombre de Teatro de Santa Anna, el cual una vez concluido, se espera que atraiga hacia él a todo el mundo en México. Al llegar al Teatro Nuevo [México] me sentí complacido con su amplia y agradable construcción.¹⁸ Su singularidad, respecto a los teatros de los Estados Unidos, es apenas perceptible y digna de mención, excepto en un aspecto. Este es, que tanto los asientos de platea como generales, tienen mullidos sillones y respaldos, una comodidad que no se encuentra en la mayoría de los teatros de la Unión [...] Los círculos más modernos y adinerados de damas mexicanas no sólo tienen buen gusto sino que visten extravagantemente siguiendo, en lo general, las variedades y cambios de patrones que se practican en las fuentes de la moda en París; la ciudad de México se encuentra bien provista de modistos franceses, tanto hombres como mujeres. Se me ha informado que una dama mexicana jamás lleva por segunda vez el mismo vestido a un baile, aunque pueda haberle costado quinientos o mil dólares...¹⁹

¹⁸ Se refiere al *Teatro de Nuevo México*, que recibía este nombre por estar ubicado en la calle del mismo nombre, el actual Artículo 123 casi esquina con Dolores.

¹⁹ Albert M. William, *Viajes por México durante los años de 1843 y 1844*, México, Conaculta-Siquisiri (Mirada vieja), 1996, pp. 141–142 y 161.

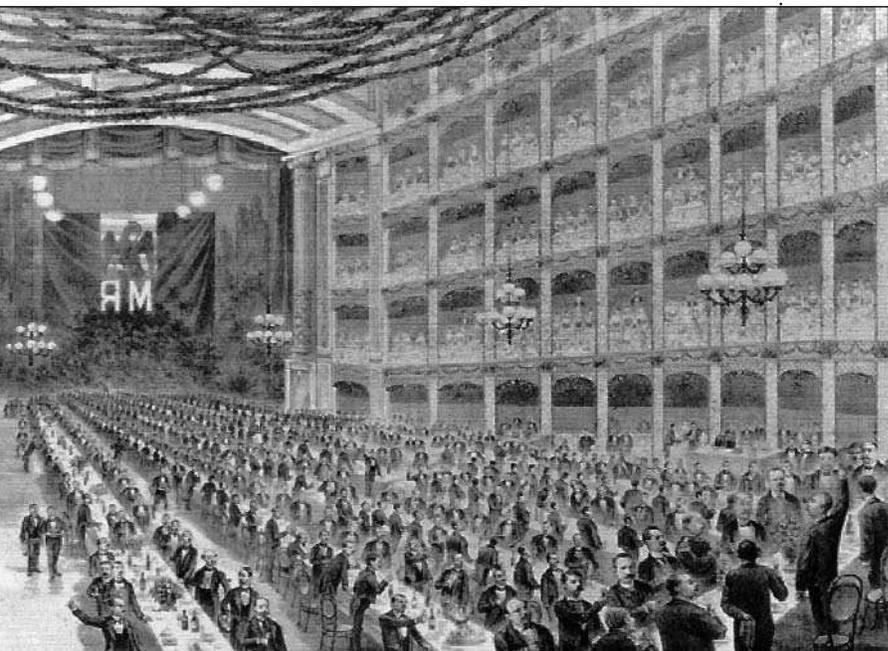
El urbanismo y la arquitectura responden a los usos sociales y de cierta manera los petrifican. Por otra parte, Francisco Arbeau fue un digno exponente de aquella generación de empresarios que, con anterioridad a la promulgación de las Leyes de Reforma, vio en la arquitectura monacal novohispana un obstáculo para desarrollar sus proyectos:

Quando se hicieron las concesiones o se adjudicaron las localidades en las que se encuentran fabricados esos conventos, la ciudad estaba casi despoblada, y se creyó, tal vez, que las personas que seguirían la vida monástica serían más de las que se ha acreditado que son [...] en cada uno de ellos pueden, holgadamente, caber dos o tres centenares más de los individuos que actualmente los ocupan. De manera que la extensión que tienen esas localidades no sirve de otra cosa que de aumentar su lobre-guez y privar a la sociedad de establecimientos útiles. Las instancias han cambiado: la población de la ciudad se aumenta considerablemente y la de los conventos disminuye. Es pues llegado el caso de proporcionar mayores

ventajas y hermosura a la primera, construyendo edificios útiles en su centro y abriendo nuevas calles.²⁰

Las funestas consecuencias que la invasión estadounidense (1846–1848) trajo al país impidieron la construcción de las galerías vislumbradas por Arbeau, no obstante, la presencia de su teatro, operando como punto nodal, motivó que el Callejón de Los Mecateros se transformara gradualmente en la Avenida del 5 de mayo, y que importantes establecimientos comerciales, hoteles y restaurantes fueran ubicándose en sus inmediaciones.²¹ Una de las vistas que con mayor frecuencia se reprodujo, tanto en litografía como en fotografía, con el tema del progreso alcanzado en la urbe, fue una perspectiva a un punto de fuga que remataba con las columnas colosales del nuevo hito; construcciones nuevas delimitaban a la vialidad que se fue formando a partir de sucesivas ampliaciones; sobre las aceras prosperaban árboles, cuyos follajes cuidadosamente recortados acentuaban las dos líneas de proyección. El horizonte quedaba dominado por la estructura metálica que coronaba a la sala de espectáculos era la imagen

de la ciudad “limpia, regular, elegante y cosmopolita” que lograría atraer la atención de los inversionistas extranjeros;²² aquella que imaginaron, pero no lograron recorrer el promotor y su arquitecto.



Anónimo, *Aspecto del banquete ofrecido al Sr. General Porfirio Díaz, Presidente de la República, por la Junta Central Porfirista, la noche del 21 de septiembre de 1891, en el Teatro Nacional y al cual concurrieron los Presidentes de los Ayuntamientos de la República, 1891*, Taller litográfico de C. Montauriol y Compañía, 0.25 x 0.30, tomada de Gabriel Villanueva, *op. cit.*

²⁰ Francisco Arbeau, *Carta al Excelentísimo Señor Secretario del Ayuntamiento de la Ciudad de México*, 26 de septiembre de 1846, Archivo Histórico del D.F. (AHDF), Calles, Apertura, v. 451, exp. 17, f. 2.

²¹ Sobre la creación de la Avenida del 5 de mayo publicó: “Del Callejón de Los Mecateros a la Avenida del 5 de mayo: la difícil construcción de un espacio urbano moderno”, en *Diario de Campo. Boletín interno de investigadores en el área de antropología*, núm. 50, México, 2002, pp. 2–9.

²² “Todas las naciones han procurado y con razón que sus primeras capitales rivalicen unas con otras en magnificencia y ornato. De aquí resulta el encanto que atrae a los viajeros; esto hace a las capitales agradables y adiosas y de aquí resulta también la respetabilidad y supremacía que ejercen sobre las demás ciudades. Un viajero se forma idea de la civilización de un país [...] viendo a su paso [...] la regularidad, limpieza y policía de sus calles, según la mayor o menor elegancia de sus edificios y según la hermosura y comodidad de sus paseos...”. Francisco Arbeau, *op. cit.*, pp. 1-2.

Segundo acto. Los valores del corintio

Por fortuna, las plantas arquitectónicas correspondientes a los tres niveles y un corte longitudinal del Gran Teatro Nacional de Santa Anna, fueron litografiados e incluidos tanto en publicaciones de la época como en los escasos estudios retrospectivos que se han emprendido sobre la obra de Lorenzo de la Hidalga.²³ Originalmente, estas láminas tuvieron por función aclarar las dudas y responder a los severos cuestionamientos que algunos colegas inconformes, entre otros un resentido Moró, hicieron al proyecto propuesto por de la Hidalga, críticas que se incrementaron considerablemente a partir de que le fueron confiados, además, el diseño y la construcción del Monumento a la Independencia.

A partir del dibujo de la planta baja y el corte puede advertirse la transición espacial experimentada por los asistentes, desde que descendían de sus carruajes hasta que penetraban en la gran sala de espectáculos. Una vez transpuesto el pórtico, se ingresaba al vestíbulo a través de cinco arcos, y desde allí podía accederse a las dependencias del hotel y al restaurante; dos arquerías paralelas delimitaban este recinto y le conferían fluidez a la circulación. Más adelante, la altura se elevaba súbitamente dos niveles en el patio cuadrangular, rodeado de columnas, cuatro por lado, y cubierto con una moderna cúpula acristalada, que además de resguardar de la intemperie a los asistentes, permitía la contemplación del cielo estrellado durante las noches despejadas; esta característica pudo contribuir a hacerlo uno de los salones más apreciados para verificar grandes bailes, como el de máscaras, que anunciaba las restricciones que imponía la Semana Santa. En los muros norte y sur, el arquitecto abrió seis nichos para colocar esculturas, probablemente representaciones de Apolo y de las musas asociadas a la lírica, la tragedia, la comedia, la música y la danza.²⁴ Este espacio hacía

²³ Entre las segundas puedo mencionar a Manuel Francisco Álvarez, *op. cit.*, p. 91, quien incluso estableció un estudio comparativo entre el Nacional de México, la Escala de Milán y el de Burdeos; y los artículos de García Barragán, ya referidos.

²⁴ De la Hidalga planeaba rematar el ático con seis esculturas y dos jarrones. Es posible que se tratara de representaciones de las



Anónimo, *Calle de Vergara en la Ciudad de México*, en segundo plano la fachada principal del Teatro Nacional, en donde ya se advierten algunas modificaciones. En la imagen también aparecen el ex hospital de Betlemitas y la cúpula de la iglesia del convento de San Lorenzo, ca. 1880, Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos-INAH.

las veces de filtro social, por ser paso obligado hacia los corredores que conducían al ascenso hacia la cazuela,²⁵ restringiendo el paso al siguiente recinto. Al fondo, en el extremo poniente, se ubicaba el salón de pasos perdidos,

musas Talía, asociada con el arte de la comedia; Melpomene, con la tragedia; Calíope con la poesía épica; Erato, con la poesía lírica y los cantos sagrados; Euterpe, con la música de flautas y otros instrumentos de viento, y Terpsícore, con la música y el baile. Si se mira al óleo de Pedro Gualdi, puede advertirse que también se incluiría una efígie de Apolo.

²⁵ Enrique Olavarría y Ferrari, citado en Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 10.



Casimiro Castro, *Vista del Teatro Nacional*, ca. 1867, Litografía, Coordinación Nacional de Monumentos Históricos-INAH.

una galería que albergaba los arranques de tres escalinatas, que llevaban hasta los balcones, los palcos o, en su defecto, por la central, hacia la circulación periférica al patio de butacas. A través de la disposición de los apoyos es posible inferir la importancia que de la Hidalga asignó a este espacio: el acceso se repartía en tres vanos delimitados por pilastras, consiguiendo un ritmo a partir de la alternancia entre el lleno y el vacío; y otro, formado por repetición de elementos. Ya en el interior, dos columnas magistralmente dispuestas enmarcaban la escalinata central; pero vistas desde el norte o el sur señalaban además el embarque de las laterales, es decir, los mismos cuerpos formaban composiciones distintas dependiendo de la posición del observador, todo esto sin aludir a su función estructural.

En los tres niveles se incluyeron bloques de baños para hombres y mujeres que presentaban la ventaja adicional de recibir ventilación desde los cubos de luz anexas; al considerar el estado que entonces mantenía la higiene en la ciudad, es posible dimensionar esta previsión, misma que desde el presente podría parecer una obviedad de programa. Así, los cambios en los niveles de piso; las alturas y las formas de la cubierta, y

el impecable estudio de las vistas, confieren a esta transición espacial gran interés plástico: por la variedad de ámbitos y subámbitos que se generaban, y no menos relevante por todas las prevenciones consideradas para evitar aglomeraciones al desalojar el inmueble, siempre habría un recinto agradable en donde aguardar prudentemente a que los ocupantes de la galería abandonaran la zona vestibular. Un planteamiento congruente con una sociedad organizada en grupos, en donde un aristócrata y un artesano no debían compartir la misma escalera.

En la historia del teatro mexicano, este escenario resultaba inusualmente amplio y profundo; estaba dotado con una maquinaria capaz de bajar y elevar varios “decorados” o telones, recurso indispensable para aproximar al público a las épocas y los lugares imaginados por los autores de las piezas literarias. Los 32 camerinos, las sastrerías y las áreas destinadas

para pintar escenografías se repartían en dos niveles a cada extremo del foro. El partido arquitectónico cumplía con el principio de simetría, uno de los valores plásticos más apreciados en la época, pero además se consiguió una aproximación agradable que evitaba a los asistentes, al terminar la función, quedar inmediatamente expuestos a las variaciones de la temperatura, mientras aguardaban que su carruaje se apostara ante el estilóbato del edificio. Esta secuencia de salones cumplía más que satisfactoriamente con una función ajena a lo que sucedía en el foso de la orquesta, y sí en cambio, con la mentalidad de la época: establecer el estatus de los caballeros a partir de la indumentaria de las damas que les acompañaban; la costumbre victoriana de observar y ser observado, y formar parte o ser excluido. A cada uno de los tres niveles de palcos correspondía un *foyer* o salón fumador, espacio masculino por definición en donde los jefes de familia y los jóvenes *lagartijos*, tanto de pensamiento liberal como conservador, comentaban los acontecimientos políticos, mientras las señoras aguardaban en la sala.

Antes de formar cualquier juicio estético sobre la fachada principal es preciso considerar la importancia que

Lorenzo de la Hidalga concedía a la asignación de un carácter adecuado los edificios, especialmente para los públicos. El proceso creativo encaminado a cumplir con esta norma comenzaba con la selección, de entre la gramática formal grecorromana, de los elementos sustentantes y sustentados, es decir, con el diseño de los pedestales, las bases, los fustes, los capiteles, el arquitrabe, el friso, las cornisas, la dimensión dada a los intercolumnios y otros elementos ornamentales propios del orden arquitectónico elegido. Todo esto en estrecha relación con la escala a dar al inmueble, así como de su contenido simbólico. En todo caso, la definición de niveles, ejes, salientes y entrantes debería aludir muy claramente a la disposición y función de los espacios interiores.²⁶ Esta nueva interpretación del concepto de unidad, que rebasa lo puramente temporal o lo concerniente a la solución de los cuatro frentes, significa un cambio respecto de los primeros ejercicios historicistas, en donde poco se atendía a la coherencia existente entre la envolvente y el conjunto de necesidades humanas a solucionar.

El concepto de armonía fue interpretado por el arquitecto español, —así como por buena parte de su generación— como la definición de un patrón de medidas o módulo base al que debían referirse todos los componentes del inmueble: espaciales, estructurales y formales. En este caso, los elementos prefabricados de hierro y cristal no dictaron la proporción de la obra; ésta decisión todavía quedó en manos del artista académico. Así, la unidad y la armonía eran los principios que definían al carácter de un edificio, lo que en otras palabras significaba que los alzados tuvieran la elocuencia suficiente para transmitir al transeúnte, erudito o lego, una idea más o menos aproximada sobre las actividades desarrolladas al interior. En la obra promovida por Francisco Arbeu, este mensaje no debía limitarse a lo que sucedía en la sala de espectáculos sino aludir, además, a los servi-

²⁶ Sobre la intencionalidad de los elementos presentes en la fachada principal del *Teatro Nacional de Santa Anna*, se cuenta con el artículo: L. E., “Gran Teatro de Santa Anna”, *op. cit.*, pp. 212–213.



Anónimo, *Vista de la Avenida del 5 de mayo, al fondo el pórtico del Teatro Nacional, ca. 1890*, Coordinación Nacional de Monumentos Históricos-INAH.

cios de hotel y restaurante con que estaba dotado el conjunto.²⁷

El paramento en donde se abrían los cinco medios puntos que conformaban el acceso principal, se remecía unos metros del alineamiento general de la calle de Vergara —dos intercolumnios— dando cabida a una escalinata que elevaba el ingreso sobre el nivel de la acera, recursos, ambos, puestos en juego para asignar jerarquía al inmueble y conseguir que las columnas proyectaran su sombra sobre el muro. En determinadas horas del día, éstas, a manera de figuras protagónicas, predominaban sobre un fondo oscuro. Los metros cuadrados restados al vestíbulo se ganaron en presencia. De la Hidalga siguió la fórmula propuesta por el teórico Jean-Nicolas-Louis Durand, bien conocida en Europa: un pórtico central de inspiración historicista al que se le añaden dos volúmenes laterales, en donde se alojaban las necesidades que imponía la época.²⁸ La

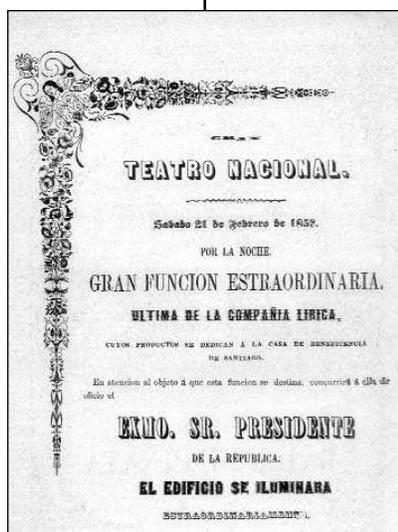
²⁷ La fachada principal se reconstruyó a partir de los documentos siguientes: Pedro Gualdi, *Exterior del Teatro de Santa Anna. Siglo XIX*, óleo sobre tela, 0.70 x 0.97, col. Banco Nacional de México, S.A., de dos vistas urbanas de Casimiro Castro; de la litografía de Murguía, *Gran Teatro Nacional*, publicada en Manuel Rivera Cambas, *México Pintoresco, Artístico y Monumental...*, t. 1, México, Editorial del Valle de México, 2000, p. 510, y de dos fotografías procedentes de la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos-INAH.

²⁸ “Jean-Nicolas-Louis Durand (1760–1834). Probablemente

novedad aquí consiste en que sobre el friso colocó un ático compuesto por 11 vanos y 16 pilastras; descartó el so-corrido recurso del gran frontón triangular y proveyó a los comensales y huéspedes con la hermosa vista de los volcanes.²⁹ Al destacarse por su escala sobre las viviendas más próximas y el pretil del ex hospital de los Betlemitas, dominaba, junto con la cúpula de la iglesia de San Lorenzo, sobre el perfil urbano, adquiriendo la grandeza que corresponde a un edificio público que además ostentaba el rango de nacional.

fuera el teórico de arquitectura más influyente de principios del siglo XIX, no sólo en Francia sino también en Alemania. Se formó con Boullée y con el ingeniero civil Rodolphe Perronet ...Construyó poco (Maison La Thuile, París, 1788, destruida en el siglo XIX), pero en cambio se le encargaron decoraciones para fiestas durante la Revolución y presentó a la Convención numerosos proyectos de edificios públicos. En 1795 fue nombrado catedrático de arquitectura en la nueva *École Polytechnique*, que se estructuró como la escuela real de ingenieros militares (y a la que sustituyó), manteniéndose en este cargo hasta 1830. En 1800 publicó su *Recueil et parallèle des édifices en tout genre*, donde se ilustraban edificios públicos de varios periodos y países (incluyendo los no europeos) según su teoría de las proporciones modulares. Sin embargo, su obra principal es *Précis et leçons d'Architecture* [1802–1809, reeditada con frecuencia y traducida al alemán; en dos volúmenes], en la que establece el ideal racionalista de un funcionalismo utilitario: 'uno no debería preocuparse por realizar edificios bellos, ya que si uno se ocupa solamente de satisfacer los requisitos prácticos, es imposible que no resulten bellos'. Escribió: 'los arquitectos deberían preocuparse de proyectar y nada más'. Sin embargo, no abandonó el empleo de la ornamentación historicista ni el principio de proyectación en estricta simetría." Pevsner, *op. cit.*, pp. 179–180.

²⁹ La proporción del ático que desarrolló para el mercado de la Plaza del Volador, recibió comentarios desfavorables, a los que el arquitecto respondió: "...el cuerpo superior de la fachada del mercado corresponde a una parte accesoria o secundaria del edificio, es propiamente lo que constituye un ático en arquitectura, y pocos edificios pueden pasar sin él, así es que muchos monumentos de importancia los tienen y en nada disminuyen su magnificencia, ni puede disminuirla una cosa que la necesidad y la conveniencia exigen. Un ático es siempre la coronación de un edificio, y su proporción puede ser la mitad de la altura del cuerpo principal, y en algunos casos hasta la tercera parte: se distingue, además, por la sencillez en los miembros del orden a que corresponde", Lorenzo de la Hidalga, citado en Álvarez, *op. cit.*, p. 85.



"Programa para una función en el Teatro Nacional", tomado de Antonio de María y Campos, *El programa en cien años de teatro en México*, México, Ediciones Mexicanas, 1950.

Atendiendo a lo estrecho de la calle, se invirtió la solución tradicional. Así las columnas colosales se mantuvieron sobre el mismo eje que los cuerpos laterales, y lo que retrajo fue el ingreso. Mucho se ganó en contraste, pues durante el día, a la distancia, los apoyos corintios destacaban sobre un fondo penumbroso; y por la noche, la luz emitida desde el interior era fraccionada por los apoyos. El interesado no abrigaría duda alguna sobre la dirección en que debería encaminarse para ingresar al edificio.

Al poco tiempo de su inauguración, el sábado 10 de febrero de 1844, meses antes de que el *cojitranco* partiera

hacia el exilio, el aspecto que ofrecía la gran sala de espectáculos fue captado por los pinceles de Pedro Gualdi, en la obra *Interior del Teatro de Santa Anna*.³⁰ La vista a que aludo fue tomada desde el escenario hacia el patio de butacas, justo hacia el apabullante, intrincado y vivo panorama que se desplegaba ante los ojos de los actores durante las representaciones. Al centro y bajo el palco presidencial, la vacilante silueta de un caballero, aún cubierto con un sombrero de copa, aparta el cortinaje que desde el desembarque de la escalinata cerraba el acceso principal, delimitado por dos nichos que resguardaban las correspondientes esculturas de tamaño natural, posiblemente representaciones de la Tragedia y la Comedia. La obra ha iniciado, *el héroe de 1838*, quien es reconocible por su ubicación en el espacio y por su uniforme de gran gala, su familia y algunos de sus colaboradores ocupan ya sus localidades, en el sitio de honor. A éste correspondían tres de los enmarcamientos más elaborados de todo el inmueble.

Aquella noche la concurrencia, no muy nutrida,³¹ se repartió entre el patio de butacas, los balcones, los

³⁰ Pedro Gualdi (1808–1857), *Interior del Teatro de Santa Anna*. Siglo XIX, óleo sobre tela, 0.70 x 0.97, col. Banco Nacional de México, S.A.

³¹ De acuerdo con Enrique Olavarría y Ferrari, la capacidad de la sala de espectáculos era de 2 395 localidades, repartidas de la manera siguiente: 704 en el patio de butacas; 810 en 81 palcos;

palcos y la galería o cazuela, desde donde el pueblo bravo y transgresor, abucheaba, silbaba y se burlaba de las interpretaciones de renombradas actrices italianas, tal y como lo hacía en los antiguos corrales de comedias. Después de todo, era la única oportunidad que tenían de estar por encima de los estratos dominantes.

En las columnas y los frisos predominaba el orden arquitectónico, que ornamentaba los capiteles con hojas de acanto. Una elección que no fue azarosa, ya que era el más apropiado para dimensionar las columnas colosales que delimitaban al proscenio. Su naturaleza femenina podría interpretarse como una alusión abstracta a las “vírgenes jóvenes y graciosas que practicaban honestas y buenas disciplinas”, es decir, a las musas. La gran altura que mediaba entre el plafón y el punto más bajo del piso, sólo era equiparable a algunos espacios interiores sacros como el de la Catedral. Los capitalinos se encontraron de repente con la nueva escala que el siglo XIX asignó a una arquitectura civil pública que debía resultar grandiosa. La relación visual establecida con el escenario hacía de cada palco un ámbito singular. Según se deja ver, en éstos el mobiliario se reducía a algunas sillas de madera o sillones dorados, forrados de terciopelo rojo, cuyas líneas y procedencias dependían de los caudales y gusto de arrendatarios y propietarios. Ondulantes mamparas diagonales separaban a caballeros solos, grupos de damas, parejas y familias. Para cumplir con las formas a que obligaba la buena educación, los corredores perimetrales dispuestos en cada nivel no sólo servían para dar acceso a los balcones, sino que posibilitaban la comunicación entre la concurrencia. Así las familias extensas y las amistades se visitaban y el intercambio de información se favorecía.

El último nivel, llamado paradójicamente el Paraíso, resultaba penumbroso, tal vez porque no había mucho



Programa para baile de carnaval en el Teatro Nacional, tomado de Antonio de María y Campos, *op. cit.*

que lucir. Al centro la proximidad se acentuaba, una masa de siluetas sugiere la existencia de una gradería de pronunciada pendiente que los planos confirman, dispuesta para que los últimos asistentes consiguieran “ver algo” del proscenio.³² En algún momento de tedio, la mirada debió ser atraída hacia el espléndido candelabro de 16 bombillas, formado por numerosos hilos de cristal y metal que permanecía suspendido de una larga cadena hasta alcanzar la posición exacta. En el núcleo de la gran elipse que cubría el ámbito, se abría un oculo que se prolongaba hasta la torrecilla que remataba al edificio por

el exterior; era como si se mirara a través de un cilindro, concentrando en un punto de la cubierta la sensación de profundidad, de una secuencia de niveles que se proyectaba hasta el infinito.

Desafortunadamente en ninguna de las crónicas que aluden a este inmueble se mencionan los materiales con los que se armó la cubierta interior, pero siguiendo la tradición constructiva de la época, podríamos apuntar hacia la madera, el yeso y la tela. Gualdi, en cambio, sí da cuenta de la intención de Lorenzo de la Hidalga de manejar diferentes planos, rehundiendo los motivos iconográficos pintados y resaltando, a manera de enmarcamientos, los rombos que hacían las veces de grandes pétalos. Las representaciones de cuatro figuras femeninas aladas quedaban separadas por estilizadas liras, trofeos, cornucopias y otros motivos fitomorfos que se organizaban bajo un patrón radio concéntrico. Enmarcando al oculo aparece una greca de inspiración griega. Dos efectos fundamentados en el contraste son identificables aquí: el primero se consiguió mediante el manejo de la luz, en tanto la cazuela o Paraíso se muestra casi en la oscuridad, el plafón resplandece; la iluminación artificial se propagaba desde el centro hacia la periferia. Junto con la escala, las lámparas de gas en un espacio

120 en balcones; 650 en galerías y 111 en ventilas. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 10.

³² Proscenio: en un teatro moderno es el área existente entre el telón y la orquesta.

cerrado asignaban nuevos contornos, tonalidades, texturas y sombras a los volúmenes; el segundo efecto, tiene que ver con la distribución de las masas, la gran elipse parecía sostenida por apenas 22 esbeltos apoyos, cuando en realidad estaba anclada a la compleja estructura de madera que formaba parte de la cubierta. Debo insistir en que se proyectó atendiendo preferentemente a la iluminación artificial, por eso las águilas nacionales, capiteles, barandales, ménsulas, guirnaldas y acantos se cubrieron con hoja de oro, como un recurso para multiplicar todos aquellos haces. Atmósfera de fulgores, de perfiles vibrantes, de sombras difusas, de vuelta por Gualdi, a la que enriquecían la joyería de las señoras y los apliques de los uniformes militares.

Final de obra. ¡Abajo el telón!

En esta breve aproximación al que fuera uno de los edificios emblemáticos del nivel de civilización alcanzado por la Ciudad de México, cuando el general *cojera* dispuso que se erigiera este teatro en la capital de una República central, me propuse destacar dos aspectos: uno, la visión y participación en la génesis del proyecto de un promotor como Francisco Arbu; y, dos, insistir en la relevancia que las imágenes y las descripciones guardan en el proceso de identificación de los valores plásticos que normaban las composiciones de los arquitectos académicos. Si atendemos a la activa sustitución de construcciones experimentada en casi todos los asentamientos del país, entonces afinar esta metodología de aproximación a la arquitectura abolida representa, junto con la arqueología de sitios históricos, el único recurso para cubrir los vacíos de información existentes en la historia de la cultura material mexicana.

Detrás del pórtico corintio del antiguo Teatro Nacional subyace el momento cuando todo proyecto urbano-arquitectónico, tendiente a engrandecer a la urbe



Programa para espectáculo de hipnotismo en el Teatro Nacional, tomado de Antonio de Maria y Campos, *op. cit.*

fue apoyado decididamente por el gobierno del general Antonio López de Santa Anna, cuando promotor y arquitecto debían saber cómo alimentar un ego tan dilatado. No obstante, lo superficial del homenaje se hace evidente al detenernos en el mensaje que recibía el público asistente a las temporadas de ópera o a los grandes bailes, al contenido concreto, es decir, al programa ornamental que se centraba básicamente en Apolo y las musas y no en la supuesta defensa del puerto de Veracruz, que llevó al controvertido presidente a perder una pierna durante una acometida francesa, en plena Guerra de los Pasteles. El aporte que busco

construir con estas líneas consiste en identificar, a través de la obra, la interpretación que Lorenzo de la Hidalga hizo de conceptos básicos para la composición arquitectónica, sólo en apariencia atemporales, como son el orden, la unidad, la armonía y la economía bien entendida y, no menos importante, la relación que el arquitecto estableció a través del tiempo con la ciudad.

La fortuna crítica del Teatro Nacional de Santa Anna se ha dirigido al espectáculo mismo, dejando de lado su continente arquitectónico que alcanzó una significativa proyección urbana: estuvo asociado a los primeros intentos secularizadores y a la conformación de un eje comercial que tomaría la forma de galerías, como las que impactaron en el paisaje edificado de Londres y París. Rápidamente se constituyó en un punto nodal que detonó el proceso de cambio de un sector, que llegaría a ser tan relevante para el desarrollo de géneros edilicios innovadores como fue la Avenida del 5 de mayo. En lo que concierne a su autor, el arquitecto Lorenzo de la Hidalga, este encargo le permitió expresar una visión personal de aquella sociedad y aplicar las tres características que, de acuerdo con sus notas, deberían definir a un edificio público de calidad indiscutible: grandeza, magnificencia y proporcionar ornato a la ciudad.

Etnografía de urgencia: el hospital Xoco¹

E

l 18 de septiembre de 2002 asaltaron a Pablo. Tres individuos le golpearon la cara con *boxers* y le causaron nueve fracturas en la órbita ocular, arco cigomático, maxilar superior y palatino. Lo operaron en el hospital Lomas Verdes del Instituto Mexicano del Seguro Social, le colocaron tres placas metálicas para inducir la osteosíntesis, y todo resultó bien, la cirugía fue exitosa y la recuperación rápida. Sin embargo, la empresa para la cual trabajaba lo despidió en cuanto salió del hospital para no obligarse a pagar los siguientes gastos de lo que se consideró como un accidente de trabajo —dado que sucedió afuera del centro de trabajo y con la finalidad de robarle la motocicleta con la que trabajaba—. Entonces Pablo dejó de ser derechohabiente y su tratamiento no pudo seguir en el hospital Lomas Verdes. En enero de 2004 el asunto volvió a dar molestias: se le salieron un par de tornillos por el paladar y dejaron un conducto entre la nariz y el paladar, lo que le provocaba infecciones frecuentes.

Obtuvimos una consulta en el Centro de Salud Dr. José Castro Villagrana de la delegación Tlalpan. La doctora revisó a Pablo y dictaminó: —tiene una infección, lo voy a canalizar con un especialista, y escribió en su máquina mecánica una hoja con la cual nos enviaba al hospital Xoco, ubicado en avenida Centenario, en la delegación Coyoacán a la especialidad de Maxilo-facial. Asistimos a cuatro citas con el doctor Lucio (nunca supimos su apellido) y su diagnóstico fue que la placa había cumplido su cometido, el cuerpo de Pablo ya la rechazaba, por lo que había necesidad de sacarla. Para ello internaron a Pablo el martes 29 de marzo, lo operaron al día siguiente y lo dieron de alta el viernes 2 de abril de 2004. Yo le acompañé a todas las consultas y estuve en el hospital, en la sala de espera de emergencias todo el tiempo que él estuvo internado. Mi situación era la misma que la de los demás: yo era familiar de un paciente y ocupaba un

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ Este trabajo se realizó en el contexto de un curso organizado en la ENAH, impartido por el doctor Abilio Vergara Figueroa y la maestra Aída Analco Martínez.





lugar en el hospital, pero a diferencia de los otros familiares, mi formación como antropóloga me permitió distanciarme y observar lo que sucedía fue así que surgió este intento de etnografía.

El Relato

El doctor nos indicó que el paciente debía internarse un día antes de la operación para controlar su ingesta de alimentos. Fue así que Pablo debía internarse el martes 29 de marzo, a las 14:00 horas, según decía la ficha de internamiento, que era una hoja fotocopiada y llenada a mano con tinta azul por el doctor Lucio.

Al llegar a la ventanilla de admisión había una fila de dos turnos antes que el nuestro y dos personas por cada turno, el paciente y un acompañante. Nos atendió una señora morena de aproximadamente 35 años de edad, de baja estatura y algo obesa, quien nos miró inclinando el cuerpo hacia el frente, sobre su escritorio y levantando la mirada, que cabía en el espacio entre el vidrio y el escritorio, abierto para el tránsito de papeles. Su voz aguda y nasal preguntó sin protocolo alguno: —¿se van a internar?, ojalá pudiéramos internarnos juntos, pensé; pero Pablo contestó: —yo, —váyase a comer y regrese a las cuatro y si les dicen que le tocaba en la mañana dígales que yo le dije que viniera en la tarde porque orita estoy haciendo otra cosa y se me juntó mucha gente. Pablo: —pero, ¿no hay problema?, —no, dígales que yo le dije, ándele güero, váyase a comer. Y como Pablo en realidad no estaba en absoluto

entusiasmado con la idea de la operación, no necesitó que le repitieran la orden, me tomó de la mano y obedientemente hicimos lo que nos dijo: fuimos a comer.

Regresamos a las 15:00 horas, con un margen de anticipación que nos evitara problemas, nos dirigimos a la misma ventanilla y encontramos a la misma señora en otra persona, es decir a una mujer de entre 35 y 40 años, con un traje de aparente “buen vestir”, de bajo costo, adornada con joyería dorada y piedras de imitación, con un burdo peinado alto y excesivo maquillaje. Pablo saludo: —buenas tardes, —buenas, ¿usted es Pablo Aguirre?, —sí señorita, —oiga aquí dice claramente que usted tenía que llegar en la mañana para internarse aquí antes de las dos, Pablo respondió: —sí, llegamos a la una y media, pero la señorita que estaba nos dijo que fuéramos a comer y regresáramos a las cuatro, —aquí todo mundo hace lo que quiere, bueno regrese a las cuatro mientras yo acabo lo que estoy haciendo y así hago todas las admisiones juntas, respondió la señorita, —bueno, gracias. Había ahí cerca una banca de color azul con cuatro asientos, nos sentamos. Se acercó una policia: —no pueden esperar aquí, por favor esperen en la sala de emergencias; si no se puede esperar ahí, ¿para qué sirven las bancas?, se preguntaría cualquiera, pero creímos que no merecía la pena discutirlo con la policia y simplemente salimos. A las cuatro regresamos, no éramos los primeros y tuvimos que esperar dos turnos en la fila, así aprendí cuál era el proceso y cuando llegamos tenía en mano los papeles que se necesitaban; también tuve que firmar una carta según la cual afirmaba que conocía el reglamento del hospital y el diagnóstico de mi paciente, me manifestaba capaz de tomar decisiones que involucraran la salud de mi familiar y de asumir las consecuencias que de ello derivaran. A diferencia de la mayoría de las personas, sí leí la carta, pero, como la mayoría, firmé sin conocer el reglamento y sin considerar a profundidad si verdaderamente era yo capaz de asumir todas las responsabilidades a las que me comprometía el documento; firmé casi automáticamente considerando el documento sólo como un requisito más, empujada por la prisa colectiva e inserta

inconscientemente en la dinámica de seguir instrucciones cuestionando cada vez menos por qué y preguntando sólo cómo. —Váyanse a la sala de espera de urgencias y espérense ahí, al rato le llaman—, volvimos a salir por el patio y llegamos a la sala de urgencias, ahora sí entramos, encontramos dos asientos juntos y nos sentamos. Aunque la operación de Pablo era “sencilla”, según el diagnóstico del médico, la situación para nosotros era un suceso extraordinario, estar en el hospital, saberse enfermo, tiene detrás en realidad la conciencia tangible de nuestra brevedad: la sangre que hincha las venas está condenada a dejar un día de fluir, ese día, ¿será hoy?

A las 18:30 horas, lejos de lo que pasaba alrededor y totalmente abstraídos escuchamos el nombre de Pablo dentro de una lista de seis personas, quienes se levantaron con maletas y acompañados de familiares para cruzar el patio y llegar otra vez a la ventanilla, donde se nos indicó hacer una fila junto al módulo de policía para que nos revisaran las maletas. Llegó nuestro turno y abrimos la mochila negra Samsonite, en la que portábamos todo lo que indicaba una hoja pegada en la sala de urgencias y que nos habían mostrado el día que le dieron la fecha de operación: jabón, champú, pañuelos desechables, papel higiénico, sandalias, toalla y pijama. —Esto no pasa, dijo la policía sacando la pijama, —¿por qué no?, es su pijama y ahí dice que tiene que traer pijama, le explico señalando la hoja, —sí, pero no parece pijama, esto no pasa ¿verdad?, le preguntó a la señorita de la ventanilla, quien miró de soslayo: —no, —¿qué necesita para parecer pijama?, pregunté, —pus debe ser de franela, de cuadritos o algo como una bata de mujer pero para hombre, —o sea, debe ser ridícula, concluí con sarcasmo, —pus dijéramos que sí, me dijo la policía sin darse cuenta ni de mi molestia ni del sarcasmo, —¿qué hacemos entonces? ,— allá arriba le van a dar una bata, mientras, deje esto aquí y cuando baje lo recoge conmigo, ¿cómo se llama usted?, me preguntó la policía, —Alí, —eso es nombre o *apeído*, — nombre, respondí —y sus *apeídos*, me preguntó de nuevo, —Ruiz Coronel, —¿cuál es su parentesco con el enfermito?, —es mi novio, —oye, otra vez dirigiéndose

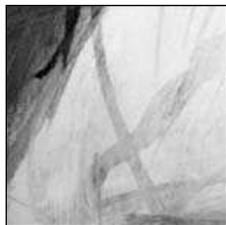


a la señorita de la ventanilla, ¿le puedo poner novio?, —pónle esposa y cruzamos la puerta de cristal, el portal místico. Del otro lado estaban los que habían pasado antes, con familiar y maleta y esperábamos a los que estaban todavía siendo revisados. A todos los habíamos visto antes, primero en la sala de espera y luego en la fila de la policía, a todos excepto a uno: se trataba de un señor de edad algo avanzada, de aproximadamente 60 años, de tez clara, con cabello negro al veinte por ciento, canas al setenta y vacío al diez por ciento, engomado el cien por ciento y peinado hacia atrás, ojos negros y pequeños y bajo su nariz alargada, un bigote negro bien recortado. Vestía un traje café, camisa blanca y corbata, toda la ropa impecable aunque un tanto desgastada y pasada de moda. Cuando entraron los dos que faltaban, preguntó: —¿ya somos todos?, —sí, contestamos, basados en la especulación y el sentido común, —síguenme y lo seguimos, todos en silencio, una fila de mancuernas paciente-familiar, todos mirábamos alrededor, caminábamos de prisa volteando hacia un lado y el otro por un pasillo muy largo de paredes cubiertas con ladrillo refractario blanco y piso de loseta de granito brillante, por el que transitaban enfermeras, camilleros, médicos, trabajadores de limpieza, enfermos en sillas de ruedas o en camillas. Escuchábamos ruidos de pasos apresurados, de algún nombre que se vocea, ruidos solitarios que conforman otro tipo de silencio, silencio blanco de luz neón, silencio inodoro esterilizado. Si se me pidiera describir el lugar y el momento, emplearía tres palabras: frío, prisa, miedo.



Pablo utilizó sólo un: “gulp”. Llegamos a un ascensor y entramos todos, dentro el señor, cuyo nombre no conocimos, dividió el grupo en dos: cuatro pacientes iban al tercer piso, dos iban al primero. Pablo iba al primero, así que bajamos cuando el elevador abrió las puertas y esperamos ahí mismo a que bajara nuestro guía, pues se había seguido dentro del elevador al tercer piso con el resto de los pacientes. No sé cuánto tiempo esperamos, calculo que menos de media hora, hablamos muy poco los cuatro. Estábamos allí, parados, esperando, mirando. Junto al elevador del que salimos había otro y frente a ellos una pared y en ella un teléfono público de tarjeta, la pared hacía esquina con una pared de adoquín que hacía de tragaluz y que seguía con escaleras hacia arriba y hacia abajo. Mirando hacia la izquierda había un pasillo, nos colocamos en la esquina para ver qué había. El pasillo era largo, nosotros estábamos situados a la mitad, a la izquierda y a la derecha había habitaciones... compartimentos... ¿celdas?, en fin había cuartos de forma rectangular y con paredes de vidrio transparente, en cuyo interior las cortinas de plástico blanco dejaban entrever las camas de los enfermos. Del otro lado del pasillo, a la altura de los elevadores, estaba una puerta cerrada que tenía escrito en un letrero Trabajo social. No se veía más. Cuando bajó el señor nos indicó otra vez que le esperáramos un momento, regresó inmediatamente acompañado por una enfermera, información que inferimos de su uniforme y cofia. Era una mujer de unos 40 años, morena, de cabello negro rizado y facciones que delataban alguna influencia genética negra. —Los dejo con la señorita, buenas tardes, dijo y bajó por el elevador. —Ahorita les doy sus camas dijo la enfermera, —¿traen pijama?, —No, contestaron los dos, —yo sí traía, pero no me la dejaron pasar, dijo el otro paciente, —igual yo, dijo Pablo, —ha de ver sido oscura, dijo la señorita —sí, negra respondió Pablo, —¡ha!, por eso, dijo la señorita, —no, yo traía unos shorts mencionó el otro señor, —¡ha!, es que no se puede usar ropa de calle, pero bueno ahorita les traigo una bata. Al poco tiempo regresó con las batas y les indicó el camino al baño, localizado detrás de la oficina de trabajo social para que vistieran la bata y entregaran ropa y pertenencias a su familiar. Pablo salió con sus cosas en los brazos vistiendo una bata

de manta color azul claro, sin mangas y atada por la espalda. Ni siquiera le alcanzaba a cubrir la mitad de los muslos y además dejaba su trasero al aire, el otro señor salió igual y mi carcajada nerviosa e indiscreta rompió la solemnidad y así entramos los cuatro siguiendo a la enfermera al primer cuarto de la derecha: nosotras riendo y ellos con las manos atrás intentando guardar su intimidad. Pablo tenía la cama número trece, y aunque no soy supersticiosa, por unos segundos pensé: —¡ah!, qué mala suerte, obviamente no se lo dije entonces y no se lo diré nunca. Él se acostó inmediatamente, para poder soltar la bata, yo puse su maleta en un buró pequeño metálico que estaba junto a su cama y me quedé sentada junto a él recorriendo el lugar con la mirada. Se trataba de un cuarto sin puerta, se entraba directamente del pasillo por un espacio rectangular que iba del piso al techo y que interrumpía, de la mitad hacia abajo, una pared de concreto pintada de blanco, y de la mitad hacia arriba un cancel de vidrio transparente. El piso de loseta de granito se veía bastante gastado, el techo era de concreto, pintado de blanco con ocho lámparas rectangulares de luz neón, una sobre cada cama y dos al centro. La pared contraria a la entrada era igual que la primera, la mitad de vidrio y la otra mitad de concreto, pero la ventana dejaba ver detrás una pared de adoquín por la que se filtraba la luz nocturna de la ciudad. Las dos paredes restantes eran del mismo ladrillo refractario del resto del hospital. El espacio del cuarto estaba distribuido en seis partes iguales, cortadas por lo que hacía de pasillo desde la entrada al otro extremo. Las camas eran artefactos metálicos enormes, sólidos, de tamaño individual y con el viejo sistema mecánico de la manija que hay que girar para elevar o reclinar el respaldo; el colchón estaba cubierto con una sábana blanca y quedaba otra doblada sobre la almohada, —¿y tu cobija?, pregunté a Pablo por averiguar si no se había acostado sobre ella, —no tengo, —señorita, nos falta cobija, le dije a la enfermera, —es que se nos acabaron, me contestó, —¿puedo traer una de la casa?, —sí, tráigasela, porque está haciendo frío en la noche. A la altura de la cabecera estaba, sobre la pared, el número de la cama y un corcho sobre el cual se colocaba con chinchetas el nombre del paciente y la especialidad en la que estaba siendo atendido, además del



día de ingreso. Del techo pendían unos garfios metálicos para sostener las bolsas de suero. Frente a la cama había una mesa, y nada más, no, había algo más: un omnipresente y penetrante olor a orines y más específicamente a orines masculinos. Las seis camas estaban ocupadas, el señor con quien entramos estaba en la cama contigua a la izquierda, la número catorce y a la derecha había un anciano que dormía. La diez era de un muchacho cuya pierna izquierda colgaba enyesada del techo, el individuo de la cama nueve nos miraba sentado sobre su cama y el de la once atendía algún programa que proyectaba una televisión portátil sobre la mesa; tenía además una radio, un teléfono celular, un libro, un cuaderno, dos plumas y una carpeta; debajo de su cama había un par de sandalias y uno de pantuflas, una bata colgada de la cama y un suéter, su cama parecía campamento gitano. No pude dejar de comparar esta situación con experiencias con la de los hospitales particulares en los que no se permite introducir nada porque lo de adentro está perfectamente esterilizado y limpio; ni radio para no molestar a los demás pacientes, aunque por supuesto no estén en el mismo cuarto. Qué pena que los servicios de salud privada y el buen trato tengan en México un costo tan alto.

Miré el reloj, eran las 19:20 horas y me despedí de Pablo asegurándole regresar esa misma noche con una cobija y una pijama ridícula: —mejor descansa, estuvimos todo el día aquí y ya es noche, te puede pasar algo o le puedes hacer algo a alguien. Ciertamente, mi impericia al volante aumenta por las noches y lo más peligroso no es que me pase algo, sino que yo le haga algo a alguien, pero, ¿qué tal si Pablo tenía frío en la noche? A su ansiedad se sumaría una incomodidad física, y ¿qué tal si se enfermaba y ya no lo podían operar? Tendríamos que empezar todo de nuevo, o ¿qué tal si sí lo operaban agripado y el fluido nasal le infectaba la herida?, ¿qué tal si el estornudar le abría la sutura?, aunque le dije lo contrario, salí determinada a regresar. Busqué a la enfermera por el pasillo y le pregunté si podía regresar: —si la dejan pasar allá abajo, eso es cosa que lo arregle con la policía de la entrada, no conmigo, por mí sí, pero no sé allá abajo, me contestó. Bajé y recogí la pijama, le pedí a la policía que me dejara entrar más tarde para dejar la pijama y una cobija porque las que

había no eran suficientes y podría tener frío, y se podría enfermar y podrían suspender la operación o peor, podrían operarlo enfermo y... En fin, la policía encontró graciosos los argumentos que para mí eran temores verdaderos —secretados por mi creatividad neurótica, pero verdaderos al fin— y aceptó.

Salí del hospital en medio de un diluvio, la luz de los faros públicos se veía disminuida por la lluvia y la calle oscura estaba además totalmente sola, así me sentía también, muy sola, totalmente desprotegida, caminando hasta el final de la calle que en la mañana estaba saturada de autos, puestos, gente y ahora se veía fúnebre con mi auto estacionado en un extremo y yo caminando desde el otro por una fila de árboles y sombras medidos por agua y viento. Estaba cansada de la angustia, de la espera, tenía sueño, miedo, tristeza, nostalgia, hambre y prisa. Debía haber conducido por División del Norte hasta Prolongación División del Norte, donde vivo, todo derecho, pero olvidé salir en División del Norte y tuve que llegar hasta la calzada de Tlalpan para poder regresar. Tlalpan estaba saturada de autos hasta la saciedad, la lluvia trajo consigo autos descompuestos, frenos mojados, choques, lentitud, conductores furiosos. Llegué a casa una hora y media después, abrí la puerta, subí las escaleras, entré a la recámara, abrí el ropero: tomé una pijama color carmín con unas figuras indescifrables color amarillo huevo y puntitos azules: —creo que esta sí parece pijama, la guardé en una bolsa de plástico junto con una cobija azul muy calentita y subí al auto para emprender el camino de regreso. Ahora sí regresé por División del Norte, pero no fue mucho mejor que Tlalpan, demoré una hora con veinte minutos en llegar al hospital, me estacioné y fui a buscar a la policía. Gran desgracia... ya no estaba, era otra, intenté preguntar por ella pero no sabía su nombre, le expliqué a la que ocupaba su lugar nuestro acuerdo, le dije que llevaba tres horas en el tráfico, le pedí que si no me dejaba subir, al menos me propusiera una solución para que las cosas llegaran al primer piso, mi petición se volvió súplica y su “no” se volvió —NO ya le dije que NO se puede. Entonces, como Renato Rosaldo, quise cortar cabezas, pero como Renato Rosaldo, no lo hice; de hecho, no hice nada, pensé quejarme con alguna autoridad, ¿casi a medianoche?



Seguramente no había ninguna, pensé echarme a correr por el pasillo, esconderme y entrar a hurtadillas, pensé convencer a algún médico o enfermera de que subieran mi envío, gritarle, golpearla, escupirle, pero finalmente no hice nada, regresé al coche y luego a la casa con una bolsa de plástico en la mano y un quiste de impotencia en la garganta y el hígado, casi no dormí.

Me levanté de la cama a las 5:00 horas y salí de mi casa una hora después para esquivar el tráfico, no lo logré, esta ciudad despierta muy temprano. Cuando llegué al hospital, fui al mismo módulo de policía y volví a intentar lo de la noche anterior, con otro policía, un hombre, fui menos insistente, al primer “no” dije “gracias” y regresé por donde había entrado. Como a las 7:15 horas Pablo llamó desde el teléfono público de su piso a mi celular, nunca me había dado más gusto escucharlo, nunca había sentido, desde que lo conozco, tanto tiempo y tanto espacio entre nosotros. Mi primera pregunta fue: —¿tuviste frío?, —sí, parecía que estaba helando, en efecto, como urdimbre del hado esa noche hizo un frío endemoniado, yo lo sabía, pero cuando su respuesta confirmó mi hipótesis, también liberó la olla de presión y le platicué a gritos y espasmos de voz entrecortada la odisea del día anterior cuando todavía estaba fresca en mis rencores, él le devolvió su verdadera magnitud anecdótica: —así son las cosas, por eso te pedí que no regresaras anoche, mejor no te enojas porque apenas empieza, de todas maneras, no morí de frío, después de enunciar su profecía, me dijo

que iba a colgar porque había visto pasar al doctor Lucio y quería preguntarle a qué hora lo iban a operar, aseguró llamarme en cuanto lo supiera. Me senté en una de las bancas de la sala de espera de emergencias, resignada a permanecer allí el día entero, llevaba provisiones para hacer llevadera la espera: ropa cómoda, teléfono, agua, fruta, goma de mascar, cigarrillos, libros, cuadernos y mucha tarea. Saqué mi libro de Victor Turner, *The edge of the Bush* y me dispuse a leer, avancé unas líneas y sentí que me tocaban la pierna, era un niño, luego supe que se llamaba Adrián y que tenía dos años: parecía un niño esquimal, no sólo por su

gorra y chamarra coloridas, sino por su fisonomía: tenía el cabello muy negro y lacio, cortado como si lo hubieran delineado con una vasija, la nariz pequeña y chata, los ojos redondos y cristalinos como una canica negra y la tez de un moreno claro amarillento. Saqué una goma de mascar y se acercó a ver si tenía algo que pudiera interesarle, tenía una paleta y busqué a su familia para pedir permiso. Su mamá venía ya a buscarle: —perdón señorita, —no se preocupe, no me molesta, le iba a dar esta paleta, ¿puedo?, —ay, muchas gracias, es que está muy aburrido y es que fíjese que internaron a mi papá porque..., se sentó junto a mí y comenzó a platicarme su historia: son oriundos del estado de Puebla y viven allá, pero su papá (de la señora) vive aquí y trabaja limpiando vidrios de edificios altos, lo contrata una compañía por “trabajo”, y por lo tanto no tiene derecho a jubilación, días económicos, incapacidad, aguinaldo ni nada que se le parezca, la historia me sonaba conocida, el señor cayó de un decimocuarto piso y tiene fracturas en —la cabeza, las piernas, los brazos y la columna, y no sabemos si va a volver a caminar, dice antes de soltarse a llorar inconsolable. El dolor, la pena, la angustia, el sentimiento de soledad, de desamparo y de impotencia crea complicidad y, de pronto, sentí mío el dolor de esa mujer cuyo nombre ni siquiera conocía y le ofrecí ayuda sin que la pidiera, le ofrecí comida, le ofrecí mi casa sin pensarlo. Me dijo que tenía familiares aquí y que no necesitaba nada, pero que me lo agradecía infinitamente. Estábamos aún conversando cuando fueron requeridos los familiares

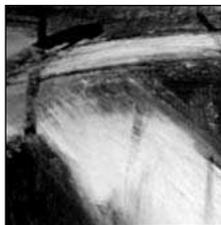
de un paciente, era su padre y ella se levantó y se fue sin despedirse, la vi cruzar por el pasillo pero nunca más. Entonces pensé: —¿qué diablos hice? No sé nada de esa señora, ni siquiera sé si es verdad lo que me dijo o no, ¿cómo la pude invitar a quedarse en mi casa? Y recuperé la razón, esa razón recelosa y desconfiada que la experiencia de la ciudad nos crea a los ciudadanos. Tantas veces he leído, escuchado en las noticias, oído experiencias que enseñan a dudar, a no creer, a desconfiar, que a mí misma me pareció estúpido haber sentido lo que sentí y más estúpido haber hecho lo que hice. En la ciudad somos ermitaños grupales, definimos las fronteras de nuestros clanes familiares y de amigos y de compañeros para diferenciarlos de los extraños y mantenernos alejados de ellos porque “nunca se sabe”. Simmel llama *reserva* a este “derecho de desconfiar propio de los hombres frente a los elementos pisa y corre de la vida metropolitana” (Simmel, 1988: 54) El urbícola, dice, no puede responder positivamente a las personas con quienes tiene contacto porque se vería atomizado internamente y sujeto a presiones psíquicas inimaginables; es esta reserva la que los hace parecer fríos y descorazonados porque no contiene sólo indiferencia sino un grado de omisión, un rechazo y extrañeza mutuos que se convertirán en odio y lucha en el momento mismo de un contacto más cercano por cualesquiera causas (Simmel, 1988). Yo soy una urbícola muy reservada, así que me sorprendió mucho mi propia actitud, y estuve ensimismada intentando darme una explicación racional. Eso que me pasó, ¿no es lo que hizo al gran Wilhelm Dilthey diferenciar las ciencias del espíritu (*Geistwissenschaften*) de las ciencias naturales (*Naturwissenschaften*)? Para Dilthey (y los autores que junto con él conforman la corriente hermenéutica), las ciencias del espíritu comprenden, no explican. Según Dilthey, las ciencias naturales tienen un objeto de estudio exterior y diferente a ellos, asequible por la razón y por lo tanto predecible, su finalidad última es la explicación de los fenómenos que estudian (*erklären*); en cambio, el objeto de estudio de las ciencias del espíritu es idéntico ontológicamente al investigador, y es, por tanto, incognoscible por medio de la



razón, no se puede ni explicar ni predecir, se puede, solamente comprender (*verstehen*). La comprensión, según Dilthey, no se logra por medio de la razón, sino de la intuición y supone que una mente puede comprender a otra si entiende los tres factores que en su interacción crean la experiencia: significado, sentimiento y voluntad, y logra encontrar las relaciones efectivas entre éste y su visión del mundo (*Weltanschauung*) (Wright, 1979: 98-120).

Entonces me asediaron de nuevo los viejos problemas epistemológico-existenciales: el científico social debe comprender el *significado* de los datos del comportamiento que registra, si quiere tratarlos como hechos sociales. Alcanza este género de comprensión mediante la descripción (interpretación) de los datos en términos de conceptos y reglas que determinan la *realidad* social de los agentes estudiados. La descripción y la explicación de la conducta social deben servirse de la misma trama conceptual que la empleada por los propios agentes sociales. En razón de ello, el científico social no puede permanecer al margen de su objeto de estudio de la misma forma que lo hace un científico natural. La comprensión empática no es un *sentimiento*, es una aptitud para participar en una *forma de vida* (Wright, 1979: 25-47).

El dato cualitativo que produce la antropología se logra en las relaciones cara a cara, lo que implica el diálogo de subjetividades, un choque de emociones, pero ¿cómo dar cariz científico a la empatía, al agrado o al desagrado y a todas las emociones que tamizan nuestro



trato con la alteridad? No lo sé, pero científico o no, mi sensibilidad hiperestésica y el paralelismo entre la situación de esa mujer y la mía me llevó de súbito a la *verstehen*. La comprendí, me sentí identificada además de que en efecto pertenecíamos en el hospital a un mismo subgrupo. Me explico:

Las categorías en el hospital eran dos principales, subdivididas internamente: trabajadores del hospital y gente de fuera. La primera de ellas tenía una segunda subdivisión evidente: médicos, administrativos y limpieza; cada una de éstas dividida a su vez: los médicos generales de los especialistas y ambos de los residentes; los administrativos vienen desde el contador del hospital, hasta las secretarías, policías, burócratas, trabajadoras sociales, etcétera; tal vez el grupo que dedicado a la limpieza sea el más homogéneo porque las obligaciones se rotan temporalmente. La categoría de la gente de fuera tiene tres vertientes: la de consulta externa, los internos y urgencias, cada una de las cuales dividida en pacientes y acompañantes o *familiares*, como se les llama generalmente. En la primera categoría, las diferencias significan estatus pertenecientes a una jerarquía. El estatus más alto es el de médico-administrativo, o sea el de director, después el de especialista, luego el de médico; antes de los residentes están algunos administrativos, como las secretarías de la dirección y las trabajadoras sociales, y así sucesivamente hasta llegar a los empleados de limpieza, quienes con todo, están en un estatus superior al de los pacientes. Entre los pacientes, por cierto, la diferencia no implica jerarquía, ni para los trabajadores del hospital ni para ellos mismos es uno superior al otro, la diferencia en todo caso la da la temporalidad y la actitud dentro del hospital: los pacientes de consulta externa vienen a su cita, son atendidos y se van, además más o menos conocen las reglas y las siguen, los pacientes internos están totalmente bajo control y para sus familiares la situación comienza a serles familiar; en cambio, los de urgencias son los más latosos y atolondrados.

Cerré el libro y me dediqué a mirar, tenía tiempo, había ya leído un letrero en el cual se advertía que sólo se daba información en los horarios “de 11:00 a 13:00 horas y vespertino de 16:00 a 18:00 horas”; todavía era temprano y el módulo estaba vacío, la única manera de

saber algo de Pablo era que él llamara, pero no llamaba, ¿a qué hora lo irían a operar?, ¿y si ya lo estaban operando?, ¿por qué no llama?

Mientras observaba a la gente, encontré rostros conocidos; aunque el día anterior no puse mucha atención a mi entorno, recordé haber visto algunas de las personas que estaban ahí: la señora que tejía, por ejemplo, ya me era conocida. El día anterior estaba con una mujer muy parecida físicamente a ella, de facciones toscas, estatura baja y sobrepeso, cuando nuestras miradas se encontraron me saludó con una sonrisa y me preguntó: —¿y el güero?, —lo están operando, contesté, —no me diga, pues ¿qué tiene?, le platicué a grandes rasgos y ella me contó también su historia: tenía un hijo internado porque en un asalto lo habían apuñalado: —le atravesaron el intestino y le fracturaron a patadas ocho costillas, una de las cuales le había perforado el pulmón; llevaba nueve días hospitalizado y ella y su hija se alternaban para cuidarlo, ahora su hija estaba arriba con él porque la gravedad del estado de su hijo les daba la posibilidad de un pase de 24 horas. La señora vive en la colonia Bondojo, ahí tiene una fonda que atiende con su hija y que todos estos días ha permanecido cerrada; su hijo es chofer de un microbús de alguna ruta que tiene paradero en Huipulco; su esposo murió atropellado hace más de ocho años. —¿Ya desayunó?, —ya señora, muchas gracias, —¿apoco sí?, si llegó desde bien temprano y no la he visto que coma, ándele güerita, cómase esta torta, traigo varias, si no comemos no rendimos y aquí hay que estar al pie del cañón; comí la torta de huevo con frijoles refritos y queso blanco y ella aceptó una manzana que le di, seguimos conversando hasta que bajó su hija y ella subió para sucederle. —Qué salga bien su güerito, me dijo amablemente, —gracias señora, yo también espero que se mejore su hijo, le dije, expresando un deseo profundo y sincero, no necesitaba saber más; sabía que fuere quien fuese el muchacho internado, su madre estaba sufriendo enormemente y hubiera querido detener su sufrimiento.

Eran casi las 11:00 horas, me integré a la fila para pedir informes. La fila avanzó, detrás de la ventanilla vi a una mujer alta, morena, de cabello negro rizado atado en una cola de caballo y aretes muy largos de colores,



debajo de su bata blanca se veían los múltiples colores de su vestido: —¿especialidad?, —ortopedia, —¿cama?, —trece, —¿Pablo?, —sí, Pablo Aguirre, el último reporte es que entró a cirugía, —¿a qué hora?, —no sé, antes de que pasaran el reporte, —¿a qué hora pasan el reporte?, —antes de las once, —¿cómo sé cuándo sale de la operación y cómo está?, —mire, si pasa algo grave, van a llamar a los familiares de Pablo Aguirre en la ventanilla de urgencias y ahí le dicen, estira el cuello hacia la derecha para que su vista alcance al siguiente en la fila y pregunta: —especialidad, es decir se acabó mi turno, la otra señora había pasado ya y se esperó a mi lado, —¿qué te dijeron?, le pregunté, —lo mismo que a ti, nada que no supiera antes de formarme, que lo operaron en la mañana pero quién sabe si ya salió, si no o qué. Ahí está mi suegra es que ella se va a quedar en lo que me voy a bañar, al rato nos vemos, voy a venir antes de las cuatro para la visita. Regresé a la sala de espera y el sentir general era de insatisfacción y de temor, pensando que de trasmano se hubiera confundido la información, además de la angustia y el desconcierto frente a un emisor anónimo y vocero pétreo. Entonces recordé que hace unas semanas Pablo y yo nos encontramos con mi papá para comer, y durante la comida le platicamos que iban a operar a Pablo de la cara: —¿y en dónde te van a operar?, —en Xoco, —¡uy!, ese hospital es horrible, ahí fuimos una vez cuando..., y nos volvió a contar una historia que hemos oído cientos de veces del día en que mi madre y él fueron a dejar flores al panteón Xoco, donde está enterrado mi hermano, mi madre presionó el florero de cristal que al romperse le hizo una cortadura muy profunda entre el dedo pulgar e índice de la mano derecha, se atravesaron al hospital para que le hicieran una curación y la enfermera que la revisó le dijo: —mire señora, no trate de engañarme, esto es una herida de arma punzo cortante, ¿la hirió su esposo?, —no, mire, estaba en el panteón..., —explíquesele al ministerio público y también éste trataba de inducir a mi mamá de responsabilizar a mi padre por la herida. Al primer descuido del ministerio, mis padres huyeron del hospital con la mano aún sangrando. —Oye pa', no nos des ánimo, —no, en realidad les iba a decir que la cuñada de Víctor es la secretaria del director, yo la conozco

bien y es muy “buena onda”, si quieres le pido a Víctor que se las presente, nunca está demás conocer a “alguien”. Yo no volví a tocar el tema y mi papá nunca me presentó a nadie, pero, efectivamente no está demás, pensé, así que llamé a mi papá pero no lo hallé, dejé un recado en su contestadora para que me llamara tan pronto como lo escuchara.

Llegó una señora con el cabello todavía húmedo y dispersando a su paso una fragancia indiscreta, saludó a mucha gente y se sentó junto a otra señora detrás de mí. —La veo muy sonriente, ¿ya está mejor su niña?, le preguntó la señora a la recién llegada. —Sí, fíjese que me quedé ayer con ella en la noche y ya hasta estuvimos platicando, ahora sí ya la veo muy recuperadita gracias a Dios; yo creo que unos tres o cuatro días más y ya me la llevo a la casa, —¡ay! pues ojalá señora, ¿ya cuánto lleva aquí?, —ya voy para tres semanas, no más imagínese, y ¿cómo sigue su papi?, —Igual, ni para atrás ni para adelante, —¡ay! señora, pues tenga paciencia y fe, porque Dios sabe lo que hace, ¿ya fue a pedir informes?, —no, no he ido, ya ve que luego no más va uno a que le dan malas noticias, ya hasta me da miedo ir, además la señorita es re' grosera, luego ni dice bien, pero pues vamos, ni modo, ¿qué nos queda? Se levantaron y salieron hacia la fila. Al pasar frente a mí, me dice una de ellas: —oiga, ¿sí le puedo encargar mis cosas? Nomás voy aquí a los informes, pero para no perder el lugar, —claro, respondo. A los pocos minutos un terrible alarido: —¡noo!, nos hizo voltear a todos, —mi hija no Diosito, ¿por qué te la llevaste, por qué? La hija de la señora había fallecido a las 6:00 horas y nadie la había llamado en la ventanilla de emergencias, eran más de las 11:30 horas. Su hija de 17 años había ingresado al hospital por urgencias para ser operada de apendicitis, pero se le infectó el páncreas y no logró recuperarse. El llanto de su madre estremecía la piel. No fue la única muerte que presencié: un poco más tarde, llegó una ambulancia y con ella un grupo de ocho hombres, su ropa desgastada, sucia y manchada de cemento hacía suponer que eran albañiles que habían acompañado a alguno de sus compañeros que venía en la ambulancia y que lo súbito del accidente no les había permitido cambiarse. Se quedaron en el patio de la entrada, conversando, fumando, comiendo y bebiendo



refrescos. Desde dentro, la señorita de la admisión les llamaba a gritos, nos dimos cuenta todos los que estábamos en la sala de espera, pero ellos seguían conversando sin enterarse de que les llamaban, entonces un señor les llamó: —¡ey!, aquí les hablan. La mayoría seguimos con la vista los pasos de los dos hombres que entraron, llegamos con ellos a la ventanilla y nos enteramos con ellos de que el paciente que llevaban había muerto. —¿Cómo se llamaba el paciente? —No puse, no sé, le decíamos *el negro*, pero su nombre no lo sé, tú tampoco ¿verdad? —No, quién sabe, voy a ver si alguno de los muchachos sabe. —Bueno, pero ¿no saben dónde vivía, si tiene familiares aquí o algo? —No, creo que dijo que era de Guerrero o algo así pero no sé bien, es que como sólo trabajamos juntos, pues no lo conozco bien, pero orita a ver si alguien lo conoce, voy a preguntar, en realidad los ocho huyeron del hospital sobrepasados por la situación y no volvieron.

Vicente Chozza dice respecto al nombre:

La noción de persona va ligada indisolublemente al nombre, que se adquiere o se recibe después del nacimiento de parte de una estirpe que junto con otras constituye una sociedad, y en virtud de lo cual el que lo recibe queda reconocido, y facultado con unas capacidades, es decir, queda constituido como un “actor” en un “escenario” —la sociedad—, de forma que puede representar o ejercer las funciones y capacidades que le son propias en

el ámbito de la sociedad. Ser persona significa ser reconocido por los demás como tal y como tal persona concreta, como un absoluto, en el sentido de algo único irreductible a cualquier otra cosa (Chozza, 1993: 405).

Y vino a mi mente la angustia metafísica de un personaje de Alejandro Casona, muerto debajo de una letra y un número en la obra *Los árboles mueren de pie*:

Mi nombre verdadero es Juan. Poca cosa ¿verdad? ¿Pero humano, señor, humano! Millares de Juanes han escrito libros y plantado árboles. Millones de mujeres han dicho alguna vez en cualquier rincón del mundo “te quiero, Juan”. En cambio ¿quién ha querido nunca al “F-48”. Juan sabe a pueblo y a eternidad: es el hierro, la madera de roble, el pan de trigo. “F-48” es el nylon (Casona, 1995: 128).

¿Qué le trajo a la ciudad a perder el nombre, la identidad y la vida? La miseria, el desempleo seguramente, da igual. Murió *el negro* en el anonimato. La ciudad le envolverá en mortaja de *nylon* y hará de su cuerpo sin historia materia prima para la ciencia; tal vez en Guerrero alguien guardará el secreto de su nombre esperando que regrese en una espera infinita de pasos que no llegan.

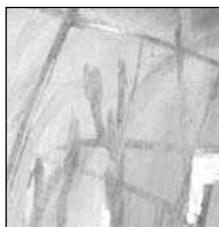
Otra vez la muerte aquí junto, temible con capucha negra y hoz, ¿y si me hubiera ya desgarrado el vestido sin que yo lo supiera? Volví a la fila de informes, había pasado una hora desde que fui la primera vez, cuando llegué hasta delante recité de memoria: —máxilo, cama 13, —a usted ya le había dado informes ¿no? —Sí, hace una hora, supongo que ya salió de la operación y que tal vez le hayan pasado el reporte, —no, no me han pasado nada, y aplicó la misma estrategia que la vez anterior para que yo me fuera de ahí, se dirigió a la siguiente persona y me volví transparente. Detesto el trato hostil y mucho más cuando es injustificado, generalmente mi enfado se hubiera vuelto un discurso áspero de volumen alto, pero ella era el único medio para saber algo de Pablo y eso me importaba mucho más que el buen trato, así que regresé a la fila a las 12:30 horas, calculando llegar a la ventanilla antes de las 13:00 horas, así fue, faltaban diez minutos para la una,

cuando llegué me dijo: —Pablo Aguirre, ¿verdad?, —sí, —está en recuperación. —Gracias, balbuceé exhalando la tensión que me había tenido el cuerpo enjuto, y sentí que se relajaban mis músculos: el cuello, la espalda, las piernas... el corazón. Me quedé en el patio de afuera, al aire libre tomé un lugar en una de las bancas y prendí un cigarrillo, tal vez era que estaba mucho más tranquila, pero me pareció un lugar más agradable que la parte cerrada de la sala de espera.

El hospital de Xoco es de la Cruz Verde y, por lo tanto, casi cada diez minutos se escucha el alarido agudo de la sirena que se abre paso para entrar al hospital con algún remiendo humano abordo y familiares o conocidos que se suman a las ánimas errantes de la sala de espera, a veces no baja nadie más. Mientras estuve sentada afuera, conté un promedio de 25. La gente hacía básicamente lo mismo que la que estaba dentro: esperaba y pasaba el tiempo, como los de adentro, conversando, comiendo, bebiendo, leyendo, tejiendo; pero además, porque lo permitía el espacio, la gente de afuera permanecía menos sedentaria; los más ansiosos o cansados de estar sentados caminaban de un lado al otro, los niños corrían persiguiéndose o jugaban a deslizar su cochecito por las bancas: muchos fumaban (es la única área en donde está permitido), y había también quien acaparaba una banca y se rendía al cansancio. Igual que dentro, se creaba una especie de solidaridad que desvanecía barreras entre extraños, la gente aborda a otros, generalmente empleando para ello una conversación referente al hospital, ya sea a la causa que los llevó ahí, alguna experiencia sufrida, alguna queja, o algún consejo. Pareciera que los une por una parte comprender el dolor, la angustia y la preocupación del otro porque ellos mismos la padecen, pero también el saberse en clara oposición con los trabajadores del hospital, ellos son frívolos, altivos, ellos no entienden, ellos exigen, impiden, dificultan, así que la gente se une para aligerar el peso del otro, y si no puede curar a su paciente, al menos puede combatir el hambre compartiendo la comida, disminuir el calor, el cansancio y la sed con un trago de agua fresca, cuidarle el lugar o las cosas



mientras va al baño, dar un dulce al niño aburrido, ceder el lugar si está más cansado, prestar su tarjeta de teléfono, regalar un cigarrillo, recibir la información de su paciente si no se encuentra en la sala de espera, puede dar un consejo para facilitar los trámites o lograr un objetivo, puede, simplemente, ser la cara humana del hospital, la que escucha, la que siente, la que comprende. Los pacientes llegan al hospital por un evento extraordinario, porque un incidente ha alterado el orden normal de su vida cotidiana y hay síntomas visibles: físicamente desmejorado, con el apetito alterado, la cara descompuesta, a veces minado por el cansancio o hiperactivo, a veces con el entendimiento medio nublado. La necesidad imperativa de estar ahí soslaya la importancia del baño diario, de la ropa limpia y del cabello acomodado; entre los pacientes la jerarquía es clara, primero solucionar el problema, primero cuidar al enfermo, luego todo lo demás. No piensan lo mismo los trabajadores del hospital —médicos y administrativos—, quienes muestran con gestos y distancia cierta repulsión por el mal olor y las “fachas” de la gente; una enfermera osó decirle a una señora de apariencia y vestimenta indígena: —la van a dejar entrar a ver a su esposo hasta las cuatro, mientras puede aprovechar para darse un baño que buena falta le hace. Una señora que, como muchos otros escuchó la frase, manifestó su indignación: —oiga, aunque la señora sea pobrecita usted no tiene por qué agredirla, no sea grosera. —¿Cómo no me va a importar?, grosería el



olor de ésta... señora y sus chamacos, una cosa es ser pobre y otra ser cochino y no le hablo a usted, no se meta en lo que no le importa, y regresó por donde había llegado sin escuchar el murmullo de reclamaciones. La gente se quedó discutiendo lo inadecuado del comentario, postulándolo como muestra de una actitud común que otros ilustraron con casos igualmente indignantes. La señora aludida salió del hospital con un niño a la espalda, envuelto en un rebozo colorido, en la mano izquierda una bolsa de mandado y en la derecha un niño pequeño que no entendía la prisa ni las lágrimas avergonzadas de su madre.

Vestimenta indígena y lo que conlleva, recordé lo que alguna vez leí en un libro de antropología filosófica de Ricardo Yepes Stork, que releí antes de redactar este texto. Yepes Stork llama *inmanencia* a la característica exclusiva y definitoria de la persona humana que significa *permanecer dentro*; inmanente es lo que se guarda y queda en el interior del sujeto y para sí, es un mundo interior, una apertura hacia adentro; la intimidad es el grado máximo de inmanencia, lo más propio, es el dentro donde las cosas quedan guardadas para uno mismo sin que nadie las vea, a menos de que el sujeto decida hacer uso de otra capacidad: la de la manifestación de su intimidad. La intimidad y la manifestación indican que el hombre es dueño de ambas, y al serlo, dueño de sí mismo y de sus actos, y por tanto principio de éstos, o sea, es libre. La manifestación de la persona es el mostrarse a sí misma y se realiza a través del cuerpo, él es el mediador entre el adentro y el afuera, entre la persona y el mundo; y la tendencia espontánea a proteger la intimidad envuelve también al cuerpo. Si bien el hombre se viste para proteger su indigencia corporal del medio exterior, también lo hace porque su cuerpo forma parte de su intimidad y no está disponible para cualquiera así como así; “el vestido mantiene al cuerpo dentro de la intimidad” (Yepes Stork, 1996: 81), pero también protege la intimidad del anonimato en un diálogo intersubjetivo dentro de un contexto simbólico: yo, al vestirme, me distingo de los otros, dejo claro quién soy (al menos quién quiero que piensen que soy); el vestido contribuye a identificar el quién en dos sentidos, el primero individual, que refleja la personalidad, y el segundo en su función social o rol. La

vestimenta, que suele ser un complemento informativo sobre la persona, se torna en la mayoría de los casos de interrelaciones ciudadanas en la única información que se puede conseguir del otro; el otro a quien se lee sin historia, sin ideas, sin sentimientos en una taquigrafía social en la que “como te ven, te tratan”. En México pervive un racismo suicida de autoestima peyorativa, en que el vestuario indígena significa marginación, retraso, pobreza, anacronía, fealdad, suciedad y sólo en oposición a esto se entiende el aferramiento necio a disfrazar el fenotipo tiñéndolo de rubio, a incrementar la estatura con tacones incómodos, a deslavar el tono de la piel infestándolo de maquillaje, a aparentar un cuerpo más esbelto como apretado embutido, siguiendo un ideal de belleza anglosajón que abre un amplio mercado de cosméticos, cirugías plásticas, tintes y demás disfraces. ¿No será por eso necesario para las secretarías exagerar el arreglo hasta el exceso? Si suponemos además que el fenotipo idealizado anglosajón se equipara en México con la burguesía dominante, acercarse a ese estereotipo estético significa afirmarse miembro legítimo de la clase dominante, aunque sea dentro del hospital. Aquí dominar significa estar entre los dadores de salud; entre los que tienen el conocimiento; entre los participantes de la ciencia y la razón de tradición grecorromana, europea y occidental; de fenotipo anglosajón (aunque sea imposte) y mayores recursos económicos (aunque sea ficticio).

Hilvanando especulaciones pasó el tiempo, y a las 15:30 horas de la tarde salí del hospital para dirigirme a la entrada que está en la calle Bruno Traven y por la cual ingresan las visitas de los internados. Un cuarto de hora después sonó el teléfono, era Pablo desde su piso. Todavía mareado por el efecto de la anestesia, había salido al pasillo en cuanto se encontró capaz —regresa a tu cama, voy para allá—, le dije reprochando su imprudencia pero muy feliz de escucharle. A las 16:00 horas abrieron la reja dos policías, llegué a la ventanilla, y uno de ellos pidió mi nombre, que apuntó en un registro y me dio un cuadro de papel amarillo con el número trece y su firma. Al entrar reconocí el pasillo, subí las escaleras y entré mirando a Pablo, con su cara inflamada y roja como tomate; tenía una sonda que sacaba sangre de su nariz y la acumulaba en una bolsa de



plástico sujetada con cinta adhesiva a su pecho. Labios, dientes y aliento hemático le daban un aspecto más tétrico, y aún así estuve ahí dos horas; sólo mirándolo mientras dormía, tuve que salir a las 18:00 horas, junto con las demás visitas, para regresar ya tranquila a casa. En la noche volvió a llamarme para decir que se sentía mejor aunque muy cansado y somnoliento; yo estaba igual que él, por lo que me dispuse a dormir. Antes sonó otra vez el teléfono, era mi padre, le dije que ya habían operado a Pablo y que estaba bien, pero que yo había tenido problemas abajo para recibir información, pasar la ropa, etcétera. Le conté de mis experiencias: —les dije que no se metieran ahí, —bueno, ya nos metimos, ahora mejor ayúdanos a salir, preséntame a la cuñada de Víctor, ¿no? Hasta ahora no hemos necesitado nada, pero quién sabe qué más pueda pasar, la estrategia de la “palanca” es convertir lo impersonal en personal, es devolver el nombre entre la muchedumbre.

El jueves hablé con Pablo en la mañana, me dijo que había dormido toda la noche y que se sentía mucho mejor. Aunque ya había pasado el efecto de la anestesia, el dolor era sólo una molestia nimia en la mejilla. Me pidió que fuera a la escuela para no perder clases y averiguara qué tareas habían dejado sus maestros para las vacaciones. Así lo hice, fui a la escuela pero mi maestro no. Recogí la tarea de Pablo y llegué al hospital cerca de las 11:00 horas, saludé a mis conocidos en la sala de espera y platicué con la gente de lo mismo de siempre: nuestros pacientes. Un poco más tarde llegó mi padre con mi tío Víctor, me dio mucho gusto verlos, me levanté apresurada porque no me habían visto. —¿Cómo está?, me preguntó mi padre, —bien, ya está en recuperación. —Eso crees tú porque estás aquí abajo, arriba es el infierno, hace frío, calor, huele mal, la gente se queja, no te atienden, este hospital es el infierno, yo siempre que platico con el director le digo que deberían de buscar financiamiento privado para una remodelación porque ni la infraestructura, ni el personal son suficientes para tanta gente, me dijo el tío. —Pues sí, pero si mejoran las condiciones, más gente va preferir venir aquí y otra vez se va a saturar, o sea, no importa qué hagas, siempre habrá más pacientes, además la gente es muy destructora, en un año esto está

igual, te lo aseguro, condenó mi papá con sabiduría malthusiana reiterando neciamente su creencia de que la gente está ahí porque lo prefiere. No dije nada, esas discusiones nunca me han llevado lejos ni a él tampoco. —¿Vamos a ver a tu cuñada?, pregunté.

Leticia es la secretaria del director, debe medir 1.50 m, es de complejión media, tez blanca, ojos cafés, cabello castaño claro quebrado y un ligero prognatismo. Le explicó mi tío que soy su sobrina, y que a mi novio... —¿quién lo operó el doctor Lucio?, —sí, —¡uy!, entonces no te preocupes, es excelente, le dije que por el momento no se me ofrecía nada, pero que no descartaba la posibilidad. —No, no te preocupes, ahorita yo voy a subir al piso y le voy a decir a las enfermeras que es mi primo, que se los encargo mucho, son “súper buena onda,” (entre ustedes, pensé), si quieres espérame tantito, nada más acabo esto y si quieres subes conmigo. Fuimos a la sala de espera, mi papá es físico y usa una bata blanca en el laboratorio; la trajo consigo del trabajo y se la puso sobre el traje, entró por el pasillo y dijo a la policía: —buenas tardes, —buenas tardes doctor, le contestó ella, al pasar por el vidrio me dijo adiós con la mano mientras sonreía burlón. Nadie lo detuvo, nadie le preguntó nada ni abajo, ni durante los veinte minutos que estuvo en el primer piso con Pablo. —¿Por qué no se me ocurrió antes? Otra vez la vestimenta que condena al indígena y da estatus automático al que porta bata blanca como si ella misma contuviera los conocimientos que a manera de báculo mágico transforman enfermedad en salud, muerte en vida. Hay médicos, residentes y administrativos cuyo fenotipo no se diferencia en nada de la gente que solicita el servicio médico, pero no se confunden con la gente: portan su almidonada e inmaculada bata blanca y generalmente traje sastre y corbata como el derecho a levantar la mirada, fetiches de nuestros curanderos. Mientras tanto, mi tío y yo platicábamos en la sala de espera: —qué buena onda es tu cuñada, le dije, —pues con nosotros, digo somos familia, se trata de ayudarse pero no creas que es así con todos, en realidad tiene fama de sangrona, —pues no me sorprendería, aquí la gente es muy déspota, —y no sé por qué, ¿eh? Se sienten elite y nada que ver, por ejemplo, Lety vende suéteres y vitaminas o complementos alimenticios o no se



qué de una marca así medio New Age como tipo Amway, pero vende y le pagan poco a poco, “a pagos” dicen; o sea no creas que la gente aquí gana muy bien, yo creo que ni los doctores, pero como viene gente muy pobre se creen mucho, ¿no? Vimos a Lety acercarse, me despedí de mi tío y subí con ella, pasamos la puerta, subimos las escaleras y nadie dijo nada, expresé mi sorpresa y le platicué mis anécdotas. —Es que hay mucha seguridad porque nos mandan reos que se hieren en el reclusorio o que se enferman o algunos son rateros o asaltantes que recoge la ambulancia y que después de aquí se van a la cárcel; entonces por eso los pacientes no pueden usar ropa de calle sino ropa que se diferencie, para que no puedan andar de aquí para allá, y por eso también hay tanto control con las visitas, especialmente cuando son mujeres en la zona de hombres, porque ya hemos tenido algunos problemas desagradables, por eso si quieres ahorita te quedas, pero cuando salgan las visitas a las seis, te sales, ¿no?

Mi papá estaba parado junto a Pablo, si no lo conociera, hubiera esperado afuera a que el doctor terminara de revisarlo, estaba ahí parado actuando el rol maravillosamente: soberbio, científico, objetivo, impersonal. Estuve con Pablo desde las 13:00 hasta las 18:00 horas, leí en voz alta para él tres capítulos de un libro de ontogenia, subrayando lo que él me pedía y preguntando lo que no entendía. El resto del tiempo platicamos de su estancia en el hospital.

Todavía estaba yo con Pablo cuando la señorita de trabajo social entró para avisarle que estaba en prealta y que si todo seguía bien, sería dado de alta a la mañana

siguiente. Antes de regresar a casa intenté averiguar qué trámites debían realizarse para que el paciente pudiera ser dado de alta, de manera que al día siguiente no me faltara ningún documento y saliéramos de ahí lo antes posible. Pregunté a una de las enfermeras, quien me dijo que se lo tenía que preguntar a la señorita de trabajo social. —¿Y dónde está?, —es que sólo hay una para los tres pisos así que puede estar en cualquiera, —la encontré en el tercer piso, me dio la lista de documentos y la recomendación de que llegara temprano para que fuéramos de los primeros.

Llegué la mañana del viernes a las 7:00 horas y me dirigí inmediatamente al módulo de trabajo social que está en la sala de urgencias, para iniciar los trámites de alta. —No, lo siento pero tiene que esperar hasta las once a que abran el módulo de información ciudadana, si el paciente está dado de alta, la señorita le firma un pase y usted sube al piso y arregla todo con la trabajadora social del piso. A las 8:00 horas llamó Pablo, la señorita de trabajo social le había dicho que el doctor Lucio ya había firmado el alta y que saldría ese mismo día; inmediatamente después de que se lo dijeron se bañó, guardó sus cosas y se dispuso a salir. Le expliqué que tenía que esperar hasta las 11:00 horas. Desde las 10:00 horas se empieza a formar la fila para recibir informes, yo era la segunda de la fila, antes de que abrieran vi pasar al doctor Lucio: —¿ya listos para partir?, —sí, afortunadamente, mil gracias por todo doctor, —no, para nada ése es mi trabajo, espero que les vaya bien.

Cuando abrieron la ventanilla me dijo la señorita: —está en recuperación. —¿Cómo que está en recuperación? Ayer estaba en prealta, hace un rato me llamó y dijo que ya lo habían dado de alta y hace unos minutos el doctor Lucio y yo conversamos y él dio por hecho que ya nos íbamos. —Mire, me enseña el registro, en efecto, el número trece tenía el nombre de Pablo Aguirre y decía recuperación. —No gano nada ni me interesa para nada que los pacientes se queden, pero ése es el reporte que me pasaron y los diagnósticos cambian en cualquier momento, se pudo poner mal, le pudieron encontrar indicios de infección, yo qué sé, es



decisión del doctor, —¿puedo subir al piso a ver qué pasó?, —no, hasta la hora de la visita, pero puede ir a buscar al doctor a consulta externa, él le va a decir por qué van a dejar a su paciente más tiempo. Yo creía y quería creer que era un error, pero efectivamente, había hablado con Pablo hacía más de tres horas; con el doctor hacía más de media hora y el diagnóstico pudo haber cambiado sin que yo lo supiera. Fui a la consulta externa y toqué la puerta del consultorio del doctor Lucio: —no, hoy no hay consulta de máxilo, el doctor es de otorrinolaringología, —¿no sabe dónde puedo encontrar al doctor Lucio?, —no, no lo conozco, se me nubló el entendimiento en temores, en posibilidades, me tuve que sentar en la sala de espera a pensar: —¿qué tiene güerita?, me preguntó una de las señoras que también tenía un paciente internado y con quien había conversado varias veces, le platicué lo que pasaba: —no se aflija hasta que sepa bien, aquí son re' pendejos y luego dicen una cosa por otra, alamejor otro doctor le hace un pase, pídalelo a otro doctor, dígame que no encuentra al suyo. Eso hice, fui a la especialidad de ortopedia y pregunté por el doctor Lucio, el residente me dijo: —no, no lo conozco, pero otro doctor me dijo desde adentro —está en quirófano, —tengo un problema, doctor y me urge encontrarlo, usted ¿no me podría ayudar?, expuse la situación: —¿quién es tu paciente, un güero, alto, de ojos azules que operó Lucio de la nariz?, —sí, ése, —¡ah!, se va a quedar por lo menos otros dos días porque en la revisión de las nueve le detectamos una infección en la herida y se tiene que someter a curaciones y le estamos pasando antibiótico por vía intravenosa, así que no va a poder salir. —Pero acabo de ver al doctor Lucio y no me dijo nada; —él no hizo la visita de la mañana, la hice yo y yo prescribí que se quedara. Me quedé parada sin saber qué hacer mientras veía alejarse al doctor por el pasillo y de pronto recordé que me quedaba un “por si acaso”.

Subí a la dirección a buscar a Leticia, le expliqué lo que pasaba y le pedí que me ayudara a subir para comprobar que la información fuera correcta. Subimos al primer piso cuando llegamos arriba vi una espalda

conocida frente al teléfono público: —¡buuu!, ¿por qué no subías?, —porque no te dieron de alta, me dijo el doctor que..., —no soy yo, mira, tenía en la mano el documento firmado por el doctor con el que se da de alta al paciente y estaba a punto de informarme por teléfono. El doctor había dado de alta a Pablo y había firmado el papelito

de salida, todos en el piso lo sabían y él estaba listo para partir pero el residente que transcribió los reportes se confundió y estuvimos a punto de quedarnos un día más. A alguien más le dijeron que su familiar iba a ser dado de alta cuando apenas estaba en recuperación, con antibiótico transitando por sus venas para mitigar una severa infección en la nariz. Otro güero, alto, con los ojos azules cuya historia desconozco, pero ¿cuántas veces esas confusiones han causado problemas graves?, ¿cuántas veces los desvelos e incomodidades de los familiares que acampan en la sala de espera pierden su razón de ser por la imperfección del largo conducto de la comunicación en que los extremos nunca se conocen? Nada nuevo hay en postular la ineficiencia burocrática, es una observación tan generalizada que de sustantivo se ha convertido en adjetivo y su importancia ha dado lugar a estudios de sociólogos tan eminentes como Max Weber y Robert Merton. Max Weber sostiene que en una estructura social racionalmente organizada, las normas de actividad se definen de manera tal que cada uno de los empleos contiene una zona de competencia y de responsabilidad que le son atribuidas; esta reglamentación de las actividades dado por la distribución de autoridad dentro del sistema, sirve para reducir al mínimo la fricción restringiendo en gran medida el contacto (oficial) a modos que están definidos previamente por las reglas de la organización. Por su parte, Merton subraya los beneficios de este desarrollo de la división social del trabajo, cuando sostiene que, ante el surgimiento de la burocracia, “la estructura se aproxima a la eliminación completa de relaciones personalizadas y de consideraciones no racionales [...] y de este modo, el subordinado está protegido contra la acción arbitraria de su superior ya que los actos de ambos están limitados por una serie de



reglas mutuamente reconocidas” (Merton, 2002: 275-276).

Robert Merton reconoce los logros y las funciones positivas de la organización burocrática destacados por Weber, pero busca analizar también “los esfuerzos y las tensiones internas de esas estructuras” (*ibidem*, 2002: 277). Para la transición al estudio de los aspectos negativos de la burocracia ofrece la aplicación del concepto de Veblen de incapacidad adiestrada, la idea de Dewey de psicosis profesional y la de Warnotte de deformación profesional. La incapacidad adiestrada se refiere al estado de cosas en que los talentos basados en el adiestramiento y destrezas —aplicados con éxito en el pasado— pueden resultar reacciones inadecuadas en situaciones nuevas porque no son consideradas significativamente diferentes. En el caso de la burocracia, su eficacia exige seguridad en las reacciones y una estricta observancia de las reglas que lleva a hacerlas absolutas —ya no relativas a un conjunto de propósitos—, y esto impide la rápida adaptación en circunstancias especiales, no claramente previstas por quienes redactaron las reglas generales. Así, los mismos elementos que conducen a la eficacia en general, producen ineficacia en casos específicos (*ibidem*; 280).

Los conceptos de Dewey y de Warnotte son empleados por Merton para analizar otro rasgo que atribuye a la estructura burocrática: la insistencia en la despersonalización de las relaciones. Sostiene que el tipo de personalidad del burócrata se forma en torno de esta norma de impersonalidad, y que tanto esto como la tendencia categorizadora, que nace del papel predominante de las reglas generales abstractas y desconocen las peculiaridades de los casos individuales, tienden a producir conflictos en las relaciones del burócrata con el público o clientela que, generalmente, está convencido de las características especiales de su problema, y se opone con frecuencia a ese tratamiento por categorías: “el tratamiento impersonal de asuntos que a veces son de gran importancia personal para el cliente da lugar a la acusación de ‘soberbia’ y ‘altivez’ contra el burócrata” (*ibidem*, 2002: 282).

Además, el autor aporta el concepto de superconformidad para estudiar la burocracia. El planteamiento de

Merton tiene como premisa que si la burocracia ha de funcionar eficazmente, debe alcanzar un alto grado de confiabilidad en su conducta, un grado extraordinario de conformidad con las reglas prescritas. La disciplina, interpretada como conformidad a las reglas, sea cualquiera la situación, no es considerada como una medida desti-

nada a objetivos específicos, sino que se convierte en un valor inmediato en la organización de la vida del burócrata. Esta importancia de la disciplina, resultante del desplazamiento de los objetivos originarios, produce rigideces y una incapacidad para adaptarse rápidamente. De ahí se sigue el formulismo o hasta el ritualismo, con una insistencia indiscutida sobre la adhesión puntillosa a procedimientos formalizados. Esto puede ser exagerado hasta el punto en que el interés primario por la conformidad con las reglas se interfiere en la consecución de los objetivos de la organización, caso en el cual tenemos el familiar fenómeno del tecnicismo o papaleo del funcionario.

La disciplina sólo puede ser eficaz si las normas ideales son reforzadas por sentimientos vigorosos que impongan al individuo la devoción a sus deberes, un agudo sentido de la limitación de su autoridad y competencia, y la ejecución metódica de actividades rutinarias. Por ello “la vida oficial del burócrata está planeada para él como una carrera graduada, a través de los dispositivos organizacionales de ascenso por antigüedad, pensiones, jubilación, aumento de sueldo, etcétera todo lo cual está destinado a ofrecer incentivos para la acción disciplinada y la conformidad con las reglamentaciones oficiales” (*ibidem*; 280-281).

Con los planteamientos de Max Weber se puede explicar tanto la necesidad de la burocracia ligada al crecimiento cuantitativo y cualitativo de la sociedad, como sus funciones positivas. Los aportes de Robert Merton son una extraordinaria herramienta para interpretar la ineficiencia burocrática, pero ambos se refieren a su funcionalidad sociológica en abstracto. La perspectiva desde la cual pretendo interpretar los datos que obtuve, destaca el aspecto político de las relaciones sociales.



La relación médico-paciente es una relación de intercambio: el médico posee el conocimiento que da la salud y el paciente otorga al médico los medios para que él sobreviva. El problema es que este intercambio está tan mediado que los extremos se pierden y pareciera que el médico brinda salud en un afán altruista y se olvida de que sus pacientes por vía de impuestos financiaron su carrera y pagan su sueldo, en ese caso sí se individualiza. Para el paciente, la salud no es como cualquier otro servicio, es el que garantiza la vida, el bien prístino y mayor, así que el médico no es como cualquier otro servidor, se le reviste simbólicamente de un poder especial que le permite introducirse en el plano más íntimo y personal, desde los secretos socioeconómicos hasta la desnudez y se asume ante él una posición de sumisión en una relación evidentemente asimétrica.

Al respecto Michel Foucault toma el ejemplo de la filantropía a comienzos del siglo del siglo XIX, cuando

...ciertas personas vienen a inmiscuirse en la vida de los otros, de su salud, de la alimentación, de la vivienda... Tras esta función confusa surgieron personajes, instituciones, saberes... una higiene pública, inspectores, asistentes sociales, psicólogos. Naturalmente, la medicina jugó el papel fundamental de denominador común... Su discurso pasaba de un lado a otro. En nombre de la medicina se inspeccionaba cómo estaban instaladas las casas, pero también en su nombre se catalogaba a un loco, a un criminal, a un enfermo (Foucault: 1980, 109-110).

En el imaginario social, detrás de los médicos, están la universidad, la ciencia, la razón... la verdad. Aunque vale la pena mencionar que Foucault no se refiere a verdad como el conjunto de cosas verdaderas que hay que descubrir o hacer aceptar, sino como: "el conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso y se ligan a lo verdadero efectos políticos de poder" (*ibidem*: 188), es decir, más que a la verdad, se refiere al estatuto de verdad, al papel económico-político que juega este concepto.

En la experiencia que viví en el hospital, observé que se crea una jerarquía a partir de la distancia del sujeto

con respecto al bien que es intercambiado: entre los que brindan salud, la jerarquía más alta es la del médico que posee el saber, seguido por el estudiante, que está en el proceso de adquirirlo; y de manera general, entre los pacientes la jerarquía más alta la ocupa aquel que posee los recursos económicos para pagar de manera directa la obtención del

bien, por eso hay tanta diferencia en la atención en un hospital privado y uno estatal. En el hospital público, por el exceso de gente, por la complejidad de las relaciones y por el exceso de mediadores en el intercambio; todos los pacientes son amalgamados en una misma categoría que les ubica en el lugar sumiso de los receptores de una caridad. La impersonalidad provoca deficiencias para resolver casos particulares, estas deficiencias son combatidas por alianzas circunstanciales entre la gente, en las que se rescata su carácter único e irreplicable y se busca encontrar alianzas semejantes con miembros de la otra categoría para salir de lo general y recibir un trato personal libre de formulismos.

En realidad los médicos no tienen el poder, como si se tratara de una cosa; las relaciones constantes y renovadas en las que se intercambia un bien (salud) por otro (dinero), vistas en su dimensión política, aparecen como relaciones asimétricas porque hay un discurso de verdad que nos envuelve a todos y un efecto del poder visible que lo legitima: la gente, como Pablo, entra enferma al hospital y a veces sale de ahí sana.

BIBLIOGRAFÍA

- Choza, Vicente, *Antropología filosófica*, Madrid, Rialp, 1993.
 Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Barcelona, La Piqueta, 1980.
 ———, *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 2003.
 Merton, Robert, *Teoría y estructura sociales*, México, FCE, 2002.
 Simmel, Georg, "La metrópolis y la vida mental", en Mario Bassols et al. (comps.), *Antología de Sociología Urbana*, México, UNAM, 1988, pp. 47-61.
 Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1964.
 Wright, Georg H. Von, *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza, 1979.
 Yepes Stork, Ricardo, *Fundamentos de Antropología*, Pamplona, EUNSA, 1996.

La pulquería como lugar de encuentro: el caso de *La Pirata*



El objetivo de este trabajo es mostrar a la pulquería como un espacio urbano de encuentro y para ello recurrimos al trabajo etnográfico que realizamos en una pulquería del antiguo barrio de Tacubaya: *La Pirata*.

Detente hermano, Cómo te va de ahí, Aquí Se Está Mejor que Enfrente, Pá Que Tè Cries, El Abrevadero de los Dinosaurios, Los Cacarizos, Los Erutes de Sansón, El Capricho, La Serpentina, El Gato Negro, BB y BT, Al Pasito Pero Llego, El Quinto Toro, La Conquista de Roma por los Aztecas, La Antigua Roma, La Línea de Fuego, El Purgatorio, La Gloria, El Infierno, La Canica, El juguete, El Recreo de los Zorros, El Sube y Baja, El Dominó, La Hija de los Apaches, La Nieta de Napoleón, La India Bonita, Las Dualistas, La Bella Hortensia, La Antigua Cariñosa, La Hermosa Mila, La Pirata, La Judía, La Reyna Xóchilt, Mi Rancherita, La Ana María, Los Hombres Sin Miedo, El Rey del Valor, El Fuerte de Guadalupe, El Cañon Rojo, La Ametralladora, La Toma de Ciudad Juárez, La Gran Batalla de Otumba, La Rumba del Caribe, La Bamba, El Huapango de Veracruz, El Jarabe Tapatío, Los Fifís, La Elegancia, El Buen Gusto, El Ramo de Oro, La Cascada de Rosas, El Panal de las Abejas, La Gallina de los Huevos de Oro, La Paloma, El Pajarillo Barranqueño, Las Mulas de Siempre, Qué me Duran, Sobre la Marcha, Conozco a los Dos, ¿No que No?, Te lo Dije, El Gran Atorón, Me Siento Aviador, La Gran Mona, La Universidad de Escamol y La del Estribo, son algunos nombres de pulquerías que existieron y existen en la Ciudad de México. Dichas nominaciones hacen referencia a determinados lugares en la ciudad, que remite a algunos actores urbanos que se congregan en un recinto a tomar pulque y estructurar un tipo de sociabilidad urbana.

Las pulquerías son lugares de encuentro de sus usuarios, quienes experimentan ciertas sensaciones, estructuran determinadas relaciones sociales. Precisamente, un elemento estructurante del lugar es la construcción de

* Colegio de Antropología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP).

sentidos, por ejemplo el lugar como centro, como punto de arribo, de confluencia, de reunión, de conversación y de encuentro. Se experimenta el sentido del lugar cuando las personas encuentran socialmente algo, un satisfactor, una relación social, cierto *confort*. En el lugar se manifiestan determinadas situaciones que marcan a los usuarios, posibilita congregarlos a tomar una bebida embriagante, a compartir un lenguaje, a realizar rituales y entre otras cosas a estructurar una jerarquía interna, como lo reconoce Abilio Vergara (2001). También un lugar es geografía, sitio físico, localizado en un mapa, ubicado en un contexto.

El lugar

La Pirata es una pulquería localizada en Tacubaya y es hija de *La Tempestad*, según lo menciona el encargado. Enclavada en una zona habitacional de clase baja y media, llama la atención la concurrencia que acude a ella por medio de automóviles de distintas “categorías”, porque se pueden observar lo mismo minitaxis, que camiones repartidores de refrescos, gas y pan que autos último modelo. Es una pulquería ya famosa en la Ciudad de México, por los curados que prepara y que son muy cotizados. Como cualquier otra de su tipo, cuenta con su departamento de mujeres y un anexo que es utilizado por grupos de personas que en ocasiones llegan a tomar un curado.

La pulquería la atienden seis personas: el encargado, que se la pasa apurando a sus empleados por medio de chiflidos para que recojan las jarras vacías; el *jicarero* principal, quien prepara los curados y se ubica detrás de la barra y que a determinada hora no se da abasto por lo concurrido del lugar; dos *jicareros* más, que se mueven en la estancia y sirven a los bebedores de las mesas, limpian los bancos y atienden a los bebedores de la barra. Estos *jicareros* constantemente hacen bromas a los asistentes, especialmente a los conocidos a quienes les agarran las nalgas o les pegan en la espalda un dibujo de un pene que posibilita la burla, mejor conocida en el medio como “el cabuleo”. El *limpiavasos* nunca se mueve de su sitio, siempre está lavando y secando los recipientes. Hay otro *jicarero* que atiende el anexo. Entre los empleados se juegan diversas bromas como la de



aventarse el trapo en la cara, agarrarse las nalgas o el sexo y estar intercambiando albures constantemente.

Frecuentan regularmente la pulquería otras personas que dan ciertos servicios y alimentos, como es el caso de dos boleros, un pepitero y/o cacahuatero, un trío de música, un conjunto de norteño y el que ofrece toques eléctricos.

Por su clientela, *La Pirata* se distingue de otras pulquerías porque a ella asisten personas de diversa condición social: trabajadores de la construcción, obreros, empleados de bancos y, a juzgar por la ropa y autos estacionados, personas de mejor posición económica. Es común observar a trabajadores de los más diversos oficios que llegan en grupo. A la hora de la comida arriban albañiles con varios kilos de tortillas para hacerse tacos con la salsa que toman del molcajete. Éstos beben pulque blanco y comen ahí con alimentos que llevan como queso blanco, queso de puerco, aguacate, nopales. Piden una cubeta de “ajo” (de ajodido). Los mecánicos y los empleados del hospital infantil son asiduos concurrentes, y en grupo son los más escandalosos: gritan, escupen, alburean y se carcajean estrepitosamente. En este sentido, afirma uno de los encargados del lugar:



...en las pulquerías hay mucha risa, demasiada, ahí se hacen las bromas o sea la clientela participa más de las pláticas que no es el caso en una cantina, te sientas y platicas con quien vas y en la pulquería las pláticas son más generales. Hablas y un cabrón que esta en el fondo te contesta y agarra y te dice, hasta en los albures es más comunitario el ambiente aunque no te conozcan. La gente es más común. El ambiente es menos privado, el *jicarero* se mete con los clientes, no podría llamarle familiar sino más general. Se ven ahí, se gritan cualquier cosa, es muy raro que de ahí salgan compadres yo creo que no, los clientes entablan una relación de amistad momentánea.

Otros asistentes son empleados de corbata, cuya estancia en el lugar es menos prolongada. Otros más son ocasionales y van porque se les antojó un “melón”, conocen el lugar, reconocen la calidad de los curados y van esporádicamente. A los asistentes también se les puede reconocer por los que toman: pulque blanco y *lo curado*.

Hay un gran número de personas que asisten solas, son gente mayor que se les conoce por su nombre, asiduos bebedores que *requintean*, es decir, son consumidores que van de pulquería en pulquería hasta que llegan por la noche a su casa. Fue el caso del *Ventarrón* (ya mu-

rió), quién trabajó en el Seguro Social y después de salir del trabajo visitaba *La Pirata* y ya para dirigirse a su hogar visitaba otras tres pulquerías. Hay otros señores, que sólo toman pulque blanco, y se pasan las horas sentados en las mesas, viendo, sonriendo o entablando conversaciones ocasionales. Hay otros bebedores que entran y salen porque llevan un recipiente para llevar curado o blanco, que ingieren en sus centros de trabajo o casas. En esta pulquería no hay borrachines, el encargado los corre.

El ambiente cambia según la hora. A las 14:00 horas hay un bullicio ensordecedor. El lugar se llena completamente por los trabajadores que salen a comer y se reúnen ahí. Todos conversan, relatan historias, comentan de política, de mujeres, chingándose y carcajeándose. A esta hora se conforman pequeños grupos que piden cubetas de pulque. Dos horas después el ambiente se relaja, se encuentran mesas vacías y hasta se puede encontrar a un bebedor leyendo tranquilamente la revista *Proceso*. Es ya una hora de relativa calma, se conversa, porque en el lugar ante todo se platica y en ocasiones, hacia las 18:00 horas se juega rayuela.

El lenguaje y la situación

La coestancia de los individuos es una de las características de la pulquería, y como lugar promueve un lenguaje particular, que se despliega en las interacciones y en los momentos situacionales. En su interior observamos dos circunstancias destacables: el diálogo alburero y el juego de rayuela. El primero tiene lugar cuando un *jicarero*, por ejemplo, le agarra las nalgas a un bebedor, y éste le “mienta la madre” como respuesta, o cuando se difunde un pene dibujado en papel. En cualquiera de estas interacciones, muchos bebedores juegan con el lenguaje y el individuo que es objeto de burla o “cabuleo”, quien también responde con gestos y albures. Desde el punto de vista de la interacción, es un lenguaje cuya estructura es débil debido a que responde a la circunstancia y/o a la relación de encuentro. Si bien, el albur no es exclusivo de la pulquería, en ella adquiere cierta carta de naturalidad, reiterada inclusive por escrito a través de metáforas sobre la práctica sexual y el sexo masculino. Así se ejemplifica en el menú del día: “Rica botana para hoy: pierna al hombro, mondongo



de mierda, culos en su tinta, chiles en papas, cabecitas de verga, nalgas picadas, y riartas tortillas”. Dice un encargado de pulquería: “en las pulquerías el albur se presenta en su máxima expresión, yo creo que ni en una cantina hay tanto. Hay gente alburera que no le puedes hablar en serio porque en todas te ‘almuerza’ o sea en todas te las revierte, te friega, en las pulquerías el albur es una de sus distinciones”.

Lo que consideramos propio de la pulquería es el juego de rayuela. A pesar que en *La Pirata* se juega ocasionalmente, todavía es posible escuchar palabras del lenguaje propio del juego como: “clavo, rayueleros, tantero, comer camote, la parada”. La rayuela es un juego donde los concursantes lanzan una moneda, a modo de que ésta se introduzca en el orificio de un tabique o de un cuadrado de madera. Si la moneda cae dentro del orificio vale ocho tantos, y si llega solamente a “morder” el orificio cuenta cuatro, y si cae en el tabique o madera sólo dos. Las apuestas varían y van desde *disparar* (invitar) una ronda de pulque hasta dinero en efectivo. El juego se combina con el albur, bromas y todo tipo de conversación; en la rayuela se da un tipo de interacción de carácter lúdico. Al respecto, nuestro informante afirma:

La rayuela se jugaba con monedas y con una tabla con agujeros, muchas veces era una *tongolele* que le ponían de base un resorte, esos de colchón y encima una tabla y así se movía. Se tiraba a cierta distancia que convenían los contrincantes. Agarran y tiran monedas a atinarle al agujero. *Tongolele* era una rayuela y la otra era una tabla que la ponías en diferentes posiciones: pareja, inclinada hacia los rayueleros, inclinada en sentido opuesto, esto era para dificultar más el juego... había buenísimos rayueleros.

Otro juego característico de las pulquerías era el *rentoy* que se extinguió totalmente.¹

¹ El *rentoy* fue un juego de cartas, violento y con mucha creatividad verbal y gestual. Al respecto Raúl Guerrero dice: “Se juega entre cuatro personas; por parejas, repartido tres cartas a cada uno y poniendo la muestra que indica el triunfo. Los compañeros pueden comunicarse entre sí las cartas que porten en la mano, desplegadas en forma de abanico, especialmente las que pertenecen al triunfo marcado por la muestra. Sólo que tal comunicación debe ser a base señas imperceptibles y rápidas, consistentes en guñar un

El albur y el juego de rayuela son exclusivos de las pulquerías. Lo interesante del lenguaje que estructuran sus usuarios tiene una doble función: una, es un lenguaje situacional, en el sentido de que habilita al bebedor-individuo para enfrentarse a la circunstancia, siendo un arma para la batalla del momento, y dos es un arsenal para atrapar al lugar. Uno y otro permiten afrontar la ocasión y experimentar el sentido del lugar.

El encanto del encuentro

A *La Pirata* accede todo tipo de personas que llegan de muy diversos rumbos de la ciudad. Albañiles, mecánicos, empleados bancarios, burócratas, músicos, etcétera. Todos conviven en el lugar, el pretexto es beber pulque e interactuar cargados de distintos capitales culturales. Por esta razón es un lugar de coestancia, de encuentro. Se reúnen por la fascinación que sienten al beber el líquido blanco, por eso algunos bebedores realizan viajes o atraviesan la ciudad para pasar algunas horas con cierto gusto. Lo más característico de los asistentes a la pulquería es que no conforman un grupo social determinado y mucho menos una identidad colectiva.

En una pulquería —y es el caso de *La Pirata*— entran y salen demasiadas personas durante el día. Tiene una cuantiosa clientela flotante, otra tanta de asistencia más regular y los consuetudinarios bebedores, que si los tiene, no estructuran un grupo social entendido

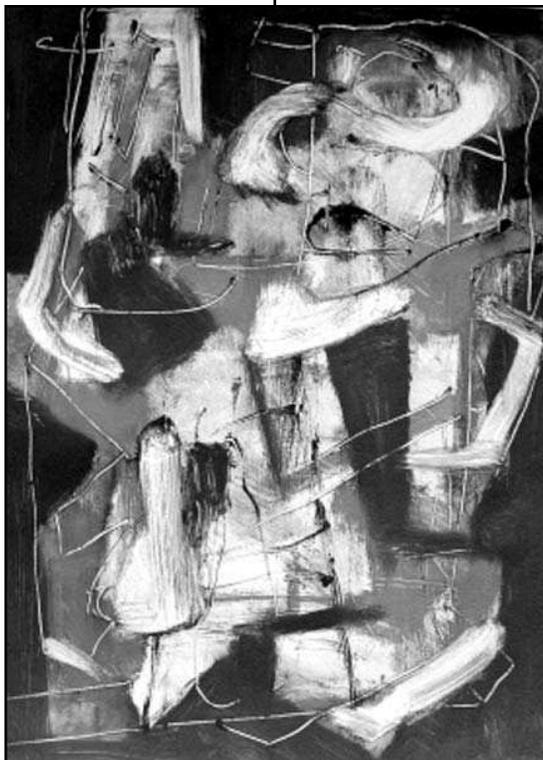
ojo, sacar ligeramente la punta de la lengua a la derecha o a la izquierda, arrugar un poco la nariz, procurando siempre que los contrarios no vean tales señales. Cuando el jugador tiene en la mano buenas cartas, por ejemplo triunfos, el abanico formado con ellas, que porta en la mano izquierda, es puesto sobre el lado derecho del vientre y con la mano derecha las golpea diciendo: ‘Viro y reviro o envido —pudiendo así aumentar su apuesta— ya le miro los rizos a la huerta’ cuando se refieren a la sota o cuando desean que llegue el Caballo dicen: ‘A ese cuaco corredor ya le resuenan los cascos’. El *rentoy* es un pasatiempo practicado en las pulquerías, con baraja española, a la cual se capa o se suprimen determinadas cartas; de las restantes distribuyen tres a cada jugador y se vuelve otra para muestra del triunfo. Los naipes reciben designaciones graciosas, por ejemplo: el as de bastos: caballo bueno; el as de espadas: niña; el tres de la muestra: cojo; la sota: puta y el triunfo con caballo bueno. Se nombra flux a cuaco chicho, dos triunfos con el siete de otros forman flux a me das de oréganos; flux al abrocho es la combinación de dos triunfos y el cojo, y los tres triunfos (rey, caballo y sota) hacen flux más hojaldra...” (Guerrero, 1985: 223).

como productor de solidaridades colectivas, como puede ser el caso de los grupos étnicos.

Los asistentes a la pulquería: empleados, comerciantes, taxistas, plomeros, sastres, peluqueros, hojalateros, periodistas, veladores y, según me informaron, también rateros, forman un grupo heterodoxo que pone en juego muy limitadamente sus capitales culturales en las situaciones que se estructuran en el lugar. Sin duda, los asistentes despliegan tácticas para tener presencia en el lugar: el teporcho se pone abusado para conseguir una moneda; el *jicarero* confía e inventa secretos: “aquel

es puto, lo dejó su vieja”; el otro *jicarero* esconde una cubeta llena de pulque para revenderla, los recién llegados se persignan ante el altar de la virgen; otros cantan junto con el trío de músicos; aquél otro lee la revista *Proceso*; los mecánicos piden jarras de pulque a gritos; se agarran el “culo”, etcétera. Son las mil formas que despliegan los individuos para estar en el lugar, para que los miren. El lugar también organiza distinciones. Todos tienen nominaciones como: *los paisanos*, *los tíos*, *los empleadillos*, *las putitas*, *los ferreros*, *los judas*, *los rateros*, *los media cuchara* o *los macuarros*, designaciones que muestran una biografía social, pero también el sitio que ocupan dentro de la pulquería. Otras nominaciones se refieren a características de su personalidad o apodo que los distingue, como: *el burro*, *el pulques*, *el nano* o *la muñeca*. No podemos afirmar que entre ellos exista una estrecha amistad o relación social fuera del lugar; sólo se encuentran en la pulquería y se platican porque se conocen hechos violentos que han protagonizado algunos. Se difunden las decepciones amorosas, chismes, desgracias familiares y aventuras que posibilitan cierta identificación.

En la pulquería se transmite mucha información. La mayoría de las personas platican unas con otras aunque no se conozcan; la pulquería es un mar de oralidad.



Afirma nuestro informante: “Siempre hay algo, es un lugar que te divierte mucho. Ahí llega el que sabe de fútbol, de política, historia y muchas veces dice muchas barrabasadas”. En este sentido la pulquería es una gran charla por lo que podemos caracterizarla también como un lugar de comunicación.

A manera de conclusión

En todo tipo de sitio urbano se despliega lo social, y en algunos de ellos sólo relaciones de sociabilidad que si bien no son estrategias de identidad colectiva, se trata de manifestaciones

sociales de ésta y es el caso de la pulquería. La pulquería es un espacio urbano posprehispánico; es la cantina plebeya donde no sólo se consume pulque. Afirma Anita Brenner: “La pulquería es el foco de la calle; foco para el oído, la nariz, la memoria: es un lugar ilustre, con aire ritual y un algo de genial malignidad” (Brenner, 1980: 12).

Desde su surgimiento y hasta nuestros días, la pulquería como espacio urbano siempre ha sido refugio de las clases populares. En el siglo XVI de indígenas y hoy de trabajadores y desempleados. Desde siempre ha sido un lugar perseguido por ser sitio de reunión de las clases populares, estigmatizado por lo que se toma; y a pesar de ello, la pulquería permanece todavía como recinto urbano y sobrevive a los efectos de la modernización de la ciudad; quizás es de los pocos lugares que ofrece la ciudad para *estar*.

BIBLIOGRAFÍA

- Brenner, Anita, “Pulquerías, corridos y vacilada en el México de los años 20”, en *Coatlicue*, núm. 2, México, noviembre de 1980.
 Guerrero, Raúl, *El Pulque*, México, Joaquín Mortiz/INAH, 1985.
 Licona, Valencia Ernesto, “Notas para la historia de las pulquerías”, en *El Financiero*, México, 4 de noviembre de 1991.
 Vergara Figueroa, Abilio (coord.), *Imaginarios: horizontes plurales*, México, ENAH-ONAH/BUAP, 2001.

Para una mañana fría o una noche lluviosa, una taza de chocolate en El Moro

*Dedicado a la mamá Teresa,
por sus múltiples recuerdos.*

Es difícil recordar cuándo fue la primera vez que acudí a El Moro, y contar el número de veces que he degustado el chocolate con churros que ahí se ofrece. Pero cada vez que acudo a ese lugar vienen a mi mente recuerdos de infancia cuando mi madre me decía que el lugar tenía muchos años y que a ella la llevaba su tía abuela. Fue por estos recuerdos, aunados a las añoranzas del sitio y a la tradición de llevar a la familia a cenar o a desayunar, que una noche lluviosa en El Moro, mientras escuchaba a los comensales, decidí escribir este texto.

Se trata de un sitio con un sello peculiar, es parte de la huella del pasado de un territorio que ha cambiado profundamente: de una calle tranquila a una vía principal de tránsito continuo, donde los vendedores ambulantes (“toreros”) embaten continuamente la entrada. La fama, la tradición y el secreto de su comida le han proporcionado a este lugar su estabilidad.¹

Desde su fundación, sólo ha cambiado en su decoración. Por ello evoca recuerdos. Al entrar se ponen en juego olores, sabores y colores; ahí se va a consumir la especialidad de la casa que ya es toda una tradición en la ciudad; se observa la agilidad de las meseras y la habilidad en el manejo del aceite, la masa y el azúcar de los churreros, admirados por los niños, indigentes o fuereños desde el vidrio que da a la calle.

El chocolate, una historia

El chocolate es un producto ampliamente conocido e ingerido en la actualidad, pero del que pocos saben que es una de las principales contribuciones de México para el mundo, pues de este país es nativo el cacao,² planta de la cual se extrae el chocolate.

* Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, INAH.

¹ Importa decir que el dueño de El Moro no da entrevistas y prohíbe a sus trabajadores tener alguna conversación referida al establecimiento, así que este trabajo se elaboró mediante la observación participante y escuchando pláticas entre los comensales.

² Se denomina científicamente *theobroma cacao* l. *Theobroma*, según el significado que le dio Linneo es “alimento de los dioses”.



Saboreando el churro con chocolate.



Interior del El Moro.

Las evidencias más antiguas de la existencia del cacao datan de los siglos II y III en la zona maya, según investigaciones arqueológicas.³ se sabe que su empleo se extendió por el territorio denominado Mesoamérica y en el norte de Sudamérica. Del cacao se ingería el fruto carnoso y los granos;⁴ las semillas se molían y se les agregaba agua para beberse en frío, y a esta mezcla se le podían añadir otros ingredientes para obtener variantes.⁵

Este producto también era conocido en el centro de Mesoamérica por la cultura mexicana, según cuentan los cronistas españoles que llegaron con la conquista de las nuevas tierras. Entre los aztecas era consumido por nobles y guerreros distinguidos, mientras que el grueso de la población sólo lo bebía en algunas ceremonias. Tenía un gran valor médico, ritual y simbólico:⁶ era alimento

³ Uno de los hallazgos más importantes fue encontrado en el estado de Yucatán, al sur de Valladolid, en las comunidades de Xocén, Yaxcabá y Tixcaltuyub. Dichas evidencias mostraron que se trataba de cacao silvestre. La trascendencia de este descubrimiento es de interés histórico, ecológico y botánico pero, sobre todo, se reiteró el importante papel que tuvieron los mayas en la domesticación del cacao. Arturo Gómez Pompa *et al.*, "The Sacred Cacao Groves of the Maya", en *Latin American Antiquity*, 1 (3), by The Society for American Archaeology, USA, 1990, pp. 247-257.

⁴ Martín González de la Vara, "Origen y virtudes del chocolate", en Janet Long (coord.), *Consecuencias del encuentro de dos mundos*, México, UNAM, 1996, p. 292.

⁵ Generalmente se mezclaba maíz, cacao y agua; era común que se le agregara miel, vainilla, axiote, flores y algunas especies de chiles.

⁶ El origen divino del cacao en la época prehispánica se basa en el mito del árbol de *cacahuacuahilt* o cacao, como un regalo de

nutritivo, artículo de gran importancia dentro de la economía, símbolo de posición social, medio de comunicación con las deidades, moneda y, dentro del numeral mexicana, representó el número 20.

El primer contacto del cacao con el viejo mundo fue por medio de los españoles en el cuarto viaje de Colón, en la isla Guanaja, bautizada como Isla de los Pinos. Después de este primer encuentro tuvieron que pasar muchos años para que los europeos lo obtuvieran nuevamente, lo que sucedió con la entrada de Cortés a las tierras mesoamericanas. Se dice que los primeros en probarlo fueron los solda-

dos "para no estar siempre obligados a beber agua pura" y "cuando se ha bebido, se puede viajar todo un día sin fatiga y sin tener necesidad de alimento".⁷ La bebida original era picante y amarga, por lo que al principio no fue del gusto de los europeos, pero estos terminaron por adoptar la costumbre de beber el *tchocoatl*.

Luego de la conquista de Tenochtitlan, una vez fundado el virreinato de la Nueva España, el *tchocoatl* se convirtió en la bebida de los colonos españoles, una vez que le hubieron añadido azúcar⁸ y vainilla. De ser un alimento de privilegio para nobles y guerreros o para festividades religiosas entre los aztecas, en la época de la Colonia el *tchocoatl* podía ser bebido por cualquier indígena, así como por españoles, mestizos y criollos. De esta manera fue que su gran demanda consiguió su desacralización y se popularizó.

Entonces su consumo se podía encontrar desde la vivienda modesta hasta el palacio más lujoso, incluyendo los conventos; el día comenzaba en estos lugares con una buena taza de chocolate y un pan dulce, acto que se repetía en la merienda.

Quetzalcóatl a los hombres. Se dice que el fruto tenía las cualidades de la esposa asesinada de este dios: amargo como el sufrimiento que padeció, fuerte como la virtud de la princesa y pardo como la sangre vertida.

⁷ Jolly Martine, *El libro del amante del chocolate. El cuerno de la abundancia*, José J. de Olañeta, Barcelona, 1985, p. 19.

⁸ Desde el descubrimiento de América, los españoles plantaron caña de azúcar en las Canarias, Santo Domingo y luego en México.

Para el año de 1636 los habitantes de la Nueva España tomaban chocolate de tres a seis veces al día, y en algunas ocasiones pasaban de seis tazas; sin embargo, el uso de este producto comenzó a traer consecuencias en ciertos grupos como entre los frailes, ya que ésta no era una bebida habitual, ni conocida para los españoles.⁹

El ritual de beber chocolate llegó a tales extremos que su ingestión traspasaba la vida cotidiana, introduciéndose en espacios sacros, como es el caso de las damas en Chiapas, que bebían chocolate para aguantar las largas ceremonias dentro de las iglesias a la hora de la misa. Esto ocasionaba interrupciones en la liturgia y, obviamente, disgustos con los sacerdotes; incluso causó polémica sobre si quebrantaba o no el ayuno de las comunidades religiosas.

A toda esta magia que rodeaba al chocolate, se sumó que entre los siglos XVII y XVIII fue utilizado para otros fines, como el asesinato (chocolate envenenado) y la brujería.

Sodi y Aceves¹⁰ citan en su investigación que algunos casos tratados y juzgados por los oidores de la Santa Inquisición tenían que ver con el chocolate. Se trataba de juicios cuya constante era que ciertas damas daban de beber una taza de este exhuberante manjar al género masculino, fuera caballero desconocido, novio o marido, mezclado con mixtura menstrual, teniendo como resultado que los varones quedaran hechizados por la dama en cuestión.

A lo largo del virreinato y hasta el siglo XIX, el chocolate tuvo gran demanda: "... al despertar, reanimaba a todos el inicio de la jornada; durante el almuerzo había quién tomaba una o dos tazas, otra después de la siesta, otra más durante la merienda y la última del día antes de irse a acostar".¹¹ Era un alimento requerido entre los sectores más pobres de la sociedad, y en las



Fachada de un domingo en la mañana.

clases acomodadas estaba presente en el desayuno, merienda y cena. Se le bebía en tertulias y paseos campesinos y era ofrecido a las visitas; era una bebida para socializar. A finales del siglo XX, el chocolate se tomaba en los hogares, monasterios, cafés, fondas y restaurantes, además de algunas chocolaterías, que aparecían en los almanaques estadísticos y en las guías de forasteros de la época.

De la Nueva España se difundió a toda la América española rompiendo las fronteras para expandirse por Europa.¹² Pero para el siglo XX, la popularidad del chocolate disminuyó. Era parte de un menú sencillo para el desayuno o la cena; mientras que el café comenzó a sustituirlo y a arraigarse en su lugar como parte de la dieta del mexicano.

Como reminiscencia de las chocolaterías de la nueva España, tenemos aún algunas que además son churrerías, mezcla de alimentos tomados como típicamente españoles. Podemos encontrarlas en diversos puntos de la capital mexicana: en Coyoacán, la Condesa, San Ángel y Centro Histórico; pero de entre todas ellas la churrería El Moro es singular. Está ubicada en el centro de

⁹ Federica Sodi Miranda y David Aceves Romero, "El uso y abuso del chocolate en la Nueva España" (ponencia), Congreso Internacional de la Santa Inquisición, México, 1997.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Martín González de la Vara *et al.*, *La cocina mexicana a través de los siglos*, vol. V, Tiempos de guerra, México, Clío-Fundación Hérdez, 1997, p. 34.

¹² Los primeros granos de cacao y la receta viajaron primero a España, al monasterio de Piedra en la provincia de Zaragoza. De ahí el chocolate se introdujo hacia 1606 a Florencia, Venecia y Turín en Italia. En Francia hizo su aparición en 1615, a raíz del enlace matrimonial de la hija de Felipe III, Ana de Austria, con el rey gallo Luis XIII. En Inglaterra entró en 1657, y para 1679 llegó a Alemania, luego a Suiza, Holanda y Bélgica.



la ciudad y ofrece desde 1935 el mismo menú a los usuarios.¹³

En suma, lo que conocemos hoy como chocolate líquido (frío o caliente), en polvo, tableta u otro producto metamórfico, es un híbrido o un género universalista, en tanto que contiene cacao y vainilla de origen americano (elementos básicos); leche como aportación del viejo mundo, azúcar del sur de Asia (introducida por los árabes al litoral mediterráneo español), y la canela de la antigua India; ahora que si se le suman almendras y frutos secos, eso se lo debemos al Medio Oriente.

Churrería El moro

El edificio donde está El Moro se encuentra en el número 42 del eje central Lázaro Cárdenas, casi esquina con Uruguay. Se trata de una vivienda construida durante el siglo XIX, de dos niveles, localizada en una ruta básicamente comercial en las inmediaciones del Centro Histórico.

Para llegar a la churrería puede utilizarse el Sistema de Transporte Colectivo (metro), viajando por la línea uno hasta salir a la estación salto del agua, puede tomarse la línea ocho y partir desde San Juan de Letrán, o bien llegar por la línea dos a la estación Bellas Artes. Entre las vías recomendables para acercarse están: el eje central (antes San Juan de Letrán), las calles de Uruguay, Venustiano Carranza y República del Salvador. Puede arribarse en auto particular, taxi o autotransporte colectivo (pesera, camión, trolebús) en las rutas que pasan por las calles aledañas.

El acceso al establecimiento se dificulta a veces por los puestos de vendedores ambulantes que se colocan a lo largo de la calle, pero es fácil encontrar el local por un gran letrero que lo señala, además de un logo visible que muestra una taza y una rúbrica, y a que se suma el olor inconfundible que sale de su interior.

El decorado dentro del establecimiento es “estilo colonial”: las paredes rosadas con guardapolvos de azulejos, vigas de madera en el techo de las que cuelgan

lámparas y ventiladores. A la derecha del acceso principal está la cocina, a la vista de todos los comensales. A la izquierda y a lo largo del establecimiento están las mesas. Esto nos lleva al ambiente de los viejos cafés que había en la capital, incluso a causa del decorado podríamos pensar que estamos en la provincia.

Una vez que se ha entrado y seleccionado el lugar para degustar la bebida, se elige de acuerdo con el menú establecido —el cual puede observarse en zonas específicas de las paredes—. Estos avisos tienen un fondo negro, y de ellos sobresalen letras en amarillo, rosa y blanco que muestran los estilos de chocolate y sus precios

CHURRERÍA EL MORO	
CHOCOLATES ESTILOS	
ESPECIAL Y CUATRO CHURROS	\$36.00
ESPAÑOL Y CUATRO CHURROS	\$33.00
FRANCÉS Y CUATRO CHURROS	\$33.00
MEXICANO Y CUATRO CHURROS	\$33.00
CAFÉ CON LECHE Y CUATRO CHURROS	\$22.00
LECHE CON CHURROS	\$20.00
LECHE SOLA	\$12.00
REFRESCOS	\$12.00
CHURROS CADA UNO	\$2.50
IVA INCLUIDO	ABIERTO LAS 24 HORAS

A estos menús, compuestos por letras de colores que brillan por efecto de la luz eléctrica, les acompañan las imágenes fotográficas de un vaso con leche, una taza con chocolate y cuatro churros con azúcar. De esta forma nos enlaza al sistema de franquicias y los servicios de comida rápida o *fast food* —como es el caso del McDonald’s, Tele Pizza y Kentucky Fried Chicken, entre otros—, sólo que aquí el pedido se hace directamente con la mesera, quién traerá el alimento casi de inmediato, mostrando un servicio eficiente.

Otros avisos en pizarras se suman a los menús, con letras de plástico que muestran: “Ya tengo Chocolate Suizo a \$ 36.00”, otro más con los precios de chocolate

¹³ Es importante mencionar que en las otras churrerías se venden tortas, tacos y diversos guisos.

frío y malteadas de vainilla en \$20.00, y el vaso de cajeta por \$36.00, churros con canela a \$2.50. Así, el comensal elige lo que le apetece.

Una vez seleccionado el tipo de chocolate, se hace el pedido a la mesera; mas si aún no se ha decidido, se pregunta sobre el estilo de su preferencia:

—¿Qué chocolate es ligero?, entonces ella responde: —el mexicano. En el caso que se dese un semiamargo, entonces se trata del especial. Si la pregunta es: —¿cómo es el francés?, ella contesta: —normal, es el menos espeso, es el termino medio—, pero si el cuestionamiento es: —¿y el español?, ella afirma: —dulce y espeso—.

El chocolate excelente para que cause placer cuatro cosas debe ser: espeso, dulce, caliente y de manos de mujer.¹⁴

Una vez que se tomó la orden, sólo bastan unos minutos para ver aparecer a la mesera (que en su mayoría son de la tercera edad), con su uniforme color rosa y su delantal blanco, llevando consigo las charolas con el pedido: chocolate, churros, leche, agua, refrescos; otras veces cargan dos teteras, una con leche caliente y otra con café, que una vez que llegan a la mesa del comensal son mezcladas para convertirse en café con leche.

Aunque las charolas pesan, ellas llevan un compás, un ritmo lento y cadencioso hasta llegar al lugar destinado. Si el cliente ha terminado, ellas mismas cobran; no tienen que acudir en ese momento a la caja, pues llevan el dinero en el delantal, ofreciendo así un servicio más ágil.

Unas manos imprescindibles son las de las cocineras regordetas, que con destreza elaboran el chocolate: mezclan agua, leche, azúcar, chocolate y otros ingredientes (receta secreta) en grandes ollas de metal, que colocan en hornillas de gas. Así se hierve el delicioso líquido, y se mantiene caliente, de esta forma lo preparan una y otra vez.

En el otro extremo, cerca de la salida, los churros son preparados por los hombres. A lo largo del día los

¹⁴ Dicho popular.



Churros con chocolate.

churreros hacen malabares: preparan la masa que se coloca en la dulla, por la que salen largas serpentinatas que caen como espiral a la tina de aceite hirviendo, donde se fríen a la perfección. Cuando los churros han adquirido un color dorado, se les coloca en una charola para ser cortados con unas tijeras en porciones más pequeñas, que son revolcadas en azúcar antes de servirse. Así quedan listos para ser degustados.

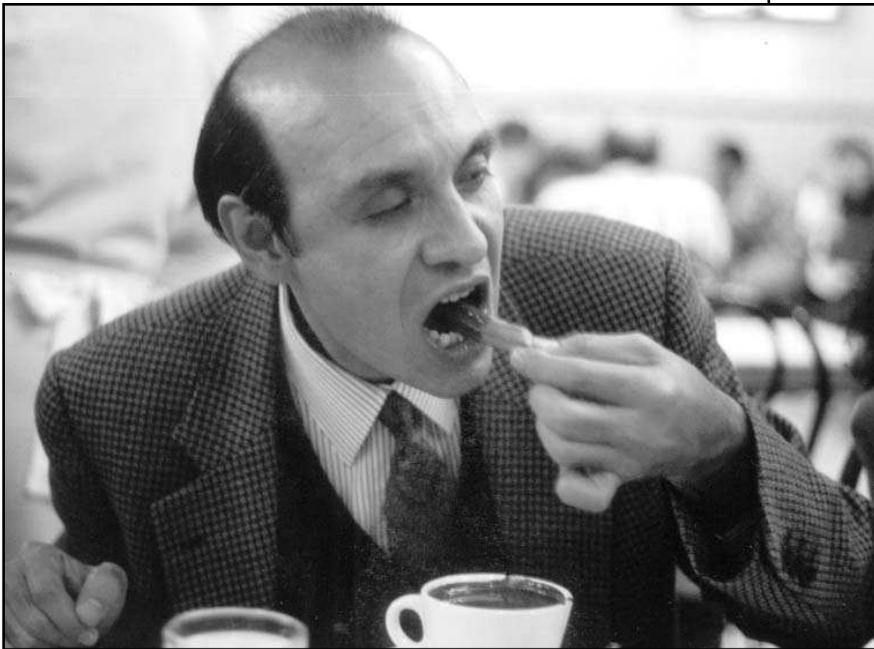
Otras manos femeninas que intervienen en el local son las que lavan los utensilios de cocina y los trastes empleados por la clientela, llevados constantemente por los garroteros que limpian las mesas¹⁵ que se van desocupando.

Como hemos observado, en El Moro existe un sistema estructurado para la preparación de los alimentos y para su distribución. Cuentan con un personal específico que colabora en diversas fases:

- Preparación. En ella intervienen las cocineras y los *churreros*.¹⁶

¹⁵ A los garroteros se les ve trabajar desde las 16:00 hasta las 00:00 horas aproximadamente, y es entre las 16:00 y las 18:00 horas que se “carga la clientela”. Por las mañanas son las meseras las que llevan el mayor trabajo, levantando los trastes y limpiando las mesas.

¹⁶ El trabajo de las cocineras consiste en: a) reunir y colocar los ingredientes dentro de las ollas; b) cocción (momento de transformación, mezcla y batido de los ingredientes) y c) servir el chocolate en las tazas. En el caso de los *churreros* se trata de lo siguiente: a) reunir los ingredientes y preparación de la pasta; b) elaborar las



Saboreando el churro con chocolate.

- Distribución. Servicio que dan las meseras.
- Consumo.
- Limpieza. De la que se encargan los garroteros o las meseras; las lava loza en los fregaderos y, en momentos clave, los muchachos de servicios generales que limpian pisos y sanitarios.
- Transacción. Es el momento en que el comensal hace el pedido a la mesera, quien posteriormente cobrará el servicio. Otra persona importante es la cajera, quien apoya a las meseras, recibe el dinero de los clientes que piden alimento para llevar y es la encargada del negocio durante su turno.

Todas estas fases se desarrollan ininterrumpidamente las 24 horas del día que da servicio el establecimiento. Hay tres turnos de trabajo para los empleados: de 8:00 a 15:00 horas, de 16:00 a 23:00 horas y de 0:00 a 7:00 horas. El personal que labora aquí recibe el sueldo mínimo y pertenece a un sindicato afiliado a la CTM, por lo que cuenta con prestaciones, además de acumular

espirales de pasta y freírla; y c) cortar los churros, bañarlos en azúcar y colocarlos en el plato (que puede ser tarea de las meseras). Si bien se emplea una máquina para elaborar los churros (dulla), el trabajo en esta fase es artesanal, y en él interviene, como método de cocción, la freída; mientras que, en el caso del chocolate, es hervido. Se trata de una producción a pequeña escala, de consumo inmediato (comida cotidiana), que va a la par de la elaboración del alimento.

antigüedad, razón por la cual existe un gran número de trabajadores de la tercera edad.

Chocolate para beber y churros para comer

A esta chocolatería acuden diversos tipos de personas, quienes por su indumentaria puede deducirse su actividad: secretarías, enfermeras, médicos, electricistas, oficinistas, oficiales de tránsito y turistas, entre otros. Todos con un sólo propósito: degustar una buena taza de chocolate. Una mesera comentó: —la gente es la misma... aquí viene de todo: artistas, estudiantes, de todo.¹⁷ Es decir, no hay distinción de edad ni de clase social, mientras paguen lo que consumen.

Un motivo para ir a El Moro puede ser el de satisfacer una necesidad humana (base biológica), pues como ya lo dijo Thomas, el alimento “es un medio para suprimir el hambre y recuperar las fuerzas”.¹⁸ El otro motivo puede ser saciar el antojo o, por qué no, la rapidez del servicio y la calidad de la comida. Y no se descarta que acudir a este lugar es una capacidad evocativa del rito de comer.

A El Moro se va por la mañana, antes de trabajar, antes de ir a estudiar o cuando anda uno de paso por el centro o de compras. Por la tarde o por la noche, saliendo de trabajar o para comenzar a laborar (cuando el turno es vespertino), después de ir a la escuela. Casi siempre se va de paso a este establecimiento, según declaran los comensales

...ya han pasado como 50 años que venimos aquí, muy buenos porque siempre que venimos por aquí parece que nos llama el olor, siempre que venimos pasamos a tomar churros con chocolate. Fíjese, ahorita ya ni es hora, mas sin embargo pasamos por aquí y vamos a tomar nuestro chokolatito. Venimos cada quince días, cada mes, según el día que tenemos que venir al centro por estos rumbos [...] siempre ha estado muy bien, grande, muy bien ventilado.¹⁹

¹⁷ Martha Araceli Herrera López, mesera.

¹⁸ Thomas, cit. por Jack Goody, *Cocina, cuisine y clase*, Barcelona, Gedisa, 1995, p. 45.

¹⁹ Alicia Sánchez de Villalobos, maestra jubilada.

No importa la hora, tomar chocolate caliente resulta placentero, entre la nostalgia del pasado y el antojo, el olor los llama. Según los informantes, en un día frío o lluvioso se viene a tomar chocolate simplemente como un antojo. Aunque se trate de la temporada alta (en época de lluvias o invierno) y se tenga que esperar hasta una hora o hacer cola para ocupar una mesa, es una cuestión de gusto (de necesidad, de lujo).

Otros entrevistados comentan que toman chocolate para aguantar la labor de todo el día o de la noche, para “subir la presión”. Esto se debe a la idea que se tiene de que “da energías”; y es que desde la época prehispánica y durante la Colonia se le tenía estima como medicamento, para aguantar largas jornadas, ayunos, como estimulante sexual y como apoyo estomacal. Esto nos lleva a la fuerte carga simbólica imaginaria que posee el chocolate aportador de calorías.

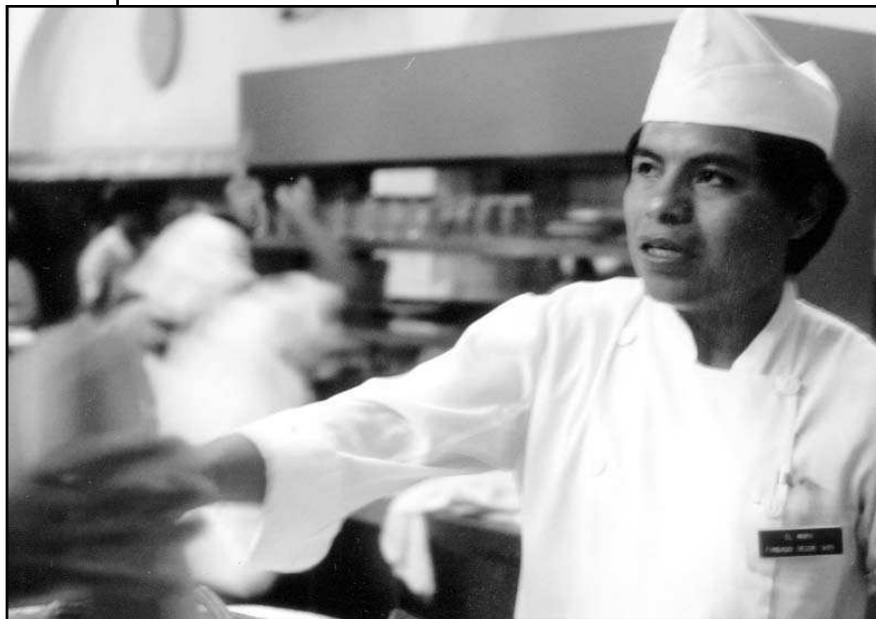
Sin embargo, algo hay de cierto en todo esto, pues además de su poder energético, el chocolate contiene vitaminas, minerales, lípidos y unas sustancias llamadas *theobrominas* que son un estimulante parecido a la caféina. García Curado expresa:

estimula y anima a quien lo consume, pero sobre todo tiene una ventaja sobre otros estimulantes, y que quizá sea el mejor argumento de su propaganda, y es que tras su consumo y posterior euforia, en vez de dejar abatidos, el cacao, en definitiva, el chocolate mantiene el vigor y la sensación de placer, sin producir la ansiedad, tristeza, abatimiento o el desencanto de las demás drogas.²⁰

Además es diurético y relajante muscular.²¹ Al no ser una droga típica, más que adición lo que produce es una ansia irrefrenable: se trata de una sensación de placer. Tal vez por ello cada vez que se le pregunta a un comensal de El Moro qué es lo que opina del chocolate,

²⁰ Anselmo J. García Curado, *Chocolate oro líquido*, Barcelona, Zendera Zariquel (geografía gastronómica), 1996, p. 73.

²¹ Se dice que la dimetilxantina que contiene el cacao también está en el cerebro de forma natural y se activa cuando la persona está enamorada.



Entrega de pedido de churros.

da una primera probada, esboza una sonrisa, suspira y entrecierra los ojos.

Es comprensible que los comensales sientan que tomar chocolate y churros es para aguantar una dura carga de trabajo intelectual y física, sobre todo en época de frío, que es cuando el metabolismo fisiológico pierde más calorías para mantenerse en una temperatura estable.

Si bien se ha expresado que algunos comensales acuden a El Moro para llenarse de energías antes de continuar con la labor del día, existe otro objetivo para asistir a este establecimiento, la asociación del delicioso líquido con el recuerdo del ámbito femenino. Esta asociación los remonta a menudo a un producto echo por manos de mujer (madre, abuela), al calor de la provincia o a evocar el pasado del centro histórico, cuando se le conocía como la Ciudad de los palacios; a aquellas épocas en las que las banquetas no estaban abarrotadas por vendedores ambulantes y no había basura en las calles, cuando el tráfico era mínimo, y el cielo límpido y azul. Se trata de un receso o tregua entre la ciudad moderna y el pasado.

El placer del chocolate y la tradición de El Moro

Adentro, en las primeras mesas cercanas al acceso se encuentra un personaje sentado, leyendo el periódico; espera su pedido. La mesera llega con una humeante



taza de chocolate y su tanda de churros bañados en azúcar. Él observa la taza y su contenido espumoso, del que emana un succulento aroma, se frota las manos y expresa: “Mmmmm... ¡qué delicia!”. Introduce el churro dentro del chocolate y se lo lleva a la boca una y otra vez, entre algunos sorbos directos a la taza. Comenta: “trato de tomármelo lo más rápido que puedo porque cuando se enfría espesa y no es de mi agrado, por eso me lo tomo caliente”.²²

En otra mesa hay una familia, la señora le da una probada al chocolate y una mordida al churro en varias ocasiones. Su hija juega con un churro al que le esparce más azúcar para llevárselo a la boca exclamando: “má’, ya no quiero chocolate”. El padre pide un vaso de leche para quitarse lo espeso del sabor del chocolate.

Así, en cada mesa se ven distintas formas de beber, de tomar la taza y de comer los churros; no existe una metodología, todo depende del propio comensal. Y si el cliente se ha quedado con hambre puede pedir otra orden de churros o salir a un puesto anexo al local donde se venden tacos y tortas de pierna adobada, que puede llevar a su propia mesa y acompañarlos con el chocolate de su preferencia.

Ahora que si lleva prisa, puede comprar churros para llevar. Sólo basta con ir a la caja a pagar y pedirselos directamente al *churrero*. También se puede comprar el chocolate preparado o comprar las tablillas que llevan la rúbrica del restaurante. Todo durante las 24 horas del día. El ambiente del local es totalmente familiar e informal, no hay manteles ni grandes adornos.

Este lugar sirve de contexto social y psicológico al alimento. En él, los procesos de producción, preparación y consumo se vinculan con el ciclo vital particular y con las relaciones interpersonales. Sea que esta relación se dé entre comensales y/o con el personal del establecimiento, sucede de una manera fugaz, sin mayores vínculos. Los sujetos se saben acompañados pero las fronteras entre cada mesa evita un contacto, sólo se sienten parte de un colectivo. La intromisión con la mismisidad se da por medio del consumo del alimento, por el sentido del gusto y el olfato.

²² Juan Alberto Román, profesionista.

El decorado, compuesto de relojes, algunas pinturas del establecimiento y fotografías en color sepia y blanco y negro de la época de la fundación (además de las fotos anexas al menú), evoca la antigüedad del sitio, que se confirma con el letrero a un lado del acceso que dice: “fundada en 1935”. Ese año representa un periodo importante en la historia de México, se trata del segundo año del sexenio del general Lázaro Cárdenas época de cambios en el poder, la cultura, la educación y el deporte.²³ Una novedad del México de entonces fue la venta de churros.

Las fotografías y la rúbrica le dan un toque de tradición al establecimiento, espacio que ha sobrevivido a los embates del tiempo, a los cambios de épocas y de gustos; a los sismos²⁴ y a los incendios.²⁵ Una cajera expresa al respecto: “no hay ningún cambio, es un lugar tradicional [...] el negocio lo pusieron unos españoles y eso fue lo que dio resultado, y entonces se quedó, se hizo como tradición en México. Churros con chocolate nada más.”²⁶

Entre los cambios observados a lo largo de su historia están la decoración, los colores de las paredes, el arreglo de los sanitarios y del menú, que desde 1998 incluye el chocolate frío, raíz de la intensa época de calor que azotó a la capital en ese año. Respecto a las marcas del chocolate y de la leche ahora son otros los distribuidores.²⁷ Aún así, entre cada sorbo de chocolate

²³ Durante ese sexenio se dio fuerte impulso al nacionalismo tanto en los libros de texto como en las bellas artes, con Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Fermín Revueltas, Francisco Goitia y María Izquierdo, entre otros; el arte taurino estaba de moda con Cagancho, Armillita, David Liceaga, y Lorenzo Garza. Se extendían los cabarets y se bailaba con las grandes bandas, entre otras cosas.

²⁴ Cabe destacar que hasta antes del último sismo de 1985, sobre la misma calle se encontraban varios restaurantes contemporáneos a El Moro que se cayeron, entre los que se encontraban La Súper Leche y El Regis.

²⁵ Quizá por los incendios, el establecimiento cuenta ahora con alarma, señalamientos de rutas de evacuación y extinguidores.

²⁶ Concepción Díaz, cajera.

²⁷ Para el caso de la leche, hace diez años aproximadamente se empleaba la Santa Rosa, del rancho del mismo nombre en Chalco. Actualmente se usa la Estrella de Xalpa, que viene de la ex hacienda de Xaltipa, Cuautitlán. Respecto al chocolate, hace 30 años más o menos se usaba el Escudo de Orizaba, y hoy se emplea el Moctezuma, que viene de Uruapan, Michoacán. Este chocolate se vende en tablillas, con el logo de la Churrería, para los clientes que lo deseen.

y mordida de churro los comensales evocan su niñez y su juventud, como se puede ver por los siguientes comentarios:

...yo creo que es tradicional su chocolate, además le recuerda a uno cuando venía [...] es muy sabroso, muy espesito, muy tradicional. Mis papás me traían, luego yo traía a mis hijos, bueno primero con mi novio, después con mis hijos [...] yo desde el sismo me fui a vivir para otro lado y ya no había vuelto [...]; vine por unas fotos de la graduación de mi hija. Yo desde cuándo quería venir y venir, y no había podido. Yo dije voy a venir al Moro, pero hoy sí [...] sí está muy agradable el lugar, le digo que me tengo que regresar a Toluca y aquí estoy muy tranquila.²⁸

Se puede decir que el lugar evoca recuerdos de la identidad de los personajes. Se trata, como diría Halbwachs, de memoria colectiva: “Diremos, de buen agrado, que cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva, este punto de vista se transforma de acuerdo con el lugar que ocupo, y que este mismo lugar cambia de acuerdo con las relaciones que establezco con otros medios sociales”.²⁹ Entonces tenemos que el lugar activa en los comensales los recuerdos del pasado, de momentos generalmente agradables, en forma individual y/o colectiva.

A mediodía y por las tardes hay poca gente, pero temprano por la mañana y por la noche hasta hay que hacer cola —se comenta—. Entre los clientes se habla de las épocas en las que hay mucha gente: cuando hace frío o está lloviendo (factores climáticos); también se recuerdan fechas de conmemoraciones especiales, sean particulares (cumpleaños, fin de cursos escolares, etcétera) o de festejos calendáricos, como el 15 de septiembre, el día de la madre, los días de desfile o la época navideña donde después de un paseo por la Alameda y luego de una fotografía con Santa Cláus o los Reyes magos, los niños (uno que otro maquillado de gato)

²⁸ Cecilia López Rodríguez, empleada jubilada del Seguro social.

²⁹ Maurice Halbwachs, “Fragmentos de la memoria colectiva”, Miguel Ángel Aguilar (selecc. y trad.), en *Identidad y Cultura*, (memoria colectiva, arquetipos y cuentos de hadas), vol. I, núm. 1, México, UNAM, 1992, p. 9.



En domingo familiar.

con sus globos o juguetes, sopean su churro en el chocolate. Y qué decir de los padres desmañados por la búsqueda de los juguetes, la madrugada del seis de enero; ellos también se detienen en El Moro “para agarrar fuerzas con un poco de chocolatito”.

Pero con los problemas económicos que vive el país, el consumo ha disminuido, comenta una cajera del establecimiento: “ya no es como antes que había temporadas altas y bajas; es baja y estable todo el año. ha bajado yo creo que por los problemas que hay en el país, la economía y todo eso, la alza de precios. [...] Podría ser, porque de venir a gastar 100 pesos por un desayuno, mejor los ocupan para su casa, me imagino.”³⁰

Sobre este tema un comensal no difiere mucho de lo expresado por la cajera: “pues yo voy a comer churros con chocolate cada vez que puedo, pero sí he visto que ya no hay tanta gente como antes, desde que estaban haciendo el metro enfrente, que había mucha tierra, casi ni se podía pasar; y luego yo creo que la gente ya no va como antes por que ya está caro, imagínate pagar treinta y tantos yo creo que ya no cualquiera los paga”.³¹

Entonces, acudir a El Moro no solamente es una necesidad (alimenticia) o una costumbre, sino que representa un lujo, más asociado al placer para aquellos que ganan un poco más del sueldo mínimo. De alguna forma los precios hacen del lugar la distinción para las clases sociales que puedan pagar por su chocolate.

³⁰ Concepción Dfáz, cajera.

³¹ David Shaffino, profesionista.



Bourdieu tiene un concepto sobre el consumo que bien puede tomarse para este caso: “El verdadero principio de las diferencias que se observan en el terreno del consumo y bastante más allá, es la oposición entre los gustos de lujo (o de libertad) y los gustos de necesidad”.³²

Pese a los precios, al clima y al horario, el establecimiento mantiene un nivel satisfactorio de clientela. Puede tratarse de un reducto del antojo, como un lugar al que se va luego de un paseo dominical por el centro con la familia, el amigo(a), la novia(o), luego de visitar un museo o de dar la vuelta por la alameda, o incluso antes o después de asistir a misa. Este lugar es para la socialización.

En la fase de consumo se puede observar la diversidad de la gente, que come junta o separada, con celebración y alboroto o de manera tranquila, con diferentes estilos de chocolate, de modales y de modos de servir.³³

Comer en El Moro es:

1. Parte de una costumbre de algunos capitalinos de comer en la calle, rompiendo lo cotidiano de sus hogares.
2. Elegir dentro de una amplia red de lugares en el centro con ofertas gastronómicas diversas. El Moro compite con muchos establecimientos en el perímetro del eje Central, que incluye tanto restaurantes formales, como fondas y consorcios de comida rápida.
3. Acudir a un lugar de paso cuando se va de compras o de visita al centro, cuando se va a un acto religioso, cultural o de trabajo, o incluso cuando se anda turisteando.
4. Asistir a un sitio tradicional por excelencia, porque desde 1935 las familias suelen traer a sus hijos, y después sus hijos a sus hijos. Cuando viene un extranjero se le dice de este lugar: “si de churros y chocolate se trata no hay como El Moro”. Por eso intuyo que no hay una gran publicidad,³⁴ porque

³² Pierre Bourdieu, *La distinción*, Madrid, Taurus-Humanidades, 1991, p. 177.

³³ Jack Goody, *op. cit.*, p. 56.

³⁴ La publicidad, si se le puede llamar así, está presente dentro del local, en las servilletas y el papel que forra los popotes, además del envoltorio del chocolate que se vende.

ésta se da de boca en boca, como resultado de los años que le han dado prestigio.

En suma, lo que tenemos es un lugar, parte de una red de reductos de comida con historia fundacional como el Samborn`s de los azulejos, El Café Tacuba, La Blanca o La Popular, que indican la tendencia de recordar un pasado, una biografía particular. El Moro es un lugar intensamente marcado por la afectividad, cuya importancia radica en beber chocolate como un rito para evocar historias personales, de esta forma se da una apropiación de una forma fugaz.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, Pierre, *La distinción*, Madrid, Taurus-Humanidades, 1991.
- Brokmann Haro, Carlos, Janet Long, Martín González de la Vara, et al., *La cocina mexicana a través de los siglos*, México, Clío-Fundación Hérez, 1997.
- García Curado, Anselmo J., *Chocolate oro líquido*, Barcelona, Zendera Zariquiey (Geografía gastronómica), 1996.
- Gómez Pompa, Arturo, José Salvador Flores y Mario Aliphath Fernández, “The Sacred Cacao Groves of the maya”, en *Latin American Antiquity*, 1 (3) by the Society for American Archeology, USA, 1990, pp. 247-257.
- González de la Vara, Martín, “Origen y virtudes del chocolate”, en Janet Long, (coord.), *Consecuencias del encuentro de dos mundos*, México, UNAM, 1996.
- Goody, Jack, *Cocina, cuisine y clase*, Barcelona, Gedisa, 1995.
- Hallbwachs, Maurice, “Fragmentos de la memoria colectiva”, Miguel Ángel Aguilar (selec. y trad.), en *Identidad y Cultura*, (Memoria colectiva, arquetipos y cuentos de hadas), vol. I, núm. 1, México, UNAM, 1992, p. 9.
- Jolly, Martine, *El libro del amante del chocolate, el cuerno de la abundancia*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1985.
- Novo, Salvador, *Cocina mexicana o historia gastronómica de la ciudad de México*, Porrúa, México, 1993.
- Prieto Inzunza, eugenia (coord.), *Catálogo nacional de Monumentos Históricos Inmuebles. Centro Histórico de la Ciudad de México. Patrimonio de la Humanidad*, t. II, (perímetro A), México, INAH/SEP, 1988.
- Sodi Miranda, Federica y David Aceves Romero, “El uso y abuso del chocolate en la Nueva España” (ponencia), Congreso Internacional de la Santa Inquisición, México, 1997.
- Standley, Paul C., *Trees and Shrubs of Mexico (oxalidaceae-turneraceae)*, Smithsonian Institution United States National Museum, United States National Herbarium, vol. 23, part 3, Whashington, 1983.
- Valles Septién, Carmen (coord.), *De México al mundo. Plantas, Reproducciones fotomecánicas*, México, 1992.

La línea tres del metro de la Ciudad de México: espacios y usuarios

Sin duda, el servicio que brinda el Sistema de Transporte Colectivo Metro (STC), resulta indispensable para desplazar a diario dos millones de habitantes en la Ciudad de México. Por el número de líneas y de estaciones construidas se encuentra entre los tres subterráneos con un mayor número de pasajeros movilizadas por día y entre los cinco más grandes del Mundo.¹

El metro es la columna vertebral del transporte en la Ciudad de México. Día con día sus usuarios se dirigen a los lugares en donde desarrollan las actividades propias de su cotidianidad y regresan a sus hogares utilizando un medio de transporte rápido y más seguro que el de superficie. Entre las virtudes que tiene el metro están la de movilizar grandes volúmenes de pasajeros, abarcar zonas significativas y de alta densidad demográfica, y ahorrar el tiempo de los recorridos (*cf.* Navarro y González, 1989: 48).

No obstante, las funciones del metro pueden recrearse más allá del traslado de los individuos, puesto que sus espacios son apropiados y utilizados de manera continua para otros fines. Sus pasajeros rompen con la monotonía de su trayecto cuando los caminos se bifurcan con los de decenas de personajes cuya existencia supera al Reglamento Interno del STC que rechaza la circulación de los individuos que manifiestan intenciones distintas al simple traslado: vendedores ambulantes (que en su mayoría ofrecen mercancía “pirata”,² de procedencia china y de dudosa calidad); músicos que interpretan diversos géneros; personas discapacitadas; faquires impro-



* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ De los ochenta y siete sistemas de transporte subterráneo que existen en el mundo, el de la Ciudad de México transporta diariamente casi a cuatro millones de personas, solamente superado por el metro de Moscú (7.5 millones) y por el de Tokio (5.9 millones). En cuanto a los sistemas de mayor longitud, los cuatro primeros lugares están ocupados por Londres, Nueva York, Moscú y París (información obtenida en la exposición permanente “Los Metros del Mundo”, en la estación Auditorio, línea 7).

² Se conoce como mercancía “pirata” a aquella cuya producción y circulación atenta contra los derechos de autoría, lo que implica que la marca o el autor no reciban regalías o ganancias por sus ventas.



visados; acróbatas; mendigos; evangelizadores; poetas y revolucionarios. Es por este motivo que el metro de la Ciudad de México no puede ser considerado únicamente como un lugar de simple tránsito, si bien ésta es su función principal.

En el presente artículo se plantea que el espacio subterráneo del metro, especialmente de la línea tres, es idóneo para la interacción social³ y para la difusión cultural que emana tanto del propio esquema institucional como de los diversos personajes y sus propuestas alternativas. Se considera que la línea tres es un espacio que, de manera particular, posibilita las diferentes expresiones culturales por el tipo de pasajeros

³ Para Anthony Giddens, (2000: 128) la interacción social se refiere al “proceso mediante el cual actuamos y reaccionamos ante lo que nos rodea [...]. El estudio de la interacción social es un área fundamental de la sociología que esclarece muchos aspectos de la vida social”.

que la utilizan (estudiantes universitarios, maestros, profesionistas).

La línea tres: muchos kilómetros recorridos en su haber

El metro se presentó en la década de los años sesenta como una macro solución al problema de transporte para la Ciudad de México,⁴ que manifestaba un proceso acelerado de crecimiento poblacional como resultado de su industrialización.⁵ Entre los años de 1967 y 1970 se construyeron las tres primeras líneas (uno, dos y tres). La primera etapa de la línea tres solamente abarcaba de Tlatelolco al Hospital General, y para finales de la década de los setenta se ampliaron tres estaciones más hacia el norte, al construir la estación la Raza, 18 de Marzo (antes Basílica) y la terminal Indios Verdes, y hacia el sur cinco estaciones: Centro Médico, Etiopía, Eugenia, División del Norte y Zapata. Su conclusión se daría en 1983, año en que se inauguró el tramo que va de Zapata a Universidad, al construirse las estaciones Coyoacán, Viveros, Miguel Ángel de Quevedo, Copilco y Universidad. Desde la década de los ochenta la configuración de la línea tres continúa siendo la misma: 21 estaciones.⁶

Los espacios de la línea tres

Las estaciones juegan un papel fundamental en el metro, puesto que constituyen el primer punto de

⁴ Existen disposiciones del Banco Mundial en las que se aconseja a los llamados países del Tercer Mundo no invertir en sistemas de transporte como el metro para sus “florecientes” capitales, a menos que otros sistemas más baratos no puedan cubrir la demanda de transporte (Turton y Knowles, 1992: 91). Es un hecho que en el caso de la Ciudad de México, tal recomendación no deba de ser tomada en cuenta, pues, si bien, se trata de una solución costosa, es la que más ha servido para movilizar los flujos de población.

⁵ Entre los años de 1950 y 1970 la población de la zona metropolitana de la Ciudad de México estuvo cerca de triplicarse: de 3 137 599 en 1950 a 8 799 937 habitantes (INEGI, 1999).

⁶ La línea tres cuenta con dos terminales, seis estaciones de correspondencia, cuatro estaciones superficiales y diecisiete subterráneas.

encuentro entre los usuarios y el sistema. Sirven como conexión con la superficie, al mismo tiempo que representan el espacio en el cual los viajeros subterráneos circulan, esperan, abordan y descienden de los trenes. Los andenes, los pasillos y los vagones se convierten en los principales espacios donde los usuarios interactúan y que pueden ser utilizados para finalidades diversas. A continuación se pueden observar ejemplos claros sobre el posible uso de tan emblemáticas áreas.

Los pasillos: son los espacios de circulación que llevan a los andenes, a las salidas o a las otras líneas. Las estaciones de trasbordo cuentan con pasillos de mayor extensión que se utilizan para el establecimiento de vitrinas para exposiciones o locales comerciales. En algunos pasillos, como los de la estación Hidalgo, que enlazan la línea dos con la tres, existe un corredor de comercios destinados a la preparación, la venta y consumo de alimentos, donde el calor irradiado por las parrillas impregna el ambiente y los olores a grasa y condimentos se perciben en cuanto se desciende del vagón. Dulcerías, tiendas naturistas, locales en los que se venden billetes de lotería, pizzerías, expendios de pan y hasta locales de renta de equipo para Internet son algunos de los negocios que se han establecido en los pasillos del metro y en concreto de la línea tres. En estos pasillos el usuario podrá detenerse, observar una exposición, consumir alimentos o hacer alguna compra; en los pasillos más estrechos, la velocidad vertiginosa del tránsito de los viajeros imposibilitará el establecimiento de diálogos prolongados.

Los andenes: son el espacio destinado al abordaje y descenso de los convoyes y la afluencia de los usuarios dependerá de la hora y del día. En las llamadas “horas pico”, verdaderos ejércitos humanos caminan codo contra codo para entrar o salir de los vagones. Indios Verdes es la estación más visitada de toda la red, por lo que lograr ascender a los vagones a las llamadas “horas pico” puede significar un verdadero triunfo entre miles de oponentes. Una situación semejante es la que se presenta en los andenes de las estaciones 18 de Marzo, la



Raza, Guerrero (a partir de la construcción de la línea B, al transformarse en una línea de trasbordo), Hidalgo, Balderas, Centro Médico, Zapata, Viveros, Miguel Ángel de Quevedo y Universidad. La situación se transforma los sábados, domingos y días festivos, a tal grado que, a partir del mes de mayo de 2004 se implementó la propuesta de dedicar un vagón del metro los domingos para que los ciclistas puedan transportar sus bicicletas, hecho que entre semana sería imposible.

En algunas de las estaciones de mayor aglomeración el tránsito de peatones se ha tornado peligroso en los andenes y se han dado casos de personas que esperaban en el andén han caído a las vías al ser empujadas por una masa humana que se comprime en espacios reducidos. De ahí que, desde el año 2003, se iniciara una campaña para implementar medidas de seguridad y de señalización, para permanecer en la espera del metro

detrás de la “línea amarilla”, distancia que separa al usuario de las vías. Miembros de la “Ola naranja”⁷ permanecen en los pasillos para inducir a los pasajeros que permitan bajar antes de abordar el vagón, a las horas en que el acceso a los vagones puede resultar peligroso. Por otra parte, para reafirmar esta campaña de protección también circularon a partir de esa fecha volantes que con pocas palabras y una fotografía expresaban un mensaje claro, “Un descuido arrasa con cualquiera. Evita rebasar la línea amarilla... porque seguro te llevamos a tu destino”.⁸ La fotografía muestra pocos elementos, pero evidentes: un bolso abierto, cosméticos esparcidos sobre la línea amarilla, una cartera y papeles, un zapato y el metro a toda velocidad. Otra medida de seguridad, que está dirigida específicamente a las usuarias del metro, es destinarles a ciertas horas del día los primeros o últimos vagones de cada tren, por lo que el acceso a éstos no se permite a los hombres. Es frecuente escuchar al personal del metro gritar: —¡Caballeros: sólo damas! Esta medida se ha puesto en práctica desde hace varios años debido a los frecuentes abusos sexuales hacia las usuarias, mismos que en la actualidad no se han podido detener, porque los andenes del metro también se han convertido en espacios que, por la cercanía corporal entre los usuarios, da pie a que algunos individuos aprovechen esta condición para asediar a las mujeres con obscenidades y agresiones físicas, que en la mayor de las veces, por la dificultad de encontrar y detener al agresor, no se denuncian ni se sancionan.

De esta manera, los andenes también sirven como espacios de contacto e interacción social entre los usuarios, siendo ante todo un punto de reunión. Las

⁷ La “Ola naranja” es un contingente de 600 jóvenes que dependen de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno del Distrito Federal, algunos de los cuales han sido reclutados para cumplir con sus servicio social, otros por tratarse de jóvenes que se encuentran en situación de riesgo.

⁸ Volante difundido por el Gobierno del Distrito Federal y por el STC durante el 2003.



“citas bajo el reloj” son frecuentes (cada estación cuenta con un reloj, que rara vez registra la hora real; algunas estaciones como Universidad cuentan con más de uno). Bajo el reloj se encuentran compañeros de escuela y de trabajo, parientes, amigos, novios, esposos o amantes; se conocen aquellos que se citaron por teléfono, carta o Internet y que nunca antes se habían visto; también se dan los encuentros, pero también las rupturas. Bajo el reloj se espera a los impuntuales y a aquellos

que no han de llegar.

En los andenes se refuerzan los lazos de identidad grupal, son los lugares de reunión de grupos específicos cuya presencia salta a la vista. En la estación de Etiopía se congrega un grupo de niños indígenas que tocan el acordeón; en los andenes de la estación Niños Héroe se pueden distinguir los grupos de vendedores ambulantes haciendo cuentas entre broma y broma; los andenes de la estación Hidalgo y específicamente el área del reloj se han convertido en el punto de reunión de los miembros de la comunidad *gay*, y los de Potrero sirven para que los músicos afinen sus instrumentos y practiquen sus canciones.

Los vagones: la interacción de los usuarios se concreta en los vagones que son nueve por convoy. La capacidad que tiene un vagón para concentrar a cientos de seres humanos de pie es impresionante, aunque el modelo de trenes que circula en la línea tres solamente cuenta con 37 asientos. Dentro de los vagones existen lugares reservados para discapacitados, adultos mayores, mujeres embarazadas y con hijos en brazos que, por regla general, no son respetados por los usuarios, pocas veces se cede el asiento a quien lo necesita.

Al interior de los vagones se agudizan principalmente dos sentidos. En primer lugar el tacto. Tenemos cuidado de nuestro tacto y también del ajeno. Los espacios vitales se rompen y el contacto se hace evidente. Es tal la cercanía que es imposible dejar de tocar a los demás, y de que éstos no nos toquen. Cualquier roce que rompa con las reglas socialmente establecidas puede ser mal interpretado y considerarse una agresión, pero no hay

forma de escapar de la cercanía de los cuerpos de los otros usuarios. En segundo lugar, la vista se torna escrutadora, observamos y revisamos con detalle a la persona que tenemos enfrente. De una estación a otra los pasajeros examinan los rasgos, los movimientos y la manera de vestir de los otros. En ocasiones, hasta existe la posibilidad de leer alguna página del libro que tienen en las manos, o auxiliados por el oído, escuchar una conversación. Pero, es la vista aquella que representa el mayor contacto con la alteridad. La permisividad visual es mayor que en casi cualquier otro espacio urbano en los vagones del metro, solamente tiene como límite la mirada recíproca del usuario observado. La mirada de una persona ajena puede ocasionar una amplia gama de sentimientos y pensamientos en la otra persona. Cada caso es un mundo diferente, y la reacción del otro puede ir desde el rechazo hasta la simpatía o el gusto. Puede significar el principio de una relación social o el impedimento de su establecimiento.



Particularidades de la línea tres: sus usuarios

Existen diversos motivos para argumentar una reflexión sobre la importancia de la línea tres. A simple vista las razones pudieran ser las siguientes: a) ser una de las primeras líneas construidas; b) estar entre las tres líneas con mayor afluencia (749 000 pasajeros al día, el 17.42 por ciento del total del STC); ser la línea de mayor longitud con 23 609 kilómetros; d) tener la terminal más transitada (Indios Verdes), y e) contar con cuatro estaciones entre las veinte más transitadas (Indios Verdes, Universidad, Zapata y la Raza). Sin embargo, lo que hace que esta línea se distinga entre las demás es la posibilidad de dar cabida a expresiones de carácter cultural debido al tipo de usuarios y por las zonas que recorre.

La combinación de usuarios de la línea tres, le da un cariz particular que le hace un interesante espacio de

estudio. En sus vagones y pasillos se puede observar durante los días laborables por la mañana (6:00 a 9:00 horas aproximadamente) y durante la tarde y noche (17:00 a 20:00 horas) el personal que trabaja en oficinas cercanas al Centro Histórico de la Ciudad de México, o bien en las oficinas, agencias, consorcios y bufetes de colonias aledañas a las estaciones Etiopía, Eugenia, División del Norte, Zapata, Coyoacán y Viveros, en las que recientemente se ha dado un proceso de cambio de uso de suelo, de habitacional a servicios y oficinas, y a servidores públicos de oficinas gubernamentales (Delegación Benito Juárez, Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, etcétera); al mediodía y durante la tarde, acentuándose más los fines de semana aparecen hombres y mujeres que acuden a realizar sus compras en los hipermercados ubicados entre las estaciones División del Norte y Zapata: *Sam's Club*, *Comercial Mexicana*, *Wal-Mart*, *Carrefour*, y también los individuos que asisten a comprar en los almacenes y locales o a divertirse en las salas de cine de los centros comerciales

cercanos a algunas estaciones: en el Pabellón del Valle (estaciones División del Norte y Zapata); en el primer complejo comercial que se creó en la Ciudad de México, conocida como Plaza Universidad (estación metro Zapata), o vayan de "compras" al imponente centro comercial que resalta en las calles de avenida Universidad y avenida Río Churubusco: Centro Coyoacán. También viajan en los vagones de la línea tres las personas que laboran en las oficinas centrales del emporio bancario recién vendido a la inversión extranjera: Bancomer BBV, que se encuentra frente a la estación Coyoacán; esta misma salida lleva a aquellos cinéfilos que quieren apreciar películas que nada tienen que ver con las producciones *hollywoodenses*, a la Cineteca Nacional. Para los que gustan de la convivencia y de las artesanías se puede acceder al Jardín Centenario en el centro de Coyoacán, a través de microbuses que salen

en las inmediaciones de las estaciones Coyoacán, Viveros o Miguel Ángel de Quevedo; no faltan los que visten de traje: abogados que litigan en los juzgados cercanos a la estación Niños Héroes ni los que visten de blanco: los médicos, enfermeras, enfermeros y residentes que trabajan en la Clínica 24 del IMSS (estación 18 de Marzo), en el Hospital Adolfo López Mateos del ISSSTE (estación Coyoacán), en el Hospital General de la Secretaría de Salud (estación Hospital General) o en los dos complejos médicos más importantes de la Ciudad de México o posiblemente del país, el Centro Médico la Raza (metro la Raza) y el Centro Médico Siglo XXI (metro Centro Médico). Finalmente, la línea tres es frecuentada por cientos de estudiantes y maestros que acuden a la máxima casa de estudios, la Universidad Nacional Autónoma de México en Ciudad Universitaria (estaciones Copilco y Universidad). El hecho de que los pasajeros de la línea tres cuenten con las características anteriormente enunciadas no ha sido ignorado por las autoridades del STC ni por decenas de artistas callejeros que buscan reconocimiento e ingresos. Es por esto, que la línea tres se convierte en un lugar privilegiado para las distintas expresiones culturales.

A continuación se describe dos casos que comprueban la importancia de la línea tres como un espacio para la difusión cultural. El primero pertenece a un programa institucional, el segundo a la búsqueda de un lugar de trabajo por una artista callejera.

Las políticas culturales del STC. “Para Leer de Boleto en el Metro”

Desde hace al menos un par de décadas los funcionarios del Sistema de Transporte Colectivo Metro se han

⁹ Para Gilberto Giménez existe un momento en que la cultura, en todo lugar, es institucionalizada en un sentido político-adminis-



preocupado por crear su propio programa cultural institucional.⁹ En las estaciones de la línea tres, como en otras líneas, se pueden detectar espacios destinados para la difusión cultural. Existen vitrinas al paso y a la vista de los usuarios, donde de manera frecuente se instalan exposiciones de fotografía, pintura, arte-objeto, escultura y otras artes plásticas alternativas, lo que convierte a los pasillos en salas temporales de museo y galerías. Para los artistas representa un lugar en el que su obra puede ser vista por miles de usuarios en un solo día. Posiblemente, el mejor acercamiento que los viajeros del metro tuvieron con la cultura durante el año 2000, fue la puesta en escena de obras teatrales en el Foro de Teatro Universitario del Metro Copilco, cuya existencia se debe principalmente al apoyo de la Universidad Nacional Autónoma de México y de manera reciente al Instituto de Cultura del Distrito Federal (hoy Secretaría de Cultura). Otro ejemplo palpable son los vistosos murales en las paredes de las estaciones Copilco, Universidad y Centro Médico, que a su vez comprenden una parte importante del patrimonio institucional

del STC. No obstante, el mayor esfuerzo realizado por la administración del STC —que lamentablemente se encuentra detenido por razones de índole política— es el programa “Para Leer de Boleto en el Metro”. La línea tres se convirtió durante el primer trimestre del 2004 en un gran laboratorio urbano que intentó acercar a sus usuarios al hábito de la lectura, por lo que este programa cultural resultó de gran trascendencia. Nunca antes se había propuesto un programa masivo de fomento a la lectura,

trativo. De esta manera hace alusión al concepto de política cultural, que es definida, “como [el] instrumento de tutelaje político sobre el conjunto de las actividades culturales; se institucionalizan y refinan diferentes sistemas de censura ideológico-cultural” (Giménez, 1987: 19).

Inicia en la línea tres porque va de CU al Poli, entonces es la más fácil por el tipo de gente que va. Es la que más fácilmente iba a asumir un programa como éste, porque casi todos son estudiantes, son maestros, en fin, están ligados a la vida académica, y porque realmente esa línea tres es quizás la más fácil de público, la de público más homogéneo.¹⁰

Las características particulares de la línea tres, como se ha mencionado, están determinadas por las zonas que comunica y por las actividades que los viajeros subterráneos realizan, mismas que difieren de otras líneas que sirven para conectar el centro con la periferia y transportar trabajadores a las zonas industriales del norte de la ciudad o a los principales centros de abasto y distribución.

Los expertos del metro nos decían que la línea más difícil es la uno y te dicen que porque pasa por la Merced, Pantitlán... Imagínate me contaba uno de los ingenieros del metro hay un problema y yo tengo que decirles a los de la línea tres: —¡hay que desalojar los vagones!, todos se levantan, desalojan los vagones y se van perfectamente... en la línea uno digo: —¡hay que desalojar los vagones!, y... ¡me echo a correr porque si no me matan! (risas).¹¹

Es así como, mediante el esfuerzo conjunto de diversas instancias como son la Fundación Cultural Metro, el Gobierno del Distrito Federal, las secretarías de Desarrollo Social y Cultura del Gobierno del Distrito Federal, ISA Corporativo, SARE Grupo Inmobiliario, el Instituto de la Juventud y el STC, se diseñó la campaña “Para Leer de Boleto en el Metro”, consistente en divulgar, a manera de préstamo la obra de conocidos literatos,¹² compendiada en una serie de antologías

¹⁰ Entrevista a Paloma Sáiz Tejero, compiladora de las antologías y autora del proyecto “Para Leer de Boleto en el Metro”, Secretaría de Cultura, Gobierno del Distrito Federal, 22 de marzo de 2004.

¹¹ *Idem.*

¹² Carlos Monsiváis, Vicente Leñero, Myriam Laurini, Eduardo Hurtado, Emilio Carballido, Héctor Lara Zavala, Thelma Nava, René Avilés y Eduardo Antonio Parra. Prosa y verso; testimonios, cuentos, poemas y comedia en estilos y temáticas variadas.



cuidadosamente seleccionadas. La idea de efectuar un proyecto para que la lectura se convierta en una práctica común para los habitantes de la Ciudad de México surgió de la mente de Paloma Sáiz Tejero, subdirectora de literatura en la Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal,

Una de mis obsesiones mayores ha sido el cómo hacer que la gente lea [...] pero desde hace tiempo yo estaba con la idea de que el metro tenía que ser un lugar fundamental. Varias veces había hablado con el director del metro hasta que un día me dijo: —¡ya no me estés platicando! Preséntame de a de veras un proyecto, yo te prometo que si es viable... yo no lo voy a hacer necesito que lo hagas tú.¹³

¹³ Entrevista a Paloma Sáiz Tejero, Secretaría de Cultura, Gobierno del Distrito Federal. 22 de marzo de 2004.



La obra fue distribuida por los elementos de la “Ola naranja” que resguardaban los estantes y prestaban los ejemplares a los usuarios. El usuario únicamente solicitaba un ejemplar, lo leía y lo depositaba en la última estación de su recorrido,

Fue una experiencia muy buena, porque la devolución está siendo bastante alta, está entre un 65 y un 72 por ciento. La idea era que no había bronca si salía del metro, ahora hemos estado insistiendo en que no salgan porque esas obras que pasan fuera del metro dejan sin leer a otros. El primer día sacamos 19 mil libros y como pan caliente se fueron, pero al día siguiente cuando volvimos habían devuelto sólo 3 mil. Retrocedimos, empezamos a dar más folletos para que la gente entendiera como era el programa. Empezamos a entender que hay un ritmo para esto.¹⁴

Durante el día del lanzamiento de la primera antología se podían ver a decenas de personas hojeando, leyendo o simplemente cargando los novedosos libros. Un día después era prácticamente imposible obtener una copia, puesto que las que se habían prestado no regresaban a los anaqueles. La idea es que una vez superadas las diferencias políticas que prevalecen en el STC, el programa pueda tener continuidad y ponerse en práctica en las demás líneas.

Al margen de las propuestas institucionales existen expresiones culturales alternativas, actores y formas de vida que se salen de los patrones establecidos por la normatividad del STC. Todos tienen una característica en común: escogieron el metro como un espacio de trabajo, algunos para sobrevivir, otros para contribuir al ingreso familiar, otros más para dar a conocer un trabajo artístico. Todos eligieron la línea tres para gastar gran parte de su día y de sus vidas entre sus andenes y vagones. Todos ellos se cruzan en el camino, algunos se extienden la mano y platican; otros discuten y se pelean por su derecho al acceso en el vagón, marcan sus territorios. Otros más fingen ignorarse, pero, todos confluyen en el mismo lugar, en algún momento entre

¹⁴ Entrevista a Paloma Sáiz Tejero, del 22 de marzo de 2004.

¹⁵ El horario de servicio del Metro es de 5:00 a 0:30 horas de lunes a viernes, de 6:00 a 0:30 horas los sábados, y de 7:00 a 0:30 horas los domingos y algunos días festivos.

las 5:00 y 0:30 horas de un nuevo día¹⁵. Vendedores vagoneros y sus líderes permiten que los faquires de la posmodernidad se postren en el piso del tren sobre vidrios rotos, admiten la actuación de un poeta incomprendido que vestido de color negro irrumpe en el vagón y despierta con su voz al pasajero más dormido, discuten con activistas que por medio de periódicos efectúan denuncias sociales, muestran en sus rostros el fastidio que representa el escuchar las historias de los mendigos que se pretenden convincentes, se hacen señas —poco amistosas— con sordomudos que pasan de asiento en asiento ofreciendo golosinas o estampas con oraciones a San Judas Tadeo, comparten el vagón con los indígenas de la Sierra Norte de Puebla, puesto que son silenciosos y solamente entregan un papelito a los usuarios que los quieran recibir, chocan con los invidentes que interpretan melodías que forman parte de la música popular y desde aproximadamente diez años con un grupo de niños y niñas indígenas que tocan el acordeón. Sin embargo, la mayor competencia por el espacio para los vendedores la representan artistas jóvenes que interpretan música folclórica latinoamericana y *rock* y que comparten con los vendedores condiciones laborales similares: realizan una estrategia de supervivencia, ofrecen un servicio/producto que es “comprado” por los usuarios y, desde la perspectiva del STC obstruyen las vías de acceso y circulación. Es por esto, que las medidas que los elementos de vigilancia han tomado al respecto no difieren en lo absoluto de la aplicación que se hace de la normatividad frente a los vendedores ambulantes: los músicos han sido y son detenidos, llevados a la delegación, privados de su libertad y obligados a pagar multas por transgredir la ley. Esto indica que para los funcionarios que laboran en el STC la actividad que realizan los músicos, más que una expresión cultural, se trata de una ramificación de la economía informal realizada en sus instalaciones y se traduce en un desprecio hacia las diferentes formas de cultura popular y alternativa que se encuentran en contraposición con la llamada “alta cultura”.

El objetivo de los músicos del metro, por otra parte, consiste en utilizar el subterráneo no únicamente para trasladarse, sino para expresar un sentir que se refleja en la cotidianidad y llegar a los oídos, las mentes y los



corazones de quienes viajan en los vagones. Los músicos que trabajan en el STC metro, al margen de toda reglamentación, pertenecen a una cultura relegada, perseguida al “obstruir la vía pública”, cuyos exponentes no son reconocidos, y menos aún tomados en cuenta en las políticas culturales de la institución. Poseen la aptitud de ejecutar un instrumento o entonar una melodía y buscan una alternativa de trabajo en la que puedan poner en práctica sus conocimientos. Éste es el caso de Angélica, quien en 1994 se desempeñaba en un empleo formal en una farmacia, y cuando tuvo contacto con los músicos del metro y pensó que ésta podía ser una nueva opción laboral, en la que trabajaría de lunes a sábado un promedio de cuatro o cinco horas diarias.

Fernando y Christian (músicos del metro) iban a cambiar (cambian las monedas que reciben en diferentes establecimientos) y empezamos a hacer migas y yo veía que cambiaban un buen de dinero. Yo ganaba setenta pesos al día y entraba a las nueve y salía a las seis de la tarde. Entonces yo dije: —estoy todo el día aquí y ellos están un rato y ganan más. Yo sabía que ellos tocaban en el metro. Aparte tenía yo una jefa que me hacía la vida de “cuadritos”. Les pregunté a ellos: —¿me pueden dar chamba? Ustedes enséñenme...

El conocimiento musical se transmite y hereda entre familiares y amigos. Angélica aprendió a tocar gracias a Christian, que cuenta con una experiencia que va de los quince a los dieciocho años de edad interpretando melodías en el metro. Angélica empezó a tocar unas maracas y después le enseñaron a tocar la zampoña, y así se inició como música vagonera.

...empecé, me daban unas maraquitas y tocaba con las maraquitas. Que tocaban *El pájaro chohui*, entonces me enseñaban el ritmo de chohui que era como chacarera algo así y tocaba chohui con mis maraquitas. Entonces Christian me dijo: —te voy a traer unas zampoñas y vas a aprender. Un día, me dijo: te voy a enseñar el *Cóndor pasa*, y me estuvo enseñando como una hora el *Cóndor pasa* y toca y que ahora así y que no se qué. Bueno pues vámonos

nos y que me subo a tocar. Me equivoqué y sentía que me tragaba la tierra y mi mayor pecado es la vanidad, entonces no me permito equivocarme y hacer el ridículo.

Los pasajeros suelen cooperar con cantidades que fluctúan entre los diez centavos y los cinco pesos, aunque en ocasiones hay personas que se han desprendido hasta de cincuenta pesos. De peso en peso, Angélica y su compañero Salvador llegan a reunir hasta quinientos pesos diarios entre los dos si la suerte (y el bolsillo de los demás) les sonríe.

Aunque trabajar en los vagones del metro cuando la ley se aplica con discrecionalidad puede llegar a provocar situaciones molestas, puesto que dependiendo del elemento de seguridad que se cruce en su camino puede ser la sanción que muchas veces culmina únicamente con un castigo que equivaldría a pasar el tiempo del recreo escolar en la dirección del colegio, pero algunas otras, ha provocado forcejeos entre vigilantes y vagoneros.

...una vez me dio mucho coraje porque uno dijo: —¡bájense!, y sí, nos bajamos, pero nos empezó a decir groserías: —¿qué les pasa?, ¿están muy pendejos, o qué?, ¿qué no están viendo que estamos aquí y se ponen a tocar?, y yo sí le dije: —¿sabes qué?, ¡no es para que nos hables de esa manera!, —¡pues así hablo yo!, —¡ay pues qué feo y qué peladito eres! Entonces agarré y me di la vuelta y seguí caminando, ya nos llevaban de cualquier forma y ya no lo pelé y ya cuando nos volvió a ver otra vez, ya como que se reía, como que se le bajó.

Angélica es una entre los —aproximadamente— treinta músicos que han elegido la línea tres para trabajar porque, a diferencia de otras líneas, no pagan cuotas a los líderes y sobre todo, porque saben que el tipo de usuario que viaja en ésta, sabe apreciar mejor su trabajo y les concede una mejor remuneración.

Como puede verse, el trato que han llegado a dar las autoridades policiales y los funcionarios del STC a los vendedores y músicos del metro es el que se le da a un infractor peligroso, muchas veces transportándolos en la famosa y temida “panel”.



Conclusiones

El metro puede ser entendido como uno de los museos más visitados de la Ciudad de México. En sus once líneas se realizan con distinta intensidad actividades y exposiciones que pretenden acercar la cultura a los usuarios, destacando la línea tres, que según el planteamiento inicial de este artículo —que coincide con las visiones de los funcionarios del STC, de la Secretaría de Cultura del Distrito Federal y de los artistas callejeros— cuenta con un público dispuesto a participar en la vida cultural y aprovechar hasta el último minuto de sus recorridos en la apropiación de sus espacios. Es de esperarse que las políticas culturales del STC continúen llevándose a cabo a pesar de los choques y conflictos de interés. El programa “Para Leer de Boletó” había obtenido importantes resultados en poco tiempo. El STC ha sabido sacar provecho de los espacios de la línea tres,

pasillos y andenes han servido para difundir la obra de artistas de diversos géneros. Sin embargo, se ha desdeñado la participación de los músicos vagoneros, quienes además de buscar una forma de obtener ingresos también pretenden que los usuarios sean partícipes de sus ejecuciones musicales.

La línea tres se considera un lugar privilegiado para el contacto, la interacción social y el encuentro entre propuestas culturales de las que puede aprender y disfrutar el usuario durante el un viaje, a pesar del hacinamiento y los “empujones”.

BIBLIOGRAFÍA

Augé, Marc, *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el Metro*, Barcelona, Gedisa, 1987.

Giddens, Anthony, *Sociología*, Madrid, Alianza, 2000.

Giménez Montiel, Gilberto, *La teoría y el análisis de la cultura*, México, SEP/Universidad de Guadalajara, COMECOS, 1987.

González, Jorge A., *Sociología de las culturas subalternas*, México, Universidad Autónoma de Baja California, 1990.

INAGI, *Estadísticas Históricas de México*, México, 1999.

List Mendoza, Sonia, “Impactos del Metro en los usos del suelo y la vialidad en la estación Zapata de la línea 3 del Metro”, tesis de maestría en urbanismo, México, posgrado en Arquitectura, UNAM, 2001.

Navarro, Bernardo, *Dialéctica contradictoria del transporte en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Complejo geográfico, socioeconómico y político*, México, IIE-UNAM-DDF, 1993.

———, “Retos del transporte metropolitano de final de siglo”, en Bernardo Navarro, *El traslado masivo de la fuerza de trabajo en la Ciudad de México*, México, Plaza y Valdés/DDF/UNAM, (Desarrollo Urbano), 1988.

Navarro, Bernardo y Ovidio González, *Metro, metrópoli*, México, México, UAM-X/UNAM/IEC, 1989.

STC-Metro, *Informe Anual*, México, 2001.

STC, *Promoción Comercial y Comunicación Social. Camino hacia el siglo XX*, México, Departamento del Distrito Federal, 1997.

Turton, Brian y Richard Knowles, *Urban Transport Problems and Solutions*, Londres, Belhaven Press, 1992.

Páginas web consultadas

www.metro.df.gob.mx (Sistema de Transporte Colectivo Metro).

Entrevistas

Paloma Sáiz Tejero, Secretaría de Cultura, Gobierno del Distrito Federal, 22 de marzo de 2004.

Angélica, música vagonera de la línea tres del metro, 27 y 31 de enero de 2004.

El Sistema de Transporte Colectivo metro de la Ciudad de México: un espacio diverso¹



La singularidad del metro se nos muestra como un recorrido en el cual se dan remembranzas del pasado, de historias colectivas e identificatorias y del presente cotidiano. Es un lugar donde la etnografía puede desarrollarse en un medio urbícola. Como sistema de transporte colectivo, en sus recorridos se establecen contactos individuales y efímeros, por lo que podría definirse como un *no-lugar*, de acuerdo con el análisis que de ese medio realiza Marc Augé en *El viajero subterráneo*. Los recorridos del metro pueden ser una oportunidad para reconocer al otro cercano, diferente al otro lejano, que estudia la antropología clásica.

El Sistema de Transporte Colectivo Metro, se nos presenta como una enorme red de relaciones, de cruces y entrecruces por los cuales miles de personas se transportan diariamente. El metro en la Ciudad de México, en el mes de febrero de 2004, reportó un total de 3 924 000 viajeros por día, cifra que incrementó la estadística reportada en 1986, que fue un total de 3 513 000 personas transportadas.

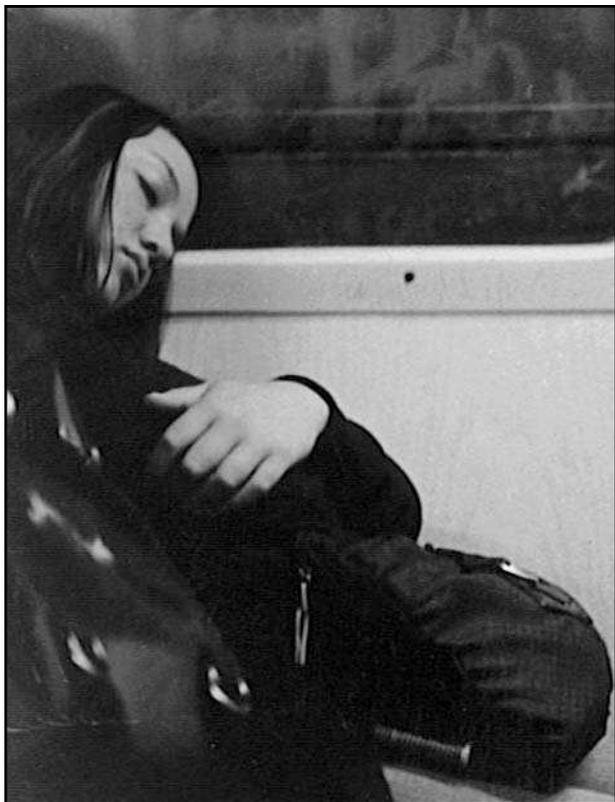
El metro, así como otras rutas de transporte en la ciudad es de particular importancia para los habitantes. Es por excelencia el transporte colectivo más utilizado en nuestra sociedad, al margen de la enorme cantidad de automóviles particulares que realizan esta función. Por su bajo costo, es un sistema utilizado por mucha gente, que puede viajar por toda la ciudad con tan sólo dos pesos, trasladándose de la Merced a Tepito, de ahí al Centro Histórico y en fechas recientes hasta Ciudad Azteca.

Breve historia del metro

Aunque la propuesta de construir el metro en la capital mexicana surgió en los años cincuenta, su construcción se inició en la década de los sesenta,

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ Este trabajo se elaboró en el contexto de un curso implementado por el doctor Abilio Vergara Figueroa y la maestra Aída Analco Martínez en la ENAH. Agradezco a Abilio Vergara por sus comentarios y sugerencias.



durante la regencia de Alfonso Corona del Rosal. El 29 de abril de 1967, el *Diario Oficial de la Federación* publicó el decreto sobre la construcción del metropolitano de la Ciudad de México, controlado por una entidad dependiente del entonces Departamento del Distrito Federal, denominado “Sistema de Transporte Colectivo”, cuyas obras iniciarían el 19 de junio de ese año.

Dos años después, el 4 de septiembre de 1969, se inauguró el primer tramo de 11.5 km y 16 estaciones, entre las estaciones Zaragoza y Chapultepec. En el transcurso de los dos siguientes años se inauguraron las líneas dos y tres, así como la ampliación de la uno hasta su terminal actual, en Observatorio. La línea dos se inauguró en dos partes: el tramo entre Pino Suárez y Tasqueña en agosto de 1970 (funcionó parcialmente durante el mundial de fútbol de 1970), para luego integrarse el tramo entre Pino Suárez y Tacuba, en septiembre de ese año. La línea de nuestro interés, la tres entró en funcionamiento en noviembre de 1970, de Tlatelolco a Hospital General, para después irse expandiendo, junto con el resto del sistema, a un ritmo de casi 1 km por mes. Este crecimiento del metro llegó a lugares lejanos respecto al centro de la ciudad, como Ciudad Azteca o los Reyes Iztacala. Cada una de sus

líneas fue identificada por con un color, y cada estación mediante un símbolo. (www.metro.df.gob.mx)

Desarrollo

Para ejemplificar por qué el metro puede ser visto como un no-lugar a la manera de Marc Augé, donde la diversidad se manifiesta y las personas pueden apropiarse del espacio urbano, realicé una serie de registros etnográficos en dos estaciones, la de Copilco y la de Hidalgo, de la línea tres del metro.²

Se observa que la diversidad de recorridos que tiene el metro se muestra en la heterogeneidad de sus usuarios: desde ancianitas que viajan a la Merced, para adquirir artículos comestibles que comerciarán, hasta vendedores ambulantes, de cinco o seis años de edad enviados por sus padres para vender dulces o incluso películas piratas. A través del metro podemos vislumbrar que nuestra ciudad es la metrópoli más plural de este país, donde se mezclan lenguas, colores, escolaridades y vidas. Nos muestra, como en una pintura, bloques de realidades que son típicas del país; en diferentes horas podemos ver a grupos de personas que parecen compartir fragmentos de vida que con los del viaje, al que recurren diariamente; desde oficinistas que caminan presurosos por la mañana, hasta estudiantes que se agolpan en los andenes de Copilco a las siete de la mañana, para iniciar un día de clases.

Diversos colores y olores se dan en el metro dependiendo de dónde y a qué hora se aborde. Por ejemplo, si se es osado y se aborda en la línea dos o tres a las 9:00 horas, puedes percibir un sin fin de aromas que se desprenden de cuellos y trajes de oficinistas, quienes se

² La longitud de la línea tres del metro es de 23 km 609 m, 21 km 278 m, da servicio y el resto se usan para maniobras, cuenta con 2 terminales, 13 estaciones de paso y 6 de correspondencia (correspondencia, es el sitio en el que coinciden dos líneas o más y se puede hacer el cambio entre una y otra), lo que hace un total de 21 estaciones; 17 de ellas son subterráneas y 4 superficiales. La afluencia en la línea durante el 2001 fue de 249 millones 714 mil 499 personas. Las estaciones de mayor afluencia promedio en día laborable durante el 2001 fueron: Indios Verdes con 162 mil 541, Universidad con 78 mil 670, Zapata con 51 mil 340 y La Raza con 48 mil 454. El horario de servicio es: días laborales de 5:00 a 0:30 horas. Sábados de 6:00 a 0:30 horas. Domingos y días festivos de 7:00 a 0:30 horas.



aglomeran buscando entrar en un vagón, para no llegar tarde a sus trabajos. Muchos son afortunados y encuentran un lugar porque lo abordaron desde la terminal, y van sentados pensando en la larga jornada laboral que les espera, o tal vez rememorando el pasado o el presente, mientras detienen un poco de tiempo para mirar sus vidas, aunque el reloj siga su curso. O piensan en los múltiples papeles —en el sentido de Goffman y Hannerz— que jugarán en los distintos dominios en los que la ciudad los enclaustra u obliga a recorrer.

Sin embargo, si abordamos otra línea a otra hora el cuadro será diferente, para aquellos que vivimos en el lado oriente de la ciudad y no tenemos otra opción de regreso a casa más que tomar el metro que va de Tacubaya a Pantitlán, nos damos cuenta por qué la línea uno es tan importante para la ciudad, ya que transporta a todos los trabajadores que van de Ciudad Nezahualcóyotl e Iztapalapa a laborar en la zona de Tacubaya. El metro es en sí un mapa de vida que marca más allá de los kilómetros recorridos, la vida de millones de urbícolas que transitan del hogar al trabajo y del trabajo al hogar o a otros destinos.

Pero, ¿por qué estudiar el metro?, ¿qué es lo que lo hace importante para un objeto de análisis y de estudio antropológico? La respuesta no es fácil, tal vez no sea una sola, el metro se ha vuelto para los habitantes de la Ciudad de México un referente social y geográfico. Cuando los urbícolas hablan de su vida pasada, evocan lugares donde antes vivían o estudiaban y que estaban cerca de tal o cual metro: el metro contribuye a estructurar las geografías subjetivas los habitantes de la ciudad.

El metro está impregnado de recuerdos, de imágenes, de lugares imborrables en la memoria de cada uno de nosotros; para las personas que no tienen automóvil y acostumbran viajar en este sistema, a veces les es más fácil preguntar qué metro o qué estación está cerca de un lugar específico al cual se dirigen. Así mejor se ubican dentro del espacio social, y así el metro estructura su mapa mental (Vergara, 2003).

El análisis del metro no sólo surge de mi interés por algo que siempre ha estado cerca de mí en la memoria y en la vida, como recuerdos de infancia, y de adolescencia. También la lectura de un libro y de un autor en específico me han hecho dar cuenta de la importancia



de estudiar y comprender lo que a todas luces nos parece cotidiano, incluso podríamos pensar, banal, que se nos escapa a la mirada y al entendimiento por verlo todos los días, por ser tan parte de nosotros como lo es del paisaje.

El metro es la experiencia más inmediata en nuestra vida urbana, para aquellos que lo usamos. Se nos presenta a diario, varias veces al día, o al menos dos, como una ida y una vuelta. Muchas veces implica sólo un recorrido de unos cuantos minutos, mientras otras largos recorridos de una hora, dos o incluso más. ¿Cuánto tiempo pasamos dentro del metro y no nos damos cuenta de la riqueza que cada viaje conlleva?, de la historia que guarda de miles de personas que a diario transitan por sus andenes y de nosotros mismos. Su utilización resulta un ejercicio perfecto para darnos cuenta de la heterogeneidad de la metrópoli, de la urbe. Es finalmente el descubrimiento del otro cercano, como diría Augé, es otro cercano a quien la rutina y su masividad hace invisibles.

Marc Augé desarrolló interesantes hipótesis y líneas de reflexión sobre el metro parisiense en su libro ya mencionado. Su trabajo no es una etnografía en el sentido clásico, es decir, no realiza una descripción sistemática de lo que ocurre en el metro, apuntando lugar y tiempo, sino una especie de ensayo dedicado a ver la importancia que tanto en nuestra memoria individual como colectiva representa el viajar en el metro. Muestra de pasados, remembranzas e imaginarios, la red del metro parisiense se nos presenta como una evocación de la historia que rara vez nos es dada en un estudio antropológico. Los viajeros del metro recorren las estaciones sin tener en la conciencia la idea que significa cada uno de

los nombres de esas estaciones. En París, estos nombres muchas veces son dados por la conjunción de un lugar y un nombre de un héroe o figura del pasado francés.

El autor nos dice que rara vez un francés recuerda a la perfección quiénes son las personas o los lugares que dan vida a esas estaciones. Un extranjero o un ajeno a esa cultura se preguntaría con asombro por qué la razón de tal o cual nombre preguntándole a un nativo las razones de ello, a lo cual difícilmente un francés podría dar una respuesta certera. Lo mismo supondríamos en nuestra propia red del metro, ¿cuántas veces nos preguntamos qué significan los nombres que llevan las estaciones?, ¿cuántas veces somos conscientes de que la línea tres del metro lleva nombres de revolucionarios como Zapata y el del famoso nombre del grupo encabezado por Villa, la División del Norte? Es el empobrecimiento del símbolo que deviene en señal (Vergara, 2003).

Dentro del trabajo etnográfico, en la línea tres del metro realicé una serie de entrevistas preguntando a las personas qué les evocaba el metro, sus estaciones, y si de alguna manera tenían un recuerdo significado por ellas. Mas ninguna persona se refirió a los héroes nacionales de estaciones como Hidalgo, Zapata, Juárez, etcétera. Así, una mujer de 38 años comentó que la estación Hospital General le recordaba a una muchacha que se había aventado a las vías del metro, mientras que la estación La Raza cuando terminó la relación sentimental con su novio. Un hombre de 25 años reportó que el metro le recordaba una etapa de su niñez, ya que a los seis años se había extraviado en el metro Taxqueña. A una mujer de 63 años el metro Insurgentes le traía recuerdos de los años setenta, cuando los restaurantes aún tenían mesas fuera de los locales. Es la memoria individual la que gana en el uso, aún cuando en fechas cívicas, el símbolo emerja y luego se esconda. Lo más generalizado es que el metro les recuerde un fragmento de su vida: por ejemplo para Claudia de 27 años, el metro Taxqueña le recuerda su vida de estudiante de bachillerato, cuando iba a la vocacional. Aún más para, otros significa no sólo un fragmento de vida, sino casi la vida entera: por ejemplo, para Jorge de 27 años, le recuerda toda su vida ya que ha vivido cerca del metro Viaducto, desde que tenía seis años. Para otros, el metro y sus estaciones son un descubrimiento del

presente, y también una herramienta de conocimiento de la urbe: para Eduardo, de 22 años, le recuerda las primeras veces que recorría la Ciudad de México, para él el metro Chabacano le representa el descubrimiento de la ciudad: por allí salía a la inmensidad de la megalópolis.

Para algunos el metro les trae recuerdos graciosos del pasado: Esau, de 25 años, los recuerda:

Un día que iba en el metro y una señora se para muy enojada a gritarle a un señor que estaba afuera del metro, en el andén: ¡nada más se te ocurre ir hoy a la casa desgraciado!, y es que afuera estaba un señor con una jovencita abrazados, fue muy chistoso, todos nos tuvimos que aguantar la risa, cuando la señora se iba a salir, el metro cerró las puertas y se va, en la siguiente estación la señora se paró y se bajó, y todos se comenzaron a reír y a decir que qué mal le iba a ir al señor.

Sin duda alguna conocemos más estas estaciones por lo que nos evocan de nuestra propia historia personal. Augé nos dice que por aquellos recorridos individuales que realizamos todos los días de nuestra casa a al trabajo y del trabajo a la casa, como recorrido individual, como una historia que nos salta a la memoria: aquí conocí a tal persona, afuera de esta estación se encuentra la casa de tal persona, o en esta otra se encuentra la iglesia donde me casé, incluso, algunas podrían refrendarnos un hecho melancólico al encontrarse el hospital donde perdimos a ese ser amado que tanto añoramos. A veces después de tal suceso tendemos a evitar ese recorrido, o buscar rutas alternas que nos desvíen la atención de aquellos momentos trágicos y dolorosos por los que hemos pasado.

Estación Copilco e Hidalgo

En la estación Copilco se da una dinámica muy particular, caracterizada por una afluencia constante de personas de todo tipo, en la que destaca la presencia de universitarios. El 21 de junio en esta estación se realizó un concierto de música patrocinado por el gobierno del Distrito Federal, que duró alrededor de una hora, y en el que personas de diferentes edades se aglutinaron en torno a los músicos que interpretaban

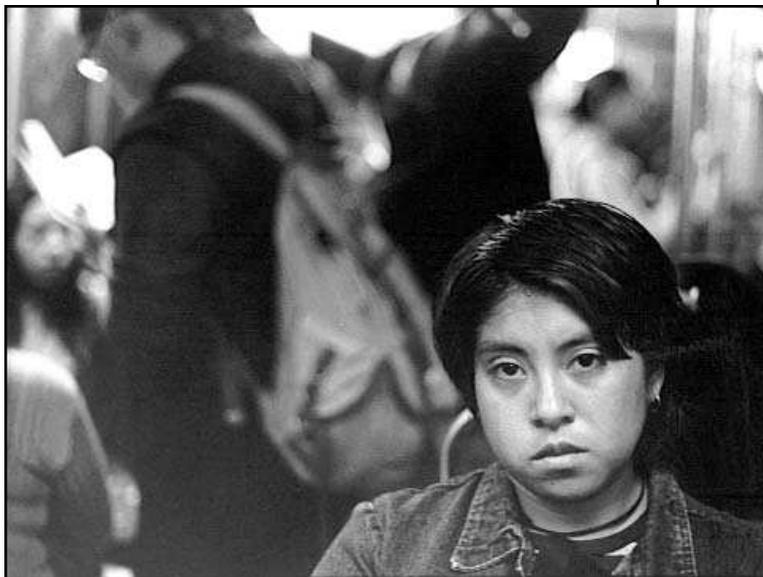


lo mismo Mozart y a Chopin, que canciones de Los Beatles, como *Let it be*.

Este tipo de espectáculos vincula tradiciones que parecen totalmente distantes, como la música de Mozart y de Los Beatles, entremezclándola. De igual manera, las personas de diferentes edades, oficios y capitales culturales comparten una actividad cultural que generalmente, en la ciudad, se presenta en escenarios separados: desde la mujer que va de camino a casa con sus dos hijos pequeños, hasta los estudiantes universitarios que regresan después de un día de estudios.

Este espectáculo se nos presenta como una situación híbrida de géneros y públicos, ¿cuántas veces podemos escuchar dos diferentes tipos de música dirigidos a dos públicos diversos en un mismo tiempo y espacio?, lo cierto es que en la diversidad del metro todo parece posible. Para García Canclini (1989), nuestra modernidad deriva de un cruce que se da entre lo tradicional y lo moderno; en nuestras urbes somos testigos de una era donde la modernidad —contrario a lo pensado— no ha cancelado a la tradición, sino que la ha mezclado con lo “culto”, lo tradicional popular y lo masivo, dando lugar —según el autor— a unas culturas híbridas. El papel de lo culto y lo popular tradicionales disminuyen en la modernidad, pero no son suprimidos, sino que se desvanece su pretensión de ser universos puros y autosuficientes.

El metro, al conjugar una nueva dinámica de diferentes géneros, posibilita un espacio más para la hibridación. Sin embargo, debemos estar alertas de concebir a las culturas modernas como híbridos recientes cuando éstas siempre han sido mezclas de tradiciones y de rasgos diferentes. Ya Sáenz (1970: XXVIII) había escrito



sobre la hibridación en las culturas, y al hablar de la cultura mexicana advertía sobre considerarla como un simple híbrido, fruto del contacto de dos culturas, porque equivaldría a considerarla únicamente “como una yuxtaposición, mecánica sin resorte interior, fruto verde sin sazón”.

Así, el contacto y la mezcla de géneros y público en la actualidad deben ser vistos como algo más que una simple hibridación, como un nuevo ente resultado de contactos e interacciones que adquieren una dinámica propia que da como resultado una forma cultural de interacción y apropiación. Lo que a primera mano se presenta como una hibridación, pronto toma una razón de ser propia.

Volviendo al metro, sus andenes y espacios fueron concebidos para hacer el tránsito funcional de las personas que a diario pasan por ahí; sin embargo, con los espectáculos musicales ahí ofrecidos podemos ver cómo las personas se apropian del espacio, a pesar de ser ésta una iniciativa del gobierno del Distrito Federal. Las personas se apropian de él como si fuese un hecho singular y al mismo tiempo una parte de la vida cotidiana, que son absorbidos con rapidez por los usuarios; así pasillos del metro dejan de ser espacios de tránsito para constituirse en lugares —incluso podríamos decir en lugares antropológicos— donde las personas se identifican como urbícolas y redefinen identidades,³ combinando lo reiterativo y lo excepcional, *haciendo ciudad*.

³ La ciudad las debilita y aproxima al mismo tiempo.

Durante los conciertos nos acercamos a preguntar a diferentes personas sobre si les había gustado, y la respuesta era unánime: la idea de crear estos espacios donde pudiesen acercarse a la de música les parecía muy buena. Uno de los asistentes nos comentó que si ha muchos no les gustaba ese tipo de música (la “cultura”) era porque no había muchos espacios de difusión de la misma. Otros se acercaron a los músicos para felicitarlos y platicar con ellos; muchos posponiendo un rato su viaje y su itinerario cotidiano, para establecer relaciones interpersonales, que las más de las veces sólo tienen como recompensa un momento agradable y una sonrisa.

Esa combinación de públicos nos muestra cómo los urbícolas añaden nuevos referentes a los contactos de su círculo diario, creando redes sociales imaginarias que amplían el espectro urbano; “el mero hecho de que el individuo añada nuevas asociaciones al vínculo único que hasta entonces le determina, para que esto le dé una conciencia más fuerte de su individualidad” (Simmel, 1997: 444).

Una vez dentro de la estación, en el andén, encontré a un muchacho vestido con colores llamativos y pelo largo con *rastas*, quien tocaba el saxofón recargado en la pared del metro. No hacía más que tocar y algunas personas se acercaron a él para escucharlo; una pareja titubeó entre dirigirse hacia el frente del vagón o acercarse al muchacho, decidieron finalmente acercarse a él, recargados también en la pared del metro comenzaron a abrazarse y a besarse, con la música de fondo, en aquel andén del metro que parecía más una acera de una colonia popular o una esquina de un parque, que un habitual recorrido subterráneo.

No obstante, ¿qué tan rutinaria puede ser esta estación del metro? Es en las mañanas cuando parece más uniforme. A las 7:00 horas, hombres y mujeres de edades entre los 18 y 30 (la mayoría) corren presurosos buscando llegar temprano a clases; muchos bajan en Miguel Ángel de Quevedo o en Ciudad Universitaria; los más se agolpan en la estación Copilco de donde pueden partir caminando a las facultades de Derecho, Economía, Filosofía, Odontología, Administración y Medicina, siendo éstos últimos los más notorios porque llevan batas blancas que los identifican.



El cuadro es muy particular, como ya mencionábamos la mayoría de los pasajeros son estudiantes; muchos van leyendo libros o copias, mientras otros van durmiendo, lo cual es por demás comprensible a esa hora de la mañana. Los que vienen sentados y dormidos por lo regular son los que vienen desde las primeras estaciones de la línea, tal vez desde Indios Verdes. Conforme pasa la mañana comienzan a cambiar los colores de las vestimentas de los viajeros. Ya no son estudiantes los que predominan sino los oficinistas que entran a las 9:00 horas. Entonces la línea y andenes están a reventar, es casi imposible pasar y muchos comienzan a desesperarse. La gente se agolpa y busca un poco de lugar al interior de los vagones. La mayoría no llega hasta CU. Muchos bajan en Etiopía, Eugenia, División del Norte y Coyoacán. Los que llegan a las últimas estaciones son estudiantes, trabajadores de la UNAM y algunos otros, los menos que viven o laboran por la zona.

La estación Hidalgo, de la misma línea, es diferente, casi a cualquier hora hay muchedumbres, por su cercanía con el centro y la Alameda Central, además de ser lugar de transbordo entre las líneas tres con las dos, que corre de Cuatro caminos a Tasqueña. En los registros que realizamos a las 12:00 horas que es cuando los vagones tienen menos afluencia, la estación Hidalgo rebosaba de vida, muchas personas entraban en los vagones, pero era aún más grande la cantidad de personas que bajaba de ellos.

A diferencia de lo que se puede apreciar en el último tramo de la línea tres, donde a las 7:00 horas predominaban los estudiantes, en el primer tramo de la línea se puede ver a trabajadores, empleados y obreros. Esta línea es particularmente importante para la ciudad porque conecta a uno de los centros más importantes aledaños a la ciudad: Ecatepec, donde residen muchas personas que estudian o trabajan en el D.F. La línea conecta así a esta población con toda la ciudad, y que es recorrida de norte a sur.

Las mañanas en la estación Hidalgo son caóticas, y para aminorar el desorden se separa a los hombres de las mujeres⁴ y los niños, dejando para estos últimos

⁴ Esta medida se ha extendido a casi todo el sistema, habiéndose iniciado en la línea uno.

los primeros vagones del metro. Después de las 10:00 horas se regulariza el uso de normal de los vagones. Esa medida que ha contribuido a que las mujeres puedan viajar más seguras. A menudo surgen riñas en las estaciones y dentro de los vagones. En la estación Allende, muy próxima a Hidalgo, presenciamos un pleito entre una mujer joven de alrededor de 24 años y una señora que iba acompañada por una muchacha, alrededor de las 18:00 horas. Dicha riña tuvo efecto después de que una muchacha dejó un asiento libre, cuando una señora —más baja de estatura que ella y con más peso— se abalanzó sobre el lugar al tiempo que un montón de gente se agolpaba en las puertas; la muchacha, visiblemente molesta, empujó a la señora reclamándole, a lo que la mujer le contestó diciéndole que se fuera en taxi, escabuyéndose por debajo del brazo de la muchacha, a lo que ésta respondió con un empujón, sentándola en el asiento. Acompañaba a la mujer otra joven, quien molesta le reclamó a la muchacha diciéndole que se metiera con alguien de su edad, a lo que la aludida respondió aventándola: —¡pues contigo también! Quienes viajábamos a su lado nos limitamos a ver el suceso, mientras un muchacho dejó de leer para prestar atención a lo que sucedía. El incidente paró allí, llegamos a la estación Hidalgo y bajamos junto con la muchacha protagonista del incidente.

Las riñas en el metro son cosa de cada día: hombres y mujeres participan en pleitos que van desde la búsqueda de un asiento hasta el abuso de algunos hacia las mujeres. Aquí es donde la rutina, lo efímero y masivo del viaje se rompe, el conflicto presente hace que las personas distingan ciertos recorridos de otros y los singularicen. Hay una desestructuración y reestructuración de la experiencia en el metro: acumulamos experiencias y de esta forma el metro *hace ciudad* por intermedio nuestro.

La apropiación del espacio en el metro Hidalgo se da de una manera diferente: no hay, como en Copilco, espacios donde las personas puedan pararse a platicar. Sin embargo, es común ver a muchas personas paradas abajo del reloj esperando a otras. Un día de registro en esta estación: un hombre espera por alrededor de diez minutos a una mujer, cuando ésta llega se

abrazan, platican y se quedan un rato entre palabras, risas y besos. A pesar de que casi siempre está llena, las personas la utilizan como lugar de reunión, tal vez por su ubicación céntrica en la ciudad y de su conexión con otras partes de la misma. En estas estaciones podemos ser partícipes de escenas antes confinadas a la esfera privada. Los límites entre lo público y lo privado se disuelven, el espacio se expande. En este sentido, espacio y tiempo van juntos como una experiencia de urbanidad. Simmel (1977) afirma que lo que tiene importancia social no reside en el espacio, sino en la conexión de éste con los factores “espirituales”, es decir, psicológicos, que amplían la interacción social y se expanden en espacios que antes no eran suyos. Estas interacciones reconstruyen el espacio vacío en algo único, plagado de interacciones sociales y de comunicación.

Sin embargo, las interacciones y comunicaciones en el metro no son tan beneficiosas para el individuo, porque el metro es también un espacio de aprendizaje y de supervivencia. No es lo mismo el viaje para los hombres que para las mujeres, pues éstas han aprendido con el tiempo, a eludir el contacto físico, que se da inevitablemente durante el viaje. En este desvanecimiento de límites físicos y sociales, las mujeres han aprendido también una serie de estrategias para evitar el contacto social y la interacción. Para Simmel, los límites dejan de ser físicos y comienzan a ser sociales, cuando las mujeres evitan las miradas, el paso y la confluencia de caminos para poder disminuir los contactos y comunicaciones no deseadas.



Foto tomada de www2.potsdam.edu/.../0.

Por ello, entrar al metro es encontrar al otro. Dentro de los recorridos, muchas veces presentados como individuales, nos damos cuenta que también es un recorrido social, un lugar donde se puede encontrar al individuo dentro de la colectividad, lo mismo que el lugar donde podemos ignorarlo, y darnos cuenta que el estudio de la antropología y del otro es vigente y perentorio.

La vida urbana, como lo ejemplifica Wirth, se nos presenta también como una complejidad donde el individuo se pierde, donde reina la superficialidad y el anonimato, donde la gente hace hasta lo imposible por no chocar la mirada con el otro. En el siglo XVIII, de acuerdo a Simmel hay un proceso de secularización de la Ilustración y la modernidad, donde el hombre se libera de sus ataduras religiosas, se piensa en un ser humano universal, libre y fundamentalmente bueno. Sin embargo el siglo XIX nos muestra una mayor libertad y especialización, con lo cual cada individuo se hace indispensable a otro. Este otro, objeto de estudio del antropólogo en la urbe, se muestra en el metro como nuestro compañero de asiento y dota a ese espacio del movimiento como un lugar donde se puede y debe realizar el ejercicio antropológico.

En esta homogeneidad que parece percibirse en el metro por la universalización y la globalización de los medios y los espíritus, es claro que la heterogeneidad le gana a la homogeneidad; los seres humanos buscan constituirse en personas, individuos diferenciados a la manera de Melucci. Buscan una identidad que no los masifique en las ciudades contemporáneas.



Foto tomada de wwwdowntheroad.org

Así, en el metro se reconstruye el imaginario urbano (Vergara, 2003), las personas llegan de todas partes y hacia todas direcciones y más de una en diferentes momentos de sus recorridos se detienen a escuchar un concierto, una obra de teatro o un espectáculo de payasos —en la estación Chabacano—, o duermen, haciendo del viaje algo insignificante, mas ese vacío se llena con la imaginación.

La gente ya no evoca al metro sólo como una serie de personas agolpándose, es esto y más, es como nos imaginamos la ciudad pluricultural. Nuestro imaginario de la ciudad es aquello que nos viene a la mente cuando pensamos en nuestras ciudades, pero no representa de manera directa, tiene un peso en nuestra vida cotidiana, a veces nos es difícil reconocerlo por aquella cotidianidad de la que nos advierte Marc Augé, es un darse cuenta del otro ahí en la cotidianidad, que pasa a veces inadvertida en nuestra vida diaria.

En el metro de la Ciudad de México, la mayoría de los viajes son instrumentales, la gente no los escoge: debe realizarlos por necesidad del trabajo o de otros imperativos de la vida, incluso se presenta como una fuente de trabajo para aquellas personas que van de un vagón a otro vendiendo cosas. Por ejemplo, el miércoles 16 de junio estaba en la estación Centro Médico una señora que vendía almuerzos por diez pesos, el cual incluía un sándwich, una fruta y un jugo. Muchas personas viajan temprano a sus trabajos o a sus escuelas y compran esos almuerzos. Otros más van con sus niños para dejarlos en el jardín de niños, en la primaria o en la secundaria, incluso dicha estación sirve a veces de dormitorio para los niños de la calle, quienes exhaustos pasan el día durmiendo en el piso de los vagones o pasillos.

El usuario frecuente del metro maneja la temporalidad y el espacio con precisión, es hábil en este trabajo, sabe manejarse entre el tumulto que va de un lado a otro, como un conjunto de hormigas que no pierde la direccionalidad ni el tiempo para lograr el objetivo de su desplazamiento.

Las usanzas llevadas a cabo en cada viaje cotidiano nos enfrentan con nuestra historia, los itinerarios de



hoy se cruzan con los de ayer, son trozos de vida, de nuestra vida y la de otros. Incluso para Augé, son parte de la sabiduría transitoria que vamos recolectando en la mirada retrospectiva de nuestros ayeres, nuestras experiencias pasadas.

Matizando lo planteado por Augé, el metro es “un lugar antropológico”, una construcción concreta y simbólica del espacio que no podría dar por sí sola cuenta de las vicisitudes y las contradicciones de la vida social. Es un lugar identificador, relacional e histórico. Si bien el metro puede, por momentos y ciertos sujetos, ser un *no-lugar*, es decir, un lugar donde se ve la sobremodernidad, el cúmulo de informa-

ción, de gente y espacios que a veces son difíciles de controlar. Sin embargo, el usuario del metro sabe cómo manejarlos, se mueve a través de ello como se mueven en su memoria los recuerdos de su infancia y de vida. Esto también es así porque el *no-lugar* y el *lugar* no son bipolares, una clasificación exacta de lo que es o no un lugar; puede serlo en los recorridos cotidianos cargados de monotonía, pero se transforma en aquellos donde las personas reconocen su identidad, su pasado como historia que se escapa a la historia estricta de los libros.

Incluso el estudio del metro, que en un principio puede parecer banal, nos muestra la alteridad, nos muestra un yo confrontado, nos hace conscientes de nosotros mismos y por tanto del otro. El otro comienza junto a mí, es la alteridad cercana,⁵ no es aquella representada por el extranjero que se nos muestra como una alteridad lejana, sino ésta que nos brinda el metro, donde los signos de la alteridad inmediatos son numerosos, a menudo provocadores y hasta agresivos. El otro del que nos habla Augé, es el otro del que nos hablaba Fabian (2001), es nuestro contemporáneo, nuestro vecino, nuestro amigo de la escuela, ése que casi empieza donde yo termino, que se presenta en al parecer una misma cultura, sin que nos demos cuenta que en su singularidad muestra toda una cultura que nos es ajena; es aquel que se pinta, se peina y se viste diferente,

⁵ Cercanía trabajada por la rutina y la “atmósfera-metro” que debilita la sorpresa y la incertidumbre (Abilio Vergara, 2004).



no es sólo el otro exótico, ese buen salvaje de Lévi-Strauss que se nos presenta como un desestructurador cognitivo de nuestra realidad social, es a veces el más cercano, e incluso somos nosotros mismos.

Para Augé el fenómeno del metro debe estudiarse y reconocerse como un hecho social total, en el sentido que le da Marcel Mauss y que Lévi-Strauss complica y esclarece al recordar su carácter subjetivo. ¿Por qué es un hecho social total? Esto nos dice el autor, se debe por un lado a su carácter masivo, público y casi obligatorio. Además de ello lo caracteriza como solitario y colectivo, es la colectividad sin el festejo y la soledad sin el aislamiento. Es un hecho social porque se ajusta a las descripciones que hizo de él Marcel Mauss: por un lado es la circunstancia de que es a la vez económico, jurídico, etcétera, en otras palabras, que es irreductible al solo lenguaje de la institución. Su segunda propiedad tiene que ver con su carácter contractual o convencional, que presupone una formulación explícita y una conciencia por lo menos implícita y no totalmente inconsciente de la relación con los otros. Es por ello que es natural que el espacio de los transportes colectivos, como su nombre lo sugiere, sea un espacio contractual en el que cotidianamente se practica la coexistencia de opciones diversas.

En este sentido se emplaza una antropología multitituada, que sigue a su objeto de estudio, recorre el camino que ha seguido el inmigrante legal, o el ilegal, transforma su visión con el otro, adapta su forma de

estudio. El hombre continúa siendo el rector de su discusión, la meta a comprender, pero ahora se vuelca sobre una nueva concepción del otro, de cómo acercarse a él desde la copresencia vital. En palabras de Fabian de cómo comunicarse con el otro ahora que está cada vez más cercano, que nos pisa los talones, que se vuelve uno mismo. Lo más interesante del trabajo de Fabian, es el énfasis que le da al trabajo etnográfico, reconocer la intersubjetividad en nuestros planteamientos y que toda interacción humana se da en una interacción comunicativa. Así, recogiendo postulados de Husserl e incluso de Habermas, el autor da una nueva forma de pensar a la antropología.

Sobre todo es interesante el énfasis que le da a la comunicación, de cómo debemos dejar hablar al otro, pero no sólo eso, sino de compartir, de comunicarnos de entendernos en el trabajo antropológico.

El metro así se nos muestra como un medio, un lugar donde encontrar y dar cuenta del otro. Un lugar antropológico donde podemos dar cuenta de la modernidad, de la tradicionalidad, de la heterogeneidad, pero sobre todo de la práctica antropológica que se extiende en la urbe y parece captarlo todo, pero también se inserta en sus incertidumbres.

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, M. *El sentido de los otros*, España, Paidós Básica, 1994.
 ———, *El viajero subterráneo: Un etnólogo en el metro*, Barcelona, Gedisa, 1998.
 ———, *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998.
 ———, *Los no lugares. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa España, 2000.
 Clifford, J. en Geertz, C., *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 1991.
 Fabian, J., *Anthropology with an attitude*, California, Stanford University Press, 2001.
 García Canclini, N., *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1989.
 Melucci, Alberto, *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la convivencia*, Madrid, Trotta, 2001.
 Simmel, G., *Sociología 2. Estudios sobre las formas de Socialización*, Madrid, Alianza Universidad, 1977.
 Vergara, F. A., *Identidades, imaginarios, y símbolos del espacio urbano: Québec, La capitale*, México, ENAH, AIEQ, CCNQ, 2003.

La Ciudad de México como supermercado para transeúntes



Este pequeño texto está dedicado a describir y caracterizar algunas de las dinámicas de apropiación del espacio público por parte de un grupo de sujetos muy heterogéneo: los trabajadores *en negro*, *empleados precarios* o *trabajadores no asalariados* de la Ciudad de México. Particularmente de cómo las maneras de usar el espacio público, por parte de esas personas, entran en conflicto con pautas y normas de interacción y de uso más generalizadas, en las que el espacio público es percibido como un marco compartido que hace posible la diversidad, la diferencia social y el tránsito libre. Dichas normas, cabe aclarar, son lo mismo formales que informales; escritas en reglamentos como el de *Trabajadores no asalariados del Distrito Federal* y la reciente *Ley de Cultura Cívica*, pero también son normas producto de la actividad misma de apropiación de los espacios por parte de los transeúntes, visitantes, vecinos, etcétera. Este último sentido normativo del plano informal, lo ilustra claramente Manuel Delgado en el siguiente fragmento:

...a pesar de que existen distintos estilos de vida y de pensamiento, nadie reclama la exclusividad del espacio público. Eso quiere decir que todas las personas, al margen de la identidad, deberían ver reconocido su derecho a la reserva, al anonimato, a la invisibilidad. El derecho a no tener que pasarse dando explicaciones a propósito de su presencia.¹

En el propósito más generalizado de uso del espacio público, las actividades de ingreso a las que nos referimos, casi siempre se oponen o contradicen alguna de sus pautas, normas o reglamentaciones; lo mismo el anonimato de quien viaja en un vagón del metro, el derecho a la reserva

* Etnólogo egresado de la ENAH.

¹ Manuel Delgado, "Dinámicas identitarias y espacios públicos", versión disponible en Internet.

de una pareja que platica en una banca de una plaza tradicional, la invisibilidad que exige quien sale en la madrugada de un bar; pero también, en diversas ocasiones, el trabajador precario toma una postura en la que parece exigir esa exclusividad sobre un espacio público, como en el caso de los comerciantes ambulantes de algunas calles del Centro Histórico de la capital del país en fechas previas a Navidad o el Día de Reyes, en que resulta casi imposible transitarlas.

Más específicamente, el problema que trato de describir tiene como punto de partida una peculiar manera de interactuar en ciertos espacios públicos, de reaccionar frente a discursos, gestos y mensajes de mendigos, vendedores, cantantes, *franeleros*, limpiaparabrisas, acróbatas, músicos, faquires y demás personas que buscan sustento económico en lugares que se perciben como “poco adecuados” para sus actividades y hasta para su presencia: tales como los vagones y pasillos del metro, los microbuses y trolebuses, las avenidas y calles en los embotellamientos o cuando buscamos un lugar dónde estacionarnos, las esquinas de esas calles cuando nos detenemos con la luz roja del semáforo, las casetas de peaje (como dispositivos urbanos), las salidas de los antrós en las madrugadas, las plazas tradicionales como la de Coyoacán o San Ángel en fines de semana, entre otros.²

El origen de mi interés por ese tipo de interacción, entre transeúntes y trabajadores precarios, fue un tanto ingenuo y provinciano de la dinámica urbana; procede de dos experiencias resultado de mi viaje y estancia en la Ciudad de México con el motivo de estudiar etnología en la ENAH (1994). En mi primera visita a la Ciudad, con croquis en mano, tomé el metro en la terminal de Observatorio para dirigirme a Barranca del Muerto.

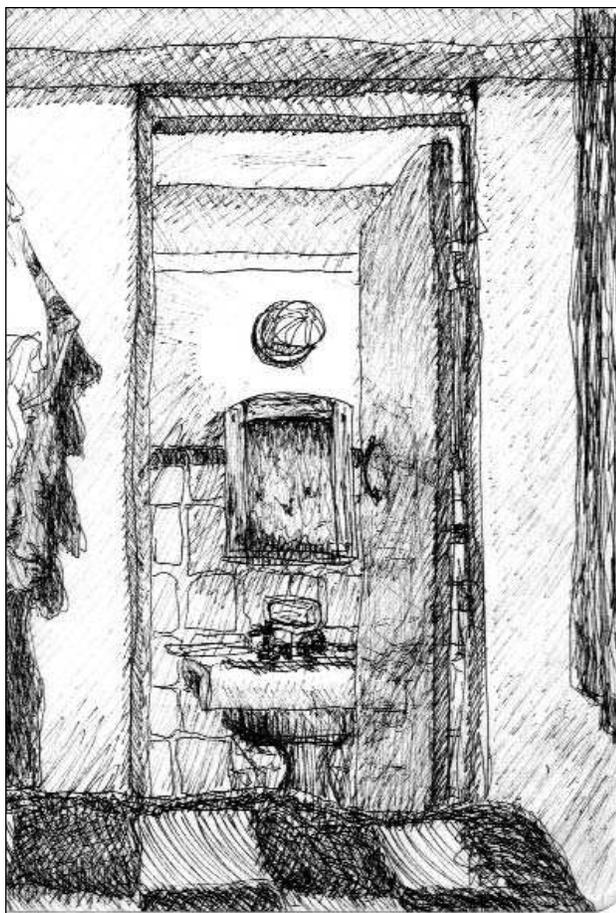
² Si abarcamos el conjunto de espacios de lo público, también tendría que tomarse en cuenta a la Internet, los medios masivos y otros espacios “democráticos”, como probables sitios para el tipo de actividades que estamos describiendo. De hecho, en el mes de abril circuló una noticia periodística acerca de los “Web-mendigos”, una iniciativa de jóvenes chinos para pedir dinero a desconocidos vía la web.



Durante el trayecto, abordaron el vagón dos niñas “chamagosas”, una cargando un acordeón —con el que apenas podía— y la otra con un vaso de plástico en mano. Desde el momento de su entrada, llamó mi atención la actitud desentendida de los pasajeros hacia ellas, casi nadie volteaba a verlas. Empezaron a cantar y tocar —por cierto muy mal— y la actitud de indiferencia se mantenía firme. Pasaron rápidamente por todo el vagón pidiéndole una moneda a los presentes. También aquí me sorprendió lo inmovible de muchas personas ante las peticiones; más aún porque las niñas les hablaban muy de cerca y hasta las llegaban a

tocar. Finalmente, cuando la niña del vaso pasó por donde yo estaba, como era de esperarse, permaneció un momento insistiéndome con un gesto de indefensión y con una voz suave; como no accedí a darle dinero, me hizo una mueca y me dijo una palabra que interpreté como una grosería. Esta actitud la he observado repetidas veces desde entonces, sobre todo en niños y adolescentes, a diferencia de los jóvenes y mujeres adultas, que ejercen un tipo de intimidación o persuasión menos directa pero más intensa. Después de aquella ocasión, entendí un poco por qué los transeúntes se muestran indiferentes ante los *precarios*, especialmente si han enfrentado las actitudes incómodas de los *precarios*, que rebasan los límites de proximidad física, tratan de persuadir de maneras poco adecuadas, venden objetos que no son lo que prometen, y en algunos casos llegan a violentar y ofender directamente a las personas si no acceden a sus ofertas y peticiones.

La segunda experiencia es más directa. A mitad de la carrera tuve la necesidad de realizar algunas de esas actividades por la falta de un empleo formal y de dinero para seguir con mis estudios y vivir en esta Ciudad. Como producto de esas experiencias, entendí un poco por qué los precarios toman esas actitudes de persuasión frente a los posibles destinatarios. Por principio, la indiferencia arriba referida no es un comportamiento aislado, sino una actitud generalizada de los ciudadanos. Actitud que para el precario se convierte en una barrera que hay que franquear para poder acceder a sus



destinatarios. En este sentido, el precario se ve obligado a utilizar los recursos más incomprensibles para sobrepasar esa barrera: interpelar directamente, jalar la ropa, insistir por mucho tiempo, perseguir al transeúnte, etcétera. Además, frente a la evidente condición de emergencia económica, de subsistencia y de pobreza, en muchos casos extrema, el precario se percibe como “dispuesto a hacer cualquier cosa” con tal de conseguir el sustento: fingir una enfermedad, adoptar gestos de desamparo, arrastrarse por el piso, aprender a engañar, insistir permanentemente, tomar lugares no permitidos, etcétera. En muchos casos, el precario adopta una postura en la que entiende su condición de marginación como una consecuencia de la “buena posición” que ve en los demás, y por eso les exige una especie de “impuesto a la miseria”, en el cual se pide lo mismo dinero gratuitamente o como pago a un servicio o mercancía, que la atención misma, la suspensión temporal de esa indiferencia tan generalizada o simplemente una actitud comprensiva de su situación de marginación y pobreza. Sin embargo, aun después de estas experiencias,

no dejó de inquietarme la naturalidad con que los destinatarios los ignoraban y los enunciarios insistían, aún valiéndose del fingimiento (escenificación) y de la denigración propia.

II

Como una cita y un homenaje a la excelente columna de la “Economía moral”, de Julio Boltvinik,³ podríamos decir que de las cifras de recuperación del empleo urbano, el 16 por ciento de personas salieron de marginación extrema entre el año 2000 y el 2002,⁴ y que “el autoempleo y los pequeños negocios son una realidad [...] en México”.⁵ No obstante esas cifras no parecen haber reducido la necesidad de un considerable número de habitantes de la Ciudad de México para realizar trabajos de subsistencia en las calles; tampoco parecen haber solucionado la necesidad de muchos trabajadores no asalariados, temporales o precarios de un empleo digno, un espacio formal para su trabajo y una mejor calidad de vida. En la percepción de dichos trabajadores, el número de personas que se dedican a actividades similares a las suyas ha aumentado considerablemente en los últimos cinco años. Esta afirmación se justifica desde dos experiencias de vida: a) porque han percibido que la competencia por los espacios de trabajo es cada vez más fuerte, es decir, cada vez hay más personas que utilizan las calles como lugar de trabajo, y b) el hecho de que personas próximas a ellos hayan tenido que integrarse a dichas actividades, como un empleo temporal para tener un ingreso, como actividad complementaria o como fuente principal y única de su economía individual o familiar.⁶

³ Columna del diario *La Jornada*, que se publica todos los viernes.

⁴ Informe presentado por el Banco Mundial al presidente Vicente Fox y a la titular de Sedesol, Josefina Vázquez Mota, el 28 de julio del 2004.

⁵ Palabras del presidente Fox del 19 de agosto de 2003.

⁶ Es necesario aclarar que en muchos casos los trabajos en negro son actividades familiares, organizadas en grupos de personas próximas o de reclutados. Como en el caso de las *Mariás*, donde los adultos enseñan a los hijos el “oficio” y salen a “trabajar” juntos y bajo la supervisión de los primeros, por lo cual se genera una orientación del trabajo en la que los hijos tienen como primera opción y a veces única el oficio de los padres.



Sin embargo, esta percepción no es exclusiva de los trabajadores precarios, porque gran parte de los habitantes de la Ciudad de México coinciden en que cada vez hay más gente que pide limosna, limpia parabrisas, vende chicles y hasta roba en las calles:

Donde quiera están, en la calle, en el metro, en los semáforos, en todos lados; ya no hay un lugar limpio donde no tengas que estar diciéndoles que no, que no traes dinero; a mí hasta me da miedo, porque te llegan de repente y hasta piensas que te van robar o que te van a hacer algo.

Ésta es la opinión de una joven administradora, que hace dos años empezó a trabajar en una empresa en el área de personal. Ella refiere a su experiencia de vida en la ciudad para argumentar que la presencia de personas que se ganan la vida en las calles ha aumentado considerablemente o simplemente se ha vuelto mucho más evidente en los últimos años. Esta joven retoma unos

seis años de su vida, que divide entre su experiencia como estudiante y amiga, en la que tenía un contacto más intenso con la gente de las calles; y como empleada y novia, en la que no obstante que transita por la ciudad, se siente más aislada y segura. En la primera etapa, sin tener auto propio —comenta— que se veía obligada a usar el metro, los “micros”, las “combis” y los taxis para ir a la universidad y para salir a divertirse; después, habla de la etapa que vive ahora, como empleada con auto propio, que debe “atravesar la ciudad” todos los días, desde Xochimilco hasta Polanco, para llegar a tiempo a su trabajo. También dice que cuando tuvo auto, llegó a pensar que ya no tendría que toparse con tanta gente que pide dinero y vende cosas en las calles, que estaría más tranquila cuando transitara por la ciudad; sin embargo, ahora le parece que “todo sigue igual” y que a veces es peor, porque “me enoja mucho cuando se suben al carro para limpiarme el parabrisas, y también me da miedo que me vayan a robar el carro”.⁷

Por otro lado, desde la perspectiva de las estadísticas existentes, particularmente de la *Encuesta Nacional de Empleo Urbano* (INEGI), resulta oportuno apuntar un problema que este instrumento arrastra desde su antecedente: la *Encuesta Continua Sobre Ocupación*. En el diseño del *Cuestionario Básico de 1985*, partieron de un hallazgo y una oportunidad de medición de gran relevancia en el tema de los trabajadores en negro y la pobreza urbana en general:

...partió de reconocer que el problema laboral de un país como México, más que de desempleo es de cómo y en qué condiciones trabaja la población. Razón por la cual se incorporaron un conjunto de preguntas, que permitían acercarse más a este fenómeno y que se planteó como el análisis del empleo precario, subempleo, informalidad, etcétera.⁸

⁷ Referencias tomadas de un sondeo vía correo electrónico, entre octubre y diciembre de 2003, y marzo de 2004.

⁸ Documento metodológico de la *Encuesta Nacional de Empleo Urbano*, INEGI, consultado del 4 de agosto de 2004.



Sin embargo, son precisamente las estadísticas sobre el empleo precario, el subempleo y la informalidad, las que resultan más ambiguas y difíciles de interpretar y cruzar en los informes del INEGI. Es muy difícil encontrar cifras claras acerca del aumento o disminución de los trabajadores precarios; muchas de las categorías utilizadas no permiten saber si incorporan o no a esos trabajadores;⁹ también existe una insuficiencia en las categorías para medir el tipo de calificación que esas personas tienen (científico, profesional, técnica, operativa, no calificada, etcétera), y la insuficiencia más relevante es que dentro del llamado sector informal o economía subterránea, resulta casi imposible dividir a los empleos precarios o de subsistencia de aquellos que tienen un ingreso mayor. Un ejemplo significativo de esas insuficiencias es que uno de sus indicadores más conocidos, el de la Población Económicamente Activa (PEA) incluye sólo a personas de 12 años y más, a diferencia de los trabajos en negro en los que gran parte de esas personas son niños menores de 12 años: niños faquires, músicos, que pegan estampas de corazón y piden limosna, que limpian zapatos y piden “para comer”, vendedores de chocolates en la madrugada y que piden dinero para irse a dormir, etcétera. Por otro lado, también la categoría de Desempleo Abierto se opone a la realidad del empleo precario. Como argumenta Sánchez Lozano:

El desempleo abierto ocurre cuando una persona busca empleo, no lo encuentra y no trabaja ni una hora por semana. Como es evidente, esto no es posible en México, porque si no se trabaja no se come. Dicho así, la supervivencia obliga a cualquier tipo de ocupación, esto significa que la tasa de desempleo abierto no tiene sentido.¹⁰

⁹ Por ejemplo, en la Distribución porcentual de la población ocupada por ocupación principal del Distrito Federal, los rubros con porcentajes más altos son los de Comerciantes, vendedores y similares, y Trabajadores en servicios personales y conducción de vehículos, con un 20 por ciento o más en 2002, 2003 y 2004; sin embargo, es difícil saber si en ellos se incluye a los trabajadores en negro o no, o si se les incluye en la población desocupada.

¹⁰ Ingeniero Sánchez Lozano, *Ensayo sobre la economía informal. Planteamiento de la economía subterránea, informal*, en: <http://www.geocities.com/Eureka/Office/4595/subterran.html>, consultado el 2 de agosto de 2004.

No obstante esta dificultad en la orientación y la interpretación de las estadísticas del INEGI, existen algunas tasas que resultan útiles para el estudio del empleo precario y la economía informal, pero que pocas veces son utilizadas en los discursos presidenciales. Como ejemplo está la tasa alternativa de desempleo, que incluye a quienes han dejado de buscar empleo, pero que quisieran tenerlo o dicho de otra manera, los que se han dado por vencidos en la búsqueda de un nuevo o mejor trabajo. Según Sánchez Lozano, esta tasa era de un 6 o 7 por ciento en personas en edad de trabajar para 1996. También se puede utilizar la tasa que mide a quienes perciben menos de un salario mínimo, “la que en 1995 mostró que el 16% de la PEA recibía menos de un salario mínimo, y creció un 2% para 1996, es decir, un 18% de la PEA.”¹¹

La revisión de las notas periodísticas sobre el tema, hace aún más necesaria una delimitación precisa de los trabajos precarios. Esto debido a que en ellas, el principal problema que se explota es la denuncia de ciertas mafias de trabajadores en negro que obtienen ganancias millonarias con la piratería, el contrabando, el robo y la distribución de drogas; el dominio sobre ciertos espacios públicos mediante el uso de la violencia y de la corrupción.¹² Este tipo de criterios confunden aún más a los ciudadanos, al no ofrecer información adecuada para distinguir entre las personas en condiciones de subsistencia, las que realizan actividades en las calles como último recurso, y aquellos que las han convertido en un trabajo redituable, por medio de la privatización, el dominio de ciertos espacios públicos como el metro y la práctica de actividades claramente delictivas. Por ejemplo, esos reportes no permiten distinguir entre los vendedores de música y películas piratas del metro, los *franeleros*¹³ de zonas turísticas como San Ángel, que pueden ganar hasta 800 pesos diarios, y los limpiapa-

¹¹ Sánchez Lozano, *op. cit.*

¹² Para un panorama general, consultar el número 1 271 de la revista *Proceso*, y el número 90, año 3, de la revista *Cambio*.

¹³ Personas que se apropian de cuerdas completas en las calles y que reclaman una cantidad de dinero a quienes pretendan estacionarse en ellas, casi siempre, anticipadamente. Como si se tratara de estacionamientos públicos, llegan a cobrar hasta 40 pesos en zonas como San Ángel y Polanco.



rabrisas y niños vendedores de mazapanes y chicles o faquires, que ganan menos de 200 pesos diarios.

En la mayoría de los casos, el carácter ilegal o subterráneo de las actividades que describimos, obliga a que se mantengan ocultos a las autoridades y, como consecuencia, que se dificulte la tarea de contarlos y clasificarlos adecuadamente. Sin embargo, varias propuestas legislativas y de seguridad pública de regulación de su actividad, permiten entender las diferencias básicas entre ellos. Particularmente han sido ilustrativas las reacciones públicas de los trabajadores en negro frente a la *Ley de Cultura Cívica* o *Ley Marcelo* —y su antecedente la *Ley de Justicia Cívica*—. En este caso, quienes se han manifestado públicamente en contra, son particularmente los *vagoneros* y *pasilleros*¹⁴ del metro, los *franeleros* y los payasos; precisamente aquellos grupos que se encuentran más organizados y/o que tienen mayores ganancias. El caso de esos informales del metro es más que relevante, debido a que propusieron regularizarse y ofrecieron a las autoridades un padrón con credencial de elector de alrededor de 6 mil trabajadores. Enarbolaron su derecho constitucional al trabajo y a un espacio digno para su actividad, pero nunca mencionaron, el carácter ilegal de muchas de las mercancías que ofertan (piratería básicamente) y de su presencia en los dispositivos del transporte colectivo. Al respecto, en el artículo 5° del *Reglamento de trabajadores no asalariados del Distrito Federal* dice:

Tampoco podrán ejercer su oficio los trabajadores no asalariados en los prados, camellones, en el interior de las estaciones del metro y de los mercados; en autobuses, tranvías y trenes, en accesos a los espectáculos públicos, entradas a los estacionamientos de automóviles, enfrente de hospitales, clínicas, escuelas y otros lugares similares que determine la Dirección de Trabajo y Previsión Social. Quedan exceptuados de esta disposición los organilleros.

En el año 2002 ya existía un antecedente similar de exigencia de derechos laborales, debido a que un grupo de mujeres *vagoneras* y *pasilleras*, protestaron para

¹⁴ Vendedores no localizados de mercancías pequeñas, en especial discos de música y películas, en los vagones y pasillos del metro.

que se diseñara un programa de guarderías en el metro, en donde pudieran encargar y dejar a sus hijos, mientras realizaban su trabajo. Además, en el caso de los *franeleros*, el gobierno capitalino ha prometido entregar un padrón que será resultado del contacto de los elementos policiacos con esos trabajadores.

Es necesario hacer un repaso de algunas de las infracciones y sanciones de la llamada *Ley Marcelo* o *Ley de Cultura Cívica*, debido a que éstas aplican visiblemente a los trabajadores precarios y al tipo de actividades que realizan en los espacios públicos. En el artículo 24, contempla como infracciones contra la tranquilidad de las personas:

- I. Prestar algún servicio sin que le sea solicitado y coaccionar de cualquier manera a quien lo reciba para obtener un pago por el mismo. La presentación del infractor sólo procederá por queja previa;
- III. Producir o causar ruidos por cualquier medio que notoriamente atenten contra la tranquilidad o la salud de las personas;
- IV. Impedir el uso de los bienes del dominio público de uso común;
- V. Obstruir con cualquier objeto entradas o salidas de inmuebles sin autorización del propietario o poseedor del mismo;
- VII. Invitar a la prostitución o ejercerla, así como solicitar dicho servicio. En todo caso sólo procederá la presentación del probable infractor cuando exista queja vecinal, y
- VIII. Ocupar los accesos de oficinas públicas o sus inmediaciones ofreciendo la realización de trámites que en la misma se proporcionen, sin tener autorización para ello.

Dichas infracciones aplican directamente a los músicos, malabaristas y faquires, también a los vendedores de tamales y camotes, a los comerciantes semifijos con puestos removibles, a los vendedores de dulces y botanas fuera de oficinas, bares, restaurantes; también a las prostitutas que trabajan en vías como Tlalpan, entre otros. Cabe señalar que en la *Ley Marcelo*, “son responsables las personas mayores de once años que cometan infracciones, así como las personas físicas o morales que hubiesen ordenado la realización de las conductas que importen la comisión de una infrac-

ción”. Esta disposición coloca esa normatividad en una situación similar a las cifras del INEGI, debido a que puede conducir a la evasión de la realidad del trabajo infantil en el plano de las actividades de subsistencia y de mendicidad.

Además, en el apartado de “Infracciones contra la seguridad ciudadana”, también se alude a gran cantidad de empleos precarios:

II. Impedir o estorbar de cualquier forma el uso de la vía pública, la libertad de tránsito o de acción de las personas, siempre que no exista permiso ni causa justificada para ello. Para estos efectos, se entenderá que existe causa justificada siempre que la obstrucción del uso de la vía pública, de la libertad de tránsito o de acción de las personas sea inevitable y necesaria y no constituya en sí misma un fin, sino un medio razonable de manifestación de las ideas, de asociación o de reunión pacífica;

III. Usar las áreas y vías públicas sin contar con la autorización que se requiera para ello;

IV. Apagar, sin autorización, el alumbrado público o afectar algún elemento del mismo que impida su normal funcionamiento;

V. Ingerir bebidas alcohólicas en lugares públicos no autorizados o consumir, ingerir, inhalar o aspirar estupefacientes, psicotrópicos, enervantes o sustancias tóxicas en lugares públicos, independientemente de los delitos en que se incurra por la posesión de los estupefacientes, psicotrópicos, enervantes o sustancias tóxicas;

VI. Portar, transportar o usar, sin precaución, objetos o sustancias que por su naturaleza sean peligrosos y sin observar, en su caso, las disposiciones aplicables;

XI. Ofrecer o propiciar la venta de boletos de espectáculos públicos, con precios superiores a los autorizados;

Resulta evidente la manera de apropiación de ciertos espacios por parte de los trabajadores precarios, debido a que pocas veces implica una autorización formal. Es común que los permisos se establezcan mediante pagos y contribuciones al margen de la ley, como “mordidas” a los agentes de tránsito, a los dueños de restaurantes o a líderes de informales que dominan determinado



espacio. En otros casos, simplemente realizan su actividad de manera oculta, simulada o a “la brava”, como es común escuchar en esos trabajadores. Así, con la disposición II, se contempla a esa masa inmensa de precarios que no cuentan con una autorización formal para realizar su trabajo en espacios públicos como el metro, las esquinas, las calles, las plazas, etcétera. En cambio, las normas IV, V y VI aluden a las modalidades y condiciones más comunes en que los precarios realizan su actividad: robándose la luz de los postes, drogarse para o por medio de la actividad que desarrollan, como en el caso de los faquires y tragafuegos en quienes es común el consumo de solventes (“el activo”, “la mona”). Finalmente la infracción XI aplica directamente a los revendedores de boletos en espectáculos masivos, como los del Auditorio Nacional y los estadios de fútbol.

En el artículo 26, como “Infracciones al entorno urbano de la Ciudad de México”, cuatro disposiciones más aplican directamente a los vendedores ambulantes con puestos o dispositivos de venta semifijos:

IV. Cambiar, de cualquier forma, el uso o destino de áreas o vía pública, sin la autorización correspondiente;



IX. Colocar en la acera o en el arroyo vehicular, enseres o cualquier elemento propio de un establecimiento mercantil, sin la autorización correspondiente;

XI. Ingresar a zonas señaladas como de acceso restringido en los lugares o inmuebles destinados a servicios públicos, sin la autorización correspondiente o fuera de los horarios establecidos;

XIV. Colocar transitoriamente o fijar, sin autorización para ello, elementos destinados a la venta de productos o prestación de servicios, ...

Como es posible observar, la Ley aplica a una gran gama de actividades precarias, desde los limosneros hasta los vendedores ambulantes con puestos semifijos (como los de las calles del Centro Histórico, que tanto han dado de qué hablar). Así, no obstante que muchos otros trabajadores, además de los *vagoneros*, *pasilleros* y payasos, se ven interpelados por la ley, no han expresado discursos de oposición o rechazo tan abiertamente. Esto puede explicarse porque su *modus* de trabajo no se inserta en un esquema organizativo tan completo; no han podido desviar la atención de su actividad del delito y la ilegalidad al plano laboral, y no expresan intereses tan fuertes como en el caso de los informales del metro. Como ejemplo, los *coyotes*, por su desviación claramente ilegal no tienen oportunidad de expresarse de manera tan abierta, y los limpiaparabrisas, aunque en muchos casos son dirigidos por líderes que les asignan lugares y les piden una tajada de sus ganancias, no exponen una organización tan sólida para protestar públicamente. Como es posible ver la oposición a dicha Ley hasta el momento, las manifestaciones públicas de los precarios tendrán que ser dirigidas por aquellos trabajadores mejor organizados, con mayores ganancias o que su actividad no presente una desviación a lo ilegal demasiado evidente; de tal manera que en la protesta pública los menos legalizados o formalizados sean parte de grandes contingentes, sin que se exponga su actividad.

En el centro de la discusión de la *Ley Cultura Cívica* radica un problema aún más grave que la sola enunciación de las infracciones y sus posibles destinatarios. Dicho problema se refiere a la impunidad, la corrupción, la dificultad y discrecionalidad de la aplicación de la Ley. Es decir, que la disfuncionalidad del

marco institucional y judicial puede generar una serie de vicios entre las autoridades y los informales, al facilitar la generación de impuestos informales y sanciones gratuitas por parte de policías de tránsito, vigilantes del metro, encargados de los ministerios públicos, etcétera. Debe quedar claro, que en la situación económica y de empleo en que se encuentra el país, prohibir los trabajos precarios en sitios públicos es algo irresponsable y peligroso, y es precisamente esta dirección la que toma la interpretación de la *Ley Marcelo* para muchos habitantes de la ciudad y particularmente para los policías: que dichas actividades se están prohibiendo. No importa la especificidad de la Ley, es una constante su simplificación. Ésta es una característica a tomar en cuenta para la implementación de cualquier normatividad. A mi juicio, este será el principal problema para la aplicación de dicha Ley: que los trabajos precarios seguirán proliferando, y que frente a una regulación irresponsable genere una doble problemática de corrupción y de multiplicación de líderes de informales con nichos importantes de poder y de ingresos.

Antes de proponer una clasificación, es necesario exponer un último tema problemático para la buena apreciación de los distintos niveles de los trabajadores en negro. Al igual que con la categoría de sector informal y sector no estructurado, conceptos como de autoempleo, "microchangarros" e ingresos laborales no calificados en el discurso del gobierno federal, resultan tan amplios o poco definidos que en vez de aclarar confunden. El caso específico del autoempleo y los pequeños negocios, han servido más que nada como justificación para hablar de los resultados en el ataque a la pobreza extrema; debido a que se le da una orientación positiva a actividades en principio marginadas y producto de la exclusión socio-espacial y económica. En especial, resulta paradójico que organizaciones internacionales como el Banco Mundial feliciten al gobierno federal porque ha reducido la pobreza y la desigualdad como resultado de:

...el crecimiento real de los ingresos laborales no calificados, la reducción en las diferencias de los salarios entre zonas rurales y urbanas, la transferencia de apoyos a las

familias, especialmente de oportunidades, y el envío de remesas por parte de los migrantes.¹⁵

En realidad, lo que evidencia la mayoría de los factores que posibilitaron ese desarrollo, son básicamente actividades un tanto desesperadas de las personas, en condiciones de marginación evidente. Resulta paradójico, porque de alguna manera el Banco Mundial felicita al gobierno mexicano por lo que no ha podido hacer: por facilitar con la exclusión, la venta de piratería, la migración a Estados Unidos, por “haberme obligado a poner un puesto de dulces en la ventana de mi casa para complementar mi gasto”, etcétera. Impulsar ese tipo de actividades, queda claro, no necesita de ningún programa de gobierno. Sin embargo, la paradoja aún más relevante tiene que ver con el aumento de la actividad informal, subterránea, de subsistencia o negra, frente a la recuperación de la economía de un país como México. Nuevamente lo explica muy bien Sánchez Lozano:

[La] conocida como economía informal, subterránea o negra, ha sido una constante en nuestro país en estos últimos años, viéndose incrementada por las crisis económicas y, asombrosamente, gracias a la plena recuperación del país.¹⁶

III

Como se ha visto hasta el momento, la delimitación de los sujetos a que nos referimos y a los que se refieren estadísticas, leyes y reglamentos de la ciudad, resulta complicada; no sólo como consecuencia del tipo de actividad que realizan, que tiende a ocultarse de los instrumentos de medición y de las autoridades, sino también desde los conceptos y categorías teóricas que se han venido utilizando y modificando a lo largo de los años (en la economía, la estadística, la geografía social, la sociología y la antropología). Se utiliza en diversos sentidos, economía informal, subterránea, negra; tra-

¹⁵ Informe del Banco Mundial, ver *supra*.

¹⁶ Sánchez Lozano, *op. cit.*



bajo o empleo no asalariado, informal, precario, negro, de subsistencia, etcétera. En general, un criterio de delimitación ampliamente usado tiene que ver con la poca “regulación del Estado” a que están sujetas dichas actividades: que escapan al fisco, que no tienen prestaciones y beneficios de ley, que no pagan derechos de autor, entre otras. Dicha noción explica que el sector informal está compuesto por “todas las actividades generadoras de ingreso que no estaban reguladas por el Estado en un medio ambiente social donde actividades similares sí lo estaban”.¹⁷ Sin embargo, desde esta perspectiva se incluye lo mismo a empresas que evaden ciertas responsabilidades de contratos legales con prestaciones laborales que a vendedores ambulantes que no pagan impuestos resultado de sus ingresos.

En este sentido, los sujetos a que nos referimos se delimitan provisionalmente a partir de la distinción entre economía subterránea y economía informal. En

¹⁷ A. Portes, “La informalidad como parte integral de la economía moderna y no como indicador de atraso: respuesta a Klein y Tokman”, en *Estudios Sociológicos*, vol. 7, núm. 20, 1989.



la primera se recupera el criterio institucional de la desregulación del Estado, y en la segunda, se atiende al funcionamiento excluyente de los mercados laborales como una de las principales razones de su actividad. Esto no quiere decir que las actividades de la economía informal no cojeen del pie de la desregulación del Estado; sin embargo, combinadas con la exclusión socio-espacial y económica que viven, además de la precariedad del ingreso y la predilección por el uso de espacios públicos o de tránsito, resulta más sencillo aprehenderlas en el trabajo etnográfico.

Más puntualmente, recuperamos la distinción que hace Francis Roubaut, en el libro *La economía informal en México*:

...hay que diferenciar al segmento productivo de microactividades del conjunto de empresas que practican el fraude y la evasión fiscales, aunque exista una intersección no vacía entre ambas. Estos dos universos, que tienen como característica común pertenecer parcialmente a la economía no registrada, no cubren ni las mismas unidades productivas ni a los mismos individuos. Por una parte, se encuentra una estrategia del capital para reducir los costos de producción y aumentar utilidades. Por la otra, se echa mano del factor trabajo con el fin de asegurar la supervivencia de unidades domésticas, en las que predomina el autoempleo.¹⁸

¹⁸ F. Roubaud, *La economía informal en México. De la esfera doméstica a la dinámica macroeconómica*, OSTROM-INEGI-FCE, México, 1995.

Es precisamente el segundo tipo de actividades, de supervivencia de unidades domésticas a las que nos abocamos, y que en el presente texto llamamos trabajos o empleos precarios o negros.

Con fines descriptivos, se propondrá a continuación una primera división de los trabajos precarios (TP) en tres niveles específicos:

1) Trabajos móviles de último recurso (TRAMUR). Básicamente se integran al plano de la subsistencia; retoman todas aquellas actividades en que se pide limosna, con o sin mediación de una estrategia de justificación; se trata de actividades que no alcanza el carácter de trabajo propiamente dicho para una buena parte de los habitantes de la ciudad.

2) Trabajos móviles de ingreso calculado (TRAMIC). Permiten un ingreso similar al de un empleo formal no calificado o superior; alcanzan el carácter de trabajos, porque ofrecen un servicio o mercancía que tiene un valor apreciable en dinero, pero que mantiene el régimen de “ilegalidad” por su estrategia de venta-persuasión o por la modalidad de uso del espacio público. Aquí se incluyen a los *traperos*, *coyotes*, vendedores de mercancías piratas, vendedores de ocasión en eventos —conciertos, partidos de fútbol, etcétera—, revendedores de boletos de espectáculos y las prostitutas.

3) Trabajos semifijos de ambulantes (TRASA). Permiten un ingreso superior al de un empleo formal no calificado; son representativos del comercio ambulante en espacios públicos, pero con puestos desarmables, una localización conocida a través de un itinerario de lugares o una presencia constante en ciertos días de la semana; tienen una estructura de organización en Uniones de comerciantes, con líderes vinculados con instancias gubernamentales o partidistas.

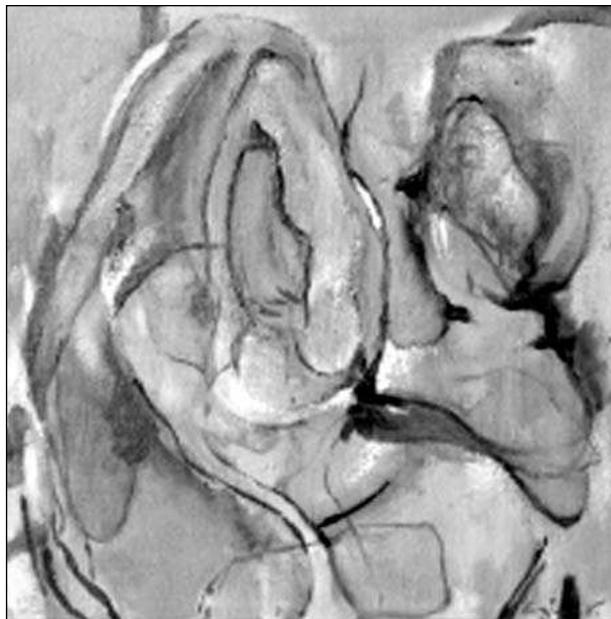
Una característica común en los tres niveles es el aprovechamiento de los flujos continuos de transéuntes como potenciales destinatarios de sus discursos, servicios o mercancías, en espacios públicos que pocas veces tienen como finalidad las actividades que desarrollan.

Es decir, en pocos de los espacios que ocupan, el diseño urbanístico tenía como finalidad principal su presencia, para vender mercancías, servicios, pedir limosna o rentar el espacio público mismo. La finalidad de esos espacios siempre es otra, y se mantiene vigente en la mayoría de los casos, mientras los trabajadores en negro la contradicen indirectamente. Al respecto, es precisamente cuando la actividad de los TP obstaculiza o excluye las dinámicas cotidianas o convencionales de los transeúntes, cuando esas actividades adquieren su cara más conflictiva e ilegal en el uso del espacio público. Es en este sentido, en el que la mayoría de los urbículas muestran su rechazo:

...ya ni puedes pasar por la calle, están los puestos de los dos lados, y a veces hasta te dicen cosas porque se te ocurre pasar por ahí, ¡como si fuera suya la calle! (hombre profesionalista, 42 años, trabaja en el Centro Histórico).
A veces voy leyendo en el metro, y ya cuando acuerdo tengo a un niño tirado en el piso, pidiéndome dinero, y yo sí me siento mal, porque se ven bien pobres, pero a veces no te dejan en paz y tienes que decirles que se vayan (mujer recepcionista, 34 años, vive en Magdalena Contreras).

Esa tendencia a exigir cierta “exclusividad” de los espacios públicos, aunada a la trasgresión del “derecho a la indiferencia” con su manera de abordar a las personas, implican una especie de “impuesto a la miseria” y a la exclusión, que de alguna manera es exigido por los TP, y padecido y justificado por sus destinatarios:

Cuando salgo a Coyoacán con mi carro, ya siempre tengo que llevar algo de cambio, porque sé que me van a pedir dinero para estacionarlo; lo que no me gusta es que ya hasta quieren que les des diez pesos desde antes, es como una amenaza, y accedes a dárselos porque te da miedo que le vayan a hacer algo a tu carro (mujer, profesora de la UNAM, de 53 años, vive en la zona de Copilco).
Pero también es culpa nuestra, porque como no quieres pagar un estacionamiento, les das una lana y te desentien-des (hombre estudiante, 24 años, vive cerca del Bosque de Tlalpan).
Hasta como que te exigen y te amenazan, porque ellos son pobres y te ven como que rico o algo así (mujer profesionalista, 28 años, vive en Las Lomas).



Sin embargo, existe una diferencia significativa entre los dos primeros niveles y el tercero, y es que en los iniciales el trabajador se adapta al movimiento del transeúnte, lo sigue por donde va, hace uso del flujo mismo para interpelar a sus destinatarios. En la mayoría de los casos, también el transeúnte tiene una finalidad distinta a la del TP: viajar de un lugar a otro —ya sea caminando o en auto—, divertirse con los amigos en un bar, comer con el novio en un restaurante, platicar con una amiga en una banca del parque, leer un momento mientras esperan en un micro o en el metro, etcétera.

A pesar que la presencia constante y recurrente de TP en ciertos espacios ha permitido la creación de un “mercado” particular de compradores, espectadores o clientes; el régimen de “normalización” de esas actividades se mantiene incierto. En muchas ocasiones esa normalización requiere de la elaboración de un conjunto de significados comunes a un grupo de habitantes, que son valorados positivamente como símbolos de un lugar, como emblemas de una época u otras formas de representación relevantes en la configuración del imaginario urbano. Sin embargo, se trata de significados que cambian constantemente, y que después de un tiempo pueden reemplazarse por otros, con lo que puede quedar fuera la justificación de su presencia que mantuvieron durante algún tiempo. Como ejemplo, pueden mencionarse personajes como Margarito, un músico-cantante de ranchero que trabaja desde hace años en algunas líneas del metro (particularmente la



Azul y la Verde), y que desde que empezó a salir en televisión con Andrés Bustamante —en la cobertura de los Juegos Olímpicos—, ha adquirido cierta justificación de su presencia en espacios públicos como el metro. También podrían incluirse a los organilleros, que después de unos años reaparecieron bajo un discurso de recuperación de tradiciones pasadas; pero que por sus estrategias de persuasión, van decayendo en la valoración de los urbículas al grado de que algunas personas les niegan la el estatus de trabajo a su actividad. Finalmente, como emblemas de lugares, puede mencionarse al tianguis cultural del Chopo, en el que se han sabido evocar como justificación de su presencia los contenidos de lo público, de un espacio para la expresión de la diversidad y pluralidad cultural.

IV

El interés específico de la investigación, se ha enfocado inicialmente al estudio de los TRAMUR y TRAMIC, que son los tipos de TP más cercanos a la supervivencia y que presentan una forma de apropiación del espacio público más característica: en especial, por su movilidad y el tipo de estrategias de persuasión de que se valen. Además, se trata de un tipo de actividad que encuentra “similitudes alarmantes” con las de otras ciudades de México, de Latinoamérica y del mundo (como Madrid, Barcelona, Brasil, Ámsterdam, y una mención especial merece Buenos Aires, Argentina).¹⁹ Para las ciudades latinoamericanas, que presentan problemas de empleo y de marginación parecidos, y hasta más críticos que los de México, puede resultar comprensible dicha similitud; no obstante, en ciudades europeas el escenario de dichas actividades se inscribe entre los problemas de migración ilegal, marginación y de estrategias de sobrevivencia en dicha condición. En este caso, quienes realizan trabajos precarios son grupos claramente marginados, como migrantes de países orientales, latinoamericanos y de los Balcanes, los gitanos y los llamados “ocupas”, pero también originarios

¹⁹ Para un panorama general sobre el caso de Buenos Aires, consultar el suplemento *La Jornada en la Economía*, núm. 16, del 2 de agosto de 2004; en particular el artículo “Trabajo en negro”, de Paulo Braga.

de esos países con problemas críticos de empleo y de profesionalización.²⁰

Pero no es sólo un interés para el antropólogo, sino que implica una preocupación de los mismos habitantes de esta ciudad; asociada con la inseguridad, el libre tránsito, el derecho al anonimato, el impuesto a la miseria, el temor de tener que acudir a esas formas de trabajo cuando no logran encontrar un empleo digno, por decir algunos. Como argumenta Marc Augé en *Los no-lugares*, el problema que estudia el etnólogo debe también ser relevante en algún sentido para los sujetos de estudio.²¹

Debe también quedar claro que los tres niveles se encuentran íntimamente conectados. En todo caso, la atención a los dos primeros debe entenderse como una primera aproximación al problema. También debe reconocerse que en el tercer nivel, el estudio implica una mayor dedicación de tiempo acorde con la complejidad de ese tipo de trabajos: redes entre los trabajadores y las autoridades, relaciones de poder entre los líderes, los empleados precarios, las instituciones, etcétera.

Como se ha visto, la gama tan inmensa de expresiones que toma el tipo de actividades de los TRAMUR y TRAMIC, presenta gran dificultad en su delimitación y diferenciación respecto de otras actividades también informales pero más redituables y organizadas. Con base en el trabajo de campo que se ha realizado a lo largo de tres años, se presenta a continuación una primera caracterización de esas dos actividades, poniendo el énfasis en los rasgos que tienen en común además de su peculiar movilidad.

1) *Cuentan con una elaborada “estrategia de persuasión, venta o convencimiento”*. En los TRAMUR se construye básicamente a partir de la utilización a conveniencia del “impuesto a la miseria”; es decir, del buen manejo de discursos emocionales relacionados con la desgracia, la marginalidad, la enfermedad, la exclusión y el abandono. En cambio, para los TRAMIC,

²⁰ Mención aparte, merece el problema del aumento de profesionistas, maestros y doctores que no logran colocarse en el mercado laboral y que tampoco acceden a realizar trabajos poco calificados que demeriten su historial de trabajo.

²¹ Marc Augé, *Los no-lugares. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1995.

esos discursos se intercambian por otros que aluden a la funcionalidad, la utilidad, el lujo, el tipo de estilo de vida que posibilita la obtención de ciertos objetos, y también la diversión, la moda y el acceso como espectador a ciertas ofertas cultas o “pintorescas”. Estos trabajadores expresan un conocimiento sorprendente sobre las necesidades de los consumidores, pero interpretadas en el sentido que da Amartya Sen a las capacidades (*capability*), “lo valioso no son los bienes (y servicios) ni la utilidad (placer o felicidad) que sentimos al usarlos, sino la vida que podemos vivir con su ayuda”²² Parecen hacer uso a cada momento de ese principio del consumo cultural que defendió Mary Douglas en la introducción al libro *El mundo de los bienes*,²³ de que la utilidad no es la medida más relevante en el consumo. Aunque fuera de la antropología, Chesterton lo definió muy bien desde 1933:

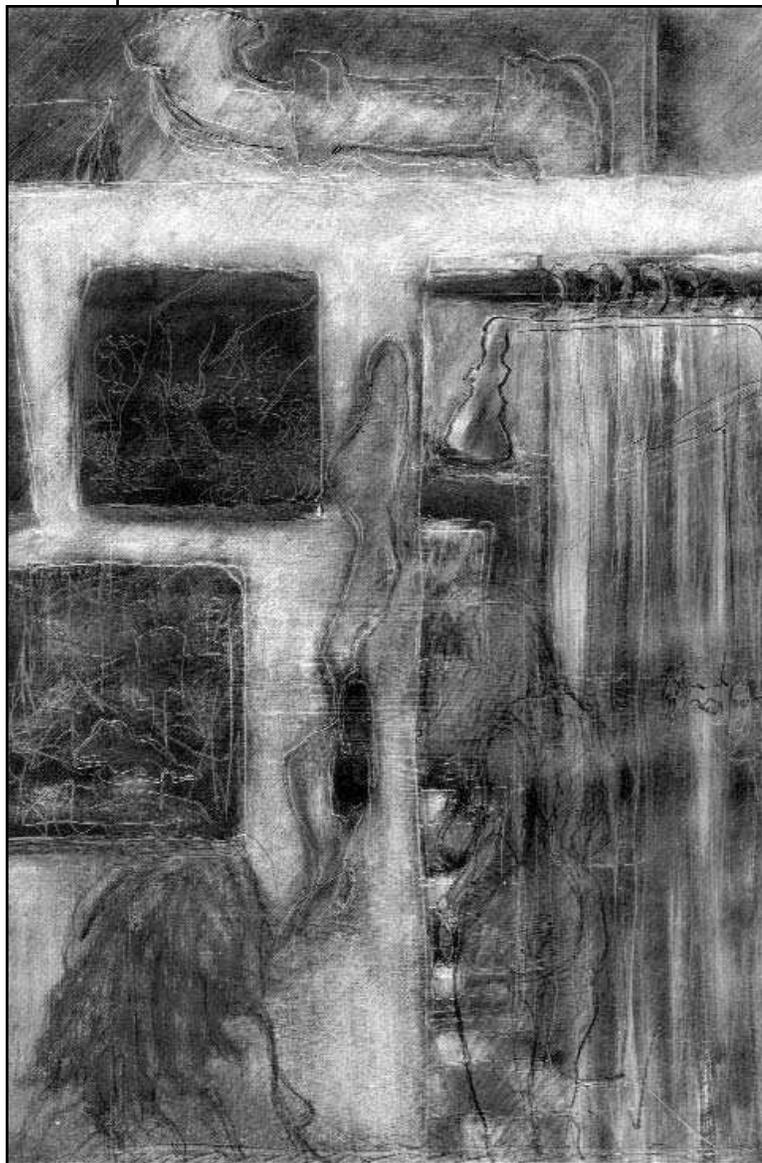
...la filosofía social moderna ha dado siempre por supuesto que los ornamentos, las curiosidades, los *objets d'art*, etcétera, son cosas que la gente agrega a la vida cuando se ha procurado todo lo que es sólido y sensato. La verdad es completamente distinta. El salvaje lleva un *objet d'art* en su nariz antes de descubrir que las ropas sirven para algo. El hombre descubrió que el vestido era un lujo antes de descubrir que era una necesidad. No sólo es cierto que los lujos son más nobles que las necesidades; parece realmente que fueran más necesarios que las necesidades.²⁴

En una misma dirección, los TRAMUR y los TRAMIC comparten esa habilidad de interpelar al urbícola, mediante el discurso emotivo o del valor de consumo que tienen sus servicios o mercancías, y en los que es muy común que lo que se ofrece no tenga el valor

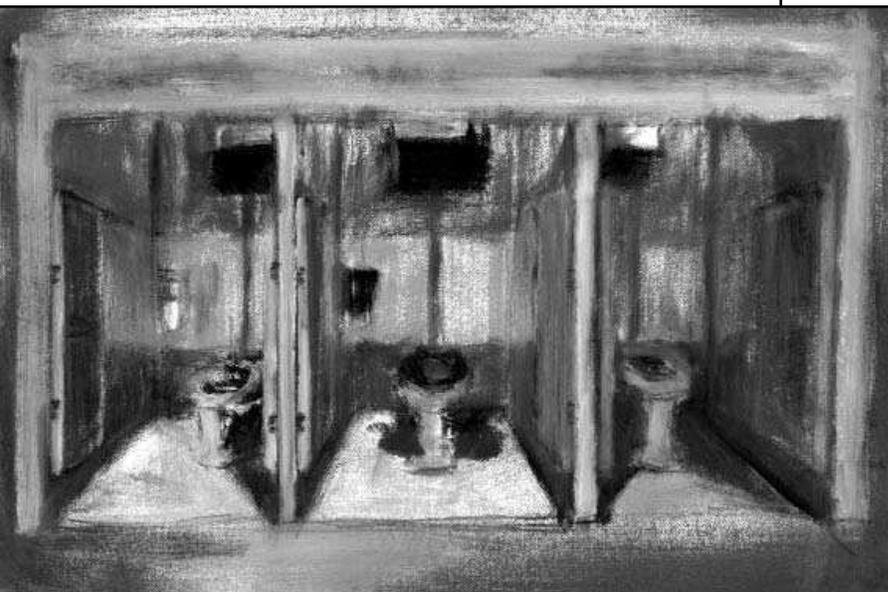
²² Amartya Sen, interpretado por Julio Boltvinik en la columna “Economía moral”, del 6 de agosto de 2004.

²³ Mary Douglas y Baron Isherwood, *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*, México, Grijalbo-CNCA, 1990.

²⁴ Gilbert K. Chesterton, “El bastón de vidrio”, en *Ensayos*, México, Porrúa, 1997 (1933).



que se pregona o no equivalga a lo que se paga. Como en el caso de los niños que limpian zapatos en el metro, en donde el destinatario identifica que su servicio no es tal, porque en realidad no están limpiando sus zapatos, sino que están valiéndose de ese recurso para pedir limosna. Por otro lado, citando nuevamente la *Ley de Cultura Cívica*, su estrategia no es la tradicional de compra-venta de una mercancía en donde el cliente acude a la oferta cuando lo necesita, sino que tratan de convencer, obligar, coaccionar —en algunos casos— al destinatario para que pague un servicio o mercancía que, en principio, no ha solicitado y que muchas veces no tiene un valor claro para el destinatario.



Este tipo de estrategia, ha tenido como consecuencia en los urbícolas un prejuicio generalizado acerca del régimen de “engaño” que encierran muchas de esas actividades: ciegos que ven, sordomudos que hablan y escuchan, portadores de VIH que no lo tienen, personas perdidas en la ciudad que no lo están, medicamentos cura todo que no curan nada, arrendadores de espacios públicos que no son de ellos, etcétera.

2) *Comparten una modalidad particular de acercamiento con sus destinatarios: seguirlos o insertarse en las actividades que realizan.* Como ya se mencionó, los destinatarios son básicamente transeúntes y personas que se reúnen en espacios públicos para un fin siempre distinto al de las ofertas, servicios y demandas de estos TP. En este caso, tanto TRAMUR y TRAMIC comparten como forma de abordaje a los urbícolas, la interacción directa en espacios donde esa modalidad de acercamiento a los demás es poco convencional y hasta intrusiva. Objetivamente persiguen a sus destinatarios, se plantan en el lugar donde se reúnen, frente al lugar del que van a salir, donde se van a estacionar, etcétera, para persuadirlos mediante la estrategia que hayan elaborado. Se trata del manejo en beneficio propio de la violación al “derecho a la indiferencia”, de la interpección directa y sin mediación, en muchos casos a través de la sorpresa:

Estás esperando para entrar al bar, y te llegan de repente y te pegan su estampita; se las tratas de regresar y no la aceptan hasta que les des dinero (hombre, estudiante universitario, 23 años).

Ahora ya no se dejan, necesitas llegarles cuando ya se están estacionando para que te den algo; si no te pones al tiro, luego también se te van (*traperos* o cuidacoches, 32 años, zona de San Ángel).

3) *En todo momento, hacen uso de un sentido muy desarrollado de “oportunidad” sobre los flujos, dinámicas y problemas de ciertos espacios públicos de la ciudad.* Tanto TRAMUR como TRAMIC parecen conocer y aprovechar todos aquellos lugares en que las personas se congregan y que les permiten abordarlos; en donde las personas se juntan por cualquier tipo de causas, sean positivas o negativas: congestionamientos en el periférico

norte en las tardes o los viernes de quincena, horas pico en el metro, partidos de futbol, conciertos, fines de semana en la plaza de Coyoacán o de San Ángel, viernes en la noche en la Condesa, etcétera. En muchos casos, además de la oportunidad que brinda el lugar, también se aprovecha el tipo de apropiación de esos lugares, las necesidades y debilidades que los destinatarios muestran en ellos, el estado de inmovilidad que algunos de esos espacios provocan, entre otros, para adaptar el tipo de servicio o mercancía que les ofrecen: paraguas para la temporada de lluvias; refrescos, aguas, cigarros, frituras y dulces en los congestionamientos; chicles, chocolates y flores para las parejas que salen de los antros, previo sondeo del estado de ebriedad en que se encuentran para convencerlos mejor; películas antes de su estreno a sólo diez pesos, mientras los transeúntes esperan el vagón del metro o cuando ya están en él, etcétera.

4) *Un régimen de “ilegalidad” consustancial a su presencia y/o actividad en los espacios públicos;* que califica su presencia como una infracción a leyes y reglamentos, pero también una infracción informal a normas y patrones de interacción de esos espacios, que los estigmatiza por privatizarlo, arrendarlo, exigir exclusividad sobre su uso o simplemente utilizarlo para fines distintos de lo que la mayoría considera como adecuado. Es

un régimen que los obliga a desarrollar estrategias de ocultamiento, fingimiento, protección mutua entre trabajadores del mismo rubro y de conciliación con distintas instancias para facilitar su actividad. Como ejemplo, se puede mencionar a niños y adolescentes vagoneros-vendedores que se visten de manera casual, con ropa limpia, y que utilizan mochilas escolares o bolsos oscuros para ocultar sus mercancías, como recursos de mimetismo y ocultamiento, para desarrollar más fácilmente una actividad que se prohíbe en los reglamentos de transporte público.

5) *Una fuerte territorialidad expresada de manera poco convencional, porque es fluctuante e itinerante, pero recurrente en el tiempo y en los lugares que usan.* Se asemeja a un itinerario de trabajo, que adquiere estabilidad sólo con la repetición en lapsos bien delimitados (todos los días en las horas pico, en las tardes cuando mucha gente visita la plaza) y se basa en categorías que sirven para delimitar un dominio a partir de alusiones a dispositivos específicos del paisaje urbano, como cuadras, vagones y líneas, esquinas, tramos de avenidas, plazas, salidas de lugares, etcétera. En este caso, la lucha persistente sobre esos “espacios” se lleva a cabo básicamente frente a otros TP, ciertos líderes de sus organizaciones informales y frente a las autoridades (policías de tránsito, vigilantes de metro, organizaciones vecinales, etcétera).

6) *En la perspectiva de los propios TRAMUR y TRAMIC, coinciden en que carecen de “un lugar” para desarrollar su actividad, que dignifique su trabajo.* Esta característica es una tanto paradójica, sobre todo entre los TRAMIC, debido a que en muchos casos consideran que el trabajo que desarrollan les ha resultado más lucrativo y les permite mayor libertad que otros empleos no calificados que han desarrollado. En este sentido, en los TRAMUR esa exigencia debería interpretarse como la solicitud de



ayuda para mejorar su calidad de vida, y en los TRAMIC, como una exigencia de regularización y legalización de su actividad. Estos últimos se comparan con los comerciantes semifijos, que cuentan con un espacio mínimo que los pone en una situación más cómoda que quisieran alcanzar.²⁵

Desde el punto de vista del análisis, resulta importante recuperar esa carencia de “un lugar”, debido a que expresa muy bien la condición de exclusión espacial en que se perciben muchos de esos TP. Dicha alusión, recupera la idea de los destinatarios en la que los espacios públicos no se consideran como idóneos para realizar aquellas actividades, que no son lugares para eso ni para realizarlo de esa manera.

V

El panorama general que he descrito, es una primera aproximación al fenómeno de los trabajadores precarios, y ésta es su principal finalidad. Espero que resulte útil en algún sentido, especial-

mente a los habitantes de esta ciudad que los colocan en un mismo saco y que no saben cómo reaccionar frente a ellos.

Finalmente, como una reflexión muy personal, estimo que el aumento de personas dedicadas a actividades económicas similares a las descritas, puede entenderse como un indicador importante de las condiciones de marginación socio-espacial y económica de las ciudades y de un país; lo mismo que el fenómeno de las llamadas “ciudades dormitorio” y otros problemas urbanos característicos de la contemporaneidad.

²⁵ No hay que perder de vista que en el tercer nivel se establecen vínculos y redes con el segundo; como abastecedores de mercancías, como modalidad complementaria de venta para el negocio, etcétera.

*Xóchitl Cruz-Guzmán**
*Sergio Tamayo***

A N T R O P O L O G Í A

Etnografía de la manifestación pública: la megamarcha por la Soberanía Nacional

El jueves 27 de noviembre de 2003 se realizó una magna manifestación organizada por varios sectores de trabajadores. Por su magnitud y características se le denominó “La Megamarcha por la Soberanía Nacional y Contra las Privatizaciones”. Ella fue la culminación de una serie de movilizaciones y desplazamientos de sindicatos y organizaciones campesinas que se originaron en distintos puntos de la geografía mexicana, desde Yucatán y Chiapas en el sureste del país, Tijuana al noroeste hasta Chihuahua y Nuevo Laredo al norte y noreste de la República. De ello daría cuenta una de sus consignas: “De norte a sur, de este a oeste, ganaremos esta lucha, cueste lo que cueste”.

Ya en la Ciudad de México, los cien mil manifestantes¹ partieron de cuatro lugares distintos, significativos simbólicamente para el movimiento social y político: del Monumento del Ángel de la Independencia, con un contingente encabezado por la Unión Nacional de Trabajadores (UNT); del Monumento a la Revolución, liderado por el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME); del Congreso de la Unión, desplegado por el Frente Sindical Mexicano (FSM) y del monumento al prócer Lázaro Cárdenas, iniciado por el movimiento El Campo no aguanta más (véase mapa núm. 1). A los partidos políticos no se les permitió involucrarse en la organización y más bien destacaron ciertas figuras políticas que mostraron en todo momento su rechazo a las reformas privatizadoras.

Los sindicatos se rebelaron ante la continuación de la política neoliberal del nuevo gobierno de Vicente Fox. En el año 2000, el Partido Acción Nacional (PAN) en alianza con otros partidos logró el triunfo en las elec-

* Candidata a doctora en el Programa de Investigación del Centre Interdisciplinaire d'Études Urbaines de la Université de Toulouse Le Mirail, Francia.

** Miembro del Grupo de Investigación en Estudios Urbanos y Espacio y Sociedad de la UAM.

¹ Hubo varias especulaciones con respecto al número de asistentes. Para el Gobierno del Distrito Federal fueron 80 mil, según la Policía Federal Preventiva 30 mil y 200 mil según los organizadores.





ciones para la presidencia de la República. Con ello sustituía 71 años de gobierno priísta. Se consideró así el primer “gobierno del cambio” y de la “alternancia democrática”. En realidad, debido a las profundas transformaciones estructurales de los últimos 20 años, el gobierno de Fox continuó con la reducción de la participación del Estado en la rectoría económica y con las privatizaciones de empresas estatales, principalmente aquellas que han simbolizado el específico carácter social y patriótico de la Revolución mexicana: la energía eléctrica, el petróleo y la seguridad social.

La manifestación reveló la fuerza que aún tienen los grandes sindicatos, ya que a este propósito, se implicó a una amplia convergencia de clases populares y organizaciones campesinas.² La clase trabajadora mostró organización, disciplina, solidez política, consistencia ideológica y la posibilidad de convertirse en cabeza de otros sectores y movimientos sociales como el urbano popular, el ciudadano y el campesino. Ahí marcharon principalmente el SME, la UNT, otras agrupaciones sociales como El Campo no aguanta más, El Barzón, Consejo Agrario Permanente, el Frente Continental de Organizaciones Comunales, la Promotora Nacional contra el Neoliberalismo, el sector nacionalista del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), entre otros.

El gran repertorio de acciones y tensiones políticas que un movimiento social genera, no se reduce a una sola manifestación, pero es un recurso que refleja nítidamente las contradicciones sociales y políticas entre adversarios. La manifestación en sí misma expresa la fuerza de los sectores convocantes, la extensión e impacto de la convocatoria en otros sectores sociales, la organización y los recursos materiales, financieros y humanos que son capaces de movilizar; la correlación de fuerzas entre distintos actores sociales y políticos, tanto de los aliados para resistir la política gubernamental, como de aquellos contrincantes que se unen para combatir a los primeros. Todo ello mostró la forma en que se expresa la lucha de clases en un momento y espacio concretos.

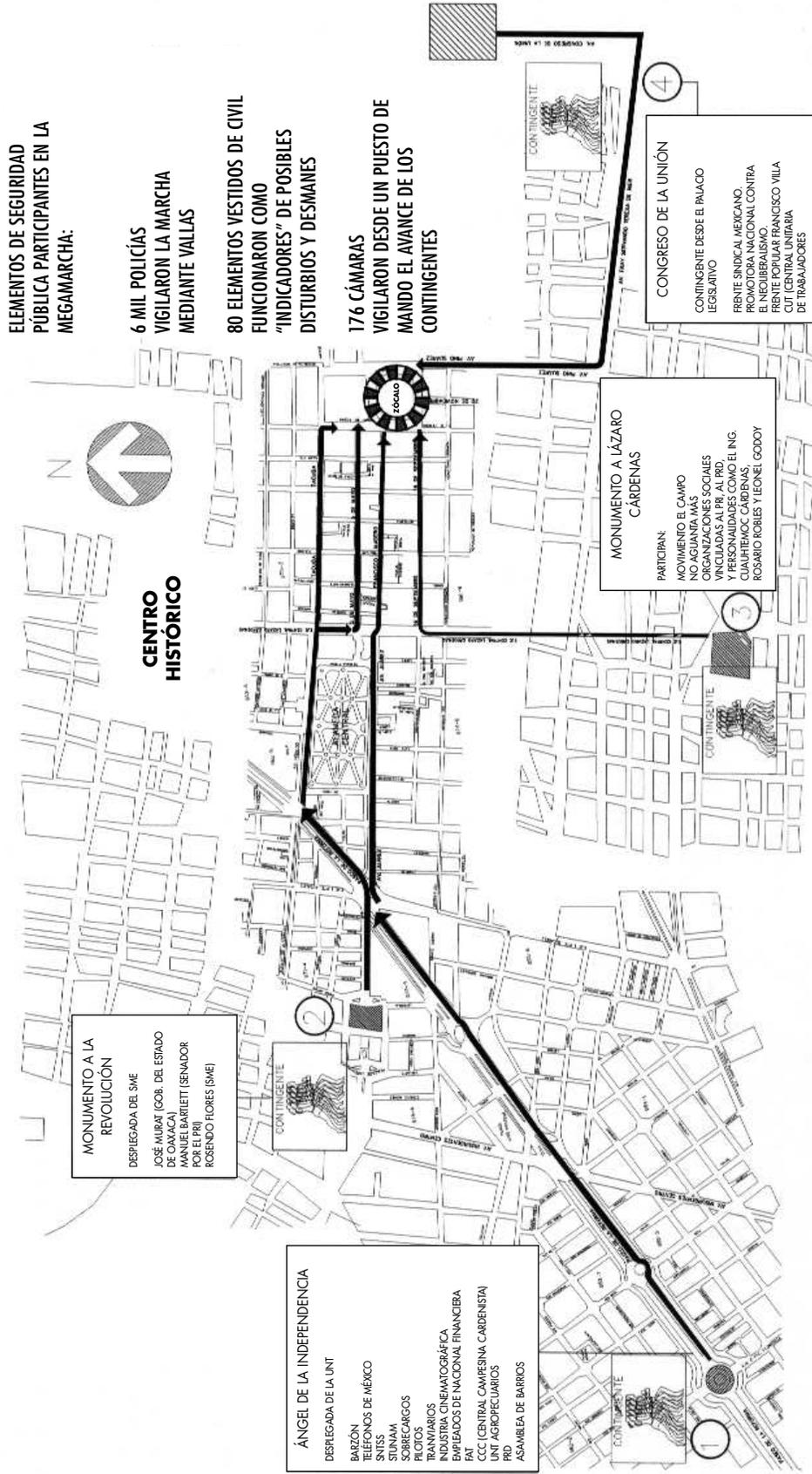
² Comentario hecho por Adolfo Sánchez Rebolledo, “¡Ese puño sí se ve!”, en *La Jornada*, 27 de noviembre de 2003.

La manifestación además no es un evento homogéneo en sí mismo, sino un conjunto de eventos y escenarios que se concatenan en una red de acciones poderosas. En el caso de la megamarcha del 27 de noviembre podemos citar: las caminatas desde lugares remotos a la Ciudad de México; los accidentes en el trayecto que provocaron la muerte de algunos maestros disidentes y sus hijos; la represión o encarcelamiento de algunos jóvenes y estudiantes de la UNAM; las micro-movilizaciones de sectores campesinos y urbano-populares hacia distintas dependencias de gobierno para aprovechar su estancia en la ciudad y demandar sus derechos; la movilización de las fuerzas de seguridad pública; la forma en que los medios de comunicación cubrieron el evento y contextualizaron la naturaleza política del enfrentamiento; el hecho que cayera una fuerte lluvia a la mitad de la marcha central que dispersó algunos contingentes, actuando como una metáfora del control social; además, la marcha estuvo enredada en un inmenso vaivén de rumores creados por los medios, organizadores, líderes y figuras políticas.

El objetivo de este trabajo es realizar un acercamiento etnográfico a la manifestación del 27 de noviembre de 2003. Realizamos una descripción de las formas simbólicas generadas por la acción de los manifestantes a través de categorías de observación sistemática: la apropiación social del espacio; la interacción entre los grupos sociales participantes, los espectadores y las fuerzas de seguridad pública; las imágenes e iconos partidarios y corporativos, las demandas y consignas expresadas en la marcha; las acciones espontáneas que los grupos realizaron, y el imaginario social que se construyó sobre la marcha, desde los propios participantes, así como de los rivales. El artículo no profundiza en estos componentes, pero deja clara la correspondencia entre la descripción empírica y las posibilidades teóricas de explicación en este evento extraordinario de la vida ciudadana.

Realizar la etnografía de una marcha no es tarea fácil. Diríamos que es imposible hacerla de manera individual. Fue posible en este caso por medio de la organización del III Taller de Etnografía Urbana, que se realizó en esas fechas en la Universidad de la Ciudad de México. Se conformó un grupo de trabajo con varios observadores provenientes de distintas disciplinas: sociología,

MAPA 1.
**LAS CUATRO RUTAS DE LA MEGAMARCHA POR LA SOBERANÍA NACIONAL
 CONTRA LAS PRIVATIZACIONES.**
 27 DE NOVIEMBRE DE 2003



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA CON BASE EN LAS FUENTES PERIODÍSTICAS, DE ORGANIZACIONES SOCIALES Y ETNOGRAFÍAS.
 DIBUJO: JUAN CARLOS GÓMEZ L.



arquitectura, urbanismo, antropología y ciencias políticas. Se formaron equipos mixtos y se seleccionaron lugares de observación para cada uno, que correspondieron a las cuatro marchas convergentes en el Zócalo. Asimismo, se distribuyeron tareas en el espacio al interior de la Plaza Mayor. Realizamos entrevistas informales y fugaces, y levantamientos de la apropiación social del espacio urbano. Dibujamos mapas, planos y esquemas socio-espaciales. Se tomaron fotografías y videos. Recopilamos información distribuida en el evento, así como de los medios impresos y televisivos durante seis días.³

Organizamos el trabajo con base en el material socio-espacial. Elaboramos tres mapas de la apropiación social de las calles (síntesis de esquemas realizados en sitio), asociados con análisis de fotografías. Nos apoyamos en la recopilación de la información antes citada, y describimos la marcha a partir de tales cartografías. Dividimos así la descripción en cuatro partes: la primera explica la causa de la movilización y los distintos trayectos desde los diversos puntos de la República mexicana hasta la llegada a la Ciudad de México; enseguida se aborda el inicio de la megamarcha, desde los cuatro puntos cardinales; en el tercer apartado se describe la trayectoria, apoyados principalmente en los contingentes que salieron del Ángel de la Independencia y del Monumento a la Revolución; finalmente se relata la llegada al Zócalo de la ciudad.

Las ocho caravanas, preparativo de la megamarcha

Mientras el secretario de Gobernación, Santiago Creel, afirmaba que la reforma eléctrica y la hacendaria tenían que ser aprobadas tal y como las había propuesto el ejecutivo federal, por su parte, el secretario de Hacienda, Francisco Gil Díaz y el secretario de Energía, Felipe Calderón Hinojosa, lo desdecían, declarando que las reformas eran necesarias para el país, pero que siempre podían negociarse. Con un gobierno neoliberal lleno de contradicciones y los partidos políticos registrados en-

³ La información analizada en este texto es resultado de un trabajo colectivo. Agradecemos en ese sentido la participación decidida de Moisés García, Sinuhe García, Fredy Minor, Carmen Ramírez, Juan Carlos Gómez, Cristina Casas, Ignacio Rabía, Antonio García, Hugo Vivero y Pablo, Daniel y Francisco.

vuelto en una de sus peores crisis, los sindicatos decidieron organizarse de manera autónoma y recuperar su espacio político. El gobierno, decían, debía entender que el pueblo también forma parte de las decisiones.

Días antes del evento, el presidente volvía a contradecirse. Insistió en que su gobierno no tenía la intención de privatizar el sector energético, en una clara intención de minimizar la revuelta que la política de privatizaciones estaba causando en los principales sindicatos del país.

De esta manera, inició lo que se convertiría en una de las semanas más largas del sexenio, “una lucha de masas, de movilizaciones populares que no se podrían detener ni con prisiones ni con represiones”. Así calificó Gilberto Herrera Medina⁴ toda la serie de acciones y preparativos de lo que se denominó “la madre de todas las marchas”. Los líderes sindicales se hicieron visibles en el panorama político. Mantenían informados a los medios para dar a conocer el desarrollo de la movilización, que iniciaría el 20 de noviembre, fecha conmemorativa de la Revolución mexicana de 1910. Se realizaría un largo recorrido de varias caravanas que partirían desde distintos puntos del país, hasta confluir en la Ciudad de México el martes 25. Fueron ocho caravanas las que se darían cita en la gran urbe, atravesando la República de norte a sur y de este a oeste. La caravana 1 se denominó “Ricardo Flores Magón” que salió de Tijuana, Baja California; la número 2, “General Francisco Villa”, se originó en Ciudad Juárez, Chihuahua; la marcha 3, “Mineros de Nueva Rosita” emprendió el camino de Nuevo Laredo, Tamaulipas; la 4, “Expropiación Petrolera”, de Reynosa Tamaulipas; la número 5, salió de Zihuatanejo, Guerrero; la caravana 6, llamada “Ejército Libertador del Sur”, de Tapachula, Chiapas; la trayectoria 7, “Jacinto Canek” de Mérida, Yucatán; y la marcha 8, “José Ma. Morelos” desde Lázaro Cárdenas, Tabasco. Ocho caravanas que se desplazaron por cien ciudades.

Llegamos a las oficinas del SME ubicadas en Antonio Caso. Teníamos una cita con uno de los organizadores de la marcha. Había un gran revuelo. Se efectuaban

⁴ Véase su artículo “País que despierta”, en *Excélsior*, 24 de noviembre de 2003.

elecciones para miembros del comité ejecutivo y se preparaba la larga Jornada por la Soberanía Nacional. Todo era bullicio y movimiento. En casi todas las oficinas se daba seguimiento a cada una de las caravanas. La comunicación era fundamental como estrategia de organización. Todos los responsables tenían conocimiento de lo que estaba aconteciendo con sus camaradas en otros lugares. Había una pizarra en la que se registraban cada uno de los pormenores, movimientos y detalles del evento. “Ésta no es una manifestación más —dijo un dirigente— sino una jornada de lucha de la que depende la defensa de los derechos sociales. A la par se llevarán a cabo acciones de rechazo en todo el país. Se ha planeado que en varios estados se efectúen movilizaciones simultáneas a la del D.F. No sabemos a ciencia cierta cuántos estados se unirán, pero creemos que serán muchos”.⁵

A lo largo del trayecto, las ocho caravanas hicieron paradas en varias ciudades, sumando más camiones y contingentes a su causa. Los desfiles fueron recibidos el 25 de noviembre con una concentración en la Plaza de la República, donde se ubica el Monumento a la Revolución, rodeado por una gran movilización policiaca.

⁵ El resultado final se conoció una semana después: en 14 capitales, además del D.F., se realizaron marchas multitudinarias. Se sumaron a la convocatoria 23 mil personas. En Toluca, Estado de México, fueron dos mil integrantes de los sindicatos de electricistas, Telmex, El Barzón y comerciantes; en la Paz, Baja California, asistieron 500 personas, en su mayoría militantes del PRD. En Guadalajara, Jalisco, se reunieron cerca de 14 mil trabajadores. En Puebla, obreros, estudiantes, agricultores y comerciantes integraron la marcha con más de tres mil personas provenientes de la UNT y dos mil de organizaciones sindicales, populares e indígenas, el sindicato de VW, PROC-CROC y la Unión de Vendedores y Ambulantes. En Sinaloa cerca de 300 sindicalizados representados por la UNT. En San Luis Potosí, fueron mil trabajadores, entre ellos empleados del IMSS, del Nacional Monte de Piedad, de Telmex y docentes de la Coordinadora Nacional del sindicato nacional de maestros. En Tlaxcala, un contingente de alrededor de dos mil trabajadores sindicalizados del IMSS, Telmex, CFE y jubilados y pensionados del Estado. En Zacatecas, marcharon 600 trabajadores del IMSS. En Campeche alrededor de 150 trabajadores. Finalmente en Guerrero, contaron con medio millar de manifestantes entre trabajadores y campesinos de organizaciones no gubernamentales. Véase diario *Milenio*, 28 de noviembre de 2003. Además *La Jornada*, 28 de noviembre de 2003, identificó cuatro ciudades participantes más: Monterrey, Nuevo León, con una asistencia de cinco mil personas; Cancún, Quintana Roo; Saltillo, Coahuila y Jalapa, Veracruz.

El 25 y 26 pernoctaron por caravanas en las afueras del Palacio Legislativo, en las oficinas del SME y bajo el cobijo del Monumento a la Revolución. El día 26 se realizó la Convención Nacional en Defensa de la Soberanía y por el Crecimiento del Empleo y el Ingreso, de la cual salió un pronunciamiento conjunto y un plan de acción contra la política económica del régimen. Cada día sirvió para afinar y fortalecer la estrategia de la gran movilización del 27 de noviembre.

El inicio: tomar la calle

—¿Me podría decir por qué participa en esta marcha?
—Porque no hay que permitir que los ricos se enriquezcan más y que al pueblo no lo tomen en cuenta.
—Venimos porque nos invitaron a marchar. No estamos de acuerdo con lo que el gobierno panista está haciendo con nuestro país. No a la privatización, no al IVA. No estamos de acuerdo con la mala administración de nuestros recursos y por eso estamos aquí, haciéndole hincapié al presidente de la República [Vicente Fox] que la tierra no se vende y que debe respetar los derechos de la humanidad.
—Ahorita tenemos muchas necesidades, del campo, de la escuela, la alimentación de nuestros hijos, no tenemos dinero somos pobres, no tenemos con qué contar. Por eso pedimos al gobierno que por favor nos ayude y nos ponga más atención en todas nuestras necesidades, no tenemos terreno, no contamos con nada. (Opiniones de manifestantes).

En un desplegado publicado en distintos diarios se leía:

Hoy todos a la Gran Marcha a las 16 horas. Saldremos del Ángel rumbo al Zócalo. Los diputados del PRD manifestamos nuestra solidaridad con la movilización en demanda de la no privatización de la industria eléctrica, por una reforma fiscal justa y por mayores recursos al campo.⁶

Los marchistas miembros de sindicatos y organizaciones habían definido ya su punto de reunión. A las 15:00 horas., la cita era ahí donde se simboliza la soberanía nacional: el “Ángel de la Independencia” oficial-

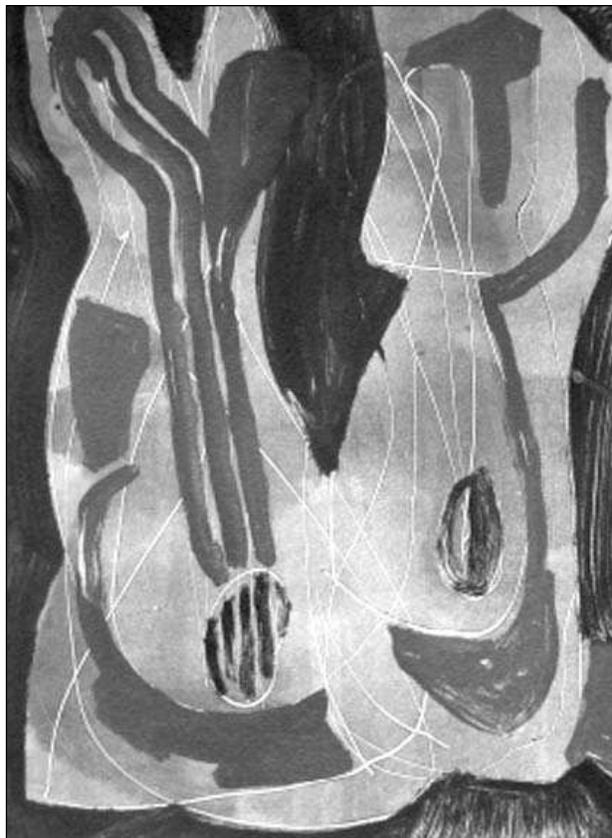
⁶ Desplegado del PRD en *La Jornada*, 27 de noviembre de 2003, p. 18.

mente bautizada como la *Victoria alada*, símbolo de la ciudadanía mexicana. Punto de reencuentro, orgullo nacional, referencia a la identidad mexicana, e hito urbano: “Antes, el Ángel de la Independencia era lo primero que se veía parado contra el cielo, dice Elena Poniatowska (1982:13), a ras del aire, donde empiezan las nubes. Era el sueño más acariciado de los niños de provincia en sus tardes de calma cosquilleante: ‘Oye, ¿el Ángel es como en las fotos?’ Y con un aire de ángel elegido, el otro contestaba lleno de orgullo: ‘¡Uy no, es más bonito!’ Era también el mejor punto de referencia. ‘¿Sabes por dónde? Por el Ángel, por allí vivo’”.

Cientos de personas intentamos llegar a la cita. Salí del metro Insurgentes. Este lugar se está volviendo otro hito urbano, uno de los más concurridos cuando de manifestaciones se trata. Se encuentra a cuatro cuadras de la avenida Reforma, caminando sobre Génova, a una cuadra de la glorieta de La Palma y a dos apenas del Ángel. Saliendo de los andenes inmediatamente se hizo presente un grupo de jóvenes de entre 25 y 30 años, morenos, de pelo corto y negro, vestían camisas de distintos colores, pero todos con pantalón de mezclilla. Llevaban dos pancartas de color fosforescente. Entonces entra la ansiedad. Sientes que te aproximas al lugar y la emoción por ver el espectáculo que va llenando todo. Camino por Génova, la calle de la Zona Rosa, restaurantes, puestos de artesanías, jóvenes que salen de las academias de inglés con sus libros en la mano. No veo más señas que me permitan seguir sintiendo esa proximidad. Empiezo a decepcionarme.

Cerca de ahí, un grupo de estudiantes trató sin éxito de tomar un camión de pasajeros para dirigirse a la manifestación. Poco después llegaría la policía para recobrar el control. Los estudiantes se enfrentaron a los policías, pero también a los civiles que viajaban en el camión, pues éstos no estaban dispuestos a aceptar las amenazas de los jóvenes: “Sean bien conscientes —decía un estudiante— si se quedan en el camión se van a la marcha”.

Decido hacer una pequeña pausa. Me siento en una banca ubicada sobre el camellón de avenida Reforma a tomar notas y fotografías. Veo a tres helicópteros que rondan en los cielos. El ambiente ha cambiado repentinamente. A lo lejos se escucha el discurso elocuente



de uno de los dirigentes: “¡¡¿Qué atenta contra el patrimonio de México? ¿Qué atenta contra la soberanía nacional?!”. “Si no reacciona (el presidente), aquí está la voz del pueblo de México que le exige los cambios. Hoy estamos preparando el camino para una probable huelga nacional si no nos escuchan”. “¡Se ve, se siente, la UNT presente!”. Un aparato amplifica lo suficiente para que se oiga a dos cuadras de distancia.

De fondo, haciéndole segunda al discurso, se escucha música ranchera: “¡¡El tieemmpo pasaaaa y noooo te puedooo olvidar...!!!!”. Otras dos grandes bocinas negras montadas en el toldo de una camioneta roja, que además sostenía una piñata que representaba a una rata de dos cabezas. Una cabeza personificaba la figura del presidente Vicente Fox, con el símbolo utilizado durante su campaña electoral: la mano derecha en forma de la “V de la victoria”, con sus característicos bigotes y abundantes cejas. La otra cabeza era del ex presidente Carlos Salinas de Gortari, sin pelo y con grandes orejas.

El espacio empezaba a colmarse por los asistentes. Se hizo más evidente conforme transcurrían los minutos. Policías con pantalón gris, casacas y gorras azules cus-



todiaban los alrededores. Frente a ellos, personas con sombrero, pantalón y camisa de trabajo, banderines y mantas. Otros más con playeras y *jeans* invadían la rotonda del Ángel.

Los manifestantes se mezclaban, pero sin confundirse con algunos ejecutivos y empleados de las empresas ubicadas en los alrededores, como American Express, Banorte, la embajada estadounidense, que salían de comer del Sanborns o Vips. Vestían trajes de casimir y camisas de cuello blanco. Unos turistas japoneses mostraban poco interés y se alejaron de manera apresurada, serpenteando temerosos entre los puestos de revistas, de dulces, el bolero y un expendio de lotería.

A un costado, en una parada hechiza de taxis se alistaban pancartas del sindicato de Pemex bajo el mando de siete organizadores. Los taxistas aparentemente apoyaban. Las escalinatas empezaron a ser invadidas por decenas de mantas postradas sobre de ellas: “La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo”. “Todo poder público emana del pueblo y se instituye para beneficio de éste”. “El pueblo tiene todo el tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno”. “No a la privatización ener-

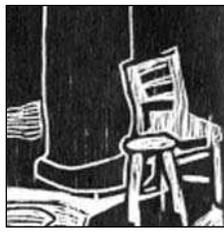
gética”. Los restos de los héroes Morelos, Hidalgo y Allende, ubicados en el monumento presenciaron el despliegue de una marcha que se había anunciado como la más grande de todos los tiempos. Manifestantes y observadores se encontraban a la expectativa de lo que pasaría.

La rotonda del Ángel se convirtió en un espacio masculino. Casi en su totalidad eran hombres. Algunos estaban sentados para descansar un poco, acostados en el pasto, bajo la sombra del Ángel, como custodiados por la gran columna. Otros, estudiantes, aprovecharon para vender panfletos y periódicos: —No gracias..., dice uno, —¡Es de cooperación voluntaria, a! con lo que gustes cooperar! El Llanero Solitito vende su “Marche-tearte”, a cinco pesos pa’ la causa.

Era la hora señalada para iniciar la marcha, y aún no había cortes en la circulación vehicular. Los manifestantes seguían llegando sorteando a su suerte los autos, taxis y microbuses que silbaban, tocaban el claxon y avanzaban con más premura para no quedarse atrapados en el tumulto. Algunos testimonios expresaban inconformidad: “La verdad es que la ciudad ya es un desastre por las marchas, dice un taxista. Los policías no lo han podido solucionar. He perdido mucho tiempo, apenas he hecho tres servicios de taxi en seis horas. Creo que no voy a sacar ni para la cuenta”. Y la inconformidad se apoya en el resentimiento y el imaginario mediático: “Mira nada más este desorden, no hay para donde ir, la gente que hace las marchas nos roba tiempo y tranquilidad”.⁷ La recomendación de la Secretaría de Seguridad Pública a los ciudadanos fue que no salieran a las calles. Lo mismo aconsejarían a sus clientes los dueños de los locales de la zona afectada.

Los medios se dedicaron a descalificar la manifestación, tanto por sus efectos sobre el funcionamiento de la ciudad, como por sus reivindicaciones. Ciro Gómez Leyva, conductor del programa CNI Noticias, dijo en su columna de *El Universal*: “Diego Fernández de Cevallos tiene la virtud de la claridad. Dijo ayer por la mañana, cuando los primeros grupos de manifestantes comenzaban a colmar la ciudad: ‘que marchen y se

⁷ Entrevistas publicadas en *El Heraldo de México*, 27 de noviembre de 2003, página principal.



marchen'. Es probable, dice Gómez Leyva, que esa frase resuma con plasticidad el anhelo de millones de capitalinos, y de mexicanos: ya los vimos, ya los escuchamos, váyanse, por favor.”⁸

A pesar de la hora, el tránsito sigue con bastante fluidez. Entonces se escenifica la toma simbólica de la calle. Algunos analistas asocian el conjunto de la manifestación como tomar la calle, cosa que es cierta. Pero la toma de la calle es un acto inicial, que no todos los manifestantes dan cuenta de ello. Generalmente lo realizan los dirigentes, activistas y organizadores, así como algunos manifestantes que han llegado temprano. Al principio, la gente se va acercando poco a poco. Se instalan sobre las banquetas, la acera de la glorieta, o la plaza de la cita. Pero después la gente ya no cabe ahí, y es necesario tomar la calle, parar a los vehículos, invadir el flujo con mantas y personas. La toma es pues una acción simbólica y un momento de riesgo y tensión.

En este caso, hubo un acuerdo entre los organizadores de la marcha y Vialidad del Gobierno del D.F. para suspender el tránsito de vehículos a partir de las 15:30 horas. Además de eso, los representantes sindicales se habían reunido con el secretario de Gobierno capitalino, Alejandro Encinas. Ahí, acordaron que éste los apoyaría con 6 000 policías, 1 500 promotoras de salud, 770 de la red de mujeres y 400 de la Secretaría de Gobierno y otras dependencias de la administración local. Con el fin de mitigar contratiempos se instalaron 300 sanitarios móviles, dotación de agua potable, servicio médico, atención de albergues para personas de la tercera edad, mujeres y niños vulnerables. Asimismo, la Comisión de Atención a Personas Extraviadas y Locatel orientaron a los grupos de indígenas mediante traductores con el fin de que ubicaran sus lugares de concentración.

Pero la suspensión del tráfico vehicular no se dio así. Los vehículos seguían pasando. Entonces, la escena simbólica de tomar la calle la asumió el Sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM). En un camión amarillo, miembros del sindicato se volcaron en el carril de Reforma a contra flujo. Llevaba varias mantas

colgadas: “Impedir la venta de los energéticos al capital transnacional”, “Por la defensa de la soberanía”, “La Patria no se vende”. El vehículo trató de organizar a la gente y presionar para cerrar la calle. En la parte superior del camión se encontraban dirigentes hablando con altavoces de un equipo de sonido muy potente. Se generó un ambiente de tensión. El camión del sindicato trató de convencer a la policía de cerrar la avenida Reforma. Prosiguió en sentido contrario, mientras microbuses y vehículos particulares intentaban esquivarlo. Se perdió en la glorieta de Cuauhtémoc. Poco después se veía libre la calle. Se percibía entonces un gran entusiasmo. La gente se apropió del espacio. Desesperada, quería que empezara la marcha.

Volteo a los alrededores y echo un vistazo para calcular cuántos hay. Es casi imposible. Siguen llegando camiones con manifestantes. Comienzan a llegar los reporteros: Televisa, Monitor, TVO noticias, Tv Azteca y Multivisión. Se acercan en carros y motocicletas con camarógrafos y fotógrafos para cubrir el evento.

Los contingentes empezaron a formarse. Se extendían por toda la sección de Reforma que va del Ángel de la Independencia hasta la glorieta del Monumento a Cuauhtémoc (como se indica en el mapa núm. 2). Hasta ahí se instaló La Desplegada. Atrás de ella iban las distintas secciones de la UNT y del sindicato de telefonistas. Muchos uniformados. El contingente femenino del sindicato del Seguro Social iba de blanco con suéter verde. Las secciones sindicales eran muy visibles. Se diferenciaban por mantas y banderas. Gran organización y gran disciplina se observaba en la clase trabajadora de México.

Entonces vino el acto del ordenamiento en que marcharían los contingentes. El STUNAM daba indicaciones. Se pedía orden, disciplina y atención para que pudieran salir y llegar las cuatro marchas, todas juntas, en forma simultánea. El impacto debía ser el mayor posible. De este punto saldrían los afiliados a la UNT, telefonistas, sobrecargos, pilotos, tranviarios y los de la industria cinematográfica. También desfilarían contingentes de empleados de Nacional Financiera (Nafin), el Frente Auténtico del Trabajo, la Central Campesina Cardenista y la UNT Agropecuarios, entre otros. Además empleados del sector cultural que el go-

⁸ Ciro Gómez Leyva, “La historia en Breve”, en *El Universal*, 28 de noviembre de 2003.



bierno federal pretendía desincorporar, así como representantes de sindicatos de los medios de comunicación.

Primero, el sindicato del Seguro Social, y el STUNAM: “La Patria no se vende, la Patria se defiende”. Después el PRD: “PRD. Un partido cercano a la gente. No a la privatización de la industria eléctrica y Pemex. Comité ejecutivo delegacional GAM”. Enseguida las organizaciones sociales: “Emiliano Zapata: los recursos naturales de la nación deben servir para su propia prosperidad, entregarlos a los intereses del capital nacional extranjero es traición a la patria”. La Alianza de Organizaciones Sociales dice: “No a la privatización, no al IVA, no al imperialismo, viva el socialismo”. Ahí, El Barzón: “Jornada Nacional por la Soberanía y la lucha por el crecimiento, el empleo y el ingreso. Unidos y organizados venceremos”. Se escuchaba en el ambiente la voz de Radio Comunitaria: “No se detengan, avancen más rápido, continúen, no rompan los contingentes”. Unos se detenían a saludar a otros compañeros, otros buscaban su lugar.

—¿Dónde está el contingente del Centro de Capacitación?

—No sé.

—¿Han visto a los tranviarios?

—Acá atrás.

—¿Ya pasaron los de El Barzón?

—Vienen atrás.

El trayecto: demostrar la fuerza política de la clase obrera

Las manifestaciones, dice Francisco Cruces (1999), son “paseos por la ciudad de una multitud considerable de obreros, de delegados [y de organizaciones sindicales] marchando con música y banderas a la cabeza, normalmente en perfecto orden y con el fin de expresar un deseo al gobierno nacional. Estas demostraciones son pacíficas, pero crean una profunda inquietud en la población, síntoma inequívoco de anarquía”. Esta definición puede en efecto ubicar la generalidad de las manifestaciones. La marcha por el “Orgullo Gay”, por ejemplo, que se realiza en el mes de junio todos los años ha tomado un aspecto fundamentalmente festivo.

No obstante, y de forma más bien recurrente, las manifestaciones no siempre son paseos por la ciudad.

Son más bien caminatas de colectivos que expresan una fuerte identidad social y política. Muestra un ir y venir en la lucha. Se apropian de iconos y símbolos, como mantas, banderas, banderolas, uniformes, colores, cantos, himnos, que pueden representar desde alegría y jovialidad, hasta pesadumbre y disciplina férrea. Las manifestaciones son en principio pacíficas, forman parte del repertorio de la no-violencia y de la desobediencia civil. Pero pueden tornarse violentas a través de muchas vías: la exacerbación de los manifestantes por el coro de las consignas, o las pintas que realizan distintos grupos de activistas sobre las fachadas de comercios, casas y oficinas de la iniciativa privada.

Asimismo, las consignas en contra de grupos sociales contrarios a los intereses de los que se manifiestan, por ejemplo, contra el gobierno de Estados Unidos frente a su embajada en avenida Reforma; contra el símbolo del capital financiero, frente a la Bolsa Mexicana de Valores; al lado de las trasnacionales Fiesta Inn y Sheraton; contra los medios de comunicación, frente al edificio del periódico *Excélsior*; contra el gobierno, frente a las puertas de Palacio Nacional. Todos ellos son hitos urbanos que representan simbólicamente adversarios sociales y políticos. Estas expresiones, verbalmente violentas, muestran asimismo la crudeza de la lucha de clases, aunque no haya armas de por medio.

Otro aspecto que refleja la tensión política de una manifestación es la existencia de grupos policiacos, vallas de corporaciones antimotines y rejas que protegen los edificios simbólicos.

Las manifestaciones crean efectivamente una profunda inquietud en la población. En primer lugar, a los adversarios políticos. Una manifestación es muestra de desorden, descontrol y en cierto modo de ingobernabilidad. En segundo lugar, a los simpatizantes de los organizadores de la marcha, que ven espacios y expectativas de cambiar el orden de las cosas. En tercer lugar, a los terceros afectados, principalmente los transeúntes de la ciudad, que interpretarán la marcha más o menos disgustados, dependiendo de su posición social y política con respecto a ella.

En este sentido, es posible identificar a las manifestaciones como una “demostración de fuerza política, de una alianza de trabajadores urbanos y campesinos,

cuyo origen histórico, explica su naturaleza reivindicatoria”.⁹

Mientras tanto, los policías comenzaron a actuar. Controlaron parte de la circulación. Cerraron las calles aledañas a Reforma. Se apoyaron en un despliegue de 15 patrullas de la policía del D.F., ubicadas en hilera frente al Hotel Sheraton. Todos preparados para actuar en caso de llegar una orden superior. Las patrullas estaban resguardadas por policías vestidos de azul, con botas militares, camisas de manga corta, pantalones holgados y boinas.

En una manifestación, se movilizan varios cuerpos de seguridad, y otros se acuartelan, esperando entrar en acción en caso de que se requieran. Seguridad Pública, Policía de Tránsito, Fuerza de Reacción, Policía Federal Preventiva, Policía Judicial del Gobierno Federal; Policía Judicial del Distrito Federal; helicópteros de la policía, así como de los medios de comunicación que generalmente colaboran con ellos; empleados de las oficinas de seguimiento de eventos y manifestaciones de la Secretaría de Gobierno del D.F. y de la Secretaría de Gobernación. Todas estas agrupaciones participan. Unos para establecer cierto orden durante el trayecto de las manifestaciones. Otros para hacer un registro detallado, casi etnográfico, de la manifestación y llevar el reporte a las oficinas de análisis político correspondiente.

Los cuerpos policíacos se diferenciaron por los uniformes, instrumentos y armas que portaban. Los judiciales se reconocieron precisamente por no llevar uniformes. Por ejemplo, un contingente grande de granaderos custodió la Bolsa Mexicana de Valores. 4 500 efectivos entre granaderos y antimotines, que portaban toletes, resguardaron los edificios más simbólicos. Por todo el camellón de avenida Reforma se generó una valla enorme de la policía turística con su inconfundible traje gris, chaqueta azul, y guantes y carrilleras blancas. Personal del Gobierno del D.F. que vestía pantalón de mezclilla color negro, camisa y gorra blancas con iniciales del GDF, quienes declararon ser voluntarios para vigilar, notificar y resguardar la marcha de posibles agitadores. Estaba también el grupo del “Cordón amari-

llo”, quienes vistieron de la misma forma que los del GDF, pero los distinguía un cordón amarillo atado al brazo izquierdo, haciendo un moño. Había un grupo más, que portaba radios, vestidos de civiles. Se distinguían de cualquier peatón por los walkie-talkies, similares a los que portaban los elementos de Seguridad Pública. Se utilizaron también 140 cámaras de video conectadas a un centro de recepción, donde se monitoreaban las distintas perspectivas de la marcha.

Eran las 15:20 horas y un halo de alegría se sentía entre los manifestantes, quienes percibían la toma de la calle como un logro. Repentinamente, como aparecidos, los vendedores ambulantes se mezclaban con sus carros tubulares de bebidas, snacks, chicharrones y fruta. Muchos venden iconos alusivos a la marcha. —¿Cómo supieron de esta marcha? —Leímos el periódico en la mañana, contesta uno. El espacio se disputa no sólo por las fuerzas políticas, sino también por vendedores, peatones y automovilistas. Toma algunos tintes de paseo cuando se puede caminar, ir y venir, sin temor a ser arrollado por los vehículos. La ciudad se vive y se aprecia de otra manera desde el centro de la avenida, gritando y alzando el puño con el grupo.

La calle, en otra circunstancia, es imposible para el peatón. Pues es pensada para los coches. Ningún urbanista piensa en el peatón que cruza de una esquina a la otra. Por lo general, las glorietas son un espacio inaccesible. La circulación de vehículos y la velocidad no permiten al transeúnte cruzar la avenida. Pero cuando los ciudadanos se apropian de la calle, le ganan terreno aunque sea temporalmente a la máquina. Desaparece el miedo a caminar. Los grupos platican, discuten, planean y llegan a acuerdos en medio de la calle, sin temor a ser atropellados. La interacción social al caminar se dio en esta marcha por la relación laboral. Ésta fue una manifestación obrera, de empleados, campesina y popular. Poca fue la presencia de niños. No se percibió la presencia de familiares, excepto en algunas parejas de la tercera edad. Entonces, al ciudadano común le pertenecía la carpeta asfáltica. Y la percepción del espacio urbano desde ahí, cambió por entero.

Entraban más y más camiones de manifestantes. Volvió a escucharse música popular y norteña que se intentaba colar como la preferida de los congregantes. El

⁹ Opinión del periodista Fausto Fernández Ponte, en entrevista de Víctor Guerrero González, publicada en *Excélsior*, 24 de noviembre de 2004.

primer contingente: La Desplegada, iba avanzando. Ahí estaban Francisco Hernández Juárez, dirigente del sindicato de telefonistas y de la UNT; Agustín Rodríguez, el secretario del STUNAM, y otros representantes de las organizaciones participantes y del PRD. Fueron el mayor foco de atención de los reporteros. Una pregunta de un cuestionario aplicado al público por CNI Noticias interrogaba: “¿Usted cree que el interés de los organizadores de la marcha era oponerse a las reformas o acrecentar el poder de las organizaciones y figuras políticas que participaron?” Por supuesto, 62 por ciento de los encuestados opinaron que sólo les interesaba acrecentarlo.¹⁰ Alrededor de 20 patrullas y motocicletas se adelantaron a La Desplegada. Pasó un helicóptero del gobierno federal. Policías de uniformes grises y rostros de rudeza escoltaban la marcha e iban abriendo paso.

Las consignas se escuchaban como un vaivén, un sube y baja. En ocasiones los participantes se saturaban de lemas aprendidos e interpretados bajo la dirección de cada responsable de los contingentes. La porra de la UNAM: “¡¡¡Cachún, cachún ra ra, goooya, universidad!!!”. En otras ocasiones se oía el grito disperso de algunas personas, que trataban de motivar sin éxito alguno. Esa vez, por la embajada estadounidense y la Bolsa Mexicana de Valores, hitos del imperialismo y del capitalismo financiero no se hizo ningún acto de presencia. En algunos generó desconcierto, siendo una marcha por la soberanía. Sin embargo, conforme La Desplegada avanzaba, en un tráiler, al compás de una música guapachosa e improvisada se gritó: “¡¡¡Chinguen a su madre, los americanos!!!”. El contingente empezó a retrasar un poco la marcha. Los medios trataron de entrevistar a los quejosos. Había que buscar la nota discordante.

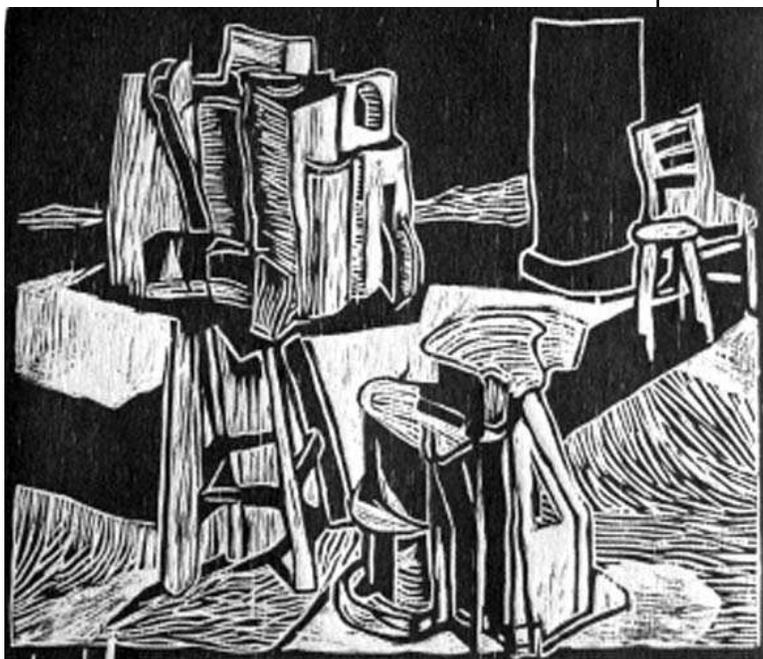
En una marcha aparecen personajes y “performances”, que son actuaciones simbólicas y callejeras. Esta vez se reconocía a la Asamblea de Barrios y Superbarrio. Los de El Barzón iban montados a caballo con sombreros de yute. En su mayoría hombres, sólo dos mujeres. “¡Se ve, se siente, El Barzón está presente!”

¹⁰ Encuesta transmitida en el noticiero CNI Canal 40, el 27 de noviembre de 2003.



gritaba el contingente y la gente se emocionaba. Sonido de matracas. Se aproximan los trabajadores de Radio Educación.

En el monumento a Cuauhtémoc, un grupo del STUNAM quiere filtrarse adelante de La Desplegada. Los organizadores tratan de impedirlo. Se escenifica un altercado. Después de algunos minutos de discusión, los radicales del STUNAM ceden su posición y regresa todo a la normalidad, pero se observaron fricciones internas entre los grupos. Reflejó una situación de poder y de imponer una visión de desacato ante las figuras sindicales hegemónicas. Melucci (1996) afirma que un proceso de construcción identitaria, como este movimiento social por la soberanía nacional, toma la forma de un campo que contiene un sistema de vectores en tensión: entre adversarios, entre aliados y entre sí. El movimiento por la soberanía y contra las privatizaciones conjuntó a diversos grupos sociales y políticos que en otro momento han sido adversarios. Por ejemplo, priístas nacionalistas, perredistas escindidos del PRI, izquierdistas que mantienen un programa socialista que va más allá de las reivindicaciones nacionalistas revolucionarias de los líderes del SME y de los telefonistas. Corrientes sindicales al interior del STUNAM, que propugnan por un programa más radical. La microescena observada en el Paseo de la Reforma reflejó un desafío de un grupo a la dirección actual del sindicalismo oficial. Refleja parte de la compleja topografía política del movimiento social. Muestra que tras las bambalinas de la manifestación, hay todo un proceso dinámico, visible e invisible, pero nunca estable ni coherente. La marcha pretende mostrar la fuerza sindical para defender la economía política de nuestro país. Pero no solamente la administración foxista ha



estado implementado políticas antiobreras, para algunos grupos, el PRI ha sido de sus principales promotores, y los dirigentes del SMTSS, SME y UNT, estaban aún vinculados a los priístas.

Entonces, una sirena quiso animar a los participantes. Se oyeron además cohetes a la altura de la glorieta de la *Torre del caballito amarillo*, del artista Sebastián. Los cohetes representan algarabía y añoranza de las fiestas patronales de los pueblos, pero también, en un contexto político determinado, se suma la idea de explosión y lucha. Al oírlos algunos se mortificaron. El miedo fue un sentimiento presente, a pesar que la mayoría de los entrevistados declararon no tenerlo. No faltó pues quien lo sintiera, asociando el espectro de la violencia colectiva y el furor.

“¡El pueblo unido, jamás será vencido!” Se observa la imagen del rostro de Lázaro Cárdenas, el símbolo de los electricistas. Se juntan las dos marchas. Los electricistas vienen del Monumento a la Revolución, encabezados por los priístas Manuel Bartlett y José Murat y el secretario del SME, Rosendo Flores. Se topan con La Desplegada que viene desde el Ángel. El espacio apropiado simula un mar extenso con fuertes corrientes. Un lugar de confluencia de ríos y riachuelos: “¡¡Somos un chingo y seremos más!!!”.

“¡¡Fox, la UNT te saluda!!!” (y se oyen silbidos de desprecio). “¡Compañeros: es increíble cómo Fox quiere destinar el 14 por ciento del PIB para rescatar a

la banca y a los banqueros!! ¡¡¿Cómo es posible?!!”, decía ansioso un animador subido en el techo de un camión.

En un edificio color gris de vidrio y aluminio, donde se rentan ocho plantas de 400 m² para oficinas, se asomaban algunos rostros tímidos que observaban la manifestación desde las alturas: ¡¡“Ésos que nos están mirando, también se los están chingando!!”, y al pasar por la Cámara Nacional del Comercio, hay curiosidad de los empleados. Desde arriba es un espectáculo edificante. Ciertamente, hay varias formas de mirar una manifestación. En una perspectiva horizontal, el interés radica en estar al mismo nivel de la marcha. La mirada vertical, al contrario, implica tener un lugar

preferencial y admirarla desde otra altura. Escalinatas, arriates, ventanas y azoteas. Mobiliario urbano y fachadas se convierten en interfaces efímeras entre los manifestantes y los espectadores.

Para una megamarcha una megalluvia. El mitin final

—¡¡¿Estamos de acuerdo, que nos quieran imponer el 5 por ciento en alimentos, medicinas y cultura?!! — ¡¡NOOOOOOOOOOOOOO!!, gritan a coro los manifestantes.

—¡¡¿Estamos de acuerdo, que se prolongue la edad para jubilados y pensionados?!! —¡¡NOOOOOOOOOOOOOO !!, contestan todos.

—¡¡¿Estamos de acuerdo que se recorte el presupuesto del gasto social?!! —¡¡NOOOOOOOOOOOOOO!!, repite la multitud.

—Entonces, compañeras y compañeros, decimos: ¡¡el pueblo se cansa de tanta pinche tranza!!, repitiéndose varias veces esta frase en la multitud.

Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia a las 16:55 horas. Eran enormes. En pocos momentos se convertirían en una verdadera tormenta. Los asistentes decían “para una megamarcha, una megalluvia”. Mientras, el contingente seguía avanzando de Juárez a Madero.

La lluvia arreciaba. Algunos miraron con desconcierto, quizá con un poco de envidia, a los que se guarecían de la lluvia. Pero ello no enfrió ni mojó su



ánimo. Inmersa en la gran marcha se encontraba una camioneta que protestaba por las agresiones del gobierno contra los comerciantes del barrio aguerrido de Tepito: “es un complot por parte del gobierno”, decía su perorata, “para despojar a los vendedores del territorio de Tepito y dar prioridad a los japoneses en la venta de su mercancía... por eso exigimos que se haga una revisión exhaustiva”. Los electricistas recibieron esta demanda con abucheos y burlas: “¡Te equivocaste de marcha, güey, mañana es la de Tepito!” les gritaban. Pero debemos detenernos un poco en este suceso. Refleja la posibilidad de muchos grupos de aprovechar y apoyarse en una manifestación para expresar sus demandas particulares. Oportunidad política que en otras circunstancias sería más difícil. En esa ocasión se dio la posibilidad para hacer presión sobre otro tipo de denuncias. Para los escépticos estos grupos representan el ejemplo de los acarreados, de los oportunistas, o de los provocadores. Sergio Aguayo comentó: “Me pregunto cuántos de esos 50 u 80 mil que marcharon iban profundamente convencidos de las razones que llevaban para marchar, ya que había todo tipo de contingentes...”¹¹ Para el sindicalismo y la izquierda, a diferencia de Aguayo, esto muestra la importancia de la dirección política de un sector de la clase trabajadora, alrededor de la cual se aglutinan otros sectores menos organizados, a partir de una demanda general, como la Soberanía Nacional, que es asumida por amplios grupos de ciudadanos. Pero esto mismo pasa con la derecha. En la manifestación que se organizó exactamente siete meses después, en junio de 2004, para protestar contra la inseguridad, grupos de derecha lograron una convocatoria extraordinaria, a partir de la cual extensas masas de la clase media, clase media alta y sectores populares acudieron al llamado.¹² Para esta manifestación, Sergio Aguayo no se hizo la misma pregunta.

¹¹ Véase el programa “Primer Plano”, Canal 11, 1 de diciembre de 2003.

¹² Véase Sergio Tamayo, “Crítica de la ciudadanía y la democracia sin adjetivos: Ocho escenas de un conflicto de clase en la ciudad de México”, ponencia presentada en el encuentro académico “La democracia a debate. Esto apenas comienza”, efectuado en el Museo de la Ciudad de México, del 28-30 de julio de 2004, organizado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal.

Entonces, la megamarcha tendió a bifurcarse. Comenzó la apropiación de la zona central. Los flujos se redensificaron, como las aguas que corren velozmente por conductos cada vez más estrechos. Los manifestantes entraban desde el poniente por la calle de Tacuba, por 5 de Mayo, por Madero. Desde el oriente entraron por la vía de Pino Suárez, y desde el sur siguieron por la calle de 16 de Septiembre. Retumbaron las consignas, la emoción crecía. Los manifestantes no paraban de gritar. Parecía un retiemble en su centro, el suelo, el espacio, las arquitecturas: “¡¡¡Aplaudan, aplaudan no dejen de aplaudir, que el pinche gobierno se tiene que morir!!!”.

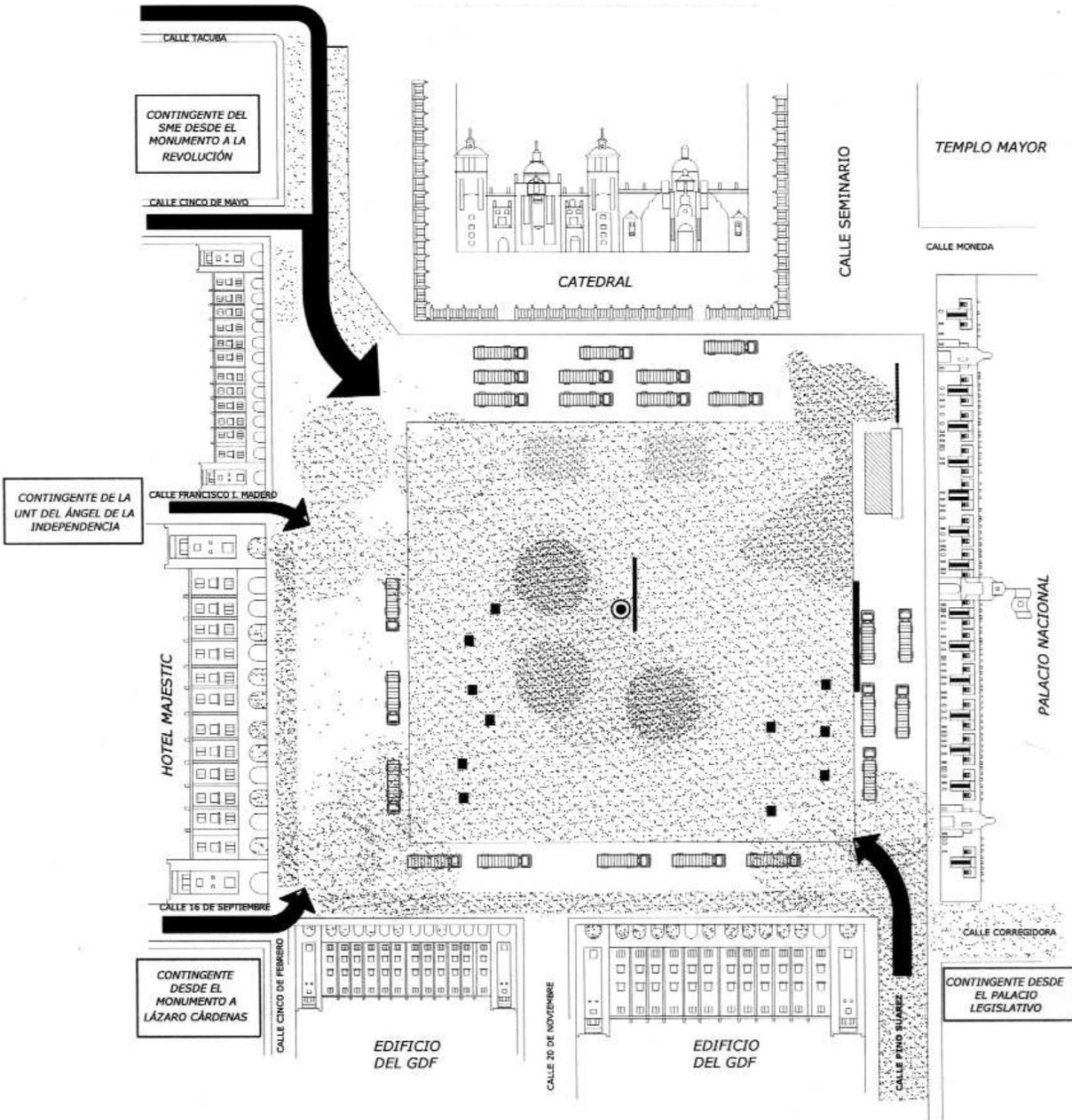
Las manifestaciones entraron desde el poniente. Unidades policiales ubicadas al pie de la Torre Latinoamericana comenzaron a movilizarse para cortar la circulación de los automóviles en el Eje Central y Juárez. Tras de ellos, elementos de seguridad avanzaban como una valla humana que iba creciendo para tomar los dos carriles.

Para las 17:15 horas, la lluvia alcanzó sus máximos niveles. Se acrecentaba con el viento. Sostener las pancartas se volvió una hazaña. El aire frío calaba los cuerpos. Habría que protegerse de algún modo. Los participantes se encontraban metidos en la calles del Centro. No había vuelta de hoja, la única opción era seguir adelante. Ningún local, para comprar un café o para calentarse estaba abierto. Los negocios decidieron cerrar por medidas de seguridad. Firmas como *McDonald's* y *Kentucky Fried Chicken*, entre otros, decidieron cubrir sus ventanales con grandes tablas de madera, para evitar pintas o agresiones de los asistentes a la marcha. Situación ya experimentada en otras ocasiones. La imagen era como de una ciudad en decadencia. La Cámara Nacional de la Industria de Restaurantes y Alimentos Condimentados (CANIRAC) ante los medios declarararía su indignación contra la marcha, pues las pérdidas llegaban a la considerable suma de seis millones de pesos.

La entrada final al Zócalo fue el clímax de las marchas en la Ciudad de México (véase mapa núm. 3). El espacio se reducía cada vez más al llegar a la esquina de Madero y la Plaza de la Constitución. Cientos de mirrones se apretujaban para ver pasar a los contingentes. Se cerró el paso hasta apenas dejar un acceso de cinco metros de ancho. Los contingentes se encogieron todo

MAPA 3.
APROPIACIÓN POLÍTICA DEL ZÓCALO. MANIFESTACIÓN POR LA SOBERANÍA NACIONAL CONTRA LAS PRIVATIZACIONES.

27 DE NOVIEMBRE DE 2003

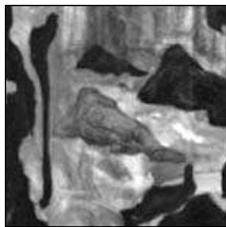


FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA CON BASE EN ETNOGRAFÍAS DE LA MARCHA. DIBUJO PLANO BASE : A. DIONICIO C. DIBUJO: JUAN CARLOS GÓMEZ LÓPEZ

SIMBOLOGÍA:

	Tempete		Pantalla gigante
	Asta bandera		
	Vendeores ambulantes		
	Autobuses y vehiculos estacionados		





lo que pudieron. Los observadores querían ver a personajes, amigos y conocidos. La marcha se convirtió en un espectáculo para los que observaban desde afuera. La reacción al entrar a la gran plaza fue mirar en todas direcciones, buscando un refugio. Los portales ya estaban a su máxima capacidad, el metro Zócalo cerrado y todas las mantas utilizadas como paraguas. Solo los trabajadores del SME, disciplinados y férreos, encargados de la valla para custodiar el templete aguantaron de pie, “sin rajarse”, como se gritaba a rabiar. Otros más jugaban como niños brincando entre los charcos. Muchos se compactaron para no sentir el frío bajo unos plásticos ofrecidos oportunamente por los vendedores ambulantes. Algunas botellas de alcohol aparecieron repentinamente. Las pocas mujeres y niños ya habían subido a los camiones estacionados alrededor de la plaza. Desde ahí, en posición privilegiada, decidieron seguir apoyando, ya no con gritos ni júbilo, pero sí con convicción.

La multitud seguía entrando a pesar de la lluvia, aunque algunos se dispersaron. Sin embargo, el Zócalo no se llenó. Nunca se supo con certitud cuál fue la magnitud precisa, a pesar que de los oradores nunca se cansaron de repetir: “¡¡Compañeros esta plancha ya está llena, y siguen llegando muchos contingentes!!”.¹³

El templete, que soportaría a los líderes y a sus discursos, se perdía a la vista, pues se colocó en un lugar descentrado. Sobre el eje central de Palacio Nacional se colocó una pantalla gigante. Casi frente a ella, a la altura del asta bandera, había otra igual. En ella se pasaban videos de la historia de la hidroeléctrica de Necaxa y de las luchas de los electricistas. Diez oradores tuvieron su turno; tres por la UNT, tres por el FSM, tres por las organizaciones campesinas, y uno por la Promotora por la Unidad Nacional en Contra del Neoliberalismo. No hablaron líderes políticos ni legisladores. Por pri-

¹³ El cálculo para medir las concentraciones en el Zócalo estima que la plancha central, sin contar las vialidades, mide 144.0 x 144.5 m. Esto da una superficie de 20808 m². Hemos calculado cuatro personas por m² en una posición cómoda y 5.5 personas por m² en las zonas cercanas al templete durante los mítines. Ello estima un total de 83232 personas. El Gobierno del D.F. estima que incluyendo las vialidades alrededor de la plancha, cabrían 120000.

mera vez los discursos demagógicos fueron sintéticos. Los líderes no querían retener por mucho tiempo a sus seguidores, ya que el interés iba perdiéndose gradualmente. Pero además, los de abajo tampoco se los permitían. Si alguien intentaba pasarse del tiempo marcado, se oían chiflidos de inconformidad.

Sobre una cama de cartones remojados, banderines y propaganda hecha pedazos, los ánimos comenzaron a desvanecerse. Hubo quienes decidieron mantenerse cerca de la plaza y buscaron refugio en las calles aledañas. En Corregidora, las tiendas de ropa vendieron lo que nunca. Mientras que algunos comercios de firmas trasnacionales decidieron cerrar sus puertas, otras tiendas populares supieron aprovechar el momento. Los manifestantes compraron sudaderas, playeras, pantalones y calcetines para sustituir sus prendas empapadas.

El último contingente llegó a las 17:55 horas, casi dos horas y media después de iniciada la marcha. Había logrado su cometido, estaban entrando a la plaza más importante del país. A las 18:00 horas lloviznaba, y los oradores terminaban su participación: “¡¡Ya basta de miseria, ya basta de ver a nuestros hermanos presos políticos, ya basta de simulación. Hoy la Promotora (contra las privatizaciones) también dice: ya basta al gobierno de Vicente Fox. Miles de trabajadores y de campesinos, hoy, venimos a decirle que si no puede con el cargo que renuncie!!!”.

El Himno Nacional dio por concluida esta jornada. Sin duda dejó huella en muchos ciudadanos y posicionó a los actores sociales en las luchas por venir.

Conclusiones

Las manifestaciones públicas son repertorios de movilización y de la acción colectiva. Representan una forma de presión política de los movimientos sociales. Son desafíos públicos ante el poder. Su objetivo es posicionarse políticamente y alcanzar reivindicaciones particulares de diversos grupos sociales. Una manifestación no constituye el conjunto de acciones públicas que un movimiento social realiza, pero simbólicamente, tanto para los participantes, como para aquellos que representan el blanco de la presión, es una de las actividades más impactantes, pues exhibe la cohe-



sión social y el grado de convocatoria de los organizadores.

Manifestarse es un acto de exhibición. Los inconformes se exponen a sí mismos, expresan sus anhelos e imaginarios, y establecen una identidad que se basa en la pertenencia y solidaridad del grupo, tanto como en la diferencia y reconocimiento del adversario.

Con el estudio de las manifestaciones es posible analizar la cultura política de los participantes, las características del conflicto social, los procesos políticos asociados, definir ideológicamente a los contrincantes, a los actores directa o indirectamente relacionados con el evento y a los grupos que las organizan. Es posible observar las tensiones internas del movimiento social, las alianzas, la heterogeneidad de perspectivas y las estrategias en la lucha por el poder.

La etnografía es fundamental para estudiar las manifestaciones. La tradición de la antropología ha profundizado el estudio de las peregrinaciones religiosas o festivas y las ha explicado como ritos culturales. Si bien las manifestaciones públicas de carácter ciudadano o político no significan lo mismo que las tradiciones populares, es posible advertir muchos elementos simbólicos parecidos. Pero para analizar estas expresiones públicas en su contexto político, y con base en el conflicto social, el tipo de etnografía a realizar exige ciertas adecuaciones, empezando por el hecho que una manifestación es un acto efímero, lo que la diferencia del análisis más permanente y estable sobre los estudios de vida cotidiana.

Habría que decir que la policía, los cuerpos de seguimiento y de análisis político de los gobiernos locales, tanto como el federal, utilizan sistemáticamente técnicas etnográficas para monitorear no únicamente las manifestaciones públicas, sino cualquier evento de tipo político. La manifestación del 27 de noviembre de 2003 fue en ese sentido especial en muchas formas. Para intentar cubrir lo más posible las distintas fases y microeventos que la constituyeron, hubo necesidad de conformar un equipo muy amplio de investigadores. Se realizó un taller de etnografía urbana con la participación de 15 estudiosos de distintas disciplinas.

Un aspecto importante en el análisis de los eventos políticos, como esta etnografía evidencia, es la refe-

rencia al tiempo y al espacio. Una marcha no es más que la apropiación política del espacio público. La apropiación del espacio es pues, por sí misma, expresión del carácter simbólico de la protesta y del movimiento social.

La etnografía que presentamos aquí describió diversos escenarios. El espacio está imbricado en todos ellos. Las caravanas que se dirigieron a la Ciudad de México fueron constituyendo una red de ciudades que delineó un tipo de espacio geográfico. Después, ya en la ciudad, los contingentes ligaron hitos urbanos. Los lugares se identificaron con las peculiaridades e ideologías de los grupos. Del Monumento a la Revolución y del Ángel de la Independencia salieron los sindicatos nacionales que sustentan una ideología nacionalista-revolucionaria. Del Monumento a Lázaro Cárdenas se encaminaron principalmente contingentes del PRD y organizaciones campesinas. Y del Congreso de la Unión se congregaron organizaciones de izquierda vinculadas a la Promotora Nacional contra el Neoliberalismo.

Más aún, la asociación de lo político con la apropiación simbólica del espacio nos permitió describir tres momentos de la manifestación: la toma simbólica de la calle y el inicio de la marcha; la trayectoria y las distintas apropiaciones del espacio urbano, y el cierre final, la entrada triunfal a esa gran amplitud que constituye el espacio del Zócalo.

Hacer la etnografía de una manifestación lleva implícito la correspondencia de lo político con el análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales. Pero no es posible limitar el análisis al aspecto político, sin tomar en cuenta el espacio público apropiado. El lugar juega un papel relevante en la comprensión de la acción social. La apropiación política del espacio público representa así el objetivo de la etnografía de las manifestaciones públicas.

BIBLIOGRAFÍA

- Poniatowska, Elena, *Fuerte es el silencio*, México, Era, 1982.
 Cruces, Francisco, "La Transformación de lo Público. Imágenes de protesta en la ciudad de México", en *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 12, México, 1999.
 Melucci, A., *Challenging Codes, collective action in the information age*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

De la marcha por la Dignidad a la marcha por la Paz

...la ciudad constituye el escenario de fondo donde, a través de la acción simbólica, una multiplicidad de grupos desarrolla distintas puestas en escena de lo que son, de lo que han sido y de lo que quieren ser.¹

Universos separados, vidas diferentes, sentimientos que se escapan, sueños materializados, anhelos frustrados, fantasías con alas, desesperaciones encontradas, ropas multicolores, gritos, ríos de “puntos blancos”, risas inocentes o grotescas, aplausos, infinitas postales que nos cuentan historias..., estamos en la Ciudad de México.

La urbe, como espacio emblemático de la diversidad, alberga segundo a segundo y centímetro a centímetro una gran variedad de personas y estilos de vida. Dentro de sus lógicas infinitas hay algunas que se vuelven familiares, reconocidas en la distancia y se dejan sentir sus efectos en los diferentes ámbitos de la vida social. Una de las expresiones más polémicas de estas lógicas son las marchas, que día con día ponen a prueba el precario y, a la vez sólido mecanismo de organización y negociación del espacio público por antonomasia: la calle.

Particularmente los días 26 y 27 de junio de 2004, las calles de la Ciudad de México fueron practicadas, intervenidas y resemantizadas por dos marchas: la Marcha del orgullo lésbico, *gay*, bisexual y transgénero y la llamada Marcha por la paz. Una y otra con mecanismos de articulación distintos, con la puesta en marcha de imaginarios y estrategias expresivas diferentes que apelaban a símbolos distintos, pero en estricto sentido, compartieron la manifestación y visibilización de un ejercicio de la ciudadanía que no requiere argumentos para su legitimación.

El presente texto es una ojeada a ambas marchas y una breve reflexión sobre las lógicas de articulación en términos de uso y apropiación del espacio,

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ Francisco Cruces, “El ritual de la protesta en las marchas urbanas”, en Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México, UAM-Grijalbo, 1998, p. 27.



la puesta en escena de la identidad, y la expresión de imaginarios urbanos, que se pueden ver en ellas.

La diversidad como emblema

Sábado 26 de junio: curiosidad, morbo, sorpresa, escándalo; ellos y ellas se han vestido, desvestido, disfrazado para ser fotografiados o captados por una cámara de video, en donde todo se vale y la imaginación resulta desbordada; si las cámaras no aparecen hay desilusión, disminuir el paso y posar para la toma, hacer que no se dan cuenta, espontaneidad artificial, hoy aquí están, las cámaras los hacen visibles y eternos..., es la Marcha del orgullo lésbico, *gay*, bisexual y transgénero.

La mañana, un tanto nublada, daba la bienvenida a los miles de manifestantes que se aglutinaban sobre la calle de Florencia, alrededor del Ángel de la Independencia y sobre la lateral de avenida Reforma, quienes esperaban ya poder iniciar la marcha del orgullo *gay*.

En el templete, colocado frente al Ángel de la Independencia, se presentaron diferentes números musicales, entre ellos algunas lesbianas bailando temas folclóricos, varias llevaban flores en la mano, que entregaban a otras mujeres, representando una declaración de amor, acto que de no haber sido en otro día y otro espacio no hubiera sido probable; desde aquí ya se empezaba a notar el ambiente festivo, desafiante y lúdico que imperaría durante toda la jornada. Un vaquero cantaba composiciones de su propia inspiración, “me siento a gusto con lo que soy...”, entonaba emocionado. Más tarde un joven cantaba rolas poperas, acompañado por un grupo de bailarines, todos vestidos de negro, recordando la estética de la vestimenta de la película *Matrix*, mientras los escalones del Ángel era tomados como escenario para sacarse la foto del recuerdo; frente a ellos, grupos de travestis, y lesbianas ondeaban banderas *gay*.

Entre cantante y cantante, el orador principal empezó a aventar sombrillas chinas rojas, naranjas, azules, amarillas; la gente brincaba y levantaba los brazos para apoderarse de ellas, algunas de las cuales caían al piso y la gente se arremolinaba para poder tener una de aquellas sombrillas, que se convertían en la metonimia de la mítica feminidad oriental y servían para completar la

vestimenta de aquellos esmerados en su arreglo personal, mientras para otros significaba un elemento lúdico para “integrarse” un poco más en términos visibles al carnaval.

Los padres de familia, quienes encabezaban la manifestación, subieron al templete y dijeron que la marcha era para exigir los derechos de transgéneros, lesbianas, homosexuales, *gays* y bisexuales; que los padres deberían amar y apoyar a sus hijos con todo y su orientación sexual, que se les debía querer y nunca darles la espalda, ni echarles de casa. A la oradora en turno, una madre de familia, durante las últimas frases se le quebró la voz, lágrimas rodaron por sus mejillas, mientras su hijo, que estaba enfrente del templete, gritó visiblemente emocionado: “¡¡¡ésa es mi madre chinga!!!”. Su grito se perdió entre los aplausos, pero los que estaban cerca de él alcanzaron a escuchar mientras la música de los camiones subía a todo volumen. La gente se empezó a mover, a integrarse en diferentes grupos, y de manera aparentemente involuntaria a conformar lo que sería ya el contingente principal; banderas *gay*, bailes, gritos, globos, mantas, todo fue puesto en marcha..., y la marcha comenzaba.

“¡Ay, pues decimos que nos equivocamos de marcha y ya!”

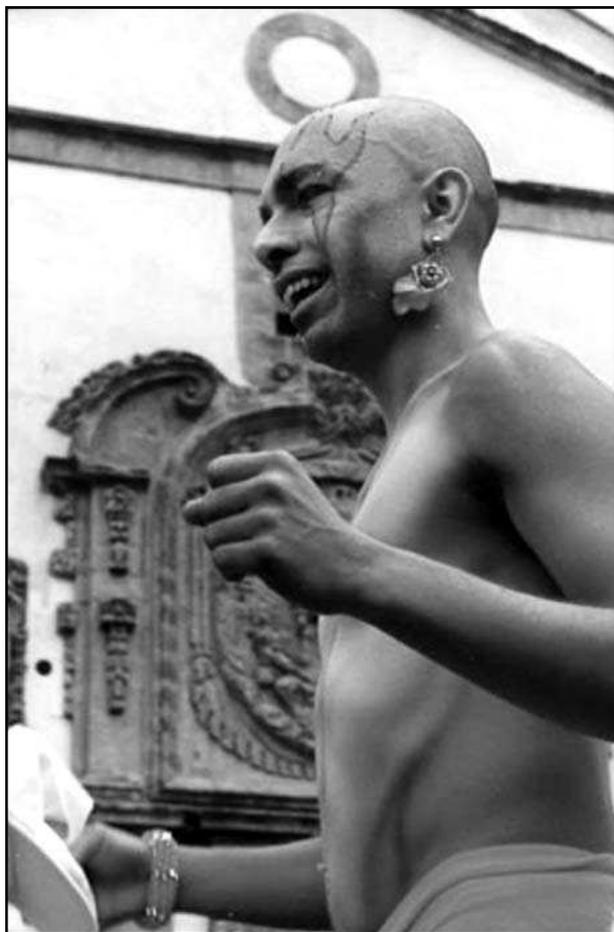
La presencia de la Marcha por la paz se dejó sentir entre los manifestantes y el chiste recurrente fue argumentar que se habían equivocado de marcha, en caso de que fueran vistos por alguien inesperado. Había una conciencia de que esas mismas calles, ese mismo espacio al otro día iba a ser recorrido por diferentes personas, pero sobre todo por diferentes causas, sentidas como “más legítimas” y con más derechos que los de la comunidad *gay*. Flotaba en el ambiente la presencia de la otra marcha, aún sin haberse llevado a cabo, se extendía como una especie de sombra simbólica que para algunos demeritaba y para otros ensalzaba esta marcha, esta manifestación, ambas por el respeto a los derechos ciudadanos, pero con diferentes legitimidades sociales, políticas y culturales.

Para hacer una ola *gay*, levantaban las dos manos hacia arriba, “quebrando las manos” hacia los hombros y

gritaban: “¡hoooolaa!”, recuerdo del gesto corporal para designar a alguien que “se le cae la mano”, marca social vuelta consigna, coreografía convertida en consigna corporal y verbal durante la marcha, muestra de una de las lógicas más visibles durante la marcha *gay*: hacer del estigma un emblema identitario, mostrar, repetir y reafirmar hasta el hartazgo aquellos rasgos por los que han sido marcados socialmente.

“¡No somos uno, no somos cien...! ¡Pueblo escucha, tu hijo se llama Lucha!”

En la marcha preponderan tres sentidos: el visual, el tacto y el auditivo, son los sentidos a los que más se apela. Marchar es hacerse visible y hacerse escuchar, y



El cuerpo convertido en “pancarta” polisémica dentro de la marcha *gay* (fotografías: Aída Analco).

también tocarse sin culpa. El cuerpo, entonces, se vuelve una “pancarta” en movimiento, mensaje polisémico que podrá entender de manera total aquel que conoce los códigos, otros se quedarán en una lectura superficial.

El cuerpo como territorio de expresividad transgresora, los cuerpos gritan a través de su vestimenta, el cuerpo escandaliza con su desnudez, los cuerpos transformados son exhibidos como una conquista simbólica, los senos aparecen a la menor provocación, mostrando las cicatrices de las cirugías que los han construido. Mostrar el cuerpo como un logro: “¡por fin lo hice!”, es una celebración del derecho a hacer lo que se quiera, exhibirse a cada momento; este día se vale, es su día, hacer evidente la preparación del evento, con días, semanas, hasta meses de anticipación, para estar ahí, para verse, mostrarse, sólo un día, pero en el que todo se vale.

Asimismo se percibe una relación distinta con el cuerpo, tomar conciencia de él, en términos de socialización y erotización que encanta y que traspasa los límites de la cotidianidad, porque hoy lo prohibido es legítimo, el tocarse, sentir al otro, besos y caricias en los que algunos ven insultos al pudor, ellos construyen simbólicamente expresiones de libertad.

Por otro lado, las voces, música, porras, risas, gritos, consignas, el escándalo es literal, además de simbólico, la marcha se oye, el motor de los camiones, canciones y burlas se insertan dentro de la lógica de la manifestación.

El silencio se recorre a otros espacios, el silencio es para los “mirones” que atónitos ven pasar la marcha, hoy la voz es de la comunidad *gay*, el discurso verbal se vuelve un elemento importantísimo dentro de la marcha. Cambiar palabras dentro de las consignas tradicionales de las marchas y dotarlas de un nuevo sentido, también es un mecanismo recurrente. Transformaciones simbólicas para generar nuevos discursos permeados por lo lúdico. El insulto, las groserías, es el vocabulario de la plaza pública, las palabras que designan las partes íntimas del cuerpo están a la orden del día y llevan un significado distinto, lo grotesco² —entendido en

² Bajtin Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 131–176.



Atónitos y asombrados, los transeúntes ven pasar la marcha y escuchan a la comunidad gay.

términos de la unión de lo sublime y lo terrenal, lo corporal—, se ve y se escucha, lo escatológico da paso a la risotada y la transgresión de mundos simbólicos sigue irritando a los que van fuera de la marcha.

“¡Detrás de las persianas se esconden las lesbianas, detrás de los balcones se esconden maricones!”

Detrás, lo oculto, lo ilegítimo, la reprobación social que lleva a la vergüenza, la doble vida, el hacer de los mirones uno igual a ellos, reírse del encierro social en el que la sociedad los ha destinado en tanto su calidad de homosexuales; regresarles el estigma, la marca, la exclusión social, hacerlos marginales; físicamente son ellos los que tienen la centralidad, van en la marcha, los marginales son los de afuera, los que no van en la marcha, los que están en la periferia, la relación centro-periferia se resignifica en términos espaciales y simbólicos, quienes van en la marcha constituyen la centralidad, acaparan la atención, disturban el tráfico vehicular y la moral de quienes los observan.

El emplazamiento físico se vuelve simbólico, estar dentro o fuera de la marcha implica una orientación sexual, pero también una conciencia por la diversidad y los derechos del otro; así también se vuelve un ejercicio ciudadano lúdico, participación y manifestación que no busca legitimidad porque la tiene *per se*.

“¡¡Banquetera únete!!”

A lo largo de la marcha hay un juego respecto de la orientación sexual del otro. Juego de hacer a los otros iguales a ellos, adjudicar la homosexualidad, porque finalmente “todos son *gays* hasta que se les demuestre lo contrario...”. En el fondo, de manera simbólica se apela a dos cosas: a salir del clóset, a atreverse a bajarse de la banqueta y por otro lado, se apela al ejercicio ciudadano de manifestarse, de unirse, de apoyar, de tener el consenso y que todos caminen con ellos, solicitar al otro su solidaridad, el respaldo a sus derechos, que se concreta en el acto de caminar juntos.

Durante toda la marcha en sus consignas se encuentran los sectores sociales más grandes e importantes en términos estructurales. Apelar a los diferentes actores: policía, Estado, familia, Iglesia... “¡Norberta Rivera homofóbica y culera!”, llegando al Zócalo por la cercanía con la Catedral en los últimos metros de la calle de Madero, ahí es donde arrecian los gritos para el arzobispo primado de México. Insultos que simbólicamente apelan a la legitimación desde diferentes sectores, desde la burla o la injuria se les reconoce la importancia para la aceptación social.

La marcha por la Paz

La multitud rebasó a los organizadores. El repudio a la delincuencia y la solidaridad con las víctimas congregaron a una variopinta confluencia de personas, ajenas en su mayoría a siglas partidistas o mambretes ciudadanos. Ellos hicieron de la marcha de la derecha su propia protesta contra la inseguridad pública.

Aunque formalmente se trató de una sola, en los hechos fueron dos manifestaciones distintas las que ocuparon el Zócalo de la Ciudad de México el día de ayer. De un lado, la de los convocantes formales a la protesta y su entorno asociativo: cámaras empresariales, militantes panistas, grupos religiosos, empleados de compañías privadas, personal de confianza de las dependencias gubernamentales, estudiantes de escuelas particulares, asociaciones civiles, organizaciones filantrópicas. Del otro, víctimas del hampa,

familiares de las mujeres asesinadas en Chihuahua, vecinos de colonias populares, trabajadores electricistas, grupos de izquierda que quisieron quitarle a la derecha las banderas de la lucha contra la delincuencia, ciudadanos convencidos de la necesidad de participar por el llamado de los medios de comunicación.³

La cita fue nuevamente en el Ángel, domingo 27 de junio, las calles aledañas habían sido cerradas y por ellas transitaban cientos de personas para llegar hasta el punto de reunión, una vez emprendido el camino, la gente se incorporaba a la marcha por diferentes calles, familias enteras apresuraban el paso para formar parte del macrocontingente de la llamada Marcha por la paz, a diferencia del día anterior, el colorido ausente dio paso al blanco predominante en las ropas de las personas de esta marcha.

De marcha a desfile

La ropa misma emplazaba a los manifestantes, vestimentas de marcas reconocidas aparecieron a lo largo de todo el trayecto, gafas para el Sol, celulares, perfumes y afeites inusuales en una marcha se hacían presentes. Se notaba un arreglo esmerado para que pareciera casual, zapatos y ropa deportiva, perfectamente combinados: “para la caminata, me traje estos zapatos, que son unos verdaderos guantes, no sabes”; respecto del día anterior, también hubo una preparación en términos de “facha”, el principio: color blanco, después los matices para lograr la apariencia casual, pero “jamás desaliñado”, el contenido cedió ante la forma, lógica que se mantendría durante toda la marcha.

Las clases caminaron juntas pero no revueltas, había pequeños contingentes “involuntarios” que se formaban a lo largo de toda la marcha, grupos de personas de tez blanca, ropa cara y comentarios triviales caminando en el mismo sentido que las familias de extracción modesta, pero sin duda esta marcha fue de la clase media, comentarios como: “es la primera vez que vengo a una marcha”, era el testimonio más escuchado; grupos

³ Luis Hernández Navarro, “Las muchas marchas”, en *La Jornada*, 28 de junio de 2004.



El miedo al otro y a la ciudad, predominó en la marcha.

de jovencitos, con ese particular modo de hablar, alargando las últimas sílabas de cada palabra, caminaban como en excursión escolar: “ahora hasta en la tele vamos a salir, qué loco, ¿noooo?”, una señora hablaba por su celular: “¿en dónde estamos?, ah sí en una calle que se llama Juárez, me dicen...”, mientras otra señora con una pañoleta blanca en el cuello, celular en mano y gafas para el Sol, le comenta a su acompañante: “mira, ahí está Monse del club, ¡qué bueno que vino!, ¿no?”, entonces, la marcha derivó en desfile, en una pasarela, donde lo que importaba era ser visto por los demás, pero no por los otros, a diferencia del día anterior, sino para exhibir la “conciencia social” entre pares, entre los conocidos, los demás no importaban.

Marchar se volvió *chic*

Entonces se pierde la politización expresiva de la marcha como forma de protesta, las consignas ceden ante el silencio coordinado y mandatado, aunque si no hubiera habido ese consenso, tal vez la mayoría de los

manifestantes no hubieran sabido qué gritar además de “¡México, México, México!”.

Madres cargando a sus hijas, gente conversando y riendo, pláticas sobre la gente del club, la próxima boda de fulanita, el desastre en que está convertida avenida Reforma: “¡lástima, tan bonita avenida!”, y de tanto en tanto, alguien recordaba que estaban ahí por la inseguridad, y empezaban las quejas por los robos y los secuestros, y de cómo habían tenido que contratar más vigilancia en las colonias en las que viven.

La marcha era política, pero despolitizada, aunque muchos quisieron ponerle nombre y apellido, en realidad fue un ejercicio inacabado de ciudadanía, con diferentes niveles de “conciencia” en términos de los motivos para estar ahí.

Pasen la voz

“**A** la una de la tarde, en donde estemos vamos a empezar a cantar el Himno Nacional, pasen la voz”, y el mensaje recorrió la marcha,

El espacio físico fue insuficiente, pero también el espacio simbólico. En términos de proceso ritual resultó inacabado, ya que se sentía una falta de cierre para la marcha. Cuando la gente por fin llegaba al Zócalo, no sabía qué hacer, algunos dejaron las pancartas que llevaban como huella simbólica de su presencia, pero otros sólo llegaron a la “plancha”, mirando como queriendo encontrar algo y comenzaron a desandar sus pasos en búsqueda de algún lugar para comer y descansar. El intento de cierre fue entonar el Himno Nacional, algunos visiblemente conmovidos, otros bostezando, otros ignorando qué estrofa seguía.

Demanda por la seguridad de una ciudad desconocida

...los procesos imaginarios se construyen según distintos “puntos de vista urbanos” y así habrá una ciudad de las mujeres [...] o una ciudad juvenil [...]. Cada urbe, hablando culturalmente,



será entendida como la suma hipotética de los distintos puntos de vista ciudadanos.⁴

Sin duda, la movilización del 27 de junio resultó una marcha sin precedentes, en términos de convocatoria; literalmente eran ríos de gente que se desbordaban antes de llegar al Zócalo. Las calles del centro fueron visitadas por primera vez por los manifestantes y para muchos fue la primera marcha a la que asistieron. La apropiación del espacio se dio en términos físicos y simbólicos.

Una señora hablaba por celular: “¡ay espérame!, ¿qué es aquí, ¿cómo se llama...? (el monumento a Cuauhtémoc), ¡ah, sí!, me dicen que es el monumento a Cuauhtémoc, sí casi llegando a Insurgentes...”. Para muchos más que un acto de protesta, la Marcha por la paz se convirtió en un paseo por calles de la ciudad que no conocían, fue mirar y descubrir partes de la ciudad, transitar por primera vez por la ruta tradicional de las marchas y formar parte de una de ellas; era como ir construyendo el espacio a tumbos y tropiezos, ante el desconocimiento de las calles por las que caminaban, dejarse arrastrar por el gigantesco contingente.

La “ruta tradicional” de las marchas como espacio físico fue intervenido de manera distinta, el mismo recorrido con diferentes expresividades de carácter estético. La Marcha por la paz fue una ruptura dentro de la cotidianidad de la lógica de las marchas. El color blanco —otrora emblema de la paz— recordaba más a una asepsia en términos políticos que se propagandizó de tal manera, que terminó “destiñendo” la ideología de los manifestantes. La ausencia de consignas —elemento fundamental para emplazar a quienes conforman las marchas— también contribuyó a diferenciar esta manifestación de las demás. La estética de las pancartas —y en algún sentido la escasez de las mismas— recordaba más a algunas marchas de partidos políticos o desfiles, en donde el sólo “pasar lista” era lo importante.

⁴ Armando Silva, “Imaginarios: estética ciudadana”, en Abilio Vergara (coord.), *Imaginarios: horizontes plurales*, México, INAH-ENAH-BUAP, 2001, p. 108.



Durante la marcha por la Paz se buscaron muchas cosas y pocas se encontraron.

El tamaño mismo de la marcha, los miles y miles de individuos que caminaron rumbo al Zócalo, resultó una intervención que no sólo fue de carácter físico y material, sino que implicó la hiperbolización misma de la protesta como ritual urbano —aun cuando éste no haya sido terminado, como ya se mencionó antes—, comprensión del acto simbólico de caminar juntos, expresión de la cooperación ciudadana conteniendo una paradoja: “estoy aquí por mis intereses...”, y la suma de los intereses de todos nos hacen estar aquí, coincidencia que no requiere consenso, especie de individualismo altruista, como diría Ulrich Beck.⁵

Retomar la calle como foro de expresión por autonomía, retribuirle su carácter simbólico y poder

construir discursos a partir del tránsito, del discurrir por las avenidas de la ciudad. Intervención del espacio, apropiación de él, “realización”, construcción desde la, aparentemente, sola presencia, expresión de ciudadanía con infinitos matices y significados en su interior, dados por la experiencia individual de cada manifestante que conformó la marcha —paseo— desfile por la paz.

La fragmentación de la ciudad se hizo evidente ante el desconocimiento del Centro Histórico —el “corazón de la ciudad”—, por parte de quienes marcharon sobre él; no quiere decir que éstos no tengan corazón, simplemente, que en una ciudad tan grande, lo han puesto en otra parte.

La centralidad se vuelve multicentralidad y cada habitante decide a qué lugar pertenece o como lo expresa Silva: “la ciudad pasa a ser aquella concebida en los croquis sociales de sus moradores”.⁶ Los límites de la ciudad se expandieron para muchos de los manifestantes. De cualquier manera, esta multicentralidad cedió —entre el desconocimiento y la afirmación a través de la negación— ante la densidad histórica y simbólica del espacio. La marcha tuvo que llegar al Zócalo para ser vista, tuvo que recorrer la ruta tradicional de las marchas, caminar las mismas calles para legitimarse como acto de protesta y reafirmar la autoridad simbólica del espacio, quedando de manifiesto la relación dialéctica entre construcción del actor y del espacio.

La ciudad fue vista de manera total en términos imaginarios, ya que a pesar de esta fragmentación e inabarcabilidad en un sentido físico, el miedo y la inseguridad fungieron como conectores simbólicos de las múltiples cotidianidades, de los distintos puntos de vista ciudadanos. Todos convergieron en estos dos elementos. Por un momento, las múltiples ciudades vividas por cada habitante se vieron entrelazadas, desde el imaginario, por la inseguridad y el miedo.

El miedo como móvil y como rechazo, negarse a vivir con miedo ante la inseguridad y poder sobrevivir con el terror al otro en la urbe y a la urbe; manifestarse (en el sentido de protesta y de hacerse ver) por una ciudad desconocida...

⁵ Ulrich Beck, *Hijos de la libertad*, México, FCE, 2002, p. 18.

⁶ Armando Silva, *op. cit.*, p. 114.

La órbita de la capital mexicana y la crisis de la nación en 1848

En 1847 los americanos se apoderaron de la Ciudad de México. Lo sucedido con esta ciudad durante aquellos meses de la ocupación militar ha sido escasamente estudiado.¹ Ha sido considerado, más bien, como una historia marginal por estar en contradicción con la historia nacional que encontró, en aquellos momentos, nuevo eje discursivo en Querétaro. En particular, la actuación del gobierno de la Asamblea Municipal en 1848 ha sido considerada, cuando más, traidora. De ese modo, la historiografía ha secundado el intento de los contemporáneos de acallar el que en aquellos momentos la Ciudad de México hubiera intentado ni más ni menos que un pronunciamiento.

Con ser ésa una página de inverosímil historia regional de la Ciudad de México, su interés no es sólo para el anecdotario de la capital. Es un suceso clave para entender al país de aquellos años; la consistencia política del México invadido por los estadounidenses. Nos muestra que el pretendido Estado-nación que ahora conocemos como República Mexicana presentaba avances sólo rudimentarios en su proceso de consolidación, veinticinco años después de su independencia. Consta la reaparición en el lenguaje político de una vieja lógica de pacto claramente vigente. Delata la verdadera constitución de la República: un gobierno central que, sólo él, quería conformar una sola nación; un Estado-nación que había logrado serlo sólo en apariencia; una República cuya constitución histórica coincidía con su imposible constitución política: conjunto de estados soberanos renuentes a consolidar una unidad superior que los contuviera y sujetara. Conjunto, en fin, de naciones inciertas que resistían a las políticas constitutivas, integradoras de un gobierno general lábil con intenciones

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Luis Fernando Granados "La patria de los apátridas", en *Letras Libres*, septiembre de 2003, hace un polémico recuento historiográfico del tema de la Guerra de 1847-1848. En *Sueñan las piedras*, México, Era/Conaculta, 2003, trabaja la Ciudad de México en esa época y la bibliografía es completa.



políticas de centralización.² Conque lo ocurrido al país durante la guerra debiera mejor plantearse en consecuencia con la naturaleza de aquella añeja entidad política y no síntoma de desorganización del gobierno general de una federación, o de la falta de patriotismo de los estados que la conformaban.

El suceso resulta clave, también, —lo intentaremos mostrar— para avanzar en un asunto que se ha estudiado someramente: el de la capitalidad de la Ciudad de México.³ De la relevancia del tema es prueba la permanencia inamovible de la sede del gobierno central al interior de sus muros hasta nuestros días. Sin embargo —para las fechas de los sucesos que estudiamos— de igual permanencia y quizás aún de mayor significación sea el hecho de la órbita restringida de la ciudad capital. Tanto, que esta restricción, definida desde la temprana época virreinal⁴ y reconocida y confirmada en los inicios de la época nacional es posible pensarla como condición de la capitalidad. En un mundo de ciudades, la prohibición a la de México de una jurisdicción territorial correspondiente con su alcance pareciera, en efecto, la condición impuesta desde fuera para garantizar la dedicación de la capital a los problemas del espacio todo de la nación. Los diputados al congreso constituyente pensaron, seguramente, que al mantener la restricción se impediría que la Ciudad de México tuviera la tentación de dominar a las demás.

Como si de una demostración *ad absurdum* se tratara, la toma de la ciudad por el ejército estadounidense corrobora la probabilidad de la que suponemos



condición a la capitalidad. Esto es, al ser expulsado el gobierno general de la capital se desarticula la razón de ser de la sede y pierde su objeto la restricción territorial impuesta a la Ciudad de México: sin un gobierno general habitándola, qué sentido puede tener el que conserve las características de capital nacional. Consecuentemente, el artificio político se disipa.

Es así como podemos explicarnos lo que sucedió. En el momento en que la ciudad dejó de ser la capital del país tomó forma la ambición de sus vecinos de un espacio jurisdiccional privativo. México ciudad se vio ante la urgente necesidad de cumplir con las características de sus semejantes, y peculiarmente, en el mundo hispano, la de dominar una región definida en proporción a su tamaño. A la ciudad ex capital, liberada de la carga nacional, sólo le restaba entonces conquistar una órbita propia proporcional, sin restricciones. Para que luego, el cuerpo urbano pudiera aspirar, ya con la prescancia del terrateniente, y claro, con su solvencia, al derecho a la soberanía.

De manera que esta historia ha de comenzar cuando el gobierno general emigra a Querétaro en septiembre de 1847 tras perder la capital. Perdida la Ciudad de México, al gobierno de la federación no le queda más remedio que irse con “su música a otra parte”; llevarse la cabeza de lo que va quedando de la República a Querétaro. Sólo para comenzar a experimentar, como no lo había hecho hasta ese momento, una dolorosa impotencia política: un erario en quiebra, la carencia

² Marcelo Carmagnani, “Territorialidad y federalismo en la formación del estado mexicano”, en Inge Buisson (ed.), *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*, Internationes-Bonn, 1984, pp. 290-303. Marcelo Carmagnani, “Finanzas y estado en México, 1820-1880”, en Luis Jáuregui y José A. Serrano, *Las finanzas públicas en los siglos XVIII-XIX*, México, Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, 1998, pp. 131-177.

³ Stuart B. Schwartz, “Cities of Empire: México and Bahia in the Sixteenth Century”, en *Journal of Interamerican Studies*, University of Miami, vol. X, núm. 4, octubre de 1969, pp. 616-637.

⁴ Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM, 1986, p. 185.

de fuerza militar, la incapacidad de convocar a un congreso general y lo más doloroso, padecer la sordera de los estados “soberanos” a sus angustiosos llamados para compartir los problemas de la pretendida nación.

Sucede que la pérdida de la Ciudad de México se vive por todas partes como la puntilla a la República y por todos lados alienta la desagregación. Los estados componentes dan los primeros pasos a una desbandada. Decisión que no atenta contra nada ni puede ser acusada de traidora, de hecho, está jurídicamente prevista; basta hacer efectiva la soberanía estatal defendida cuando la firma del pacto constitucional en 1824. San Luis Potosí, Michoacán, Yucatán, en fin, uno a uno los estados “soberanos” comienzan la diáspora. El endeble gobierno central y su proyecto de Estado-nación se deshacen en las barbas del invasor.⁵

Con todo, para quienes intentan seguir representando a la unión precaria, la crisis no ha tocado fondo. Para ellos, lo más grave de todo, el colmo, comienza al enterarse de que también la ex capital de la República, la ciudad abandonada en manos de los “gringos”, busca sacudirse, no las fuerzas de ocupación, sino la sujeción republicana. Los despojos del gobierno federal, ahora en Querétaro, no pueden creer que ella también comience a desconocerlo y a resolver en cambio problemas propios; a desentenderse, en fin, de la problemática del Estado-nación. No pueden creer que la vieja capital a la que consideran mero dispositivo del poder federal, comience a imaginar otro destino, y que al igual que otras regiones intente dar inicio a una vida por su cuenta.

Aunque la había abandonado, no por ello el gobierno federal había dejado, ni por un momento, de considerar suya a la Ciudad de México: mero instrumento de la federación. Y mantuvo y hasta endureció la rigi-

⁵ Laura Herrera (comp.), *México en guerra (1846-1848): perspectivas regionales*, México, Conaculta/Museo Nacional de las Intervenciones, 1997; Josefina Vázquez (comp. e introd.), *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos*, México, FCE, Secretaría de Relaciones Exteriores, El Colegio de México, 1997.



dez de su mando. A control remoto, desde Querétaro, no dejó de exigirle silencio absoluto, obligándola a no dar señales de vida; a que sin importar lo que pudiera sucederle a su vecindario, dejara hasta de atender problemas propios, acuciantes, para no resolvérselos, de paso, al ejército estadounidense que la ocupaba. Siguió demandando, además, el envío de recursos a obtener donde fuera necesario y hasta le prohibió las elecciones municipales de fin de año.

Para quienes, desde México ciudad, sobrevivieron este abandono, la orden ilegal de que, por lo pronto, se olvidaran de sus derechos ciudadanos resultó ya intolerable, el límite, la gota que derramó el vaso. Fue el síntoma indisputable de que el gobierno en Querétaro no representaba nada, que era una dictadura, una tiranía. La dictadura ridícula de un poder que más parecía su propia sombra. Si el argumento justificativo de la necesidad de la Unión había sido la protección de la amenaza externa, en esos momentos de la invasión, ¿qué podría alegarse en su defensa?, ¿cómo entender este poder central fuera de su vieja sede? En este mundo de ciudades sólo la de México, la sempiterna capital, podía sustentar las pretensiones de sede de un poder general, ¿qué derechos podían alegar los habitantes de Querétaro?

Aislada, la Ciudad de México empezó a sopesar sus fuerzas. El exilio del gobierno general le permitió reconsiderar su situación e imaginarse a sí misma liberada, no abandonada; protegida, no ocupada por un ejército extranjero. Así que tomó las riendas de su destino. Consintió la tentación de la oportunidad soberana. En su imaginación, trastocó la ocupación extranjera en puerta de escape a una liberación de la república que la había tenido mutilada, tomada. La sometida ciudad comenzó a urdir su autonomía. Todo, al tiempo en que el gobierno federal en su sede queretana y la República que representaba languidecían.

Como veremos, pese a las prohibiciones, de hecho, espoleada por ellas, la ciudad ex capital comenzó a mostrar síntomas de vida propia, independiente. Organizó elecciones rebeldes. Con el resultado de las urnas, con-

formó un cuerpo de electores y éste nombró y dio “instrucciones” a un nuevo cuerpo capitular. Por supuesto que no para ocupar los desangelados asientos del viejo, sumiso ayuntamiento de siempre. Organizó una nueva, una inusitada forma de gobierno: una Asamblea Municipal: en estricto, el gobierno de una ciudad en ejercicio pleno de sus derechos soberanos. Sigilosamente se pronunció, apoyándose para ello en las fuerzas extranjeras. Para la ciudad dieron inicio tiempos insospechados.

Quienes habían fungido de munícipes al tiempo de la invasión extranjera tuvieron que, escandalizados, ceder sus lugares a los promotores de este insólito proyecto insurgente. Sin ellos, el gobierno nacional perdía su ascendente con la única autoridad que lo atendía desde Querétaro. Los que de ellos no se fueron a Querétaro, les quedó sólo atestiguar cómo la ciudad soltó amarras hacia la autonomía.⁶ Al inicio de 1848, y no en septiembre de 1847, el país perdió su capital.

Para las flamantes autoridades de esta Asamblea Municipal ahora a cargo de la ciudad, la salida del gobierno general —ya decíamos— fecha el final del pacto federal. Por lo tanto, en tan insólitas circunstancias, la Ciudad de México ya no es la capital nacional ni tiene por qué seguir comportándose como tal. Considera en cambio urgente reorganizarse a tiempos forzados para enfrentar lo que pudiera resultar en esos momentos de disolución nacional. Afirman los héroes de esta historia (traidores en el relato patrio),

La asamblea extraordinaria, que ahora se va a instalar, tiene que encontrarse en posiciones bien difíciles en las cuestiones políticas que se agiten sobre la suerte de la na-

⁶ Véase Esteban Sánchez de Tagle, “1847. Un protectorado americano para la Ciudad de México”, en *Relaciones; estudios de historia y sociedad*, México, El Colegio de Michoacán, núm. 86, primavera 2001, vol. XXII, pp. 211-248; Esteban Sánchez de Tagle, “Los cálculos de la capital durante la ocupación norteamericana en 1848”, en *Historias*, núm. 47, México, revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, septiembre-diciembre 2000, pp. 39-48.



ción. No es remoto llegue el momento solemne de que á las autoridades se les anuncie se salve quien pueda. Para este triste caso, pero posible, salven los representantes de México la independencia de su administración interior, y que la nueva confederación en que entrare la proporcione respetabilidad en el exterior, paz, orden, prosperidad y libertad de pensamiento y conciencia en el interior.⁷

Al mismo tiempo, la ex capital se dispone a transformarse en un impensado Estado soberano. México ciudad no puede alegar derechos de soberanía ninguna. Ausente el gobierno general, la Ciudad de México no es capital de ningún Estado. Es meramente el casco de una urbe, una urbe mutilada y sin representación posible en un mundo de ciudades a la manera hispana. El

⁷ Francisco Suárez Iriarte, *Defensa pronunciada...*, México, 1850, p. 121.



asunto es tan insólito, tan irregular, que a los intentos independentistas de la “ciudad” de México sí se los habrá de acusar de traición.⁸

Es claro que si la ciudad intenta asumir la soberanía, no podrá continuar mutilada, sin un verdadero territorio propio que le otorgue presencia y solvencia en aquel mundo de corporaciones territoriales. Ya no tiene razón de ser la decisión de los estados de negarle un territorio. No tiene para qué seguir circunscrita por la frontera de escasas millas en redondo que le fuera impuesta desde fuera. Ahora puede medir su propia fuerza, su propio alcance. Llegar hasta donde pueda. Abarcar el espacio que le permitan sus poderosos tentáculos.

El insólito grupo que se ha hecho con el poder municipal, que se ha identificado con los intereses de la ciudad decide entonces hacerse de un territorio del cual la ciudad sea cabeza. Conquista que ha de efectuarse mientras el gobierno nacional continúe atado de

manos en Querétaro. Aprovechar la fuerza del enemigo. Actuar con celeridad. La región en ciernes ha de estar plenamente consolidada a la firma de la paz, o, en todo caso, para el momento de la anexión; lo que sea que venga.

En consecuencia, quienes ocupan la flamante Asamblea Municipal aprovechan todo lo que tienen a la mano. Y no tienen mejor oportunidad que la necesidad de los invasores del cobro de la contribución de guerra. Ofrecen a las fuerzas de la ocupación la organización de los cobros de marras si para ello se les concede la jurisdicción sobre los pueblos a los que ha de imponérseles. Los invasores, con tal que alguien les organice estos pagos no tienen empacho en ampliar la órbita de la ciudad, muy ampliamente, por cierto. Primero, hasta los límites del valle de México, e inmediatamente después, más allá, mucho más.

Como ante la exigencia americana de esta misma contribución el gobernador del Estado de México se había mostrado renuente y respondiera “que nunca prestaría su cooperación para cobrarla”,⁹ la amputación de buena parte de su territorio, hecha en favor de la Asamblea Municipal —piensan seguramente los estadounidenses— le ha de servir de escarmiento.

El 5 de febrero de 1848 apareció en la prensa de la Ciudad de México la noticia. Desconcertante para quienes, aun los que se quedaron en la ciudad, desconocen los planes del estrenado gobierno municipal, es decir, para casi todos. Se publica una disposición del gobernador civil y militar de la ciudad. El mandato dice así: “para asegurar la tranquilidad y buen orden en las inmediaciones de la ciudad de México, toda esa parte de territorio comúnmente conocida como el valle de México... es anexado al ‘distrito federal’ y puesto bajo la jurisdicción del ayuntamiento de la ciudad, para los objetos de policía y rentas”.¹⁰

La definición de la órbita para la Ciudad de México no obedece a criterios abstractos de espacios mesura-

⁹ *El Monitor Republicano*, 2 de enero de 1848.

¹⁰ *El Monitor Republicano*, 5 de febrero de 1848, *ibidem*, “Orden del Gobernador Civil y Militar”, 4 de febrero de 1848.

⁸ *Ibidem*, “Declaración del presidente Manuel de la Peña y Peña”, p. 5.

bles. El espacio en el mundo hispano se concibe como la yuxtaposición de ciudades.¹¹ Por lo tanto, la ciudad se apodera de centros urbanos, de pueblos, con sus órbitas respectivas. La selección de estos pueblos, hecha sin duda por los subversivos munícipes ha sido bien meditada y dista de limitarse al espacio geográfico del valle de México: Texcoco (Texcoco, Papalotla, Atengo, Acolman, Chiautla, Chicoloapam, Tepetlaostoc, Calpulalpan), Teotihuacan (Teotihuacan, Otumba, Axapusco, Temascalapa, Tecamac, San Cristóbal Ecatepec), Chalco (Chalco, Tlalmanalco, Amecameca, Tepopula, Xochitepec, Ozumba, Totolapa, Tlayacapa, Ixtapaluca, Ayotzingo. De la zona oeste de México: Tlalnepantla (Tlalnepantla, Tultitlan, Huixquilucan, Monte Bajo, Monte Alto, Naucalpan), Zumpango (Zumpango, Tequisquiác, Nestlalpan, Huixipostla), Cuautitlán (Tepotzotlán, Teoloyucan, Huehuetoca, Tultepec), Tlalpan (Tlalpan, Xochimilco, Coyoacán, Milpa Alta, Toyahualco, San Ángel, Santa Fe), Tulancingo (Tulancingo, Atotonilco el Grande, Huacazaloya, Acaxochitlán, Tutotepec, Tenango, Huehuetla, Zinguilucan), Pachuca (Pachuca, Mineral del Monte, Mineral del Chico, Zempoala, Tizayucan, Apam).

A la ciudad se le cumple este sueño de un territorio propio, plenamente, además. Es decir, sin tener que verse como hasta entonces sometida a la voluntad de una instancia superior de gobierno especial: ni de virrey ni de Audiencia, ni de corregidor ni de jefe político, ni de gobernador del Distrito Federal. Sin restricciones y, claro está que sin quien mantenga viva la excepción de las parcialidades indígenas. Y por todo ello, sólo tiene que “pagar” sus servicios a las fuerzas de ocupación con el cobro de la contribución.

Inopinadamente, la órbita de la ciudad avanza más allá de sus límites jurisdiccionales históricos, más allá de lo que se había definido como Distrito Federal en la época

ca nacional. Se dilata mucho más allá de los límites del valle de México que menciona la orden de la ocupación. La nueva, privativa jurisdicción de la Ciudad de México se amplía ni más ni menos que hasta alcanzar un espacio geográfico cuya extensión puede competir con la del actual estado de Hidalgo (ver plano).¹² Avanza hacia nuevos espacios, lleva a cabo su primera conquista y logra arrebatarse al Estado de México ricos pueblos agrícolas, yacimientos mineros, productivas regiones pulqueras, en fin, un territorio en toda forma.

La ciudad abandona con ello los hábitos metropolitanos para adquirir las características de capital regional. En adelante, será como todas las demás ciudades capitales de los estados: una autónoma ciudad de tradición mediterránea con su órbita de influencia exclusiva.

En el mundo hispano, la entidad territorial con derecho intrínseco a la soberanía.

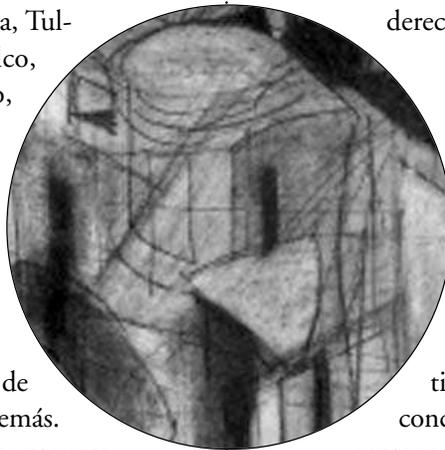
Los asambleístas de la Ciudad de México entienden bien que pese al enorme significado de este logro político no son momentos para perderlos en congratularse por lo logrado. De inmediato se abocan a consolidar el nuevo poder regional de la Ciudad de México. La concesión significa sólo el banderazo de salida y no hay tiempo que perder. La paz podría ser concertada en Querétaro y con ella el inminente regreso de un furibundo gobierno federal.

El gobierno de la Asamblea Municipal tiene que asumir el control efectivo de los pueblos que le son anexados. Da para ello inicio a lo que se pretende sea una reorganización general, una recomposición de las jerarquías regionales. Dice así un primer acuerdo de este ayuntamiento que se dirige a las poblaciones ahora bajo su gobierno: “por ahora los alcaldes primeros de los respectivos ayuntamientos, como presidentes de su municipalidad, serán los gefes políticos de ellas”...¹³.

¹² Los datos que permitieron la elaboración del mapa fueron tomados de Ursula Ewald, “Nueva España”, en *Historias*, núm. 12, México, revista de la Dirección de Estudios Históricos, INAH, enero-marzo de 1986.

¹³ *El Monitor Republicano*, 14 de febrero de 1848, “Gobierno del Distrito Federal”.

¹¹ Adelline Rucquoi, “La ciudad medieval hispánica”, en *Historias*, México, revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, núm 41, octubre-diciembre 1998, p. 129.





Inmediatamente, aparecen órdenes más concretas. Por ejemplo, Tlalpan recibe de la Ciudad de México un aviso por el que el presidente de la Asamblea Municipal le comunica lo siguiente: “he dispuesto que la sub-prefectura de la expresada ciudad, con el archivo que le corresponde, lo entregue usted desde luego a D. Julio Rayard...”. Y como con el apoyo de las fuerzas de ocupación la autoridad de la Asamblea Municipal no es discutible, al menos en términos de fuerza, al encargado del gobierno de dicha entidad no le queda sino acatar y dejar constancia de lo que considera un abuso de poder, en estos términos:

...y como esta disposición, no emana de las autoridades del Estado, la creo violenta y por lo mismo protesto solemnemente ante Dios y los hombres a nombre del gobierno de dicho estado a quien represento como la primera autoridad civil del partido, no ser por mi voluntad la entrega del archivo y de la sub-prefectura.¹⁴

El 16 de febrero, la también subprefectura de Teotihuacan recibe de la Asamblea instrucciones precisas para que prepare los padrones de propiedad de las poblaciones correspondientes con la orden expresa de

¹⁴ *El Monitor Republicano*, 17 de febrero de 1848, “Subprefectura de Tlalpan a la Asamblea Municipal”, el 9 de febrero de 1848.

que dichos padrones quedaran a disposición de las autoridades municipales en el término de ocho días.¹⁵

Como podemos ver, esta actividad invasiva de las autoridades municipales de la ciudad significa el esfuerzo por consolidar un nuevo equilibrio de poderes regionales que habrá de sustituir al que rompiera la guerra. La ciudad considera que tiene que consolidarse como cabeza de una región y empezar a resistir las fuerzas centrífugas que trabajarán al interior del territorio del que pretende adueñarse. El poder estatal que se consolida tiene entonces que afirmar su dominio por sobre el de las regiones que habrán de constituirlo. La historia a la que da inicio en esos momentos la Ciudad de México necesariamente habrá de significar la subordinación de otras entidades territoriales. A partir de aquel momento la ciudad habrá de ser, como lo deseó allá en el siglo XVI, la “cabeza de todo”. Digámoslo de otra manera: en el teatro donde va a desempeñarse esta nueva historia, el papel protagonista que la ciudad exigirá para sí habrá de dejar únicamente papeles subalternos para los demás participantes.

Lo anterior es cierto sobre todo por cuanto se refiere a las parcialidades indígenas. Las otras entidades, las

¹⁵ *El Monitor Republicano*, “Partes oficiales”, 8 de marzo de 1848.

que habían pertenecido al Estado de México, como Tlalpan, pasan meramente de una dependencia a otra: de las manos del gobernador del Estado de México a las del presidente de la Asamblea Municipal. Pero de consolidarse la autonomía de la municipalidad de la Ciudad de México, de concretarse la apropiación de este territorio concedido por el comando de las fuerzas extranjeras, a las parcialidades indias de San Juan y de Santiago el cambio habrá de significarles el final de sus propias autonomías; su final en tanto que entidades existentes sólo como excepción a la ley.¹⁶

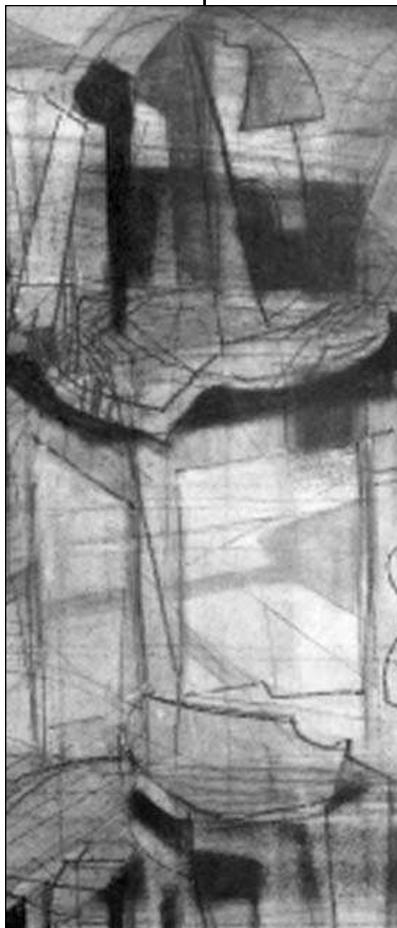
Por eso, ante esta nueva amenaza de desaparición, las parcialidades vuelven, claro está, a cobrar forma desde su aparente extinción, desde su extinción legal, de derecho aunque no de hecho. También reaparece el que fuera administrador de sus bienes, pretendidamente despedido no hacía mucho. Como glosa la prensa, el presidente de la Asamblea municipal le pide a este último que de manera inmediata haga:

...el entero de sus productos en la tesorería municipal y envíe un informe prolijo y minucioso del monto de los fondos, expresando sus rendimientos e inversión. Por su parte el señor Velásquez de la Cadena ha tenido que ceder pero ha protestado que tan sólo obedece por ser compulsado y apremiado, dejando intactos los derechos y acciones de los individuos de las parcialidades y a salvo su responsabilidad.¹⁷

Unos días después, con toda parsimonia y para presentar su desacuerdo, los apoderados y representantes de los pueblos y barrios que componen las susodichas

¹⁶ Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de México-El Colegio de Michoacán, 1983.

¹⁷ *El Monitor Republicano*, Glosa del Municipal del 9 de febrero de 1848, 14 de febrero de 1848.



parcialidades se presentan ante el escribano público. Todos y cada uno de ellos, supieran o no hacerlo, firmantes de un documento en que protestan por las pretensiones del municipio invasor. Su defensa, por supuesto, es la relación de 300 años de historia. Historia de un privilegio jurisdiccional cuya posesión no han podido interrumpir las novedades constitucionales y ha sido “reconocida y respetada en todos tiempos por el supremo gobierno mexicano”.¹⁸

Para ellos, para los indios, ciertamente el problema no parece inusitado. El ayuntamiento reclama la jurisdicción sobre sus territorios, y las amenazadas corporaciones saben de la codicia con que desde siempre la ciudad ha visto sus posesiones y sus recursos. Confían, no obstante, en más de 300 años de jurisdicción privativa. Su protesta tiene como sustento una confianza ancestral en una autoridad general siempre partidaria suya (virrey o presidente). Y como el nuevo gobierno de la ciudad tiene buen cuidado en no mostrar del todo su verdadera cara, es decir, no ha querido manifestar abiertamente sus propósitos independentistas, es imposible que las autoridades indias tradicionales comprendan que en esta ocasión la diferencia radica en que en el juego de los capitulares se apuesta a que no habrá nunca más un poder superior al suyo, un poder al cual las parcialidades de San Juan y Santiago puedan recurrir. Es por ello imposible que alcancen a comprender, que de lograrse las intenciones de estas autoridades, por primera vez, habrán de tener que enfrentar, sin aliados, a su verdadero enemigo, al representante de los poderosos intereses territoriales, no indígenas, en la Ciudad de México. Así que, en aquellos momentos, el peligro que se cierne sobre las corporaciones indias es tan grave como es posible concebirlo. Es el fin de su jurisdicción privilegiada.

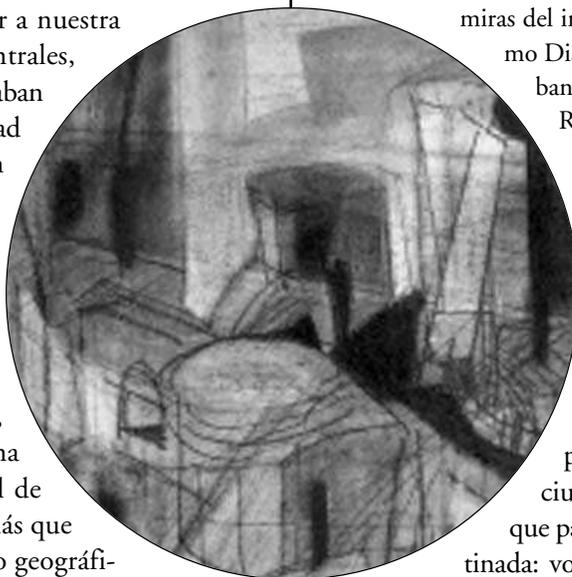
¹⁸ *El Monitor Republicano*, 29 de febrero de 1848, “Remitido”.

Mientras tanto, y para volver a nuestra historia patria, los poderes centrales, francamente alarmados, atestiguaban desde Querétaro cómo la Ciudad de México, pese a la ocupación estadounidense, o más bien gracias a ella, mostraba su propia fuerza y tomaba el papel cabeza de un Estado poderoso. Aprendían, tal vez, que el poder general del que eran representantes, sin la vieja capital, era entonces poco más que una sombra. Que la función capital de la Ciudad de México era algo más que únicamente resultado de su sitio geográfico. Que la legitimidad adquirida por México ciudad después de varios siglos de ser la ciudad del poder no podría ser suplantada con otra ciudad cualquiera. Entonces, en México república, parecía reconocerse que la vieja capital habría de ser parte inseparable, el dispositivo político ineludible de cualquier proyecto de Estado-nación.

Lo cierto es que comprendieron que la firma de los tratados, los que fuera que lograran poner fin a la contienda, iban a tener que apresurarse o no habría quien respondiera por la república. Someter la insólita subversión, volver a ocupar la sede, recobrar la vieja capital, le significaría al gobierno, en aquellos momentos, la condición de su permanencia; la permanencia no sólo de ese gobierno en particular, sino la de la nación que imaginaban.

De hecho, estos sucesos que relatamos, los acontecidos al interior de la ciudad ocupada iban a ser utilizados para justificar la firma precipitada de unos tratados de paz del todo desfavorables al país:

...porque algunos hombres que aspiraban a realizar la anexación de México a los Estados Unidos en el Distrito federal, prevalidos de las calamidades de la invasión se avocaron el poder político, apoyaron descaradamente las



miras del invasor, extendieron más allá del mismo Distrito su funesta influencia, y amagaban llevar su propaganda por toda la República.¹⁹

El gobierno supremo de la República volvería para ocupar su rebelde capital. Una paz precipitada se habría de concertar en Guadalupe-Hidalgo. La actuación de la Asamblea Municipal, aunque de manera discreta, sería acusada de traidora. El país reencontraría su cabeza. La ciudad volvería a acatar el papel al que parece estar irremediamente destinada: volvería a asumir su sitio histórico, su papel capital.

Esta insólita historia regional de la Ciudad de México, esta historia que la invasión estadounidense ha hecho parecer posible no lleva a ningún lado, se disipa de manera tan inopinada como surge. Dura escasos meses. Sin embargo nos ha permitido considerar un aspecto fundamental de la naturaleza del país y nos ha hecho replantear ciertas permanencias extraordinarias que apenas y han merecido explicación como son las características peculiares del espacio jurisdiccional, de la órbita de la ciudad de México.

La ciudad, a pesar de sus debilidades estructurales, ha permanecido desde entonces cohesionando al país y permitiendo el proceso de la consolidación de la nación moderna. Sólo hasta el siglo XX, ya con la Revolución, habrá de ser posible volver a percibir síntomas de recomposición de las redes económicas que volvieron a dar sustento material a la centralidad política de la época virreinal.²⁰ Hasta entonces, su ascendencia se había mantenido gracias a cualidades menos mesurables, como la legitimidad que le concedía el hecho de haber sido el sitio histórico del poder. Aunque escaso, el Estado no pudo prescindir de este capital político ni en su proceso de consolidación ni en el de la construcción de un México país. Caro pagó el no saberlo.

¹⁹ Mariano Otero cita al Lic. De la Rosa en Francisco Suárez Iriarte, *Defensa pronunciada...*, *op. cit.*, p. 115.

²⁰ Véase a Marcelo Carmagnani, *op. cit.*

El “esto es” de una vida

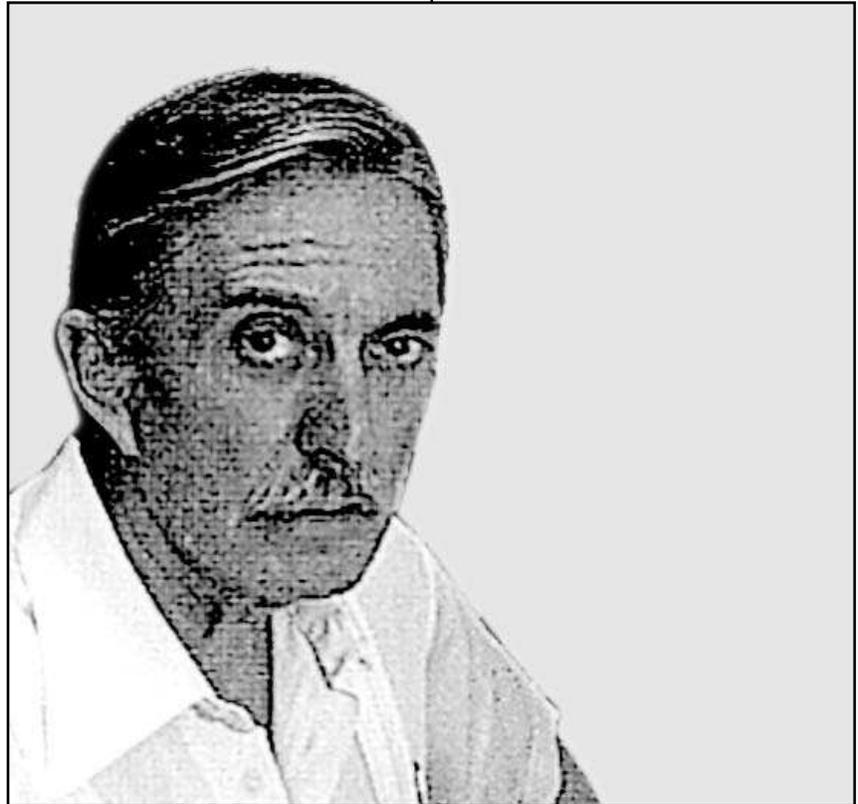
Graciela de Garay

Carlos Vázquez Olvera, *Felipe Lacouture Fornelli, museólogo mexicano*, México, INAH, 2004, 412 pp.

Dicen los teóricos de la biografía que los interesados en este género, como en la entrevista biográfica, nos acercamos a la vida de un hombre movidos por la curiosidad y la desvergüenza de ser testigos virtuales de la existencia humana. En nuestra búsqueda esperamos descifrar claves para saber en qué momento de la vida del personaje se cruza ese futuro que lo va a llevar a ser lo que al final será y por lo cual nos interesamos en él. Como diría el escritor español Álvaro Pombo (1939): “deseamos ser testigos de ese cruce de líneas independientes que produce la sorpresa y cuyo choque impensado y absurdo, a veces, da como resultado aquello que se llama ‘esto es’”.¹

En efecto, el lector, después de recorrer las páginas del libro intitolado Felipe Lacouture Fornelli, museólogo mexicano, de Carlos Vázquez Olvera, se acerca al “esto es” de un oficio, practicado por

¹ “Álvaro Pombo. Hay un punto de desvergüenza en el interés por las biografías”, entrevista a Álvaro Pombo por Winston Manrique Sabogal, *El País*, sábado 24 de agosto de 2002, p. 2 (Babelia).



uno de los teóricos más destacados del fenómeno museal de América Latina. El autor de este volumen, Carlos Vázquez Olvera, explora con destreza una vida ajena para viajar al campo de los museos y de sus creadores, y lo hace en compañía de este profesional, su interlocutor y otra vez su maestro.

En el “esto es” del relato de vida profesional, ahora comentado, se aborda una gama muy amplia de intereses. Los especialistas del tema hallarán pistas sobre la práctica museográfica y la teoría del museo, en tanto que los jóvenes escucharán la voz de la experiencia en torno a los retos que implica imaginar un museo. Véase, por ejemplo, la insistencia de Lacouture por persuadir a sus colegas y alumnos sobre la

necesidad de registrar, inventariar y clasificar los objetos seleccionados antes de incorporarlos a los acervos museográficos, así como la importancia de lograr la comunicación perfecta entre el objeto museográfico, imaginado como una forma de lenguaje o texto, y el público receptor. Pero también es cierto que Lacouture se dirige a los *amateurs* cuando reflexiona sobre el valor de las colecciones y destaca la relevancia de los fondos privados, sobre todo en países como el nuestro, que disponen de pequeñas colecciones nacionales en relación con las reunidas en Europa y Estados Unidos por los sectores privados y públicos.

Por su parte, los científicos sociales hallarán claves para explicar la



conducta humana que los psicólogos insisten en atribuir a las motivaciones inconscientes a diferencia de los sociólogos que la reducen a factores sociales.² En este libro, lo social y lo psíquico se juntan a partir de las elecciones profesionales del sujeto, acciones que le permiten desplazarse dentro del campo de su especialidad, para así construir una trayectoria profesional única y original por sus posicionamientos sociales y psíquicos. En fin, se hace evidente la capacidad de improvisación del sujeto a través de las decisiones personales que asume, en función de su historia, para realizar sus deseos dentro de los límites impuestos por las estructuras sociales. Más que estudiar las elecciones subjetivas a través de las cuales cada persona se constituye a sí misma, se puede estudiar la traducción de lo social en las elecciones individuales que hacen a una persona. No se buscan explicaciones estrictamente voluntaristas o sociales, por el contrario, el testimonio registrado ofrece la posibilidad de ver cómo interactúan lo irreductible psíquico y lo irreductible social en los destinos humanos.

En cuanto a las fuentes consultadas, resulta pertinente señalar que el libro se basa en entrevistas de historia oral que Carlos Vázquez Olvera hizo al arquitecto Felipe Lacouture en el domicilio de éste, to-

² Vincent de Gaulejac, "Lo irreductible social y lo irreductible psíquico", en *Perfiles latinoamericanos*, revista de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede México, núm. 21, diciembre 2002, pp. 49-71.

dos los domingos de abril a octubre de 1991. Parte de la información recabada ya fue publicada en el libro *El Museo Nacional de Historia* en voz de sus directores, obra del mismo Carlos Vázquez Olvera, y coedición del INAH y Plaza y Valdés. Conviene subrayar que Vázquez Olvera recibió en 1994 el Premio Miguel Covarrubias por la mejor investigación de museos.

En fin, días después de la muerte del arquitecto Lacouture, acaecida el 21 de noviembre de 2003, Carlos Vázquez Olvera recibió autorización de Josefina Lacouture Dahl, hija del biografiado, para enriquecer su investigación con los documentos seleccionados del archivo particular del arquitecto Lacouture. En seguida la familia donó, para la consulta pública, el acervo Lacouture a la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH. Decisión que por cierto debemos celebrar quienes nos dedicamos a la investigación histórica, siempre preocupados por ubicar las fuentes primarias para la interpretación del pasado.

Ahora bien, a propósito del libro reseñado, el autor enriquece el testimonio del arquitecto Lacouture con los proyectos, informes y ponencias que éste elaboró para una serie de instituciones nacionales e internacionales. La idea era ilustrar de qué manera Felipe Lacouture imaginaba sus proyectos museológicos.

Asimismo, para contextualizar la narración, Vázquez Olvera se apoya en fotografías y diapositivas que el propio arquitecto Lacouture

utilizó como material didáctico en las clases que llegó a impartir como responsable de la materia "Organización y administración de museos", en el Centro Churubusco, actual Escuela Nacional de Conservación y Restauración "Manuel Castillo Negrete". Desafortunadamente, de los dibujos, planos o bocetos sobre diseño de mobiliario museográfico, el biografiado conservó muy poco.

En cuanto al material didáctico seleccionado del archivo Lacouture, vale la pena advertir su relevancia. Ciertamente, el número de libros disponibles sobre museografía son prácticamente inexistentes, ya que la celeridad requerida para la ejecución de proyectos museográficos resta tiempo a los profesionales para ocuparse del registro sistemático de sus experiencias. Por supuesto, esta carencia constituye una llamada de alerta para el campo museográfico, no sólo de México sino del mundo entero, pues la memoria de sus especialistas y maestros está en riesgo de perderse.

Por su temática, el libro puede leerse como un relato o experiencia de vida profesional, pero también puede describirse como un trabajo especializado para los interesados en el asunto. Para efectos prácticos, el formato voluminoso del prontuario y la estructura caleidoscópica de su narrativa me permiten recomendar la obra como un instrumento de consulta.

Efectivamente, la arquitectura del texto es compleja porque dificulta la lectura lineal o tradicional acostumbrada. La investigación presenta tres

niveles o entradas para su visita. En primer lugar, me refiero a las versiones editadas de las entrevistas de historia oral que recogen las vivencias así como las reflexiones del biografiado, en cuanto a sus experiencias como testigo y actor directo del desarrollo de su práctica en el contexto nacional e internacional. En otras palabras, el testimonio oral refleja lo que James Wilkie llamaría la *elitelore* o sabiduría de las elites.

En un segundo nivel, y no por eso de menor importancia, se hallan los anexos documentales que reúnen informes, ponencias, discursos, proyectos, recomendaciones; en fin, material de primera mano, muy adecuado para los especialistas, estudiantes o autoridades de museos que se incorporan por primera vez a esta actividad. La información proporcionada enriquece el testimonio oral y sirve de guía a la evidencia autorreferencial.

Y por último, en un tercer nivel, se presenta la información gráfica, ya sea en fotografías o dibujos. Ésta resulta ideal porque muchas veces las palabras no son suficientes para representar la riqueza visual de un guión museográfico cristalizado en una exposición.

Las fotos también ayudan a imaginar los sitios o contenedores arquitectónicos de las colecciones y exposiciones, así como los límites o restricciones a los que los museógrafos deben acomodarse si quieren la conjunción adecuada

entre receptáculo y despliegue de objetos.

Ahora bien, para dar unidad a una información tan diversa: fuentes orales, documentales, fotográficas y gráficos varios, el autor organizó el material a partir de las especialidades o lugares sociales que el arquitecto ocupó dentro del campo de la museografía.



Para tal efecto, el trabajo se divide en seis capítulos: el primero intitulado “El arquitecto y su familia”, se refiere a los antecedentes biográficos y académicos de Felipe Lacouture Fornelli; el segundo muestra al “gestor” de museos; el tercero habla del “docente”; el cuarto retrata al asesor de organismos

internacionales; el quinto recoge las experiencias y reflexiones del “museólogo”, y el sexto y último contiene la bibliografía general.

De los antecedentes biográficos de Felipe Lacouture Fornelli nos enteramos que nació el 25 de febrero de 1928, en Río Blanco, Veracruz. Descendiente de franceses e italianos, estaba emparentado por el lado paterno con el mundo de los negocios, y por el materno con la bohemia y el arte, influencia ésta que lo inclinó por la carrera artística y luego lo llevó a elegir la profesión de arquitecto.

Lacouture realizó la carrera de arquitectura en la UNAM entre 1947 y 1952. En esos años tuvo los mejores maestros: José Villagrán García, Mario Pani, Enrique del Moral y Carlos Lazo, entre los que recordaba. De ellos debió aprender el ingrediente fundamental de su práctica profesional: la organización funcional y formal de los espacios y los volúmenes. Es de suponerse que Villagrán García le transmitió la teoría axiológica de la arquitectura, en lo que toca a la función y la forma, y de los maestros Pani, Del Moral y Lazo probablemente aprendió la composición y el urbanismo. Preocupaciones típicas de la modernidad que buscaba a partir de la contabilización, ordenamiento, clasificación y sistematización de las riquezas y terrenos nacionales hacer commensurable lo inconmensurable. ¿Cómo medir y hacer accesible al hombre la realidad

que lo envuelve y le parece inaccesible? ¿Cómo medir lo simbólico? ¿Cómo representar el valor de nuestro patrimonio cultural, de nuestra identidad?

Tiempo después, el biografiado se inscribió en la maestría en Artes Visuales de la UNAM. Luego fue profesor de Historia del Arte en la Universidad Iberoamericana. En la UNAM formó parte del seminario de Historia del Arte de don Juan de la Encina, discípulo de Ortega y Gasset. En este sentido, vale la pena apuntar que a este seminario acudían arquitectos como Ricardo de Robina, Luis Ortiz Macedo y Ricardo Arancón, reconocidos ya sea por sus contribuciones a la museografía, la restauración y la conservación de monumentos. Estas redes de relaciones ayudaron a Lacouture a conformar un capital social y simbólico adecuado para jugar en las ligas mayores del campo museográfico.

El arquitecto Lacouture se casó con Josefina Dahl, historiadora del arte, descendiente de una distinguida familia tapatía de la ciudad de Guadalajara. Con ella tuvo cinco hijos. Además de compartir intereses familiares y sociales, la pareja realizó trabajos profesionales conjuntos. El matrimonio luego se separó sin perder sus vínculos e intereses profesionales y culturales.

En 1964, Felipe Lacouture inició una nueva carrera al aceptar el cargo de director del Museo de Arte e Historia del Programa Nacional Fronterizo en Ciudad Juárez, Chihuahua. Al respecto quisiera comentar que el coordinador del



programa era el arquitecto Mario Pani, maestro de Lacouture. Cabe aclarar que el Programa Nacional Fronterizo era un programa federal que tenía por objeto captar divisas en la frontera norte de México mediante la instalación de centros comerciales, culturales y turísticos que permitieran a mexicanos y estadounidenses hacer sus compras, divertirse y conocer mejor las ciudades mexicanas fronterizas.³ Pensar en un museo como parte de este plan, decía mucho sobre la necesi-

³ Manuel Larrosa, *Mario Pani, arquitecto de su época*, prólogo y edición de Louise Noelle, México, UNAM, Imprenta Universitaria, 1985, pp. 103-106.

dad de proyectar políticas culturales a nivel nacional, local y regional que propiciaran el rápido y ordenado desarrollo del país.

El arquitecto aceptó con agrado la designación aunque nada sabía de museos. De hecho sus primeras lecciones de museología y museografía práctica las recibió en los museos estadounidenses, donde conoció a mucha gente e incluso al subdirector del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Cuenta el biografiado que a los norteamericanos les sorprendía su capacidad para desarrollar tantos y tan diferentes proyectos, por lo que a manera de respuesta, él se limitaba a explicarles que en un país donde faltaban especialistas, el arquitecto, por su preparación en el diseño arquitectónico, disponía de competencias suficientes para improvisarse en muchos campos, por ejemplo en la instalación de exposiciones. Ciertamente, la habilidad para improvisar era una práctica común y necesaria en el México de los años sesenta, pues apenas empezaba a conformarse una elite de profesionales calificados.

El hecho es que estos contactos y experiencias profesionales reforzaron su *curriculum* y lo prepararon para luego asumir el puesto de director de Museos Regionales del INAH, que desempeñó entre los años 1970-1973. El nuevo cargo le permitió trasladarse de Ciudad Juárez a la Ciudad de México. Su experiencia en la frontera norte le mostró la importancia de la identidad cultural en la relación México-Estados Unidos, y se preguntó si real-



mente los mexicanos acabaríamos siendo más “gringos” o si la influencia mexicana desbordaría el Río Bravo hacia el norte. Lacouture, como muchos historiadores, diplomáticos, artistas y escritores mexicanos de los siglos XIX y XX, se preocupó por esa frontera, llamada ahora porosa por efecto de la globalización, marcada siempre por la conflictiva relación entre los dos países.

Su labor como director de Museos Regionales le resultó muy atractiva, sobre todo por sus deseos de acabar con el centralismo y democratizar la experiencia de los museos. De ahí que Lacouture procurara establecer una jerarquía dentro del sistema de museos: desde el museo del prócer al museo de sitio, al museo local, al museo regional y a los museos nacionales. Había una intención de jerarquizar para dar grandes prioridades a la inversión y al orden dentro de la administración; desafortunadamente este proyecto no se logró debido a la fuerte resistencia al cambio.

Así, en el INAH se mantuvo la práctica cotidiana de atender las demandas de los museos locales, disponiendo de manera urgente y arbitraria de las colecciones de los museos nacionales, a la vez que propició el virtual abandono de los 40 museos existentes. De ahí que las bodegas del Museo Nacional de Historia y del Museo Nacional del Virreinato se vaciaran para llenar los museos de provincia, donde no existen las condiciones necesarias de conservación y menos de restauración. Una de las grandes labores

de nuestros museólogos del siglo XIX, explicaba Lacouture, fue el haber hecho la gran colección del Museo Nacional, ahora tan disminuida. Por tanto, en opinión del experto, era y sigue siendo inminente registrar, conservar y enriquecer las colecciones nacionales.

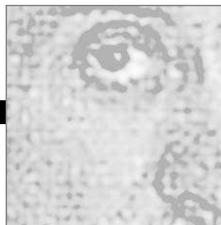
Otra inquietud muy importante del museólogo fue promover la colección del siglo XX. Para tal efecto, Lacouture propuso a un director del INAH solicitar a los grandes almacenes la donación anual de muestras de vestidos y trajes de la época para conformar una colección nacional. Las autoridades ignoraron la sugerencia, pues para ellos sólo tenían valor los escritos firmados por Morelos. Creo que Lacouture se adelantaba a su época y veía con temor lo que los historiadores de finales del siglo XX advirtieron con angustia cuando reconocieron que el siglo pasado era de todos los siglos el mejor informado pero el peor historiado. En efecto, sabemos con precisión cuándo y cuántas ballenas llegan cada año al mar de Cortés, pero ignoramos mucho sobre los gustos y las costumbres del siglo pasado. Los especialistas en la historia cultural ya lo habían advertido. Incluso, antes que ellos, Jacob Burckhardt en su obra monumental *La cultura del Renacimiento en Italia*, mostró la pertinencia de investigar la vida cotidiana y cultura material de una época para avanzar en el estudio de la historia social.

Entre otras de sus actividades como director de Museos Regionales, cabe recordar la restauración

del Museo de Cuernavaca, realizada con la aprobación del historiador George Kubler. Inauguró además el Museo Arqueológico del Palacio de Cantón, en Mérida, cuya museografía permanece inalterable hasta la fecha. Durante su administración se trasladó de la Ciudad de México el mobiliario de la Casa Requena, una de las mejores muestras de *Art Nouveau* en el país, al Museo Regional en Chihuahua, en la Quinta Gameros. También llevó a efecto proyectos dirigidos a museos locales, entre los que sobresalen la Casa de Hidalgo, la Casa de Allende, en San Miguel Allende, y el Museo de la Alhóndiga de Granaditas.

Otra preocupación de Lacouture fue la ausencia de un enfoque social dentro de los museos nacionales y regionales del INAH. En su opinión, ninguno de ellos tenía un enfoque donde se mostrara la estructuración social o un análisis de la formación de la sociedad. Hay arte de las clases altas porque sólo se habla del arte de las elites, además de la clase media —que se inicia en el Porfiriato— nada se representa y, cuando se hace etnografía —decía— se refieren únicamente a los indígenas, como si la etnografía no se pudiera hacer en las urbes.

Por otra parte —advertía el experto— el Museo Nacional de Culturas Populares no tenía nada absolutamente sobre artes rurales, sino sólo productos de consumo urbano. Antes del arte abstracto oficial llegado de Europa —explicaba Lacouture—, existía el arte



abstracto popular de las comunidades indígenas, y eso no se exhibía en ninguna parte como tal.

Al incorporarse al Instituto Nacional de Bellas Artes, primero como director del Museo de San Carlos (1973-1977) y luego como director de la Dirección de Artes Plásticas (1974-1977), insistió en la formación de especialistas en la conservación y catalogación, museografía o exhibición, divulgación y participación pública y finanzas.

Para dar continuidad a esta propuesta de profesionalización y organización de los acervos artísticos nacionales, Felipe Lacouture, en su calidad de director de Artes Plásticas, propuso la fundación de dos centros para apoyar la museología y la museografía. Por un lado, insistió en el reforzamiento del Centro Nacional de Conservación de Obras de Arte (CENEOA), mejorando su infraestructura y capacitando técnicos en el restauración no sólo de pinturas, sino también de cerámicas, textiles. Por otro lado, promovió la creación del Centro de Documentación de Obras de Arte, derivado de lo aprendido en sus visitas al Museo del Ermitage, en Rusia, y al Museo del Louvre, en Francia. La idea era contar con “un verdadero banco de datos”, que pudiera satisfacer la creciente demanda de documentación, procedente del extranjero y del propio país, que no era posible atender.

En el INAH, Felipe Lacouture ocupó el cargo de director del Museo Nacional de Historia (1977-1982)-Castillo de Chapultepec, por nombramiento del entonces direc-

tor Gastón García Cantú. Durante su administración se realizó una reestructuración museográfica, que permaneció hasta años recientes, cuando se planteó una nueva propuesta, inaugurada el 17 de noviembre de 2003.

Como docente, formó y capacitó a especialistas para trabajar en museos. En la década de los años setenta fue maestro de la actual Escuela Nacional de Conservación y Restauración “Manuel Castillo Negrete”, en donde fungió como planeador y profesor del Curso Interamericano de Capacitación Museográfica México-OEA, al que asistían todos los años especialistas de toda América Latina.

Por lo que toca a su labor como asesor de organismos internacionales, entre los años 1971 y 1980, conviene destacar los trabajos de planeación de museos que llevó a cabo en Venezuela, Panamá, Honduras, Ecuador, Colombia y Kinshasa. Los relatos sobre estas experiencias son muy amenos y a veces se antojan como capítulos para novela o guiones de película de aventuras, sobre todo cuando refiere episodios tan interesantes como la creación de museos desprovistos de colecciones, donde no había más remedio que buscar objetos hasta por debajo de las piedras para llenar las salas del nuevo recinto. Por supuesto que los apuros descritos por el entrevistado no se limitan a experiencias vividas en nuestro país o continente; sus vivencias van más allá del Atlántico, me refiero a los desafíos que enfrentó como experto en una ciudad de África.

Para ilustrar este asunto baste retomar su experiencia en su calidad de asesor de la UNESCO en Zaire, el antiguo Congo. Resulta que en la ciudad de Lisala había que hacer un museo por capricho de Mobutu, el dictador del país. El problema es que el lugar era prácticamente inaccesible, tanto por vía terrestre como aérea; por tanto, se requería aprovechar la comunicación fluvial para desplazarse. Para colmo de males, tampoco se disponía de objetos o colecciones para exhibir, ni mucho menos se contaba con los servicios más elementales que requiere un museo, tales como técnicos expertos de conservación, registros, inventarios, catalogación y difusión.

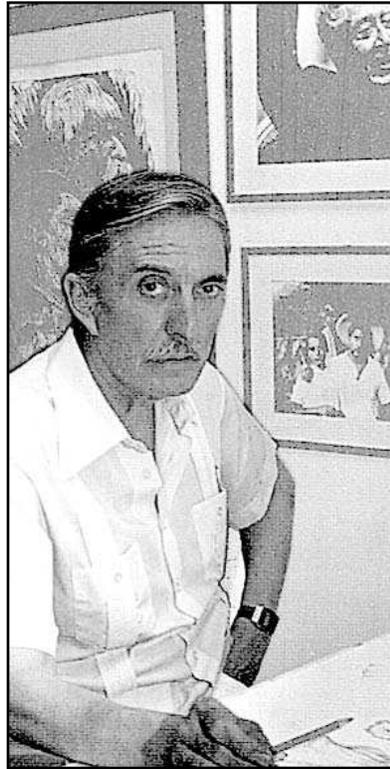
Ante tal aprieto, el asesor de la UNESCO acudió al grupo de misioneros belgas que tenían las colecciones más valiosas y científicamente mejor organizadas. Éstos, como era de esperarse, se resistieron a prestarlas por temor a que las piezas se perdieran o fueran robadas. El arquitecto Lacouture propuso entonces una alternativa.

Se me ocurrió una cosa que obviamente no gustó. Hacer algo más modesto en Lisala para darle gusto a Mobutu y sugerí que era mejor que el Museo Nacional estuviese en Kinshasa, la capital; y para que hubiese movimiento museográfico en el país, propuse un “barco museo” con un propósito nacional para darle unificación al país. El Zaire tiene muchísimos ramales navegables [...] Por ello era posible hacer un barco museo para el Zaire que llevara elementos culturales a todo

ese pedazo de naturaleza y humanidad [...] Esto se consideró una locura mía y tampoco gustó la idea del museo de Kinshasa, porque los belgas no estaban dispuestos a soltar una sola pieza para que se las llevaran o que se las robaran. No sé en qué acabó.⁴

Esta propuesta nos lleva a pensar que el tema de las colecciones nunca fue una preocupación gratuita para Lacouture. Por el contrario, fue una obsesión de la que jamás se olvidó. Las colecciones, decía el arquitecto Lacouture, son identidad, son arte, son cultura. Las colecciones como parte de nuestra identidad, también se han visto como muestras de poder. Tal es el caso —explicaba— de la percepción que tiene el Estado mexicano cuando hace museos y espera que la población nacional e internacional se acerque a admirar nuestras riquezas simbólicas y, de este modo, cobre confianza en México como un país rico en recursos naturales y culturales, siempre adecuado para la inversión extranjera.

Otro hecho que da cuenta de la iniciativa del biografiado se halla en su propuesta presentada a la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), entre 1983 y 84, relativa a impulsar los parques nacionales como museos, principalmente los de carácter arqueológico como Tula, Tulum, La Venta. El arquitecto se inspiró en los parques nacionales de Estados Unidos, así



como en los de Costa Rica. Sin embargo, esta iniciativa quedó en proyecto, pues los celos y las envidias burocráticas en la SEDUE y en el propio INAH triunfaron sobre la inteligencia. Se abandonaron entonces los programas de musealización de los parques como de los museos de sitio, al aire libre, planeados para hacer que la gente circulara, viera las cosas, despertara su interés por las ruinas, la vegetación y procurara la conservación del medio ambiente. ¡Lástima! Otra iniciativa perdida que sería deseable fuera retomada por los ecologistas algún día.

En 1972, en la Mesa Redonda para el Desarrollo de los Museos de América Latina, celebrada en Santiago de Chile, los museólogos latinoamericanos se preguntaron por

el sentido de los museos. El que concretó mejor esas ideas fue Hugues de Varine Bohan, un museólogo que resumió la propuesta en una frase: “el museo de la casa para los de la casa”, que no es otra cosa que el ecomuseo; el término “eco” visto como casa, no como ecología biológica. Fue así como se crearon los primeros ecomuseos en Francia. Esta idea la absorbió y enriqueció el representante mexicano, Mario Vázquez, cuando sugirió el museo integral en oposición al museo de compartimentos, estancos de arqueología, historia, arte. Lacouture se unió a la propuesta pues pensaba en museos integrales, que mostraran al hombre en su relación con su contexto, cultura, objetos y ambiente.

En 1984, correspondió a Lacouture la redacción del documento conocido como “La declaración de Oaxtepec”, auspiciada por el Consejo Internacional de Museos (ICOM). En esta declaratoria se convocaba a los especialistas a trabajar por la Nueva Museología, que busca atender la diversidad y pluralidad de sus corrientes, y a conseguir que la función esencial del museo fuera efectivamente la de instrumento de desarrollo sociocultural al servicio de una sociedad democrática.

En el año 2000, diversas instituciones del campo de la difusión museográfica en México reconocieron las contribuciones del arquitecto Felipe Lacouture Fornelli. Por tal motivo, lo distinguieron con el reconocimiento anual que otorga el ICOM.

Uno de sus últimos proyectos, como profesional del Consejo Na-

⁴ Felipe Lacouture Fornelli, *museólogo mexicano*, p. 248



cional de Museos del INAH, fue la formación en 1995 del Centro de Documentación Museológica, dependencia para la que trabajó hasta su muerte. El objetivo de la organización fue reunir sistemáticamente, con bases científicas, documentos relacionados con la gestión y desarrollo del pensamiento y prácticas de trabajo en los museos. Además, el Centro se constituía en un espacio de difusión e intercambio entre los especialistas. De aquí surgió su idea de fundar la *Gaceta de Museos*, el único espacio de discusión y reflexión que existe en México para especialistas nacionales y latinoamericanos. Este instrumento, además de permitir la difusión y el intercambio entre los especialistas, representa a mi juicio, la decisión del arquitecto Lacouture de inscribir las prácticas museográfica y museológica en el terreno de la cultura mexicana.

La experiencia del arquitecto Felipe Lacouture Fornelli, abogado a la museología, es decir a la teoría de los museos, se tradujo en una preocupación constante por estudiar la razón y el sentido de los museos, su tipología, su función en la sociedad, sus peculiaridades, sistemas de investigación, educación y organización, así como la relación que guarda el museo con el medio ambiente físico y cultural. Tomar en cuenta estas reflexiones, permitirá a los museógrafos conocer mejor su oficio y redefinir constantemente sus prácticas en atención a los cambios continuos que se registran en la sociedad.

Como conclusión podría decirse que antes de pensar en la museografía, el museólogo invitaba a sus alumnos a pensar en alcanzar el mejor medio para comunicarse con todo tipo de visitante, comenzando con el hombre ordinario y sin atributos hasta el especialista. Por tal motivo, exhortaba a sus colegas a desarrollar cuidadosamente un guión museográfico antes de llevar a cabo una exposición; así lo estableció durante su periodos como director del Museo de San Carlos y del Museo Nacional de Historia, y el reto planteado se mantiene vigente.

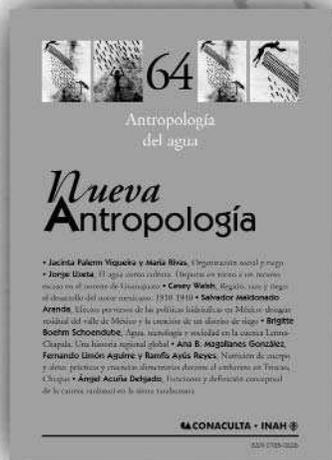
Ahora bien, cuando Lacouture hablaba de diseño museográfico, distinguía las peculiaridades del lenguaje escrito y del lenguaje visual o museográfico, e insistía en el respeto hacia ambos campos. El artista plástico museógrafo —decía el maestro— se manifiesta a través de una colección de objetos, juega con espacios y con luces, colores, texturas y una serie de elementos para dar mayor énfasis y expresión a la puesta en escena. El académico —agregaba— se vale de un lenguaje analítico, descriptivo, secuencial y escrito científicamente, como método de exposición; en otras palabras emplea un lenguaje lineal, en contraposición al lenguaje plástico, tipo “mosaico”, del museógrafo, donde lo que cuenta no es leer de izquierda a derecha sino ver las cosas en el espacio, en momentos diferentes, y a selección.

La filosofía que rigió la práctica museológica de Felipe Lacouture Fornelli, como él mismo lo dejó ver a lo largo de todo su relato, fue

la intención de comunicar conocimiento a través de objetos, y de este modo procurar el acercamiento de las personas a su realidad. Para Lacouture, el museo pensado como espacio de exhibición de tesoros —para ser contemplado por las elites ilustradas— carecía de sentido. Su meta era el museo democrático, que propiciara “el contacto entre la obra y el público, fundamento de la vida artística, ya que sin ello no hay función estética”.

Desde esta perspectiva, se puede afirmar que el libro *Felipe Lacouture Fornelli, museólogo mexicano*, es en sí mismo el guión museográfico de una trayectoria de vida profesional. El volumen se despliega o desarrolla a partir del lenguaje plástico de una museografía no lineal, tipo mosaico, que permite admirar, desde diversos ángulos, perspectivas y a selección, los objetos que cuentan una vida, entendida como una colección de tesoros biográficos.

¡Bienvenidos! los interesados en visitar la exposición intitulada “Felipe Lacouture Fornelli, museólogo mexicano”, que contiene este edificio portátil, susceptible de ser acomodado en algún rincón exclusivo de una colonia bibliográfica o simplemente en el “ecomuseo” privado. Es de esperarse que este museo itinerante ocupe un lugar estratégico en nuestra casa para que los visitantes tengan al alcance de su mano una exposición permanente de valor incalculable, pues la experiencia humana es incommensurable.



- **Jacinta Palerm Viqueira y María Rivas**, Organización social y riego
- **Jorge Uzeta**, El agua como cultura. Disputas en torno a un recurso escaso en el noreste de Guanajuato
- **Casey Walsh**, Región, raza y riego: el desarrollo del norte mexicano, 1910-1940
- **Salvador Maldonado Aranda**, Efectos perversos de las políticas hidráulicas en México: desagüe residual del valle de México y la creación de un distrito de riego
- **Brigitte Boehm Schoendube**, Agua, tecnología y sociedad en la cuenca Lerma-Chapala. Una historia regional global
- **Ana B. Magallanes González**, Nutrición de cuerpo y alma: prácticas y creencias alimentarias durante el embarazo en Tziscaco, Chiapas
- **Ángel Acuña Delgado**, Funciones y definición conceptual de la carrera tarámuri en la sierra tarahumara

64 Nueva Antropología



- ◆ *De tecpan a cabecera. Cholula o la metamorfosis de un reino soberano nava en ayuntamiento indio del rey de España durante el siglo XVI*
- ◆ *Las fronteras coloniales como espacios de interacción social. Salta de Tucumán (Argentina), entre la Colonia y la Independencia*
- ◆ *Cargos y otras yerbas*
- ◆ *“Todos los ángeles llamaré...” oraciones nocturnas de la religiosidad popular en Alta Sabina, Lacio, Italia*

DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA 33

CONACULTA • INAH

De venta en: **Librería Francisco Javier Clavijero** Córdoba 43, col. Roma, tel.: 5514 0420 **Librería del Aeropuerto Internacional Benito Juárez** Sala A, local 11, Llegadas nacionales, tel.: 5571 0267 **Librería del Museo Nacional de Historia** Castillo del Bosque de Chapultepec, col. Polanco **Librería del Museo Nacional de Antropología** Paseo de la Reforma y Gandhi, col. Polanco, tel.: 5553 3834 / 5211 0754 **Tienda del Templo Mayor** Guatemala 60, col. Centro Histórico, tel.: 5542 4785 **Librerías de prestigio**

Deseo suscribirme a la revista y recibir durante un año cuatro números trimestrales

Forma de pago:

\$ m.n. cheque dólares americanos depósito bancario

A nombre de INAH-CNCPBS. Núm. de cuenta: 6780-8, Referencia numérica: 796411209, Referencia alfanumérica: 330015PUB74, suc. 870 Banamex, San Ángel. Enviar a la siguiente dirección: Nautla 131-B. Col. San Nicolás Tolentino, Deleg. Iztapalapa, CP 09850, México, D.F. Tels./fax: 5612 7200, 5612 9861 y 5612 7365. e-mail: sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

Nombre y/o institución

Dirección

Colonia CP Ciudad

Estado País

Ocupación Tel. (clave)

Fax e-mail

Núm. con el cual desea iniciar su suscripción

Firma.....



Suscripción nacional*

República Mexicana
\$ 224.00 m.n

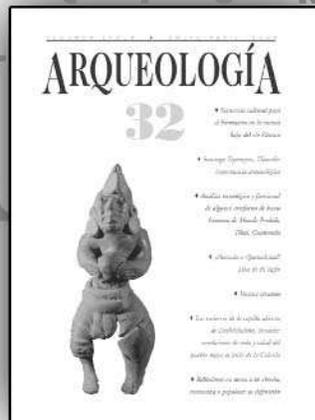
Suscripción internacional*

América del Norte, Centroamérica y El Caribe
56.42 USD
Sudamérica y Europa
70.52 USD
Resto del mundo
84.42 USD

* Precios sujetos a cambio, sin previo aviso, según se modifiquen las tarifas del correo.



P U B L I C A C I O N E S I N A H



- ♦ *Secuencia cultural para el Formativo en la cuenca baja del río Pánuco*
- ♦ *Santiago Tepeticpac, Tlaxcala: importancia arqueológica*
- ♦ *Análisis tecnológico y funcional de algunos artefactos de hueso humano de Mundo Perdido, Tikal, Guatemala*
- ♦ *¿Huracán o Quetzalcóatl? Dios de El Tajín*

- ♦ *Vecinos cercanos*
- ♦ *Los entierros de la capilla abierta de Dzibilchaltún, Yucatán: condiciones de vida y salud del pueblo maya al inicio de la Colonia*
- ♦ *Reflexiones en torno a los chocho, nonoualca o popoloca: su definición*

CONACULTA • INAH

De venta en: **Librería Francisco Javier Clavijero** Córdoba 43, col. Roma, tel.: 5514 0420 **Librería del Aeropuerto Internacional Benito Juárez** Sala A, local 11, Llegadas nacionales, tel.: 5571 0267 **Librería del Museo Nacional de Historia** Castillo del Bosque de Chapultepec, col. Polanco **Librería del Museo Nacional de Antropología** Paseo de la Reforma y Gandhi, col. Polanco, tel.: 5553 3834 / 5211 0754 **Tienda del Templo Mayor** Guatemala 60, col. Centro Histórico, tel.: 5542 4785 **Librerías de prestigio**

Invitación a colaboradores

El *Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Antropología*, publica trabajos inéditos en forma de artículos y notas sobre investigación antropológica, histórica y temas afines, elaborados por estudiosos de diversas instituciones nacionales y del exterior. Los textos deberán ser enviados a los editores responsables, quienes acusarán recibo al autor y se reservarán el derecho de publicarlos si éstos no cubrieran con la calidad mínima que caracteriza al *Boletín*. Los autores recibirán cinco ejemplares del número donde su artículo sea publicado, o tres ejemplares si se tratase de una colaboración colectiva o por publicación de un texto en la sección de Notas.

Normas mínimas para la presentación de originales

1. Los artículos —que forman parte del cuerpo principal de la revista—, podrán abarcar temas de Historia, Antropología, Etnohistoria, Arqueología, Conservación, Restauración y Lingüística, entre otros temas afines. Tendrán una extensión no mayor de 20 cuartillas, incluidas las notas a pie de página y la bibliografía. La copia en papel deberá estar acompañada de su archivo electrónico en disquete, en versión word PC. Se considerará una cuartilla igual a 1800 caracteres (de texto capturado a doble espacio por una cara de papel bond carta).

2. Las colaboraciones enviadas para la sección de Notas, pueden ser textos que refieran presentaciones de libros, conferencias, ponencias, avances de investigación, informes y reseñas bibliográficas. Tendrán una extensión no mayor de 10 cuartillas, y serán acompañadas también por su archivo electrónico en disquete.

3. Las ilustraciones y elementos gráficos se presentarán numerados en forma consecutiva y con referencia específica en los textos, si es que van intercaladas. De los mapas y dibujos incluidos, deberán entregarse originales o digitalizaciones en alta resolución, en negro, y en el tamaño carta para su reproducción. La misma calidad se requerirá para las fotografías, que deberán ser en blanco y negro, preferentemente. En el primer envío se recomienda no remitir originales de estos materiales, sino respaldos electrónicos o fotocopias, hasta que hayan sido dictaminados favorablemente para su publicación.

4. Los materiales enviados serán revisados y corregidos de acuerdo con los lineamientos editoriales de la Dirección de Publicaciones del INAH. Las versiones corregidas serán sometidas posteriormente al visto bueno de sus autores.

5. Las colaboraciones enviadas deberán incluir los datos completos del autor, incluido su número telefónico y correo electrónico, para una fácil localización.

6. Toda colaboración deberá enviarse a la siguiente dirección:

Boletín Oficial del INAH. Antropología

Benigno Casas / Gerardo Jaramillo

Coordinación Nacional de Difusión

Dirección de Publicaciones

Liverpool núm. 123-2º piso, Col. Juárez

CP 06600, México D. F.

Tels. 5207 4628 / 5207 4599, Fax ext. 109

Correo electrónico: bcasas.cnd@inah.gob.mx

gjaramillo.cdifus@inah.gob.mx